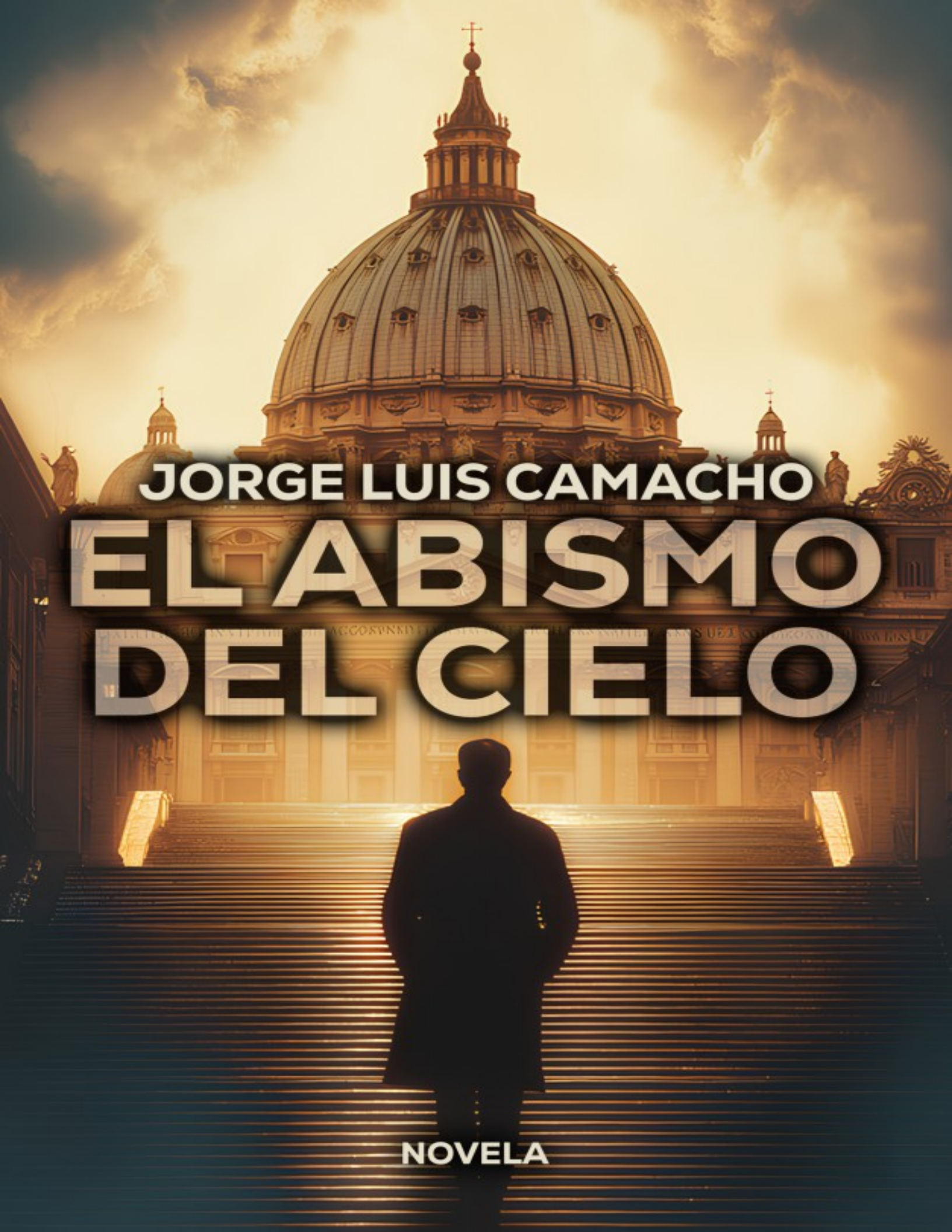

JORGE LUIS CAMACHO
EL ABISMO DEL CIELO
NOVELA

"EL ABISMO DEL CIELO"

Jorge Luis Camacho

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Jorge Luis Camacho, 2026.

Para consulta, puede escribir a:

jlcabismodelcielo@gmail.com

A Jolann Charles Jorge, mi hijo.

Quien sabe que dios se escribe con minúscula.

A Paulina, mi madre.

Cuya muerte teniendo yo seis años me hizo comprender los silencios del cielo.

A Inocencio José, mi padre.

Que a pesar de tener nombre de papa y de santo, nunca tuvo religión.

16 Samaria será asolada, porque se rebeló contra su Dios; caerán a espada; sus niños serán estrellados, y sus mujeres encintas serán abiertas.

LA BIBLIA (Oseas 13: 16)

París. Gare de Lyon. Hall 1.
"Le Train Bleu."

El espléndido restaurante "*El Tren Azul"* fue construido a finales del siglo XIX, como homenaje a la ruidosa revolución que acababa

de transformar la vida europea: el ferrocarril.

Thomas y Armand Roussel cenan allí entre risas.

—Tengo otra *socra*, dice Armand, escucha:

Cuando una persona padece delirios de tipo: alguien me observa día y noche, se le llama locura. Cuando muchas personas padecen el mismo delirio, de tipo: alguien me observa día y noche, me escucha, me juzga, memoriza todo lo que hago y hace lo mismo, simultáneamente, con cada habitante del planeta… se le llama religión.

Thomas aplaude divertido.

—No está nada mal.

Socra es una palabra inventada por ellos a partir de sacro. Citar *socras* es un juego creado por el padre y el hijo que consiste en concebir o citar frases divertidas sobre la religión.

Armand está intranquilo, aunque lo disimula. Thomas también lo está, pues percibe la inquietud de su padre y no consigue explicársela.

—Tengo que hacer una llamada, dice Armand. Ya vuelvo.

Se aleja en dirección de la puerta seguido por la mirada extrañada de Thomas y sale a las escaleras metálicas del elegante restaurante. Reminiscencia de lo que, a inicios del siglo XX, se tildó de: *folie Eiffel.*

Llama a Londres.

—¿Margaret? ¿Cómo va todo?

—Igual. Están por llegar. Cinco confirmados, de los cuales dos parecen realmente interesados.

—No es mucho.

—Por algo se empieza.

—No quisiera sacar la Blue de su protección hasta el último momento.

—Tranquilo, por lo pronto la traducción y las fotos que yo tengo bastarán. No pienso que muchos ilustres periodistas británicos contemporáneos lean sin trastornos el arameo. Si se deciden a apoyarnos, ya veremos.

Ríen. Luego pesa el silencio.

—No comuniquemos demasiado, Armand. Cuando todo termine te llamaré.

Se desean suerte, *break a leg*, *merde*…

Armand regresa al restaurante que sigue lleno de conversaciones, tintineo de copas, risas… Se sienta y esquiva la mirada con que su hijo le reprocha sus misterios. De súbito miente una sonrisa, a la par que exclama.

—Te toca a ti.

—¿Hacer qué?

—Poner una *socra*.

Thomas ríe.

—Tengo una…

¿Está dispuesto Dios a impedir el mal, pero no puede? Entonces no es omnipotente. ¿Puede hacerlo, pero no está dispuesto? Entonces no es bueno. Está dispuesto y además puede hacerlo. Entonces, ¿por qué existe el mal? No está dispuesto a impedirlo ni puede hacerlo? Entonces, ¿por qué lo llamamos Dios?

Armand lanza una carcajada:

—Esa *socra* no es tuya, tramposo, le cambiaste un par de palabras, pero es de Epicuro de Samos.

Thomas también ríe, sabe que es cierto.

Un poco más lejos una hermosa mujer trigueña, sola en una mesa, lee sin prisas el menú. Discretamente hace una foto del padre y el hijo con su teléfono y la envía.

"Operación Magdalena."

París. Gare de Lyon. Hall 1.

No lejos de las fulgurantes luces del famoso "*Le Train Bleu"*, dos hombres disimulan sin mucho éxito la tensión que los recorre. El jefe, capitán Mateo, de unos cuarenta años y aspecto atlético, lleva el pelo muy corto, típico pelado de militar. Usa un traje oscuro de buen corte que oculta una sobaquera con doble funda. A la izquierda porta una Beretta 92FS con silenciador, a la derecha dos cargadores

suplementarios. Cuarenta y cinco balas. Suficiente para producir un lago de sangre que haría las delicias de Lady Macbeth.

Su acompañante, el sargento Luca, tiene unos treinta años y el pelo igualmente corto. Lleva un traje de marca italiana que disimula una Beretta 92X con el correspondiente artilugio para matar sin ruidos, más dos cargadores adicionales. Un crucifijo de oro adorna el pecho de ambos hombres. Son asesinos, pero católicos.

Al parecer Dios no ve inconveniente en ello.

El teléfono del capitán Mateo vibra. Acaba de recibir la foto enviada por la sargento Carla Conti, la hermosa mujer que lee el menú sola en el restaurante.

—¿*Messaggio da Carla*?, pregunta el sargento Luca.

—*Sì*.

El capitán muestra la foto a su subordinado y describe la ropa que lleva Thomas Roussel.

—*Jeans, giacca nera, camicia bianca.*

—*Visto.*

Roma. Vaticano.

En las paredes languidecen obras maestras del arte pictórico europeo, acariciadas esta noche por las relajantes notas de Albinoni. En el coqueto despacho vaticano, sin embargo, la ansiedad del único ocupante es casi palpable.

Desde una ventana, vestido con un traje negro y un alzacuello, el obispo Pietro Benedetto Gaetani fija la mirada en las luces de Roma con la esperanza de evacuar así la zozobra tenaz que lo hostiga.

No lo logra.

Mira el reloj, cierra la ventana, se dirige hacia la caja fuerte que se disimula tras una pequeña "Crucifixión" de Tiziano. Extrae de esta un fino dosier que contiene, entre otras cosas, varias hojas rasgueadas por él mismo y abrumadas de tachaduras. Son la traducción de un antiquísimo pergamino escrito en arameo, la lengua hablada en Jerusalén en el siglo I que, se supone, fue la lengua materna de Jesús el Nazareno. Con extremo cuidado extrae

el pergamino de su envoltorio protector. Hacía mucho que no traducía él mismo. Como lo esperaba, le ha dado muchísimo trabajo. Y casi tanto placer. Sonríe. Cuánto le gustaría traducir el Códex M si sus hombres se lo trajesen esta noche.

Se sienta en su inmenso escritorio agenciado con exigente precisión y se dispone a trabajar para no sentir la ansiedad.

"Operación Magdalena."
Suburbio de Londres.

Un hangar. Noche. Varios hombres vestidos de negro terminan de alistar sus armas. Son un entrenado comando. Comunican en italiano. Hablan poco. Están de buen humor. Les espera un trabajo fácil, sin riesgos.

—*Andiamo*, dice el coronel Marcello Jonás, el jefe.

Los hombres se signan o besan piadosamente las cruces de oro que llevan colgando de áureas cadenas sobre sus fornidos pechos. Luego montan en dos SUV Range Rover negros que desaparecen en la noche.

Roma. Vaticano.

El obispo Gaetani, cuya cincuentena musculosa devela un pasado de hombre de acción, extiende con minuciosos gestos el pergamino por el que pagó una fortuna en nombre de la Iglesia. Para hacerlo desaparecer, no hay otra opción. Sabe ya, por el resultado de los análisis de laboratorio, que fue escrito a mediados del siglo primero. O sea, que es auténtico. Por consiguiente no puede darse a conocer.

Armado con un lápiz el obispo sigue cuidadosamente su traducción, cotejándola por momentos con el original y marcando ciertas palabras que no le satisfacen todavía. Decidió usar algunos signos de puntuación para facilitar la lectura, una libertad con respecto a la época de la que aún duda. Optó por conservar el nombre Joshua, usado entonces y no los actuales Jesús o Jesucristo.

"Y aconteció que habiendo escuchado las promesas del nazareno Joshua respecto a la llegada del Reino de los Cielos, los hermanos Eitan y Ehud, para desolación de sus padres y esposas decidieron vender todos sus bienes y consagrarse a los rezos, las buenas obras y a esperar la llegada del ansiado reino que con tan ancho verbo había anunciado Joshua.
Muchos familiares y amigos les dijeron que aquel nazareno, por más que bien hablase, no podía ser el hijo de Dios ni el esperado Mesías, ya que había terminado humillado y crucificado desnudo como un vulgar bandolero y ni él ni su supuesto padre celestial habían sido capaces de evitar el suplicio ni la deshonra de exhibir sus vergüenzas. Los hermanos no los escucharon.
La fe, a todo lo que de la fe no provenga, sorda es.
Tanta era la ilusión que había deslizado en sus oídos el crucificado Joshua que los hermanos, sin prueba alguna, juraban que el nazareno había resucitado. Hecho milagroso que, según ellos, probaba la divina naturaleza del hijo del carpintero José y de su esposa María.
Repetían con tozudez lo que de Joshua habían oído: "*De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca*." "*De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino*".
Pero pasaron los años sin que lo prometido aconteciese.
Entonces…"

Vencido por la ansiedad el obispo detiene su lectura, mira por enésima vez el reloj, va de nuevo hasta la ventana. Debe evitar las comunicaciones con sus equipos, pero la desazón devora a Pietro Gaetani. ¡El Códex M! En cuestión de horas podría tener en sus manos uno de los documentos más importantes y polémicos de los

últimos veinte siglos. ¡Gracias al cual él se convertiría en el salvador de la Iglesia!

Un pequeño ruido. Dios lo escuchó, hubiese dicho en otros tiempos. Entró un mensaje del coronel Jonás en el teléfono seguro: "Todo bien. Circulación londinense densa. Estamos cerca.", dice.

El rostro del obispo se relaja. Puede continuar la consulta del documento.

"Entonces los hermanos fueron a ver a los hombres que otrora fungieron como discípulos de Joshua y que desde su muerte eran llamados apóstoles, con el fin de saber cuándo volvería al fin el anhelado nazareno con su celestial reino.

Uno de ellos les dijo:

"*Oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa según algunos la tienen por tardanza sino que es paciente para con nosotros no queriendo que ninguno perezca sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche en el cual los cielos pasarán con grande estruendo y los elementos ardiendo serán deshechos y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas*."

Constatando que de aquel inextricable lenguaje nada claro salía, los hermanos le hicieron a un segundo apóstol la misma pregunta. Como de este obtuvieron una respuesta aún más enrevesada, comprendieron que ni siquiera los discípulos de Joshua sabían.

Continuó la espera de Eitan y Ehud y de los que como ellos habían tomado la palabra del nazareno por mensaje divino. Por último todos murieron sin que ningún signo indicase que el Hijo del Hombre llegaba con su reino.

Algo que todavía no ha sucedido."

París. Gare de Lyon. Hall 1.
"Le Train Bleu."

Thomas y Armand Roussel terminaron de cenar. Armand hace señas al camarero para pagar. La hermosa mujer que los espía bebe ahora un aperitivo. Sigue sola.

—La chica de aquella mesa te ha mirado más de una vez. No está nada mal, le dice el padre a Thomas.

—Ya me di cuenta. Sola en este lugar y con esas piernas debe ser una call-girl que dejaron plantada y busca a un conejo que le pague la cuenta.

Ríen. Thomas dice:

—Dime qué te parece esta *socra*:

La Biblia empieza con una serpiente que habla y termina con un monstruo de siete cabezas. Pero se supone que debe ser tomada en serio.

Armand ríe sin mucho entusiasmo.

—¿No te gusta?

—Sí, sí, está muy bien.

—Te toca a ti ahora. Pon una.

—No, lo siento. Estoy cansado. No tengo cabeza.

El camarero se acerca con la máquina lectora de tarjetas. Mientras Armand paga y deja una buena propina, Thomas no cesa de observarlo. Una vez que el camarero se aleja, dice:

—¿Qué te pasa, papá?

—Nada. ¿Por qué?

—Te veo preocupado, tenso… Durante toda la cena has estado inquieto. Has mirado el teléfono varias veces. Algo que nunca haces cuando cenamos juntos.

Armand finge una sonrisa.

—Se ve que me conoces.

—Sí, claro que te conozco. Y tengo la molesta impresión de que me estás ocultando algo, Armand Roussel.

Durante unos segundos Armand piensa contarle a su hijo la verdad, pero se retiene. Una verdad que se ha ocultado durante siglos, puede esperar unos minutos más. Al menos hasta que Margaret la devele y ya no sea peligroso conocerla.

Opta por el humor.

—Tengo la *socra* que me pediste:

Por el clima, prefiero el Paraíso, por la compañía, el Infierno.

—No es tuya, mentiroso, es de Mark Twain. Y no creas que te vas a escapar con una falsa *socra*. Todavía no me has dicho qué te pasa.

—Qué Dios me perdone por ser ateo, pero no me merezco semejante persecución.

Thomas comprende que no vale la pena insistir. Se disponen a partir cuando la llegada del camarero los interrumpe. Trae digestivos.

—Regalo de la casa para la familia Roussel, dice.

Agradecen la cortesía. Saludan al *maître d'hôtel* y al *sommelier.* El camarero les sirve y se retira.

Armand y Thomas son viticultores en Burdeos. Desde hace varias generaciones los Roussel producen el renombrado vino que lleva el apellido de la familia: *Château Roussel*. Son conocidos en el medio.

Brindan, Armand dice:

—Acabo de recordar una muy buena *socra*. No es mía, la inventó un hombre que vivió durante la segunda mitad del siglo XVI, prueba que la religión nunca poseyó todas las mentes.

¡Oh insensato hombre que no puede crear un gusano y sin embargo crea dioses por docenas!

—Muy buena. ¿De quién es?

—Michel de Montaigne.

"Operación Magdalena."

Suburbio de Londres.

Los dos SUV Range Rover negros se detienen cerca de la entrada de una extensa propiedad. Aparcan. Dos hombres bajan, los otros esperan en los autos. Con gestos profesionales, precisos, los dos hombres fuerzan la verja.

En un sofisticado *talkie-walkie,* uno de ellos dice.

—*Fatto*.

El coronel Jonás da unos pasos por la acera. Recibe el mensaje.

—*Bene*.

No hay transeúntes. Ni muchos autos. Todo se presenta bien. Con el mismo *talkie,* el coronel transmite una orden a los hombres que están en los todoterrenos.

—*È giunto il momento. Dio vi benedica.*

Ágiles, fuertemente armados, protegidos con chalecos antibalas, los miembros del comando bajan de los dos SUV y penetran en la residencia cubriéndose los rostros con pasamontañas. Los dos agentes que forzaron la entrada estropean el interfono con idéntica destreza antes de penetrar ellos también en el sitio, velando igualmente sus identidades y uniendo las dos partes de la verja para ocultar que la cerradura fue forzada.

Un hermoso jardín arbolado acoge al comando, que se disimula fácilmente. A unos cincuenta metros, las luces de una mansión. Pertenece a Margaret y Roger Walker. Los encapuchados se acercan a la vivienda serpenteando sin ruidos. El coronel Jonás y el capitán Aldo Santoro se dirigen hacia los coches parqueados entre los árboles. Falta uno, constatan contrariados.

Entonces las luces de un auto que se detiene en la verja iluminan el jardín. Mascullando maldiciones, el coronel, el capitán y el resto de los hombres se lanzan al piso para no ser vistos.

En la entrada, la conductora apoya en el botón del interfono sin que nada suceda. Baja del auto, lo intenta de nuevo. Nada. Percibe extrañada que la verja no está del todo cerrada. Su extrañeza se multiplica al acercarse y constatar que parece haber sido forzada. Hunde su mirada en la oscuridad del jardín, en la calle… Nada extraño salta a sus ojos. La mansión iluminada que vislumbra tampoco augura peligros. Abre la verja lo suficiente para dejar pasar su pequeño auto. Penetra en el jardín. Cierra.

Entre los hombres del comando la presión tensa mentes y músculos. A medida que la Mini avanza entre los árboles los faros amenazan con delatarlos a cada instante.

—¿Qué hacemos?, susurra el capitán Santoro.

—Por el momento nada, murmura el coronal Jonás, mientras da por el *talkie* la misma orden al resto del equipo.

—¿Nada?, se sorprende el capitán. ¡Podría vernos!

—Si eso sucede la neutralizamos antes de que dé la alarma, naturalmente. Lo haré yo. Los silenciadores impedirán que los disparos se escuchen en la casa a través de las ventanas cerradas. A condición de que no tiremos todos al mismo tiempo, claro. Mejor dejarla que pase y entre en la residencia. Su ausencia llamaría la atención. La neutralizaremos allá, dentro de unos minutos. Es una periodista que llega tarde. Vi las siglas de la BBC en la puerta de su lata de sardinas.

El pequeño, pero encantador autito, pasa a unos metros de ellos, llevando la tensión a su clímax. Un poco más lejos el resto del comando farfulla imprecaciones y retiene la respiración.

La chica de la BBC, tiene suerte. No los ve. Salva su vida. Por lo pronto, al menos. Aparca donde están los coches de sus colegas. Periodistas todos, lo sabe. Como sabe por qué están allí. Apaga los faros de la Mini, recoge algunos papeles. Bordea con pasos ligeros las posiciones de los furiosos hombres que podrían matarla. Por ahora le temen. Se difumina en la oscuridad, camino a la mansión de los Walker.

Los miembros del comando se relajan al fin. La misión retoma su cauce. Ahora son cinco los coches. Lo previsto. Llevan pegatinas o logos del medio para el cual trabaja quien los conduce o tienen periódicos tirados negligentemente en los asientos, constata el coronel Jonás.

—Cagatintas todos. ¡Perfecto!, murmura satisfecho.

Roma. Vaticano.

Inmerso aún en el texto sobre los dos hermanos y la espera del Reino de Dios en la Tierra, el obispo Gaetani se sobresalta con el timbre del teléfono. Constata que se trata de Jonás. Lo llama desde el teléfono protegido.

—Diga, coronel.

—Estamos ya en el jardín de la residencia.

—Muy bien. ¿Llegaron todos los invitados?

—Sí… BBC Two, The Times, Channel Four, The Sun y The Guardian.

—Son los cinco previstos. Por lo demás ¿todo bien?

—Afirmativo.

—Siga con el plan entonces. Suerte, coronel. Que Dios los proteja.

Los dos hombres ponen fin a la comunicación. El obispo abre el humidificador de habanos que se encuentra sobre su escritorio y escoge un Gran Corona de "Partagás". Una pena que se hayan visto forzados a acelerar los planes a causa del nerviosismo del Santo Padre, piensa. Con gestos lentos, de fumador distinguido, el obispo Pietro Benedetto Gaetani enciende el habano.

Alea jacta est, piensa.

"Operación Magdalena."

Suburbio de Londres.

En el interior de la mansión, a la llamada de los anfitriones, los invitados, cuatro hombres y la mujer retardataria, se sientan frente a Margaret, atractiva lady de unos cuarenta y cinco años. Sin abandonar sus aperitivos ni cesar de intercambiar sonrisas, comienzan a prestarle atención.

—Roger, mi esposo, y yo les agradecemos infinitamente que hayan tenido la amabilidad de venir, dice Margaret Walker. Como les avancé, tendrán el privilegio de descubrir un secreto que ha sido protegido durante veinte siglos. Contamos con ustedes ahora para hacerlo conocer al mundo, pues ha llegado el momento. Créanme que no miento al anunciarles esta vez que sus escritos al respecto marcarán un hito en la historia.

Los rostros de los invitados oscilan entre suspicacia y asombro. Margaret Walker muestra la primera página de un documento escrito en un finísimo y delicado papel y explica:

—Esta es la traducción del texto en arameo que Roger y yo les mostramos cuando entramos en contacto con ustedes. Fue escrito por María Magdalena, como ya les dijimos. Lo escribió mucho

después de la crucifixión de Jesús. Suponemos que lo hizo poco antes de morir, durante la segunda mitad del siglo primero. Los pocos que han oído hablar de él lo llaman Códex M.

Aunque el escepticismo casi profesional de los periodistas allí reunidos no desaparece del todo, la fascinación comienza a asomar.

Margaret abre un dosier, extrae el resto del documento y comienza a leerlo.

—Soy Miriam, Miriam de Magdala. También me llaman María Magdalena. Muchos me criticaron por lo que hice, otros me juzgarán por lo que haciendo estoy. Que así sea. Hubiese podido morir por Jesús, pues lo amé más que a la vida. Lo amé también más que a la verdad, algo que hoy lamento.

Una pequeña agitación recorre el pequeño grupo de periodistas. Margaret marca una pausa antes de continuar.

—Quienes milagros inventan para de Jesús un dios hacer tienen solamente la intención de obtener para ellos beneficios. Os alerto. Pocas personas conocieron a Jesús como yo que aquí afirmo: Jesús divino no era, más era, era un excepcional hombre.

"Operación Magdalena."

París. Restaurante "Le Train Bleu."

Thomas y Armand Roussel terminan sus digestivos y se ponen de pie.

Carla, la mujer que los espía, tiene listo su teléfono. Apoya en un nombre: *capitano Mateo*. A la salida del restaurante, los dos italianos esperan ansiosamente el aviso. El teléfono del jefe suena.

—*Pronto*…

—*Arrivano già*, indica la voz de la mujer.

Minutos más tarde el padre y el hijo abren la puerta del restaurante. Thomas recibe una llamada, mira la pantalla y dice:

—Tengo que responder, papá, es de trabajo.

—Te espero en el rellano.

El padre avanza hacia las escaleras metálicas del restaurante, marca una pequeña pausa en el amplio descansillo, luego da unos

pasos lentos hacia la escalera derecha mientras saca del bolsillo un paquete de cigarrillos.

Un muchacho que sale también del restaurante, se dirige a él.

—Le importaría regalarme un cigarro, por favor. Estoy dejando de fumar, pero…

Es un chico de talla y complexión similar a la de Thomas. Va como él vestido con un jeans, una camisa blanca y un saco negro. Particularidades que le costarán la vida.

—Sí, claro, yo también estoy dejando de fumar, como ve, le dice Armand sonriendo y tendiéndole el paquete.

El muchacho extrae un cigarrillo.

—Muchas gracias.

—Aquí no lo puede encender, le señala Armand.

—Ya sé. Usted esconda rápido la cajetilla, no sea que se lo lleven preso.

Ríen. Para el muchacho será la última vez.

El capitán Mateo y el sargento Luca llevan los rostros cubiertos ahora y en las manos enguantadas las pistolas alargadas por los silenciadores. Armand tiene tiempo de verlos. No le cuesta demasiado suponer por qué están allí. El chico que reía a su lado recibe de lleno los dos disparos del sargento Luca que estaban destinados a Thomas. Armand gira y salta hacia la puerta del restaurante. El capitán Mateo dispara. Armand Roussel, cae.

Un terrible grito resuena. De Thomas.

"Operación Magdalena."

Suburbio de Londres. Mansión de Margaret y Roger Walker.

Los cristales de las ventanas de la residencia Walker estallan. Ráfagas de ametralladoras acalladas por los silenciadores penetran arrasando presentes y futuros. Los cuerpos se retuercen, las gargantas profieren postremos gritos y estertores, la sangre arrastra vidas sobre tapices y maderas pulidas donde se disuelven, se apagan.

Margaret y su esposo intercambian una última mirada, promesa de amor sin futuro que una ráfaga interrumpe. Algunos invitados intentan escapar escaleras arriba o rompiendo ventanas… ¡Imposible! Las balas les destrozan los cuerpos, las esperanzas, los mañanas.

Con sus últimas fuerzas Margaret logra acercarse a la chimenea y ofrece al fuego el dossier que contiene la traducción del Códex M y la copia del original. Roger, su esposo, la envuelve admirativo entre las últimas luces de sus ojos. Intenta sonreírle. Expira sin estar seguro de haberlo logrado.

Margaret sabe que sí. Es lo más importante.

Cuando el coronel Jonás se percata de lo que acaba de lograr a unos pasos de él la hermosa mujer que se vacía de su sangre, intenta arrebatar al fuego el valioso dosier. *Too late !* Las finísimas hojas arden, se inmolan. Las palabras que segundos antes eran un importantísimo mensaje para la Humanidad, huyen convertidas en humo, se escapan ante los ojos impotentes del coronel.

Margaret saborea su victoria. No por mucho tiempo. Furioso, Jonás le dispara hasta que su cuerpo deja de moverse. Un ambiguo rictus atraviesa el rostro femenino. Parecería que, como su esposo, la osada lady pudo desafiar a la muerte con una sonrisa.

El coronel Jonás hace un último intento por recuperar los marchitos papeles ya ennegrecidos. Pero se rompen entre sus dedos. Sube entonces hasta el cuarto donde tiembla la criada por la que todo comenzó. Ante el arma, la aterrorizada mujer grita:

—Soy Faith, soy Faith Dolson.

Una leve presión sobre el gatillo envía a la sorprendida y devota señora Dolson a rencontrarse con la nada. O con su Creador. Las apuestas están abiertas desde hace unos veinte siglos…

El coronel Jonás regresa al salón donde los miembros del comando verifican que todos los invitados están muertos. Abren las chaquetas y los bolsos, extraen las credenciales de prensa, las muestran al jefe: “BBC Two”, “The Times”, “Channel 4”, “The Sun”, “The Guardian…

—Comiencen la exploración. Traigan el material para analizar las paredes, rompan los muebles, los colchones, todo, ordena el coronel

Jonás.

El grupo se dispersa.

Jonás escribe un mensaje: "Londres OK. Almas al cielo. Se busca en la tierra." Poco tiempo después, al aparecer en la pantalla de un teléfono de Roma, el mensaje hace sonreír al obispo Gaetani.

Una ambulancia, sirena y luces anunciando urgencia absoluta, recorre a toda velocidad las calles de París, forzando el paso a los coches que no se apartan a tiempo, dejando atrás los semáforos sea cual sea el color de sus luces. En el asiento delantero un enfermero comunica con el *Hôpital de la Pitié*, cercano, por suerte.

—Hombre de unos cincuenta y cinco años. Herida de bala en la cabeza. El proyectil parece haber atravesado la bóveda craneana. El paciente ha perdido mucha sangre…

Detrás dos médicos se afanan por mantener en vida a Armand. Al pie de la camilla, Thomas observa a su padre con expresión incrédula y aterrada. *No te me vayas, papá, por favor, no te me vayas*, suplica en el estruendo de su mente.

La ambulancia entra en el inmenso hospital. Un equipo médico la espera. Se hacen cargo de la camilla, corren con ella hacia un elevador, luego por un amplio pasillo que termina en una doble puerta. Thomas los sigue. En la doble puerta la camilla con el cuerpo de Armand desaparece. Una chica, miembro del equipo médico, lo detiene.

—No puede entrar, lo siento. Espere aquí, por favor.

La chica también desaparece, Thomas queda solo. Jamás lo ha estado tanto.

"Operación Magdalena."

Suburbios de París.

Un Alfa Romeo rojo rueda a gran velocidad por la autopista A1. Dentro, además del chofer, el capitán Mateo y los sargentos Carla y

Luca van tensos y silenciosos. Una señal anuncia: Salida 5. *Aéroport Le Bourget*. El Alfa Romeo penetra en el que fue durante mucho tiempo el aeropuerto más importante de la capital, utilizado hoy como museo y aeródromo para vuelos privados. Sur una pista un pequeño avión tiene ya los motores encendidos. Los tres miembros del comando bajan del Alfa Romeo y abordan la aeronave.

—Despegue inmediato. Siéntense y aten los cinturones, ordena el piloto.

Los miembros del comando obedecen. El avión se dirige hacia una pista, toma velocidad y despega. El comando deja al fin escapar gritos de victoria.

—¡Lo logramos!, exclaman los sargentos Luca y Carla.

—Buen trabajo, estima el capitán.

Carla extrae de su escote una cadena de oro con un crucifijo y lo besa. Luca hace un signo de cruz.

El capitán Mateo escribe en un teléfono: "París OK".

El mensaje no tarda en aparecer en el teléfono del obispo Gaetani.

Una expresión de satisfacción cruza el rostro del prelado.

No matarás.
No robarás.
No codiciarás bienes ajenos...

LA BIBLIA. (Deuteronomio 5: 17)

París. Hôpital de la Pitié.

Una mañana gris resbala de un cielo nublado y se desliza por una ventana del *Hôpital de la Pitié* tras la cual los ojos cansados y

enrojecidos de Thomas arrojan al vacío preguntas que regresan sin respuestas. ¿Se salvará papá? ¿Por qué intentaron matarlo? ¿Quiénes fueron? ¿Qué sentido tiene?

La muerte trabaja día y noche. Puede llegar de un momento a otro disfrazada de médico para anunciarle que la nada entró en su vida, que su padre ya no estará más, que su tranquilo presente cambió radicalmente, terriblemente.

La hipótesis más lógica que le dictan sus cansadas reflexiones para explicar lo que por lo pronto resulta inexplicable, es que el ataque no estaba dirigido contra su padre, que él es una víctima colateral.

Se sienta en la solitaria sala de espera tan gris como el amanecer. Vuelve a dar vueltas en su mente a lo sucedido sin encontrar coherencia ni esclarecimiento ni conseguir convencerse totalmente de que el azar sea el causante de la desgracia. Fija la mirada en la doble puerta por la que desapareció su padre hace horas, la siniestra abertura a la que tanto teme y de la que tanto espera. Cierra los ojos, no con la intención de dormir, sabe que no lo logrará, pero tal vez pueda pensar mejor.

—¿Señor Roussel?

Responde con un sobresalto.

—Sí.

Se pone de pie. La muerte en un hospital no es un personaje inesperado. Thomas teme ahora verla aparecer en los labios del médico con rostro cansado y bata blanca estrujada que se encuentra frente a él acompañado de un hombre fornido, elegantemente vestido, que no parece formar parte del personal del hospital ni lleva la clásica bata.

—Soy el profesor Lafitte, dice el médico. Fui quien dirigió el equipo que operó a su padre.

Un estremecimiento recorre a Thomas. Quiere controlar la voz para que la avalancha de sentimientos no irrumpa con ella, infringiendo la ley no escrita de que ocultar lo que se siente es virtud. No llega a hablar, el médico continúa.

—Salió bien. Teniendo en cuenta la gravedad de su estado pudo no haber rebasado la intervención, pero es un hombre sólido,

saludable. Eso sin dudas lo ayudó. Me gustaría decirle que está fuera de peligro, lamentablemente es prematuro considerarlo. El traumatismo cerebral es grave. Es demasiado pronto para hacer un pronóstico.

El río de substancias que recorre a Thomas sigue llevándolo de cima a sima, del calor al frío, de la esperanza a la desesperanza…

—Gracias. ¿Cuándo podré verlo?

—Su padre está en estado de coma, le advierte el profesor Lafitte. Venga conmigo.

Mientras lo guía en el dédalo de pasillos, el médico le explica:

—Tendrá que verlo través del vidrio que aísla la habitación. Es el protocolo del servicio de Cuidados Intensivos. Además, mientras esté en coma su cerebro será incapaz de manejar los estímulos del mundo exterior.

Caminan unos metros más, seguidos por el hombre vestido de traje, hasta que el Profesor Lafitte dice:

—Aquí está.

El médico le tiende la mano, Thomas la estrecha, quisiera hacerle decenas de preguntas antes de que se retire, preguntas que se anudan en su garganta, que se enredan en sus labios.

—Cómo puedo saber… la evolución…

—Yo o los miembros de mi equipo lo tendremos al corriente, le aclara el neurocirujano. Puede igualmente interrogarnos en todo momento. Ahora le presento al capitán Martel. Quiere hablar con usted. Buen día.

Thomas fija la mirada en su padre, allá, del otro lado del vidrio, rodeado de aparatos que lo mantienen en vida.

El profesor se dispone a irse.

—¿Y el muchacho al que le dispararon al mismo tiempo?, lo interpela Thomas.

—No estoy al corriente, lo lamento. Debió ser confiado a otro servicio, dice el médico antes de despedirse.

—Se llamaba Stephan Dunois. Murió antes de llegar al hospital, anuncia el capitán Martel.

Thomas no capta enseguida el mensaje del policía. Lo denota el asombro de su rostro.

—El muchacho que estaba con su padre, insiste el capitán.

—Ah…

Martel le tiende la mano.

—Soy Louis Martel, oficial encargado de la investigación. ¿Podría acordarme unos minutos, por favor?

Vuelven a la sala de espera.

—¿Qué puede decirme sobre lo que pasó?, pregunta el policía.

Thomas cuenta lo poco que sabe, que él y su padre acababan de cenar, que él tardó en salir del restaurante a causa de una llamada telefónica hasta que oyó ruidos y gritos y vio a su padre ensangrentado… Emite la hipótesis de que Armand sea una víctima colateral y que el verdadero objetivo de los asesinos haya sido…

—No recuerdo el nombre de la persona que murió, disculpe.

—Háble me de su padre.

Le resulta curioso que el policía no le dé importancia a su hipótesis, la única que explica lo sucedido, sin embargo.

—Háble me de su padre, por favor, insiste el agente.

—Sí, sí, mi padre…

Frases descosidas construyen un resumen bastante errático, su padre siempre ha trabajado como viticultor y vinicultor… en la propiedad familiar, heredada por los Roussel desde hace varias generaciones… en Burdeos… no cree que alguien pudiese tener una razón para hacer algo como… lo de anoche…

—¿Reconoce esto?

El policía le muestra un pequeño cilindro metálico.

—No.

—Lo tenía su padre.

—¿Qué es?

El capitán Martel lo abre y vacía en la palma de su mano el contenido: dos píldoras. Thomas las observa con atención, aunque no entiende por qué el policía les da tanta importancia.

—Probablemente mi padre seguía un tratamiento… no sé, a su edad, la próstata…

—Estas cápsulas no son un tratamiento.

—¿Cómo lo sabe?, dice Thomas, un poco molesto.

—Porque contienen un poderoso veneno. Una substancia capaz de matar a una persona en un instante.

La incredulidad aparece en el rostro de Thomas.

—¿Por qué mi padre tendría algo así? ¿Qué sentido tiene?

—Quienes tienen este tipo de cápsulas son personas que temen caer en manos de enemigos capaces de obligarlos a decir, por la tortura o con procedimientos químicos, lo que ellos deben callar. Lo usan agentes secretos, policías infiltrados…

—¡Quiere decir que mi padre es un agente secreto!

—No. Eso ya mi equipo lo verificó.

—Entonces…

—Busco. Pensé que usted podría saber algo, que sería capaz ayudarme.

Los dos hombres guardan un largo silencio. Roto por Thomas.

—O sea, el muchacho que murió…

—Es él la víctima colateral, sí. Se trataba de un fisioterapista. Stephan Dunois tuvo simplemente la desdicha de ser de la misma talla que usted, de llevar su misma ropa, como decenas de jóvenes y de estar en el mal sitio en el mal momento… Mi equipo y yo pensamos que la otra víctima prevista, además de su padre, era usted, señor Roussel.

—¡Yo! ¿Por qué?

—Cuanto antes lo sepamos más posibilidades tiene de seguir en vida.

"Operación "Magdalena".

Berlín. Alemania.

Amanece. En una casa relativamente apartada una pareja desayuna, son los Bauer, Anke y Franz. Están visiblemente preocupados.

—No es normal que no hayamos recibido ninguna llamada de Margaret o de Armand, opina Anke.

—Me gustaría ayudar a calmarte, pero lo cierto es que no es normal, le responde su esposo.

—Voy a intentarlo por enésima vez, dice Anke apoyando sobre el nombre de Margaret Walker en la pantalla de su teléfono, con lo que lanza una llamada.

Pone el altoparlante. Se escuchan los timbres. Sin respuesta.

—Es totalmente absurdo que Margaret no responda.

—Llama a Armand, aconseja Franz, él había dicho que estaría en París con su hijo.

Anke busca el nombre de Armand Roussel y lo llama. Una vez más el teléfono suena sin que nadie responda.

—No se entiende, dice ella.

—Tiene que haber pasado algo.

—Voy a esperar unas horas más, Franz. Si al final de la mañana no he recibido ninguna noticia volaré a Londres.

—Sí, tenemos que salir de dudas. Yo me ocuparé del consultorio. ¿Tienes muchos pacientes hoy?

—No, normal…

Ella mira la hora y da por terminado el desayuno.

—Voy a terminar de vestirme, dice, dirigiéndose a la escalera que conduce al primer piso.

El timbre de la puerta asombra a la pareja.

—Yo voy, indica Franz.

Anke sube las escaleras, Franz se dirige hacia la puerta y abre.

Dos hombres:

—¿Doctor Franz Bauer?, pregunta uno de ellos.

—Sí, responde Franz sin salir de la sorpresa.

El hombre empuña una pistola equipada con un silenciador y dispara dos veces. El cuerpo del médico cae, los dos hombres entran y cierran la puerta.

Proveniente del primer piso, Anke aparece en la escalera. Aunque no ve el cadáver de su esposo, la presencia de los dos hombres la pone en alerta.

—¿Doctora Anke Bauer?, le pregunta el mismo hombre que interpeló a Franz.

—Sí. ¿Y ustedes, quiénes son?

El segundo hombre dispara también dos veces. Anke cae sin vida.

—Comencemos la búsqueda en lo que llegan los otros, ordena el que parece ser el jefe.

Escribe un mensaje en un teléfono protegido: "Berlín OK. *Inizia ricerca.*"

En el lujoso apartamento romano donde habita, el obispo Pietro Gaetani desayuna con su familia: Alba, su esposa, con la que no está casado naturalmente y Giulia, la hija de ambos, una linda adolescente con aire rebelde, oficialmente inscrita como hija de padre desconocido, desde luego. El teléfono seguro de Gaetani vibra. El obispo lo toma y lee el mensaje. Es el que acaba de ser enviado desde Berlín. Gaetani lanza una exclamación de alegría. Su esposa, divertida, le pregunta:

—¿Te ganaste la lotería?

—Podría ser algo mejor, responde el eclesiástico.

—Ya sé, dice Giulia, burlona. Recibiste un mensaje de la Virgen María. Te anuncia que la próxima vez que venga a la tierra en lugar de aparecérsele a una bruta analfabeta en un rincón perdido como hace siempre, vendrá a verte a ti para que la lleves directamente a la televisión y todo el mundo la vea al fin.

La chica ríe a carcajadas, lo cual hace reír a la madre. No a Pietro, cuyo rostro, al contrario, se endurece.

Sin dejar de reír Giulia se levanta de la mesa, recoge la maleta con sus libros de la escuela y se dirige hacia la puerta. Contenta con su broma lanza un beso, sale y cierra la puerta. Alba ríe aún. El obispo sigue indignado.

—Estoy harto de las pesadeces de Giulia. Y más de que tú se las rías.

Alba no le da mayor importancia al asunto.

—Es la adolescencia, querido. Tómalo con calma. No te pongas al mismo nivel, es una niña.

Alba se levanta y comienza a recoger la mesa. Gaetani no se mueve. Sin cambiar de ánimo vuelve a leer el mensaje de Alemania. Solo entonces sonríe.

> *7 Si alguien vende a su hija como esclava, ésta no podrá quedar libre como los esclavos varones. 8 Si ella no le agrada a su amo, y el amo la rechaza y no la toma por esposa, se le permitirá ser rescatada, pero no podrá venderse a gente extraña.*

LA BIBLIA. (Éxodo 21: 7-11)

Thomas sale del aeropuerto de Burdeos. Lleva solamente una mochila. Un hombre atrae su atención haciéndole signos. Es Gilles Chollé, el segundo de la Empresa Château Roussel Vinos, un hombre algo mayor que Armand, pero ágil y delgado, pues es un adepto del footing y de la natación. Se abrazan.

—¿Cómo va Armand?

—No se sabe.

Se dirigen al parqueo.

—En la empresa la gente sigue en estado de choque.

—Me imagino… ¿Algún periódico local ha hablado del asunto?

—No sé. Supongo que sí. Un periodista me pidió una entrevista, pero dije que no.

Llegan a un auto, montan. Gilles maneja. Arranca.

—He dado la versión de la víctima colateral en la empresa y a todo el mundo, dice. Expliqué que unos desconocidos tiraron sobre una persona y que Armand al encontrarse cerca fue alcanzado.

—Es lo mejor por el momento.

—Y la verdad ¿cuál es?

—Todavía no se sabe. Aunque todo indica que fue papá la persona que intentaron matar no el muchacho que estaba cerca de él.

—¡Qué locura es esa! ¿Por qué alguien querría matar a Armand?

—Lo ignoro, mi Gilles. Por más que me devano lo sesos pensando no le encuentro sentido.

Pensativos, ruedan un tiempo en silencio.

—¿Quién encontró lo de la casa, tú?, pregunta Thomas.

—No. Fue Adeline cuando vino a limpiar. Llamó a tu padre, pero como nadie respondió, me llamó a mí. Debe haber sucedido durante el fin de semana. Al mismo tiempo que Armand fue agredido. Yo hice la denuncia por robo en la policía.

—¿Te llamó la atención la falta de algo?

Gilles reflexiona antes de responder:

—Conozco bien la casa, pero… Además el desorden es tal que… No sabría decirte. Han roto muebles, desgarrado cojines… Para serte sincero me pareció raro para un robo común. Y a los policías que vinieron a constatarlo también.

Los que saquearon la casa no eran unos simples ladrones, piensa Thomas. Buscaban algo específico. Y ese algo está en relación con el intento de asesinato, con las misteriosas cápsulas, con los secretos de papá…

Thomas abre la ventanilla.

—Disculpa, Gilles, quiero coger aire.

—Tienes razón, yo también.

Chollé baja el cristal de su lado. El ruido del viento pone fin a la conversación.

Llegan a la casa. Thomas recoge su mochila y baja. Gilles no.

—Tengo que ir para la empresa. ¿Tienes tus llaves?, pregunta.

—Sí.

—Ve por allá más tarde. La gente quiere saludarte. Después iremos para la casa. Valeria quiere verte, como es natural. Cenarás con nosotros. Si no tienes otra cosa prevista.

—No, será un placer ver a Valeria y cenar con ustedes.

—Dormirás en casa, porque aquí…

—De acuerdo. Gracias, Gilles.

—No tienes que agradecerme nada. No te olvides que yo te vi nacer… Si no quieres ir caminando hasta la empresa, el carro de tu padre no lo tocaron, ni el tuyo. Las llaves están donde siempre.

Thomas abre la puerta de la casa y entra. El desastre hiere sus ojos: muebles rotos, cojines deshechos, bibliotecas, libros y estantes tirados al piso, adornos despedazados. En los dormitorios, colchones cortados, escaparates vaciados, en la oficina gavetas violadas, muebles violentados…

Lanza un grito y golpea una pared con el puño, cediendo a la furia.

Retorna algunos destrozos en busca de respuestas que no obtiene.

¿Qué quería esa gente, papá? ¿Quiénes son?

¿Quién eres tú?

Nada en Londres, nada en Berlín, nada en Burdeos. Ninguna pista, ningún indicio. ¿Cómo es posible? Cada residencia fue explorada centímetro a centímetro con instrumentos capaces de ver incluso lo que esconden las paredes. Ni los Walker ni los Bauer ni los Roussel tenían cajas fuertes en banco alguno. Resultó caro y difícil asegurarse, pero la duda al respecto quedó evacuada. Tampoco las habrían usado para el Códex M. Desde tiempos inmemoriales el maldito escrito lo guardaba un miembro de la hermandad. Siempre listo para escapar con él si necesario. Faith Dolson misma lo escuchó. Pobre mujer, era beata y crédula, pero no sorda, ni estúpida.

Vestido con sus galas episcopales el obispo Pietro Benedetto Gaetani da vueltas como una fiera enjaulada en su elegante oficina del Vaticano. Todo se hizo precipitadamente, ruge su mente. Demasiado. Fue un milagro que la "Operación Magdalena" saliese bien, pero una vez más el Códex M escapó a la Iglesia.

¡A él! ¡Sobre todo a él!

Durante siglos todos los que ocuparon su puesto soñaron con que Dios, la suerte o quien fuese les pusiera en las manos a una

Faith Dolson. Y por una vez que eso sucede, el Papa se las ingenia para hacer de semejante oportunidad una chapuza.

—El Santo Padre se opone firmemente al empleo de violencias innecesarias, estimado obispo. Usted lo sabe perfectamente. Nada de torturas. Lo importante es actuar rápido, cortar de raíz la hiedra e impedir la publicación del Códex M.

Fueron palabras textuales del cardenal Schulzer, aunque no por ello palabras suyas. El Papa y Schulzer siguen las pautas de Pio IX y el cardenal Antonelli en tiempos de los Estados Pontificios, uno es el bueno, el generoso, el amado, el otro es el malo, el severo, el odiado. Roles de la *commedia dell'arte* vaticana que solo quienes ignoran la peculiar mecánica celeste de la supuesta *Città di Dio*, elevan al rango de verdades.

De haber permitido que sus hombres aplastasen algunos dedos o arrancasen un par de uñas, los Walter, los Bauer o los Roussel hubiesen dicho dónde escondían el Códex M, que se encontraría ahora en poder de la Iglesia y él estaría saliendo del purgatorio del obispado, accediendo al paraíso del cardenalato y apuntando al papado.

Lanza una rápida mirada a su reloj, arregla sus vestimentas, respira hondo, sale de la oficina y camina por el dorado pasillo cuyo techo brilla con frescos renacentistas. Obras de inestimable valor que muy pocos admiran, ya que se encuentran en una zona vedada para los profanos.

Aunque teóricamente está subordinado a la "Sagrada Congregación para la Defensa de la Fe", que muchos, no sin una clara dosis de sarcasmo llaman, "La Sagrada", es muy poco común que le den una cita oficial como ahora. Durmió pésimamente. Se siente intranquilo. Es absurdo. Planificó y dirigió una dificilísima operación que evitó un grave problema a la Iglesia y en lugar de recibir laureles lo van a interrogar como a un culpable. En principio deberían haberse contentado con el detallado informe sobre la operación que él entregó a De Klerk, el secretario de la institución, y que este hizo llegar a cada uno de los miembros, pero no, quieren más.

Mira hacia el techo para admirar al *"Peccatore che brucia tra le fiamme"*, una de sus obras preferidas de ese pasillo donde resplandecen pinturas de una época bendecida en que el poder de la Iglesia era incontestable y ninguna autoridad eclesiástica de alto nivel como él se hacía mala sangre por unos muertos más o menos o una confesión obtenida en el potro o en la garrucha.

Piensa en los miembros de la "Sagrada Congregación para la Defensa de la Fe" y se fuerza a no verlos como poderes o amenazas, sino como austeros y arrugados viejos a los que la muerte sigue de cerca… La goyesca imagen cambia su humor. ¡Al fin! Burlarse del enemigo es una manera de combatir el miedo que nos produce. Una risa lo recorre por dentro. Risa que no deja llegar a sus labios, claro. Reír en ese contexto podría ser tachado de irrespetuoso. La sabrosa risa saludable e irreverente que todo romano adora como a una diosa pagana es indebida, mal vista, prohibida casi en los ámbitos oficiales vaticanos.

Siempre ha sido difícil la relación entre la *santa* Iglesia y la *demoníaca* risa. Ni tan santa la una ni tan satánica la otra. Por más que de la risa dijese el rancio San Benito en sus *"Regula Magistri"*:

> *"Cuando la risa está por estallar hay que prevenir, como sea, que se exprese. Pues entre todas las formas malignas de expresión, la risa es la peor".*

Y que con risible obsolescencia el Eclesiastés 7:3 siga clamando en la Biblia:

> *"Mejor es la tristeza que la risa, porque cuando el rostro está triste el corazón puede estar contento.*"

Vuelve mentalmente a la "Operación Magdalena", repasa por enésima vez la manera en que la presentará a los miembros de la "Sagrada Congregación para la Defensa de la Fe". Sabe que no debe pecar de insolencia, pero estima que se necesita mucha mala fe para no reconocer que fue un éxito a pesar de su complejidad y de tener lugar en tres países simultáneamente. Hubiese sido mejor hacerse con el satánico Códex M, pero… La culpa no es suya ni del Destino ni de la Suerte sino del Papa y de Schulzer por haber frenado a sus hombres. Entrenar mastines para ponerles un bozal en el momento de morder, ¿qué sentido tiene? ¡Para qué quieren un Servicio de

Acción si no lo dejan actuar, viejos pendejos! Eso no podrá decirlo, claro, imposible culpar públicamente al cardenal Schulzer o al Santo Padre, así es que solo le queda culpar a Dios, que nunca protesta…

No siempre el Señor concede lo que de Él se espera, dirá.

Una sólida puerta de maderas finamente esculpidas detiene su paso y sus cavilaciones. Ahí está. Hace un signo de cruz. "Sagrada Congregación para la Defensa de la Fe", reza en una placa dorada. Aunque la puerta se encuentra entreabierta él se hace notar con unos discretos golpes. La voz del cardenal Schulzer lo invita a entrar.

—Que la paz y la misericordia de nuestro Señor estén con ustedes a toda hora Excelentísimas Eminencias, dice el obispo.

—Amen, repiten maquinalmente los miembros de "La Sagrada."

Gaetani permanece de pie, es la norma, hasta que Schulzer lo invita a sentarse frente al resto de los asistentes.

Los siete cardenales están vestidos con todas sus galas. Es también la norma. Los códigos vestimentarios en la casa de Dios son de primordial importancia. Quien no los maneje se denuncia rápidamente como un advenedizo o peor, como un rebelde.

Durante largos minutos los purpurados dan la impresión de no verlo. Gaetani no se inmuta. Es la técnica habitual para desestabilizar a la persona que debe rendir cuentas, lo sabe. Como comenta su burlón hermano Paolo, aunque los juicios de la Inquisición desaparecieron hace bastante tiempo, la Iglesia nunca ha podido hacer el duelo.

…una mujer se arrodilla devotamente en un confesionario. Se llama Faith, nombre predestinado, Faith Dolson. Es inglesa. Como su nombre lo deja suponer es una creyente devota, católica convencida, así que lo fueron sus padres. No se trata de una mujer real, sino de una recreación de la mente del obispo Gaetani mientras espera que los cardenales se decidan al fin a comenzar la reunión. La real Faith Dolson está muerta. La baleo el coronel Jonás por orden del propio Gaetani. La beata sabía demasiado sobre la "Operación Magdalena". No había otra opción.

Pueda Dios tenerla en su Gloria…

A pesar de adorar a su Creador, Mrs. Faith no tuvo mucha suerte en esta vida. A sus casi sesenta años trabajaba como señora de limpieza en varias casas del vecindario, entre otras la de la familia Walker, su ocupación principal. Seguía rezando y confesándose regularmente. Ser una devota creyente era, a su entender, la única forma de acceder a una vida mejor… aunque fuese en el otro mundo.

—Padre…

—Sí, hija.

—¿Existe algo escrito por María Magdalena que la Iglesia busca?

Una sirena sonó en la cabeza del padre Bell. Era tal su ruido que le fue difícil llegar al final de la confesión. Confesión secreta, como toda confesión, en teoría, pero cuyo contenido fue rápidamente vertido por el padre en los oídos de su decano, que informó a su vicario, que dio a conocer el secreto a su obispo para que este lo comunicara al arzobispo, que con total discreción lo habló con su cardenal cuya misión, también secreta, fue elevarlo a las más altas esferas de la jerarquía vaticana donde se sabía lo que convenía hacer.

Fue así como Gaetani y sus hombres del Servicio Secreto Vaticano (que algunos llaman la Santa Alianza y otros la Entidad, pues cuanto menos se sepa de ellos y más confuso sea todo alrededor de ese ente que según la Iglesia no existe, mejor es), comenzaron a monitorear a la señora Dolson por intermedio de su confesor, quien le explicó que debía investigar, enterarse de todo lo que pudiese sobre el escrito de María Magdalena o Códex M y quienes con esto se relacionaban, pues era de la mayor importancia para la Santa Madre Iglesia, al punto que su lugar en el Paraíso, señora Faith, está casi seguro, créame. ¿Gracias a eso, padre? Sí, hija, no puede usted imaginar la importancia que ese diabólico documento tiene, al punto que no es para nada imposible que cuando todo el asunto haya sido develado el Santo Padre en persona la reciba en Roma.

Y mientras la señora Faith traicionaba a los Walker por amor de Dios y rezaba para que todo saliese bien y ella pudiese un día besar la mano del Santísimo Rector de las Almas Católicas, los

investigadores y especialistas del obispo Gaetani pirateaban teléfonos y computadoras, ponían micrófonos y cámaras en las habitaciones y hacían todas esas cosas que son necesarias cuando se quiere lograr algo y no se tiene mucha ayuda de Dios…

—Querido obispo, dice Schultz, que en su calidad de decano de "La Sagrada" y hombre de confianza del Papa, dirige la institución.

La voz del cardenal interrumpe la reminiscencia que flotaba la mente de Gaetani.

—Sí, Eminencia.

—A pedido de los Excelentísimos cardenales Charles Auguste de La Tour Bissy, Pedro Pablo Gómez Cruz y Jan Jozef Wysocki, hemos programado este encuentro para saber un poco más sobre la llamada "Operación Magdalena".

El obispo intenta una esquiva, a sabiendas de que tiene pocas posibilidades de que sea un escudo eficaz.

—No tengo mucho que decir, Excelentísimas Santidades, el informe que entregué al padre De Klerk, secretario de esta eminente institución, lo explicaba todo.

—Estimado obispo, los presentes hemos leído con especial interés el documento al que hace referencia, por el cual le damos insistentes gracias, pero si lo hemos citado en este recinto es para escucharlo a usted, dice con voz suave el cardenal polaco Wysocki.

Suavidad bajo la cual el obispo Gaetani detecta la doblez.

—Nos gustaría saber cómo se realizó paso a paso la operación, le pide el cardenal, de La Tour Bissy.

El cardenal francés lo detesta, sin que el obispo sepa exactamente por qué. Sospecha que fue el principal instigador de este juicio inquisidor. Mira a Schulzer con la esperanza de obtener su apoyo. En los ojos del cardenal alemán ve icebergs.

—Tuvimos muy poco tiempo para concebir y organizar la operación, comienza a explicar Gaetani. Gracias al padre Bell, confesor de la señora Faith Dolson, la criada de los Walker, como todos saben, pasamos un cierto tiempo monitoreando al señor y la señora Walker con la esperanza de que cometerían algún desliz que

nos permitiría saber dónde se ocultaba el Códex M. Lamentablemente no fue así, pero supimos quiénes eran las otras familias relacionadas con el peligroso documento. Y sobre todo, supimos que tenían la intención de publicarlo. A partir de ese momento nos vimos en la obligación de actuar… De manera un poco precipitada, lamentablemente.

—Demasiado precipitada, señala el cardenal de La Tour Bissy.

El obispo Gaetani esquiva el ataque con una antigua astucia usada ya por la Inquisición: admitir la razón del oponente para desarmarlo.

—Tiene usted razón, Ilustrísima, no pudimos interrogar a las tres familias, por ejemplo. Algo que hubiese sido extremadamente útil.

—No me refería a ese tipo de precipitación, sino a la que deja estelas de sangre, insiste malhumorado el cardenal francés.

—Eso también, claro. Algo muy penoso. Pero, en fin… Lo importante es que la publicación del Códex M fue contrarrestada, indica el obispo. Esa era la exigencia del Santo Padre. ¿No es así, Ilustrísimo cardenal Schulzer?

Un pesado silencio se alarga en espera de las palabras del cardenal alemán. Rostro pétreo, ojos inexpresivos y boca cerrada, Schulzer se arropa en un mutismo con el cual, al fin de cuentas, se expresa con relativa claridad.

—El peligro no desapareció, remarca finalmente el cardenal Gómez Cruz. ¿Dónde está ese maldito escrito?

Contrariado, Gaetani dice:

—El Códex M ha sido uno de los documentos más buscados por nuestra Santa Madre Iglesia a lo largo de su historia. Y hasta ahora nadie lo ha conseguido.

—Tampoco usted, señala el cardenal Wysocki.

El obispo se guarece tras el escudo de Dios, con la esperanza de que su magia milagrosa no se atore esta vez:

—No siempre el Señor concede lo que de Él se espera, Eminencia… Pero haber impedido su publicación fue ya una divina victoria.

Un silencio lleno de miradas y cuchicheos se extiende. A juzgar por los rostros de los cardenales, Gaetani no lo cree propicio. Una

vez más mira hacia el cardenal Schulzer. Que evita su mirada.

—Todos los agentes que intervinieron en la operación regresaron sanos y salvos, añade el obispo. Todas las personas que representaban un peligro para la Santa Iglesia fueron neutralizadas. Desde esos puntos de vista también la operación fue un incontestable éxito.

El obispo marca un tiempo para dejar que sus interlocutores integren en sus mentes las afirmaciones positivas con que los ha bañado, que la palabra éxito con la cual terminó sabiamente su alocución los penetre…

Cree haber marcado un punto. Se equivoca.

—¿Conoce usted el término Sofrosina, Señoría?, interviene el cardenal de La Tour Bissy.

—En este momento no lo recuerdo exactamente, Eminencia.

—Es un concepto griego que fue caro a Platón. De él Heráclito decía: "La Sofrosina es la mayor virtud."

Todos escuchan con interés, Gaetani más bien extrañado. Parece preguntarse a qué viene esa arcaica referencia. De La Tour Bissy continúa con voz suave y tono irónico:

—Según los antiguos griegos el concepto Sofrosina corresponde al ideal de excelencia de carácter y solidez de la mente que cuando se combinan en un individuo bien equilibrado conducen a la templanza, la moderación, la prudencia…

Una alarma suena en la mente del obispo. No tiene la cultura del cardenal francés, sí el instinto de supervivencia de todo hijo de Roma, sobre todo con una vida tan azarosa como la suya. No es en vano que de La Tour Bissy hace gala de su erudición y lo humilla, intuye. Desprestigiar al enemigo es una manera de deshumanizarlo, de facilitar su *mise à mort*.

—El equivalente romano por cierto era *Sobrietà* o sea sobriedad, añade el cardenal galo.

El obispo intenta colgarse de las ramas.

—Ahora veo sí, *Sobrietà*, claro, dice. No recordaba que originalmente fuese un concepto griego.

—Es ya un concepto universal, pobre amigo, pero eso tampoco parece usted capaz de recordarlo.

Gaetani duda, se pregunta adónde quiere llegar el cardenal francés, se siente desestabilizado. De La Tour Bissy deja a un lado el tono sarcástico que ha usado hasta ahora y usa las palabras como dardos.

—Trece personas neutralizadas como dice usted, entre ellas cinco periodistas y todo eso para recuperar un documento que ni siquiera fue recuperado. Es esa su visión de la *Sobrietà*, obispo Gaetani.

Gaetani pierde el dominio y casi grita:

—¿Prefería usted que el Códex M hubiese sido publicado?

—Sí, dice de La Tour Bissy, alzando a su vez la voz. Ese códex, que es más bien un mito, que nadie ha leído realmente, del que se dicen tantos horrores que ya ni asusta, no habría provocado el derrumbe de la Iglesia como fabulan algunos. Lo habríamos negado, obispo, lo habríamos declarado falso y la inmensa mayoría nos hubiese creído porque los cristianos creen en la Iglesia no en las herejías. Ya que la Iglesia es el único asidero y siempre ha sido así.

Un silencio de tumba acoge las últimas palabras del cardenal que siguen vibrando largo rato.

—Tampoco hubiese sido tan sencillo, querido, interviene el cardenal brasileño Joao Tadeu Pinheiro mirando a de La Tour Bissy. Contrariamente a lo que usted estima, por lo que sabemos del Códex M, hubiese sido extremadamente peligroso de haber sido publicado.

—De acuerdo, pero trece muertos son demasiados muertos para tan poco resultado. Cinco periodistas asesinados a balazos, ¿tiene usted idea del peligro que eso representa?

—Su Eminencia de La Tour Bissy está en lo cierto, lo apoya el cardenal Gómez Cruz. Si nos viésemos envueltos en una acusación por crimen y por un crimen semejante, sería un desastre.

Por unos instantes el zumbido de los murmullos yendo de boca en boca llena la estancia. Hasta que el cardenal Wysocki dice en voz alta:

—La Iglesia es la casa de Dios. La Iglesia no mata, la Iglesia salva. Lo que usted ha hecho no tiene perdón, obispo.

Un nuevo silencio se extiende por la estancia.

Olvida cuantos africanos murieron durante el período más álgido del Sida a causa de la campaña que hizo usted contra el preservativo, cardenal Wysocki, piensa Gaetani, desencantado y furioso. No lo dice, naturalmente.

El cardenal John De Moore toma la palabra.

—Pienso que le estamos dando demasiada importancia a este asunto respetados amigos y hermanos. Mientras la policía alemana, inglesa o francesa no sospeche de nuestros hombres y por el momento nada lo indica, no creo sea un problema lo que ha sucedido, opina el cardenal norteamericano.

—Trece personas asesinadas no le parecen a usted un problema, se indigna de La Tour Bissy.

—Mientras no sean un problema para la Iglesia, no, cardenal. Dios y la Iglesia podían haber sido dañados por la publicación de ese maldito Códex M. Estoy de acuerdo con que de haberlo declararlo falso, a la larga nuestra opinión se habría impuesto, pero el daño estaría hecho y la polémica lanzada. Y habríamos dado armas a los enemigos de Dios y de la fe, que no habrían dudado en usarlas. Cuidar la reputación de la Iglesia tiene un precio.

—Una investigación policíaca implicando a la Iglesia por asesinato sería un precio demasiado elevado, apreciado amigo. ¿Acaso no se da cuenta de lo que eso significaría?, grita casi Gómez Cruz en respuesta al cardenal De Moore, al tiempo que intercambia una mirada con de La Tour Bissy.

La porfía se extiende. El obispo Gaetani prefiere callar e identificar aliados y oponentes. De La Tour Bissy, Gómez Cruz y Wysocki están en su contra, eso ya lo sabía. Schulzer no se ha pronunciado. Solo De Moore y Pinheiro están de su parte o al menos defienden un punto de vista cercano al suyo. Del cardenal Rossi, con el que siempre ha tenido una agradable relación, más la complicidad de ser los únicos italianos de ese cónclave, no sabe qué pensar.

No es mucho lo que tiene que temer, en realidad. Lo único verdaderamente peligroso sería que fuese entregado a la policía, pero eso jamás sucederá. La Iglesia no correrá el riesgo de verse mezclada con un crimen. Aunque lo esté.

Tras una mirada a Gaetani, en la cual el obispo cree ver un apoyo, el cardenal italiano Romulo Rossi, interviene al fin.

—Excelentísimos, me permito recordarles que aunque hay muchas especulaciones sobre lo que contiene el Códex M, nadie sabe en realidad lo que dice. Las versiones que la Iglesia se ha procurado a través de los tiempos se conservan en nuestros archivos y son fraudulentas, pero todas coinciden en dos puntos: el Códex M declara falsos los milagros de Jesús y niega la resurrección. Algo de verdad debe haber si todas esas falsificaciones concuerdan en esos dos puntos. Puntos que son extremadamente problemáticos para nuestra Santa Madre Iglesia, ¿No lo cree usted, cardenal de La Tour Bissy?

El cardenal francés no se da por vencido.

—Cardenal Rossi, admirado amigo, me apena ver que usted incide en el mismo error que su Excelencia el cardenal De Moore. Cuando la policía sospeche de nuestros hombres, que Nuestro Señor nos proteja de semejante percance, será demasiado tarde. La prensa, que como todos sabemos, es mayoritariamente izquierdista, por no decir comunista, disparará sus cañones contra nuestra modesta fortaleza y hará titulares con nuestra desgracia.

El cardenal norteamericano vuelve a tomar la palabra.

—Excelentísimos cardenales de La Tour Bissy, Gómez Cruz y Wysocki, queridos hermanos míos, permítanme recordar la Biblia. Primera de Corintios 15: 13. *"Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe…"* Ninguna investigación policíaca nos haría más daño que un documento atribuido a Santa María Magdalena afirmando que Cristo no resucitó. ¿No les parece evidente?

Las terribles palabras del cardenal norteamericano hunden a los miembros de la "Sagrada Congregación para la Defensa de la Fe" en un doloroso silencio. El cardenal De Moore mira al obispo y le sonríe.

—No sé qué pensarán después de esta conversación mis ilustrísimos amigos, pero yo, estimado obispo Gaetani, estimo que usted ha hecho un magnífico trabajo y más que juzgarlo deseo felicitarlo.

El obeso cardenal De Moore, no sin dificultad, se pone de pie y aplaude. Los cardenales Rossi y Pinheiro se suman a su amable gesto. La contrariedad, por no decir la rabia, centellea en los rostros los cardenales de La Tour Bissy, Gómez Cruz y Wysocki, que ni se levantan ni mueven las manos. Schultz no expresa el menor sentimiento.

Solo cuando los aplausos cesan, el cardenal alemán dice al fin:

—Estimado obispo Gaetani. Me sumo a las felicitaciones de mis amadísimos hermanos. Iré hasta aplaudirlo, pero cuando ponga usted el Códex M encima de esta mesa.

—Así será Ilustrísimo decano. Aunque solo sea para darle a usted esa satisfacción.

Pietro Gaetani agradece calurosamente los aplausos, después dedica al cardenal Schulzer una mesurada sonrisa, más sería una falta de tacto. En su mente, sin embargo, lo hace diana de una copiosa sarta de palabrotas y execraciones.

> *21 Si anduviereis conmigo en oposición, y no me quisiereis oír, yo añadiré sobre vosotros siete veces más plagas según vuestros pecados. 22 Enviaré también contra vosotros bestias fieras que os arrebaten vuestros hijos, y destruyan vuestro* ganado, y os re*duzcan en número, y vuestros caminos sean desiertos.*
> *23 Y si con estas cosas no fuereis corregidos, sino que anduviereis conmigo en oposición, 24 yo también procederé en contra de vosotros, y os heriré aún siete veces por vuestros pecados. 25 Traeré sobre vosotros espada vengadora, en vindicación del pacto; y si buscareis refugio en vuestras ciudades, yo enviaré pestilencia entre vosotros, y seréis entregados en mano del enemigo.*
>
> **LA BIBLIA**. **(Levítico 26: 21-25)**

La viña florece a todo lo ancho y largo de la privilegiada tierra de Burdeos. Thomas decidió ir hasta Château Roussel caminando a través de los viñedos por placer, para acercarse a su padre que tanto le gusta pasear por la viña cuando está así, llena de colores. Se detiene varias veces para inspeccionar las delicadas flores que anuncian las uvas de esta cosecha. Van bien. Aunque bastaría un golpe de frío o un desarreglo de las precipitaciones para que la labor de muchas personas durante
meses sea irremediablemente dañada. Castigos de Dios les llamaban en la región en otros tiempos a esos imprevisibles caprichos del cielo.

Es muy temprano para decir cómo será el vino de este año, lo que sí puede ya predecirse es que no será Armand quien lo elabore.

En los locales de la empresa todos lo saludan con cariño, pero nadie lo abruma con preguntas inútiles, prueba de que Gilles les dio las informaciones necesarias y probablemente les pidió que no lo obligaran a hablar demasiado del drama.

Thomas recorre los diferentes departamentos para asegurarse de que no olvida saludar a nadie, luego sale de nuevo a caminar por la viña, pues solo es que se siente mejor. Una llamada entra en su teléfono, tiene costumbre de no responder a los números desconocidos, pero en estos momentos está demasiado ávido de información para aplicar esa regla.

—Thomas Roussel, dígame.

—Hola, Thomas. Lamento mucho lo sucedido.

Cree reconocer la voz, no está seguro. Su interlocutor parece adivinarlo.

—Soy Henri Val. ¿Te acuerdas de mí?

—Doctor Val, sí claro que me acuerdo de usted.

Henri Val es un conocido abogado y un amigo de infancia de Armand.

—Quita lo de doctor y lo de usted que bastante viejo estoy ya para que tú agraves mi caso.

Ríen.

—Es la manía nacional, ya sabes, para usar el tuteo hay que ponernos una pistola en la lengua.

—Yo soy como tú, no te formalices. El ustedeo, el *oh là, là* y la *baguette* son para mí como la Marsellesa. Pero entre amigos se hacen excepciones.

Ríen de nuevo. El doctor Val continúa:

—Llamé al hospital ahorita. Me dijeron que el pronóstico vital no peligra, pero que Armand sigue estando muy grave.

—Así es.

Tras un corto silencio el abogado dice:

—Hace algún tiempo tu padre me dejó algo para ti. Algo importante creo porque me pidió que te lo diera si él fallecía o si cualquier cosa grave le sucedía. Lamentablemente creo que es el momento de dártelo. ¿Estás en Burdeos o en París?

—En Burdeos.

—¿Puedes venir?

El corazón de Thomas comienza a latir aceleradamente.

—No estoy seguro de recordar dónde está su bufete.

—Te acabo de mandar la dirección.

Una bonita caja madera de unos treinta y cinco centímetros de largo por unos veintiséis o veintisiete de ancho y unos ocho de alto rodeada por una cinta roja lacrada con un sello de cera marcado con una T y una R está sobre el elegante escritorio del abogado. Un pequeño candado dorado la cierra.

Un esmerado trabajo que despierta emociones en Thomas y lo sacude interiormente. A pesar de lo ansioso que está por conocer el contenido, admira la dedicación e imagina con dolor y algo de orgullo a su padre teniendo el cuidado de enviarle ese mensaje.

—¿Debo abrirlo delante de usted, Henri?

—No. Yo no quiero saber lo que contiene. Es un asunto entre Armand y tú. Yo solo soy el puente. Lo que sí te pediré, por las formas, es que firmes este documento.

Thomas firma, reconociendo haber recibido el paquete. El abogado le entrega un pequeño sobre igualmente sellado con cera donde están también las iniciales: T y R.

—Dentro están las llaves del candadito.

—Gracias Henri, ojalá no hubieses tenido que darme esto nunca. Espero que nos veamos pronto en otras circunstancias y celebremos el restablecimiento de papá.

—Así será. Armand es fuerte.

—Ahora me voy, perdona. Estoy demasiado ansioso por saber qué me quiso decir.

Thomas le tiende la mano. El abogado lo toma en sus brazos.

Antes de salir, Thomas se vuelve.

—¿Cómo te enteraste, Henri?

El abogado le muestra un ejemplar de "*Sud Ouest*", el periódico local de mayor tirada. Abre una página interior donde hay una corta nota con una foto de Armand bastante más joven.

—¿Qué dicen?, pregunta Thomas.

—Que Armand se encontró en medio de un tiroteo y fue una víctima colateral.

—Muy bien.

—Esa no es la verdad, ¿es cierto?

Thomas duda.

—Ok, no te preocupes, yo no voy a resolver nada con saber, dice el abogado.

—No, Henri, no es la verdad. Pero la verdad en realidad no se sabe. Tal vez una parte al menos esté dentro de esta caja.

El doctor Val se acerca a Thomas y cambia de tono.

—Llévate el periódico. Has visto como lo arreglaron en esta foto. Parece que tiene treinta y cinco años. El periodista debe ser un amigo. Llévatelo, es mejor que lo guardes tú. En un par de meses nos burlaremos de él por esta imagen.

Tras un corto silencio, con tono grave, Thomas dice.

—No, gracias. No tengo ninguna razón para querer recordar esa noticia.

Henri le tiende el periódico, serio él también ahora.

—Sí, Thomas, tienes una muy buena razón: la esperanza. Perder tu humor no va a mejorar a Armand, sin embargo te va a dañar a ti. Llévate ese periódico y piensa que pronto nos vamos a divertir con Armand mirando esa foto.

Thomas duda. Acaba por sonreír y aceptar el cotidiano.

—Gracias. Eres un cabrón abogado, no lo puedes negar.

—No, es que te vi orinarte encima. Y más de una vez. Además, de algo tienen que servir las arrugas ¿no? La experiencia, hijo, la experiencia…

Thomas sale del bufete de Henri Val y camina tan rápido como puede hasta su auto. Cierra con seguro las puertas, rompe el sobre lacrado que contiene la llave y abre la linda caja que le dejó su padre. La estupefacción lo golpea: solo contiene un libro. Se trata de un libro de unas cuatrocientas páginas magníficamente encuadernado con delicado cuero marrón recorrido por finas líneas doradas. Se titula "Adiós a Dios". Lo firma un autor que Thomas no conoce y Google tampoco: Mand Selar.

Mira el libro por todos los ángulos pasa una a una las páginas pero no encuentra ningún signo, ningún mensaje, nada que lo alerte o le abra las puertas de la historia en la que él está buscando desesperadamente entrar.

> *Para que los santos puedan disfrutar más abundantemente de su beatitud y de la gracia de Dios, se les permite ver el castigo de los malditos en el infierno.*
>
> ***Santo Tomas de Aquino.*** ***(Summa Teologicae.)***

La noche cae sobre Roma. En el asiento trasero de un elegante Lancia Thema el obispo Gaetani, vestido con un simple traje sin alzacuello ni ningún otro símbolo de su dignidad religiosa, va sumido en un silencio apuntalado de furia. ¡Qué decepción! Él, que en algún momento creyó que sería felicitado por "La Sagrada" e incluso

premiado por el Papa, ha salido de esa maldita reunión como un sospechoso, un reo, acusado prácticamente de haber cometido un crimen cuando en realidad salvó a la Iglesia.

¡Me la vas a pagar cardenal de La Tour Bissy! ¡Te lo juro!

De no haber sido por el pragmatismo del obeso De Moore, la solidaridad del italiano Rossi y la amabilidad del brasileño Pinherio, habría sido tratado como un delincuente sin que el hipócrita de Schulzer tomara su defensa ni explicara, o al menos sugiriera, que fue la intervención del Papa la que impidió que él tuviese las manos libres para hacer lo que la situación exigía. ¡Acaso esperaban que quienes ocultaron el maldito Códex M durante siglos le dirían dónde lo habían escondido solamente porque él los asustase enseñándoles una cruz o salpicándolos con agua bendita como en las películas de vampiros!

No teme que "La Sagrada" lo denuncie a las autoridades civiles. Antes se cortarían las lenguas. El Vaticano lava siempre sus trapos sucios en familia. Eso no ha cambiado ni cambiará. Basta con ver la actitud oficial de la Iglesia con los clérigos pedófilos que durante años violaron a miles de niños sin que a nadie se le ocurriese denunciarlos hasta que estalló el escándalo.

Acaso ha revelado alguna autoridad la proliferación de la homosexualidad en el clero. ¡Claro que no, Santo Dios! Ya puede la Biblia desgañitarse diciendo…

> *13 Si alguno se ayuntare con varón como con mujer, abominación hicieron; ambos han de ser muertos; sobre ellos será su sangre. (Levítico 20: 13.)*

…para la Iglesia es papel mojado, por más que haya monasterios donde casi todos, desde los monjes hasta los superiores, son… gays. Que aunque suena mejor que *frocio*, *fag* o *pédé*, quiere decir lo mismo: *marica*.

Cada día los homosexuales tienen más poder en el Vaticano. ¿Y qué? ¡Nadie se inmuta! No sería de extrañar que pronto uno de ellos fuese elegido Papa. Algunos hasta dicen que ya ha sucedido. Nadie

señala tampoco que la Capilla Sixtina, donde son elegidos desde hace siglos los Papas, es obra de Miguel Ángel, artista genial, pero también, como diría un francés que hablase italiano… *frocio come una foca*.

El obispo sonríe. No por mucho tiempo. Sus pensamientos se hunden en el fango abundantemente generado por la Institución para la cual oficia… Qué decir de las turbias relaciones del "Instituto para las Obras de Religión", más conocido como el Banco Vaticano, con la Mafia, la política y otras hijas de Lot. O de lo que sucede a la sombra de los solideos y del Poderoso Caballero Don Dinero con respecto a las inversiones inmobiliarias prodigiosas, capaces de realizar el milagro de transformar dinero *sucio* en limpísimos caudales, puros como alas de ángeles. ¿Ve alguien mal en ello? ¿Lo denuncia algún Hijo del Cielo? No, Santa Virgen, todo el mundo ve lo único visible: la Gracia de Dios…

Hosanna, Hosanna. Gloria en las Alturas.

Con él no se meterán. Sabe demasiado. Lo que sí se ha malogrado, por lo pronto, es su nombramiento de cardenal.

El Lancia se detiene suavemente frente a un lujoso edificio. El chofer se apresura en abrir la puerta trasera de la cual desciende el obispo

—¿A qué hora mañana, Excelencia?

—Tómese el día Pastori. Mañana trabajaré en casa. Si hay un imprevisto lo llamo.

Entra en el edificio. Aunque nada lo indica, se trata de una propiedad de la Iglesia. Gracias a eso él goza de un ático de trescientos metros cuadrados por el que paga un alquiler ridículo. ¡Loado sea el Señor!

—Alba…

El silencio del apartamento lo contraría. Llama de nuevo a su esposa… Manera de hablar, claro. Son los años de vida común y los hábitos que inducen esos abusivos giros de la lengua.

—¡Alba!

Sobre un mueble una nota dice: "Pasé a buscar algunas cosas. Giulia y yo nos quedaremos unos días más en casa de mamá. Sigue

delicada.” La firma Alba, aunque no era necesario, él reconoce perfectamente la letra.

Le molesta encontrarse solo, especialmente esta noche. Deberías estar aquí conmigo, Alba. Este es tu lugar. Llama al número de su compañera. Deja sonar. No obtiene respuesta. Acaba por colgar y servirse un whisky con hielo.

Que Giulia se quede en casa de la abuela no le molesta. Más bien lo agradece. Desde que la niña comenzó a tener senos, menstruaciones, crisis de adolescencia y otros encantos femeninos, él y ella chocan constantemente. Giulia lo culpa de todos sus males, a él sus reproches lo sacan de quicio. Nunca ha lamentado tanto que Alba no lo haya escuchado cuando supo que estaba en estado.

Vuelve a utilizar el teléfono, esta vez para llamar a Silvio Uccello, un amigo de infancia con quien trabaja a menudo, personaje singular, un poco periodista, un poco paparazzi, un poco delincuente…

—Hola Silvio. ¿Cómo estás?

—Bien. Contento de escucharle, Excelencia, responde Uccello con una risa que rebaja el pomposo tratamiento.

—¿Qué sabes de un cardenal francés que trabaja en el Vaticano y se llama Charles Auguste de La Tour Bissy de Pondillac?

El paparazzi ríe a toda garganta.

—Así nada más se llama.

Pietro Gaetani también ríe.

—Es francés, ya te dije.

—Esos galos nunca se ahogarán en la modestia.

Los dos italianos ríen a carcajadas, burlándose con gusto de sus vecinos.

—¿Qué sabes de él?, insiste el obispo.

—Por el momento nada, pero si alguien me pide que me entere de quién es ese señor, en poco tiempo sabré hasta que mano usa cuando va al toilette.

—Lo del toilette no te lo aconsejo. Es conocido en los pasillos del Vaticano como el Filántropo, no por amar a la humanidad, sino por amar a los hombres. Especialmente a los hombres jóvenes y musculosos.

Los dos amigos ríen de nuevo. Uccello dice:

—Filántropo… Hombre que ama a los hombres. ¡Eso sí es pensar! La verdad es que en el Vaticano la gente está inspirada por Dios, hay que reconocerlo.

—¿Cuándo podrías ocuparte de eso?

—Pronto. Cuando termine lo que estoy haciendo. ¿Cuál es el presupuesto?

—Como la vez pasada.

—Pietro, somos amigos de infancia, nacimos en Roma, mamamos de la misma loba…

Logra hacerlo sonreír.

—Bueno, quince por ciento más.

—Veinte por ciento. No le des tanta importancia a lo material, hombre de Dios, que un especialista de confianza como yo no lo vas a encontrar en toda Roma.

—De acuerdo. Eres un verdadero bandido.

Silvio ríe.

—Por eso tú me llamas, ¿no?

> *25 Y viendo Moisés que el pueblo estaba desenfrenado, porque Aarón lo había permitido, para vergüenza entre sus enemigos, 26 se puso Moisés a la puerta del campamento, y dijo: ¿Quién está por Jehová? Júntese conmigo. Y se juntaron con él todos los hijos de Leví. 27 Y él les dijo: Así ha dicho Jehová, el Dios de Israel: Poned cada uno su espada sobre su muslo; pasad y volved de puerta a puerta por el campamento, y matad cada uno a su hermano, y a su amigo, y a su pariente. 28 Y los hijos de Leví lo hicieron conforme al dicho de Moisés; y cayeron del pueblo en aquel día como tres mil hombres. 29 Entonces Moisés dijo: Hoy os habéis consagrado a Jehová, pues cada uno se ha consagrado en su hijo y en su hermano, para que él dé bendición hoy sobre vosotros.*

LA BIBLIA

(Éxodo 32: 25-29)

El avión que lo devuelve a París surca un cielo intensamente azul. Ajeno a esa belleza Thomas lee lo que ya llama para sí "el libro de papá", convencido de que en sus págnas se encuentra un mensaje de importancia vital.

ELOGIO DE LA TOZUDEZ.
CUANDO FRACASAR CONDUCE EL ALTAR.

Jesús predicó muy poco tiempo, entre 36 y 42 meses. Y lo hizo en un área muy reducida: Nazaret, Cafarnaúm, Magdala, Caná, Jerusalén… De norte a sur recorrió unos 150 kilómetros apenas. Según la mayor parte de los estudios, tenía unos 30 años cuando comenzó sus prédicas y unos 33 al morir en la cruz.
Lo que hizo antes de sus 30, nadie lo sabe.
Ni Jesús ni los doce apóstoles podrían considerarse propiamente cristianos. No solamente porque el término, de origen griego, surgió a finales del siglo I, cuando todos ellos estaban ya muertos, sino porque Jesús nunca pretendió crear una nueva religión. Era simplemente un judío que deseaba transformar ciertas facetas del judaísmo, credo del dios Yahvé o Jehová. Una religión cuyas Sagradas Escrituras el cristianismo adoptó, al no tener ningún texto sagrado propio en sus inicios.
Obviando, eso sí, que en las Sagradas Escrituras judías, hoy conocidas como Antiguo Testamento, no se hacía la menor mención de un muchacho llamado Jesús que el dios Yahvé, a la manera del griego Zeus, habría engendrado con una terrícola llamada María.

Los judíos, incluidos los seguidores de Jesús, un reducido grupo por entonces, con la necedad de quienes piden más respuestas a la imaginación que a la inteligencia, esperaban la llegada de un Mesías, especie *Deus Ex Machina* que mágica o divinamente, (que es esencialmente lo mismo), resolvería todos sus problemas. Ese superhéroe extraterrestre con pasmosos poderes debía ante todo liberarlos de los romanos.

Muchos pretendidos Mesías habían existido antes del nazareno Jesús. Todos falsos, desde luego. La muerte de Jesús en la cruz lo condenaba a similar destino, al ser la crucifixión la pena más infamante de su época. Que el idealizado Mesías muriese crucificado y desnudo sin recibir ayuda de su Dios, era absolutamente impensable y bastaba como prueba para invalidar toda pretensión mesiánica del profeta de Nazaret. Desde ese punto de vista la muerte de Jesús en la cruz, con sus "vergüenzas" expuestas a la vista de todos, era un perentorio bochorno, además de un rotundo fracaso. Lo cual, como era de esperar, conllevó un terrible desengaño para sus seguidores.

Pero los más convencidos (o fanatizados) no admitieron la derrota. Afirmaron que el predicador carpintero sí era el Mesías, ya que… ¡había resucitado!

Como era de esperar, semejante aserción chocó contra la incredulidad de la mayoría. Muchos, no sin ironía, preguntaron dónde estaba el supuesto redivivo y por qué nadie lo veía. Para justificar su ausencia los seguidores del peculiar Mesías de Nazaret juraron que había subido al Cielo desde donde vendría muy pronto trayendo a la tierra el mismísimo Reino de Dios.

Tan temeraria hipótesis redujo drásticamente el número de seguidores del resucitado invisible. Pero en el crisol de aquel fracaso se fraguó el núcleo duro de sus incondicionales: aquellos para los cuales creer era más importante que saber, la fe era más trascendente que la realidad y la verdad solo un punto de vista.

Y aunque la mayoría no daba crédito a la improbable resurrección del extraño Mesías que se había ido al cielo cuando tanto se le necesitaba en la tierra, sus exaltados seguidores, sordos a todo lo que fe no fuese, se dedicaron ciegamente a preparar la llegada

del *Reino de Dios en la Tierra*, que según ellos estaba muy cerca, pues así lo había anunciado el crucificado nazareno:

> *"De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino"*.
> (Mateo 16:28)

Los apóstoles y algunos otros hacían proselitismo con la intención de convertir y "salvar" al mayor número de personas antes del esperado acontecimiento. Había urgencia. Según ellos, al menos. Esto explica por qué Jesús, los apóstoles y hasta el mórbido Pablo, educado políglota de familia acaudalada, dieron prioridad a la transmisión oral y no dejaron nada o casi nada escrito. ¿Para qué? Si el mundo estaba por acabarse.

Pero los apóstoles y sus seguidores murieron y no llegó *el Reino de los Cielos* ni hubo resurrección de los muertos ni juicio final ni regreso del *Hijo del Hombre*. Lo que sí llegó fue la necesidad de justificar por qué ninguno de aquellos portentos había tenido lugar.

Por segunda vez los partidarios de Jesús se enfrentaban a un arrasador fracaso.

Fue entonces que los incondicionales empezaron a plasmar en enrevesados, contradictorios y a menudo incomprensibles escritos, no siempre bien escritos, lo que hasta entonces solo pertenecía al vaporoso y cambiante reino de la oralidad.

Historias que habían sido versátiles palabras transformadas por la inspiración, la memoria, el talento del aspirante a representante de Dios o del juglar que las decía o cantaba, se encontraron de súbito encadenadas, engrilletadas, convertidas en rayas, círculos y extrañas formas semejantes a insectos. Domadas por los estrictos cálamos, apresadas en los indómitos pergaminos que algo guardaban de la furia de los asesinados animales que alguna vez fueron, condenadas a perpetuidad en aquellas ergástulas, las sutiles palabras ya no podrían cambiar ni empalagarse de sentidos ni enriquecerse o escurrirse como antes.

Sometidas así, las etéreas creadoras de las leyendas se transmutaron en leyes, en sacramentos, en fijos y férreos textos

referenciales. Excluidos quedaron el soplo que les había dado la vida y el viento que las había transportado de boca en boca. Contrariamente a la oralidad, a la palabra dicha, la palabra escrita fue casi siempre considerada asunto serio, mayor, de peso. Al punto que incluso hoy, ciertas personas creen que aquellos vetustos textos son documentos sagrados. Aunque ni siquiera los entiendan… O tal vez por eso.

> *"Vi descender del cielo a otro ángel fuerte, envuelto en una nube; con el arco iris sobre su cabeza, y su rostro como el sol, y sus pies como columnas de fuego. Tenía en su mano un librito abierto; puso su pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra, y clamó a gran voz, como ruge un león. Cuando hubo clamado, siete truenos emitieron sus voces. Y cuando los siete truenos hubieron hablado, yo iba a escribir; pero oí una voz del cielo que me decía: 'Sella las cosas que los siete truenos han dicho, y no las escribas'."*
> *(Apocalipsis 10:1-4)*

El avión aterriza en París. Thomas cierra el libro con la frustración de seguir sin encontrar el supuesto mensaje. Toma un taxi y le da la dirección del *Hôpital de la Pitié*. El día es hermoso, él a penas lo percibe. Nada de lo leído le ha dado el menor indicio. Y sin embargo es imposible que su padre le haya destinado ese libro sin una razón de peso.

Llega a la habitación de Armand y se aterroriza. A través del cristal descubre la cama vacía.

—Señora… ¡enfermera!

—Sí.

—Soy el hijo de la persona que estaba en la habitación número ocho. ¡No hay nadie ahora! Venga, por favor, venga.

Aunque no es su área de trabajo, la enfermera lo sigue. Constata la afirmación de Thomas. Lo más probable es que el paciente haya muerto, piensa, pero opta por un falso consuelo al no estar segura.

—Puede que lo hayan llevado a hacer algún examen, dice.

La consternación de Thomas la conmueve.

—Venga conmigo, propone.

Van hasta una computadora.

—¿Cuál es el nombre de su padre?

—Roussel, Armand Roussel.

La enfermera va pasando páginas numéricas que Thomas no ve hasta que se detiene. Su rostro extrañado aumenta la ansiedad del hijo.

—¿Qué pasa?

Ella escribe algo sobre un papel y se lo tiende.

—Debe llamar a este número.

—¿Qué le sucedió a mi padre?

—Lo lamento, no tengo más información. Llame a ese número.

Thomas le da las gracias y marca el número. Suena ocupado. Cuelga. Da unos pasos por el pasillo, sintiendo aumentar su desesperación. Llama de nuevo.

—*¡Merde!*

Mira por la ventana buscando algo que le permita no sentir el paso de los próximos minutos… La tercera llamada lo pone al fin en contacto con una persona. Un hombre.

—Hola, soy Thomas Roussel…

—Buenos días, Thomas, soy el capitán Martel. Su padre va bien, no se preocupe. Sigue igual, quiero decir. No ha empeorado. Sencillamente lo cambié de hospital por cuestión de seguridad. ¿Dónde está usted?

—En el hospital de *la Pitié*.

—¿Sabe dónde queda el hospital *Cochin*?

—Sí, claro.

—Bueno, su padre está allí. ¿Podemos encontrarnos en *Cochin* dentro de unos cuarenta minutos?

—De acuerdo.

—Ah, no pregunte por Armand Roussel. Por el momento su padre se llama François Borel.

Ahora Armand-François está solo en una habitación. Aunque sigue rodeado de máquinas, ya no se trata de un servicio de Cuidados Intensivos, lo que sin dudas es positivo y además le permite a Thomas entrar en el cuarto. Armand sigue en estado de coma. Thomas cree saber que es un estado en el cual el paciente puede escuchar y resentir. Por eso acaricia sus manos y le habla.

—Henri Val me dio tu libro, papá. He leído varias páginas. Aún no encontré tu mensaje, pero no te preocupes, lo encontraré. No le he hablado de él a nadie. Registraron toda la casa. ¿Era ese libro lo que buscaban? Todavía no tengo idea de quienes fueron. Eso también lo encontraré. Voy a delegar mi trabajo en la empresa para esclarecer esos asuntos. Ya se lo dije a Gilles. Y a propósito de la empresa, para todo el mundo fue un choque como puedes imaginar. Te mandan recuerdos, besos y deseos de que te restablezcas pronto. La viña está en flor, como te gusta verla a ti. Estoy casi seguro de que nos va a dar un magnífico vino este año.

Unos golpes en la puerta lo interrumpen. El capitán Martel aparece.

—Hola Erik, dice sonriente.

—¡Erik!, se sorprende Thomas.

—Dígale al señor Borel que va a conversar conmigo un rato y después regresa, por favor. Lo espero en la oficina del doctor Brun, el Jefe de Servicio. La última antes de la sala de espera.

La puerta de cierra.

—Ya oíste, papá. Ahora te llamas François Borel. Es por cuestión de seguridad, me dijo el policía. Y yo al parecer me llamo Erik, Erik Borel, supongo. Quién te iba a decir que a tu edad te iban a rebautizar y a mí…

Finge una risa divertida que dura poco, después continúa:

—El capitán Martel parece un buen policía. Todo indica que va por delante de los delincuentes. Fue él quien decidió cambiarte de hospital, por seguridad también. Por lo visto es de los que dice como tú: más vale precaver que tener que lamentar. Bueno, voy a ver qué quiere. Ya vuelvo.

Acaricia las manos de su padre por última vez, sale de la habitación, busca la oficina donde lo espera el policía, toca en la

puerta.

—Adelante. Gracias por haber venido.

El capitán está detrás de un escritorio. Lo invita a sentarse.

—Para el equipo médico del hospital de la *Pitié* Armand Roussel falleció. He hablado también con amigos periodistas para que lo publiquen, al menos en Internet.

—¿Qué sentido tiene?

—Prefiero que quienes intentaron asesinarlo crean que lo lograron… Por cierto, usted también ha muerto, aunque su nombre no será publicado. Solo se hablará del joven que lo acompañaba en "*Le Train Bleu*"…

Thomas no parece apreciar la noticia de su muerte.

El capitán le muestra un post-it donde aparecen dos nombres: Margaret y Roger Walker.

—¿Conoce a esas personas?

Thomas busca en su memoria. Sin éxito.

—No. ¿Quiénes son?

El policía le tiende un segundo post-it con dos otros nombres: Anke y Franz Bauer. Tras mirarlo unos segundos, Thomas reitera su negativa.

—Esas personas aparecen en el repertorio telefónico de su padre. Y lo llamaron o él las llamó varias veces antes de la agresión. La señora Anke intentó comunicar con él incluso el día siguiente. Una pareja llamó desde Londres, la otra desde Berlín.

—Podrían ser clientes de Château Roussel.

—No lo creo.

El policía pone ahora frente a Thomas dos fotos. En una aparecen los cadáveres de los Walker y de los periodistas, en la otra los de los Bauer. Para Thomas son un choque.

—¿Qué es eso?

—La primera foto es de Margaret y Roger Walker. En Londres. Los otros cadáveres son de periodistas. Por alguna razón que la policía inglesa ignora estaban en la mansión de los Walker cuando irrumpieron los asesinos. La segunda foto es en la casa de Anke y Franz Bauer, en Berlín, donde fueron asesinados.

Thomas mira las fotos una y otra vez. La estupefacción entorpece su mente.

—Supongo que si me muestra esto es porque tiene alguna relación con mi padre.

—Ya le dije. Margaret Walker habló con el señor Roussel poco antes de ser asesinada y que a él intentaran matarlo. Su padre la llamó. Con Anke Bauer habló durante la tarde. Y ella lo llamó al día siguiente. Él no respondió, estaba ya en el hospital. Ella y su esposo fueron asesinados poco después.

Thomas piensa en el libro que le dio Henri Val. ¿Tendrá alguna relación con estos crímenes? No le parece totalmente improbable. Tampoco ve qué relación puede tener. Prefiere por lo pronto callar su existencia hasta que él mismo sepa qué oculta, cuál es el mensaje. Vuelve a observar detenidamente las fotos y dice:

—A juzgar por las imágenes, los hogares de esas personas fueron registrados.

—Sí. No sabemos qué buscaban.

—La casa de mi padre estaba en igual estado. Eso crea un segundo lazo entre ellos. Quienes los asesinaron o intentaron asesinarlos suponían que ocultaban algo. Algo que podía estar en posesión de cualquiera de los tres.

—¿Tiene alguna idea?

Thomas hace un gesto negativo. El policía abre un sobre del que extrae varios documentos.

—Aunque usted no se ha dado cuenta, el señor Roussel está bajo una discreta, pero férrea, protección policíaca. Con usted no puedo hacer lo mismo pero prefiero que cambie de identidad, de teléfono y de apartamento. ¿Puede hacerlo?

—¿Le parece necesario?

—Sí. Al menos hasta que sepamos por qué ha pasado todo esto. Aquí tiene un documento de identidad, un pasaporte e incluso una licencia de conducción a nombre de Erik Borel. Una precaución que podría salvarle la vida.

41 Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, 42 y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes.

LA BIBLIA. (Mateo 13: 41-42)

Probablemente nadie conoce mejor las entrañas de los inextricables archivos secretos vaticanos que el padre Castelli. De ellos emerge ahora cargado de papeles, con la respiración alterada de un hombre al que los años en demasía no le han hecho perder la curiosidad y que en los últimos minutos ha subido y bajado escaleras, se ha empinado hasta elevados estantes y ha estirado torso y brazos para atrapar cajas y cartones que se mantienen en equilibrio por la gracia de Dios o de Newton y la gravitación universal, pero encierran misterios por los que más de un historiador renunciaría al paraíso bíblico.

—Aquí hay algunos supuestos Códex M, Excelencia.

El cardenal Schultz tose. Los archivos se han modernizado y están cada vez más organizados y limpios, eso no impide que sigan arrastrando el polvo del tiempo y de los papeles, pergaminos y papiros apolillados que conservan.

—No era necesario que los trajera todos, padre.

—Pensé que era preferible que los viese. Y esos no son todos, créame.

Con una máscara para protegerse del polvo y unos guantes que le da el padre Castelli, Schultz examina con atención los antiquísimos manuscritos.

—Todos falsos…

—Todos.

—Algunos están muy bien hechos.

—Sí, pero el carbono 14 no perdona. Ninguno es del siglo I, por consiguiente ninguno pudo haber sido escrito por María Magdalena.

—Entonces esos textos, ¿en qué se inspiran?

—En las típicas herejías que siempre se han usado para atacar a la Iglesia.

—Padre Castelli, muchos dicen que ese códex supuestamente escrito por María Magdalena es un mito. Yo mismo reconozco no haberle dado nunca mucho crédito. Según usted, ¿es real o se trata de una leyenda?

—Lamentablemente es real, querido amigo. No es por gusto que la Iglesia lo ha perseguido con tanto ahínco. Es mucho más que una espina clavada en nuestra doctrina desde su nacimiento.

—O sea…

—El Códex M es el mayor peligro al que ha sido confrontada la Iglesia en toda su santa historia. Me perdona si uso una imagen pagana, es su Talón de Aquiles.

El cardenal calla. Durante unos instantes parece alejado del mundo, desfasado. ¿Toma consciencia del peligro? ¿Reza? El padre Castelli no logra definirlo.

—La primera vez que la Iglesia oyó hablar de ese satánico códex fue en el año 325, durante el Concilio de Nicea, dice.

El cardenal parece volver a la realidad. El padre Castelli continúa.

—Como ve, fue mucho antes de que los ladrones e hijos de Satanás comenzaran a vendernos estos códex falsos que la Iglesia ha pagado a precio de oro a través de su historia. Durante el Concilio de Nicea el Emperador Constantino, que Dios lo tenga en su Gloria, tuvo un ejemplar en su mano. Ahí empezó todo.

—¿Y qué pasó con ese ejemplar?

—El Emperador lo destruyó. Quienes se lo habían dado pretendían disuadirlo de la veracidad de la fe católica. Por suerte, él no les creyó.

—Pero si el Emperador lo destruyó ¿por qué todavía hoy se sigue hablando de ese condenado escrito?

—Porque lo que Constantino destruyó fue una traducción. Una copia. Y cometió el error de mandar a sus soldados a matar a quienes se lo habían hecho llegar. Por consiguiente nunca se supo dónde estaba el original. Cuando los obispos convocados por el Emperador se enteraron de la existencia de ese escrito, los tetanizó el pavor, naturalmente. Pero no era gran cosa lo que podían hacer.

Por entonces la Iglesia no tenía todavía mucho poder. No podía ni siquiera condenar a muerte a los herejes, por ejemplo.

—¿El Emperador les dijo lo que contenía?

—Lo que recordaba. Más lo que recordaba su secretario que también lo había leído.

—O sea.

—Según ellos María Magdalena, qué maldita sea si de ella se trata, decía que Jesús y ella habían tenido relaciones carnales sin estar casados, que los milagros de nuestro Señor eran trucos, trataba a nuestro amado San Pablo de asesino por lo de la lapidación de Esteban y lo peor, decía saber dónde estaba el cuerpo de Jesús porque, según ella, después de la crucifixión él no había…

El padre no se atreve a terminar la frase. Los dos ancianos hacen signos de cruz y guardan un respetuoso silencio.

—Que maldita sea si de ella se trata, murmura Castelli.

—Que maldita sea.

—Cuando en el año 380, gracias a los Emperadores Valentiniano, Graciano y sobre todo el divino Teodosio el Grande, nuestra fe se convirtió en la única autorizada en el Imperio y ganamos el derecho de perseguir a todas las falsas religiones, de cerrar los templos de sus falsos dioses, de romper sus altares, de condenar a muerte a paganos y todo lo demás, se inició una intensa búsqueda del maldito Códex M, pero no se encontró. Esa búsqueda en realidad nunca se ha detenido. Ha sido más o menos obstinada según los períodos, pero constante. Sin la ayuda de Dios, hay que reconocerlo, pues el Señor no nos ha acordado el éxito. Siempre que apareció algún supuesto Códex M, resultó ser la obra de unos pícaros en busca de dinero. Y con el deseo que tiene nuestra Santa Madre de encontrar ese diabólico legajo se han pagado por ellos fortunas… y se ha hecho más de un disparate.

Un nuevo silencio envuelve a los dos hombres de fe. El cardenal se persigna una vez más, luego afirma:

—Y se siguen haciendo, padre Castelli… Se siguen haciendo.

63 Así como Jehová se gozaba en haceros bien y en multiplicaros, así se gozará Jehová en arruinaros y en destruiros…

LA BIBLIA. (Deuteronomio 28: 63)

Cada vez más ansioso, Thomas continúa la lectura del libro que le entregó Henri Val, sin encontrar todavía en sus páginas la información que busca, que necesita…

En el mundo religioso de su época, el cristianismo aparece como una innovación al prometer a sus seguidores beneficios que ninguna otra religión ofrece a tan bajo costo. Basta con recibir un poco de agua en la cabeza, creer que el dios de los cristianos existe y seguir ciertas reglas de vida, relativamente simples, para tener acceso a todas las supuestas ventajas.
Sobre todo a la más importante y codiciada: ¡la vida eterna!
Otros cultos o tradiciones ofrecieron la eternidad, pues siempre ha sido una importante aspiración humana y por consiguiente un substancial gancho para las religiones, pero muchos credos la rodeaban de elevadas exigencias o la convertían en un premio casi inalcanzable, por lo que era extremadamente difícil "acceder" a ella.
Para vivir eternamente en el más allá según las tradiciones egipcias, por ejemplo, era necesario conservar su cuerpo en la tierra. Esto conllevaba una momificación, lo cual era un costosísimo proceso y obligaba además a conservar el cuerpo momificado en un lugar donde sería cuidado sin ser profanado ni deteriorado. O sea, la eternidad era inaccesible para la inmensa mayoría. Solo los más ricos, faraones, altos funcionarios, cortesanos, miembros de la clase sacerdotal de alto rango, etc., podían reunir estas condiciones.
Según las religiones mesopotámicas, judías, griegas y romanas algunos humanos eran elevados a una vida eterna feliz en

compañía de los dioses, pero esta "gracia divina" se otorgaba solo a unos pocos, escogidos por sus extraordinarias dotes como Gilgamesh, Hércules, Eneas… El resto se consumía en siniestros lugares reservados para los muertos como el Hades griego o el Sheol judío.
Frente a esto el cristianismo, forjado en gran medida por el versátil Saulo de Tarso, (conocido hoy como San Pablo), hijo de una acaudalada familia judía y romano de nacionalidad, ofrecía el Paraíso y la eternidad para todos, ricos o pobres contra un mínimo esfuerzo.
¡La oferta era más que tentadora!
Poco importaba si antes de nombrarse a sí mismo Apóstol 13 de Jesús, Saulo de Tarso había sido el más feroz Verdugo de los Seguidores de ese mismo Jesús…
¿Acaso no era el Perdón uno de los Pilares de la Nueva Fe?

Con tales antecedentes el cristianismo que llegó a Roma aprendió muy pronto a envolver con magistral astucia la verdad en las sedas coloridas de la mentira, (directa o por omisión), gracias al diestro manejo de unas palabras que en lugar de revelar velaban. Disimulando, por ejemplo, las atrocidades de Jehová-Yahvé, el dios-padre-fundador que destruía sin piedad a toda la humanidad y exterminaba la flora y la fauna terrestre por medio de un diluvio, simplemente porque se le antojaba.
Siglos de intercambios y amasamientos entre los creadores humanos y los moldeables dioses romanos habían ahormado al politeísmo imperial, convirtiendo el Panteón Olímpico en poco menos que una plebe compuesta por deidades lujuriosas, ladronas, violadoras, tramposas…
¡Humanizadas, al fin de cuentas!
Esto facilitó la ocultación de las facetas más oscuras del "monoteísmo" cristiano cuyo "mono-dios" no tan mono era… Así los adaptables hijos del Medio Oriente pudieron obviar al "dios único" Jehová y hablar del "dios único" Jesucristo, deidad más reciente y menos comprometida, cuya acción entre los humanos había durado solamente tres años. Tiempo demasiado pequeño

para acumular desastres demasiado grandes. Al menos si se le comparaba con los siglos de los siglos de calamidades del supuesto Jehová-Yahvé, moldeados por los miles de cálamos, plumas y estiletes que escribieron, reescribieron y volvieron a reescribir sus "Textos Sagrados, Inmutables, Perpetuos y Eternos."
Ensalzar a Jesucristo, (dios de los tres años), presentándolo como un dios moral, afectuoso, tolerante y respetuoso, resultaba mucho más fácil que promocionar, en una sociedad heredera de la civilización griega, a Jehová-Yahvé, (dios de los siglos y los siglos), cuya cólera patológica, unida a su restrictiva visión de la sexualidad, lo hacía quemar ciudades enteras, incluidos los niños, ancianos y mujeres que las habitaban sencillamente porque, como el admirado Emperador Adriano, el adorado Alejandro el Grande o el homérico semidios guerrero Aquiles, algunos hombres disfrutaban allí de goces eróticos y sexuales entre iguales u *homos*.

Aunque el cristianismo, heredero del judaísmo, menospreciaba a la mujer tanto como el patriarcado romano, durante sus inicios en la "Ciudad Eterna", un poco por necesidad otro por astucia, la religión del "dios-único" (de los tres años), pareció "feminista."
Cuando el cristianismo llegó a Roma, en la segunda mitad del siglo I, la ciudad no tenía iglesias, naturalmente. Algo que la fe del "dios modesto y pobre que lo da todo" reparó en cuando pudo.
Roma llegó a tener más de 1000 iglesias. ¡Hoy tiene 900!
¡900 iglesias en una ciudad de menos de 3 millones de habitantes!
Que solo cuenta con 20 universidades y 30 hospitales…

Las comunidades que adoraban al "dios-único" (de los tres años), se reunían casi siempre en casas particulares, haciendo que las mujeres, especialmente aquellas con recursos económicos, desempeñaran importantes roles al ofrecer sus hogares como lugar de reunión y convertirse así en anfitrionas de las iglesias

domésticas y benefactoras de las comunidades. Por esa vía fueron además diaconisas dedicadas a la catequesis, la evangelización, al bautismo de otras mujeres, etc.
Estas bondades hacia las *defectuosas y mal nacidas, axiológicamente indecentes, sucias moralmente e instrumento para hacer caer al varón en el mal…* como diría más tarde el gran creador de *santeces*, Santo Tomás de Aquino, se extinguirían pronto. A medida que el cristianismo se afianzó, el liderazgo se institucionalizó y los cargos episcopales quedaron estrictamente reservados a los hombres.
Otro espejismo que pareció primero una seductora novedad de la "Religión Nueva" en la que muchas mujeres vieron el fin de las diferencias sociales, fue afirmar que todos, hombres como mujeres tenían el mismo valor ante Dios, como se lee en Gálatas 3:28:

> *"Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús."*

Polvo de estrella fugaz… Como lo han demostrado la Historia y la Iglesia.

Un valor real del cristianismo primitivo, tal vez lo único en lo que no mintió, fue la ayuda a los necesitados y la ayuda mutua, que sí atrajo muchos fieles a sus filas en los primeros tiempos, tras su llegada a Roma. En una sociedad como la romana, sin nada previsto para dar apoyo a los que por razones de salud u otras se encontraban súbitamente sin recursos y encaraban la miseria, el cristianismo, heredero de la solidaridad social hondamente anclada en la sociedad judía, ofrecía una asistencia y un socorro que podían marcar la diferencia entre tener que robar, matar o prostituirse para alimentar a sus hijos o no.
Así, esquematizando, podría decirse que entre la segunda mitad del siglo I y la primera del siglo II, en Roma, por empoderar a aquellas a las que nadie tomaba en consideración, el cristianismo atrajo a las mujeres, por ayudar a los necesitados, conquistó a los pobres y por ofrecer la vida eterna sin mayores restricciones, agradó a los más afortunados.

Se trató del único período durante el cual el cristianismo fue una religión amable y generosa que predicaba el amor y aplicaba sus prédicas. Fue durante esos primeros años en que la cristiandad era pobre y perseguida que dio lo mejor de ella como doctrina aplicada. El cristianismo frágil de aquellos tiempos seducía, no obligaba. Ofrecía más de lo que pedía. Daba consuelo, ayuda, prometía vida eterna y extasiaba con el Paraíso, no exigía fe ciega ni buscaba dominar o aterrorizar con torturas despiadadas o las llamas perpetuas de un supuesto Infierno.

Esa fórmula no estaba destinada a durar, desde luego, en realidad estaba a punto de desaparecer para siempre. Como toda ideología, el cristianismo sería muy diferente antes y después de acceder al poder.

Tres decisiones imperiales bastaron para transformar a la perseguida Iglesia de los pobres en la poderosa, rica y perseguidora religión del Imperio.

Thomas detiene su lectura, se sirve un whisky y va hasta la ventana de su apartamento. La noche envuelve la ciudad, una noche cálida y estrellada que Thomas no disfruta totalmente pues más que el cielo y sus encantos observa la calle y juzga sus peligros. Las palabras del capitán Martel flotan en su mente, cercadas por la conciencia del riesgo que cada vez se hace más aguda. Pretendieron matarlo, no puede eludir esa realidad. Podrían volverlo a intentar. Le molesta dejar su vivienda, su barrio, sus hábitos, pero tendrá que hacerlo: está en juego su vida.

Vuelve a su escritorio donde sigue estando el libro que le dejó su padre, mudo aún, encerrado en sus incógnitas, en un enigma que comienza con su autor, Mand Selar, el sabio y desconocido Mand Selar…

Continúa leyendo, aunque cada vez cree menos que así encontrará lo que busca.

La primera de las tres decisiones que transformaron el cristianismo fue tomada en el año 313 por los Emperadores

Licinio y Constantino I. Se le conoce como Edicto de Milán. Puso fin a las persecuciones de los cristianos en el Imperio y les aseguró la libertad de reunión y de culto.

Valga señalar que los cristianos no eran perseguidos en el Imperio Romano por ser cristianos, pues los romanos no se oponían a que los pueblos conquistados conservaran sus costumbres y religiones, solo exigían que adoraran también a los dioses romanos. Una imposición más política que religiosa, ya que la religión romana era el cimiento unificador del Imperio. Los cristianos no eran perseguidos por adorar a Jesucristo, sino por despreciar a las divinidades imperiales y negarse a rendirles culto.

La segunda decisión fue tomada por el Emperador Constantino I tras haber derrotado y asesinado a su rival, el Emperador Licinio, esposo de su hermana. Reunió por primera vez a las autoridades cristianas más importantes de todo el Imperio. Sucedió en el año 325 y se le conoce como Concilio de Nicea. El objetivo del Emperador, que pensaba ya en cómo poner la nueva religión a su servicio, era unificar las diferentes visiones y comunidades cristianas que se enfrentaban violentamente por el poder, llegando hasta el asesinato. Aunque ese concilio no puso fin a los enfrentamientos, sí acercó el cristianismo a las más altas jerarquías imperiales.

La tercera y más importante decisión se conoce como Edicto de Tesalónica. Fue una disposición de los Emperadores Graciano, Valentiniano II y, sobre todo, de Flavio Teodosio Augusto o Teodosio I. Se firmó el 27 de febrero del año 380 y tuvo una particular trascendencia, pues marcó un antes y un después para el cristianismo y la religiosidad de la mayor potencia planetaria: el Imperio Romano.

Para desolación e indignación de muchos ciudadanos del Imperio, el Edicto de Tesalónica convirtió a una religión nacida en una de sus más oscuras regiones y fundada por los judíos, pueblo que no había cesado de oponerse al poder imperial, en religión oficial del Imperio. Peor: el Edicto autorizó la persecución de todos los otros credos y la destrucción de sus templos y dioses.

¡Incluso los de las divinidades romanas!

Edicto de Tesalónica.

(fragmento)

"Queremos que todos los pueblos que son gobernados por la administración de nuestra clemencia profesen la religión que el divino apóstol Pedro dio a los romanos…

Ordenamos que tengan el nombre de cristianos católicos quienes sigan esta norma, mientras que los demás los juzgamos dementes y locos sobre los que pesará la infamia de la herejía. Sus lugares de reunión no recibirán el nombre de iglesias y serán objeto, primero de la venganza divina, y después serán castigados por nuestra propia iniciativa que adoptaremos siguiendo la voluntad celestial."

Gracias a ese edicto, de perseguido el cristianismo pasó a perseguidor y aplicó sin límite su imperial supremacía rompiendo templos, declarando pagana cualquier otra religión, destrozando los dioses "no verdaderos" y castigando con ferocidad a todos los *dementes y locos sobre los que pesará la infamia de la herejía*…

La religión de los seguidores de Jesús ya no necesitaba seducir. Ahora podía obligar. A partir de entonces el dios del amor y la bondad se predicaría con la espada y el fuego.

Sacrificados en el altar de una religión más joven, se enviaban a la jubilación de la nada a los otrora poderosos Júpiter, Juno, Minerva, Diana, Mercurio, Venus… Sin que, curiosamente, ninguno usara sus supuestos inmensos poderes divinos para protestar u oponerse.

Por la fuerza de una decisión política entraron en vigor nuevas divinidades, dogmas, ceremonias y tradiciones que reemplazaron a las antiguas costumbres y a los anteriores dioses.

¡Por una decisión política!

Nuevas deidades reinarían en las mentes de los humanos impuestas por el miedo, como siempre ha sido y será hasta que los humanos comprendan cuan absurdas son las divinidades y cesen de añorar sus bondades y de temer a sus inexistentes iras. Entonces, como todas las imaginarias omnipotencias que los

precedieron, los dioses y santos cristianos se hundirán sin replica ni batalla bajo el epitafio de mitología, en la fosa común de las divinidades.

Thomas apoya los codos en el escritorio, une sus manos, deja reposar en ellas el mentón. Su cerebro bulle, piensa sin consultarlo, decide sin que él lo dirija. Su mano izquierda se extiende, abre la gaveta más alta del mueble, encuentra un fino cúter. Un dedo basta para convertirlo en arma. La cuchilla de reflejos niquelados despliega su fiereza. Él aparta las objeciones de su consciente, las consideraciones de sus sentimientos, los prejuicios o escrúpulos que podrían detener su gesto. Clava la afilada hoja y corta con cuidado y determinación el fino cuero de la portada.

¡Nada! ¡No encuentra nada!

No espera a que el fracaso hiele su osadía. Corta el cuero que embellece la contraportada.

¡Me vas a hacer enloquecer, papá!

Allí tampoco hay nada.

Mira con una lupa y una potente luz los elementos que componen la portada y la contraportada convencido de que algo escapa a sus ojos. Pasado el meticuloso examen, se rinde a la evidencia. Si su padre le dejó un mensaje no fue allí.

Corta el lomo del volumen. ¡Al fin! El misterioso libro abre un intersticio en sus misterios. Un finísimo papel blanco se ofrece a los dedos de Thomas.

¡Un papel totalmente blanco!

Lo mira por ambos lados, no hay ninguna marca, ningún escrito… A pesar de eso tiene la convicción de que ahí está el mensaje. No puede ser de otra manera, se dice. Su padre utilizó una tinta especial, solo falta encontrar el revelador.

¿Podría estar en transparencia?

Sostiene el papel con una mano mientras la luz de la potente linterna que ya ha usado lo atraviesa. Le parece ver pequeñísimos puntos que sacuden su ilusión y le aceleran el pulso, hasta que sus

ojos despedazan la quimera al sugerirle que bien podrían ser elementos intrínsecos del papel.

¿Entonces?

Decide dar tiempo a su cerebro para que piense. ¡Encontrará, seguro encontrará! No puede ser de otra manera, repite.

Va hasta la cocina, bebe varios sorbos de una botella de Evian fresca. Luego, en el bar, se sirve un generoso Chivas que toma puro, lentamente, apoyado de nuevo en el marco de la ventana, ignorando esta vez las posibles amenazas por más que las fotos que le mostró el capital Martel vuelvan a su mente. No ve qué relación podía tener su padre con las parejas inglesa y alemana, ni qué secreto podía unirlos. Y sin embargo había una relación. Y un secreto. Algo planeaban hacer juntos para que fuese dada la orden de matarlos a todos.

Papá lo sabía, por eso estaba inquieto mientras cenábamos en "Le Train Bleu"…

Bebe el último sorbo de whisky, cierra la ventana y regresa a su escritorio donde lo asalta la perplejidad. El delicado papel blanco está ahora salpicado de manchas azules. *¡Lo habré echado a perder!*, piensa aterrado. La lupa le permite percibir líneas y curvas dentro de las manchas emergentes. ¡Son letras! Letras nacientes que van haciéndose lentamente adultas. Y se expresan. Cuentan un mensaje. ¡Su mensaje! ¡La tinta usada por su padre es fotosensible!

Se sirve otro whisky, piensa calmar así su ansiedad, el proceso de transformación de las manchas en letras es lento y teme que un nuevo choque luminoso pueda entorpecerlo en lugar de acelerarlo. Prefiere pelear con su ansiedad, aunque esta sea una oponente tenaz.

Poco a poco ciertas letras aparecen, luego palabras enteras: responsabilidad, siglos, cristianismo… Al fin todo un texto legible se asoma a su mirada:

> Hijo, si tienes en tus manos este papel es que algo grave me ha sucedido. Si he muerto quiero que sepas que tú y tu madre han sido lo mejor de mi vida. A ella no tuve tiempo de decírselo. A ti

te lo pongo aquí una vez y lo multiplico por cien mil. Te quiero, Thomas. Te quiero tanto…

Si he sido víctima de algo grave lo más probable sea que esté en relación con lo que desde hace muchos años, tal vez siglos, nuestra familia ha hecho. Hemos cuidado un documento escrito en el siglo primero que puede cambiar la historia de la humanidad y también costarnos la vida. Ha sido una responsabilidad transmitida de generación en generación en el mayor secreto, pues nos enfrentamos a un enemigo muy poderoso: la Iglesia Católica.

Por proteger ese documento centenas de personas arriesgaron sus vidas durante siglos. Muchos murieron, perseguidos por la Iglesia. Dos otras familias en Europa comparten actualmente con la nuestra esa tarea. Una es inglesa, otra alemana. Llevan los apellidos Walker y Bauer. Si nunca supiste nada de esto, ni tampoco los hijos e hijas Walker y Bauer es porque cuando llegó el momento de formarlos a ustedes, nosotros decidimos que nuestra generación sería la última que ocultaría ese peligroso y transcendental escrito, pues lo haríamos público. Dos razones nos llevaron a esa decisión. La primera: la Iglesia está ya lo bastante debilitada como para no poder oponerse a la verdad que ahí se revela. La segunda: porque no queríamos transmitirles a ustedes la espada de Damocles con la que hemos vivido nosotros.

Ese documento del que te hablo fue escrito por María Magdalena, la compañera de Jesús el Nazareno. Los pocos que conocen su existencia lo llaman el Códex M. El códex puede considerarse como el ancestro del libro. Yo te hablaba a menudo de los códex ¿recuerdas? Vimos muchos documentales sobre la evolución de la escritura. Ahora sabes por qué. El Códex M está en lengua aramea. La Iglesia Católica lo persigue desde el Concilio de Nicea, año 325, porque lo que dice echa abajo las bases de su credo. En estos momentos soy yo quien protege el original. Por eso, si ellos no lo han hecho ya, te ruego que te comuniques con Margaret o Roger Walker o con Anke y Franz Bauer. Ellos te darán instrucciones sobre lo que debes hacer. Puedes tener total confianza.

(En la tercera gaveta inferior izquierda de mi escritorio en la oficina hallarás un viejo reloj *Hermès*, parado en las 10 y 10 y con el cristal dañado. Ábrelo, dentro tienes sus teléfonos.)
Si ellos te piden que les entregues el original del Códex M lo hallarás sin dificultad: basta con que recuerdes aquel juego en que podías encontrar un regalo en ocho minutos… O no.
Esta vez lo encontrarás, pues no tendrás límite de tiempo.
Para el fondo, rompe.
Lamento haberte mezclado en esto.
Suerte, hijo. Te quiero.
Papá.

Perplejo, Thomas da vueltas en su mente a lo que ese mensaje significa. ¡Un texto escrito en el siglo I por un personaje bíblico! No sabe si sueña o tiene una pesadilla. Su padre le sugiere que pida consejo a Margaret y Roger Walker o a Anke y Franz Bauer. ¡Pero esas personas están muertas!

No tiene únicamente que recordar el juego con que lo divertían sus padres, que llamaban "Super 8", en las actuales circunstancias ese mensaje pone sobre sus espaldas mucho más.

¡Un documento que ataca al cristianismo y podría cambiar la historia de la Humanidad!

Qué bien lo escondiste, papá. Jamás habría sospechado semejante vida tras tu risueña calma. Ahora entiendo por qué me enseñaste a no creer en esas seductoras historias de vida eterna, dios bueno y justicia divina.

Vuelve a leer el mensaje. Tiene que avisarles a los hijos de los Walker y los Bauer. Si no están al corriente de todo esto, como dice papá, probablemente estén en peligro. Tengo que prevenir al capitán Martel, esta información es capital para la investigación, además él es la mejor opción para alertar a los Bauer y los Walker rápidamente, está en contacto con sus colegas de Londres y Berlín. Nadie mejor para protegerlos.

Un documento por el cual miles de personas han arriesgado sus vidas durante siglos. ¡Y ahora esa responsabilidad es mía!

¡Un escrito por el que muchos han muerto perseguidos por la Iglesia!

Entonces fue la Iglesia la que mató a los Walker y a los Bauer. Y fue la Iglesia la que intentó matar a papá y asesinó a un inocente creyendo que era yo. ¡La Iglesia!

Tomó el primer vuelo París-Burdeos. Descubrió con placer que en un tiempo récord la casa familiar fue casi devuelta al estado en que estaba antes de ser violada por los que intentaron hallar lo que él viene a buscar. Se lo debe a la señora Adeline, que trabaja para la familia desde que él nació. La llama para darle las gracias.

Ahora está ahí, en la cava donde jugaba de niño con sus padres. Le llamaban "Super 8" porque el juego consistía en encontrar en la cava familiar y en menos de ocho minutos una botella vacía y sin año de *millésime* en el sello. Dentro había un papel donde estaba escrito en qué consistía el regalo. A veces él no lo encontraba en el tiempo previsto y el regalo quedaba para otra cita, que llamaban *round*, a veces sus padres se lo daban aunque no lo hubiese encontrado.

Esta vez lo primero con lo que se topa no es una botella premiada, sino un aluvión de sentimientos. Una tristeza profunda por la ausencia de su madre y su padre. Una furia insondable contra el conductor ebrio que perdió el control de su rastra. Pesadilla recurrente de sus noches de juventud en la que la veía morir a ella y él mataba una y otra vez a aquel hombre fenecido ya entre metales retorcidos. Cuántas veces ha llorado esa muerte injusta que tanto le amputó.

¡Mamá!

No se percata de que sus ojos se llenan de lágrimas ni de que ese dolor acuoso desciende por su rostro y cae al piso.

¡Mamá!

Nunca se ha sentido tan triste y solo. Nunca ha estado tan callada esa casa construida para la felicidad en la que la felicidad anidó hasta aquel día fatal.

Tú al menos estás vivo, papá y te salvarás. ¡Seguro! Y a los que intentaron asesinarte, de una forma u otra los mataré. ¡Te lo juro!

Ese brote de furia casi infantil actúa como una fuerza en su mente, influye positivamente en su ánimo y le induce una actitud más útil: seguir adelante, ir más allá, no detenerse, sobrepasar los límites. Al fin de cuentas la pena y el llanto no invierten el tiempo ni le devuelven a su madre. Tampoco curan a su padre ni contribuyen a hacerle justicia.

Comienza el "juego". Las primeras estanterías no contienen la botella que busca, era de esperar. No importa, él sabe que está ahí y el tiempo no juega en su contra, sino a su favor. A pesar de esto pasa de botella en botella, de nivel en nivel y de estantería en estantería con la celeridad de otros tiempos, como si escuchara de nuevo a su padre cronómetro en mano desafiarlo y a su madre darle ánimos, pues él quiere esta vez más que nunca encontrar la botella, leer el mensaje, comenzar a arrojar luz sobre el misterio que lo asfixia.

¡Esta!

La mueve, constata su poquísimo peso, pero… tiene un *millésime*: 1999. Una buenísima cosecha, aunque no para él, no ahora, no es la botella que necesita, debe continuar, le tocan los *millésimes* previos al año 2000, puros néctares con décadas de añejamiento. Se promete una botella de esas para esta noche.

¡Y sigue!

Suda a pesar de la temperatura fresca de la cava, le resbalan gotas por su rostro, no son lágrimas ahora, lo que le parece un buen paso, un salto hacia adelante; ya no lo abate la congoja, lo estimula el ansia, el deseo, quiere lograr, ganar, proteger a su padre, protegerse a sí mismo, empezar a hacer justicia, a encarar a la ideología que intentó asesinarlos a Armand y a él, que tanto ha matado, ocultado, mentido, que tanto empaña la realidad para dar brillo sus mitos, que somete mientras dice emancipar, que quita cuando finge dar. Quiere encararla con un arma que pueda derrotarla, el arma a la que tanto teme pues es capaz de destruirla, de erradicarla para siempre de las mentes humanas: la verdad.

¡Esta sí es! Ningún *millésime* en el sello, ningún líquido en el interior

¡Esta sí, papá!

Sale de la cava con la botella vacía para mirarla a la luz del día. El corazón le da un vuelco. No ve ningún papel en el interior. Comprueba de nuevo que esa botella reúne todas las características… Entonces ¿qué pasa?

Relee el mensaje de su padre:

"Esta vez lo encontrarás, pues no tendrás límite de tiempo.

Para el fondo, rompe."

Su padre hizo voluntariamente confuso el mensaje con la intensión de que nadie más que él pudiese descifrarlo. Y él puede, ¡claro que puede!

La frase que antes no había entendido claramente toma al fin sentido. Va hasta la terraza y rompe cuidadosamente la botella. Llega al fondo. ¡Ahí está! Una cápsula hecha del mismo vidrio, de idéntico color, pegada en el fondo de la botella. La abre. Tiene dentro un finísimo papel blanco similar al que se hallaba en el libro.

¡Completamente blanco!

Esta vez no lo asusta, supone que es también una cuestión de fotoluminiscencia y está convencido de que el sol, tantas veces convertido en dios por los humanos, lo será una vez más, ahora mismo, para él, pues podrá dar luz y sentido a ese papel tan claro y sin embargo oscuro.

El "Dios Sol" cumple su promesa…

> Sabía que no habías olvidado el "Super 8". Seguro te trajo algunos recuerdos tristes, por tu madre, pero los más deben haber sido buenos, pues la pasamos muy bien los tres gracias a ese juego. Comienza por vaciar la piscina. Lo difícil no será eso. Sabes hacerlo. Más te costará armarte de paciencia mientras se vacía.

Thomas detiene la lectura del mensaje, corre casi hasta la cabaña donde están los controles de la piscina y lanza el vaciado. Tardará día y medio o dos, lo cual le parece desesperante. Por

suerte tiene una bomba de achicado con la que podrá acelerar el proceso.

Tras haber puesto en funcionamiento las máquinas, vuelve al mensaje de su padre:

> En la pared sur hay un pequeño círculo de un centímetro de diámetro, ligeramente más oscuro. Se encuentra a 1.3 metros del suelo y a 12.5 metros de la pared oeste. Tomando como centro ese círculo traza dos líneas de medio metro. Una de abajo hacia arriba y otra de izquierda a derecha. Completa el cuadrado y rómpelo con cuidado a partir del centro. Aparecerá una especie de caja hermética de un material oscuro cercano al vidrio, pero de extrema dureza. Verás cuatro puntos. Comenzando a la izquierda apoyarás sobre cada punto hasta que aparezcan los números 7-5-3-1. Cuando esto suceda ese material se cuarteará y podrás romperlo. Dentro hay otra pared. La caja esta vez está al vacío. Delante tienes un punzón. Con él debes abrir tres pequeños agujeros y esperar 8 minutos. ¡No menos! Puede explotar. Después rompes ese material y encontrarás una bella caja azul con dibujos dorados de la talla de un libro grande. La llamamos *Blue*, para que nadie entienda si hablamos de ella. Parece antigua, pero no lo es. Es un dechado de tecnología, construida para conservar el Códex M al vacío. Verás una pequeña flecha. Apoya uno de tus dedos encima y muévelo en la dirección de la flecha hasta la punta. Sin levantarlo muévelo en sentido contrario hasta el otro extremo. Repite el movimiento. Aparecerán cuatro puntos. Partiendo de la flecha y apoyando en los puntos compón el número 9-7-6-4. Espera un minuto para que la atmósfera interior y exterior se armonicen. Entonces podrás abrir la caja. El Códex M es extremadamente frágil. Una vez que lo hayas visto y comprobado que todo está bien vuelve a ponerlo en su lugar y cierra la caja. Solo debes repetir los números 9-7-6-4. Evita abrir a *Blue*. Hazlo solo cuando sea necesario.

Ahora Thomas vuela de regreso a París con un volcán activo en su mente y la sorprendente *Blue* sobre sus piernas disimulada dentro de una mochila. Recogió el reloj roto del que le hablara su padre. Tiene los teléfonos de sus amigos ingleses y alemanes, que ya no le sirven de mucho.

Había sido uno de los encargados de manejar la marca Château Roussel en el extranjero hasta ahora. Ya no podrá hacerlo. Perdió su libertad de movimiento al vivir bajo amenaza. Adquirió un compromiso infinitamente más importante que promover su vino.

Tomó la decisión de publicar el Códex M, aunque todavía no tiene claro cómo y ni siquiera sabe lo que dice, ya que ninguna traducción lo acompaña. Que su padre y sus amigos hayan tenido la intención de hacerlo público provocó el asesinato de los Walker y los Bauer, además de explicar por qué cinco de las personas encontradas muertas en la casa de los Walker eran periodistas, eso lo tiene ahora claro. En cuanto a su padre y a él, si siguen en vida es porque tuvieron mucha suerte. Y si él se propone publicar ese documento intentarán matarlo, es una evidencia.

¿Tiene valor para asumir semejante riesgo?

La pregunta retumba en su mente, vibra como el eco de un trueno.

No lo sabe. Tiene la voluntad de hacerlo, tal vez eso baste. El valor no excluye al miedo que es una alerta, un aviso, un aliado al fin de cuentas, como el dolor previene que un desarreglo corporal amenaza.

¡Va a terminar lo que empezó su padre! ¡Claro que sí! ¡Va a publicar el Códex M!

Lo jura con la intención de que ese compromiso lo obligue a avanzar, aunque en algún momento tiemble.

El coraje no se posee, se conquista.

Mira el cielo azul que lo envuelve y retorna a la lectura de "Adiós a Dios", que reparó con bastante éxito. Lee el libro de manera diferente ahora que no busca en él un mensaje oculto, por lo que encuentra otros sentidos. Lástima que siga sin hallar trazas de Mand Selar, su autor en la Web.

En el cielo, supusieron los miembros de las antiguas clases sacerdotales de las llamadas religiones "del libro", los dioses y sus dependencias estarían seguros. ¿Cómo hubiesen podido imaginar aquellos hombres, ignorantes de los principios más elementales de la astronomía, que un día sus descendientes, cómodamente sentados, volarían por ese mismo cielo supuestamente desbordante de almas, santos y divinidades? Nada les permitía prever que sus herederos enviarían a la morada de Dios satélites capaces, desde las alturas celestes, de guiar a los humanos en el profuso tráfico de una ciudad o la espesura de un bosque sin encontrar en ese intenso intercambio entre cielo y tierra ningún dios, ningún paraíso, ningún alma camino a la eternidad…

Cómo podían sospechar aquellos hombres, para los cuales la religión era la única ciencia, que un día otros hombres enviarían al cielo poderosos telescopios con la intención de escrutarlo y que esos instrumentos descubrirían astros y galaxias situadas a centenas de años luz, pero no verían divinidad alguna, poniendo así científicamente, aunque en el fondo sin proponérselo, punto final a unos descoloridos mitos primitivos de los cuales, contra toda lógica, los humanos más frágiles mentalmente no pueden aún hacer el duelo.

El paso del tiempo y los avances de la ciencia, la misma que la religión tanto intentó amordazar, transformaron el cielo al fundir en la nada el enorme trono de oro donde supuestamente se sentaba el todopoderoso Yahvé, con Jesús a su derecha, supuestamente rodeados de ángeles, santos y toda la abigarrada mesnada celestial. La sabiduría humana hizo finalmente risible lo que en otros tiempos se consideraba sagrado y con lo cual los poderosos infundían terror.

Una linda azafata le brinda una sonrisa y una bebida. Thomas toma la primera, a la que corresponde y rechaza cortésmente la segunda. Cierra luego los ojos para intentar descansar. No lo consigue. En su mente los pensamientos chocan y estallan como átomos en un acelerador de partículas.

Cuán difícil y peligroso tuvo que ser proteger el Códex M tras el Edicto de Tesalónica, cuando el catolicismo recibió de manos de los emperadores romanos el derecho de avasallar a todos los otros sistemas de pensamiento, fuesen ideologías sociales, filosofías o religiones y con ese derecho absorbió el poder de matar, que utilizó con metódica aplicación y brutalidad, como aquel día de marzo del año 415 en Alejandría, cuando el carro de la bella científica y filósofa pagana Hipatia fue interceptado por un grupo de monjes cristianos enardecidos que tras tirarla al piso y desnudarla la arrastró hasta una iglesia donde la despedazaron frente al altar, arrancándole la piel y la carne pedazo a pedazo con piedras afiladas y conchas marinas.

¡Arrancándole la carne de los huesos viva!

¡Por la Gloria de Dios!

Tampoco debió ser fácil cuidar el Códex M en el Medioevo, cuando la feroz Inquisición dominaba la sociedad y torturaba y quemaba vivos a seres humanos para satisfacer a un invisible dios. Bastaba entonces con una sospecha o una denuncia anónima para que las llamas "purificaran" a la infeliz acusada de herejía, al desdichado sospechoso de sacrilegio o a quien hubiese cometido cualquier otro "mortal pecado" como curar dolencias y enfermedades con plantas o ayudar a parturientas a dar la vida, acciones estas que catalogaban a todo hombre de hechicero y a cualquier mujer de bruja y autorizaban a la Sangrienta Inquisición a torturarlos hasta que reconocieran sus "diabólicos" actos para luego quemarlos vivos públicamente. Mientras se entonaban cánticos… Algunos de los cuales aún se cantan.

¡Gloria Patri Et Filio Et Spiritui Sancto!

> *15 Y les dijo Moisés: ¿Por qué habéis dejado con vida a todas las mujeres? 16 He aquí, por consejo de Balaam ellas fueron causa de que los hijos de Israel prevaricasen contra Jehová en lo tocante a Baal-peor, por lo que hubo mortandad en la congregación de Jehová. 17 Matad, pues, ahora a todos los varones de entre los niños; matad*

también a toda mujer que haya conocido varón carnalmente. 18 Pero a todas las niñas entre las mujeres, que no hayan conocido varón, las dejaréis con vida.

LA BIBLIA. (Números 31: 15-18)

Desde el último episodio provocado por el satánico Códex M, el cardenal Schultz lee cotidianamente en Internet la prensa inglesa, alemana y francesa. Para su satisfacción, ninguna de las múltiples elucubraciones de los protegidos de San Francisco de Sales ha mancillado por el momento a la Santa Iglesia.

El Papa, los miembros de la "Sagrada Congregación para la Defensa de la Fe" y algunos otros en la Santa Sede que estaban en la confidencia temblaron por temor a que la molesta verdad ladrase en las pantallas de los telediarios o manchase las rotativas de los cotidianos.

¡Gracias a Dios Todopoderoso, no ha sucedido!

Lo que ayer fue noticia hoy es estulticia, por suerte. La prensa, como las chismosas de barrio, para interesar tiene que renovar. En París como en Berlín los medios noticiosos ya apenas recuerdan lo sucedido. Y hasta en Londres, donde las aguas estuvieron a punto de desbordar, sobre todo por el número de periodistas involucrados y la importancia de los medios a los que pertenecían, la prensa habla cada vez menos del lamentable episodio.

Queda que el maldito Códex M sigue sin aparecer y que la Iglesia no puede estar tranquila mientras esa bomba de tiempo esté fuera de control. Esta vez los acompañó la suerte de que la señora Faith Dolson tuviese como confesor al padre Bell y que este tuviese suficiente cultura para identificar el peligro y bastante fidelidad a la Iglesia y respeto de la jerarquía para entender que el secreto de la confesión era relativo y no podía nunca pasar por encima de los intereses de la Santa Madre.

Lástima que la señora Dolson no haya llegado a saber dónde se ocultaba el Códex M, pero debe agradecérsele que haya podido dar la alarma a tiempo en cuanto a las intenciones de los Walker y sus cómplices. Evitó así un desastre. Qué Dios la tenga en la Gloria, pobre mujer, su sacrificio no fue en vano.

Una pena que el Santo Padre se pusiese tan nervioso y que, según sus exigencias, todo se haya hecho de manera tan precipitada. Como bien dijo el obispo Benedetto Gaetani, si se hubiesen halado algunas orejas y retorcido algunas narices la situación no sería hoy tan delicada. No es que el obispo Gaetani sea clavel de su ojal, pero el cardenal reconoce que es un profesional eficaz y que sus hombres son un personal muy capaz, cuando no se les impide hacer uso de sus competencias, desde luego.

Esta vez, teniendo en cuenta la complejidad de la operación y lo logrado, el obispo merecería cálidos parabienes y algún que otro premio, lamentablemente por razones que tienen menos relación con la "Operación Magdalena" que con las luchas de poder en el Sacro Colegio Cardenalicio, algunas personalidades de peso lo acusan de haber puesto en grave peligro a la Iglesia y el Santo Padre no puede pronunciarse abiertamente a causa del elevado número de víctimas.

Sobradas reuniones de la "Sagrada Congregación" han tenido lugar para dar vueltas alrededor de la "Operación Magdalena" y finalmente llegar al mismo punto. Aunque los cardenales de La Tour Bissy, Gómez Cruz y Wysocki sigan sosteniendo que si el Códex M saliese a la luz la Iglesia podría declararlo falso sin mayores consecuencias, a ningún otro miembro de la "Sagrada Congregación" le parece judicioso correr semejante riesgo. Ni al SantoPadre, naturalmente.

Valga que él está ligado a una promesa de secreto porque le habría gustado decirles a los purpurados francés, español y polaco a qué punto la posible aparición de ese maldito Códex M horroriza al Vicario de Cristo. Y aunque ellos tres aboguen por reemplazar al obispo Gaetani por alguien más sutil, aran en el mar. No solamente porque el resto de los miembros de la "Congregación" ha convenido que el obispo es el hombre de la situación, sino porque es la opinión

del Sumo Pontífice, que cierto, señala que el obispo Gaetani es un corcel demasiado brioso y hay que guiarlo con riendas cortas, pero lo dice sonriendo, como lo hace cuando manifiesta que haber sido miembro de la Legión Extranjera francesa en su juventud, como es el caso del obispo, deja su marca, lo cual, en el cargo presentemente por él ocupado tiene algunos inconvenientes, pero, sobre todo, muchas ventajas.

Le corresponde a él, cardenal Hans Heinrich Schulzer, por delegación expresa y secreta del Heredero de Pedro, mantener esas riendas lo suficientemente relajadas para no impedir el galope del obispo Gaetani y lo bastante cortas para que no se desboque. A partir de ahora, si es necesario mancharse las manos, no serán las de los agentes del Vaticano como en la "Operación Magdalena". El Santo Padre lo apoyó en eso. Lo felicitó incluso por la idea.

¡Contratar personal externo que en la medida de lo posible ignorará para quién trabaja! Lo que me faltaba, se dice Pietro Benedetto Gaetani mientras camina furioso hacia la oficina del cardenal Schulzer. Solo a un par de jerarcas seniles que viven en una especie de Disney World Celestial sin contacto con la realidad se les puede ocurrir semejante idea.

¡El universo no se limita al mundo irreal del Vaticano en el que usted ha vivido siempre, cardenal Schulzer! ¡Dios no aparece nunca para ayudar a los justos cuando les están arrancando los ojos, Santo Padre! Usted que lo representa en la tierra debería saberlo.

¡Dos *pezzi di merda* vestidos con sayuelas que no se han puesto un pantalón desde que los milaneses colgaron a Mussolini bocabajo en la *Piazzale Loreto* quieren enseñarme a hacer mi trabajo! *Non farmi girare le palle.* Así sí vamos a encontrar el Códex M… Pero el día que María Magdalena resucite y lo lea en voz alta en la Plaza San Pedro.

Estarán enterados esos señores que tan alta opinión tienen de ellos mismos de lo que es tener ante sí a un hombre entrenado para matar al que debes matar tú primero o te arrancará la vida. Tal vez

imaginen que basta con rezar o hacer signos de cruz para que las balas se desvíen. Cuándo habrán tenido ellos ante sus ojos un cañón del cual va a salir un pedazo de metal tan caliente como las llamas infernales para destrozarte el cerebro, romperte el corazón o vaciarte de tu sangre.

¡Si rezar sirviese para algo ya se sabría, Excelentísimos s*tronzi*! No tendíamos que andar buscando el Códex M a tiro limpio, Dios nos lo traería personalmente.

Llegado a la hermosa puerta de la oficina del cardenal Schulzer, el obispo se detiene. Necesita unos minutos para calmar su rabia o al menos para disimularla. Respira hondo varias veces, como aprendió en otros tiempos, cuando mataba para gloria de la República Francesa, luego se asegura del estado impecable de sus vestiduras obispales, sabe que el alemán es bastante maniático en ese sentido.

Tiene que liberarse de la absurda tutela del cardenal o todo fracasará de nuevo. No será fácil, pues tras él se disimula el Papa y los caprichos del Papa tienen la desesperante tendencia de transformarse en mandatos y sus deseos en órdenes. Queda esperar que el Santísimo tenga que viajar mucho o esté más ocupado que ahora, pues si el escogido por el Espíritu Santo le ha tomado gusto a jugar a James Bond, no será de extrañar que el cielo les caiga en la cabeza.

Los golpes en la puerta alertan al cardenal. Mira la hora. Le satisface la puntual llegada del hombre que espera. Si algo no soporta de los italianos es que pueden llegar tarde con total desfachatez.

—Adelante.

La puerta se abre, el obispo Gaetani, tras una ligera reverencia, entra diciendo:

—Que la bondad del Señor vierta sobre usted sus gracias ahora y siempre, Ilustrísima.

El cardenal se levanta de su escritorio, avanza hacia él, lo bendice y lo invita a sentarse.

—Es un placer verlo.

—Placer compartido, Excelencia.

—¿Desea que le pida algo de beber?

El obispo declina la oferta. El cardenal se sienta de nuevo tras su escritorio, donde se considera en posición de poder.

—Es nuestra primera reunión de trabajo, dice, con algo que se asemeja a una sonrisa en su enjuto y austero rostro.

De toda evidencia el papel de general dirigiendo una batalla le produce un intenso goce, piensa el obispo. Estamos jodidos.

—Trabajar con usted no es un trabajo, Eminencia. Es un gusto.

El cardenal Schulzer es un hombre armado de una aguda inteligencia, algo que lo hace particularmente receloso pero, aunque a veces no lo parezca, es también humano y la adulación manejada con fineza, atraviesa su coraza. El relajamiento de sus músculos faciales, que no escapa a la mirada penetrante de Gaetani, es un claro signo de que la flecha envenenada del obispo hizo blanco. Lo agradece con una información destinada también al regodeo:

—Aunque no puedo decirlo en presencia de otras almas, a causa del elevado número de víctimas y usted no debe tampoco manifestarlo en público, debo señalarle que el Santo Padre está muy satisfecho con su persona y lo felicita por el éxito de la "Operación Magdalena". Gracias al obispo Gaetani se evitó un verdadero cataclismo. La Iglesia está en deuda con él y no lo olvidará. Las dos últimas frases son palabras textuales de Su Santidad.

Gaetani finge la modestia, algo que aprendió a hacer desde que forma parte de la curia vaticana, rodeado como está de maestros.

—No sé de qué forma agradecerle que me transmita algo tan importante, Ilustrísima. En realidad no hice más que mi trabajo. Diga al Santo Padre que su satisfacción es un poderoso estímulo para mejorar un poco más cada día, si el Señor así lo quiere y que ni él ni la Iglesia tienen la menor deuda conmigo.

Schulzer estima que han ya hablado bastante para poco decir. De súbito va al grano:

—¿Tiene algún plan para terminar lo que empezó? Hablo del Códex M.

—Tengo algunas ideas, pero antes quería empaparme de su sabiduría.

De nuevo tocado por el dardo del obispo, el cardenal disfruta y calla.

Ni siquiera se ha dado cuenta de que me burlo de él, piensa Gaetani. Está demasiado asustado porque no sabe que puñeta decir. Fuera de su zona de confort se queda usted bien afuera, Ilustrísima… Qué demonios vas a inventar, viejo zorro. Qué sabrás tú de arriesgar la vida, de dispararle una ráfaga a un tipo, de pasar la noche luego sin poder dormir pensando que tenía una madre, que tenía a lo mejor hijos, esposa… "No matarás", dice el Deuteronomio. Pregúntele al Papa qué le parece. Está satisfecho de que yo haya mandado a matar para evitarle "un cataclismo", pero decirlo en público, eso no. Elevarme al purpurado, aunque sea *in pectore*, cobardemente, en secreto, eso no ¿verdad?

Mientras estas ideas ocupan la mente del obispo sus ojos miran con fingido interés al confundido cardenal y su rostro parece esperar de él la revelación.

—Nuestra colaboración debe mantenerse secreta, supongo que eso ya usted lo dedujo, acaba por expresar Schulzer.

—Perfectamente.

—Sobre lo que le dije con respecto a dispensar a nuestros equipos de las próximas acciones también debe guardarse la mayor discreción.

—Eso me parece más difícil, por no decir imposible, Excelencia.

El tono del cardenal se hace de repente perentorio. Se nota que ha vuelto a su zona de confort.

—¡Imposible! ¿Cómo que imposible? Son órdenes superiores, ¡todavía no se ha dado cuenta!

Llegados a ese punto Gaetani abandona la hipocresía. Sabe que el éxito de la operación… peor ¡su propio éxito! se juegan aquí y ahora.

—Tenemos uno de los mejores servicios de acción del mundo occidental, exclama. Un equipo que solo la CIA, el Mossad, el MI6 y la DGSE francesa pueden igualar. Y usted quiere que contratemos mercenarios mal entrenados e indisciplinados. ¿Tiene usted idea de cuánto le cuesta a la Iglesia pagar y entrenar a nuestros agentes?

¿De cuánto trabajo, dinero y tiempo debe gastarse para mantenerlos a nivel?

Gaetani acaba de cometer un error crucial. Lo comprende, pero ya es tarde. En los rangos elevados de la Iglesia los sentimientos son la peor de las trampas. Y la sinceridad un manjar casi siempre envenenado. Contradecir a Schulzer, intentar imponérsele, es la peor manera de obtener un resultado positivo. Equivale a poner el cuello en un nudo corredizo. El poderoso cardenal no soporta que a él, hombre de confianza del único ser humano en el mundo que ostenta oficialmente la infalibilidad, alguien pueda decirle que está equivocado. Tampoco soporta ser desestabilizado, incómoda posición en la que estuvo hace poco. Imponer. Mandar. Decretar. Ordenar. Son las cuatro aristas de su cuadrado. Y lamentablemente el obispo lo ha manchado en su centro.

—¡Usted hará lo que se le diga porque mis decisiones las coteja, las aprueba y las apoya la más alta autoridad de la Iglesia!

Gaetani se muerde la lengua. *¡Sono è vero stronzo!* Cayó como un debutante en el peor de los pantanos vaticanos, se dejó llevar por la sinceridad, la emoción y la lógica, tres traidoras brujas muy mal vistas en la Santa Città. ¡Qué de ellas Dios nos libre!

Intenta dar marcha atrás…

—Solo quise compartir mi experiencia, cardenal.

…pero patina en su propio fango.

—Aunque contratemos elementos exteriores necesitaremos personal de confianza. Los mercenarios no son nunca de fiar, Ilustrísima.

El cardenal calla de nuevo. Es lo suficientemente perspicaz para entender que el obispo sabe más que él de esos asuntos. No por ello da su brazo a torcer.

—Esos temas técnicos los veremos cuando llegue el momento, estimado obispo.

Gaetani da razón a su superior por primera vez: no hay necesidad de gastar inútilmente energías, llegado el momento él se las arreglará para quitarse de arriba el peso muerto del cardenal.

—Gracias por entender mis intensiones, Excelencia.

Cuando el toro baja la cabeza, es hora de clavar el estoque, piensa el cardenal, que en otros tiempos tuvo afición por la tauromaquia.

—Obispo… Si no quiere que sus caminos se trunquen en la Santa Città, integre esto, la Iglesia no es una democracia, la Iglesia es una tiranía: eso sí, la de Dios.

> *27 Si aun con esto no me oyereis, sino que procediereis conmigo en oposición, 28 yo procederé en contra de vosotros con ira, y os castigaré aun siete veces por vuestros pecados. 29 Y comeréis la carne de vuestros hijos, y comeréis la carne de vuestras hijas. 30 Destruiré vuestros lugares altos, y derribaré vuestras imágenes, y pondré vuestros cuerpos muertos sobre los cuerpos muertos de vuestros ídolos, y mi alma os abominará.*
>
> **LA BIBLIA. (Levítico 26: 27-30)**

Llegó con la esperanza de que algo hubiese cambiado en el estado de su padre. No ha sido así. El estado de Armand sigue siendo el mismo a sus ojos: estacionario. Los médicos, sin embargo, se dicen satisfechos con la evolución. El profesor Brun, jefe del equipo que lo sigue, le explicó hoy algo que lamentablemente Thomas ya sabía.

—Señor Borel, de cada 20 personas que reciben una herida de bala en el cerebro 19 mueren antes de las 48 horas. Su padre sigue vivo, eso es ya un logro.

Tal vez sea justo eso que insufla optimismo a los médicos, que siga vivo, como si vivir fuese estar sobre una cama incapaz de respirar sin la ayuda de una máquina, incapaz de alimentarse, de oír, de ver, de sentir…

Ya le contó a su padre su deseo de publicar el Códex M y le habló de las ideas que tiene en ese sentido. Sigue sin saber si lo escucha. Él prefiere pensar que sí. Omitió mencionar el asesinato de

los Walker y los Bauer con los que supuestamente debía haber tomado contacto, no quiere anunciarle nada negativo. Sacó de la mochila a *Blue* y puso sobre ella la mano de Armand.

—No te preocupes la voy la guardar en un lugar seguro. Solo quería hacerte saber que está conmigo.

No le había contado que la casa de Burdeos fue registrada brutalmente. Lo hizo hoy, pues suavizó el choque con el anuncio de que la señora Adeline la ha puesto como nueva o casi…

—Le dejé dinero para remplazar o hacer reparar todo lo necesario. Y una buena suma para ella también, claro. Que como de costumbre no quería aceptar.

Ahora acaricia las manos de Armand y piensa con más temor que esperanza que aún si logra rebasar el estado en que se encuentra podría tener daños cerebrales irreversibles. También es cierto que él respira, aunque sea gracias a una máquina, mientras que los Walker y los Bauer están muertos.

19 de cada 20, señor Borel…

Las palabras del profesor Brun resuenan en su mente al tiempo que su teléfono vibra.

—Regreso en unos minutos, papá.

Sale de la habitación del enfermo, camina por el amplio pasillo y entra el consultorio donde lo espera el capitán Martel, con el que habló por teléfono hace poco.

—Buenos días, capitán. Pudo ponerse en contacto con sus colegas para que protejan a los hijos de…

—Sí, pero ya era tarde. Los Walker tenían una hija, Scotland Yard la encontró muerta en Liverpool, donde vivía. Todo indica que la asesinaron al mismo tiempo que a sus padres. Los Bauer tenían un hijo que murió hace dos años en un accidente de montaña y una hija que la policía encontró en Frankfurt con la cabeza y el pecho destrozados por dos balas explosivas.

Thomas aprieta los dientes y los labios en una inútil tentativa por dominar la cólera.

—Usted hizo lo que podía, intenta consolarlo el capitán Martel.

Tras un largo silencio, Thomas afirma:

—Creo que mataría a esos tipos con mis propias manos.

—Tendría que quitármelos antes de las mías.

Un nuevo silencio cargado de rabia y frustración pesa sobre ellos. Hasta que el capitán dice:

—Hay algo que no había querido anunciarle hasta estar seguro, pero el equipo técnico de balística no cree que haya lugar a dudas. ¿Sabe usted cómo procede un profesional cuando debe abatir un objetivo?

Thomas lo observa intrigado y responde:

—Leí hace algún tiempo que disparan a la cabeza y al corazón o lo contrario.

—Así es. Todo indica que su padre hizo un movimiento gracias al cual escapó a la segunda bala y logró que la de la cabeza solo afectara una parte del cerebro. No sabemos si tuvo suerte o si supo qué hacer. En todo caso fue casi un milagro. De haber recibido los dos disparos no hubiese sobrevivido.

Un pesado silencio dura, durante el cual Thomas revive el horrible momento al cual no consigue asociar la palabra suerte y mucho menos milagro. El capitán pasa a otro asunto.

—¿Podría mostrarme el famoso documento?

Thomas saca de su mochila la *Blue*, se pone unos guantes blancos, hace el código, espera el tiempo necesario, abre la caja, extrae el Códex M y lo hojea cuidadosamente ante los ojos asombrados del policía.

—¿De cuándo dice usted que es?, pregunta Martel.

—Del siglo primero. Segunda mitad. En principio.

—Debe valer una fortuna.

—Supongo que sí.

—Entonces ¿por qué está usted tan seguro de que quienes intentaron recuperarlo fueron hombres de la Iglesia? Pudo haber sido un grupo de ladrones de obras valiosas. Los hay que son extremadamente profesionales.

Thomas había pensado en esa posibilidad, pero no le parece muy creíble.

—Quien persigue este documento desde hace siglos es la Iglesia, capitán.

—No lo dudo, pero de ahí a matar para recuperarlo…

—¿Acaso la Iglesia no ha matado siempre cuando se ha sentido en peligro?

—Señor Roussel la Iglesia medieval y la Iglesia de hoy no tienen mucho que ver.

—¿De veras? La dirección sigue siendo la misma, sin embargo: Roma, Via della Conciliazione, Piazza San Pietro, Città del Vaticano, en la orilla oeste del río Tíber.

El capitán calla. Thomas comprende que no quiere hablar más del tema. Distingue una cadena de oro que el policía lleva al cuello. No le extrañaría que de ella pendiese un crucifijo.

—¿Le importa si guardo el Códex? Como le dije necesita especiales cuidados.

—He visto lo suficiente, gracias. ¿En qué lengua está escrito?

—En arameo.

—La lengua que hablaba Cristo, según se dice. Eso tiende a confirmar la datación que usted supone.

—¿Es usted religioso, capitán?

—Lo que yo piense sobre la religión no tiene nada que ver con esta investigación, señor Roussel. En todo caso preferiría enfrentarme a un equipo de ladrones profesionales y no al Vaticano.

—¿Tan grande es el poder del país más pequeño del mundo?

—El verdadero poder del Vaticano no está en las armas sino en las almas, que traducido en lenguaje pagano significa las mentes. La Iglesia controla millones de ellas.

El teléfono del capitán suena. Martel se disculpa y sale del consultorio. Thomas repasa el diálogo con el policía y toma consciencia de que la Iglesia sigue ejerciendo un indiscutible dominio sobre la sociedad. Ya no infunde terror como en otros tiempos. Desde el bien llamado Siglo de las Luces ha perdido mucho poder y la hemorragia de fieles es constante, al punto que en Europa hay hoy más personas irreligiosas que creyentes, pero la Iglesia de Roma sigue siendo una institución con la que pocos están dispuestos a enfrentarse.

Solo en las regiones más pobres e inestables del planeta la religiosidad se mantiene o progresa. No a causa del bajo nivel de estudios de las poblaciones, la educación y la cultura influyen, pero

no determinan. Hay personas con excelentes estudios que son creyentes. Cuando se ha sido adoctrinado desde la infancia no es fácil superar ciertos atavismos. Lo que sí funciona como un parteaguas es la inestabilidad de la sociedad. Cuanto más impredecible es el mañana más necesario es el asidero de lo mágico, sinónimo de lo divino.

—Si lográramos probar que fueron equipos de la Santa Alianza los que hicieron la operación, lo cual no será nada sencillo, el Vaticano lo negará y no accederá a entregarlos. Eso es lo que quise decir ahorita.

La voz del capitán Martel interrumpe la reflexión de Thomas.

—¿La Santa Alianza?, pregunta sorprendido.

—También se le llama Entidad o Servicio Secreto Vaticano, confirma el policía.

—No sabía que el santo país de Dios tuviese ese tipo de servicios.

—Según ellos no lo tienen. Dicen que son habladurías malintencionadas. La realidad, sin embargo, es que el Vaticano posee uno de los servicios secretos más temidos y eficientes del mundo. Imagine solamente con cuantos espías cuenta. Ni la CIA puede pagarse semejante red. Donde quiera que hay una iglesia hay un personal entrenado, capaz de hacer hablar a las personas. Su función es pastoral, desde luego, no de recoger informes, pero si es necesario tienen todas las herramientas. La confesión, por ejemplo. Es secreta, sí, pero hasta donde al cura le parezca. Toda iglesia en todo pueblo o ciudad es un posible centro de recepción para agentes con alzacuellos y armas bajo las sotanas.

> *4 Mas yo soy Jehová tu Dios desde la tierra de Egipto; no conocerás, pues, otro dios fuera de mí, ni otro salvador sino a mí. 5 Yo te conocí en el desierto, en tierra seca. 6 En sus pastos se saciaron, y repletos, se ensoberbeció su corazón; por esta causa se olvidaron de mí. 7 Por tanto, yo seré para ellos como león; como un leopardo en el camino los acecharé. 8 Como osa que ha perdido los hijos los*

encontraré, y desgarraré las fibras de su corazón, y allí los devoraré como león; fiera del campo los despedazará.

LA BIBLIA (Oseas 13: 4-8)

—Así que pronto tendré a un hermano cardenal. ¡Qué lujo!, exclama Paolo Gaetani.

—No exageres, no exageres, manifiesta Pietro con una discreta sonrisa.

Almuerzan en una terraza en los bajos del edificio donde Paolo Gaetani tiene su consultorio. Paolo, hermano menor del obispo Pietro, es médico. Pietro viste un elegante traje. Jamás usa sus atuendos religiosos cuando sale de la Santa Sede para asuntos privados.

—Qué callado te lo tenías. Cuenta, cuenta…

—Es reciente. No hay nada concreto, solamente elucubraciones. El Papa le dijo a un cardenal con el que voy a trabajar ahora que estaba muy satisfecho con una operación importante que yo dirigí recientemente.

—¿Qué tipo de operación?

—De eso no te puedo hablar. Pero ahora voy a dirigir otra operación todavía más importante, así es que si me sale bien igualmente supongo que… Por lo menos eso sería lo normal. Hace ya bastante que se habla de mí para el purpurado.

Paolo levanta su copa de vino tinto e invita a su hermano a brindar. Chocan las copas con regocijo.

—Lo que sí hay algo que me preocupa, dice Paolo.

—¿Qué?

—Cuando llegues a Papa, ¿cómo hago yo para seguir siendo ateo? ¿No será un sacrilegio?

Riendo, Pietro lo amenaza con tirarle el vino de su copa.

—Si no fuera porque es la sangre de Cristo te vaciaría la copa encima.

Los dos hermanos ríen.

—Papá se orinaría en el pantalón si supiese que tú, su hijo con nombre de Papa, aunque de uno de los más horribles, hay que reconocerlo, podrías llegar a ser cardenal.

—Y por consiguiente, ¡Papa!

Las risas redoblan.

—No digo yo, añade Pietro. Cogería una borrachera de las buenas y nos entraría a golpes.

—Para expresarnos su cariño y manifestar su alegría, desde luego.

Los dos hermanos no pueden detener las carcajadas.

—Tirano doméstico y beato. ¡Divino cóctel!

—Tuvimos suerte de que se enamorase de aquella pécora y se fuese a vivir a Argentina, dice Pietro.

—Mamá decía que había sido obra de Dios, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. Ella fue quien más lo sufrió.

El camarero, que los conoce, se acerca a la mesa.

—¿Todo bien?

—Sí, gracias, Enzo.

—Excelencia, qué placer verle por acá. Siempre le pregunto al doctor por usted.

—Gracias, Enzo, placer compartido.

El camarero les escancia vino y agua antes de despedirse con una reverencia.

—No me has hablado de Alba ni de Giulia. Por cierto dile a Giulia que su prima Chiara tiene muchos deseos de verla.

—No hay mucho que decir. Alba estuvo en casa de su madre con Giulia casi dos semanas para cuidarla porque estaba enferma, aunque no estoy ni siquiera seguro de que fuese verdad que estuviese enferma.

—Qué paranoico eres. Por qué te iba a mentir.

—Porque la verdad es que desde hacía semanas no parábamos de pelear a propósito de Giulia.

—¿Qué pasa con Giulia?

—Cada vez está más insoportable.

—Es la crisis de adolescencia. Pasa.

—No estoy seguro de que pase. Creo que es más profundo.

—Sigue reprochándote que no la hayas reconocido, que sea una bastarda y todo eso…

—Sí, me tiene harto. Lamento que Alba haya insistido tanto para tenerla, te lo juro.

—No digas disparates, Pietro.

—No son disparates. Si Alba me hubiese escuchado cuando estaba en estado viviríamos una vida feliz. Podríamos viajar, hacer lo que nos diera la gana.

En el pesado silencio que sigue los dos hermanos cruzan los cubiertos poniendo fin a sus platos. El camarero los recoge y les propone la carta de los postres. Ellos piden solamente cafés. Cuando el camarero se retira Paolo intenta cambiar la atmósfera bromeando.

—No te puedes imaginar lo que leí hace poco, dice. Parece que el Purgatorio ya no existe.

Pietro sonríe. Las polémicas sobre religión son un tema común entre los hermanos. Una especie de *commedia dell'arte* en la cual cada uno actúa un papel: Pietro es el defensor de Dios, Paolo el abogado del Diablo. Aunque siempre triunfan las risas.

—Así es, admite el obispo. Lo dijo el Papa Benedicto XVI en 2011: "El purgatorio no es un elemento de las entrañas de la Tierra, no es un fuego exterior, sino interno. Es el fuego que purifica las almas en el camino de la plena unión con Dios."

—¿Eso dijo?

—Textualmente.

—¡Entonces las Indulgencias fueron una estafa!

Pietro ríe, Paolo continúa.

—La Iglesia vendía las Indulgencias supuestamente para que los compradores disminuyeran el tiempo que debían pasar en el Purgatorio. Si el Purgatorio no existe, aquello fue un robo.

Las risas del Pietro redoblan.

—¿Quién se acuerda de eso, Paolo?

El hermano menor finge hablar en serio.

—¿Y qué hicieron con la gente?

—¿Qué gente?

—La que estaba en el Purgatorio antes de 2011. ¿Dejaron de existir también de un papazo? Supongo que no. Porque debían ser muchos. Estaban enviando gente para el Purgatorio desde hacía siglos. ¿Qué hicieron con ellos? ¿Los mandaron para el Limbo?

Paolo sigue fingiendo hablar en serio. Pietro ríe.

—El Limbo también dejó de existir, Paolo. Lo proclamó oficialmente una "Comisión Teológica Internacional" convocada por el Papa Benedicto XVI y reunida en el Vaticano en septiembre de 2006. Según esa Comisión el Limbo es solo una "hipótesis teológica". Aunque también aseguró que existían "serias razones *teológicas* para creer que los niños no bautizados que mueren se salvarán y disfrutarán de la visión de Dios".

—Otro papazo, vaya. ¿Y del Paraíso y el Infierno qué?

Pietro ríe de nuevo.

—Eres un demonio, Paolo. Juan Pablo II dijo que las imágenes utilizadas por la Biblia para presentarnos simbólicamente el Infierno tienen que ser interpretadas y afirmó que: "más que un lugar, el Infierno es la situación de quien se aparta de modo libre y definitivo de Dios".

—Qué horror. ¡Están acabando los santos lugares! ¿Y el Paraíso? ¿También lo desintegraron?

Pietro lo amenaza con lanzarle una vez más su copa de vino, pero responde:

—Juan Pablo II dijo que el Paraíso existe, pero que no es "ni una abstracción ni un lugar físico entre las nubes, sino una relación viva y personal con Dios".

—No digo yo, con todos los satélites y los telescopios que hay por allá arriba y los GPS que tenemos acá abajo, algo tenían que inventar. Así que lo dijo el Papa.

—Sí, Wojtyla.

—Y el Papa, por definición, nunca se equivoca, ¿verdad?

—Nunca. Desde que en 1870 Pío IX decretó la Infalibilidad Pontificia.

Paolo comienza a reír, Pietro intenta mantenerse serio. No lo logra. Acaban a carcajadas, divertidos y hermanados.

El Louvre es un lugar seguro. Nadie puede entrar con un arma, ni siquiera con un arma blanca o un simple objeto metálico, por eso Thomas decidió encontrarse con Samuel en el museo. Conoce bien el circuito que hace su amigo como guía conferencista: Louvre medieval, sala de las Cariátides, escultura griega, Venus de Milo, Victoria de Samotracia, Galería de Apolo, pintura prerrenacentista y renacentista italiana, la Gioconda, pintura francesa clásica y romántica, sala Michelangelo y en fin, Egipto.

No lo ha visto por ninguna parte, supone que está por terminar el circuito. Apura el paso.

—La ilusión de escapar a la muerte estremece al hombre desde que siendo muy primitivo, se confrontó a ella. Intentó entenderla, no lo consiguió. Y como solo tenía a su imaginación para combatirla, se inventó figuras mágicas y dioses que "interpretaron" sus deseos y le prometieron una segunda vida eterna y maravillosa… solo que después de la muerte.

El grupo dirigido por Samuel llega a la llamada Cripta, donde se exponen los sorprendentes sarcófagos de madera y de piedra exquisitamente dibujados y esculpidos que en otros tiempos ciñeron los cuerpos momificados de faraones y notables que creían viajar en ellos hacia la eternidad.

—Una de las culturas que más lejos llevó esta ilusión fue la egipcia. En las creencias egipcias, a diferencia de las católicas, el alma no se desprendía definitivamente del cuerpo después de la muerte, por lo que la conservación del cuerpo cobraba singular importancia. De ahí la momificación. Los egipcios creían que el ser estaba compuesto por elementos tangibles e intangibles. La momificación permitía mantener estos elementos unidos, gracias a lo cual la persona fallecida podía renacer en la otra vida. Se invirtieron increíbles riquezas, tiempo y esfuerzos para fabricar templos y tumbas, como las magníficas pirámides, que debían acercarlos a la vida eterna. Hoy, lamentablemente, solo quedan de ellos las momias…

Mientras habla, seguido por el maravillado grupo de turistas, Samuel se va acercando al "señor Pachery". Thomas sonríe, pues acaba de verlo y sabe lo que prepara.

—Y ahora, anuncia Samuel, para terminar nuestra visita, les presento al señor Pachery, auténtica momia de un probable sacerdote fallecido en el siglo VIII o X antes de Cristo.

La infantil mezcla de fascinación y asombro con que los visitantes se enfrentan al "señor Pachery" divierte a Thomas. Samuel concluye la visita diciendo:

—Y para los que crean aún en divinidades y piensen que las pirámides egipcias y las catedrales católicas no fueron hechas solamente para calmar angustias humanas, ya saben, no se cuestionen, confíen en lo que les han dicho siempre la religiones y mueran tranquilos. Si constatan que después de la muerte no hay nada, relájense que no importa: ya están muertos. Por lo pronto interroguen al señor Pachery, él tendrá mucho gusto en hablarles del más allá. Si se mantiene en silencio, que puede suceder, significa que los está alertando sobre las bobadas que se cuentan en el más acá.

Algunos turistas parecen incómodos, la mayoría ríe. Samuel les señala que aunque la visita con él termina allí, les queda mucho por ver y admirar.

—El Código *Hamourabi,* por ejemplo… Ala Richelieu, nivel 0, sala 227. Los que estudiaron derecho han oído hablar de él, seguramente. Para los otros diré que se trata de una de las piezas más importantes del Louvre: una estela de basalto de un poco más de dos metros de alto y de unos 3,800 años de antigüedad en la cual, con escritura cuneiforme, se encuentra esculpido el código de leyes más antiguo conocido por la humanidad. En lo alto de la estela verán al Rey *Hamourabi*, recibiendo esas leyes "sagradas" directamente del Dios Sol… ¿Si les recuerda a un Dios llamado Jehová o Yahvé y a un señor llamado Moisés? No se sorprendan. No es pura coincidencia. El Código *Hamourabi* es uno de los antecedentes de los supuestos mandamientos bíblicos "entregados por Dios" al imaginario Moisés, tras el inexistente Éxodo de casi dos millones de judíos con sus rebaños carretas y animales de tiro durante 40 años por un desierto apenas más grande que un pañuelo *Hermès*. Mágico paso por las arenas del Sinaí, del cual la arqueología no ha encontrado la menor huella…

Una vez más los turistas se dividen entre risueños y gruñones, en dependencia a cuan profundo que se han enraizado en ellos ciertos mitos. Divertido por las caras de confusión de los que se resisten a admitir que el mágico Éxodo, la abertura del mar Rojo, el encuentro de Dios con Moisés y todo lo demás es simple mitología, Samuel les habla de las otras maravillas que encontrarán en el Ala Richelieu, de las salas mesopotámicas, de los fastuosos apartamentos Napoleón III, de la pintura holandesa, particularmente los 24 Rubens de gran formato del llamado Ciclo María de Medici… Insta al grupo a seguir visitando el museo por ellos mismos y se despide. Algunos lo aplauden. Él los saluda y se dirige hacia la salida.

—Samuel…

—¡Thomas! ¿Qué haces aquí?

—Necesitaba verte. ¿Tienes tiempo para que tomemos algo?

Samuel mira la hora y dice:

—Tengo un pequeño *breake* antes de mi próxima visita. Soy todo tuyo. ¿Vamos al Mollien?

—Perfecto.

El Café Mollien se encuentra en el primer piso del Ala Denon, a unos pasos de "La Gioconda" y de "La Libertad guiando al pueblo". No brilla por la riqueza de su carta ni por la elegancia de su mobiliario, pero posee una terraza que permite admirar al mismo tiempo la Pirámide, la *Cour Napoléon*, al Arco del Carrousel, el Ala Richelieu, el jardín y un amplio etcétera. Un verdadero regalo para los ojos.

Los dos amigos piden cervezas, un par de sándwiches y se sientan en la terraza.

—¿Qué te pasa?

—Estoy metido en un lío muy gordo del que quiero hablarte lo menos posible para evitar meterte a ti también.

Samuel lo mira socarrón, dejando claro que no le cree.

—Ya veo, comenzaste a trabajar para la CIA y no puedes decirlo.

—Te estoy hablando en serio.

—Entonces habla.

Thomas respira hondo y dice:

—Es a causa de un documento que data del siglo primero, se supone, y que mucha gente quiere. Un documento que cayó en mis manos y del que soy ahora responsable.

—Qué cayó en tus manos… Así, del cielo. Un documento de la época de Jesucristo, más o menos, cuya existencia el mundo entero ignora pero que tú encontraste. ¿Eso me estás diciendo?

—Más o menos.

—Y como los dos nacimos en Burdeos y fuimos a la misma escuela cuando éramos chiquitos y somos amigos, como aquel que dice, de toda la vida, yo tengo que creértelo y no llamar a la policía para que te internen en psiquiatría. ¿Dime si voy bien?

—¡Sam, a veces eres insoportable!

Thomas posiciona su silla de manera que nadie más que Samuel pueda ver lo que extrae de la mochila. Se trata de la hermosa caja de la que no se separa. Tiende a su amigo unos guantes blancos.

—Ponte esto si quieres mirar en detalle el documento que te voy a mostrar.

Abre la *Blue*. En el rostro de Samuel desaparece toda su socarrona incredulidad. Hojea el Códex M mientras su expresión oscila entre estupor y fascinación. De pronto parece asustado, cierra el documento, la caja, se quita los guantes y le devuelve todo a Thomas.

—¿Qué es?

—Ya te lo dije.

—Entonces no te entendí.

—Te dije que no sabía.

—Me estás mintiendo.

—Sí. Te dije que cuanto menos supieses mejor era. Es peligroso, te lo juro.

—Ah… Lo que no entiendo es por qué viniste a verme a mí con eso.

—Necesito hacer una datación al carbono 14. Y con alguna persona de confianza.

—Thom, yo no sé siquiera qué es el carbono.

—Me hablaste de una prima tuya que trabaja en el laboratorio del Louvre.

—¡Sarah! Sí, claro Sarah trabaja… Pero tú la conoces.

—¡Yo!

—La viste el día de mi cumpleaños. Una trigueña de pelo largo que estaba vestida de rojo.

—¡La trigueña de pelo largo que estaba vestida de rojo es tu prima!

—Sí.

—¡La de los ojos azules!

—Ya veo que se te cae la baba. La verdad es que ustedes los machos son todos hijos de Baco. Y tú que además produces vino, ni hablar.

—No sabes lo que te pierdes, bastardo de Hermes y Afrodita.

Los dos amigos ríen.

—¿Te parece que ella podría hacer esa datación en el laboratorio de aquí?

—No lo sé. Déjame preguntarle.

Samuel se levanta y se aleja mientras hace una llamada. Thomas lo sigue con la vista, ansioso. Al cabo de unos minutos Samuel regresa.

—Me dijo que tendría que pedirle permiso a su jefe, pero no le parece imposible. Los dos están ahora en Turquía. Regresan este fin de semana.

Thomas encaja el golpe.

—Porque ella y su jefe…

Samuel ríe a carcajadas.

—No, hijito de Baco. Están en un sitio de excavación arqueológica. Su jefe es como yo, no le gustan las chancletas, sino los zapatos. Y si son Oxford hechos a mano, mejor.

—¿Su jefe es gay?

—No, estaba bromeando. Pero no hay peligro de que Sarah tenga un idilio con él. Marc Pladel la quiere como a la hija que no tuvo y además debe tener más o menos la edad de Tutankamón.

De nuevo los dos amigos se envuelven en carcajadas. Samuel mira la hora y dice:

—Fin de la recreación. Tengo que hacer mi segunda visita. ¿Te embullas a venir conmigo? Hace mucho que no lo haces. Tengo nada

más que cuatro personas. Será en inglés. ¿Vamos?

Pasear con su amigo admirando algunas de las creaciones más extraordinarias de la humanidad, cruzando hermosas chicas venidas del mundo entero y sintiéndose seguro por un rato… A Thomas le parece una estupenda idea.

—Soy todo tuyo, Sam.

Cae la tarde. El obispo Gaetani pone fin a su trabajo del día y llama a su chofer. Unos golpes en la puerta de su oficina lo contrarían.

—Adelante.

En la entrada aparece el coronel Jonás.

—Que la paz del Señor lo acompañe, Excelencia, dice.

—¿Qué pasa, coronel? Que la paz del Señor lo acompañe igualmente. No tiene usted buena pinta.

—Estoy un poco preocupado y pensé que era hora de transmitirle a usted esa preocupación, Señoría.

El obispo comienza a sentir sus músculos endurecerse, víctimas de una tensión sobre la que no ejerce control. Un mal presentimiento. Jonás fue el director militar de la "Operación Magdalena" en el terreno.

—He tenido un día bastante malo hoy, coronel, no me diga que me lo va a empeorar.

—Me temo que sí.

—No dé más vueltas.

—Puede que la "Operación Magdalena" no haya salido todo lo bien que creíamos.

—O sea.

—En Alemania fue estupendo. Los comandos hicieron un cero falta. Padres e hija fueron eliminados limpiamente en Berlín y Frankfort. Ni la policía ni la prensa sospecharon de nosotros y todavía hoy siguen a ciegas. En Liverpool, la hija de los Walker se fue al cielo sin chistar. En Londres también todo salió como se esperaba.

—Londres lo dirigió usted.

—Normal, era el objetivo más complejo. Estaban los Walker, los periodistas, Faith Dolson… A pesar de eso se hizo un trabajo irreprochable. Scotland Yard sigue dando vueltas como perro antes de echarse y nadie piensa en nosotros. No encontramos el Códex M, pero eso ya fue la voluntad de Dios.

—Entonces para que diablo viene a estresarme.

—En París hubo problemas, las cosas se están torciendo.

—¿Qué quiere decir?

—En la *Gare de Lyon* era demasiado arriesgado para el equipo de intervención verificar el resultado de la acción. Debimos haber puesto a una persona independiente del comando para verificar que los objetivos habían sido correctamente neutralizados, pero no se hizo. Y ya es tarde para lamentarlo.

—Por eso pusimos a dos de nuestros mejores tiradores.

—Lo sé, Excelencia. Lo decidimos juntos. Pensamos que a esa distancia no podían fallar, todo eso lo sé… Y bueno, pude haber borrado el asunto de mi mente, pero no… por suerte… Lo tenía como un barrenillo que no me dejaba tranquilo. Así es que quise asegurarme. Como sabe tenemos sacerdotes que van prácticamente a todos los hospitales para administrar la extremaunción, dar servicios religiosos y ese tipo de cosas. No todos lo hacen pero la mayoría, cuando es necesario, trabajan para nosotros, sobre todo dándonos informes.

—Resuma, Jonás, por favor.

—Armand Roussel llegó al hospital gravemente herido. Solo un proyectil hizo blanco, pero lo hizo bien. Tenía una herida de bala en la parte izquierda del cráneo.

—Generalmente eso es una muerte segura.

—En general sí. En lo absoluto no. Roussel fue operado de urgencia y al día siguiente o al otro cerraron el caso. Lo cual indicaría que falleció… en principio.

—Entonces dónde está el problema que tanto lo preocupa.

—Que nuestro sacerdote pudo acceder discretamente al dossier de Armand Roussel y constató que no decía fallecido sino "Causa 17".

—¿Eso qué significa?

—El cura tampoco entendió, pero se las arregló para saber. El 17 es el número de la policía en Francia y Causa 17 es el código usado por los hospitales para referir una intervención de la policía. Así es que la traducción podría ser: "trasladado a pedido de la policía".

Una mueca de rabia invade el rostro del obispo.

—Pensaba que el capitán Mateo era infalible, gruñe.

—Yo también. Pero en el terreno nadie lo es y las cosas a veces se tuercen.

—No intente protegerlo, Jonás.

—No lo protejo. Ya tomaré represalias, por lo pronto es preferible que él no lo sepa.

—Ni él ni nadie. Hasta que no estemos seguros, solo usted y yo.

El obispo va hasta un discreto el bar con el que agasaja a sus visitantes de marca.

—¿Bebe algo, coronel?

—Un whisky sin hielo, por favor.

El obispo sirve dos whiskies. Beben.

—Si Roussel sigue vivo hay que encontrarlo.

—Ya estoy trabajando en eso, afirma Jonás.

—¿Cómo?

—A través de nuestra mejor red de espionaje, Excelencia: los curas. Estoy movilizando a todos los sacerdotes que dan servicios religiosos en los hospitales de París y de Burdeos.

Tan envidiable que le parecía cuando era un clérigo recién ordenado la suerte de aquellos hombres de Iglesia que veía pasar por Roma con rostros adustos y aires importantes sentados en los asientos traseros de suntuosos autos de lujo conducidos por solícitos choferes, como él ahora. Cuanto soñaba entonces con llegar a ser lo que hoy es: un hombre poderoso y envidiado. Pensaba que nada podía molestar a aquellos importantes representantes de Dios que él asociaba con semidioses. Nunca creyó entonces que esa deseada posición pudiese engendrar tan malos ratos.

Si Armand Roussel sigue vivo debe estar en muy mal estado, pero aún así es un peligro. Tarde o temprano podría acusar a la Santa Sede. Y aunque nada pueda probarse oficialmente, los rumores, la prensa y el buzz en las redes sociales causarían mucho daño. Daño del cual la "Sagrada Congregación para la Defensa de la Fe", especialmente de La Tour Bissy, ese malnacido, lo culparía a él, y el Santo Padre casi seguro haría lo mismo, sin que Schulzer levantase un dedo para defenderlo.

Decididamente hay días en que sería mejor no levantarse de la cama.

Intenta dejar de pensar. Mira por la ventanilla. Gente, no ve más que gente que va de un lado a otro fingiendo ignorar que los acechan los gusanos, que van camino a la muerte, al vacío de la nada; gente que hunde la cabeza en la mentira como el avestruz en la arena y cree que tiene delante la eternidad, una vida sin fin para ingerir alimentos y transformarlos en mierda. Patéticas fábricas de inmundicias…

Por suerte basta con accionar un botón para que un cristal opaco lo aleje de ese mundo inútil, aparentemente vivo, esencialmente muerto.

Al fin el auto llega a su casa. El chofer, como de costumbre, le abre la puerta.

—Gracias, Pastori.

El obispo penetra en el lujoso edificio sin prestar el menor interés al entorno ni responder a los tímidos saludos de los vecinos que lo reconocen.

> *12 Y el hombre que procediere con soberbia, no obedeciendo al sacerdote que está para ministrar allí delante de Jehová tu Dios, o al juez, el tal morirá; y quitarás el mal de en medio de Israel. 13 Y todo el pueblo oirá, y temerá, y no se ensoberbecerá.*
>
> **LA BIBLIA. (Deuteronomio 17: 12-13)**

Alba ríe al teléfono. Gaetani entra.

—Hola, dice.

Ella percibe que no está de buen humor. Lo conoce bien.

—Te dejo, mamá, Pietro acaba de llegar.

Cuelga. Se acerca a él. Intercambian uno de esos besos que la costumbre ha vaciado de ternura y solo son gestos.

—¿Qué te pasa?, pregunta ella.

—Nada, nada.

—No darás falso testimonio ni mentirás. Octavo mandamiento.

—Si tienes deseos de pincharme, te advierto que no estoy de humor.

—Estaba bromeando, Pietro. Relájate, querido. Los problemas del trabajo no deben llevarse a la casa. La mesa está puesta. Abre una botella de vino, por favor. Hice una lasaña de carne y una ensalada. ¿Quieres algo de primero?

—No gracias, no tengo mucho apetito.

Pietro va hasta el comedor, escoge una botella de vino y comienza a abrirla. Alba va a la cocina y regresa con la lasaña y una ensalada de lechuga.

—¿Giulia no cena con nosotros?

—No, fue a un cumpleaños y se queda a dormir en casa de una amiga.

Ella sirve la lasaña y la ensalada, él el vino.

—Cuando no es en casa de tu mamá es en casa de una amiga. Cabe preguntarse si todavía vive aquí, remarca él.

—Déjala que haga su vida. Ya no es una niña, es una adolescente.

—Desde cuando las niñas de su edad hacen sus vidas, como dices tú.

—Los jóvenes no viven como en tu época, ni siquiera como en la mía, Pietro.

—Los tiempos habrán cambiado, la biología no.

—¿Qué quieres decir?

—Que puede salir en estado. Y el problema será nuestro.

—No te parece que estás exagerando. Está en la edad en que tocarse las manos entre chicas y chicos es toda una aventura.

—No creo estar exagerando, creo estar previendo.

—Dejémoslo ahí. Desde que llegaste estabas de mal humor. Y Giulia es tu tema preferido en los últimos tiempos para destilar la cólera. Ignoro qué te ha pasado, pero no tengo ningún deseo de servir de punching-ball.

Durante un corto tiempo la pareja cena en silencio, evitando cruzar las miradas, hasta que Pietro vuelve al conflicto.

—Puede que tengas razón. Es mejor que Giulia no esté. De todas formas cuando está no hace más que pelear. O más bien no hace más que agredirme. Y tú te empeñas en defenderla.

Alba evita responder a la provocación y dice:

—¿Qué tal me quedó la lasaña?

—Bien, como siempre, pero estábamos hablando de Giulia.

—Tú estabas hablando de Giulia. Yo no. Querido, no hay que darle demasiada importancia a una simple crisis de adolescencia. Te pones a su altura, ¿no lo ves?

—No creo que sea una simple crisis de adolescencia. Su problema va más allá.

—En lo absoluto, eres tú quien le da demasiada importancia. ¿Sabes lo que me hizo cuando pasó por la tienda el otro día?

Alba y su hermana poseen una tienda de artículos religiosos que heredaron de sus padres. Está muy bien situada, en las cercanías de la Plaza San Pedro. Venden esencialmente productos para turistas.

—No, dime.

—Delante de un grupo de clientes abrió una Biblia y leyó: *"Éxodo 20,4: No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás…"*

—¿Y tú qué hiciste?

—Reírme. ¿Qué iba a hacer? Todo el mundo lo vio como un chiste. Y todos reímos, hasta los clientes. Giulia también. ¿Acaso no tenía razón? Nadie respeta ese mandamiento, ni siquiera los Papas lo han hecho a lo largo de la historia. No hay más que entrar a la basílica de San Pedro para verlo. Por todas partes hay imágenes de Jesucristo, de la Virgen, de santos y hasta de Papas muertos…

Cenan en silencio durante unos minutos. Hasta que Pietro dice:

—Debiste explicarle que tú te ganas la vida vendiendo artículos religiosos y que la Biblia no siempre debe ser tomada al pie de la letra. Y sobre todo debiste ponerle una penitencia para hacerla comprender que ella no está sola en el mundo y debe tener en cuenta a los demás. Así se educa una niña, no riéndole las pesadeces.

—Cada cual educa a sus hijos como lo entiende. No creo que tú sepas de eso más que yo.

—Al menos sé que una hija nunca debe faltarles el respeto a sus padres.

—Delante de mí Giulia nunca te ha faltado el respeto.

—Acaso no estabas cuando me dijo que yo era un amoral porque no me atrevía a reconocerla como hija al estar prohibido por la Iglesia, pero la tenía, lo cual estaba también prohibido por la Iglesia.

—No dijo que eras un amoral, dijo que tenías doble moral. Eso no es una falta de respeto.

—¿No? ¿Qué es entonces?

—Estamos cenando, Pietro. Por favor, no es momento para discutir.

—Dilo, si se te ve en la cara.

—Es la verdad.

—Qué yo soy un amoral.

—No, que habías dado tu palabra de que la reconocerías y nunca lo has hecho. Como habías jurado hace años que nos casaríamos y seguimos… ¿Cómo se dice? ¿Viviendo en el pecado?

Aunque no ha terminado, Pietro cruza los cubiertos sobre el plato y lo aparta.

—Voy a trabajar un rato en mi escritorio. Gracias por la cena.

Sale del comedor sin mirar atrás. Alba lo sigue con la vista entre apenada y resignada. Finalmente cruza también los cubiertos en su plato a pesar de que tampoco ha terminado.

> *11 La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción. 12 Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio. 13 Porque Adán fue*

formado primero, después Eva; 14 y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión. 15 Pero se salvará engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor y santificación, con modestia.

LA BIBLIA. (1 Timoteo 2: 11-15)

La religión es considerada verdadera por la gente común, falsa por los sabios y útil por los gobernantes.

—¿Qué te parece?

Thomas ríe. En realidad desde hace unos días anima los momentos que pasa con su padre como si en lugar de prodigar un tedioso monólogo compartiera con él una conversación.

—Si, ya sé, me imaginé que la reconocerías, claro, esa *socra* es de Séneca, pero es tan buena que tuve deseos de que la recordáramos… Aunque tranquilo, tengo varias mías también. A ver qué te parece esta:

Dios creó el mundo en seis días, lo dejó en el estado en que está y se echó a descansar. Jesucristo se pasó más de treinta años descansando, trabajó como dios durante un año y medio más o menos y después de morirse y resucitar, pérdida de tiempo inútil, en lugar de acabar lo que estaba haciendo, se fue al cielo, se sentó a la diestra de su padre y desde entonces nadie lo ha visto trabajar más que para rascarse las orejas. ¡Vaya que más vagos que nuestros dioses, ni la mandíbula superior!

Thomas ríe de nuevo con la esperanza de que su falsa alegría acabará por provocar una reacción en Armand. Pero una vez más su ilusión se frustra.

—Escucha esta, mía también:

Cuando Dios creó al hombre se encontraba en un jardín. Pudo hacernos a partir de una flor, de una fruta, de la hoja de un árbol o de una pluma de ave… pero escogió hacernos a partir de fango.

Y qué decir de la pobre mujer. Hecha con la costilla de un tipo hecho de fango. ¡Bastante bien hemos salido! ¿No te parece?

Nuevas falsas risas se estrellan contra la inmovilidad del enfermo. Thomas encaja el golpe sin parecer sufrirlo y cambia de tema, pues lo importante para él es estimular a su padre, no quedarse en silencio ni mostrarle cuanto sufre.

—Bueno, todavía no me ha llamado la prima de Samuel que va a hacer la datación, pero supongo que no tardará. En el laboratorio del Louvre, nada más y nada menos, señor mío. Mientras tanto empecé a buscar un buen traductor de arameo. Estoy seguro de que tú tienes una buena traducción en alguna parte, pero no he logrado encontrarla. Así que o abres los ojos y sobre todo la boca o tendré que gastarme una fortuna en hacer algo que ya tenemos. A ver, ¿qué dices? ¿Nada? Eres un pesado.

El hijo espera unos instantes con la esperanza de constatar alguna reacción del padre. Nada sucede.

—Bueno, escucha esta otra *socra*…

Dios nunca le dirigió la palabra a la madre de su único hijo ni se presentó a ella. No se personó siquiera para embarazarla. No la acompañó durante la gestación. No estuvo con ella durante el parto. No la visitó jamás para ayudarla a criar al niño ni ayudó al hijo cuando, ya adulto, fue públicamente torturado y asesinado. Pero la Iglesia dice que Dios ¡es el paradigma del buen padre!

Para mantener activa la "conversación" cuando le patina la inspiración, le fallan los chistes o se le agota el repertorio de *socras*, Thomas lee la prensa. Hoy decidió comenzar a leerle a Armand fragmentos del libro "Adiós a Dios", entre otras cosas porque tras haber buscado en Internet y en el catálogo de autores de la Biblioteca Nacional el nombre de Mand Selar sin éxito, tiene la convicción de que el verdadero autor es Armand Roussel y piensa que escuchar sus propios textos puede despertar en él recuerdos, reminiscencias o, con un poco de suerte, reactivar su memoria.

—Te voy a leer algo diferente ahora. Creo que no te va a parecer del todo desconocido. Es un extracto del libro "Adiós a Dios." ¿Lo

recuerdas?

Como bosquejado anteriormente, el cristianismo que triunfó en Roma y es practicado hoy en una buena parte del mundo no fue obra de Jesús, ni siquiera de los apóstoles, sino de un personaje marcadamente turbio y enigmático: Saulo de Tarso. Hoy llamado San Pablo.

Ese sorprendente individuo cuyo nombre judío era Saulo, nació entre los años 5 y 10 DC en la ciudad de Tarso, por entonces capital de la provincia romana de Cilicia, en la actual Turquía. Pertenecía a una familia judía adinerada cuyos miembros ostentaban la nacionalidad romana.

Por linaje y educación Pablo era un fariseo. Los fariseos eran judíos de elevada posición económica y palmaria influencia en sus entornos, que destacaban por sus intereses intelectuales. Creían en la vida después de la muerte y afirmaban que aunque Dios lo controlaba todo, cada ser humano, por sus decisiones, podía influenciar su destino. Así, si unos, como ellos, eran ricos y otros vivían en la miseria no era culpa de Dios, sino de las malas decisiones de esas personas o de sus ancestros.

Los fariseos tenían una elevada opinión de ellos mismos que hacían extensiva a sus ideas, por lo cual se opusieron a Jesús y fueron criticados por este que los trató de hipócritas y les reprochó sus modos de vida ostentosos y la petulancia de sus comportamientos.

Puro producto de esa ideología, Saulo de Tarso persiguió con feroz fanatismo a los seguidores de Jesús, llamados por entonces Nazarenos. Acompañado por soldados y misionado por el Sanedrín, máxima autoridad judía, de reputación más bien dudosa, impuso con el filo de la espada y la punta de las lanzas su idea de Dios, del bien y del mal. Hecho poco glorioso del futuro San Pablo: contribuyó a la condena de Esteban, considerado el primer mártir cristiano y participó en su lapidación.

Él mismo se describe así en Gálatas 1: 13-17.

"Ustedes ya están enterados de mi conducta cuando pertenecía al judaísmo, de la furia con que perseguía a la iglesia de Dios, tratando de destruirla. En la práctica del judaísmo, yo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi celo exagerado por las tradiciones de mis antepasados."

Poco tiempo después de la lapidación del diácono Esteban, comisionado una vez más por el Sanedrín y acompañado por una escolta, Saulo de Tarso se dirigía a la ciudad de Damasco, donde esperaba apresar a los Nazarenos que habían encontrado allí refugio cuando un súbito estremecimiento lo hizo caer de su caballo. Se golpeó la cabeza y, según contó luego, vio una luz intensa en medio de la cual reconoció a Jesús.
¡Que Pablo no había visto jamás en su vida!
Una voz que él "reconoció" como la del muerto y resucitado nazareno, le dijo:

—Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?
—¿Quién eres, Señor? —preguntó Saulo.
—Soy Jesús, a quien tú persigues —respondió la voz. Anda, levántate y entra en la ciudad. Allí recibirás instrucciones sobre lo que debes hacer.
Sus compañeros de viaje estaban mudos de estupor. Oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo y, cuando abrió los ojos, no podía ver. Así que lo llevaron de la mano a Damasco, donde pasó tres días privado de la vista, sin comer y sin beber.

Eso lo narra él mismo, por lo que cabe preguntarse, ¿cuánto de verdad hay en ese insólito relato? Nunca se sabrá, pero la Biblia recoge su cuento como un hecho histórico. Puede leerse en Hechos 9.
A partir de ese curioso incidente el intransigente perseguidor de los discípulos de Jesús se convirtió en uno de sus más fanáticos defensores. Transferencia de fanatismo que él explicó como consecuencia de una "revelación divina".
En la actualidad se cree que ese episodio, de ser real, podría estar relacionado con la llamada "enfermedad sagrada" o sea, la

epilepsia, cuya relación con la extrema religiosidad es hoy bien conocida.

Seguro de sí como buen fariseo, sin consultar con nadie, Saulo de Tarso, que nunca había escuchado ni siquiera un sermón de Jesús, se otorgó idéntico título y nivel que los doce discípulos que compartieron la vida del profeta y con toda inmodestia, se proclamó apóstol trece.
Sin tomarse la pena de entrar en contacto con los que conocieron a Jesús, el *apóstol trece*, comenzó a predicar las ideas de un hombre que nunca había visto, escuchado ni leído. ¿Cómo conocía Saulo de Tarso las ideas de Jesús? Según él, "mágicamente reveladas por Jesús mismo". Menos glamuroso, pero más probable: por boca de sus prisioneros.
En Gálatas 1: 12, él propio Pablo dice:

"Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo."

Y un poco más tarde, en Gálatas 1: 13, aclara:

"Dios me había apartado desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia. Y, cuando él tuvo a bien revelarme a su Hijo para que yo lo predicara entre los no judíos, no consulté con nadie. Tampoco subí a Jerusalén para ver a los que eran apóstoles antes que yo, sino que fui de inmediato a Arabia, de donde luego regresé a Damasco".

Constatando que las ideas de Jesús solo podían persistir si se expandían más allá del estrecho círculo de los judíos, que tan poco dados eran a abandonar el judaísmo para adoptar una religión sin historia, libro, ni templo; los discípulos del crucificado "mágicamente desaparecido" buscaban caminos por los cuales llegar a tan difícil objetivo.
Para ser salvados por Jesús, ¿debían los gentiles plegarse a las 613 Leyes de Moisés? ¿Tenían que circuncidarse aunque fuesen adultos?¿Estaban obligados a convertirse al judaísmo?

Mientras los apóstoles discutían sin fin tan arduas temáticas, el *apóstol trece* borró sin ningún escrúpulo todas esas complejidades y consiguió aumentar de manera exponencial el número de fieles que abrazaba la nueva religión. Un golpe maestro de marketing cuyo slogan pudo haber sido:
"Obtenga todos los beneficios, sin sacrificios."

Maestro Pablo, ¿qué debo hacer para ser salvo?
Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa. (Hechos 16: 30-31)

La entrada de una enfermera interrumpe la lectura de Thomas.

—Señor Borel, debería dejar descansar un poco a su padre, ¿le parece bien?

—Sí, claro.

Thomas acaricia las manos de Armand.

—Hasta mañana, papá.

Luego se despide de la enfermera y camina por los pulcros pasillos del hospital, triste y desesperanzado, como siempre.

Vestido de civil, pues salió del Vaticano para un asunto privado, el obispo Pietro Benedetto Gaetani ríe en la terraza de un café chic donde bebe un *Bloody Mary* y fuma un habano en compañía de su amigo de infancia, el periodista Silvio Uccello, que saborea una cerveza. Tiene en la mano una caricatura reflejando a un cerdo obeso en el cual no es difícil reconocer al cardenal De Moore. Satisfecho de su éxito, Uccello, pues es él quien le trajo el divertido croquis, alimenta su risa leyendo un pequeño libelo.

—Por su ego más hinchado aún que su vientre, su carácter jactancioso y su insaciable apetito, más bien glotonería, por la comida y las mujeres, el bienaventurado cardenal Peter De Moore, devoto de San Pedro, ha sido rebautizado como el Gran Pedo…

El obispo ríe burlón, aunque dice.

—Quien escribió eso es un cabrón. No está bien hablar mal de él. Si no hubiese sido por De Moore, el hijo de perra del cardenal de la

Tour Bissy me hubiese aplastado cuanto la puñetera "Sagrada Congregación para la Defensa de Fe" le dio la oportunidad.

Uccello no se toma en serio los melindres de su amigo.

—Entonces qué… ¿Sigo?

—Sigue, claro.

Los dos ríen. El periodista continúa:

—Pobre hombre de Dios, pero con ricas cuentas en paraísos… fiscales. La lista de sus bienes es tan gorda como su panza. Las malas lenguas afirman que es porque ayudó a blanquear dinero de la mafia y otros demonios a través del "Instituto para las Obras de Religión", que todo el mundo conoce como el Banco Vaticano, en el cual trabajó junto a su amigo, el también estadounidense arzobispo Paul Marcinkus. Lamentablemente el cardenal Pedo tuvo que abandonar el complaciente banco tras el escándalo financiero que acabó con la larga carrera del arzobispo Marcinkus, pobre… Manera de hablar, claro. A pesar de ese duro golpe, la mafia italiana sigue teniendo al cardenal Pedo en olor de santidad, por aquello de "haz bien pero mira bien a quien". En fin, el Excelentísimo representante del Cielo siente una verdadera pasión por los puros… los que se fuman, desde luego.

Los dos hombres ríen a carcajadas.

—¿Dónde encontraste eso?, pregunta el obispo.

—Había oído decir que los más jóvenes del rebaño vaticano se burlaban de los miembros de la curia, que los caricaturizaban, les ponían remoquetes y les inventaban historias. Me acerqué a uno de ellos, le puse varios billetes en la mano, le pedí los sobrenombres de los miembros de tu querida "Sagrada Congregación para la Defensa de Fe" y aquí están. Sabía que te iban a gustar.

—Eres un verdadero mal bicho, Silvio Uccello, dice Gaetani entre carcajadas. Has tentado a un pobre cura principiante.

—Soy un periodista de investigación, amigo mío, afirma Uccello riendo también. No es mi culpa si Satanás y sus legiones entran sin mal en la Ciudad Santa.

—¿Tienes más?

—Claro. Mira esta.

La nueva caricatura arranca también risas al obispo. Se trata de un preservativo cuyo recipiente es una mitra y en el que puede verse la cara del cardenal Wysocki. Mientras el profesional de la religión ríe, el profesional de la prensa lee:

—Condón para sus amigos, el cardinal Wysocki, pasa por ser un justo, cuestión de punto de vista, claro. Se dice que lleva en la conciencia la muerte de miles de africanos por haber hecho enérgicamente campaña contra el uso del preservativo mientras el Sida decimaba a África. Solo porque quiso congraciarse con su coterráneo de nívea piel, Juan Pablo II, para el cual unos negros más o menos era algo que no se echaba a ver, sobre todo de noche, hora a la cual la mayoría de los africanos cometen los pecados de la carne. En lugar del uso del preservativo los dos Eminentes albos polacos recomendaban, cito: "una humanización de la sexualidad, una renovación espiritual que comporta una nueva forma de conducta de unos con otros". ¡Todos pudimos constatar la eficacia de ese remedio!

Esta vez, Gaetani no ríe.

—Recuerdo cuando Juan Pablo II dijo semejante estupidez, comenta. Y fui testigo de cómo Wysocki, que tanto lo adulaba, le sirvió de bocina.

Uccello lo observa con una sardónica sonrisa en los labios.

—Defiendes a los hijos de África o quieres evitar la desaparición de los culos abombados de las africanas.

Logra que su amigo sonría y vuelva a bromear, diciendo.

—Pondría los culos de las africanas en primer lugar, que el Señor me perdone.

Uccello continúa leyendo:

—Se dice: "No hay nada que ensucie un alma pura." Por eso el cardenal Wysocki sigue inmaculado a pesar de que oculta en Polonia tres hijas con dos mujeres diferentes que habitan dos lujosas residencias en Varsovia, de las cuales es propietario. Posee además un importante parque inmobiliario en su natal Cracovia y algunas que otras casitas y apartamentos en Poznan y otras cuidades, por los que recibe coquetas sumas en concepto de alquiler. Nadie sabe cómo este "hombre puro" consiguió el dinero para esas

adquisiciones. Se cree que el cardenal, por su devoción, aprendió a hacer con los euros lo mismo que hacía Jesús con los panes y los peces…

—Este es ya más serio, opina Gaetani. Porque además es verdad.

—¿Por qué, lo del cardenal Pedo con el Banco Vaticano y la Mafia no lo era?

—Sí, sí…

—Qué es lo que no sabes tú en esa Santa Ciudad, Pietro Benedetto… Y luego dices que el bicho malo soy yo. ¿Sigo leyendo?

—Dale.

Uccello sonríe, Gaetani acaba también por sonreír. Mira la caricatura siguiente, se trata de un cardenal con castañetas que baila flamenco rodeado de niños desnudos. No es nada difícil de reconocer al cardenal Gómez Cruz. Uccello lee:

—Se rumorea que el cardenal Castañuelas negocia en este momento con el diablo la venta de su alma por una docena de chiquillos. Pobre, desde que murió su fuente de inspiración y repartición, el divino mexicano Marcel Marcial, fundador de los Legionarios de Cristo y conocido como SanVicio, la fuente de culitos rosados ya no lo roza. Y el triste cardenal Castañuelas se ha quedado en las suelas.

Ríen una vez más, pero el obispo cambia de tono.

—Muy gracioso todo, Silvio, pero lo que a mí me interesa es el cardenal de La Tour Bissy de Pondillac. Y lo que necesito son fotos o algo comprometedor, no esas niñerías.

—Cada cosa en su tiempo, Pietro. Siempre has sido igual de ansioso.

—Y tú, ¿desde cuándo eres sicólogo?

—Lo que estoy preparando para tu cardenal preferido es de cañonazo, pero antes tengo que agenciar la trampa. Y créeme que le estoy preparando una buena. Sabías que vive desde hace unos meses con un tipo mucho más joven.

—No.

—Vaya, una que se le escapó, super agente. Es un pintor. Y están preparando una fiesta para celebrar la unión. Me imagino que eso dará materia para algunas buenas foto, ¿no crees?

—¿Cómo las vas a hacer? ¿Te harás invitar?

—No, Pietro querido. No me pagas lo suficiente para arriesgar mis nalgas.

—¿Entonces?

—Tengo el teléfono del pintor hackeado. Unos días antes entraré en la casa y pondré cámaras por todas partes. Un modelo minúsculo que encontré en California y que estoy esperando. Te pasaré la factura. ¿Contento?

El rostro del obispo muestra su agrado, sin embargo dice:

—Cuando vea resultado te diré.

—Desde que eras chiquito cuesta soportarte, ¿lo sabes?

Los dos amigos ríen y piden nuevos tragos.

— ¿Del cardenal Schulzer, qué se dice?, pregunta Gaetani.

—Lo llaman el Nazi.

—Eso todo el mundo lo sabe.

—Esto tal vez sea menos conocido.

Uccello extrae de un bolsillo interior de su americana un sobre del que saca un papel, después continúa.

—Me vendieron la copia de esta carta… Una foto de la original.

—¿Escrita por él?

—No, una amenaza que al parecer alguien le envió. Reconozco que me dejó perplejo.

—¿Enviada por quién?

—No lo sé. Me explicaron que era anónima. Seguramente por precaución. El que me la vendió me dijo que lo importante no era quien la había enviado sino las informaciones que contenía. Y tenía razón. Por cierto me impresionaron tanto que las verifiqué. Y son ciertas.

—¿Puedo leerla?

Uccello sonríe con picardía.

—Naturalmente, Excelencia. Por cinco por ciento más de lo que acordamos puedes incluso quedarte con ella. De todas formas, paga la empresa, nadie sufre. Dios es todopoderoso.

Gaetani también sonríe.

—Eres capaz de regatear con un amigo de infancia.

—La culpa no es mía, Señoría, pero es que Dios no siempre ayuda.

—Procura que las informaciones sean realmente interesantes.

Uccello le tiende la carta y el sobre, sonriendo de nuevo.

—Palabra de ladrón. Si no te gusta me la devuelves y no hay trato. Las *news* son de larga data, pero pueden servir todavía, ya verás.

Gaetani comienza la lectura de la carta:

"Hans Heinrich Schulzer,

¡Estoy a dos dedos de recordarte públicamente de dónde vienes! Tal vez muchos lo han "olvidado", pues en esta ciudad nada favorece tanto la longevidad como la pérdida de la memoria. Yo no, Hans Heinrich Schulzer, yo sé exactamente quién eres. Y estoy a punto de recordarte públicamente que tu padre "adoptivo", el arzobispo Gerhard Schulzer, fue uno de los más celosos colaboradores del obispo Alois Hudal al final de la Segunda Guerra Mundial. Podría incluso enviar una nota anónima a algún periódico, cardenal Schulzer, y créeme que si no lo hago no es por salvar tu pálido pellejo sino porque temo que la gente vuelva a cuestionar a su Santidad Pio XII, que en paz esté y que en los periódicos y en los talk-shows debatan de nuevo sobre lo que hizo o no hizo durante la guerra… y después. Hay asuntos que no deben revolverse, sino sortearse. Al fin de cuentas su Santidad Pio XII era humano y *errare humanum est*.

Tú no puedes haberla olvidado La Ruta de las Ratas, cardenal Hans Heinrich Schulzer, por más que lo quisieras. Puede que junto a tu almohada la llames La Ruta de los Monasterios, que suena más bonito, pero no cambia nada. Desde el monasterio de la Orden Teutónica de Merano, pasando por el monasterio capuchino de Bresanona o el monasterio franciscano de Bolzano, cientos de nazis, entre ellos Adolf Eichmann, máximo responsable de la Solución Final, Josef Mengele, el diabólico médico de Auschwitz que inoculaba enfermedades mortales a niños y adultos con supuestos fines experimentales, Franz Stangl, el comandante de las SS en los campos de exterminio de Sobibor y

Treblinka, responsable de la muerte de casi un millón de personas y otros tantos criminales de guerra huyeron de la justicia y terminaron tranquilamente sus vidas. Fue gracias a la Iglesia, es triste decirlo, pero también en gran parte gracias a tu padre… No puedes haberlo olvidado. El púrpura de tus atuendos cardenalicios está manchado con la sangre que heredaste, Hans Heinrich Schulzer. Y por ella pagarás.

Te dejo una semana para responder positivamente a mi pedido. Pasado ese tiempo, que su Santidad Pio XII me perdone, abriré la pagana caja de Pandora mediática."

El sorprendido obispo se vuelve hacia Uccello.

—Esas amenazas no fueron publicadas. De toda evidencia, Schulzer cedió.

—Ah, casa de Dios, por lo visto tus muros todo lo han visto. ¿Te la quedas?

—Sí. Puede servir…

Uccello eleva su vaso, Pietro hace lo mismo. Brindan, ríen y beben.

> *13 Y Jehová habló a Moisés, diciendo: 14 Saca al blasfemo fuera del campamento, y todos los que le oyeron pongan sus manos sobre la cabeza de él, y apedréelo toda la congregación. 15 Y a los hijos de Israel hablarás, diciendo: Cualquiera que maldijere a su Dios, llevará su iniquidad. 16 Y el que blasfemare el nombre de Jehová, ha de ser muerto; toda la congregación lo apedreará; así el extranjero como el natural, si blasfemare el Nombre, que muera.*
>
> **LA BIBLIA. (Levítico 24:14-16)**

Thomas prepara un imponente sándwich de jamón y queso aderezado con mostaza y tomates secos de Italia, luego se sirve una

copa de vino, Château Roussel naturalmente y se sienta frente a su laptop. Ordenó una enésima búsqueda sobre el Códex M antes de salir para el hospital. Se dispone a consultar los resultados. Como de costumbre la mayoría de las entradas hablan de historia, de papiros, de pergaminos, de técnica, del códex como ancestro del libro, de antigüedad romana… Nada que le interese en este momento.

Termina prácticamente el sándwich sin encontrar ninguna información que despierte su interés hasta que el encabezamiento de una de las entradas acelera los latidos de su corazón: "La farsa del Concilio de Nicea. El códex perdido que pudo haber cambiado el mundo."

Olvida el sándwich y hasta su precaria situación. Lee:

Año 325.
Ciudad de Nicea.
Imperio Romano.

Hace mucho que el Emperador Constantino acaricia la idea de convertir a los cristianos en un pilar de su poder. No fue sin ocultas intenciones que en el año 313 accedió a unirse a su detestado rival, el también "pagano" Emperador Licinio, esposo de su hermana, para establecer la libertad religiosa en el Imperio a través del llamado Edicto de Milán, que benefició ante todo a la incipiente religión católica, la cual gimoteaba a las puertas de Roma ávida por hacerse un lugar en la Ciudad Eterna y dispuesta para ello a negaciones, expiaciones e incluso a silenciar sin mayores escrúpulos que fueron los romanos y no los judíos quienes crucificaron a su supuesto Mesías.

Con esas vistas el Emperador Constantino le pidió a Lucius Siena, uno de los maestros más sabios de su corte que estudiara el asunto. Está claro, incluso para un hombre con tan cortas luces en el tema como el Emperador, que el Imperio sufre una profunda crisis religiosa. Las divinidades ancestrales ya no interesan. Muchos patricios e intelectuales hacen incluso gala de un notable escepticismo al respecto. ¡Y lo hacen públicamente! La

religión tradicional del Imperio ya solo conmueve y asusta a las masas ignorantes. El cristianismo, sin embargo, no ha cesado de expandirse, incluso bajo las persecuciones de Diocleciano. El número de cristianos presentes en el Imperio en el año 160 era de unos 40 000. Aproximadamente el 0,07 % de la población. Este año es de 6 500 000. O sea, el 11 % de los habitantes.
Lo fastidioso es que los grupos cristianos tienen demasiadas dificultades para ponerse de acuerdo y unirse. Al contrario, no cesan de enfrentarse, de envidiarse e incluso de asesinarse por razones aparentemente banales. Es eso lo que preocupa al Emperador, pues todo ejército desunido es un ejército vencido.

—¡No juzgue solo por las apariencias, Majestad, le explica Lucio Siena. Visto desde afuera los cristianos parecen tener tendencia a discutir por tonterías, pero no es así. Tras esas aparentes simplezas teológicas sobre las que se enfrentan, se esconden feroces luchas de poder. El rabino Jesús no dejó nada escrito por lo que…

—¡Lo más probable es que no supiese ni escribir, lo interrumpe el Emperador. Al fin de cuentas durante la mayor parte de su vida no fue más que un carpintero.

—¡Puede que no fuese muy ducho en el arte de la pluma, como usted señala, Excelencia, pero el asunto va más allá. El rabino Jesús proclamaba a grandes voces que la llegada del reino de Dios en la tierra era inminente.
De nuevo el Emperador lo interrumpe, esta vez con una sonora carcajada. A la cual, aunque no es muy dado a la risa, se une Lucio.

—¡Inminente!, una nueva risotada estremece a Constantino. Hace tres siglos ese judío afirmó que el reino de su dios en la tierra era inminente. ¡Menudo profeta!

—Así fue, afirma Lucio, predicó con absoluta convicción que quienes lo escuchaban verían llegar ese reino mágico. ¡En vida y con sus propios ojos!

—Y, ¿por qué decía semejante tontería? ¿Piensas que lo creía de realmente?

—No lo sé, Majestad. Ese tipo de iluminado acaba a menudo creyéndose sus propios inventos, pero me parece más probable que el llamado Joshua o Jesús fuese alguien inteligente y astuto, un vendedor nato como lo son a menudo los de su raza. "Vendió" lo que la gente quería "comprar". Predicó lo que su audiencia quería creer y por lo que aplaudía ya a otros supuestos profetas: curación de enfermedades, vida eterna, un dios poderoso y al mismo tiempo bueno, cielos de miel… Para diferenciarse de ese blablá tan habitual en los iluminados debe haberse inventado la historia de un paraíso en la tierra que llegaría en poco tiempo con la idea de que la gente lo creería mientras él alimentase la leyenda. Tras su muerte, al fin de cuentas, poca importancia tendría para él que viniesen paraísos, infiernos, terremotos o diluvios.

El Emperador reflexiona unos segundos, contento con las explicaciones de Lucio.

—¿Y cómo justifican ese disparate del reino de dios que se perdió por el camino los cristianos de hoy?

—Con otros disparates, Majestad. Mientras preparaba este estudio para usted le hice esa pregunta a un cristiano bastante presuntuoso que se hace llamar Obispo de Roma y me dijo:

"Oh amado, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas."

De nuevo el Emperador ríe estruendosamente.

—Hay que reconocer que son buenos en lo suyo esos cristianos. Manipuladores de primera. La respuesta de ese avispón disfrazado de religioso lo dice todo. Primero te da una

explicación, por más que sea enrevesada y absurda, luego dice que la culpa es tuya, ya que no te has arrepentido a tiempo y al final te amenaza con los peores horrores.

Ríe una vez más antes de añadir:

—Me gustan esos tipos. Hay que ser muy descarado para responder algo así. Cada vez estoy más convencido de que esos cristianos pueden ser mi gente.

Bebe un copioso trago de vino antes de decir:

—Me hablabas antes del problema de que el rabino ese no hubiese dejado nada escrito.

Contento de poder retomar su explicación, Lucio Siena expone:

—Así es. Al prometer un reino de los cielos inminente en la tierra, ¿qué sentido tenía conservar pergaminos y papiros? Peor aún, si él llamado Jesús o Joshua hubiese puesto demasiado interés en dejar sus enseñanzas por escrito habría entrado en una contradicción tan flagrante con su promesa que hasta sus propios seguidores, por más ignorantes que fuesen, la habrían visto. Y ya sabe usted, el negocio de ser Mesías pasa ante todo por la imagen.

—Como los Emperadores, afirma Constantino riendo escandalosamente. Aunque a nosotros cuando nos falla la imagen siempre nos queda la espada.

No ha cesado de beber, el vino comienza a hacer zozobrar su inteligencia. Lucius siente la ansiedad encresparse en su mente. Quiere terminar su exposición antes de que Constantino esté demasiado borracho, pero no tiene más opción que esperar a que las risotadas del Emperador se calmen para continuar:

—Tras la crucifixión del rabino y su supuesta resurrección, que tuvo mucho impacto entre el vulgo, o sea la gran mayoría de sus seguidores, se formaron grupos de partidarios en diferentes ciudades. Miembros de una misma familia, grupos pequeños de diez, veinte personas. Y ahí es donde la falta de escritos del supuesto Mesías se convirtió en un problema: al no haber nada firmemente establecido, cada uno de esos grupos adaptó lo que

transmitía la tradición oral a su manera. Así, desde el inicio no existía un cristianismo, sino muchos.

El Emperador se queda pensativo. Lucius calla. Constantino da unas palmadas y una bella esclava solícita entra.

—Tráenos más vino.

—Sí, Majestad.

La esclava regresa enseguida con el vino, que a todas luces había preparado de antemano, y les sirve. Lucius se dispone a beber, Constantino lo detiene. Le tiende una copa a la esclava y le ordena:

—Sírvete y bebe tú primero.

La aterrada muchacha obedece. Un espinoso silencio pesa sobre el trío. La linda esclava tiembla de miedo. Por fin el Emperador dice:

—Está bien. Puedes retirarte.

Una vez que la esclava se ha ido, Lucius pregunta:

—¿Por qué permite que una criada de la que no está seguro lo atienda, Majestad?

—Porque no estoy seguro de nadie. Les hago eso de vez en cuando a todos los criados, aunque los conozca desde hace diez años. Eso les impide imaginar que podrían envenenarme. Esta trabaja para mí desde hace un lustro, pero igual le muestro que desconfío. Es más… sano.

Lucius parece desconcertado. El Emperador ríe divertido.

—No es fácil ser Emperador, querido Lucius, todo el mundo quiere matarte.

La estruendosa risa de Constantino acaba por hacer sonreír al comedido estudioso.

—Pero continúa, continúa…

Lucio bebe un pequeño trago antes de decir:

—Al haber tantos grupos cristianos con ideas diferentes era muy difícil imponer una ortodoxia. Que sin embargo se consideraba necesaria para la expansión de la nueva religión. La única manera de imponerse en semejantes gallineros era crecer, alcanzar una masa crítica y aplastar a los más pequeños para hacer desaparecer sus opiniones. Así evolucionó el cristianismo

hasta ahora. El arma siempre ha sido la misma: la teología. Un oponente vencido teológicamente es un oponente que puede ser declarado hereje. Y un hereje es un enemigo de Dios, de la Fe, de los creyentes y blablablá. Como tal puede ser excomulgado, desterrado y finalmente, si es necesario… asesinado.

El Emperador remarca:

—O sea que las estúpidas discusiones de los cristianos sobre el infierno, el paraíso y la existencia del mal cuando no hay más que un dios y este es bueno, no son tan estúpidas como parece.

—No, Señor, son batallas de una larga y cruenta guerra por el poder.

Un silencio se dilata, dura, el Emperador parece reflexionar. Lucio Siena espera con cierta tensión un probable veredicto… finalmente llega.

—Buen trabajo, Lucio. Te felicito. Me has hecho entender que esos putos cristianos son mucho más sutiles y cabrones de lo que yo pensaba.

> *20 Y si alguno hiriere a su esclavo o a su esclava con palo, y muriere bajo su mano, será castigado; 21 mas si sobreviviere por un día o dos, no será castigado, porque es de su propiedad.*
>
> **LA BIBLIA. (Éxodo 21: 20-21)**

La ansiedad de Thomas crece por segundos. No ha visto reaparecer hasta ahora la palabra que más busca: *códex*. Tampoco ha reencontrado la idea que lo galvanizó en el encabezamiento del texto: *códex perdido que pudo haber cambiado el mundo*. Muerde con fruición el sándwich que había quedado olvidado. Continúa…

Año 325.
Ciudad de Nicea.

Imperio Romano.
Del 20 de mayo al 19 de junio.
Primer Concilio Ecuménico de la Iglesia Católica.

Ahí están los Obispos Católicos, contentos, orgullosos, grasos unos, obesos de presunción otros, secos de carnes algunos, los más fornidos en fe, ese derivado de la imaginación que los alimenta. Son los representantes de la nueva religión triunfadora: el cristianismo. Les encanta vestir de blanco, rojo y sobre todo usar dorados. Veneran al Dios de los judíos y al judío Jesús, al que llaman Dios.
Adoran al oro.
Unos trescientos han venido. De disímiles rincones del Imperio. Invitados por el Emperador Constantino con todos los gastos pagos. ¡Qué paso de gigante para la joven Iglesia hasta hace poco perseguida! Nadie hubiese podido imaginar cuando murió Jesús que la Iglesia fundada sobre sus espaldas hubiese podido lograr tanto en tan poco tiempo. La joven *Ekklêsia* hija de la Antigua Grecia gracias a la cual ellos, Poderosos Pontífices, son hoy admirados, reverenciados y adulados por una asustada grey.
¡Qué bien hicieron de culpar a los judíos y no a los romanos de haber matado a Jesús!
—¿Qué se debe hacer para vivir después de la muerte, Santo Padre?

—Creer en lo que yo te digo, hijo mío.

El Paraíso y el Infierno están en sus manos, pueden condenar a las llamas y las torturas por toda la eternidad o elevar hacia un mullido cielo de felicidad. Todo después de la muerte, eso sí… Nadie ha vuelto del Paraíso o del Infierno para contar lo que allí sucede y al parecer los Padres de la Iglesia saben que nadie volverá, pues inventan dulzuras y portentos como horrores y suplicios con el desparpajo de quienes están convencidos de que nadie podrá poner en duda sus palabras.
Aseguran tener dominio sobre la muerte, pues "saben" lo que pasa después de la vida. Pronto ejercerán poder sobre la vida

misma, ya que tendrán "autorización divina" para torturar y matar.

Al fin de cuentas, Dios mismo lo hace:

> *20 Y Jehová enviará contra ti la maldición, quebranto y asombro en todo cuanto pusieres mano e hicieres, hasta que seas destruido, y perezcas pronto a causa de la maldad de tus obras por las cuales me habrás dejado. 21 Jehová traerá sobre ti mortandad, hasta que te consuma de la tierra a la cual entras para tomar posesión de ella. 22 Jehová te herirá de tisis, de fiebre, de inflamación y de ardor, con sequía, con calamidad repentina y con añublo; y te perseguirán hasta que perezcas. 23 Y los cielos que están sobre tu cabeza serán de bronce, y la tierra que está debajo de ti, de hierro. 24 Dará Jehová por lluvia a tu tierra polvo y ceniza; de los cielos descenderán sobre ti hasta que perezcas.*
>
> **LA BIBLIA. (Deuteronomio 28: 20-24)**

En su lujoso despacho el obispo Gaetani trabaja. Unos golpes en la puerta lo interrumpen. El padre Rinaldi, su secretario particular, aparece.

—Pedí que no me molestaran, padre.

—Es el coronel Jonás.

—Ah, hágalo pasar.

—A sus órdenes, Señoría.

Jonás entra. El padre Rinaldi se retira y cierra la puerta tras él.

—¿Me dijeron que quería verme, Excelencia?

Gaetani se acerca al coronel, lo santigua, luego lo aleja de la puerta. Se acercan a una ventana que el obispo abre, dejando entrar el ruido exterior para cubrir sus voces. Luego dice en voz más baja:

—Quería hacerle una pregunta que no debía hacerse por teléfono.

—Judiciosa decisión, Señoría. El teléfono en nuestra Santa Ciudad no siempre es la mejor manera de comunicar discretamente. Supongo que se trata de París.

—¿Qué encontraron sus agentes con sotanas?, pregunta mordaz el obispo.

—En París, no mucho. A Armand Roussel parece que se lo tragó la tierra.

El clérigo no logra reprimir una maldición, luego dice:

—Me da la impresión de que Schulzer se huele algo.

—Le ha hecho algún comentario.

—No directamente, pero…

—Lamentablemente la primera información parece confirmarse.

—¿Cuál?

—Roussel seguiría vivo.

La cólera inflama al representante del Cielo.

—Explíquese Jonás. Hace dos segundos me dijo que sus curas no habían encontrado nada sobre Roussel.

—Al no encontrar rastros de Roussel en París hice intensificar la búsqueda en Burdeos.

—¿Resultado?

—Nada en los hospitales. Aunque lo peor no es eso.

—¿Qué puede ser peor?, protesta el obispo cuya exasperación augmenta.

—Nada en los cementerios.

Gaetani tarda unos segundos en vislumbrar la hipótesis de Jonás. Luego dice:

—¿Quiere decir que no ha sido enterrado?

—Exactamente.

El obispo guarda unos instantes de silencio, mira por la ventana y supone:

—Pudieron enterrarlo en otro lugar.

—Es poco probable, Excelencia. Los Roussel viven en Burdeos desde hace varias generaciones. Y tienen allí un antiquísimo panteón familiar.

—En los cementerios supongo que nosotros tenemos también sacerdotes…

—Así es. Un sacerdote tuvo la amabilidad de ir al panteón de los Roussel. El nombre de Armand Roussel no aparece y el último entierro allí fue el de la esposa de Roussel. Hace varios años. En los registros del camposanto tampoco hay nada.

La cólera del obispo se hunde en la estupefacción. Él en un largo silencio.

—Pudo haber sido cremado, acaba por decir.

—Las familias que poseen panteones suelen poner el nombre de los difuntos aunque hayan sido cremados.

—Entonces usted cree que…

—Usted puede solamente creer, Reverendísimo, su función se lo permite. Yo no. Mi trabajo consiste en saber. En los crematorios y las funerarias los ojos de nuestros agentes con sotanas, como usted dice, no llegan tan directamente, pero con un poco más de tiempo y tal vez algo de dinero, también entran. Estamos siguiendo esa pista. Esperaba a tener una respuesta concreta para comunicarle un resultado definitivo, pero usted me hizo venir.

Tras un nuevo silencio, Gaetani reconoce:

—Está haciendo usted un muy buen trabajo, coronel.

—Gracias, Excelencia.

—¿Un whisky?

—Con mucho gusto.

Aunque está en su casa tiene todavía en la mente la conversación con el coronel Jonás. La pésima noticia. Pensaba disponer de profesionales de gran calidad para hacer su trabajo y resulta que entre los supuestamente más dotados tiene a un capitán incapaz de disparar correctamente sobre un objetivo y de abatirlo a menos de diez metros.

¡Miserabile figlio di puttana!

El silbido de la tetera indicando que el agua ha llegado a la temperatura indicada lo devuelve a la realidad. En la cual la puerta del apartamento se abre y entra Giulia. La linda adolescente regresa de la escuela.

—Hola, dice.

—¿Quieres un té?

—No, gracias, responde la chica mientras se dirige hacia su habitación.

Gaetani la sigue.

—¿No le das un beso a tu padre?

Giulia finge buscar a alguien con la mirada.

—Ah, apareció mi padre al fin. Qué buena noticia.

La ironía provocante de la adolescente desestabiliza al obispo por unos segundos.

—No te pases de la raya ni te hagas la tonta, Giulia.

—Entonces no me digas tonterías, tío Pietro.

El uso de tío y su nombre de pila por parte de la hija perturba de nuevo al padre.

—¿Desde cuándo me llamas tío cuando estamos en casa?

—Desde hoy, tío Pietro.

Giulia entra en su habitación y cierra la puerta. El padre intenta seguirla, no lo consigue, la puerta está cerrada desde adentro. Ahoga la maldición que se enreda en sus labios cuando ve a Alba que acaba de llegar.

—¿Escuchaste?

—Sí, reconoce la madre.

—¿Qué le pasa a nuestra hija?

—La adolescencia, corazón. Casi todos los adolescentes se rebelan en algún momento contra la autoridad. Cálmate, ya se le pasará.

El obispo no está para nada convencido, aunque opta por seguir el consejo de su esposa.

—Voy a darme un baño, dice.

—Yo hablaré con ella, pero no hoy. Debemos dejarla tranquila por el momento, creo.

—Tú sabrás, añade él, cuya molestia sigue a flor de piel.

El agua cálida de la bañera relaja las tensiones del cuerpo de Pietro, no las de su mente. Un pasado coloreado de rosa le recuerda el hermoso bebé que fue Giulia. Otro, pintado de rojo, hace emerger la compleja situación en la que se encontró él a su llegada. Antes de que Alba la inscribiese como hija de padre desconocido y Giulia se

convirtiese en una de las tantas "sobrinas" engendradas por los miembros de la Iglesia. Lamentablemente ese típico acomodo entre los "hombres de Dios", sus progenituras y las apariencias, parece estar desgarrándose en su casa.

> *18 Si alguno tuviere un hijo contumaz y rebelde, que no obedeciere a la voz de su padre ni a la voz de su madre, y habiéndole castigado, no les obedeciere; 19 entonces lo tomarán su padre y su madre, y lo sacarán ante los ancianos de su ciudad, y a la puerta del lugar donde viva; 20 y dirán a los ancianos de la ciudad: Este nuestro hijo es contumaz y rebelde, no obedece a nuestra voz; es glotón y borracho. 21 Entonces todos los hombres de su ciudad lo apedrearán, y morirá; así quitarás el mal de en medio de ti, y todo Israel oirá, y temerá.*
>
> **LA BIBLIA. (Deuteronomio 21:18-21)**

Thomas no pudo terminar anoche la lectura del texto sobre el Concilio de Nicea. Continúa hoy. Comienza a impacientarse, pues no encuentra lo que más le interesa, algo que relacione ese hecho histórico con el Códex M.

Primer Concilio Ecuménico de la Iglesia Católica.
No ha sido convocado por una autoridad eclesiástica, sino por el Emperador Constantino: ¡un pagano!
Mal comienzo piensan los representantes de Dios en la tierra, aunque no lo dicen, naturalmente. Ninguno de los venerables obispos tiene la osadía ni el valor de contrariar al Emperador con semejante tópico. ¡Dios los libre! El paraíso que prometen a sus

fieles después de la muerte es, según ellos, maravilloso, pero ningún Santo Padre tiene prisa por conocerlo.
Primer Concilio Ecuménico de la Iglesia Católica.
¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya!

Desde este día la Iglesia será la aliada del Estado y recibirá de él protección. A cambio le dará celestiales coartadas; divinos derechos para reinar, dominar, doblegar… Por boca de sus vicarios "acordará Dios" a los fuertes potestad para subyugar a los débiles, porque "así lo querrá el Altísimo". Y nadie osará oponerse. La voluntad del "Creador" no puede ser comprendida más que por los representantes de su Iglesia. Y quien se atreva a cuestionarla será desmembrado, desollado, quemado vivo, etcétera, etcétera…
Pues "así place al Todopoderoso".
Dudar de las "divinas decisiones" que el "Misericordioso Padre" anunciará solo por intermedio de su Iglesia, será un pecado mortal. Conllevará, además de la muerte en la tierra, afrontar las llamas eternas del Infierno, lugar adonde El Dios Que Es Todo Amor manda a sus Amados Hijos cuando no se portan bien para que Ardan Eternamente.
Desde este día la cruz y la espada serán dos fuerzas complementarias, dos poderes conmistos para asegurar El Poder.

Un breve discurso del Emperador abre la vía a las acaloradas disputas que durarán todo un mes. Enrevesadas, arduas, oscuras… Hace años que esos clérigos discuten, se pelean y se excomulgan los unos a los otros. Constantino no entiende gran cosa. Los conflictos que enfurecen y desgarran a esos "santos" resultarían risibles para él si su fiel asistente, Lucius Siena, no estuviera a su lado para explicarle.

—Lo que está en juego, Majestad, es la naturaleza del judío que los cristianos llaman unas veces Jesús y otras Cristo, nombre que puede entenderse como *el ungido o el Mesías*. Algunos lo llaman también Dios. Según ellos ese Jesús-Cristo-Dios es el hijo

único de la entidad hebrea… Dios. Y es al mismo tiempo esa entidad.

—¿Dos dioses con el mismo nombre y el mismo cuerpo?, lo interrumpe el Emperador, divertido. ¿Qué disparate es ese?

—Eso es solo el comienzo, Excelencia. Ya descubrirá durante estos días a qué punto la complejidad teológica del cristianismo es un saco de nudos. El dios hebreo llamado Dios, que supuestamente no puede nombrarse, además de ese nombre genérico tiene una retahíla de otros: Él, Yavé, Yhwh, Yahveh, Jehová, etc. En ciertos escritos "inspirados por Dios" aparece también con el nombre de Elohim, que los cristianos evitan circunspecta, pero firmemente, pues se trata de un nombre plural, algo así como "los dioses o los que vienen del cielo", lo cual introduce una estruendosa disonancia en el discurso oficial de "la religión de un solo Dios".

El Emperador sonríe discretamente y cuchichea a Lucio:

—¿Por qué hablan de un solo Dios si tienen, a un padre y a su hijo?

Lucio Siena también sonríe y murmura:

—Eso ni yo lo entiendo, Majestad. Sus nuevos amigos podrán explicárselo, supongo. Cuando consigan ponerse de acuerdo, eso sí.

Esta vez los dos ríen, aunque quedamente. Lo cual no escapa a algunos de los obispos, los que no han entrado aún en la enconada discusión que ya comienza.

Lucio susurra de nuevo:

—Unos estiman que el Hijo es tan importante como el Padre, otros afirman que el Hijo, al ser obra del Padre, no puede ser visto como su igual.

—¿Y discuten sobre eso?

—Así es, Excelencia. Esas consideraciones, al parecer insignificantes, provocan enconadas disputas, odios y hasta violencias entre esos supuestos representantes de una divinidad de bondad. Hombres que enseñan: ama a tu prójimo como a ti mismo aunque, de toda evidencia, lo predican pero no lo practican. Y todavía no lo ha oído todo, Majestad. Tienen también

a un tercer dios, que llaman Espíritu Santo. Ese tercer dios es independiente de los dos otros, pero al mismo tiempo no lo es, ya que según ellos esos tres dioses son uno y también tres. Un disparatado enredo que ellos llaman la Santa Trinidad y no lo entiende ni Júpiter.

El Emperador no logra esta vez impedir que se les escape una estruendosa carcajada. Todos los obispos la escuchan, la mayoría evita mirarlo. Ninguno se atreve a juzgarlo ni a hacer el más mínimo comentario, desde luego. Algunos incluso le sonríen con hipócrita benevolencia. Nada de riesgos inútiles, piensan. Ir al Paraíso sí, pero a pasito lento…

La ansiedad de Thomas comienza a convertirse en molestia. Sigue sin encontrar referencias a lo que tanto lo intrigó: *el códex que pudo haber cambiado el mundo*. Comienza a pensar que el texto que ha estado leyendo hasta ahora no es tan trascendente como parecía, cuando su teléfono lo interpela.

—Oigo…

—Hola, soy Sarah, la prima de Samuel. ¿Es usted Thomas?

—Sí. Gracias por su llamada. Para decirle la verdad la esperaba ansiosamente.

—¿Podemos vernos?

—Ahora mismo si quiere. Vivo cerca del Louvre.

—Espere un segundo.

Thomas escucha una conversación lejana y algunos ruidos que no identifica, luego la voz de la muchacha vuelve.

—Lo espero en el Café Marly en media hora. ¿Le parece bien?

—Perfecto.

Aunque Thomas no ha tenido en cuenta las recomendaciones del capitán Martel en cuanto a cambiar de apartamento y de teléfono, desde que guarda en su poder el Códex M su nivel de alerta se ha elevado sensiblemente. Evita los cafés que solo tienen una salida, a menos que se siente en terraza, no toma el metro y rehúye de manera general los lugares demasiado concurridos como la *Cour Napoléon* del Louvre justamente, por la que tiene que pasar ahora.

Verifica varias veces que nadie lo sigue antes denunciar su destino y dirigirse hacia el Café Marly.

Hermosa trigueña de ojos azules sentada sola, no hay más que una.

—¿Sarah?

Ella le sonríe, se pone de pie, le tiende la mano.

—Usted es Thomas, Thom para los amigos. Sam me ha hablado mucho de usted.

—Entonces llámame Thom y tutéame.

Thomas se sienta de manera a tener la entrada bajo el control de su mirada, lo cual llama la atención a Sarah, aunque no le da mayor importancia.

—Estabas en su cumpleaños, continúa ella.

—Tú también.

—Pero no hablaste conmigo.

—Tú tampoco.

Sonríen. Un camarero se acerca. Sarah ya está servida, bebe un té. Thomas pide lo mismo. Una vez más mira hacia la puerta. Una vez más Sarah lo advierte.

—Lo cierto es que no te hablé porque estabas con tu novio, dice él cuando el camarero se aleja.

—Actual ex novio, precisa ella.

Thomas toma nota.

—Ah… Si lo hubiese sabido…

Pequeño silencio. Y súbito cambio de tono y de tema.

—Sam no supo explicarme bien lo que necesitabas. ¿Me lo dices tú?

La donna è mobile, canta Thomas en su mente, mientras se adapta al cambio, reprochándose haber sido demasiado directo con lo del novio.

—Quisiera conocer la época en que fue escrito un documento.

—¿Muy antiguo?

—Podría datar del siglo primero DC.

Sarah encaja la noticia con un sobresalto.

—¡Del siglo primero después de Cristo!

—Sí.

—Una total maravilla, ¿no?

—Más bien una auténtica bomba.

—No te entiendo…

Una mueca de Thomas que Sarah no consigue interpretar espolea su curiosidad.

—¿Dónde lo tienes?

Él señala su mochila, ella puede apenas creerlo.

—¡Lo tienes aquí!

—Sí.

—Quiero verlo.

—En este lugar no te lo puedo mostrar. ¿Tienes una oficina privada?

Ella responde con un gesto afirmativo.

—¿Podemos ir?

De nuevo Sarah asiente.

Thomas pone sobre la mesa dos billetes que pagan ampliamente los tés y dejan una generosa propina, aunque la segunda infusión no haya sido servida todavía.

—Vamos, dice.

Sarah está tan subyugada que obedece sin chistar. Una vez no es costumbre…

Fascinada, ella pasa lentamente las páginas del Códex M, analizándolas con mirada de profesional. Thomas la observa, fascinado también, no por las mismas razones. La cascada azabache de la cabellera de Sarah, la tersura de su piel, los volúmenes de su cuerpo que las ropas no consiguen disimular, lo atraen más por el momento que los preciados escritos de la lejana María Magdalena.

Sarah cierra el Códex M, se lo devuelve a Thomas, se quita los guantes y dice:

—Habrá que datar los pergaminos y también la portada y la contraportada. No creo que sean de la misma época, pero sería mejor confirmarlo.

—Bueno…

—Tendré que extraer pequeñas muestras de las diferentes partes, ¿estás de acuerdo?

—Desde luego.

—Ahora me gustaría saber un poco más sobre el documento. En qué lengua está escrito por ejemplo.

—En arameo.

—Eso me pareció. Lo cual da credibilidad a tu idea de que pueda ser del siglo I DC. Aunque el arameo se usaba mucho antes e incluso después y en zonas muy diversas. Partes del Talmud y de lo que los cristianos llaman el Antiguo Testamento fueron incluso escritas en arameo.

—Se dice también que pudo haber sido la lengua de Jesús.

—En todo caso era la lengua más hablada en la zona durante la época en que se supone que él vivió. Sabes si se trata de un documento administrativo, comercial, religioso…

Thomas se tensa. Sarah hace demasiadas preguntas a su gusto. Tampoco quiere desairarla, está por deberle un gran favor, pero…

—Necesitas esas informaciones para hacer la datación, pregunta.

—No. Solo me gustaría saberlo.

Sigue un pesado silencio durante el cual Thomas juzga los pros y los contras de decirle a Sarah la verdad. No lo ha decidido todavía cuando la voz de ella lo interrumpe.

—Le dijiste a Samuel que estabas metido en un lío muy gordo y que muchas personas buscaban este documento. A mí me comentaste que era una auténtica bomba. Y del poco tiempo que estuvimos en el Marly una buena parte la pasaste mirando hacia la puerta.

Sarah marca una pausa, como para dar tiempo a Thomas de compartir su secreto. Él calla.

—Si no confías en mí, igual haré las dataciones que te prometí, pues le dije a Samuel que te ayudaría y ya obtuve la autorización de mi jefe, pero me parecería una pena y te privaría a ti de mi ayuda como profesional y como… amiga. Si deseas que no te haga más preguntas, dímelo ahora. Tomaré algunas muestras para el análisis y podrás irte.

—Si confío en ti, podrías lamentarlo, Sarah.

—Eso es asunto mío.

—¿Eres católica?

—No, judía.

—¿Creyente?

—No me trates de idiota, por favor.

—Respóndeme.

—Claro que no, soy atea.

—Según tengo entendido, aunque no sé muy bien por qué, este documento puede socavar la credibilidad a la Iglesia Católica. Por esa razón el Vaticano lo ha buscado con fiereza durante siglos.

—¿Cómo es posible que lo tengas tú?

—Porque lo tenía mi padre, antes mi abuelo, antes mi bisabuelo y… en realidad no sé mucho más. Aunque eso no tiene importancia ahora, lo que cuenta es que lo tengo yo y debo estar absolutamente seguro de su autenticidad.

—¿El Vaticano sospecha que tú lo tienes?

—Pienso que no. Por el momento, al parecer, me creen muerto.

—¡Muerto!

—Agentes del Vaticano hirieron gravemente a mi padre, que está entre la vida y la muerte ahora mismo e intentaron matarme a mí. Un pobre muchacho que se me parecía recibió las balas que me estaban destinadas. Hasta que se den cuenta del error tengo un pequeño margen…

—¡Estás hablando en serio!

—Lamentablemente, sí.

—¿Qué pasará cuando sepan que estás vivo?

—Si dan conmigo me torturarán para hacerme hablar o me matarán directamente, no lo sé. Lo que sí sé es que serán capaces de todo para impedir que el Códex M se haga público. Ya lo han probado.

—¿La policía está al corriente?

—Naturalmente. No solo la policía francesa, en Inglaterra y en Alemania también hubo personas… involucradas. Víctimas, quiero decir.

—Involucradas, ¿cómo? ¿Asesinadas?

—Sí.

Un terror que nunca había sentido posee a Sarah y se refleja en su rostro. Thomas piensa entonces que fue un error sincerarse con ella, que ha sido demasiado brutal.

—Lamento haberte dicho esto de manera tan…

—Abrázame, por favor, pide ella con voz trémula.

Él la toma en sus brazos y constata que un temblor estremece su cuerpo. Pierden la noción del tiempo entre la consciencia del peligro que los ciñe, el miedo que los recorre y el placer que el contacto de sus cuerpos les procura.

Solo pasaron unos instantes en realidad, cuando Thomas pregunta:

—¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias.

Aunque no lo desea, él aparta sus brazos. Ella logra defender su orgullo con una leve sonrisa.

—Si me contaste eso con la intención de asustarme, lo lograste. Si lo hiciste con la intención de ponerle freno a mi curiosidad, fracasaste estrepitosamente. Estoy loca por conocer más.

Thomas también sonríe. Ella añade.

—Me gustaría saber, por ejemplo, cómo piensas salir de semejante lío.

—Publicando el Códex M. Una vez que todo el mundo lo conozca ya no tendrá sentido matarme.

Sarah reflexiona unos instantes antes de decir.

—Tal vez no tengas totalmente razón, pero puede que sea la mejor solución, sí.

Comparten miradas que dialogan en el silencio.

—¿Tienes miedo?, pregunta ella.

—Claro. Pero no me paraliza.

Sarah avanza hacia él, lo toma en sus brazos y murmura:

—¿Me dejarás ayudarte?

—A condición de que no te arriesgues demasiado.

Dejan que el tiempo se sume a la ternura hasta sentir que el abrazo se erotiza. No se atreven a llegar tan lejos. Sarah se separa. Thomas precisa:

—No le dirás nada a Sam ni a tu jefe ni a nadie sin contar conmigo. ¿De acuerdo?

Sarah recupera cada vez más su aplomo y amplía su sonrisa.

—Cruz de palo, cruz de hierro, el que miente va al infierno.

Él deja de sonreír.

—Estoy hablando en serio, Sarah.

Ella también cambia de tono.

—Guardaré el secreto. ¿Te basta con mi palabra de mujer?

—Me basta.

> *34 Vuestras mujeres callen en las congregaciones; porque no les es permitido hablar, sino que estén sujetas, como también la ley lo dice. 35 Y si quieren aprender algo, pregunten en casa a sus maridos; porque es indecoroso que una mujer hable en la congregación.*
>
> **LA BIBLIA. (1 Corintios 14: 34-35)**

De vuelta en su apartamento Thomas se sirve un largo whisky con el que espera embriagar a las mariposas que vuelan en su mente, donde las dejó Sarah. Los codos apoyados en una ventana mira a la calle y sueña con que ella venga un día de estos… mañana, por ejemplo. O ahora mismo. Que venga para traerle el resultado de la datación y se quede toda la noche para festejarlo.

Ríe, pero necesita un segundo whisky para poder volver a la lectura interrumpida por la llamada de la trigueña con ojos de mar. Pasar de la hermosa mujer a los grasos obispos reunidos a instancias del Emperador Constantino en Nicea durante el año 325 es casi someter su mente a un acto de masoquismo, pero como Sarah ya no está y no ha perdido la esperanza de saber más sobre el Códex M, retoma la lectura inconclusa y regresa al Primer Concilio Ecuménico de la Iglesia Católica.

Mientras en el palacio, bajo la vigilante mirada del Emperador, los Representantes de Dios en la Tierra se disputan agriamente, tres hombres anhelantes, pero sonrientes, beben vino en una taberna de Nicea. Nada los distingue de los demás exteriormente. Es interiormente que son muy diferentes.

Están ebrios. No de alcohol. Están ebrios de esperanza.
Esperan algo muy importante, por eso están tan excitados. Creen que pronto contribuirán a cambiar el mundo, por eso no cesan de reír.
Son Goras, Jano y Lanix. Uno es griego, hispano el otro, el tercero es galo.
Juegan.
—A ver, ¿qué dices tú? ¿Te queda algo en esa cabezota?, lanza Goras mirando divertido a Jano.
Que reflexiona, bebe, se concentra y dice:
—Las religiones se fundan en el miedo de muchos y la picardía de unos pocos.
Estruendosas y entusiastas carcajadas de Goras y Lanix acogen la frase. Bien, bien, dicen. Y los tres brindan y beben.
No juegan a los dados ni a las cartas, son filósofos, juegan con las ideas. Lo que los hace verdaderamente diferentes, sin embargo, no es eso.
—A ti, Lanix.
—Ya sé, ya sé…
El galo de largos bigotes y copiosa melena se concentra, piensa, baja la cabeza para escapar a las miradas burlonas de los dos otros… Y, al cabo de unos segundos, exclama:
—Las religiones, como las luciérnagas, necesitan oscuridad para brillar.
Risas, aplausos, brindis, ¡bravo, peludo!

Thomas tiene que interrumpir la lectura. En causa: una emoción demasiado intensa. Cómo es posible que esos hombres, reales o imaginarios, jueguen como él y su padre. Nunca se había hecho la pregunta hasta hoy y lo más seguro es que Armand esté tan

convencido como lo estaba él hasta hace unos instantes de que ellos eran los primeros y los únicos en jugar de esa manera, intercambiando frases sobre la religión, sus llamadas *socras*. El interés de Thomas por el texto que estuvo a punto de aburrirlo vuelve a cosquillear las urgencias…

—Tú ahora, Goras.

El griego se pone serio, fondea en su mente y lanza:

—Creer es más fácil que pensar. He ahí la razón de que haya más creyentes que pensadores.

Un silencio dura. Jano y Lanix se miran, hacen muecas.

—Puf, dice el hispano.

—Bof, opina el galo.

—Bueno, bueno… admite el griego.

Vuelve a sondear su creatividad, aguijonea un poco más su inteligencia y espeta:

—¿Ser como Cristo? ¿Por qué no? Eso de transformar agua en vino me gusta muchísimo, lo que me enfría un poco es lo de morir traicionado por mi padre y por mis amigos y que la gente lo encuentre bien.

De nuevo afloran las risas, brillan los ojos, suenan los aplausos y la satisfacción colorea el rostro de Goras.

—¡Al fin piensas, puto griego!

Si algo hace diferente a estos hombres no es que jueguen con las ideas, sino que comparten un pensamiento muy peculiar: los dioses no crearon al universo ni a la humanidad, fueron los humanos quienes crearon a los dioses.

Solo un grupo muy reducido de personas ha podido llegar a esa conclusión. Una conclusión de la que se derivan tantas otras que la convierte en un peligro para los poderosos y por consiguiente también para quienes así piensan. Los poderes, ya sean los reales o los imperiales, desde la lejana Mesopotamia e incluso antes, se han fundado siempre en supuestos beneplácitos divinos.

Aunque no se sepa cómo surgió el mundo, nada permite afirmar que fue creado por invisibles entidades sobrenaturales, piensan

esos tres filósofos.
No llegaron solos a esos razonamientos, naturalmente. Los humanos se elevan hasta logros e ideas trascendentales subiéndose casi siempre sobre montículos que otros alzaron. Así supo Goras por sus ancestros que el poderoso Zeus, al que tantos templos dedicaron los suyos, se había disuelto como una construcción de arena cuando la ola de las legiones romanas ahogó a los hoplitas griegos; que la superbe Palas Atenea, diosa de la estrategia guerrera, la sabiduría y la inteligencia, a la cual los atenienses dedicaron el incomparable Partenón, había dejado simplemente de existir cuando la Minerva romana se apropió a flechazos de sus atributos y sus adoradores. Qué la belleza supuestamente inmortal de Afrodita murió bajo el filo de los gladios romanos de los que emergió la beldad de Venus… Se esfumaban así todos los dioses del rico panteón de la admirada Grecia sin que ningún divino poder se manifestase. Siglos de adoración y temor humanos desvanecidos, dioses caídos como caen las hojas de un árbol en otoño, sin más furor ni ruido.
Los celtas Jano y Lanix también vieron dibujarse en bocas de sus estirpes los pálidos contornos de unos dioses ancestrales hundidos en la fosa común del tiempo cuando la fuerza romana desangró a sus civilizaciones y con ellas a sus divinidades. Fueron testigos indirectos de la muerte de un sinnúmero de inmortales: de Cosus, el temido dios de la guerra, extinto sin haber combatido, de Taranis, el otrora todopoderoso dios del universo, desvanecido en las brumas del pasado, de la diosa equina Epona, amada protectora de los caballos y los viajeros, eclipsada entre polvos de caminos y nubes de olvido. Dioses de madera devorados por las llamas. Dioses de piedra convertidos en polvo.
Goras, Jano, Lanix y algunos otros comprendieron que sin los seres que los habían adorado y temido los dioses dejaban de ser. Qué bastaba que una civilización fuese sometida o cesase de existir para que sus dioses se transformasen en palabras huecas, en leyendas de viento, en serrín de ilusiones.
Después vino el escrito del que hoy son portadores. El testimonio traído por Lanix desde su amada Galia hasta la sabia Atenas.

—Esta cabrona religión nueva crece como los champiñones, dijo Lanix, mientras con Goras y Jano se empinaban algunos vinos en la hermosa ciudad otrora dedicada a Palas Atenea, a la cual acababa de llegar el galo con la intención expresa de reencontrarse con sus dos amigos.

Jano y Goras no le hicieron mucho caso al principio.

—Es una real putada que los hombres estén haciendo nacer un nuevo dios, añadió, más bien para tantearlos.

—¿De qué hablas?

—Del cristianismo.

Eso lo saben tanto Goras como Jano. El cristianismo está dando de qué hablar desde hace un buen rato. Ambos piensan que es una desgracia, desde luego. En el momento en que las religiones tradicionales están dejando de interesar a los ciudadanos del Imperio, ver aparecer una nueva trampa para la inteligencia humana es una real desventura, de eso no queda la menor duda.

—Puede que esa religión sea incluso peor que todas las que la humanidad ha conocido hasta ahora, insiste el galo.

Jano y Goras encuentran a Lanix un poco exagerado. Todas las religiones son malas, todas dañan a la humanidad, ¿qué hay de nuevo en eso?

—Dinos lo que sabes y basta de palabrería, protesta Jano. Se nota que andas por las ramas a propósito.

—Sí. ¿Qué te hace hablar así, galápago?, bromea Goras.

—Qué la religión cristiana no intenta todavía infundir demasiado terror. Aunque está ya armada con todo lo necesario. Por el momento sus representantes solo le dicen a la gente que deben ser buenos, quererse los unos a los otros, compartir lo que tienen, etcétera: el tipo de bobada común. Aseguran que el dios de ellos lo perdona todo, que es un dios de benevolencia, de amor… La realidad es muy diferente, como sucede siempre con las religiones. Estos tienen dos dioses en uno. Dos entidades que según ellos son las mismas, pero no lo mismo. Ese dios buenazo y medio zonzo que anda en chancletas y que ellos ponen delante ahora y otro totalmente espeluznante, uno de impiedad y cólera, pensado para aterrorizar, que según ellos quema ciudades

enteras y destruye a todos los seres vivientes cuando se le antoja por medio de una lluvia de azufre o de un diluvio… Un dios que amenaza con hacer aparecer hordas de salvajes para violar a las mujeres de sus fieles y desmembrar a sus hijos si lo desobedecen, un dios que promete hacer enloquecer, cegar, hacer brotar pústulas, enfermedades incurables… La lista es demasiado larga para citarla toda. Por último, ese mismo supuesto dios, según dicen, condena a quienes no hacen lo que él exige a eternas torturas en un sitio todo llamas que llaman Infierno…

Lanix bebe un sorbo de vino observando a sus compañeros, cuyos rostros se han ido crispando a medida que él hablaba.

—Seducen con palabras de miel. Subyugan con frases de fuego, resume. Además, como gancho, a los que obedecen y se someten, les prometen una vida maravillosa…

—¿Y cómo hacen para dársela?, se extraña Goras.

—Les prometen una vida maravillosa… después de la muerte.

—Ah, claro… dice Jano.

—Así, sí… dice Goras.

Y unas estruendosas y burlonas carcajadas sacuden a los tres filósofos.

> *15 Pero acontecerá, si no oyeres la voz de Jehová tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te intimo hoy, que vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te alcanzarán. 27 Jehová te herirá con la úlcera de Egipto, con tumores, con sarna, y con comezón de que no puedas ser curado. 28 Jehová te herirá con locura, ceguera y turbación de espíritu. 32 Tus hijos y tus hijas serán entregados a otro pueblo, y tus ojos lo verán, y desfallecerán por ellos todo el día…*
>
> **LA BIBLIA. (Deuteronomio 28: 15 / 27-28 / 32)**

—Cuando me entregaron esto…

Lanix extrae de sus pertenencias un paquete esmera damente envuelto.

—…supe que ustedes eran las únicas personas con quienes debía… no, con quienes que tenía que compartirlo.

Goras y Jano caen de cabeza en la trampa que les tiende Lanix sin pretenderlo. ¡Caen, más bien, por la cabeza! El asunto les interesa ferozmente, la religión y sus desmanes les atañen de pies a cabellos. Saben, además, que su amigo no hablaría así de no tratarse de algo que lo mereciese. Están tan deseosos de saber más que no dejan de mover las piernas y de agitar las manos.

—Cuando coño vas a acabar de explicarte, galo de mis colgaderas, exige Jano, el más impaciente e impulsivo.

—Si cerraras el pico a lo mejor podría decirnos lo que tiene en el buche, interviene Goras, no menos ansioso por saber.

Sin inmutarse Lanix deshace la compleja envoltura de su fardo del cual emerge un voluminoso rollo de pergaminos que él extiende en parte sobre una mesa con extremos cuidados.

—Tienen demasiados años, explica. Hay que tratarlos con mucha delicadeza.

Con la aguda curiosidad que desde hace un rato les está provocando una intensa comezón intelectual, Goras y Jano se inclinan sobre el escrito. Lanix les dice:

—Este documento prueba que la religión cristiana se basa en una mentira. Y podría estropearles el negocio a todos esos curas, obispos y otras porquerías que viven de ella…

—¡Está en arameo!, protesta Goras.

—Normal, fue escrito hace casi dos siglos por una judía, esclarece Lanix.

—Yo con quien único podría mantener una conversación en arameo, y a duras penas, sería con una vaca, aclara Goras. ¿Y tú, Jano?

El aludido se inclina sobre el texto, descifra unas diez palabras, lanza una rotunda maldición y reconoce que a él no le iría mucho mejor con la bovina.

—Yo lo leo y lo escribo, afirma Lanix. No muy, muy bien, pero no es río en el que me ahogue.

Los otros silban, se burlan, le sirven vino con exagerada deferencia y lanzan casi en coro:

—Entonces acaba de contarnos lo que dice, pedazo de mierda con patas.

Goras y Jano ríen a carcajadas por la coincidencia de sus ideas. No es que en este caso sean muy brillantes, pero al menos, ellos las encuentran graciosas. Y no solo ellos, Lanix también se desternilla.

Cuando las risas se pierden a lomos del viento, Lanix vaticina:

—Tenemos la posibilidad de derrotar a una religión. ¿Qué filósofo no ha soñado con eso?

Durante un tiempo del cual pierden la noción, los tres filósofos cabalgan ilusiones y batallan contra interrogantes. Lanix quiebra el silencio tras extraer de su baúl de viaje otro grueso rollo, de papiros este.

—Ahí tienen la traducción en griego. Hecha por mí, aunque reconozco que me costó bastante trabajo y debe tener sus lagunas. Me voy a tomar este vaso de vino al fresco mientras la leen.

Lanix sale…

Cuando vuelve los ojos de Jano y Goras brillan. Discuten apasionadamente sobre lo que acababan de leer, elaboran estrategias sobre lo que deben hacer, abrazan como realidades lo que son aún quimeras.

El galo comprende que su sueño los ha conquistado, que se unirían a él para desafiar a los que ofrecen dulces mentiras con el fin de cautivar a la humanidad y la aterran con horribles amenazas para hacerla cautiva.

Thomas está probablemente tan ansioso y anhelante como lo estuvieron hace siglos en Atenas los tres filósofos. Tiene la certeza de haber encontrado al fin algo que pone luz al misterio que se oculta en su mochila y pesa sobre su corazón en sentido figurado

tanto como real, pues desde que carga con *Blue* lleva su mochila delante. Ahora, tras lo leído, piensa que las verdaderas informaciones no están en ese texto, sino en la mente de quien lo escribió. Y le urge encontrarlo.

Va hasta el fin del escrito con el ratón de la computadora. Grita de placer. Ahí está el nombre que busca: François Arouet. También está la fecha de publicación, que le arranca una maldición. El texto fue escrito hace casi diez años. Asesta un puñetazo a la pared. ¡Diez años! ¡François Arouet puede estar ya muerto! Googlea el nombre y de nuevo maldice. *¡Merde, merde, merde!* La única persona que aparece es Voltaire. Cómo pude ser tan idiota, yo que soy uno de sus admiradores. François-Marie Arouet era el verdadero nombre del filósofo, Voltaire no era más que un seudónimo. Quién escribió este texto sobre el execrable Concilio de Nicea debió firmar con ese nombre como homenaje a las batallas de Voltaire contra el fanatismo religioso y la superstición.

¡Merde, merde, merde!

La esperanza va a menudo de cima en sima. Frágil por naturaleza es, por esencia también, poderosa. Un casi nada puede estrellarla contra imaginarios imposibles. Un muy poco es capaz de transformarla en una arrolladora fuerza. Thomas cae en las sombras de la desesperanza.

Se sirve otro whisky, se prepara otro sándwich, vence al desaliento y se fuerza a retomar la lectura del texto del supuesto François Arouet.

¡La primera palabra que lee lo deja con la boca abierta y el sándwich en camino!

—¿Un códex? ¿De qué hablas, Epicuro?

—De hojas cortadas con la misma dimensión, unidas entre sí por costuras y protegidas con una portada y una contraportada rígidas de un material resistente. ¿No has oído hablar de eso?

Epicuro, gran amigo de Goras, es un reputado artesano especializado en los soportes de escritura.

—Para nada, reconoce Goras.

—Yo sí, afirma Jano. Dicen que en Roma ya se está usando bastante.

—Normal, afirma el artesano. Es mucho más fácil de leer y además facilita la escritura. Es bastante reciente, por eso no lo conoces, Goras.

—Ese rollo tiene probablemente dos siglos, Epicuro, avanza Lanix temeroso. ¿No temes que se pueda dañar?

—En lo absoluto. Esta hecho con pergaminos de la mejor calidad, todo en vitela. Las vitelas, ¿ustedes sí saben qué son?

—Sí, sí, claro… mascullan los tres filósofos.

—Lo que puede que no sepan es que se hacen con pieles de animales nonatos y por eso son mucho más finas que los pergaminos comunes. Y mucho más caras, eso sí. Generalmente se usan para escritos importantes. Al ser más finos y flexibles los rollos en vitela son los que pueden más fácilmente convertirse en códices… Si siguen empecinados en ir a Nicea a tratar de aguarles la fiesta al hijo de perra de Constantino y a los cabrones cristianos, transformar ese rollo en un códex sería la mejor manera de transportarlo sin que sufra daños.

Los tres amigos intercambian indecisas miradas. Epicuro les muestra un trabajo que terminó recientemente.

—Un códex es esto. El de ustedes será más fino, pues tendrá menos páginas.

Es mucho más durable que los rollos, más fácil de conservar y transportar y, lo que es casi más importante en el caso de ustedes, es infinitamente más fácil de ocultar. Y ya verán, en Nicea eso les será muy útil, se acordarán de mí.

Los tres amigos vuelven a mirarse, un poco más confiados.

—¿Qué dices tú, Lanix?, lo interroga Goras.

Lanix responde con una mueca. Epicuro insiste.

—No les voy a cobrar por ese trabajo, que no tiene nada de sencillo, créanme. Lo haré solamente por amistad y para contribuir a aporrearle el culo a ese nuevo zángano que inventaron los judíos. Así que no me pateen los colgantes.

Conozco mi trabajo, burros bípedos. ¿Acaso creen que me he hecho famoso en Atenas por gusto? ¡Los códex son el futuro!

Un silencio es quebrado por Lanix.

—Bueno…

—¿Qué quieres decir? ¿Lo hago o no?, precisa el artesano.

—Hazlo, concluye Lanix. Eso sí, si echas a perder el rollo te puedes despedir de tus colgantes porque te los cortaré, Epiculo.

Una estruendosa carcajada de los cuatro hombres sella el trato.

La ilusión no es una buena herramienta para cambiar la realidad, pero es terriblemente eficaz para distorsionar su percepción. Logra incluso, a veces, engañar a las inteligencias más brillantes. Prueba de ello es que la humanidad ha creído siempre en divinidades todopoderosas que nunca ha visto, en paraísos donde todo es felicidad de los que ningún testigo presencial ha dado fe, en una vida después de la muerte de la que no existe el menor indicio…

Sin mucho más bagaje que la esperanza, a menudo tramposo disfraz de la ilusión, los tres amigos se ponen en camino hacia Nicea, donde esperan derrotar al cristianismo. Fundan sus anhelos en mostrar al Emperador el escrito donde María Magdalena revela que la naciente religión es un ícono de mentira y palabrería sobre un sócalo de viento.

Solo llevan el conocimiento y la verdad como armas. No es mucho.

De nuevo la esperanza hace montar a Thomas en el Pegaso de la exaltación. Está cada vez más convencido de que el autor de ese texto conoce todo lo que él necesita saber y que ha de encontrarlo como sea. Piensa que debe tratarse de un historiador, de un

profesor, de alguien cercano a las Ciencias Humanas o al conocimiento y el saber de manera general. Por eso lanza una nueva búsqueda en la Web, pero esta vez no utiliza Google sino Scirius, motor de búsqueda sobre el mundo académico y científico.

No tiene mucho para empezar, así es que escribe de nuevo lo que él ha calificado de seudónimo: François Arouet. Apoya en la tecla que lo hace entrar en el casi infinito más allá del Web donde el saber humano se codea con los anhelos de algunos, los deseos de otros y las quimeras y las sandeces de la mayoría.

Ahora queda esperar.

—Los dioses no serán verdad, pero de los dioses come y vive mucha gente y eso sí es verdad, lanza Goras.

Jano abre las puertas a una carcajada, aplaude, se bebe un largo trago de vino y señala:

—Tengo que reconocer que no hay mejores filósofos que los puñeteros griegos, ni mejores tramposos, ¡por las tetas de Afrodita!

Goras intenta mirarlo serio, pero solo consigue de sus músculos faciales una mueca socarrona.

—¿Cómo te atreves a ofender a mi estirpe, asno hispano?

—Ese pensamiento no es tuyo, lagartija helena, es de Diágoras de Melos.

El griego no puede contener la risa y deja también escapar unas estruendosas carcajadas a las que suma Jano. Están bastante alegres, mitad por el vino, mitad por la ilusión con la que esperan a Servio, el escriba del emperador.

Lanix no rie. Ha dejado de participar en los juegos de sus amigos y apenas bebe.

La alegría de Jano y Goras rebota contra su rostro inquieto y se disuelve entre malos augurios.

—¿Qué te pasa, galo?, pregunta Goras. Te parece que Servio debía haber llegado ya, ¿es eso?

Lanix se limita a hacer un gesto de afirmación grave, que aumenta el escozor de sus amigos.

—Voy hasta la calle a ver, dice.

Cuando regresa a la mesa no tiene que usar las palabras, su cara lo dice todo.

Ahora la preocupación que embargaba a Lanix se refleja en los ojos de Goras y Jano. Y el vino ya no incide en la apreciación de las cosas, pues el silencio alarga el tiempo y la espera acorta la esperanza.

En Nicea, como en casi todo el Imperio, numerosos devotos de los dioses tradicionales romanos perciben en el cristianismo una amenaza y ven con malos ojos el coqueteo entre el Emperador y los seguidores del "aprendiz rabino crucificado". Piensan que Constantino debe promover el fervor hacia los dioses que hicieron poderosa a Roma y no traicionarlos aliándose con una religión venida de las zonas más incultas y supersticiosas del Imperio. Muchos ciudadanos se oponen al acercamiento entre Constantino y los católicos. Algunos se limitan a lamentarlo, otros se organizan secretamente con la intención de impedirlo.

Lanix, Goras y Janos tenían amigos en Nicea capaces de ponerlos en contacto con uno de esos grupos clandestinos. Fue lo que hicieron al llegar. Entraron en relación con el grupo del que forma parte Servio. Cuando estuvo claro que, aunque tenían diferentes motivos, compartían un mismo objetivo, un plan emergió. Servio fue su piedra angular.

En su calidad de escriba el romano tiene un cierto acceso al Emperador y entra cotidianamente al palacio para trabajar. Es un devoto de la diosa Minerva y un ferviente admirador de las Vestales. Es también joven e idealista. Una impetuosa motivación para luchar por la religión de sus ancestros a la que atribuye gran parte de la grandeza del Imperio, lo guía. Valores estos por los que, según Servio, vale la pena morir.

Orgulloso de su misión, convencido de su importancia, Servio le entregó a Aulo, el secretario de Constantino, la traducción griega del Códex M y una carta de los tres filósofos. Escudado tras la verosímil mentira de que cuando él se disponía a penetrar en el palacio para su labor cotidiana, un desconocido le confió aquellos escritos diciéndole que estaban destinados al Emperador, insistió en que el supuesto desconocido le dijo que eran de vital importancia.

A pesar de esto los pliegos yacieron olvidados y mudos en la biblioteca personal de Constantino.

Con creciente zozobra Servio los vio durante varios días permanecer en un rincón del escritorio donde el Emperador acostumbra a leer los documentos que llegan de las diferentes provincias y escribir alguna que otra carta, íntima o secreta, de las que no dicta jamás a los escribas, ni siquiera a aquellos que gozan de su mayor confianza. Con el corazón latiendo a un ritmo tan agotador que era un padecimiento para su mente, Servio esperó.

Anoche, sin embargo, en la pieza destinada a los escribas al lado de la biblioteca, Servio copiaba un extenso registro de contaduría que debía terminar antes de irse, cuando el Emperador pasó y descubrió sobre su escritorio los documentos. Aunque era riesgoso, el joven escriba se acercó y logró escuchar las explicaciones que Aulo daba a Constantino. El Soberano no pareció acordar mucha importancia a los legajos que de manera tan singular habían llegado hasta su escritorio, pero decidió llevárselos.

—Los leeré en mi cama, dijo, estoy cansado.

Esta mañana la esperanza tanto como la aprensión estremecen a Servio. Una siembra ilusiones en su mente, flores que, aunque segadas por la hoz de la inquietud, dejan un tenue perfume de sosiego; la otra hace contraerse sus músculos sin razón aparente y augura desastres.

El Emperador penetra en la pieza donde trabaja Servio rugiendo. Lo acompaña Aulo, con mal disimulado terror.

—¿Cuál es?

Dos ojos que señalan y el tenue movimiento de un dedo índice equivalen a una condena: una condena a muerte.

—¿Cuál es tu nombre, escriba?

—Me llamo Servio, señor.

—¿Quién te entregó estos escritos?

—No lo sé, Majestad. Fue un desconocido. Nunca lo había visto.

La llameante mirada del Emperador no llega a quemar al asustado escriba, pero la furia que serpentea entre sus palabras hace arder sus esperanzas.

—¿Qué más te dijo?

—Que se pondría en contacto conmigo de nuevo para conocer la opinión de su Majestad sobre esos documentos.

—¿Cuándo?

—Lo ignoro, señor. Me dijo que volvería a hablarme, no cuándo.

Constantino mira fría y amenazadoramente a Servio, luego se acerca a un candelabro cuyas llamas pretenden ayudar al sol, vencido por las nubes ese día.

—Le dirás que mi opinión es esta.

Acerca los papiros en los que habían sido escritas la carta y la traducción al griego del Códex M a las llamas. Más aptas a destruir que a iluminar, estas trepan por los frágiles soportes indiferentes al mensaje que se apaga mientras crujen las letras. Bastan unos segundos para que sea convertida en cenizas una verdad que hubiese podido cambiar el mundo.

Lanix, Jano y Goras siguen aferrados a la esperanza, aunque saben que en la clepsidra de lo posible queda cada vez menos tiempo. Todavía no quieren confiar el desánimo a las palabras ni traducir en frases lo que les oprime el pecho. Sus mentes, sin embargo, se atreven ya a calificar el intento de incidir en el futuro al que tanta energía y medios han dedicado de fracaso. Y sus

ojos lo murmuran. Las alegres risotadas y el bullicio de los que, colgados de las alas del vino, reparador temporal de circunstancias y consciencias, alborotan la taberna, llegan a sus oídos, pero no consiguen penetrar hasta sus ánimos.
Súbitamente sus ojos cobran brillo y sus labios reencuentran las sonrisas.
¡Al fin Servio!
Sofocado, sudoroso, con el ardor intentando acallar el miedo y el orgullo laborando para ocultarlo, el muchacho se acerca a ellos con paso firme. Unas pocas frases le bastan para exponer lo sucedido. Tampoco tiene mucho tiempo, podrían haberlo seguido. No deben verse más, puede ser peligroso. Ellos tres deberían abandonar la ciudad cuanto antes. La ira del emperador suele ser tenaz. Su pacto con los apologistas del judío crucificado parece sellado. No importan la realidad ni la historia. No tiene peso la verdad, solo cuentan los intereses.
Lágrimas de pena e ira empañan los ojos de Servio.
—Hemos perdido, dice. El mundo será cristiano.
Un grito furioso, violento, estalla como un latigazo.
—¡Aquellos! ¡Vivos o muertos!
Un número abrumador de soldados irrumpe en la taberna ahogando las risas, provocando gritos, rugidos, terror. Servio intenta escapar, no lo consigue, entonces se lanza contra una de las lanzas que lo amenazan con la intención de morir. Y lo logra. Expira invocando a la diosa Minerva. En sus labios un rictus de dolor y una sonrisa se abrazan, pues en su mente él hace el amor con las prohibidas Vestales, alimento ineludible de las fantasías eróticas romanas.
Goras, Jano y Lanix corren hacia las habitaciones de la posada, en el primer piso. No esperan escapar, solo ganar tiempo. Arrojan hacia las escaleras todos los muebles que encuentran a su paso. Bloquean momentáneamente a los soldados. Si los atrapan vivos los torturarán hasta obligarlos a confesar dónde escondieron el original del Códex, los tres amigos lo saben. Por suerte Goras, mayor y más prudente, logró convencer a Jano y a Lanix de que lo dejaran en Atenas.

Los soldados destrozan los impedimentos lanzados por los tres filósofos. Queda poca vida. Entonces Goras les grita:

—Yo no adoro pedazos de piedra como ustedes, sometidos imbéciles. Yo soy mi propio Dios. Y decido cuando vivir o morir.

Logra hacer reír a sus amigos empeñados en encontrar entre sus ropas los delicados botellines labrados que habían previsto en caso de que fuese necesario escaparse volando.

Beben el contenido de las hermosas anforillas, se funden en un último abrazo, se preparan para afrontar a la muerte. Mientras el veneno aniquila sus fuerzas Goras piensa en Alna, su hermosa hija, la única persona que sabe dónde está escondido el Códex M. Cumplirá su promesa, él no lo duda…

> *47 Por cuanto no serviste a Jehová tu Dios con alegría y con gozo de corazón, por la abundancia de todas las cosas,*
> *48 servirás, por tanto, a tus enemigos que enviare Jehová contra ti, con hambre y con sed y con desnudez, y con falta de todas las cosas; y él pondrá yugo de hierro sobre tu cuello, hasta destruirte.*
> *53 Y comerás el fruto de tu vientre, la carne de tus hijos y de tus hijas que Jehová tu Dios te dio.*
>
> **LA BIBLIA (Deuteronomio 28: 47-48 y 53)**

En el Palacio, los participantes al Concilio no se reconcilian. ¡Al contrario! Dios tenga piedad de ellos. Cada hora que el Altísimo hace se inflaman más las enconadas disputas sobre intimidades de dioses y secretos del cielo de los cuales los obispos allí reunidos afirman ser detentores. Parecen creer que la imaginación tiene el poder de convertir en realidad las fantasías.

Hipótesis y supuestos con pretensiones de verdades batallan para imponerse.

Unos dicen:

—Si el Padre engendró al Hijo, el que fue engendrado tuvo un principio de su existencia y esto hace evi dente que hubo un tiempo en que el Hijo no existía.
Otros sostienen:

—El hijo es coeterno con el Padre. Es producto ingénito. No tiene su origen en el tiempo, por ello coexiste con Dios *inengendradamente*.

Cabría preguntarse cómo esos señores conocen semejantes misterios. Pero esa pregunta nadie se la hace. Y discusiones y altercados continúan.

—El Verbo coexiste con el Padre, es coeterno. El Verbo es Hijo no por adopción, sino por naturaleza.

—El Padre es la sustancia completa, el Hijo es deri vación y porción del entero,

como Él mismo reconoce cuando dice en los textos sagrados: "Mi padre es mayor que yo".

—El Hijo tiene la misma esencia que el Padre y ha sido generado eterno desde la esencia del Padre.

—El Padre es distinto al Hijo por ser mayor que el Hijo, en la medida en que Aquel que engendra es uno y Aquel a quién se engendra es otro.

Quienes defienden la predominancia de Yahvé, sobre Jesús son los seguidores de Arrio, un asceta sacerdote de Alejandría cuyas ideas han tenido mucha aceptación entre los cristianos, pues parecen más lógicas que la noción de la Trinidad que pone al Dios Padre, al Hijo y al extraño Espíritu Santo al mismo nivel, pero sin reconocerlos como tres personas o entidades diferentes. La noción trinitaria, a pesar de ser notablemente enrevesada y difícilmente comprensible, es la más extendida entre los miembros del clero tradicional, que ven en el "arrianismo" una amenaza y temen que sus cada vez más numerosos seguidores socaven el poder que ellos detentan.

El Emperador mismo pena para a entender la peliaguda Trinidad. Prefiere la concepción de Arrio, más simple y lógica, pero lo calla.

No ha organizado este cónclave para imponer sus ideas, ni para aprender teología, sino para propiciar la unión de los cristianos y ponerlos a su servicio.
Lucio acerca a su oído palabras que ponen un cierto orden en el triple desbarajuste celestial:

—La ininteligible Trinidad es un disparate, pero es también una necesidad para esos hombres, Majestad. Si el Dios-Hijo cristiano no es elevado a la altura del Dios-Padre judío y no es eterno, omnisciente, omnipresente y todopoderoso como se dice que es aquel, el cristianismo, y por consiguiente su jerarquía sacerdotal, pierde autoridad y dominio. A los creadores de la Trinidad no les importa ser comprehensibles. Es más, dicen abierta, y yo diría, descaradamente, que la mente humana es demasiado estrecha para comprenderla. La Trinidad solo busca poner en un mismo nivel a Jehová, un Dios adorado por los judíos desde hace unos doce o catorce siglos con Jesucristo, un Dios con menos de tres siglos de existencia. ¿Comprende?

—Francamente no muy bien, no.

—Si esos señores admiten que el dios de los cristianos proviene o es hijo del dios judío eso significa que los cristianos y sus sacerdotes adoran a un dios menor, engendrado por otro, o sea, un dios "de segunda". Por eso lo dicen y al mismo tiempo lo niegan. Cuanto más enredado, mejor. Así la Trinidad son tres divinidades, pero un solo dios. Si el dios de los judíos creó el mundo, el dios de los cristianos también lo hizo, pues es el mismo, sin serlo. Y quien no lo entienda… Ave, Salve y Vaya con Dios.

El Emperador ríe. Lucio también. Luego continúa.

—En los textos sagrados cristianos el llamado Jesucristo se define a sí mismo varias veces como hijo del Dios Jehová o Yahvé. ¡Lo dice con total claridad! Sin embargo la clase sacerdotal cristiana no lo registra ni lo tiene en cuenta. Peor, lo obvia. Pues la verdad les importa un bledo.

—Ya… ¿Y Arrio?

—Arrio, como buen asceta, no es un hombre que se comprometa por interés. Él solo considera la, o más bien, su verdad y lo que podríamos llamar la lógica religiosa, lo cual seguramente le costará la vida. Para la gran mayoría de esos hombres que aceptaron su invitación, Majestad, ya lo está usted viendo, la religión es un asunto secundario, lo que importa realmente es el poder.

Al fin, como en toda guerra, hay vencedores y vencidos. Las ideas de Arrio son repudiadas por la mayor parte de los asistentes al cónclave, lo cual conlleva para él y sus seguidores despiadadas consecuencias. Son declarados heréticos, depuestos de sus púlpitos y expulsados de sus ciudades. Por último, con la aprobación del Emperador, el Concilio promulga un brutal edicto contra los escritos del sacerdote asceta:

"Si se encuentra algún escrito de o sobre Arrio podrá ser arrojado al fuego, por lo que no solo se borrará la maldad de su enseñanza, sino que no quedará nada para recordarlo. Y por esto hago una orden pública de que, si se descubriese que alguien esconde un escrito redactado por Arrio y no lo lleva inmediatamente a su destrucción por fuego, la pena será la muerte."

Tras haber condenado con férrea crueldad a varios de los suyos, especialmente al envidiado Arrio, los "Piadosos Padres de la Misericordiosa Madre Iglesia" aceptan que la pena de muerte sea aplicada en nombre de Dios, de la Fe y de ellos mismos y que sean asesinados seres humanos sin distinción de edad, sexo o condición, por el simple hecho de poseer un escrito.
Después, en total estado de Santidad, sus Venerabilísimas Eminencias promulgan en nombre de la Iglesia, o sea, de ellos mismos, y también del Emperador, naturalmente, un escrito al que dan el nombre de Credo, aunque tendrá fuerza de ley y servirá para condenar, torturar, decapitar, desmembrar, ahogar, quemar vivos y un largo etc., a los Amados Hijos de Dios.

"Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.
Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.
Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que, con el Padre y el Hijo, recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas.
Creo en la Iglesia, que es una, Santa, Católica y Apostólica. Confieso que hay un solo Bautismo para el perdón de los pecados.
Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amen."

—¡Santo, Santo, Santo!

El título oficial le será otorgado dentro de unos años por esa misma Iglesia que él ha unificado: San Constantino I, el Grande. Tendrá incluso su día de fiesta en el calendario católico: el 21 de mayo.

La Eminentísima Dignidad le será conferida por el Altísimo a través de sus Piadosos Apoderados en la Tierra cuando esa modesta Iglesia que hoy le rinde pleitesía se haya izado, en parte gracias a él, hasta los más elevados poderes terrenos. Cuando emperadores y reyes se pondrán de rodillas ante su dominio e inclinarán la cabeza con recato para ser coronados por su Representante, que en esos tiempos será llamado Vicario de Dios.

—San Constantino, el Asesino.

Muchas de sus obras habrán sido por entonces benévolamente olvidadas. Como la ejecución de su cuñado Licinio, el derrotado emperador romano de Oriente.

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

O el asesinato del hijo de su hermana, su sobrino Licinio el Joven, de solo diez años, con el fin de evitar que al crecer vengase a su padre.

—¡Hosanna, Hosanna!

Ningún Hombre de Dios o enviado del Padre Eterno en la Tierra tendrá la desfachatez o el mal gusto de recordar detalles de ese tipo de la vida del Santo.

—San Constantino, el Asesino.

¿Cómo mencionar en semejante ocasión que su Santidad Constantino asesinó con su propia espada a Crispo, su hijo primogénito, por una sórdida historia de celos?

—¡Santo, Santo, Santo!

Tampoco sería adecuado memorar que El Venerable torturó hasta la muerte a Fausta, su segunda esposa, hundiéndola en un baño de aguas y aceites ardientes cuando supo que esta había falsamente acusado a Crispo de intentar poseerla, incendiando así la mente del Bienaventurado que poseído por los demonios de esa mala mujer hundió su espada en el cuerpo amado de su primogénito hasta dejarlo sin vida.

—¡Santo, Santo, Santo!

Sería por demás indecente evocar que El Bienaventurado solo aceptó ser bautizado en su lecho de muerte y por Eusebio de Nicomedia, un obispo arriano, cuando él mismo hizo condenar a Arrio como hereje y ordenó quemar todas sus obras y matar a quienes las conservaran.

No, nada de eso será recordado, solo el bien que San Constantino el Asesino hizo a la Iglesia Católica, por lo que se le otorgará además la suprema distinción de:

—¡Equiapostólico!

Que en el enrevesado lenguaje de los Representantes de Dios en la Tierra, significa: igual a los Apóstoles.

Gratitud no es vana palabra para la Santa Madre Iglesia.

Así termina el escrito. En la mente de Thomas la sorpresa escala las alturas del asombro. Aguda ironía, inteligencia, talento… Gracias, señor Arouet. Que sea usted real o supuesto me ha abierto puertas. Tengo tantas preguntas que hacerle. ¿Hay algo de verdad en el origen del Códex M tal como usted lo cuenta? ¿Existieron realmente esos tres filósofos? ¿Qué hace al Códex M tan peligroso para la Iglesia?

Abre la ventana del motor de búsqueda. Como lo temía, Scirius lo enfrenta también a una inundación volteriana. No en el sentido de apostasía, escepticismo o blasfema, sino de Voltaire, simplemente. Decenas de artículos sobre el filósofo lo sumergen. Uno le recuerda que Voltaire escribió numerosos ensayos para la Enciclopedia de Diderot y D'Alembert, algo que había olvidado. Otro le permite rescatar de los confines de su memoria unas hermosas palabras de Diderot que alguna vez leyó:

> *El objetivo de esta Enciclopedia es unir los conocimientos dispersos por el mundo para entregarlos a los hombres con los que convivimos y transmitirlos a los que vendrán después de nosotros.*

No es sorprendente que los Jesuitas, que a menudo han actuado como látigos de la Iglesia Católica, hayan perseguido a la Enciclopedia tratándola de subversiva, sigue diciendo el artículo. Que los humanos accedan al conocimiento ha aterrorizado siempre a la Iglesia. En el mito de Eva y Adán la mujer y el hombre son expulsados del Paraíso y condenados eternamente por haber probado el fruto del árbol del conocimiento. La Biblia ni siquiera lo disimula. Tampoco lo hace Lutero cuando afirma:

"La razón es el peor enemigo que tiene la fe."

Como era "natural", en el año 1759 el papa Clemente XIII condenó la Enciclopedia, la introdujo en el sombrío "Índice de Libros Prohibidos" y exigió que todos los cristianos que poseyeran algún tomo de la obra lo quemasen.

Ah, qué sería de la Iglesia sin las llamas y las hogueras, piensa Thomas riendo burlón, mientras muerde con apetito su personal

versión del brillante invento del inglés John Montagu, conde de Sandwich.

Sigue haciendo desfilar en la pantalla de la computadora los artículos. Está a punto de apagarla cuando lo ve: Charles François Arouet. Historiador. Especialista en lenguas antiguas. Profesor de Historia de la Religión. Escuela de Ciencias Humanas, Universidad París I. Panthéon-Sorbonne.

Se le acelera la respiración, la sangre en sus venas se agita, desparramando adrenalina por donde pasa. ¡François Arouet existe!

Hay momentos en que todos los horrores se reúnen, en que las calamidades se regodean con la fragilidad humana. Tiempos satánicos, piensa Pietro Benedetto Gaetani, no hay mejor manera de calificarlos. Que Armand Roussel siga en vida es desastroso. Que Jonás haya querido verlo a él fuera de la Santa Sede es alarmante. Solo puede significar que el coronel se dispone a darle una pésima noticia. Otra.

Ah, Satán, esa oportuna figura con la cual la imaginación religiosa ejemplificó el mal y justificó su existencia frente a un Dios supuestamente omnipotente, omnisciente y omnipresente.

Cientos de veces ha tenido que responder a la retórica pregunta:

—Padre, si nuestro Dios es Todopoderoso, ¿por qué no ha podido vencer a Satán y erradicar el mal de la tierra?

—Bueno hijo es porque blablablá y además blablá y nuestro Señor, bla y bla y bla…

Explicar la existencia del mal en el contexto de las religiones politeístas era fácil. Hacerlo desde que el Rey Josías, en su afán de control, echó a todas las divinidades del templo y decretó que solo había un dios, Yahvé, es prácticamente imposible. La contradicción es inherente al hecho mismo: si hay un solo Dios y ese dios es bueno y todopoderoso, la maldad es injustificable.

Sentado en el asiento trasero de su auto, Gaetani intenta relajarse. Cierra los ojos, trata de dejar de pensar, desdichadamente a causa de la precipitación con que Dios creó a los seres humanos y

al estado en que los dio por terminados, le resulta imposible controlar su cerebro, ese desconocido.

¿Qué diablos querrá Jonás con tanto misterio? ¿Apareció el Códex M? ¿Lo publicaron?

Nada sería peor. Y sin embargo, si no ha sucedido… ¡Dios no lo quiera!… de un momento a otro podría suceder.

Esa endemoniada evocación lo lleva a otro desastre. El iniciado por el maldito Giordano Bruno. No el científico quemado vivo aquí mismo en Roma, sino otro, uno de los tantos que se empeñan en no dejar que la gente olvide ese lamentable desacierto de la Inquisición que tan dañino ha resultado para la Iglesia.

Pocos en la Ciudad Santa lo han olvidado, aunque pasaron ya varios años. Fue un momento muy difícil para la Santísima Hija de Dios. Las opiniones siguen divididas sobre la manera en que aquella lluvia de descrédito se abatió sobre la Santa Sede. Algunos piensan que fue un encadenamiento fortuito, un órgano de prensa copiando a otro, una cadena de televisión calcando a la otra… Los partidarios de la teoría del complot juran que una fuerza poderosa, envidiosa y secreta, movió los hilos para destruir a la Santa Madre Iglesia. No Satanás ni Lucifer ni la Antigua Serpiente ni Samael ni ninguno de esos espantapájaros inventados para asustar a los crédulos y a los tontos. Se habla de sociedades secretas de las que, se supone, quieren dominar el mundo: Masones, Iluminati, Rosacruces, el Grupo Bilderberg… Gente de ese tipo, verdaderamente peligrosas.

Los primeros artículos que atacaron a la Iglesia los escribió un periodista relativamente famoso llamado Constanzo Ferraro. Al principio nadie consiguió identificarlo pues firmaba Giordano Bruno. Comenzó por burlarse de las reliquias veneradas por la Santa Madre y sus fieles.

Es cierto que las reliquias, al ser una tradición heredada del Medioevo y vaciada prácticamente de significado por el tiempo y los lamentables cambios del cacareado progreso son un punto débil en la credibilidad de la Iglesia. Muy pocos creyentes con un nivel cultural correcto admiten hoy que el prepucio de Jesús (o más bien uno de ellos, pues ¡se cuentan diecisiete! en las iglesias de Europa), tenga la capacidad de sanar, proteger o de hacer milagros. Y, sin

embargo, siendo el ser humano tan contradictorio, en nuestros tiempos, igual que en el pasado, ciertas reliquias siguen haciendo ganar fieles, prestigio y sobre todo dinero. Mucho dinero.

Uno de los ejemplos más representativos es el de Santiago de Compostela. La leyenda de la reliquia del Apóstol Santiago mezcla una aparición milagrosa de la Virgen María con el traslado del cadáver del Apóstol decapitado en Jerusalén hasta Hispania en un barco de piedra.

¡En un barco de piedra!

Otra tradición habla de una embarcación sin timón guiada por la mano de Dios. A esto se suman unos bueyes que al encapricharse en no tirar más de la carreta que transportaba los restos del gran hombre indican *por designio divino* dónde debe ser enterrado.

Una estrella posada en la Tierra ocho siglos después…

¡Una estrella posada en la tierra!

…muestra a un ermitaño y a un obispo el sitio donde está la tumba del Santo, en la cual aparecen unos huesos que son atribuidos por el obispo Teodomiro al Apóstol Santiago… *¡por revelación divina!*

A pesar de todas estás *curiosidades*, que están lejos de ser las únicas, desde hace siglos miles de personas van todos los años a Galicia a postrarse ante un relicario dentro del cual nadie sabe realmente lo que hay. Pero el dinero afluye…

Gracias a Dios.

También por la Gracia de la Virgen se forran en Lourdes, en Fátima y en todos los sitios en los que la Madre de Jesús apareció.

¡Con lo fácil que sería para la Virgen ir a la televisión!

En eso le da la razón a Giulia.

En Italia, cuando aparecieron aquellos artículos, la gente fue más propicia a las chanzas que a la devoción y las reliquias fueron blanco de burlas y bromas impías. Una vez que el falso Giordano Bruno cosechó sus primeros éxitos y se convirtió en la comidilla de Roma, otros periodistas y medios emularon sus hallazgos e hicieron también reír a sus lectores con las piadosas reliquias.

Como era de esperar y temer, los ataques contra la Iglesia pasaron después a un nivel superior. Una radio hizo un programa

especial cuestionando la riqueza de la Santa Madre. Los periodistas citaron cifras muy dañinas que solo una persona al corriente de secretos bien guardados pudo haberles proporcionado. Fue un golpe violento, muy violento. Después un canal de televisión lanzó una verdadera bomba al difundir un documental hecho en gran parte con cámara oculta sobre el tren de vida de ciertos miembros de la curia, algo muy, muy incómodo, que hizo mucho daño a la reputación de la Santa Institución. Luego ya no hubo más recato, unos hablaron de los escándalos financieros del banco del Vaticano, otros del papel de la Iglesia en el lavado de dinero de la Mafia… Y como no podía faltar, hubo decenas de artículos y reportajes sobre los problemas de pederastia en el clero.

No todo lo que decían era verdad, pero una parte lo era y para la gente no hubo diferencia entre lo cierto y lo incierto. Desgastado el presente aparecieron los lamentables traspiés del pasado con los que la Iglesia se debate sin éxito desde hace siglos intentando borrarlos de la historia o al menos hacerlos olvidar: el tratamiento demasiado fogoso dado a los Cátaros, por más que según el Papa fuesen herejes, que los medios tildaron de criminal, los errores de la Inquisición, calificados por la prensa de horrores, el descuido de la venta de Indulgencias, llamado el descaro por los periodistas, las barbaridades de las fracasadas Cruzadas, las incoherencias de la Biblia… Y un largo etcétera.

Algunos órganos llegaron hasta cuestionar los fundamentos teológicos de la religión y pusieron en duda incluso la existencia de un Supremo Creador. Fueron los menos, a Dios gracias.

Cuando el aguacero mediático amainó las autoridades de la Iglesia decidieron sustraer a la vista del público las reliquias más improbables, las que hacían peligrar demasiado su Santa Reputación. Fueron así llevados a las reservas secretas del Vaticano varios recipientes conteniendo improbables leches de María, una decena de cordones umbilicales de Jesús, restos del cordero que pastaba junto al Santo Sepulcro cuando Jesús resucitó, varias cabezas de Juan Bautista, un estornudo del Espíritu Santo conservado en una botella, un suspiro de San José atrapado también

en un recipiente cerrado que era custodiado en la ciudad francesa de Blois…

Una vez las reliquias con necesidad de atención urgente tratadas, se creó una comisión para continuar, con la mayor discreción, aquella imprescindible labor. Se le dio el nombre de: "Sagrada Congregación para la Defensa de la Fe". Él, Pietro Benedetto Gaetani, Obispo por la Gracia del Señor, fue llamado a trabajar para ese dicasterio si no secreto, al menos muy discreto, que además de listar y clasificar las reliquias de la cristiandad podía hacerlas desaparecer cuando la dignidad y la credibilidad de la Iglesia lo exigiesen. Gracias a su interés por la historia, él recibió la misión de rescatar los documentos antiguos capaces de desacreditar a la Mater Ecclesiae y a la Fe, lo cual sigue haciendo. La recuperación o la destrucción del Códex M será la cúspide, su Everest, el puente que lo hará pasar del obispado al purpurado cardenalicio. Al menos eso espera.

Por suerte, gracias al apuro con que Dios lo creó todo, incluso el cerebro humano, los pueblos olvidan con sorprendente facilidad, de manera que la gente ordinaria borró ya de sus memorias lo que en algún momento les pareció chocante, inmoral, escandaloso, etcétera, etcétera, para seguir creyendo que aunque ya no son niños siguen teniendo un papá bueno que los cuida, que la muerte no es más que un paso hacia una nueva vida maravillosa y eterna y ese tipo de simplezas. Hoy solo los Representantes de Dios en la Tierra tienen todavía retortijones de estómago de tiempo en tiempo cuando Satanás les trae aquellos fatales momentos a sus Santas Memorias.

—Hemos llegado, Señoría.

Se trata de un discreto restaurante, más bien modesto, de esos llamados familiares. Claramente el tipo de establecimiento al que ninguna personalidad del Vaticano iría. El obispo entra. Va vestido de civil, naturalmente.

El coronel Jonás, de civil también, viene a su encuentro.

—Hola, gusto verlo. Venga, venga…

Lo acompaña hasta una mesa alejada donde lo invita a sentarse, mientras le dice con voz queda.

—Disculpe si no le doy el tratamiento acostumbrado, Excelencia. Es preferible que nadie sospeche quien es usted. Ni siquiera mi primo, el dueño del restaurante, al que dije que recibía a una persona para un asunto de negocio. ¿Qué bebe?

—Cualquier cosa. Una cerveza.

Jonás hace un signo a su primo que está detrás de la caja.

—Dos cervezas, Leonardo.

—¿Qué pasa, Jonás? ¿Por qué me ha hecho venir hasta aquí?

—Porque no me fio de nadie allá. Hace algún tiempo usted me dijo que había preguntas que en la Città, no debían hacerse por teléfono. ¿Lo recuerda?

—No, pero es sabido.

—Por eso lo invité a almorzar aquí. No me extrañaría que su propia oficina haya micrófonos.

Aunque Gaetani sabe que es más que probable, prefiere no comentarlo.

El primo de Jonás trae las dos cervezas. Saluda a Gaetani con apoyada cortesía y se retira.

—Acabe de hablar, Jonás, dice obispo impaciente. ¿Tiene que ver con Armand Roussel?

—Peor, Armand Roussel al menos está herido de gravedad. Tiene que ver con su hijo.

—¡Con su hijo! ¿Acaso no está muerto?

—No. La persona que murió al lado de Armand Roussel se llamaba Stephan Dunois.

Un largo silencio envuelve los pensamientos negativos que asaltan al obispo.

—Supongo que está seguro de eso.

—De no haberlo estado no lo hubiese citado aquí.

—Lo supo por…

—Los agentes con sotanas, como dice usted, sí. Muy útiles, como ve. Aunque lo confirmé por otras vías.

De nuevo Gaetani reflexiona en silencio.

—El trabajo en París fue un total desastre, maldice.

—Así es. Y no podemos ni siquiera echar a los miembros del equipo que lo hizo porque saben demasiado.

La furia tensa el rostro del representante de Dios.

—Ya lo haremos, Jonás. O peor. ¡Maldita la hora en que nacieron! ¡Muertos deberían estar!

Sigue un largo silencio desbordante de furia. Jonás relativiza.

—Lo importante ahora no es castigar un mal trabajo, Eminencia, sino terminarlo y terminarlo bien.

Gaetani consigue convertir su ira en pragmatismo.

—Tiene usted razón, Jonás. Un tiempo para cada cosa. El hijo de Roussel es el único que queda. El Códex M lo tiene él, no hay más opciones.

—Sabemos dónde vive.

—Muy bien. Arreglemos esta chapucería. ¿Qué propone usted?

—Echarle un vistazo a su apartamento con toda discreción, para no ponerlo sobre aviso. Si no encontramos nada allí, seguirlo durante un tiempo y ver si nos conduce al maldito códex y si no… ya usted sabe.

> *58 Si no cuidares de poner por obra todas las palabras de esta ley que están escritas en este libro, temiendo este nombre glorioso y temible: JEHOVÁ TU DIOS, 59 entonces Jehová aumentará maravillosamente tus plagas y las plagas de tu descendencia, plagas grandes y permanentes, y enfermedades malignas y duraderas; 60 y traerá sobre ti todos los males de Egipto, delante de los cuales temiste, y no te dejarán. 61 Asimismo toda enfermedad y toda plaga que no está escrita en el libro de esta ley, Jehová la enviará sobre ti, hasta que seas destruido.*
>
> **LA BIBLIA. (Deuteronomio 28: 58-61)**

—…por consiguiente podemos decir que el Antiguo Testamento, como lo llamamos hoy, es en gran parte un libro político. Una lectura descontextualizada hecha por un lector poco informado de

nuestros días permitiría creer que la religión es el tema esencial de ese libro o conjunto de libros. Recuerden la etimología de la palabra biblia. Pero si conocemos el contexto, por ejemplo, el contexto del siglo VI antes de Cristo y el legendario reino de Josías, que nos ocupa hoy, aparece claramente que en ese ámbito la religión se reduce a un instrumento de la acción política…

En las oficinas de la Universidad le dieron las explicaciones pertinentes. No le fue difícil encontrar el anfiteatro donde enseña el profesor Charles François Arouet. Tampoco entrar. Ahora Thomas escucha y observa al fin al hombre que desde hace días hila sin saberlo las hebras de su esperanza.

—Se dice que Josías, quien según la Biblia llegó al poder a los ocho años y desde esa edad reinó solo, ¡todo un prodigio para quien se lo crea!, fue el gobernante que unificó el culto de los habitantes de Judea alrededor de Yahvé o Jehová. Los nombres teofóricos, como ya sabemos, eran comunes en el Oriente Próximo donde el nombre de la persona incluía a menudo el del dios que adoraba. El nombre de este Rey defensor de Yahvé, lo dice todo: Josías significa "apoyado por Yahvé."

Se escuchan risas en el anfiteatro. El profesor sonríe, luego continúa:

—Otro pecadillo de su Majestad Josías es de no haber dejado prácticamente ninguna evidencia histórica ni arqueológica de su paso por la tierra. Quien único habla de ese "gran Rey" es la Biblia. Y como todos sabemos, en el "libro inspirado por Dios" aparecen personajes, hechos, batallas y hasta ciudades de los que ningún historiador de la época dejó constancia y de los cuales ningún arqueólogo ha hallado huellas…

Thomas, como todo el que se interesa en esos temas, leyó alguna vez que la Biblia tiene cuantiosas contradicciones y un número importante de falsedades históricas. Pero escucharlo en un anfiteatro de la muy respetada Universidad de la Sorbonne, eleva esas afirmaciones a otra dimensión.

Si para hacer desaparecer el Códex M la Iglesia mató y está dispuesta a seguirlo haciendo, lo cual parece más que probable en su caso, tiene que ser porque el Códex M devela hechos más graves

que infundios históricos harto conocidos e incoherencias señaladas en decenas de libros. Algo que, de toda evidencia, no es comparable con las ridículas Trompetas de Jericó, Sansón, el forzudo medio imbécil que le contaba todo a su traidora mujer y perdía la fuerza si le cortaban el pelo o Jonás, el que pasó tres días condenado por Dios en el vientre un "gran pez" hasta que se sometió de nuevo a "su Señor" y fue vomitado por el animal en perfecta salud y sin haberle siquiera ensuciado la ropa.

Mete la mano en la mochila, roza a *Blue*. Por primera vez siente al Códex M como un arma.

—Para facilitar el análisis, sin embargo, continua el profesor Arouet, admitamos la existencia de ese rey bíblico tal y como nos la cuentan. Con el fin de centralizar el poder, Josías decidió condenar la diversidad, que para toda autoridad dictatorial es por naturaleza subversiva. La concurrencia religiosa y la pluralidad de dioses eran una peligrosa forma de diversidad, por eso su centralizadora Majestad echó del templo a todas las divinidades que le hacían competencia a Yahvé, incluyendo a la venerada Ashera, que hasta entonces había oficiado como su compañera…

El profesor sonríe y precisa:

—Cualquier relación con Zeus y Hera, Osiris e Isis, Júpiter y Juno, etcétera, puede que no sea simple coincidencia.

Los alumnos ríen. Arouet acaba por pedir silencio y continúa:

—Vemos así que el culto al dios único no es una decisión solamente religiosa, sino, en gran medida, política.

Cuanto más escucha al profesor más Thomas se convence de haber encontrado "la punta del hilo". Está lejos de ser un gran conocedor de los enrevesados asuntos religiosos, pero nunca había leído nada ni escuchado a nadie analizar la religión desde semejante punto de vista. La explicación de Arouet sobre el carácter gobernativo del supuesto texto sagrado y de la instrumentación política de la religión en la Biblia y de manera general, lo sorprende y, en cierta medida, lo fascina.

—Entonces se presentó un delicado problema, continúa exponiendo el profesor. Años más tarde los ejércitos de Babilonia tomaron Jerusalén, la incendiaron y sobre todo saquearon y

destruyeron el Templo de Yahvé. El Monte de Sion, supuesta morada terrenal de Jehová, ese dios ahora único, calificado por los poderes políticos y religiosos como omnipotente omnisciente y omnipresente, resultó no ser en lo absoluto invulnerable, como se esperaba. Esto ridiculizó y desacreditó a Jehová-Yahvé, además de reducir drásticamente su credibilidad y la de quienes lo habían entronizado. ¡No era para menos!

El profesor marca una pausa. Los alumnos mantienen un respetuoso silencio.

—Para las élites dominantes y, en particular para los poderes políticos y religiosos, fue un verdadero desastre. Si querían "mantener la unidad del pueblo elegido de Dios" para seguir ejerciendo poder sobre ellos y continuar "ordeñándolo", tenían que justificar la derrota y recuperar el dominio de las mentes. Solo así, según las élites que vivían a expensas del "pueblo de Dios", podrían evitar "la desintegración de la sagrada nación de Israel."

El profesor hace de nuevo un corto silencio, después añade:

—Cuestiones estas, una vez más, eminentemente políticas, no religiosas, valga señalarlo.

Una ola de comentarios, más o menos susurrados, recorre el anfiteatro. Arouet espera a que se calmen antes de continuar.

—¿Qué hicieron aquellas aterradas élites políticas y sacerdotales para salir del atolladero en que el "yerro de Dios" las había metido? Apostaron por una idea muy osada, que sería después muy usada: transmutar inocentes y culpables. Lo que hoy conocemos como inversión de la culpa. Actitud que consiste en atribuir la responsabilidad de un suceso a la víctima, en lugar de reconocer las verdaderas causas. Para ello aplicaron una doctrina que dio y sigue dando buenos y leales servicios a los poderosos. Los humanos siempre tienen la culpa. Los dioses jamás. La humillante derrota de Jehová no había sido un fracaso del "omnipotente", sino una expresión de su "santa" cólera. Eso afirmaron las élites con total desparpajo. La destrucción del Templo a manos de los babilonios y las desgracias de los judíos pasaron de ser un descalabro celestial a ser un justo y merecido castigo del "omnisciente" a su pueblo por sus faltas. ¿Cuáles? Busquen, busquen, siempre se encuentran…

Haber dudado del poder de Dios, por ejemplo… Suponer que había sido vencido… Pensar que su omnipotencia e incluso su existencia eran un cuento… Las opciones son casi infinitas. Y así es desde entonces. ¡La culpa nunca es de quien inculpa! Como desacreditar a los "todopoderosos" seres divinos imputándoles las debacles del mundo real es, en todas las religiones, impensable, son siempre los pecadores, relapsos e impenitentes seres humanos los culpables. *Errare humanum est*… decía Séneca.

El profesor hace una larga pausa, antes de concluir.

—Cuesta entender que algo tan burdo haya funcionado, sin embargo muchos lo creyeron y todavía millones lo creen… Continuaremos la próxima vez. Gracias por haberme acompañado esta tarde.

Los alumnos entienden que ha llegado el final de la clase y homenajean al profesor con una ovación. Arouet lo agradece sonriendo. Luego los estudiantes abandonan poco a poco el anfiteatro.

El profesor recoge calmadamente sus libros. No hay nadie más. Thomas avanza hacia él.

—Muy interesante su clase, profesor. ¿Podría concederme unos minutos, por favor?

—¿Es un alumno nuevo?, se extraña Arouet.

—No exactamente.

Un silencio, un intercambio de miradas, una rápida recopilación de impresiones, un juicio instintivo del cerebro del profesor… Positivo.

—Dígame.

—Hace poco leí su escrito sobre el Concilio de Nicea.

—Sobre Nicea he escrito más de una vez.

—Uno que mezcla historia y ficción, donde aparecen tres filósofos que…

Una risa del profesor interrumpe la frase de Thomas.

—Sí, ya me acuerdo, dice. Lo escribí hace muchísimo. No era nada serio, más bien…

—Entonces, ¿los tres filósofos los inventó usted?

—No, se cree que existieron, pero en realidad no se sabe. Faltan pruebas. Se piensa que fueron los protectores de un texto muy antiguo y…

Arouet deja la frase en suspenso. Thomas la termina.

—Y muy peligroso. Un escrito que la Iglesia persigue desde el Concilio de Nicea.

El profesor fija en Thomas una mirada entre curiosa y extrañada.

—Un texto que les costó la vida, insiste él.

—Eso se piensa, sí. Aunque como le dije…

—En su escrito usted hablaba de un códex que podía haber cambiado el mundo. Es por ese códex que he venido a verlo.

El rostro del profesor se transforma, donde todo fue levedad, una firme gravedad se impone.

—¿Qué códex?

—El Códex M.

—¿Habla del Códex de María Magdalena?, el rostro de Arouet oscila entre júbilo y desconcierto.

—Sí.

El profesor lo mira fijo, sin decir una palabra. Si no fuese irrespetuoso se diría: con aire alelado. Es que su cerebro considera urgente proceder a un nuevo examen de su interlocutor. Más en profundidad. No consulta a la voluntad ni al consciente, demasiado lentos. Reúne más elementos que la vez anterior, también en milésimas de segundos. Los enhebra en un juicio en el que pone todas sus luces. Deja relampaguear la duda, debatirse el bien y el mal, permite que la sospecha haga titubear al discernimiento… Concluye: positivo con sombras. Podrían ser peligros.

—¿Qué sabe usted de ese códex?, pregunta el profesor, prudente ahora.

—Bastante, aunque no lo suficiente.

—Nadie ha visto ese documento en siglos. Muchos historiadores piensan que no existe, otros incluso que nunca existió.

—Se equivocan.

Thomas extrae de la mochila la hermosa caja azul y dorada y la abre. El rostro del profesor se transforma una vez más. Ahora lo domina la estupefacción.

—Póngase estos guantes, por favor, requiere Thomas.

Arouet calza mecánicamente los guantes blancos sin despegar los ojos del Códex M, luego lo abre con extremada precaución, se concentra en él un corto tiempo y exclama, presa de una intensa emoción:

—¡Existe! Me parece increíble. ¡Lo tengo en mis manos! ¡El Códex M existe!

Devuelve el documento a Thomas, que lo vuelve a introducir en la *Blue*.

—Nadie debe ver el Códex M ni conocer su existencia, afirma el profesor. Es extremadamente peligroso. Si la Iglesia es una de las instituciones humanas más antiguas y si ha sobrevivido a vientos y mareas, es porque ha sido siempre despiadada y feroz cuando se ha sentido atacada, insiste Arouet. ¿Tiene consciencia de ello?

Thomas estima innecesario transmitir ciertas informaciones al ilustrado anciano. Elude mencionar el estado en que se encuentra su padre, los cadáveres con que los asesinos a sueldo de la casa de Dios han ensangrentado la senda del legendario texto, la amenaza que pesa sobre él…

—Este no es lugar para consultarlo ni para hablar de ese tema, insiste Arouet. Sígame, vivo cerca.

Salen a la calle, Charles Arouet mira hacia todas partes como si lo estuvieran siguiendo. Tiene miedo, un miedo tan súbito que sorprende a Thomas y lo pone inútilmente en alerta, pues no lo comparte. Él flota entre alegría, expectación y esperanza…

Arouet examina el Códex M con mucho mayor detenimiento ahora que están en su apartamento. Una mezcla de entusiasmo y rigor ilumina su mirada. Sus gestos lentos y cuidadosos acarician cada hoja con infinita precaución y segura destreza. De vez en cuando un murmullo se escapa de sus labios tensos o un mohín que flagela su rostro denuncia alguna inquietud. Thomas lo observa callado, con la impresión de asistir a una ceremonia pagana y sacra.

—Algunas partes no pueden ser fácilmente leídas a simple vista. Pero es normal, dice el profesor.

—¿Están demasiado dañadas?

—No demasiado. Solo dañadas. Muchos siglos de una existencia que, a no dudarlo, no fue siempre fácil. Pero el pergamino es un material tenaz. Sobre todo las pieles de esta calidad. ¿Hizo ya una datación?

—La están haciendo en este momento. Tendré el resultado en unos días.

—Me gustaría conocerlo. ¿Podría ser?

—Sí, se lo comunicaré con gusto.

Arouet observa por última vez el antiguo texto y se lo devuelve a Thomas.

—Si lo que se dice del Códex M es cierto, este escrito que tenemos en nuestras manos podría estremecer los cimientos de miles de catedrales, basílicas, santuarios; privar de sus cómodos y bien remunerados ministerios a una multitud de "representantes de Dios en la tierra"; trastornar el orden de las innombrables piedras que a través de los siglos un sinfín de hombres y mujeres dominados por látigos psicológicos y físicos ordenaron, perdiendo a menudo sus vidas en aras de elevar edificios donde perderían la libertad… Eso lo hace muy peligroso.

Impresionado por las palabras del profesor, Thomas reintroduce el códex en el corazón de *Blue*. Luego pregunta:

—¿Cree que puede haber sido realmente María Magdalena la autora de este texto, profesor?

—Es lo que siempre se ha dicho. No es una hipótesis descabellada. Lo poco que se sabe de María Magdalena es que era una mujer con medios económicos, que tuvo acceso a la educación y la cultura. También, y tal vez por eso, es la mujer cuya reputación fue más maltratada en la historia de la Iglesia. El Papa Gregorio I la estigmatizó en el siglo VI, convirtiéndola en la encarnación de todos los vicios y lacras: prostituta, adúltera, pecadora relapsa, mentirosa, endemoniada… Se dijo, además, que había pervertido o querido pervertir al virginal Jesús. ¡Lo peor de lo peor! Así fue vista por artistas y creyentes durante siglos. Aunque nunca dejó de ser

adorada. Y de pronto resulta que en 2016, el Papa Francisco, no se sabe por qué, la convirtió en la "apóstol de los apóstoles" y la santificó. Como la Iglesia es el reino de la imaginación y para ella la historia no tiene mayor importancia, tras haber sido durante siglos la encarnación de todos los vicios, a causa de un Papa, gracias a otro Papa, María Magdalena pasó a ser una supra santa…

Sin dejar de hablar, Arouet abre una Biblia.

—Si se da por cierto lo que afirmó la persona que escribió el tercer Evangelio, en Lucas 3:1-3 dice:

> *"Aconteció después que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Chuza, mayordomo de Herodes; Susana y algunas otras, las cuales le servían con sus bienes".*

—La persona que escribió el tercer Evangelio dice usted. ¿Acaso los Evangelios no fueron escritos por los apóstoles?, se sorprende Thomas.

Provoca una estentórea risa del profesor.

—Creo que necesita pasar de nuevo el catecismo, querido amigo. Ningún apóstol se llamaba Lucas. Y ningún apóstol escribió la más mínima línea de los evangelios. Lo más probable es que casi todos fueran analfabetos.

Thomas suma sus risas a las del profesor, hasta que este le explica:

—La Iglesia afirma que el autor de los Evangelios es Dios. O que están inspirados por Dios. Pero bueno, creerle a la Iglesia es, como mínimo, pecar de estupidez. La realidad es que no se sabe quiénes fueron los autores. Durante más de cien años esos textos circularon como anónimos, hasta que la Iglesia les puso nombres.

—Perdone, profesor. Está diciendo que los Evangelios, que se consideran sagrados, fueron escritos por unos desconocidos y que luego les pusieron nombres de apóstoles para engañar a la gente.

—Exactamente. Así fue.

—¡Es un disparate!

—Uno entre tantos. Ninguno de los Evangelistas vivió en la época en que se supone que vivió Jesús. Ni lo conoció, por supuesto. Lo que las investigaciones históricas y arqueológicas han podido sacar a la luz es que el Evangelio de Marcos, que todos los especialistas et incluso la Iglesia catalogan como el primero, fue escrito por una o varias personas entre los años 68 y 73 o sea cuarenta o cuarenta y cinco años después de la supuesta muerte de Jesús, alrededor del año 33, fecha que se deduce, por cierto, pues tampoco se conoce. Nadie sabe con exactitud cuando nació ni cuando murió el dios-carpintero de la cruz de madera. Curioso, ¿no?

—¿Cómo es posible que tantas personas crean aún en algo tan absurdo?

—El ser humano es todavía bastante primitivo, Thomas, y por consiguiente irracional. Los humanos no sabemos qué tenemos dentro del cráneo ni cómo funcionan nuestros cerebros, sin embargo algunos pretenden saber con toda precisión cómo se creó el universo y en cuanto tiempo. Es patético, pero es la realidad. De no ser así sería imposible que hoy alguien se tomase en serio la Biblia, unos libros escritos por personas que creían firmemente que la tierra era plana y que las estrellas podían posarse en su superficie.

Thomas calla, aturdido por la fuerza de esas afirmaciones que lo desconciertan. El profesor lo observa, feliz por haberle enseñado algo que para Thomas parece ser importante; algo tan visible y sin embargo tan poco conocido, tan al alcance de la mano y tan ignorado. La realidad es más prosaica, Arouet lo sabe, más sibilina, se trata de algo escamoteado, de un saber disimulado, ocultado, de una mentira, de un ardid…

—¿Y los otros Evangelios, profesor?

—Los autores posteriores copiaron una buena parte del texto de Marcos y añadieron algunos elementos, generalmente para aumentar los efectos. Más milagros, más seguidores, más notoriedad para Jesús, más elementos mágicos durante la muerte y la supuesta resurrección, de tipo muertos que salen de sus tumbas en el instante en que Jesús muere, por ejemplo, cadáveres vivientes de los cuales solo la Biblia habla pues, al parecer, ningún historiador

de la época se enteró o lo juzgó suficientemente interesante para dejar constancia. Normal, tratándose de un hecho tan banal…

Una estruendosa carcajada estremece al anciano, que ríe burlón y gustosamente durante un buen rato, hasta que continúa diciendo:

—Lo que sí está perfectamente claro, al punto que la propia Iglesia lo reconoce, es que todos los autores de los Evangelios hablaban de sucesos que no presenciaron, sino que les fueron narrados por personas que los habían escuchado de otras a quienes también se los habían contado. La Iglesia dice que les fueron "divinamente revelados". El autor o los autores del libro conocido como Evangelio de Mateo escribió ese texto entre los años 70 y 90, los del llamado Evangelio de Lucas entre los años 80 y 100. Por último el Evangelio de Juan se piensa que fue escrito entre los años 90 y 110. Esas fechas no son probadamente históricas, como es natural. Casi nada en la Biblia lo es.

—Pero ¿cómo pudo la Iglesia alienar las mentes humanas con semejantes falsedades?

—Por la espada y el fuego al principio. O era usted católico o lo mataban. Por el adoctrinamiento desde la infancia luego. Si los humanos escogieran ser creyentes o no a una edad en que fuesen capaces de pensar con independencia, muy pocos abrirían sus mentes a semejantes tonterías. ¿La prueba? Los católicos son casi siempre hijos de católicos, los protestantes tienen generalmente padres protestantes, los musulmanes nacen de musulmanes, etc.

En el silencio que se prolonga Thomas disimula su perplejidad. El profesor le pregunta:

—¿Qué piensa hacer con el Códex M?

—Publicarlo. Tan pronto tenga la confirmación de que se trata de un documento del siglo primero.

—Correrá un gran riesgo.

—Lo sé.

—Tendrá que traducirlo.

—Me gustaría que lo hiciese usted. Si teme que la Iglesia tome represalias contra su persona o su familia, podría hacerlo de manera anónima. Le pagaré, naturalmente.

De nuevo un silencio absorbe las palabras, un silencio que se caracteriza por una testaruda sonrisa en el rostro del anciano.

—Hacía años que nadie me había hecho tan hermoso regalo, Thomas.

—No lo entiendo, profesor.

De nuevo Arouet sonríe, luego dice:

—Doy clases más por el placer que por el salario. Perdí a mi esposa hace años, mis hijos tienen vidas estables. Dinero tengo suficiente y el dinero a mi edad no tiene gran importancia. El ego sí. Dicen que tira de uno hasta el final, ¡qué horror! Se ve que nuestro creador tenía algunas aristas malvadas.

Ríe ahora, a carcajadas de nuevo. Thomas celebra su humor uniéndose a sus risas.

—Traducir un documento de la importancia del Códex M sería algo que mi ego valoraría tremendamente. Algo que lo haría hincharse como un globo. ¡Bum! No hay oro que pague semejante oropel. Lo haré gratis y con mucho gusto, hijo.

Se pone de pie y abre los brazos. Thomas comprende su intención y lo imita.

Se abrazan.

> *Después de esto vi a cuatro ángeles en pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, que detenían los cuatro vientos de la tierra, para que no soplase viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol.*
>
> **LA BIBLIA. (Apocalipsis 7: 1)**

Thomas tiene una tal sensación de plenitud que cree volar. La canción de Lennon que tanto le gusta a su padre acaricia una y otra vez su mente:

Imagine there's no Heaven.
It's easy if you try.

No Hell below us
Above us only sky…

Con una datación avalada por el Louvre y una traducción hecha por el profesor Arouet se sentirá seguro para enfrentarse a los que intentarán sin dudas atacar la autenticidad del Códex M una vez publicado, se dice. Sonríe solo, al punto que unas chicas lo miran y le sonríen, trayéndolo de vuelta a la realidad, a la populosa calle del *Quartier Latin* donde la gente va y viene ríe, conversa, pasea, se da prisa… ¿Cuántos creerán todavía en las leyendas de la Biblia? Las estadísticas más recientes anuncian que por primera vez en la historia hay en Francia menos creyentes que no creyentes. Y las previsiones avisan que cada vez habrá menos mentes atrapadas por las falsas promesas de la religión. No solo en Francia, en toda Europa está sucediendo lo mismo. Algunos afirman que la primera sociedad poscristiana será europea. Y él se enaltece con cierto orgullo por disponerse a impulsar ese paso hacia la madurez de la humanidad.

Sigue llevando en la mochila el Códex M. El profesor prefirió trabajar en un primer tiempo a partir de una copia. Es lo más seguro. Lo menos peligroso.

Llegado a la Sorbonne retoma su moto. Es el único medio de transporte en el cual se siente medianamente seguro. Aunque cada vehículo que se le acerca demasiado lo insta a acelerar para restablecer las distancias y en cada cruce de calle mira hacia todos lados con los músculos tensos y los reflejos listos para actuar en caso de que suene la alarma.

Llegado a la *rue du Pont Neuf*, su calle, entra la moto en el parqueo y sale de nuevo. Andando es más fácil comprobar si es o no seguido. Va hacia el cercano y concurrido barrio de *Les Halles*, donde camina en diferentes direcciones hasta convencerse de que nadie se interesa en él. Entra en una agencia bancaria. La encargada de su cuenta, *mademoiselle* Noblet, una seductora rubia, lo reconoce y le da la bienvenida.

—Vengo para depositar algo en el cofre que alquilé.

—Muy bien. Todo está listo.

Ultiman el contrato de locación de la caja fuerte en el que solo falta la firma de Thomas, luego la elegante empleada del banco dice:

—Sígame, por favor.

Bajan a un impresionante sótano que parece todo de metal, donde *mademoiselle* Noblet le explica el funcionamiento del servicio, mayormente cómo crear un código personal y utilizar su huella dactilar, luego lo deja solo.

Los latidos del corazón de Thomas se aceleran cuando pone en el pequeño cofre a *Blue* y su tesoro, el Códex M. Sabe que aquí estarán más seguros que en su mochila pero se ha acostumbrado tanto a ella que se siente un poco desposeído, casi desnudo…

Ríe mientras asciende al piso superior y se despide de la señorita Noblet, cuyas piernas lo hacen soñar unos segundos.

De nuevo al aire libre constata que se siente más tranquilo por no llevar encima el Códex M. Camina en dirección de su casa disfrutando el paseo, admirando con placer las chicas que cruza, haciendo planes para un espléndido futuro…

Gaetani camina con paso firme y rostro severo por los pasillos ornados de antiguos frescos y lienzos de temática religiosa en los que, como es de rigor en el arte católico, nadie es dichoso, ni feliz y nadie sonríe ni ríe. Obras de incalculable valor que hoy el obispo ni siquiera mira, pues lo estremece la furia de saber que si Schulzer le ha exigido esta cita no es para el supuesto trabajo que hacen juntos, que consiste sobre todo en permitir que el cardenal ejerza control sobre sus actos, sino para que Schulzer se cubra las espaldas enfrentándolo a otros miembros de la "Sagrada Congregación para la Defensa de la Fe". Lo cual quiere decir que algo saben ya del lamentable trabajo de los dos tiradores que actuaron en París. Visiblemente los curas espías no trabajan solo para Jonás.

Ante la puerta de la "Sagrada" se toma unos segundos para respirar varias veces profundamente y diseñarse una máscara de

impasibilidad. Golpea la madera labrada cuando se estima lo suficiente dueño de su autocontrol.

—Adelante, dice el cardenal Schulzer.

A través de la maciza puerta de madera la voz gastada del viejo alemán se escucha apenas. Por el placer de obligarlo a molestarse en venir a abrirle, el obispo golpea de nuevo. Al cabo unos segundos, refunfuñando, el purpurado decano aparece.

—¿Está sordo? Le dije que entrara.

—Ah, mil disculpas, Ilustrísima, es que las espesas puertas de madera como esta absorben terriblemente los sonidos.

Rezongando aún el cardenal lo deja pasar, cierra la puerta y se dirige hacia su asiento. Una rápida mirada del obispo le revela la trampa que le han preparado. Acompañan a Schulzer los cardenales de La Tour Bissy, Gómez Cruz y Jozef Wysocki. Solo ellos. No debe esperar nada bueno.

—Que la misericordia divina los acompañe hoy y siempre queridos miembros de esta insigne comisión, dice Gaetani a modo de saludo. Un placer estar de nuevo con ustedes.

Varias falsas amabilidades y algunas sonrisas bañadas en hipocresía son el preludio a un interrogatorio en el cual se aplicará la probada técnica de la nunca totalmente renegada Inquisición, que consiste en mantener al reo en la ignorancia y conseguir que se acuse a sí mismo y, en su desesperación, aporte informaciones que el acusador ignora.

—¿Podemos comenzar o esperamos a alguien más?, pregunta el obispo con falsa inocencia.

—Estamos todos, responde Schulzer. El resto de nuestros hermanos no ha podido liberarse de sus múltiples ocupaciones.

Los instintos de conservación y de defensa se disparan en la mente del obispo. No es casualidad que solo hayan podido "liberarse de sus múltiples ocupaciones" los tres cardenales que más lo odian, piensa.

—Puede sentarse en el sitio que le está reservado, añade el decano.

El sitio en cuestión se encuentra frente a los cuatro cardenales, una manera de señalarle que tiene el estatus de acusado. Benedetto

Gaetani toma asiento en la sutil picota arbolando una irónica expresión con la que entiende significar a sus acusadores de que está dispuesto a darles guerra.

—Ustedes dirán, Excelentísimos, dice, disponiendo ante él algunos documentos.

Schulzer se sienta relativamente apartado de los tres otros cardenales, como para marcar su menor implicación en lo que sucederá a continuación; disposición espacial cuya significación no escapa a Gaetani, por más que la sabe falsa, mucho más una estrategia que una real posición moral. No ignora que las buenas intenciones en la Santa Città acaban casi siempre por tropezar con los escollos de los intereses personales y le parece evidente que no podrá contar con el serpentino decano.

Los tres cardenales restantes se sentaron juntos. Geografía del terreno que dice claramente cuales son las intenciones, remarca el obispo. Por lo pronto los tres purpurados cuchichean. O lo que es igual, afinan el orden de batalla.

Al fin los tres hombres le dan las caras. Tres muecas austeras bajo tres solideos. Tocados rojos como la sangre vertida a lo largo de la historia por instigación de tantísimos cardenales. El obispo no puede evitar un pensamiento piadoso hacia los que en otros tiempos afrontaron la Sangrienta Inquisición.

Como es de esperar, la primera salva la lanza de La Tour Bissy.

—Suponemos que no ignora por qué le hemos dado cita, estimado obispo, ¿no es cierto?

A diferencia de los acusados de tiempos más oscuros y peligrosos, Gaetani conoce la técnica, sabe que al blandir una directa o velada amenaza y terminar por una interrogación el acusador busca desestabilizar al acusado, aterrorizarlo para hacerle decir lo que quisiera callar e incluso inventar lo que ignora.

—Lamento no poder responder afirmativamente a su pregunta, Reverendísima. Pero usted me lo dirá, ¿no es así?

Una mueca de contrariedad, discreta pero perceptible, sobrevuela el rostro del purpurado francés.

El cardenal Wysocki, menos sutil, va directo al grano.

—Háblenos de lo que sucedió en París, Señoría.

Para Gaetani la pregunta directa del brusco purpurado polaco confirma lo que sospechaba, que París es el centro del problema. Esto le dice bastante, pero no todo, para defenderse con acierto necesita aclarar qué saben ellos de lo que realmente sucedió. Responder sin reunir más información es correr el riesgo de mentir, lo que equivale a abrir el flanco a un ataque o caer en la trampa de los reos de la Inquisición y decir más de lo que debe, lo que, en el presente, equivale a comportarse como un necio. Lo mejor en estos casos, como le enseñó la Iglesia misma, es dar vueltas con la noria hasta que caiga el burro, según decían en sus tiempos de seminarista.

—¿De qué aspecto de la operación concretamente quiere usted que le hable, Excelencia?,

Preguntar tanto como sea posible, responder lo menos que se pueda.

—Háblenos de todo.

—Pasaríamos la tarde aquí. Creo que ustedes conocen ya los pormenores, pues estaban claramente explicados en mis informes y los de los hombres que dirigieron los equipos en la acción.

Le resulta curioso que Schulzer no intervenga. Por lo que puede leer en su impasible rostro, algo en todo esto lo incomoda. ¿Lo uniría a él una remota solidaridad por el hecho de que se están viendo más a menudo? Sería sorprendente, pero nada es imposible en los prados del Señor. Lamentablemente, se equivoca.

Gómez Cruz carraspea para aclararse la voz, verifica su birreta con un gesto no desprovisto de coquetería, achica los ojos como si afilara así su mirada para encajarla en el reo y dice con voz falsamente acaramelada:

—Estimadísimo obispo Gaetani, le preguntaré algo que no le será nada difícil responder a un hombre de fe, como usted: ¿podría citar el octavo mandamiento de nuestro Señor?

—Desde luego, admirado cardenal. Hay diferentes versiones, como usted, en su inmensa sabiduría no ignora. Le cito la más breve:

"No darás falso testimonio ni mentirás."

El cardenal español se pone de pie, apoya sus manos en la larga mesa, avanza el torso y lanza con voz furiosa y tronante ahora.

—Entonces cese sus intentos de mentirnos. ¡Responda de una vez! ¿Qué pasó en París?

Gaetani no manifiesta la menor emoción. Mira impasible al alterado Gómez Cruz, sin pronunciar palabra. Deja que el tiempo se extienda y que su extensión tuerza el sentido del tono agresivo del español, lo disuelva.

—¡Responda! insiste Gómez Cruz, indignado. En París las cosas no salieron como debían. ¿Qué pasó?

De nuevo el obispo permanece en silencio y deja que el tiempo o tal vez el pagano dios Cronos ridiculice al enardecido cardenal, que sigue con el torso inclinado hacia delante, hacia él, y va perdiendo a todas vistas su dominio.

—Responda, obispo Gaetani, por favor, interviene Schulzer cuando Cronos se ha estirado tanto que ya se escuchan sus bostezos.

—Lo haré con mucho gusto tan pronto su Eminencia el cardenal Gómez Cruz me hable como un hombre de Dios debe hablar a un obispo y no como un verdulero.

La furia del español se delata en el color escarlata que pinta de pronto su rostro. El arrogante de La Tour Bissy pierde la paciencia. Él también utiliza un tono perentorio.

—¡Hablamos de Armand Roussel, no se haga más el tonto! Sigue vivo. Lo sabemos. Y no tenemos ningún deseo de escucharlo decir estupideces para ocultarlo. ¡Responda! En París, ¿qué pasó?

Gaetani piensa rápido. Al fin le proporcionaron la información que necesitaba. La cólera es mala consejera. Por lo visto no lo saben todo. De haber estado al corriente de lo sucedido o más bien de lo no sucedido con el hijo de Roussel, hubiesen comenzado por ahí, pues es lo más grave. La manera exaltada e irrespetuosa empleada por de La Tour Bissy y Gómez Cruz lo ponen a él en posición de fuerza. Decide marcar un punto y provocar un shock. Con lenta y cuidadosa delicadeza recoge sus papeles, luego, ante la mirada perpleja de sus interlocutores, se pone de pie, saluda con una discreta reverencia y se dirige hacia la puerta. Schulzer permanece

en silencio, lo que parece buen signo al obispo. Solo de La Tour Bissy reacciona.

—¿Qué hace, obispo? ¿Quién lo autorizó a ausentarse?

Pietro no se vuelve. Deja que el intolerante cardenal y su rabia se muerdan la cola. La puerta de la "Sagrada Congregación" se cierra tras él. Una gozosa risa lo recorre. Por precaución no deja llegar a sus labios esa peligrosa artimaña del Maligno…

La amargura le aprieta el cuello como una bufanda de alambre de púas. Es así casi siempre cuando sale del hospital.

Deja la moto en el parqueo. Toma el ascensor. Mira sus mails en el teléfono mientras el aparato sube. Lo ha hecho unas diez veces en el día. El profesor Arouet le prometió enviarle la traducción del Códex M a medida que la fuese haciendo. No ha recibido nada.

Abre la puerta de su apartamento. Tiene un momento de duda. Como si algo que solo su inconsciente puede percibir lo alertara. Entra. Su instinto sigue trabajando, encontrando en el apartamento que tan bien conoce signos alarmantes.

Va hasta la cocina, abre una cerveza bien fría, se la sirve en un vaso alto y fino, sus preferidos para la cerveza y se deja caer en el sofá del recibidor. Sus ojos captan algo que su cerebro procesa sin que él tenga acceso a ello. Su consciente sigue enfrascado en la pena: cuanto más tiempo dura un estado de coma mayor es a menudo la dificultad para revertirlo y mayores podrían ser las secuelas… *Maldita la hora en que leí eso en Internet*… Sin que él lo haya percibido sus ojos enviaron a su cerebro varias informaciones nuevas de igual índole que la primera. El órgano más importante y desconocido de su cuerpo trabajó a toda velocidad y en toda discreción hasta concebir sospechas, corroborarlas y decidir que valía la pena molestar al consciente.

Entonces Thomas percibe lo que su cerebro ya sabe: la Venus de Milo que le regaló Samuel no mira totalmente hacia el sofá. Tampoco la Victoria de Samotracia abre sus alas hacia la ventana, al menos no como de costumbre. Las dos pequeñas esculturas están casi en sus

habituales posiciones… casi. Y ese casi es algo que no escapa a una consciencia observadora y ordenada como la de Thomas.

Un temor agrandado por los acelerados latidos de su corazón y el reguero de adrenalina que suele a veces complicarlo todo sin resolver nada, lo dirigen hacia donde ya su cerebro fue: la biblioteca. Aparentemente todo está en orden, pero es solo apariencia. Su cerebro descubrió hace unos instantes que el polvo depositado en algunos anaqueles aprovechando el poco interés que Thomas les ha prestado desde que Armand está hospitalizado, fue desplazado; que aunque el orden de los libros no ha sido alterado el alineamiento sí lo fue, por más que se trate de milímetros. Verifica su escritorio, su cuarto, el apartamento todo, encontrando cada vez más posiciones que no corresponden totalmente, detalles que denuncian manos extrañas.

¡Registraron la casa! ¡Ya saben que estoy vivo!

La respuesta positiva le parece prácticamente evidente a la parte analítica de su cerebro, la que se basa en datos concretos para concluir. La parte intuitiva de su mente, rápida y fulgurante, se inclina sin embargo hacia la respuesta negativa. El pensamiento intuitivo se nutre más de lo sentido que de lo observado. ¡No puede ser que hayan entrado en casa! ¿Por qué ahora? Ambas formas de pensar se enfrentan a menudo en las mentes humanas. Por más que tengan diferentes funciones, casi siempre una de ellas acaba por predominar. Así, en las personas religiosas el pensamiento intuitivo se impone, no necesitan saber, creer les basta, razón por la cual pruebas y evidencias tienen tan poca incidencia en la fe, esa sublimación de la credulidad.

Thomas es más bien analítico, por eso extrae su teléfono y compone un número.

—Capitán, buenos días, soy Thomas Roussel. ¿Podemos vernos?

—Estoy en Londres. ¿Qué pasa?

—Registraron mi apartamento.

—¿Está seguro? ¿No puede tratarse de un robo?

—No.

—¿Encontraron el Códex M?

—No.

—Le envío a alguien.

—No servirá de nada. Quería simplemente que usted lo supiese.

—Váyase de ahí cuanto antes. Debió haberlo hecho cuando se lo dije.

—Ya lo sé. Me temo que puedan ser de nuevo una amenaza para mi padre.

—Yo me ocupo de eso. Lo llamo cuando regrese. Váyase de su apartamento y tenga cuidado en la calle. Podrían seguirlo.

—Gracias.

Thomas reúne con presteza algunos efectos personales. Antes de salir verifica una vez más que nada falta en el apartamento. Olvida algo extremadamente importante. Algo que desde hace semanas se encuentra en la papelera de su escritorio: un post-it.

—Magnífica.

Riendo a carcajadas Pietro Gaetani consulta una nueva foto antes de hacerla desaparecer en el gran sobre que le trajo Uccello y extraer una más sin dejar de reír.

—Esta es una maravilla. Imagino el pie de foto: santa Gay Pride vaticana. Ámense los unos encima de los otros.

Pietro sigue riendo estruendosamente. Una sonrisa de satisfacción se dibuja en el rostro de Silvio Uccello.

—Mira estas otras, dice tendiéndole un sobre más pequeño. Una sorpresa o más bien un regalo de Dios. Ya me dirás.

Gaetani extrae varias fotos del sobre y exulta.

—¡El cardenal Gómez Cruz estuvo en la fiesta!

Uccello sonríe satisfecho y añade:

—Ya sabes, Dios los crea y el Diablo los reúne.

—Regalo de Dios, dice el obispo.

—Eso me pareció a mí. Pero como Dios y yo casi nunca estamos de acuerdo…

—Has hecho un muy buen trabajo, Silvio, como siempre.

El obispo guarda una enésima foto de las que fueron tomadas en el suntuoso apartamento del cardenal de La Tour Bissy durante la

fiesta de la que consiguió enterarse Uccello. Son fotos extremadamente comprometedoras para el cardenal francés. Accesoriamente el cardenal Gómez Cruz tampoco sale muy bien parado.

—Hay que reconocer que en lo tuyo eres un dios, amigo mío.

—No creas que la lisonja te servirá para bajar el precio, bribón.

—Ah, porque piensas pedirme más dinero.

—No, no, soy un ladrón honesto. Me conformaré con lo que acordamos. Eso sí, si Dios y el Vaticano, que no pagan impuestos, con la bondad y el infinito amor que no los caracterizan quisieran darme algún suplemento, no les haría la afrenta de rechazarlo…

Los dos amigos levantan sus vasos y brindan riendo a carcajadas.

—Algunas fotos son asesinas, ¿no es cierto?, opina Silvio.

—Mejor aún. Para serte sincero no me esperaba que lograses hacerte con semejante material.

—Con toda inmodestia, reconozco que me salió bien. De acuerdo con el uso que se les dé, esas fotos pueden convertirse en una verdadera bomba.

Gaetani reflexiona bajo la mirada paciente de su amigo.

—¿Qué harías tú con esto?, pregunta al fin.

—Para responder a esa pregunta tengo que saber cuál es tu objetivo, Pietro. Si quieres solamente hacer callar al cardenal ese, basta con hacerle llegar un par de fotos acompañadas de una pequeña nota. O hacérselas entregar por alguien que le diría que vienen de tu parte. Nada te obliga después a reconocerlo. Si quieres algo más explosivo, basta con aumentar el número de personas que las verán. El abanico de posibilidades es muy amplio… A mi entender el objetivo condiciona el uso.

De nuevo las ideas se agitan en la mente del obispo. Por lo pronto todos los que no deberían saberlo están ya enterados de que Armand Roussel sigue vivo. Problema número uno. Problema número dos, pocos saben que el hijo de Roussel no fue ni siquiera herido y que en su lugar murió un inocente, pero la información no tardará en llegar a los peores oídos.

El desastre de París será usado contra él, para Gaetani está claro. Quienes quieren dañarlo ofrecerán con placer su cuello al filo de decenas de envidias y ansias de venganza, lo responsabilizarán del fracaso parisino e intentarán hundirlo cuanto puedan. Tiene que evitar que la "Sagrada Congregación para la Defensa de la Fe" y sus "monaguillos" causen un tumulto doméstico con los errores de París que lo ponga a él entre el yunque de las acusaciones de un Schulzer, un Gómez Cruz, un de La Tour Bissy y otras "santidades" y el martillo del Papa, quien suele recordar en esos casos que la casa de Dios es una dictadura en la que uno manda y los otros obedecen o perecen.

Solo hay una forma de contrarrestar eso: el ataque. ¿Acaso no es la mejor defensa? Sus enemigos no pueden publicitar los desaciertos de la "Operación Magdalena" fuera del Vaticano. Él sí puede mostrar esas fotos en Roma, en Italia y hasta en el mundo. Y es exactamente lo que va a hacer, provocar un verdadero escándalo. ¡Un terremoto!

—Pensé que tenías claro qué harías con estas fotos, dice Uccello extrañado.

—Lo tenía, pero las cosas han cambiado.

—Entonces…

—Quiero que esto explote, que se vean estas fotos y se hable de este asunto en el Vaticano, en Roma y hasta en el cabrón cielo.

> *15 Entonces los de Judá gritaron con fuerza; y así que ellos alzaron el grito, Dios desbarató a Jeroboam y a todo Israel delante de Abías y de Judá; 16 y huyeron los hijos de Israel delante de Judá, y Dios los entregó en sus manos. 17 Y Abías y su gente hicieron en ellos una gran matanza, y cayeron heridos de Israel quinientos mil hombres escogidos. 18 Así fueron humillados los hijos de Israel en aquel tiempo, y los hijos de Judá prevalecieron, porque se apoyaban en Jehová el Dios de sus padres.*

LA BIBLIA. (2 Crónicas 13: 15-18)

En el Café Mollien Thomas se siente seguro. Relativamente al menos. En realidad, desde que registraron su apartamento y la aguda consciencia de su fragilidad y de la obstinación de los hombres del Vaticano le explotaron ante los ojos, no se siente seguro en ninguna parte. Al interior del Louvre nadie puede entrar con armas, esto reduce la gama de peligros que lo acechan en el Mollien, pero no los elimina totalmente. Sabe que sus enemigos, aunque invisibles, pueden estar en cualquier parte y son extremadamente poderosos, por lo cual, aunque no lo venza el miedo, tiene más de una razón para temerles.

Asesinan, los ha visto.

Se fue de su apartamento. Se mudó ya dos veces de hotel. Cada vez que sale a la calle intenta asegurarse de que no es seguido. Nada le garantiza sin embargo de que así sea. Los diabólicos hombres de Dios son muchos, él está solo. Si de algo se alegra ahora es de haber confiado a tiempo el Codex M a las entrañas de un banco.

—¿Qué te pasa, Thomas?

La voz de Sarah lo sobresalta.

—Nada, nada…

Su presencia, sin embargo, le acelera la sangre. Está vestida de rojo como la primera vez que la vio. Tiene sus largos cabellos sueltos y sus labios pintados del mismo color que su vestido. Él se pone de pie, se dan dos castos besos en la mejillas… aunque ambos quisieran dárselos en los labios.

—Mientes mal, dice ella sentándose.

—Te han dicho que eres una curiosa mezcla de Freud y Sherlock Holmes.

—Sí, me lo acaba de decir un señor que tiene tanto humor como un erizo.

Él sonríe, ella hace un mohín que podría ser de contrariedad, antes de añadir:

—Sigues sin tener confianza en mí, qué pena.

—Te aseguro que no es así.

—Te parece que no noto lo ansioso que estás, lo perturbado. Tus ojos intentan ver todo lo que te rodea, como si te estuviesen persiguiendo. Tal vez sea eso lo que pasa, ¿sí? Te persiguen, ¿tengo razón?

Thomas no responde.

—Insististe para que nos viéramos dentro del museo y no afuera, ¿por qué? Te sucede algo, Thomas. Algo serio. Por eso me molesta que me lo ocultes. Que todavía me sigas negando tu confianza y tu amistad.

Thomas pierde la paciencia. El tono de su respuesta refleja esa contrariedad al pintarse de una agresividad injustificada.

—Te estoy protegiendo, Sarah. No es que no tenga confianza en ti, es… es… es lo contrario, *merde*.

—No soy una frágil creatura, mister macho. Soy una mujer. O sea, alguien fuerte y capaz.

—Me da igual lo que pienses. Yo hago lo que me parece apropiado. No tengo que pedirte permiso. Te cuido, ¿me entiendes? Al no decirte ciertas, cosas te cuido. Me dolería mucho que te pasara algo, acaso no te has dado cuenta. Tú que pretendes ver tanto en los ojos de los demás cómo es posible que no veas eso en los míos.

Sarah parece agradablemente sorprendida.

—Dime entonces qué te pasa.

—La gente que busca el Códex M reapareció. Registraron mi casa. Intentaron hacerlo discretamente, lo cual indica que quisieron evitar que yo me percatara para poder seguirme. Lo que probablemente están haciendo en este mismo momento.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí.

Un silencio los envuelve. Sarah lo rompe con una sonrisa pícara

—¿Te dolería mucho si me pasara algo?

—Ya te lo dije.

—Mucho… ¿cuánto?

Él sigue tomándoselo todo en serio, víctima de sus angustias. No se da cuenta de que ella le habla con tono burlón.

—Preferiría que me pasara a mí. Lo entiendes ahora.

—Acércate, por favor.

Extrañado Thomas avanza su rostro a través de la mesa, pensando que ella quiere decirle algo en secreto. Sarah avanza el suyo y lo besa en los labios. Un beso corto que los electriza. Primero sorprendido, Thomas toma la iniciativa y la besa de nuevo.

—Yo creía que estaba prohibido besarse en el Louvre, dice cuando se separan, entre turbado y risueño.

—No, lo que está prohibido es tomar fotos con flash.

La respuesta de Sarah les provoca unas carcajadas explosivas que tienen mucho de risa nerviosa.

Hacen el amor en la penumbra artificial del hotel de Thomas. Él no aceptó acompañarla a su casa, demasiado peligroso para ella. Se besan sin risas ahora, pues si la atracción y la seducción suelen ser risueñas, el deseo casi nunca lo es. Las manos y los labios recorren los cuerpos provocando estremecimientos que buscan convertirse en sentimientos, intensidades que borran pasadas caricias ya que el placer sexual es exquisitamente olvidadizo y como la espuma de las olas no se amolda al pretérito, se conjuga solamente en presente.

Los pensamientos se eclipsan tras el brillo enceguecedor de los sentidos, gusto, tacto, olfato, vista y oído dirigen, ordenan, deciden, reemplazan al discernimiento, timoneles de una comunicación a la que pocas veces los humanos acceden y que el sexo intensifica, magnifica. Los muslos se tensan, los sexos se atenazan, las caderas afinan cadencias que inducen melodías extraídas de lo más profundo de los amantes, gemidos, suspiros, sonidos que no hablan a la consciencia pero son nítidamente comprendidos por zonas primordiales y remotas de la mente que aceleran los movimientos, hacen vibrar al unísono a Sarah y a Thomas, provocan gritos, funden los sexos e impulsan la explosión final, el clímax en el que torrentes de substancias brotan de los cuerpos e inundan los cerebros

haciendo que el tiempo se detenga, que las fronteras de las pieles desaparezcan y que por unos brevísimos instantes, biológicamente inexplicados, mágicos tal vez, dos seres logren, gracias al amor, ser uno.

Entonces el silencio se llena de ternuras, de palabras afectuosas, de promesas. Y unas caricias lentas, más flores del inconsciente que frutos de la consciencia, reafirman lo dicho, ahora con el tacto, mientras los cuerpos se acercan, se amoldan, buscando unirse como antes y ser de nuevo uno hasta que, confirmada la imposibilidad de realizar el milagro que solo consiguen las neuronas bañadas en un mar de hormonas, Sarah y Thomas constatan que la realidad se deslizó entre sus cuerpos.

Ella estira la mano, hurga en su bolso que quedó con sus ropas al borde de la cama y tiende a Thomas un sobre con membrete del Louvre.

—¿Qué es?

—La razón por la cual te pedí que vinieras a verme hoy.

Él comprende de qué se trata. Se entusiasma. Sin embargo no abre el sobre.

—Quiero escucharlo de tus labios, dice.

—La portada y la contraportada del Códex M son del siglo IV-DC, aproximadamente. El manuscrito, sin embargo, es del siglo I.

—¡Del siglo I después de Cristo! ¿Estás segura?

—Absolutamente. Me pareció tan extraordinario que le pedí a Marc, mi jefe, que repitiera el análisis. Por eso demoré tanto. El resultado está ahora oficialmente respaldado por el Louvre.

—¡Respaldado por el Louvre!

—Sí. Y probablemente haya más por parte del Museo.

—¿Cómo qué?

—No te puedo decir por el momento.

Thomas, feliz, ríe a carcajadas.

—Cuando yo callo algo soy un monstruo, cuando lo haces tú es normal.

Sarah no puede evitar que una sonrisa la traicione, pues no cabe negar que él tiene razón.

—Tú eres un hombre, yo una mujer. No es lo mismo.

—Ahora entiendo por qué la esforzada Inquisición quemaba tantas mujeres.

Ríen, se besan. Abren sus mentes a los imborrables recuerdos que construyen las leyendas de los amores nacientes.

—O sea… ¿No hay dudas de que el Códex M data del siglo primero?

—No. Se le han hecho suficientes pruebas. Se escribió probablemente unos años después de la muerte de Jesucristo. Si lo que se cuenta de Jesús el Nazareno es la verdad, claro.

—Entonces es cierto que fue escrito por María Magdalena, lanza él gozoso.

—¡María Magdalena!, exclama ella ¡El Códex M fue escrito por la Magdalena! ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Porque su origen no había sido confirmado, miente. Además tú eres una mujer, yo un hombre. No es lo mismo.

—Eres un maldito tramposo. Encantador, eso lo reconozco.

Él la besa y se sienta a su lado.

—Ahora lo sabes todo. Se supone que fue ella quien lo escribió. Por eso la Iglesia le teme tanto. Necesitamos leerlo para estar seguros, claro. Lo cual haremos en cuanto reciba la traducción.

—Pobre mujer. Ojalá tenga al fin su revancha. La Iglesia Católica la ha hecho pasar durante siglos por una prostituta loca y endemoniada.

—Probablemente previendo que algún día este escrito suyo vería la luz.

—Era demasiado mujer para que la Iglesia no intentara destruirla. Nunca dicen que Jesús y los doce zánganos eran mantenidos por ella y las otras tres o cuatro seguidoras que sí tenían bienes y medios económicos. Les sangra la boca cuando tienen que admitir que los "santos" machos dependían de las mujeres para comer y sin ellas no hubiesen podido andar dando sermones sin trabajar ni quince días. Tampoco la Biblia, que escupe cuanto puede sobre las mujeres, logra ocultar su valentía. Cuando apresaron a Jesús todos los llamados apóstoles huyeron, se escondieron y se comportaron como unos cobardes. María Magdalena estuvo al pie de la cruz afrontando los riesgos hasta el final.

Mientras ella habla, él busca algo en Internet con su teléfono. Después dice:

—Escucha esto, lo dijo otro Thomas, un santo de la santísima Iglesia católica:

"La mujer es defectuosa y mal nacida, porque el poder activo de la semilla masculina tiende a la producción de un perfecto parecido en el sexo masculino, mientras que la producción de una mujer proviene de una falta del poder activo."

—¿Qué te parece?

—¿Quién dijo semejante estupidez?

—Un santo, ya te lo expliqué y esa no fue la única *santez* ni sandez que produjo, llenó un montón de mamotretos con reflexiones tan sabias como esa, todas admiradas por la Iglesia. En su Suma Teológica, que ocupa media biblioteca, dicha Luz del Saber afirmó:

"Axiológicamente, mujer es lo indecente, sucio moralmente, es el instrumento para hacer caer al varón en el mal, mientras que el varón es el bien, lo apetecible, pues fue creado antes que la mujer para significar su superioridad en dignidad y gobierno."

—Brillante, ¿no?

—¿Ese tipo es un pensador admirado por la Iglesia Católica?

—Más que admirado, santificado. Se le considera un doctor de la fe o un padre de la Iglesia o algo por el estilo, no recuerdo exactamente. Un VIP, eso sí. Se le conoce como Santo Thomas de Aquino.

Durante unos segundos Sarah parece perpleja, luego dice:

—Con padres como ese, no es de extrañar que la Iglesia sea un desmadre.

¡Exigen verlo! Sabía que tarde o temprano sucedería, naturalmente, haberse retirado de la manera en que lo hizo de la reunión de la "Sagrada Congregación para la Defensa de la Fe" fue

dar una bofetada al orgullo de la institución o sea, a los arrogantes cardenales que la componen.

Hoy el obispo Gaetani no fue a su oficina vaticana. Prefirió trabajar desde su apartamento. Sobre su escritorio reza una convocación tan oficial como santa palabra, escrita en papel con membrete de la "Sagrada Congregación" y redactada con la clásica verbosidad usada por ciertas instituciones vaticanas cuando buscan influenciar o atemorizar. Se le cita. No se le informa razón alguna. Parecería que recibieran consejos celestiales del *bueno* de Torquemada: nunca decir al reo de qué se le acusa propicia que el miedo y la falta de asidero lo lleven a imputarse faltas que, muy a menudo, el "Santo Tribunal" ignora.

Llama una vez más a Uccello, sin obtener respuesta. Deja un mensaje, una maldición y cuelga.

Es muy probable que "La Sagrada" haya obtenido nuevas informaciones sobre lo sucedido en París. En particular sobre Roussel hijo. ¡Maldito sea!

Suena el teléfono:

—Silvio, llevo horas esperando tu puñetera llamada.

—Es Jonás, Excelencia. ¿Lo molesto?

—No, no. ¿Cómo va todo por París, coronel?

—Hemos hecho un nuevo registro del apartamento de Thomas Roussel. El Códex M no está ahí. Ahora sí no hay duda. Él tampoco, lamentablemente. Aunque no es muy grave. Lo del hospital de su padre está confirmado. Tarde o temprano él irá a verlo y cuando eso suceda le pondremos un chivato en su moto y ya no lo volveremos a perder.

Los dos hombres guardan un largo silencio. El tema del que les toca hablar es delicado.

—¿Qué hacemos con los Roussel finalmente, Señoría?

El obispo reflexiona, duda, luego pide:

—Llámeme por el otro teléfono, Jonás.

Unos instantes después el teléfono seguro suena. Gaetani responde.

—Para el padre tenemos tiempo, en el estado en que está no puede causarnos mucho daño. El hijo, sin embargo, es un peligro.

Un nuevo silencio los envuelve, encerrando a cada cual en su segmento de acción. Jonás da vueltas en su mente a la mejor manera de eliminar a Thomas utilizando personal exterior que no pueda comprometer a la Santa Sede, como lo exigen las nuevas pautas del Papa y del cardenal Schulzer. Gaetani se debate entre la intensión de seguir espiando a Thomas con la esperanza que dé un paso en falso y los lleve hasta el Códex M, el efecto extremadamente positivo que tendría en su reunión con "La Sagrada" el anuncio de su muerte y el riesgo aterrador de que este publique el Códex M. Se deja finalmente tentar por la ilusión casi infantil de inscribir su nombre en la historia, por eso dice:

—Démonos un tiempo más con Roussel hijo a ver si Dios pone su mano.

—Podríamos estar jugando con fuego, Ilustrísima.

La advertencia del coronel rebaja el entusiasmo del obispo hasta la prudencia.

—¿Tiene ya a la persona que hará el trabajo si decidimos solucionar el problema Roussel hijo definitivamente?, pregunta.

—Sí. Un árabe. Gritará Allahu Akbar y maldito el que pueda asociar a semejante terrorista con nosotros.

Pietro Gaetani deja escapar una gozosa carcajada. La primera del día. Jonás cede también al placer de la risa e incluso al pecado de orgullo.

—Muy bien, coronel, estupenda idea.

—No tarde mucho en decidirse, Excelencia, si a algo puede aplicarse el sabio adagio, el tiempo es oro, es a nuestra situación.

Lamentablemente es cierto, concede el obispo. En su mente, no sin emoción, el pragmatismo se prepara para asfixiar a la ilusión. Hubiese preferido de lejos raptar a Thomas Roussel e interrogarlo, pero eso solo podrían hacerlo sus hombres, no mercenarios sin relación con "la casa". Algo que la tenaz oposición del Papa y de Schulzer impide. Estúpido angelismo cuyas consecuencias serán más funestas para la Iglesia que partirle un par de dedos a Thomas Roussel, pero… No es el mejor momento para desobedecer a Schulzer ni enfurecer al Papa.

—Está bien, Jonás. Es una pena que nos obliguen a actuar con una mano atada en la espalda, pero es así.

—Lamentablemente. Aunque es preferible mirar la parte positiva…

—Su optimismo me sorprenderá siempre, coronel. ¿Qué hay de positivo en todo eso?

—Al igual que usted, lamento no poder soltarle la lengua a Roussel hijo, pero considero que lo importante, al fin de cuentas, es terminar la "Operación Magdalena", que sigue inconclusa y asegurarnos de que nadie capaz de publicar el Codex M o, más importante aún, nadie capaz de acusarnos, sigue vivo. Quizá más adelante, cuando el Santo Padre esté menos nervioso, si Roussel padre se recupera, podremos retorcerle las orejas tranquilamente y tendrá usted el gusto de hacerle las preguntas que necesita.

Gaetani intenta hacer penetrar en su mente el optimismo de su subordinado. Sin demasiado éxito, es cierto. Aunque acaba por decir:

—Ojalá tenga usted razón. En fin… avancemos. Establezca el dónde y el cómo de la acción contra Roussel hijo y hábleme cuando esté listo. Tiene usted razón, cada día que pasa aumenta el peligro.

—A sus órdenes. Buen día, Reverendísimo.

La habitación devuelta al silencio, los ruidos vuelven bajo en cráneo de Gaetani. Si creyera todavía en Dios rezaría para que una ayuda divina le permitiera encontrar el Códex M, pero… Aunque es el secreto mejor guardado del Vaticano, para él, como para la mayor parte de los altos dignatarios eclesiásticos la fe es asunto del pasado, de juventud, de un tiempo encantado en que creían tener un papá bueno al que pedir ayuda y no les asombraba que las nubes disimulasen divinidades y maravillosos lugares donde los esperaba la eternidad.

Va hasta la cocina suspirando todavía por su cita fallida con la historia. Se prepara un té. Se dispone a saborearlo en la terraza, su lugar preferido del apartamento, cuando escucha su teléfono no protegido sonar de nuevo.

—¿Silvio?

—No, santa Margarita. Me has dejado una ráfaga de mensajes. ¿Qué pasa?

—¿Dónde demonios estabas?

—Andaba por un lado y mi teléfono por otro. Me lo olvidé en casa al cambiar de americana. ¿Qué pasa?

—¿Cómo va lo que hablamos?

—Bien.

—Me urge.

—En ese caso necesitaré regar algunas plantas.

—El dinero no me importa. Cueste lo que cueste necesito que el artículo del que hablamos aparezca la semana próxima.

—La prensa no funciona así, te lo he dicho mil veces, Pietro. Las publicaciones y más las de ese tipo se planifican con tiempo.

—No puedo esperar.

—¿Algún problema nuevo?

—De los que no se hablan por teléfono.

—Bien. Déjame hacer un par de diligencias y te aviso.

—Esas fotos tienen que salir ya, Silvio. No tengo otra opción.

—Tranquilo. Con dinero para Dios no hay imposibles.

Logra hacer reír a Gaetani. Segunda vez en este aciago día.

> *15 Y Jehová envió la peste sobre Israel desde la mañana hasta el tiempo señalado; y murieron del pueblo, desde Dan hasta Beerseba, setenta mil hombres.*
>
> **LA BIBLIA. (2 Samuel 24: 15)**

Gracias al post-it hallado en la papelera del apartamento los hombres del obispo Gaetani encontraron el hospital donde Armand lucha por la vida. Esperan a Thomas allí con la intención de no perderlo de vista y de poner en su moto un artilugio para tenerlo bajo control.

Un taxi se detiene frente a la puerta del hospital. Thomas no vino en moto como los italianos esperaban. Desde que "visitaron" su

apartamento se fuerza a utilizar diferentes medios para desplazarse en París, precaución dictada por el instinto que lo protege ya, aunque él lo ignora.

Los agentes del Vaticano reconocen sin dificultad al hombre que baja del taxi. Los teléfonos crepitan.

—Cubrir todas las puertas, seguir al objetivo en la entrada y, sobre todo, no perderlo de vista en la salida.

—A sus órdenes, coronel.

La suerte está del lado de los perseguidores, algo que ellos ignoran los ayuda.

Thomas está contento, más, está eufórico. En primer lugar: Sarah, que le tiene la mente como una botella de Dom Pérignon, llena de burbujas. En segundo lugar, el doctor Brun, jefe del servicio que trata a Armand, que le dejó un mensaje con una excelente noticia. Y en fin, recibió la primera parte de la traducción prometida por el profesor Arouet.

Lamentablemente la alegría no suele aguzar la cautela.

Aldo, un hombre con traje oscuro e intenciones de igual tonalidad, lo sigue hasta el pabellón donde se encuentra Armand y sube con él y otras personas al elevador. Encerrado en su halo de felicidad, Thomas no recela de su presencia. Tampoco se sorprende cuando el hombre baja en el mismo piso que él.

El hijo entra en la habitación del padre. El llamado Aldo, una vez seguro de que "el objetivo" está con el enfermo, camina a pasos lentos hacia el fondo del largo pasillo. Un sacerdote cruza su ruta. Los dos hombres intercambian un gesto discreto, pero el sacerdote se detiene y susurra.

—Dígale al señor Jonás que todavía no he podido localizar el expediente médico que me pidió, pero con la ayuda de Dios lo encontraré la próxima vez que venga a ver a algún enfermo.

El hombre del traje oscuro mira con dureza al sacerdote y dice con tono cortante:

—No sé de qué me habla, padre.

El agente del Vaticano continúa su camino sin mirar atrás. Sorprendido, el sacerdote lo sigue con la vista hasta verlo desaparecer por la puerta que conduce a las escaleras, al final del

pasillo. Contrariado, da unos pasos, luego golpea ligeramente la puerta de la habitación del supuesto paciente François Borel, nombre falso como él ya sabe.

—Adelante, dice la voz de Thomas.

El sacerdote abre la puerta y se asoma.

—Hola, hijo, quería saludarlo y saber si necesita algo. Consuelo de Dios, tal vez

—¿Quién es usted?

—Soy el padre Bartélémy.

—No necesito nada, gracias.

—Que Dios lo acompañe, dice el cura haciendo un signo de cruz. Luego se retira y cierra la puerta.

Por primera vez desde que llegó, la sospecha se insinúa en la mente de Thomas. La aparta, le parece más importante seguir estimulando a Armand.

En el parqueo del hospital el llamado Aldo informa a sus compañeros que todo va bien… Menos el cura.

—Es tan imbécil que intentó hablarme del expediente médico que le pedimos en pleno pasillo, como si estuviésemos en un parque. No hay dudas de que cuando Dios llamó a los humanos para repartir los cerebros, hubo muchos curas que no se enteraron. Una carcajada general responde a la broma.

—¿Entonces, doctor?

En su oficina el doctor Brun se despoja de su frialdad profesional para estrechar con calidez la mano de Thomas.

—Señor Borel, gusto verlo. Le confirmo lo que le anuncié en mi mensaje: su padre comenzó a salir del estado de coma.

—No lo entiendo, doctor. Acabo de pasar por su habitación y sigue inerte.

—La recuperación de la consciencia es lenta. Durante los primeros días los pacientes están despiertos unos pocos minutos, pero ese tiempo de consciencia aumenta gradualmente. Solo en las películas la gente que despierta de un coma continúa su vida normal

al día siguiente como si nada. En realidad, el paciente en coma despierta en un profundo estado de confusión, aquejado de numerosas incapacidades. A menudo sufre de disartria…

—¿Disartria?, lo interrumpe Thomas.

—Del griego dis, o sea, disfuncionamiento y artros, de articulación. Se trata de una alteración en la articulación de las palabras. Se atribuye a una lesión del sistema nervioso central y periférico, es común en los casos de coma, pero generalmente desaparece sin dejar secuelas.

—O sea que esto es solo el principio, replica Thomas, abrumado por la desesperanza.

—El estado de coma es uno de los fenómenos más desconcertantes de la medicina. Le responderé con una frase de Churchill: Esto no es el fin. No es siquiera el principio del fin. Pero sí es el fin del principio.

Decenas de lenguas se entrelazan, un sinfín de cuerpos y rostros subrayan la extraordinaria variedad humana y su belleza. Habitantes del mundo entero parecen haberse dado cita entre risas y gozos. La hermosa *Cour Napoléon,* donde se erige en majestad la controvertida pirámide de Ieoh Ming Pei, está como siempre, intensamente animada.

Unos admiran el contraste entre el palacio nacido hace más de ochocientos años y la moderna estructura de vidrio y acero de la pirámide, otros se hacen fotos, ciertas parejas se besan, algunos intentan descifrar los nombres de las celebridades de piedra que desde lo alto de los regios edificios miran impávidas la agitación que las contempla. Veinticinco escritores, veinte pintores y escultores, trece arquitectos, doce científicos, nueve hombres de estado, ocho eclesiásticos… No hay entre ellos ningún hombre de guerra. Tampoco hay mujer alguna. Tiempos duros para la feminidad aquellos. Rabelais contemporiza con Voltaire, Jean de La Fontaine cuenta fábulas a Rousseau y a Diderot, André le Notre y Hardouin-Mansart recuerdan Versailles, Ambroise Paré sueña con los

modernos quirófanos que tanto le deben, Descartes y Condorcet añoran el Siglo de las Luces, Pierre Lescot, con la aprobación de Louis Le Vau y de Charles Le Brun, vitupera contra la pirámide que deforma "su" Louvre…

Thomas disfruta de ese júbilo que desde todos los puntos cardinales el Louvre atrae hacia el corazón de París. Él también destella alegría. Vio a su padre abrir los ojos, aunque fue solamente un instante. Va a encontrarse con Sarah, en la que no cesa de pensar. Sarah, cuyo nombre le sabe a miel, cinco letras que endulzan sus labios con solo pronunciarlas.

Pero Amor, que tanto puede, nunca ha podido rimar con prudencia.

Dos hombres lo siguen sin que Thomas los perciba.

Solo la suerte le permite esquivarlos. Su insignia de la asociación "Amigos del Louvre", que lo identifica como benefactor del museo, le permite la entrada inmediata por la puerta Richelieu, lo cual deja a los dos hombres del Vaticano en manos de una diosa pagana: Ira.

En la terraza del Café Mollien el corazón de Sarah se acelera al ver al eufórico y sonriente Thomas. El pícaro Eros, ese diosillo del que se dice que se inspiró la Iglesia Católica para inventar a ciertos ángeles, clavó en ella también varias de sus legendarias flechas. Él se acerca a grandes pasos, ella se pone de pie sin dejar de mirarlo. Lo han deseado demasiado para detenerse en consideraciones de pudor y recato: se besan con el ímpetu de dos sedientos que encontrasen un oasis.

—Tenía miedo de que te hubiese pasado algo, dice ella.

—Y me pasó. Mi padre abrió los ojos, tú me abres tus labios. Hacía tiempo que la vida no me daba tanto.

—¡Es maravilloso! ¿Hablaste con el médico?

—Sí, me citó a Churchill sin saber cuánto lo admira mi padre. Y aunque pueda parecer idiota, lo tomé como un buen signo.

Un silencio los envuelve. Se miran. Hasta que Thomas dice:

—Tu pelo es negro, tu sonrisa blanca, tu tez rosada, tus labios rojos, tus ojos azules… Eres un cuadro, Sarah. No me extraña que estés en el Louvre, eres una obra de arte.

Ella sonríe para ocultar su turbación.

—Me estoy enamorando de ti, Thomas.

—Avanza sin miedo, yo también.

Ríen. Thomas abre un mail en su teléfono y se lo tiende.

—Toma. Lee.

—¿Qué es?

—El Codex M. El profesor Arouet me mandó la primera parte de su traducción por mail. No te fijes en los signos de puntuación ni en las mayúsculas, no existían todavía en la época de María Magdalena, tú lo sabes, me imagino. El profesor Arouet los añadió en esta primera versión con la intención de que el texto fuese más comprehensible para un lector contemporáneo.

Los azules ojos de Sarah centellean de curiosidad, el blanco de su sonrisa resplandece de júbilo. Luego de un nuevo beso a Thomas, ella lee:

Soy Miriam. Miriam de Magdala. También me llaman María Magdalena.

Muchos me criticaron por lo que hice, otros me juzgarán por lo que haciendo estoy. Que así sea.

Hubiese podido morir por Jesús, pues lo amé más que a la vida. Lo amé también más que a la verdad, algo que hoy lamento.

Quienes milagros inventan para de Jesús un dios hacer tienen solamente la intención de obtener para ellos beneficios. Os alerto. Pocas personas conocieron a Jesús como yo que aquí afirmo: Jesús divino no era, más era, era un excepcional hombre.

Para crear una fe nueva por ellos dominada muchos pretenden que Jesús se oponía a la fe ancestral del pueblo hebreo. Es falso, Jesús nunca pretendió crear una nueva religión. Se oponía a los abusos y las mentiras de ciertas autoridades religiosas y del Sanedrín, no a la fe de los suyos.

Dicen que seguí a Jesús por razones de fe. No es cierto. Gracias a mi padre siempre estuve protegida de la religión. Él me enseñó que los pueblos crean a los dioses para explicar lo que para ellos inexplicable es.

“Los dioses desaparecen cuando los pueblos que los crearon desaparecen, hijos, prueba de que son solo creaciones humanas”, nos decía a mí y a mis hermanos.
La muerte de mi madre siendo yo una niña me convenció de que si existía un Dios, no era bueno.

Seguí a Jesús porque me arrastró como un caudal impetuoso. Era un hombre especial, no solo yo fui capaz de verlo. Me uní a él porque, como mi padre, sentía curiosidad por lo desconocido y ansiaba viajar, ampliar mi horizonte, enriquecer mi vida. Nunca acepté el mísero destino reservado a las mujeres por los hombres de mi pueblo. Después floreció el amor, a pesar de nuestras contradicciones. Y entonces lo hubiese seguido hasta el fin del mundo.

Creo que Jesús volvería a morir si supiese que Simón Pedro, el traidor que lo abandonó cuando él expiraba en la cruz, se unió a Saulo de Tarso para fundar una fe en su nombre. Cómo puede el cobarde Pedro, alguien con tan pocas luces y tanto rencor, pregonar el amor. Cómo puede predicar la igualdad él que cree tener un divino derecho para humillar y rebajar a las mujeres por el simple hecho de haber nacido hombre. Cómo puede Saulo de Tarso hablar en nombre de Jesús cuando no lo conoció y fue el más feroz perseguidor de sus seguidores, el que llevó a tantos Nazarenos a la cárcel y al pobre Esteban a la lapidación.

¡Solo una religión hipócrita puede germinar en semejantes hombres!

Dices que Jesús te visitó después de su muerte, Saulo de Tarso, que de él recibiste una revelación. Otra de tus alevosas mentiras eso es.

Nadie pudo ver a Jesús resucitado. ¡Nadie!
Porque quien resucitó a Jesús, fui yo.

Las notas del órgano llenan el aire con sus magníficas vibraciones. Colman de devoción a los fieles, no al padre Barthélémy. Desde el púlpito él observa con pena la reducida asistencia: un pequeño grupo de devotas y algunos ancianos. Cada misa causa el mismo dolor al sacerdote. Su magnífica iglesia ya no atrae nuevos fieles. Los fastuosos vitrales no provocan más la admiración, tampoco lo logran las espléndidas esculturas ni las maderas finamente labradas que en su tiempo fueron consideradas tesoros ni la espléndida estructura de la nave central, joya arquitectónica que ya nadie celebra.

Alguna que otra vez entra un turista para admirar la cruz y al Jesús dorado que iluminan el altar. Lamentablemente algunos se atreven a penetrar vestidos con pantalones cortos y chancletas, por no hablar de las mujeres, a las que poco les falta para andar desnudas. Y lo triste es que si unos pocos turistas traspasan a veces las puertas del templo se debe a ciertas guías de viaje mal informadas que lo han descrito como La Iglesia del Cristo de Oro. Y el oro, el padre Bartélémy bien lo sabe, ejerce una poderosa atracción sobre los humanos. Atracción de la cual la religión mucho se ha servido. No por gusto la Iglesia asoció el oro a la divinidad y lo ha usado hasta la saciedad en sus templos y su arte. Los cielos de miles de cuadros en los que aparecen divinidades o santos no son azules, sino áureos y el mismísimo Vaticano tiene tanto oro que tal parece que le ora.

Incontables imágenes de Cristo con cabelleras intensamente doradas colman iglesias y museos. Obviando que Jesús era un judío, que la inmensa mayoría de los judíos de su tiempo tenían los cabellos oscuros y que un hombre de cabellos dorados hubiese sido tan insólito en su entorno que sus contemporáneos, necesariamente, lo habrían señalado.

Dios lo perdone, pero oficiar para tan estriada grey, con más pasado que porvenir, arruga el entusiasmo del padre Barthélémy, que solo encuentra energía proyectándose en el ensueño de otros tiempos, cuando una nutrida asistencia llenaba esos mismos bancos y él ostentaba una vigorosa cabellera y presumía de una vista sin grietas, pues comenzaba a ejercer allí su ministerio. Todo era colores

ante sus ojos, rostros cautivos de sus palabras, éxtasis de fe y devoción y él, con su voz de tenor, potente y, por qué no, poderosa, alimentaba aquella fe desde el púlpito y, no le molesta reconocerlo pues nunca llegó a romper su voto de castidad, disfrutaba con las miradas de las mujeres seducidas por sus palabras y también por él, que elevaba la voz desde su posición de dominio y pronunciaba las litúrgicas palabras memorizadas casi sin pensar, concentrando todo su consciente en encantar, en poseer al auditorio, en brillar; jinete de la gloria de Dios y caballero de la suya.

Santo eres en verdad, Padre,
y con razón te alaban todas tus criaturas,
ya que por Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro,
con la fuerza del Espíritu Santo,
das vida y santificas todo.

Eran tiempos en que la fe parecía inquebrantable y el poder de la Iglesia eterno; años, no tan lejanos sin embargo, en que nadie hubiese podido prever la debacle de la religiosidad que azota hoy tanto a Francia como a Europa, donde hay más ateos y arreligiosos que creyentes y personas temerosas de Dios. Tiempos en que él, Barthélémy, joven, apuesto y seductor, estaba convencido de que un futuro alado lo llevaba de la mano y lanzaba a su paso flores multicolores, como los ojos femeninos que lo devoraban cuando él centellaba desde el púlpito esgrimiendo, cual espada, la sublime palabra celestial, que lo admiraban cuando él tomaba a su cargo las divinas promesas del Rey del Cielo y juraba paraísos, vidas eternas y esperanzas sin fin, con lo que hacía saltar lágrimas de los femíneos ojos agradecidos y asustados ante los cuales él se erigía como caballero de la omnipotencia, defensor, hidalgo, mano diestra del Rey de los Reyes y respondía a las miradas de amor y deseo mal disimulado de las hijas de Eva con la altanería de quien se sabe inaccesible.

Por más que hoy lamente a veces no haber conocido el amor carnal…

En la pantalla de un tablet el padre Barthélémy ya no está en su iglesia, sino en el hospital Cochin. Camina con pasos lentos y rostro temeroso por el pasillo del servicio donde se recupera Armand Roussel, alias François Borel.

—Pusimos cámaras por todas partes, explica la voz del capitán Martel.

Está sentado en un auto cerca de la iglesia del padre Barthélémy, acompañado por Nina Lançon, una joven policía de cuya formación se encarga.

En la pantalla el padre Barthélémy se detiene frente a la puerta del consultorio del doctor Brun, jefe del servicio encargado de Armand Roussel. Finge buscar algo en su Biblia, en realidad mira hacia ambos lados para asegurarse de que nadie lo ve.

—Cómo sabían ustedes que el sacerdote se comportaba como un espía, pregunta la joven.

El capitán Martel sonríe.

—Eso no se aprende en las escuelas de policías, pero la experiencia enseña que buen número de ellos lo hacen.

Nina Lançon parece turbada.

—Se supone que la misión de un sacerdote no es esa.

Martel sabe que su alumna es católica. Esta característica, que no tendría mayor importancia si persiguieran a otro tipo de infractores, cobra relevancia en el presente caso. Por eso no le parece inútil abordar la cuestión.

—Se supone, sí, pero no es lo que sucede, dice. Los miembros de la Iglesia sirven ante todo a la Iglesia. ¿Es usted religiosa, *mademoiselle* Lançon?

La chica duda unos segundos, acaba por decir.

—Sí, soy católica. ¿Por qué? Ser creyente no impide ser policía.

—No, claro, pero este caso pondrá a prueba su religiosidad o al menos su fe en la Iglesia. Puede cambiar de formador si no desea afrontar esa realidad.

—No lo entiendo, capitán.

—Cree que la Iglesia es capaz de asesinar para defender sus intereses.

Una vez más la muchacha parece turbada. Calla durante unos segundos, luego expresa.

—La Iglesia no, algunos hombres que forman parte de ella sí, es posible… Pero eso no invalida la fe ni lo que la Iglesia representa.

El capitán sonríe ante una respuesta tan típica del adoctrinamiento religioso.

—¿No le parece contradictoria su respuesta?

—No, la fe es una relación personal con Dios, mientras que la Iglesia es una institución formada por humanos y por consecuencia imperfecta.

—Una institución que ampara violadores de niños y blanquea dinero de la mafia no le parece demasiado imperfecta.

La muchacha no consigue responder.

—Siga mirando el video, dice el capitán.

Nina Lançon relanza la grabación. En la pantalla el padre Barthélémy se anima, abre la puerta del consultorio del doctor Brun, entra y cierra con seguro. Luego se toma el tiempo de hacer un signo de cruz y cerrar los ojos para un corto rezo. En el escritorio del doctor Brun la computadora está encendida. El padre Barthélémy retira de su cuello una cruz, que es realidad una llave USB y la introduce en la máquina. Unos golpes en la puerta lo aterrorizan. Se percibe en su rostro como su mente inventa rápidamente una mentira. Tal vez algo como: "Me encerré para rezar por los enfermos y por el alma de los que han muerto en los últimos días…"

Nadie pondrá en duda las palabras de un sacerdote. Es su fuerza, piensa el capitán Martel.

En las imágenes grabadas en el hospital los golpes en la puerta cesan. El sosiego vuelve. El padre Barthélémy busca en los expedientes hasta encontrar el de François Borel. Con una sonrisa de triunfo lo copia en la cruz USB.

En la puerta de la iglesia el grupo de ancianos feligreses sale mientras dos hombres atléticos entran. Son el coronel Jonás y su

subordinado, el capitán Aldo Santoro, el individuo que siguió a Thomas en el hospital.

El capitán Martel apoya en un botón y dice:

—Atentos, los italianos acaban de llegar.

Desde otro auto, parqueado también a corta distancia de la iglesia, el *major* Cédric Gaillard y el *brigadier-chef* Laurent Carré, dos miembros del equipo del capitán, fijan la puerta del edificio religioso. El *major* Gaillard responde:

—Recibido, capitán. Visto.

En la sacristía el padre Barthélémy se despoja con desgano de sus atuendos de ceremonia. Dos golpes en la puerta lo interpelan.

—Adelante, dice.

El coronel Jonás y su acompañante entran.

—Que la paz de nuestro Señor lo acompañe, padre, dice el coronel.

—Gracias, hijos. Que nuestro Santo Padre Celestial los ayude en la sagrada tarea que los ocupa.

—Le pido que me disculpe por mi actitud del otro día en el hospital, dice Aldo.

—No, soy yo quien le pido disculpas por mi inexperiencia.

Dejando a un lado las huecas frases introductorias el coronel señala:

—Me dijo en su mensaje que pudo concretar la misión.

—No sin dificultad, hijo, no sin dificultad, pero lo conseguí, con la ayuda de Dios.

El padre Barthélémy retira de su cuello la cruz USB y la entrega al coronel.

—Armand Roussel está despertando, hijos míos.

Una nube de contrariedad ensombrece el rostro del coronel Jonás.

—¿Qué quiere decir, padre?

—Que según su médico está saliendo del estado de coma. Usted me pidió que le avisara. ¿Quiere decir que la Iglesia podría estar en peligro?

El coronel Jonás y el sargento Aldo intercambian una mirada.

—No se preocupe, padre, para eso estamos nosotros, dice el coronel. Remitiremos a Roma un informe sobre su destacado trabajo. El Santo Padre conocerá su nombre y su dedicación. Gracias por todo.

—Servir a Dios es nuestra más sagrada misión, hijos míos.

Los italianos salen de la iglesia, montan en un auto y se alejan. El carro con los dos policías los sigue.

—Vamos tras ellos, capitán, informa el *brigadier-chef* Carré.

En su auto, el capitán Martel recibe el mensaje y responde.

—Recuerden, por el momento solo deben hacer seguimiento.

—Está claro, jefe. No se preocupe.

—Suerte.

Para sorpresa de su alumna, Martel echa a andar el motor de su auto.

—¿No piensa intervenir?, dice la chica.

—¿Contra quién?

—El cura.

El capitán Martel sonríe.

—¿Se atrevería a ponerle las esposas a un sacerdote?

—A ese sí. Para ser un sacerdote no basta con ponerse el traje.

Sin dejar de sonreír, mientras pone en movimiento el auto, el capitán dice.

—Cada cosa en su momento, señorita Lançon.

> *4 Así ha dicho Jehová mi Dios: Apacienta las ovejas de la matanza, 5 a las cuales matan sus compradores, y no se tienen por culpables; y el que las vende, dice: Bendito sea Jehová, porque he enriquecido; ni sus pastores tienen piedad de ellas. 6 Por tanto, no tendré ya más piedad de los moradores de la tierra, dice Jehová; porque he aquí, yo entregaré los hombres cada cual en mano de su compañero y en mano de su rey; y asolarán la tierra, y yo no los libraré de sus manos.*

LA BIBLIA. (Zacarías 11: 4-6)

Las notas cantarinas del bronce percutido que tanto poder tenían sobre los humanos en otros tiempos atraen la atención de Thomas. Las campanas de la hermosa iglesia *Saint Germain l'Auxerrois*, tañen. Él tiene cita con Sarah en el Louvre, por eso, cuidándose tanto como puede de los escurridizos hombres que sabe tras sus huellas, dobla en la *rue de l'Amiral de Coligny* y avanza hacia la *Cour Carré,* en cuya entrada se disimula para asegurarse de que no es seguido, antes de adentrarse en el antiguo palacio real.

Saint Germain l'Auxerrois fue en otros tiempos una de sus iglesias preferidas en París, hasta que supo el siniestro rol con el que se inscribió en la historia. Ahora, siempre que la ve, vienen a su mente las funestas Guerras de Religión, ocho conflictos sangrientos que estremecieron a Francia entre 1562 y 1598 durante los cuales la Iglesia Católica Romana, celosa de su poder, decretó que los protestantes eran sus enemigos y que podían ser asesinados aunque fuesen considerados cristianos, adorasen al mismo dios y estuviesen, en principio, protegidos por él.

Católicos y protestantes matándose los unos a los otros, miles de cadáveres apestando en los campos, pudriéndose en calles y plazas, contaminando las aguas de los ríos, desbordando los cementerios. Vidas y vidas convertidas en escombros. Odio, rencor y encono transformados en banderas, en baluartes.

Por la Gracia de Dios.

Algo que resuena como un patético *bis repetita* de las masacres ordenadas por el Papa Inocencio III contra los Cátaros en el siglo XIII; los llamados Hombres Buenos, que por sus ideas y actitudes enjuiciaban también el absolutismo papal y criticaban el lujo y la acumulación de riquezas de la "Iglesia de los pobres", al igual que lo hicieron más tarde los protestantes.

De nuevo suenan las campanas de *Saint Germain l'Auxerrois*, y Thomas recuerda que fueron esos mismos encantadores sonidos los que lanzaron a los parisinos a las calles durante la noche del 24 de agosto de 1572, provistos de hostilidad, de aversión, armados con palos, piedras, hierros; dotados, sobre todo, de "razón divina", de fe

que todo lo justifica y lo cubre, imbuidos de un amor y temor a Dios sin mentís en los que nadie veía contradicción ni señalaba el absurdo contenido en la yuxtaposición de esas dos palabras, pues, a menos de sufrir una patología de su psiquis, nadie puede amar a la misma persona o entidad a la que teme.

Las campanas del edificio religioso que fue instigador y cómplice de aquellas masacres cometidas en nombre de Dios siguen sonando. En París, las hoy llamadas Matanzas de San Bartolomé, duraron algo más de una semana. En Francia se extendieron durante meses. Curiosa manera católica de celebrar el piadoso 24 de agosto, día en que, según el calendario santoral, se rinde homenaje a *Saint Bartélémy* o San Bartolomeo, un supuesto apóstol del cual la Iglesia reconoce no saber gran cosa, aunque ella misma lo hizo santo. En la mente de Thomas los cadáveres de los protestantes, hombres, ancianos, mujeres y niños, asesinados por devotos católicos transformados en psicópatas asesinos, entre otras razones por obediencia religiosa, vuelven a ser desnudados y arrastrados por las calles antes de teñir de rojo el Sena.

Fragmentos del libro "Adiós a Dios", vuelven a su mente:

> La fiereza rugía tras los barrotes del miedo, los que mejor la retienen. La boda de la católica *Marguerite de Valois*, hija de la reina *Catherine de Médicis* con el protestante príncipe *Henri de Navare*, futuro Henri IV, debía poner fin a las guerras entre católicos y protestantes. Todos los grandes del reino, de uno u otro bando habían sido invitados para darle a la principesca unión el rango y la significación deseada. Tras tantos años de guerra, París se maravillaba y orgullecía, ¿acaso no era un milagro que pasearan por sus calles al mismo tiempo la Cruz Católica y la Cruz Hugonota?
>
> Pero, al igual que su predecesor Pio V, el Papa Gregorio XIII condenaba aquel casamiento por más que prometiese engendrar la paz. El cese de las hostilidades no era para el Santo Padre lo más importante. Lo que realmente contaba para Papa era que el poder absoluto de "su" Iglesia, la Católica Apostólica Romana y

Única Verdadera, no fuese cuestionado ni quedase menguado. Por eso exigía la conversión del príncipe *Henri de Navare* y la ponía por encima de las vidas que la paz salvaría, por encima de los desastres y las tragedias que la continuación de la guerra acarrearía. El ovejuno clero seguía la "sagrada pauta", pues las opiniones del Santo Padre son irrefutables, ya que, aunque lo ha dicho el Papa mismo, casi todo el mundo lo cree: por su boca se expresa Dios.

La población parisina, furiosa con las cosechas que habían sido malas y los precios que no cesaban de aumentar, veía en el desmedido lujo y los gastos *del infame casamiento condenado por la Santa Iglesia* la escandalosa contraparte del hambre que le roía el vientre. Alimentada por las incendiarias prédicas de los venerados padres dominicos y capuchinos, padres del crimen que se fraguaba, la fiereza se fortalecía, afilaba colmillos y cuchillos, desgastando las amarras a medida que las peroratas de los representantes de Dios instaban a saltarse las barreras mentales que condenan la violencia y el homicidio. Los sacerdotes se unían al coro papal y letal desde los púlpitos de sus iglesias, pues si el Papa lo quiere, Dios lo quiere. El pan de la eucaristía tendía a heder como carne muerta, el vino sacramental olía más y más a sangre.

El intento de asesinato del Almirante Coligny, un noble protestante y el más respetado de sus jefes, fue la chispa. Las decisiones del irresoluto Charles IX, de la Reina Madre *Catherine de Médicis* y de sus consejeros, la convirtieron en explosión.

Casi por milagro las heridas del Conde de Coligny fueron relativamente leves, solo el brazo izquierdo y la mano, que había perdido el dedo índice, sufrían las consecuencias del disparo de arcabuz que intentó arrancarle la vida. Como era de esperar, los protestantes pidieron justicia. Y a medida que el tiempo pasaba la pidieron más a gritos. La tensión entre la Cruz Hugonota y la Cruz Católica, que hace poco paseaban juntas por París, rozaba de pronto confines. La guerra civil amenazaba con estallar de nuevo de un momento a otro.

Para intentar calmar los ánimos el Rey Charles IX visitó al herido y puso a su disposición su mejor cirujano. Esto provocó la furia del clan adverso, los católicos, dirigidos por el Duque de Guise. Los católicos amenazaron con abandonar la capital y dejar al Rey, a su madre y a la corte a solas con los que hasta hace poco eran sus enemigos, los enfurecidos protestantes, que tenían a las afueras de París una tropa de cuatro mil soldados dirigida por el cuñado del Almirante Coligny.

El terror se adueñó del Rey y de la Reina Madre, convencidos de que los protestantes preparaban una venganza. En Las Tullerías, palacio de *Catherine de Médicis* aledaño al Louvre, se reunió un consejo de guerra del que emergió una solución radical: asesinar a todos los jefes protestantes que se encontraban en la capital. Poco importó que muchos fuesen invitados a la boda del protestante *Henri de Navare* con la católica *Marguerite de Valois* y gozaran del estatus de huéspedes del Louvre.

Las autoridades administrativas recibieron la orden de cerrar las puertas de la ciudad y de proporcionar armas a los católicos. Entonces sonaron a rebato las campanas de la coqueta *Saint Germain l'Auxerrois*, indicando a la fiereza que contaba con permisión divina. Los nobles protestantes hospedados en el Louvre fueron echados a la calle, donde la crueldad se complació en masacrarlos.

El Almirante Coligny fue apuñalado en su lecho de convaleciente y su cadáver decapitado, destripado y emasculado, arrojado a la calle desde una ventana, antes de ser pateado, escupido, arrastrado y colgado por los pies en el Patíbulo de Montfaucon, donde habitualmente, para educación del pueblo, se dejaban pudrir los cadáveres de los condenados a muerte.

Remedando a *Saint Germain l'Auxerrois*, Iglesia Parroquial de los Reyes de Francia, todas las iglesias de París cantaron letales aleluyas a golpes de bronce. La fiereza comprendió con estupor y regocijo que la capital le pertenecía. Las milicias católicas, laboradas por el miedo de un ataque protestante, blandieron el odio y el desenfreno, convencidas de luchar por dos buenas causas: la defensa de París y de la Religión Única y Verdadera.

Todos los protestantes o sospechosos de serlo encontrados en las calles fueron asesinados sin que mediase explicación alguna y sus cuerpos desnudados, arrastrados, muchas veces por niños, fueron lanzados al Sena. Forzado a ser cómplice el río se enrojeció con la sangre. Algunos creyeron ver también en ese dramático color el rubor de Secuana, la diosa gala de aquellas aguas…

El Rey, la familia real y la corte, aterrorizados entonces por el horrible exterminio que escapaba a todo control, hicieron intentos para poner fin a la masacre de la que eran artífices, pero sobre la cual ya no tenían poder. Fue inútil. Nada ni nadie podía poner riendas a la fiereza.

Un espino, alterando su ciclo floral, se cubrió flores blancas en el cementerio de los Inocentes, no lejos del Louvre y la *Chapelle de Sainte Agnès*. Ese sorprendente florecimiento fue visto por los católicos como un signo divino. Dios, que nunca ha tenido tendencia a hablar claro, les confirmaba así, según lo interpretaron ellos, que sus acciones contaban con su apoyo.

Maten, hijos míos, maten.

Al parecer, eso expresaban Dios y las flores.

Las puertas de la ciudad siguieron cerradas durante varios días, las manos de los católicos siguieron armadas. Dios, con imprecisa sutileza les había dicho que masacrar era una prueba de amor por él. La fiereza cantaba aleluyas y hosannas. No se hacían distinciones entre niños, ancianos, mujeres u hombres, todos eran protestantes o podrían serlo. Enardecidos, los hijos del Único y Verdadero Dios y de Su Santa Iglesia, rompían puertas, ventanas, robaban, incendiaban, destruían, escupían, pateaban, arrastraban por los cabellos, trozaban brazos, piernas, aplastaban cráneos, sacaban ojos, cortaban cabezas, lenguas, senos, violaban, arrancaban sexos, abrían vientres…

Por la Gloria de Dios.

Que seguía en el Cielo… mirando hacia otro lado.

La matanza duró hasta el 28 de agosto en París, unos cinco días con sus noches. No se acabó de pronto ese día, claro. Se fue extinguiendo lentamente. Chorreando sangre. Pero la fiereza no

entró de nuevo en su jaula, hecha con barrotes de miedo, pues no había nada que temer. Nadie condenaba lo sucedido, ni Dios ni el Rey ni el Papa. La fiereza voló hacia otras ciudades del reino, donde se reprodujo. Donde los cuchillos, las espadas y los arcabuces Católicos, Apostólicos y Romanos expresaron también la divina voluntad del Dios Único y Verdadero:

Maten, hijos míos, maten.

Enterado de los luctuosos sucesos, el Papa Gregorio XIII, por todo juicio y sanción, ordenó cantar un Te Deum en Roma:

A ti, oh, Dios, te alabamos,
a ti, Señor, te reconocemos.
A ti, eterno Padre,
te venera toda la creación.

Los ángeles todos, los cielos
y todas las potestades te honran.
Los querubines y serafines
te cantan sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor,
Dios de los ejércitos…

Samuel lo saluda con una sonrisa pícara y un movimiento de la mano. Thomas le responde con un discreto gesto de la cabeza. Desde que el peligro en torno al Códex M se hizo más intenso, él se alejó de su amigo Samuel para evitar ponerlo en situación de riesgo. Llevan algún tiempo sin verse. Hoy, sin embargo, Sarah le dijo que quería enseñarle algo en el museo y le dio cita en el departamento de esculturas griegas, donde acaba de encontrarse con Samuel en medio de los atléticos cuerpos desnudos de dioses y héroes helenos.

No pueden hablarse, por lo pronto Samuel conduce una visita.

—El desnudo como forma de arte surge en Grecia alrededor del siglo VIII antes de Jesucristo, explica. Pero si la desnudez se manifiesta en el arte griego con la fuerza y la vitalidad que

admiramos hoy, es porque esa relación positiva al cuerpo está en lo más profundo de la cultura griega. Para nuestra cultura judeocristiana la desnudez es impúdica, pecadora, chocante, perseguida incluso. Para los griegos, no. Ese pueblo considera que el cuerpo es hermoso y, por consiguiente, bueno. El cuerpo es visto como una obra de arte viviente y su belleza y perfección son considerados reflejos de un alma virtuosa. Así, es perfectamente admitido en la calurosa Grecia hacer deporte desnudo. Incluso, aunque hoy lo hemos olvidado, la palabra gimnasio proviene del vocablo griego *gymnós*, que significa desnudo, justamente. Entrenar o competir sin ropa era parte de un ideal que unía belleza física, fuerza y virtud moral. Si los atletas olímpicos competían desnudos no era por una cuestión de erotismo. Competir desnudo era una muestra de respeto hacia Zeus, la divinidad a la cual estaban dedicadas las Olimpíadas. Era una manera de participar con pureza y sin artificios a una celebración sagrada. La idea de ocultar el cuerpo en los Juegos Olímpicos no solo habría parecido extraña, sino ofensiva. Para esa civilización tan admirada, madre de una buena parte de los valores fundacionales de la cultura de Occidente, no hay ningún mal en mostrar el sexo, que no es un tabú. El sexo es percibido simplemente como una parte del cuerpo, tal una rodilla. Por pequeña que sea una escultura masculina griega siempre será sexuada, de no ser así sería como si el artista omitiera una mano o un pie…

El capitán Aldo Santoro, el italiano que siguió a Thomas en el hospital, lo observa a distancia. Escribe a su jefe: Objetivo bajo control. Recibe una rápida respuesta: No lo pierda de vista bajo ningún concepto. El agente se relaja. Desde luego que no lo perderá de vista. Tampoco es tanto el tiempo que le queda al inoportuno Thomas Roussel. Tarde o temprano tendrá que salir del museo. Y afuera todo está listo.

Ahora Samuel responde a una mujer que lo interrogó a propósito de la relación al cuerpo en el cristianismo.

—Sí, llama la atención que el cristianismo, que convivió en Roma con la religión greco-romana, no lo olvidemos, haya elaborado una relación al cuerpo tan diferente, tiene usted razón. Es que el

cristianismo, entre tantísimas otras ideas y valores, hereda del judaísmo la relación al cuerpo. Para los judíos y, por consiguiente, para los cristianos más tarde, el cuerpo es malo, pecador y el sexo, en lugar de ser loado como entre los griegos y los romanos por dar la vida y simbolizar la fertilidad de la tierra, es considerado bochornoso y nefasto. Al punto que preferimos falsificar la historia antes de mostrar un sexo. Es lo que hemos hecho con Jesucristo… Los crucificados por Roma eran siempre originarios de otras culturas, ya que la ley prohibía someter a los ciudadanos romanos a ese tormento, considerado degradante. Una de las intenciones de los romanos al crucificar a los reos era humillarlos, por eso los crucificados, en particular los judíos, eran siempre expuestos desnudos. Jesucristo y los dos ladrones que, se supone, lo acompañaron en sus últimas horas, no pudieron haber escapado a esa regla. Sin embargo ninguno de los miles de crucificados que nos ha dado el arte religioso judeocristiano nos muestra a Jesucristo desnudo. Clavos traspasando manos, brazos que sangran, pies y tobillos atravesados por hierros que los destrozan, eso sí se puede mostrar. ¡Sexos, no! Aunque se falsifique la historia. Así de extraña es la plaza de la desnudez y de la sexualidad en la cultura judeocristiana, contrariamente a la griega y, en menor medida, a la romana. Así de insólitos son nuestros tabúes sobre esa parte pequeña y vital de nuestra humanidad gracias a la cual no nos extinguimos como especie y que tanto despreciamos como cultura, por imposición de la religión.

Samuel extrae su teléfono de uno de sus bolsillos y busca un texto.

—Permítanme leerles algo. Particularmente a usted, señora, que se cuestiona sobre estos temas. La paradójica relación de nuestra cultura judeocristiana con la sexualidad y su colofón, que es el nacimiento de un nuevo ser, se expresa así en la Biblia. Cito un fragmento de Levítico 12, titulado: "La purificación de la mujer después del parto".

Habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: La mujer cuando conciba y dé a luz varón, será inmunda

siete días; conforme a los días de su menstruación será inmunda. Y al octavo día se circuncidará al niño. Mas ella permanecerá treinta y tres días purificándose de su sangre; ninguna cosa santa tocará, ni vendrá al santuario, hasta cuando sean cumplidos los días de su purificación. Y si diere a luz hija, será inmunda dos semanas, conforme a su separación, y sesenta y seis días estará purificándose de su sangre.

Un profundo silencio acoge las palabras de Samuel que concluye diciendo:

—Inmunda… Así trata la Biblia y por consiguiente trató nuestra cultura durante siglos a las mujeres que daban la vida. Y así las sigue tratando en ciertos contextos.

Una mujer comienza a aplaudir, otra le sigue, luego otra, una corta ovación de la cual la mayor parte de los hombres se excluye, sin embargo. Sorprendido, Samuel se sonroja. Da por terminada la visita, como previsto, saluda con un apretón de manos a las personas que lo aplaudieron, luego se dirige hacia Thomas, que lo felicita.

—Sarah me dio cita aquí, pero no la veo por ninguna parte, explica Thomas. ¿Sabes lo que quería?

—Sí. Tenía pendiente una reunión con la dirección del museo de la que no podría sustraerse. No estaba segura de la hora, por eso me pidió que si ella no podía venir me ocupase yo de ti. Hace un rato me envió un mensaje para decirme que no podría venir.

—¿Para hacer qué?, lo interroga Thomas que comienza a preocuparse.

—Nada importante, no te asustes, solo vamos a ver una obra.

Un miembro del grupo del que Samuel acaba de despedirse los interrumpe. Uno de los que no aplaudió.

—Disculpe, ¿le puedo hacer una consulta?

—Naturalmente, responde Samuel.

—Usted habló de religión greco-romana al referirse a las creencias de esas dos culturas extintas. ¿No sería más justo hablar de mitología en ese caso?

—Es cuestión de punto de vista, señor. Para mí no. Los griegos y los romanos creían en sus dioses con igual vehemencia que un devoto de hoy cree en el Jehová judío, en el Jesús cristiano o en los santos y los ángeles… Basta con ver los templos que les elevaban, el Partenón dedicado a Atenea, el Templo de Zeus Olímpico, los santuarios dedicados Afrodita o…

—Pero todo el mundo sabe que ni Zeus ni Atenea ni Afrodita existen.

—Muchísimas personas saben también que ni Dios ni Jesús ni la Virgen María existen. Yo, por ejemplo, soy ateo y para mí las historias de Noé, de Abraham , de las aguas del Mar Rojo abiertas a pedido de Moisés o de la serpiente que habla en el Eden, son mitos.

—¿Y cómo lo sabe?

—De la misma manera que usted cree saber que ni Zeus ni Atenea ni Afrodita existen.

El turista no oculta su contrariedad. Samuel añade:

—Sepa, además, que desde el año 2000, aproximadamente, en Grecia la religión helenística resurgió y es de nuevo una religión oficial. Tanto como el catolicismo ortodoxo. El país tiene legalmente dos religiones. Cientos de personas adoran de nuevo a los doce dioses del Olimpo. Zeus, Poseidón, Artemisa, Apolo, Atenea, etcétera, están de nuevo "vivos". Y esa religión antigua y nueva desbordó ya las fronteras de Grecia y tiene seguidores en Europa y en Estados Unidos. Si no me cree, búsquelo en Internet.

—Es completamente irracional, protesta el hombre, oscilando entre indignación e inseguridad.

—Lo propio de la fe es ser irracional, señor. Unos creen que las vacas son sagradas, otros se las comen con papas fritas… En el mundo hay miles de religiones. Cada fiel cree que la suya es verdadera y las demás son falsas.

Tras un silencio, Samuel se despide del hombre con el que ha hablado en inglés y dice en francés a su amigo.

—Vamos, Thomas.

—¿Adónde?

—Es una sorpresa.

Mientras se deja guiar por Samuel que conoce el museo como la palma de su mano, Thomas insiste:

—No entiendo por qué tanto misterio.

Samuel ríe a carcajadas.

—Sarah te preparó una clase magistral a propósito de un personaje fabuloso.

—¿Fabuloso en qué sentido?

—En todos. Se trata de un personaje un poco mítico, bastante real, tan vilipendiado como amado y, sobre todo, muy muy peligroso.

Como el buen profesional que es, Aldo, el hombre del obispo Gaetani, no pierde de vista a su "objetivo". Thomas le facilita el trabajo, pues se siente seguro. Cree que en el museo no lo amenaza ningún peligro por lo que se ha despojado del recelo para disfrutar de la presencia de su amigo, de su buen humor, de sus risas…

Fatal error.

—Ya vi, vamos hacia el Departamento de Escultura de los Países del Norte de Europa, dice Thomas.

—Puede ser…

—¿Estamos lejos?

Samuel se detiene.

—Ahora tenemos que viajar a través de un pequeño túnel temporal. Dame la mano y cierra los ojos.

Thomas acepta entrar en el juego. Samuel lo guía lentamente durante un corto tiempo, hasta que le suelta la mano y dice:

—Puedes abrir los ojos.

Ante ellos se erige una deslumbrante escultura de madera. Una mujer desnuda cubierta en parte por sus largos cabellos.

—¡La María Magdalena de Gregor Erhart!, exclama Thomas.

—¿La conocías?, se sorprende Samuel.

—Sí, claro. Aunque solo la había visto en Internet. Sabía que estaba aquí y tenía previsto venir a verla un día, pero… ¿Qué sabes tú de ella?

—Fue hecha entre los años 1515 y 1520. Se le atribuye a Gregor Erhart, sin que se sepa a ciencia cierta si fue él su autor. Se cree que

proviene de la iglesia Santa María Magdalena del convento dominicano de la ciudad alemana de Augsburgo…

—Se le llama también La Bella Alemana, ¿no es cierto?

—Sí, por lo que se supone que muchos monjes dominicos del convento le rendían vehementes homenajes llevando sus santas manos a las entrepiernas.

Thomas lo mira sorprendido, Samuel ríe a carcajadas y añade.

—Se supone dije, no lo doy por seguro. Aunque una chica tan linda ampliamente desvestida en medio de un convento de dominicos, teniendo en cuenta la miseria sexual de esos santos hijos de Dios… Nada, que la cosa parece posible. ¿No crees?

—¡Más que posible! ¡Segura!, exclama Thomas.

Los dos amigos ríen. Sus risas parecen molestar al capitán Santoro, a juzgar por la mueca despectiva que tuerce su rostro y el peligro que anuncia su mirada.

Cuando Said habla con él mismo de sus éxitos y de lo que le ha dado la vida o Allah, quién sabe, pone por pruebas su carro, un Jeep último modelo, su apartamento en el barrio 11, no lejos de *Bastille*, declarado a nombre de su madre, naturalmente, para evitar inconvenientes investigaciones policiales, su armario donde solamente entra ropa de marca y sus mujeres, altas, delgadas y en su gran mayoría, blancas. Para un hijo de inmigrantes de África del Norte nacido en Sarcelles en el seno de una familia numerosa y devota no está nada mal, estima él.

Comenzó su vida profesional con 14 años como vigía. No era un trabajo muy prestigioso, pero le permitía ganar en dos semanas más de lo que su padre ganaba en un mes. Consistía en ver llegar a la policía desde lejos e informar a los vendedores de hachís cuanto antes. Pasó a vendedor en menos de un año y se ganó la confianza de Rachid, uno de los jefes, en poco tiempo. Por su juventud y su aire inocente fue escogido por Rachid para matar a uno de sus competidores. Se moría de miedo, pero lo hizo. Y lo hizo bien. A los 18 años acompañaba a Rachid como guardaespaldas y consejero en

sus viajes a Argelia y a Marruecos para negociar el hachís y enviarlo a Francia. A los 19 controlaba además un pequeño punto de venta en Sarcelles. Ahora, a los 23, maneja varios puntos en diferentes ciudades de la *banlieue* y una zona en París, donde más caro se vende la *came*.

Mató varias veces por orden de Rachid, hasta que Rachid tropezó con la bala que le estaba destinada y él comenzó a trabajar como independiente. Desde entonces siguió matando, pero por dinero. Matar reporta bastante y a él no le cuesta hacerlo. Le gusta incluso, que Allah lo perdone. Hoy goza de una cierta reputación en ese campo, de lo que se siente orgulloso. Matar no es algo que cualquiera puede hacer. Matar es un don.

Para los italianos ha trabajado varias veces. La última vez mató a un cura que al parecer iba a denunciar un asunto de violaciones de niños que podía dañar la reputación de alguien importante. Le gustan como clientes. Son gentes de palabra y, sobre todo, no discuten el precio. Ignora que son hombres del Vaticano, desde luego, los cree miembros de alguna mafia. Como le decía a un amigo, en Italia hay tantas mafias como tipos de pastas. Y esta vez le han hecho una proposición de las que no se rechazan: dinero a mansalva. El trabajo es arriesgado, pero el buen dinero nunca se gana sin riesgos.

La mañana es bastante fresca. Útil para los planes de Said. Le permite ocultar el cuchillo bajo su jersey y disimular el rostro con la capucha. Por lo pronto está sentado a corta distancia de los turistas que se disponen a visitar el Louvre o que descansan tras la visita sobre uno de los murillos de las fuentes que rodean la *Grande Pyramide*.

El mensaje que deben enviarle los italianos tarda. La impaciencia no.

Es hora de fumarse otro porro.

—¿Te gustó La Bella Alemana?, pregunta Sarah.

—Me encantó, responde Thomas.

—Te tengo otras sorpresas. Vas a ver.

—¿Alguna de ellas es una trigueña de ojos azules desnuda?

Sarah ríe.

—Sí, creo que esa sorpresa forma parte del lote.

—Me gustaría recibir ese lote esta noche.

De nuevo la risa de Sarah brota del teléfono.

—Podría ser…

—Voy a cambiar de hotel cuando salga de aquí. Te mando la dirección y pongo champaña en el refrigerador.

Se escucha la voz de alguien que llama a Sarah.

—Ya voy, Marc… Disculpa *chéri*, la reunión continúa. Nos vemos esta noche. Dale un beso a Sam.

Thomas corta la comunicación.

—Tu prima te manda un beso y yo te invito a almorzar. ¿Qué responde su majestad?

—Lamentablemente no puedo Thom. Tengo una visita ahora y apenas me queda tiempo para ir ya a buscar a los clientes. Acompáñame, tengo cita con ellos en la estatua de Louis XIV.

Seguidos siempre por el discreto Aldo, los dos amigos salen del museo y se dirigen hacia la estatua ecuestre del Rey Sol, donde se despiden.

—Llámame cuando se te alivie la paranoia para que vengas a cenar a Montmartre como en los buenos tiempos en que todavía no habías sido hechizado por las dos brujas judías, dice Samuel.

—¿De qué brujas hablas?

—De mi prima y de María Magdalena.

Riendo a carcajadas Samuel se aleja. Thomas camina hacia la Pirámide. Aldo sonríe satisfecho.

El mensaje. ¡Al fin!

Reconoce enseguida a su "contrato" gracias a las fotos que vio en Internet y a las que acaba de mandarle Aldo.

Thomas camina por un lateral de la Pirámide en dirección de la *Cour Carré*. Lo mejor que podía pasarle, piensa Said. Es por la *Cour*

Carré que él tiene previsto escapar. Aunque ignora que sea ese el nombre del hermoso conjunto arquitectónico cuadrado donde hace unos ocho siglos nació el Louvre.

Andar por un espacio abierto y concurrido como los alrededores de la Pirámide y la *Cour Napoléon* provoca en Thomas una extrema tensión, por eso, aunque parece relajado, en realidad tiene todos los sentidos en alerta.

Said avanza sigilosamente hasta ponerse detrás de su víctima, entonces apura el paso y le lanza una mortal cuchillada al cuello, al tiempo que grita: *¡Allahu Akbar!*

Los intensos entrenamientos practicados con su padre desde la infancia, el judo, el karate, los reflejos que le hizo desarrollar su sensei Tanaka san, la actitud corporal de felino que le enseñó el señor Stein, su profesor de Krav Maga, todo converge en milésimas de segundos en la mente de Thomas y empuja su cuerpo hacia adelante unos instantes antes de que el cuchillo se hunda en su cerviz. El súbito salto, inesperado para Said, hace que la cuchillada mortal al cuello solo consiga trazar una línea sangrienta en la espalda de Thomas.

Desestabilizado durante unos segundos, Said se dispone a lanzarse sobre su "objetivo" para terminar el trabajo, pero antes vocifera de nuevo: *¡Allahu Akbar!* Convino con los italianos que debe gritarlo cuantas veces pueda y como mínimo cinco. Supone que ellos lo están observando. Tiene que dejar claro que el autor del atentado es un terrorista, un lobo solitario como los califica la prensa. El grito, sin embargo, le hace perder unas valiosas décimas de segundo durante las cuales Thomas consigue girar sobre sí mismo en el suelo y lanzarle una violenta patada al hígado.

Said constata que los ojos se le nublan, que le cuesta respirar.

…el hígado está directamente conectado al sistema nervioso autónomo que controla las acciones involuntarias como la respiración, el ritmo cardiaco, el sistema circulatorio, algo que Said ignora…

Ve borrosamente el puñal escaparse de su mano y caer a cierta distancia. Debe ir a buscarlo, lamentablemente las piernas no le obedecen, peor, no parecen poder sostener al resto del cuerpo.

…al ser golpeado el hígado, el sistema nervioso autónomo reduce el ritmo cardíaco y dilata las venas y las arterias. Una brutal caída de la presión sanguínea disloca el equilibrio, reduce la fuerza…

Un dolor agudísimo hace retorcerse a Said, doblarse, caer.

…con las venas y arterias dilatadas y el ritmo cardíaco ralentizado, el corazón no consigue bombear la sangre hasta las zonas más elevadas del cuerpo. Reducir la altura a la que se encuentra el cráneo es la única opción que tiene el cerebro para sobrevivir, para que la sangre pueda seguir llegándole a pesar de la poca presión, por eso Said no consigue levantarse…

Debería alegrarse de haber caído, gracias a eso su cerebro sigue siendo irrigado y él está vivo, pero Said desconoce el funcionamiento de su organismo y lo que siente es miedo. Un terror provocado por esa desobediencia generalizada de sus piernas, sus manos, sus ojos, su cuerpo todo. Un terror agudizado por las miradas y los alaridos que lo denuncian, lo señalan, que lo alumbran como proyectores en la noche.

Este trabajo debía haberse hecho sin el menor contratiempo, matar a un tipo desarmado no tiene mayor dificultad. Sin embargo, se ha malogrado. Lo traicionó la suerte. O puede que haya sido Allah. Tiene que irse ya. La zona es muy peligrosa. Cada turista de esos que gritan aterrados y dirigen hacia él sus índices acusadores suman años de cárcel a su condena, tentativa de homicidio, terrorismo, diez, quince, veinte. ¡Tiene que irse!

Logra ponerse de pie, aunque el dolor sigue siendo terrible. Y por una vez la suerte le sonríe, al menos así lo cree él. En lugar de golpearlo de nuevo, Thomas opta por hacerse con el cuchillo. Son solo unos metros, unos segundos, pero, viendo que el arma cambia de manos, Said decide jugarse el todo por el todo y correr hacia la *Cour Carré*, hacia la calle cuyo nombre desconoce en la cual hay una iglesia, la calle en la que dejó la moto que se robó anoche, con la que cuenta escapar. Debe correr, aunque todavía no pueda erguirse, correr, aunque sus piernas le parezcan ridículamente lentas, correr, aunque maldiga la hora en que aceptó…

¡Dos disparos!

Thomas se dispone a perseguir a su fragilizado agresor cuando los escucha.

Dos detonaciones cuyos ecos resuenan violentamente entre las piedras delicadamente talladas del coqueto palacio que tanto sabe de crímenes, provocando decenas de gritos de terror.

Dos disparos casi simultáneos que tienen un sorprendente resultado.

Said se derrumba.

Del lado de la *Cour Carré,* aunque están bastante lejos, Thomas ve a los dos hombres que dispararon. No parecen policías. Qué sentido tiene que hayan disparado contra su agresor y que ahora…

¡Dos cañones le apuntan a él!

Thomas juzga la situación desesperada. Y tiene razón. Contra dos hombres armados con pistolas no tiene muchas opciones. Pero donde el consciente sucumbe al pánico, el inconsciente encuentra siempre una salida.

Dos nuevos estampidos sobresaltan la tarde: dos balas que rasgan el aire en busca de Thomas.

¡Solo que el inconsciente funciona a velocidades vertiginosas!

Mientras los dos hombres levantaban sus armas, Thomas se lanzaba ya al piso. ¡Ahora va cayendo! Las balas casi lo rozan, pero solo consiguen herir las inmortales piedras del Louvre. Guiado siempre por su inconsciente Thomas se estremece y finge haber sido herido.

Inmóvil, extremadamente tenso, se pregunta si los agresores penetrarán en la *Cour Napoléon* para comprobar el éxito de sus disparos y darle el tiro de gracia. Aprieta en su mano el cuchillo que intentó matarlo. Tal vez ahora lo salve. Clava sus ojos en los dos hombres. Han llamado demasiado la atención al no usar silenciadores. Los ve dudar. Una indecisión que dura segundos en los relojes, horas en la mente de Thomas.

Alrededor, el paroxismo de alaridos aterrados y, sobre todo, de carreras sin sentido de los que pretenden huir del peligro, cuando el mayor peligro está en sus mentes que los impulsan a moverse sin propósito, a exponerse…

Thomas no se mueve. Por primera vez siente el dolor y percibe la sangre que brota de la herida de su espalda. Está perdiendo mucha sangre, piensa, la herida no es profunda, pero es extensa. Supone que le queda tiempo antes de que la sangre perdida sea demasiada y su corazón comience a fallar. La mancha roja crece en su camisa, por lo pronto da credibilidad a la estrategia de su inconsciente.

Los asesinos toman una decisión dictada por el caos circundante y el agudo ulular de sirenas que estrechan el tiempo y hacen cada minuto más arriesgada la posibilidad de acercarse a los cuerpos distantes de Said y Thomas para verificar que la muerte no les ha fallado. Les hubiera gustado tirar una última vez contra Thomas desde allí, pero hay demasiados turistas corriendo enloquecidos entre ellos y el cuerpo ensangrentado e inmóvil.

Las sirenas se escuchan cada vez más cerca. Thomas no puede ya prever las intenciones de los asesinos. Salieron de su ángulo de visión. Aprieta en su mano el cuchillo del frustrado asesino. Aguza los instintos, expande los sentidos.

¿Se acercan? Presentir, solo eso le queda…

—Magnífico trabajo, coronel Jonás. Felicite a sus hombres de mi parte.

El obispo Gaetani pone fin a la comunicación y cierra los ojos durante unos segundos para disfrutar la sensación de plenitud que lo recorre. La victoria, al fin. En París como en Roma. Le hubiese gustado anunciar a los miembros de la "Sagrada Congregación para la Defensa de la Fe" que Thomas Roussel está muerto, pero ya no es necesario. La "Sagrada Congregación" también está muerta… O casi. El escándalo provocado por las fotos y los artículos de la revista "Risonanza", con la que Uccello llegó a un arreglo, devastó la credibilidad de la temida institución.

¡Aleluya!

La depravación en la Iglesia ha vuelto a ser tema de conversación en los cafés de Roma, de indignación en las redes sociales, de análisis y críticas en los medios de comunicación. Solo

algunas cadenas de radio y televisión estatales evitan comentar el asunto. Si a ningún Estado le gusta meterse con el Vaticano, al Estado Italiano menos que menos. No es de extrañar, con el tumor enquistado en su mismísima capital…

El cardenal de La Tour Bissy desapareció. Del cardenal Gómez Cruz tampoco se tienen noticias. Ni el uno ni el otro responden a las llamadas ni a los pedidos de entrevistas. Se ocultan, no se sabe dónde. En el extranjero tal vez. Las fotos de ambos casi desnudos en la fiesta del purpurado francés hicieron explotar la cólera del Santo Padre, que se oculta también, por cierto.

Nadie en la "Santa Città" se atreve a justificar o explicar la lujuria y el desenfreno de los supuestamente castos representantes de Dios. Lo harán en su momento, desde luego, la Iglesia descuella en esa tarea. Es capaz de explicarlo todo, incluso lo inexplicable. ¿En qué momento Dios hizo las galaxias que están a cien mil años luz de la tierra y cómo viajó hasta allá? Mater Ecclesiae lo sabe ¿Cómo consiguió María seguir siendo virgen si la cabecita de Jesús pasó por su Santísima Vagina y salió por su Sagradísima Vulva? La Madre Iglesia lo sabe ¿Por qué los clérigos prefieren abusar sexualmente de los niños y no ir más a menudo de putas o de putos, que es mucho más simple y a la larga cuesta menos?

Ah…

Fuera de las preguntas a las que no quiere responder, la Santa Iglesia tiene respuestas para todas las otras. Y si no las tiene las crea, de todas formas las sumisas ovejas de su rebaño las creen. Monstruos con siete cabezas que bajan del Cielo: lo creemos, Padre. Serpientes que hablan y muertos que ya hieden y reviven: lo creemos, Padre. Mares cuyas aguas se separan a pedido de un hombre, estrellas que se posan en la tierra, infalibilidad del Papa…

¡Lo creemos, Rey del Cielo, lo creemos!

Para las fotos publicadas en la revista "Risonanza", sin embargo, la Santa Madre Iglesia no tiene explicación ni respuesta.

El padre Rinaldi, secretario del obispo Gaetani, se anuncia y entra en la oficina del prelado rompiendo el hilo de sus pensamientos. Hace un signo de cruz y anuncia:

—Su auto está listo, Excelencia.

Un ascensor lo conduce hasta el sitio donde lo espera Pastori, su chofer y guardaespaldas. Gaetani se sienta en el asiento trasero del Lancia Thema, Pastori le cierra la puerta y ocupa su puesto tras el volante.

—¿Todo bien, Pastori?

—Gracias a Dios, Excelentísimo.

El auto se pone en marcha, el obispo recibe un mensaje de Uccello. "Risonanza prepara ya la tercera tirada. Éxito total." Un rictus de satisfacción recorre el rostro de Gaetani. "Si el Diablo no te hubiese creado, Dios habría tenido que inventarte, jajaja", responde mientras ajusta su alzacuello.

Un regalo para sus ojos entra por la ventanilla del lujoso automóvil. Varias personas en la terraza de un café tienen en sus manos ejemplares de la revista "Risonanza". Algunos la comentan con vehemencia. Me encantaría escuchar lo que dicen, piensa el obispo.

Los miembros de la "Sagrada Congregación para Defensa de la Fe" que no estaban en la fiesta del cardenal de La Tour Bissy, tampoco salieron ilesos. Uccello se encargó de hacer llegar a cada uno de un ejemplar de la revista acompañado de las caricaturas y libelos que circulan en el Vaticano sobre ellos y algún escrito personal destinado a asustarlos.

La amenaza de que pronto serán publicados ciertos artículos sobre su desenvolvimiento en el "Banco Vaticano", púdicamente conocido como "Instituto para las Obras de Religión", hablando de su relación con el blanqueo de dinero para la Mafia y otras poco santas actividades que desarrolló en ese contexto, aterrorizó al obeso cardenal De Moore. Era un puro bluf, naturalmente, esos documentos fueron desde hace mucho religiosamente sepultados…

Gaetani lamenta lo sucedido con el cardenal americano. Le había pedido a Uccello que no se metiera con De Moore, pero este no le hizo caso.

—Un día podría pedirle algún dinerillo, contra ciertos documentos, que no existen, le dijo.

—Estás bromeando.

—Para nada. Quien le roba a un ladrón tiene cien años de perdón. Pero no lo haré ahora, no te asustes.

El cardenal americano sí se asustó, tanto de se fue de Roma. Se ocultó en su propiedad texana, dicen. Una magnífica residencia rodeada de bosques y bañada por un lago, según las fotos que acaban de ser publicadas, acompañadas de un artículo preguntando con qué dinero el cardenal, originario de una familia de clase media, pudo comprarse semejante residencia.

Wysocki igualmente se aterrorizó. Voló a Polonia tan pronto pudo, donde se hizo invisible, puede que con la ayuda de Dios. Lamentablemente para el cardenal Condón, sus esposas, sus hijas y sus numerosas propiedades inmobiliarias no han logrado invisibilizarse como él y han salido a la luz en un artículo del hebdomadario "Echi di Roma", donde, como en "Risonanza", Uccello tiene excelentes amigos sensibles a los parabienes del Poderoso Caballero Don Dinero. Muchos romanos se burlan del polaco con aquello de que "el cardenal Condón, por su devoción, aprendió a hacer con los euros lo mismo que hacía Jesús con los panes y los peces…

Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. (Marcos 10-25.)

La reacción más inesperada fue la del cardenal Schulzer, claro. Cómo imaginar que un texto ya conocido por él sobre su padre "adoptivo", el arzobispo Gerhard Schulzer, pudiese provocar un choque tan violento en el circunspecto cardenal. El arzobispo Schulzer colaboró con el siniestro Alois Hudal al final de la Segunda Guerra Mundial y fue uno de los hombres de la Iglesia que ayudó a los nazis, eso es un hecho documentado. Su contribución a la creación de La Ruta de las Ratas es también conocida, como lo es la participación de la Iglesia en ella y el uso de ciertos monasterios para dar cobijo y ayudar a evadir la justicia a cientos de nazis, entre ellos a Adolf Eichmann, máximo responsable de la Solución Final, a Josef Mengele, el diabólico médico de Auschwitz o a Franz Stangl, el comandante de las SS en los campos de exterminio de Sobibor y Treblinka, responsable de la muerte de casi un millón de personas…

y a un largo y funesto cortejo de cruces gamadas nazis protegidas por las "santísimas" cruces latinas católicas…

Puede que no sea fácil vivir con eso, pero de ahí a morir por eso.

A menos que no haya sido ese texto, sino el escándalo en sí mismo el que lo haya quebrado.

—Hemos llegado, Excelencia, dice Pastori, mientras abre la puerta del auto.

El obispo sale, recorre con la vista la fachada del hospital y opina.

—Siniestros lugares los hospitales, ¿no le parece?

El chofer le responde con un monosílabo y una esquiva sonrisa. No es que sea parco en léxicos, es que en su trabajo y en el Vaticano de manera general, los silencios son menos peligrosos y generan menos problemas que las palabras. Él lo ha comprobado.

El obispo Gaetani no tenía ningún deseo de cumplir con el trámite puramente formal de visitar al cardenal Schulzer, pero si viniese a morir, lo cual parece posible, no haberlo visitado antes podría convertirse un costoso error diplomático.

Vence su repugnancia hacia esos sitios donde las promesas de la religión conocen el descrédito. Entra en el amplio hall del centro hospitalario. Un representante del Vaticano acude a recibirlo.

—Excelencia, supongo que ha venido a visitar al cardenal Schulzer.

—Naturalmente.

—Sígame, por favor.

Cuidadosa siempre de su comunicación, la Santa Città comisionó a un grupo de sotanas para que permaneciesen en el hospital cuidando de que nada de lo que no debe saberse se sepa y que ciertas informaciones inconvenientes sean declaradas falsas por más que sean ciertas. Como la relación que según algunos existe entre infarto del cardenal y el nuevo escándalo en el que se encuentra sumergida la Iglesia, a lo cual los representantes de Dios responden sistemáticamente: "No, se trata de groseras y malintencionadas mentiras. El accidente cardíaco del cardenal Schulzer no tiene ninguna relación con despreciables artículos de indignas revistas que

se rebajan a publicar burdos montajes y fotos falsas para dañar a la Iglesia.”

Consciente de ser blanco de muchos ojos, el obispo se deja guiar sin mirar a los lados. En el último piso el hombre del Vaticano lo presenta al médico jefe del equipo que se ocupa del cardenal.

—Un placer conocerlo, Excelencia.

—Placer compartido, doctor. Lamentablemente no es el placer lo que nos reúne. ¿Qué puede decirme a propósito de nuestro amado cardenal?

—El estado del cardenal Schulzer es extremadamente preocupante, por no decir crítico. Este infarto, ignoro si usted lo sabe, no es el primero que enfrenta su anciano cuerpo.

Gaetani ignoraba que Schulzer hubiese tenido otros accidentes cardíacos, pero no lo dice. Reconocer su desinformación equivaldría a una forma de deslustre.

—¿Cree que rebasará esta crisis, doctor?

El especialista reflexiona varios segundos, luego dice:

—La medicina no es una ciencia exacta, estimado obispo.

Gaetani entiende que el médico le ha dicho que no, aunque con palabrería vaticana. Prefiere asegurarse, por lo que insiste.

—Estoy seguro de que un especialista de su nivel tiene una opinión.

Una vez más el médico mide sus palabras.

—La medicina no tiene ninguna solución que ofrecer… Un milagro podría salvarlo, pero los milagros son el dominio de la Iglesia.

Una enfermera solicita al médico, que se despide dejando a Gaetani el desagrado de la ironía. El clérigo que le sirve de guía lo invita a entrar en la habitación del cardenal y le dice que estará abajo por si lo necesita.

Gaetani cierra la puerta de la habitación y contempla desde lejos el cuerpo descarnado y exhausto del moribundo cardenal que tan temido era hace apenas unos días. Allí, solo, despojado del fasto de sus atuendos cardenalicios, el ardiente Schulzer no es más que una vacilante llama, piensa, un anciano sin futuro ni poder, un fragmento de la nada. Tirado en una cama de hospital, sin fuerzas, ya no

parece estar en tan estrecha relación con el "Altísimo Que Todo Lo Puede".

¡Fine della Commedia!

Los representantes de Dios no rezan para curarse cuando se enferman, ironiza el obispo. Van al médico, como cualquiera. No cuentan con que el Todopoderoso envíe a uno de sus ángeles para que sane sus intestinos, sus corazones o los resucite como a Lázaro. Confían más en un modesto representante de la medicina. Ciencia que la Iglesia tanto despreció, acusó y frenó.

Una voz que parece venir de ultratumba dice con gran dificultad:

—¿Qué haces aquí, Anticristo?

Gaetani remarca que el cardenal tiene los ojos abiertos y fija en él una acerba mirada. Oscila unos instantes entre la compasión y el placer de aplastar a un enemigo vencido. Opta por la segunda opción.

—Me mandó el demonio para que me interesara por su salud, cardenal Schulzer. Lo está esperando.

—Sabía que usted era un alma turbia, obispo Gaetani, pero no creía que fuese tan perverso.

Schulzer habla con mucha dificultad, Gaetani no lo interrumpe, prefiere escucharlo.

—La Iglesia es lo más grande que tenemos, engendro infame. ¿Qué sería usted sin la protección de su manto?

—No sé de qué habla, Reverendísimo.

Aunque apenas le quedan fuerzas, el cuerpo del cardenal vibra de cólera.

—¡No mientas, Satanás! Las fotos impías, ¡fuiste tú!

—Sigo sin ver a qué se refiere, cardenal.

Cuando la furia y la impotencia se unen en un cuerpo cuyo corazón ha perdido la cordura, pueden ser fatales. Schulzer tiembla, poseído por la ira.

—Lo has hecho para destruír la "Sagrada Congregación para la Defensa de la Fe", pero Dios no lo permitirá.

Gaetani se escuda tras el silencio, el encolerizado cardenal acusa, amenaza:

—Te voy a denunciar, hijo del maligno… Lo diré al Santo Padre…

Sus invectivas poco a poco dejan de ser palabras para convertirse en saliva espumosa y culminar en un ataque de toz, al que se añade un insoportable dolor en el pecho. Gaetani oscila de nuevo entre el bien y el mal, entre la piedad y la tentación de hundir la cabeza del enemigo que se ahoga. Una vez más lo seduce el mal. Se acerca al oído del cardenal y murmura:

—No podrás hacer nada, viejo decrépito, porque ya estás muerto.

El cardenal se ahoga, no ya en sentido figurado, le falta el aire, la sangre pena para llevar el oxígeno a sus pulmones, las fuerzas lo abandonan…

El obispo espera, luego sale al pasillo con la intención de dar una tardía alarma, pero un enjambre de batas blancas corre ya hacia la habitación del cardenal, pues vigilan al importante enfermo a distancia.

Médicos, enfermeras y técnicos luchan con todo el saber y la tecnología que poseen. Si todos somos iguales ante la muerte, los VIP no entran totalmente en esa categoría. Un paciente del nivel del cardenal Schulzer ofrece beneficios a un centro hospitalario o a un equipo médico. Salvar a un famoso aumenta la credibilidad. Perderlo, al contrario, lastra las reputaciones.

Los esfuerzos de los especialistas no logran invertir el curso de la existencia. La crisis del cardenal no decrece. Su vida se va apagando bajo el control de las máquinas para las cuales un VIP sí es lo mismo que un don nadie.

Los aparatos acaban por mostrar la verdad con implacable frialdad: llegó el fin. El médico jefe, con algo de esa furia e impotencia de todo médico ante la muerte, dice al obispo.

—Finalmente, no hubo milagro.

Con rostro contrito, Gaetani hace un signo de cruz y concluye:

—En ningún lugar estará mejor que con su Creador.

> *25 Jehová te entregará derrotado delante de tus enemigos; por un camino saldrás contra ellos, y por siete caminos huirás delante de ellos; y serás vejado por todos los reinos*

de la tierra. 26 Y tus cadáveres servirán de comida a toda ave del cielo y fiera de la tierra, y no habrá quien las espante.

LA BIBLIA. (Deuteronomio 28: 25-26)

Matar lo acelera todo, las decisiones, los latidos del corazón, los pensamientos…

Vladimir y Boris conocen bien esas sensaciones, casi síntomas.

Matar enardece, estimula, excita…

Son rusos. Usan barbas, no por coquetería ni estética, sino para ocultar los rostros. Van vestidos con las típicas batas blancas usadas por los médicos, aunque no curan, al contrario, matan.

Boris amaneció contento, Vladimir irritado, mordido por la desconfianza, ese mal bicho.

—No tiene sentido que los italianos nos hayan confiado un trabajo tan simple y nos paguen lo que les hemos pedido, que es mucho. ¿Acaso la Mafia ya no tiene gente que mate?

Boris es de un natural más optimista. Tiende a no pensar en el lado oscuro de las cosas. Lleva en su bolsillo un ícono dorado con la imagen de Jesucristo del que jamás se separa. Se trata de un regalo de Vladímir Mijáilovich, alma de la Iglesia Ortodoxa con quien su madre está emparentada. Último peldaño terrestre antes del Cielo, según ella. Con semejante protección, ¿qué puede pasarle?

—En Europa ya la gente no quiere trabajar, Vladimir. En Rusia estaríamos igual si no hubiese sido por el comunismo y por el puto Putin. ¿Quiénes fabrican la ropa, los zapatos, los electrodomésticos y todas esas cosas de baja gama para los europeos? Los chinos, los vietnamitas, los bangladesíes ¿no es así?

Vladimir asiente.

—Con los asesinatos pasa lo mismo. Hoy por hoy ningún francés ni italiano quiere jugarse veinte o treinta años de cárcel por diez o doce mil dólares. Sin embargo por esa suma cualquier ruso mata a siete u ocho tipos sin discutir el precio. La oferta y la demanda, Vlad.

Esa es la regla. Tenías que haberte leído el libro que te regalé, el que habla de economía y de la mano invisible.

—¿Te parece que yo no tengo mejor manera de ocupar mi tiempo que leer el libro de un idiota hablando de manos invisibles?

—No se trata de ningún idiota. Espera un segundo, se me olvidó el nombre…

Boris busca en Google. Triunfante, acaba por decir:

—Adam Smith. Un inglés, amigo mío, nada más y nada menos que un inglés.

Los autos de los que van a matar deben rodar despacio, por más desesperante que sea, respetando las reglas, las limitaciones de velocidad, las luces de los semáforos… Por eso es preferible conversar, aunque sea de tonterías, ya que el silencio conduce a rumiar ideas negras y suele incidir negativamente en la concentración, alterar la serenidad…

—Estamos llegando, dice Vladimir, quien conduce.

—Muy bien, ya es hora. Esos italianos nunca nos han fallado, Vlad, afirma Boris. Son gente seria. Y esta vez nos dieron un adelanto más que consecuente. No sigas rompiéndote la cabeza o nos vas a salar el día. Las energías negativas activan la mala suerte, no lo olvides. Hagamos el trabajo, recojamos el resto del dinero y el muerto al hoyo y el vivo al pollo.

Vladimir conduce en silencio dejándose penetrar por la superstición positiva de su compañero, hasta que reconoce:

—Al adelanto no se le puede reprochar nada, la verdad sea dicha.

—Entonces cierra el pico y concéntrate en el trabajo. Mientras paguen da igual que sea una Mafia italiana de película de Coppola o una de baja gama made in China.

Vladimir deja escapar un estruendosa carcajada a la que se une Boris.

—Made in China, oh no, calidad de mierda asegurada.

—O made in Rusia.

—Mierda al cuadrado.

Las carcajadas los sacuden, los relajan, alejan sobre todo las testarudas malas intuiciones de Vladimir, que anuncia:

—Es aquí.

Boris envía el mensaje previsto. Un Mercedes negro espera a que el Peugeot de los rusos llegue a su altura y les deja el sitio.

—No olvides nada en el carro, gruñe Vladimir.

—Claro que no.

Un individuo falsamente distraído camina por la acera, es un italiano, el teniente Fabio Moretti. El teniente Moretti se detiene a la altura del Peugeot y enciende un cigarro. Un gesto banal del cual nadie podría extraer algún sentido. Para los dos rusos, sin embargo, es un claro mensaje. El teniente Moretti sigue su camino. Vladimir y Boris salen del Peugeot.

Matar es ser Dios por unos instantes, opina Vladimir. El poder sobre la vida y la muerte acerca al hombre a lo divino. Por eso matar es tan excitante.

Los dos rusos se encierran en unos servicios, la cercanía de la acción incide casi siempre en las vejigas. Verifican por última vez las pistolas con silenciadores que llevan en las sobaqueras.

Un mensaje hace vibrar el teléfono de Boris. Dice: "Vía libre."

Vladimir cierra los ojos y reza. Boris acaricia su ícono dorado.

—Terminemos esto ya, gruñe de nuevo Vladimir.

Han inspeccionado el hospital, lo han visto en video, lo conocen bien. Podrían llegar a la habitación del supuesto François Borel con los ojos cerrados.

El ascensor para ese tipo de trabajo es contraindicado, se dirigen hacia las escaleras. Están vacías, como era de esperar.

—Demasiada haraganería en Europa, opina Vladimir.

—No, mucho confort, estima Boris, mucho desarrollo.

—Cualquiera que te oye pensaría que no eres ruso. Todo en Europa te gusta.

Boris sonríe ante esa típica muestra de lo que considera el enfermizo orgullo ruso, un mal nacional bastante extendido que se nutre de un doloroso complejo de inferioridad y eleva la jactancia al nivel de una fe.

—Tercer piso, anuncia, evitando el asunto.

La confrontación con la muerte se acerca, las palabras inútiles desaparecen frente al aumento de la tensión, esa mezcla de

excitación, aprensión y miedo.

Una pieza de dos euros eligió esta mañana cuales serían sus papeles. Vladimir entrará en la habitación y ejecutará al objetivo. Boris cuidará la puerta y la retirada. La suerte está echada.

El pasillo que conduce a la habitación del objetivo está tranquilo. Los dos asesinos no necesitan mirarse, mucho menos hablar. Ante la puerta señalada, Vladimir desaparece. Unos segundos después los inconfundibles sonidos de los disparos apagados por el potente silenciador llegan a los oídos de Boris.

Dentro de la habitación Vladimir termina el trabajo con un último disparo a la cabeza. Satisfecho, avanza hacia la cabecera y arranca de un tirón las sábanas.

En la puerta Boris escucha una estruendosa maldición. Solo puede indicar que algo salió mal. ¡Qué diablos pasa! Se asegura de que no hay ninguna amenaza en el pasillo, entra en la habitación y lo constata. A él también una maldición le quema los labios.

¡Algo salió terriblemente mal!

En la cama el muñeco de goma que Vladimir creyó matar parece burlarse de ellos. La sirena de alarma de sus mentes los insta a escapar de toda urgencia, pero tras la puerta se cierran sus caminos. Un equipo de intervención armado hasta los dientes los recibe. Llevan las famosas insignias con la pantera negra que los identifica como miembros del RAID, policías de élite. Los rusos comprenden que han caído en una trampa. Entonces resuena la voz del capitán Martel y ellos escuchan la frase que cambiará para siempre sus vidas.

—Policía francesa. Entreguen sus armas.

> *31 Y me dijo Jehová: He aquí yo he comenzado a entregar delante de ti a Sehón y a su tierra; comienza a tomar posesión de ella para que la heredes. 32 Y nos salió Sehón al encuentro, él y todo su pueblo, para pelear en Jahaza. 33 Mas Jehová nuestro Dios lo entregó delante de nosotros; y lo derrotamos a él y a sus hijos, y a todo su pueblo. 34 Tomamos entonces todas sus ciudades, y*

destruimos todas las ciudades, hombres, mujeres y niños; no dejamos ninguno.

LA BIBLIA. (Deuteronomio 2: 31-34)

Los ojos de Thomas se abren sobre el azul de la mirada de Sarah.

—¿Hace mucho que estás aquí?

—Lo suficiente para haber tenido una larga conversación con el capitán Martel.

Thomas sonríe, se sienta en la cama, la besa.

—¿Vas a convertirte en experta en seguridad?

—Sí, en tu seguridad.

Ella le tiende un cartuchito de panadería.

—¿Qué es esto, una máscara ultra sofisticada para cambiar de apariencia?

—Dos cruasanes, tonto.

—¿Quieres que te nombre hada madrina?

—Me parecería un poco reductor, estima Sarah, risueña.

—Disculpa, todavía estoy un poco alelado. Me dieron un somnífero fuerte anoche.

—La prensa dice que estás muerto. Los médicos, sin embargo, estiman que ya estás bien.

De nuevo Thomas sonríe, mientras disfruta de los cruasanes.

—Es la segunda vez que muero en los últimos tiempos. Si sigo así, acabaré por convertirme en gato.

—Martel quiere que te vayas de París tan pronto el hospital te confirme el alta. O sea, ahora mismo.

Thomas se levanta y comienza a vestirse.

—Irme de París es imposible, amor. Tengo que cuidar de mi padre, sobre todo ahora que está saliendo del coma y necesita estímulo.

—Tu padre ya no está en el hospital donde lo viste por última vez.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo dijo Martel.

—¿Y dónde está?

—Eso se lo calló.

—¿Qué está pasando?

—No lo sé. Martel te mandó un mail. Míralo.

Thomas busca el mail del capitán Martel en su teléfono y lee:

"Thomas, no pude esperar a que te despertaras. Ya lo hablamos, pero te lo repito. Los que creen haberte matado tienen ahora como segundo objetivo asesinar a tu padre. No lo lograrán, sobre eso puedes estar tranquilo. Pero he tenido que cambiarlo de hospital y mantener ese nuevo sitio secreto. Si no te lo había dicho hasta ahora era para no preocuparte mientras estabas hospitalizado tú también. Los que intentaron matarte creen haberlo logrado, ya lo sabes. Mientras sigan creyéndolo estarás en seguridad. Al menos relativa. Si vinieses a ver a Armand correríamos el riesgo de que alguien, equipo médico, sacerdote o quien fuese, incluso sin tener mala intención, develase tu secreto. Armand está en muy buenas manos desde el punto de vista terapéutico y de seguridad. En cuanto esté en capacidad de entender se le explicarán las razones de tu ausencia. Tú, has lo que él espera de ti, lo que todos esperamos. Publica el Codex M. Sarah es tu mejor aliada. Escúchala."

Thomas le pasa el teléfono a Sarah que lee el mail, mientras él la observa.

—Creo que le caes bien, dice él cuando Sarah le devuelve el teléfono. ¿Te dijo algo más?

—Sí, la investigación sobre el supuesto terrorista que intentó matarte dejó claro que se trataba de una persona sin lazos con el islamismo. Era un traficante de droga que hacía caja de vez en cuando asesinando por dinero.

—Estaba seguro… Si gritó Allahu Akbar fue para desviar las sospechas.

—Y si lo mataron fue para que no hablara.

Una enfermera entra, los saluda y entrega a Thomas los documentos del alta médica y la prescripción para los cuidados de

enfermería a los que deberá someterse en los próximos días.

—¿Le hago servir el desayuno?

—No gracias, responde Thomas.

Salen del hospital. Él mira el reloj.

—¿A qué hora empiezas a trabajar hoy?

—Hoy no trabajo.

—Entonces, ¿a dónde vamos?

—Al auto aquel, dice Sarah señalando un taxi que espera con los intermitentes puestos.

Montan en el taxi y dan los buenos días al chofer. Thomas no sale de su asombro. Sobre todo cuando Sarah dice:

—Aeropuerto de Orly, por favor.

Un típico sol marsellés brilla, nutre, energiza. Una suave brisa trenzada con la velocidad del auto juega a ser viento. Los cabellos de Sarah flotan, la mirada de Thomas acaricia su cuello.

—¿Acabarás de decirme adónde vamos?

Una risa chispeante es todo cuando Thomas obtiene como respuesta.

A ambos lados de la bucólica carretera departamental la estación ofrece un abanico de rojos, amarillos, verdes… Más allá pacen los animales, bailan las espigas, canta la naturaleza. El convertible alquilado en el aeropuerto por Sarah entra al fin en un pueblo y se detiene en una plaza, más bien un atrio.

—Primera estación de nuestro peregrinaje, dice Sarah sonriente, saliendo del auto.

Frente a ellos se eleva una iglesia muy antigua, a juzgar por el estilo relativamente primitivo de la fachada.

—¡Me trajiste a visitar una iglesia!

—No, te traje a visitar la Basílica Santa María Magdalena de Saint Maximin-la Sainte-Beaume, toda una historia.

Thomas observa con más detenimiento el edificio religioso, poco a poco su memoria se anima.

—Es aquí donde está ese horrible pedazo de hueso ennegrecido encerrado en un relicario de oro… o dorado.

—Así es, un fragmento de cráneo atribuido a María Magdalena desde hace siglos aunque no exista la menor prueba de su autenticidad.

—Un pedazo de hueso que hizo ganar muchísimo dinero a la Iglesia y todavía debe dejar alguna calderilla en las cuentas bancarias del Señor y de algunos otros señores, me imagino.

—Sin dudas, gracias a ese pedazo de hueso elevado al rango de "inestimable santa reliquia" este sitio fue un importantísimo lugar de peregrinación. Y quien dice peregrinación dice dinero. Gracias a Dios… ¿Entramos?

—No, te lo agradezco. Me parece haberla visto ya. Las iglesias góticas son todas iguales, arcos ojivales, bóvedas de crucería, arbotantes y contrafuertes exteriores que aligeran paredes y autorizan el ejercicio de una propaganda más intensa por medio de vitrales, retablos y esculturas… Lo de siempre. Monotonía mineral. Las supuestas reliquias no están a la vista de los comunes mortales, supongo.

—Me imagino que no, el punto culminante del show ha de ser siempre deseado y anhelado antes de ser mostrado. Ya sabes, en eso de cuidar los efectos del espectáculo la Iglesia es más ducha que el *Moulin Rouge*.

Thomas ríe.

—Vamos primero a tomar algo en aquella bonita terraza, dice.

—Te acompaño, pero visitaremos la iglesia después. Si rechazas mi invitación y mi periplo te lanzaré un embrujo fatal. Así que ni te atrevas.

—Ok, ok, iremos a ver a la falsa Magdalena. Prefiero eso a que me hechices. Bastante embrujado me tienes ya.

Ríen y caminan hacia el café tomados de la mano.

—¿Te duele la herida?

—Cada vez menos, miente.

Llegados al café alguien les hace señas desde una mesa de la terraza. El dormido recelo de Thomas se reanima.

—¿Conoces a ese hombre?

—Sí, es un amigo de Marc Pladel, mi jefe. Un historiador retirado que tiene una casa en la zona.

Ella avanza hacia el historiador a quien da la mano con entusiasmo.

—Hola, señor Saint-Yves. Soy Sarah.

—Ya me di cuenta, Marc la describió bien, dice el hombre sonriente. Yo soy Théo, Théo Saint-Yves. Encantado de conocerla al fin, Sarah.

—Él es Thomas.

Los dos hombres se dan la mano.

—Un placer conocerle, Thomas.

La desconfianza sigue pesando en la mirada del joven, aunque dice:

—Placer compartido, señor Saint-Yves.

—No pensé encontrarlo aquí tan temprano, remarca Sarah.

—Salí de casa a caminar un rato, pero cada vez estoy más haragán, por eso acabé por sentarme antes de tiempo. Vengo a menudo a este café. Le pertenece a un amiga y además me gusta mucho esta terraza. Siéntense, por favor, son mis invitados.

Sarah y Thomas aceptan la invitación y piden bebidas.

—¿Qué les interesa saber sobre María Magdalena?, pregunta el historiador.

—Bueno en realidad todo y nada en especial, afirma ella. Se trata de que al venir a esta zona nos pareció normal profundizar un poco el tema… Y cuando Marc me habló de usted…

—Ah, ya veo, dice el señor Saint-Yves. Pregúntenme lo que quieran, añade. Soy todo oídos.

Aunque hasta ahora no creyó demasiado útil gastar energías en reconstruir el pasado del Códex M, la supuesta vida y muerte de María Magdalena en tierras de Provenza le pareció a Thomas, en algún momento, un anclaje a la improbable historia del documento. Ya no, hoy está convencido de que la venida a Francia de la compañera de Jesús es un mito. Lo cual no explica, a su entender, por qué alguien inventó semejante historia… Para evacuar sus sospechas sobre el historiador, su primera pregunta es:

—Señor Saint-Yves, ¿ha oído hablar de un texto escrito por María Magdalena que tendría como nombre Pergamino M o Códex M o algo por el estilo?

El historiador reflexiona unos instantes antes de afirmar:

—Siempre se ha hablado entre los especialistas de un texto con esas características que pondría en peligro a la Iglesia y que esta buscaría desde tiempos inmemoriales, pero francamente, creo que se trata de una leyenda de la misma índole que la del Santo Grial.

—La relación entre María Magdalena y la Provenza también parece legendaria, insiste Thomas.

—No solo lo parece, sino que lo es, responde risueño el historiador. ¿Saben cómo llegó María Magdalena a estas tierras, según la Iglesia?

—En un barco sin timón o algo así, si mal no recuerdo, acota Sarah.

—Sin timón y sin velas, añade el historiador. ¡Desde Jerusalén hasta aquí sin control sobre la nave ni energía para impulsarla! Hoy solo las personas más fanáticas o descerebradas podrían dar crédito a semejante patraña, pero en el Medioevo la Iglesia controlaba todo el saber y era la única referencia cultural, por lo que…

Una camarera sirve las bebidas. Beben en silencio, tal vez pensando en cuan afortunados son por haber nacido en un siglo en el que declararse ateo no significa ser automáticamente asesinado. Al menos en Europa. Thomas, tranquilo ya con respecto al historiador, se dispone a hacer otra pregunta cuando Sarah se adelanta.

—Según tengo entendido la fábula que sitúa a María Magdalena en esta región es una entre muchas biografías legendarias…

—Así es, Sarah. En los primeros siglos del cristianismo eran cuantiosos los que querían un pedazo del pastel María Magdalena. No olvidemos que según la Biblia ella es la primera persona que asiste al supuesto milagro de la resurrección. Esto la convierte en la segunda mujer más importante de la cristiandad, después de la madre de Jesús. Para iniciar la lista de las biografías imaginarias de la supuesta María Magdalena, contradiciendo ya su conjeturada venida a la Provenza, les voy a citar a… ¡un santo! Nadie puede tener mayor credibilidad, ¿no? Me refiero a Gregorio de Tours, un aristócrata galo-romano del siglo VI convertido en obispo y después beatificado. Esa santidad sitúa la tumba de María Magdalena muy,

muy lejos de aquí, nada menos que en la ciudad de Éfeso, antes parte del Imperio Romano, hoy fragmento de la islámica Turquía.

—Temo que al final tengamos tantas Marías Magdalenas como prepucios de Jesús, dice Thomas, con lo que arranca risas a Sarah y a Saint-Yves. Si mal no recuerdo, añade, prepucios de Jesús conservados en diferentes iglesias hay tantos que podrían explicar por qué el pobre hombre predicó en una zona tan limitada… debía caminar muy lentamente.

En medio de las carcajadas, Sarah afirma:

—No me extrañaría que Marías Magdalenas bogando por el vasto mundo de la imaginación haya otras tantas. ¿Qué dice usted de eso, profesor Saint-Yves?

Théo Saint-Yves domina su risa y responde.

—Que Marías Magdalenas podríamos encontrar casi tantas como flores en mayo.

Beben divertidos hasta que Thomas pregunta:

—Señor Saint-Yves…

—Preferiría que me llamaras Théo, Thomas.

—De acuerdo, Théo… ¿Por qué un Papa lo trastocó todo respecto a la Magdalena?

—No se sabe. Fue en el siglo VI. Gregorio I decidió que María de Betania, la hermana de Lázaro y María Magdalena, eran la misma persona. ¿Por qué? Misterio. A esta mezcla sumó la prostituta anónima que en la Biblia perfuma los pies de Jesucristo… Con lo que propagó la idea de María Magdalena, prostituta arrepentida.

—¿Lo hizo porque le dio su papal gana?

—Se supone… Pero como la Iglesia tiene una curiosa relación con la verdad, durante el concilio Vaticano II, que comenzó con el Papa Juan XXIII, terminó con el
Papa Pablo VI y duró desde 1962 hasta 1965, esa posición fue abandonada… Así, sin más, posición abandonada. Punto.

Los tres ríen. Thomas añade:

—O sea que el Papa Gregorio I convirtió mágicamente a tres mujeres en una y siglos más tarde el Papa Pablo VI la metió en una mitra, sopló y sacó de nuevo tres. ¿Puro hechizo?

—Teniendo en cuenta de que hablamos de la Iglesia lo más correcto sería decir milagro, acota Sarah.

—A lo que debe añadirse otro hecho sobrenatural, señala Théo. En 2016, por voluntad del Papa Francisco, la misma ex prostituta arrepentida y ex endemoniada fue convertida en Apóstol de los Apóstoles…

Una vez más los tres ríen. Hasta que Sarah pregunta:

—¿Se sabe quién inventó el cuento del barco que trajo a María Magdalena a la Provenza?

—No, Sarah. Se supone que era un clérigo de la región, pues con su invención la favorecía.

—¿Por qué se cree que haya sido un clérigo?, pregunta Thomas.

—Porque manejaba bien los códigos de las leyendas cristianas en las cuales siempre debe haber elementos extraordinarios, o sea, que contradigan de las leyes de la naturaleza. Un barco que viniese desde Jerusalén navegando normalmente no hubiese sido en lo absoluto estimulante para el imaginario popular ni prueba de que una VIP como María Magdalena viajase en él. Un barco sin velas ni timón, sin embargo, daba a la fábula su necesaria aura de leyenda. Solo guiado por una fuerza divina semejante embarcación podía llegar a nuestras costas.

Una enérgica mujer, un poco más joven que Théo, se acerca a ellos. Viene de la iglesia. Théo se pone de pie y la presenta.

—Laura, la encantadora propietaria de este lugar encantador.

Sarah y Thomas le tienden las manos pronunciando las clásicas frases de situación. Théo los presenta.

—Son los amigos de mi amigo Marc. Me imagino que ya habías adivinado.

—Reconozco que sí, afirma ella riendo. Por cierto, les dijiste que eran mis invitados.

—En lo absoluto. Los invité yo.

Las risas vuelven a brotar. Théo pregunta.

—¿Arreglaste el asunto con el padre Marcel?

—Naturalmente. Me dijo que podías llevar a los chicos a ver las reliquias cuando quisieras.

Sarah y Thomas intercambian una divertida mirada. Por lo visto no les quedará otra que visitar la basílica y los pedazos de huesos mágicos…

Ignorancia, piensa Sarah. Oscurantismo, se dice Thomas. Incultura, atraso… Las palabras surgen en sus mentes en un intento por catalogar algo que para personas sin dependencia mental es chocante, absurdo, incomprehensible. Allí están las pruebas, sin embargo. ¿Cómo es posible que seres humanos, en principio normales, hayan rendido sus inteligencias, las hayan humillado ante ritos tan disparatados y absurdos como esperar beneficios y mercedes de unos pedazos de huesos resecos? ¿Cómo explicar que aún hoy miles de personas entreguen la libertad de sus pensamientos a fantasmas, a fantasías, a personajes que nunca han visto, escuchado o percibido? ¡A huesos! Cuesta entender que tantos sigan creyendo que unos pedazos madera, unas limaduras de metal o unos restos humanos puedan ayudarlos a tener una vida mejor. Que algunos sean capaces de odiar y hasta de matar por esas quimeras. Resulta incomprensible y sin embargo ahí está la historia, las pruebas, ahí está la realidad. Adultos en hinojos, comportándose como niños, víctimas de un poder terrorífico e inexistente, apocalíptico e imaginario, de un pánico que les han metido dentro y ellos creen omnipresente. Hombres, mujeres y hasta ancianos abotargados por la puericia, rebajados, pedigüeños, implorando, oh, padre, ayúdame, oh, padre, protégeme, oh, padre, hazme vivir eternamente…

El oscuro Medioevo dominado por el implacable poder de la religión se pavonea allí ante sus ojos, mostrando altanero lo que fue y lo que sigue siendo en las mentes cautivas, infantilizadas, desplegando vanidoso sus poderes, sus potencias, haciendo desfilar los grotescos espantajos de su pérfido carnaval de palo y zanahoria.

Oh, padre, ayúdame, oh, padre, protégeme, oh, padre, hazme vivir eternamente…

Una ficción que finge ignorar que llega el fin, que se acaba la macabra mascarada, que cada vez son menos los que dan crédito a sus desacreditados preceptos, los que escuchan sus fastidiosas letanías, los que temen a sus ridículas amenazas… Una ficción que se asfixia irremediablemente, pues ni siquiera la altanería puede ocultar la verdad: que todo poder es humo, que un día se esfuma.

—¿Qué les parece?, pregunta el señor Saint-Yves.

Sarah y Thomas no encuentran palabras. Solo responden con gestos, muecas… Están solos en la cripta que atesora la patética calavera ennegrecida encerrada en un relicario dorado que sin vergüenza ni pruebas la Iglesia atribuye desde hace siglos a María Magdalena. La misma que también, sin ninguna evidencia, tildó de prostituta y de endemoniada y ahora, sin más lógica ni razón, ha elevado a la distinción de Apóstol de los Apóstoles. ¿Debería decirse Apóstola? Clímax del show medieval bautizado como peregrinación que atraía a embrutecidas "ovejas del Señor" desde los cuatro puntos cardinales para ser esquiladas por cardenales.

Gracias a la amistad de Laura y Théo con los sacerdotes de la Basílica, Sarah y Thomas pueden observar la turbadora calavera como pocas personas lo han hecho. Y en ambos aparece la pregunta: ¿a quién pertenecen en realidad esos huesos?

—Théo, ¿no se supone que los cristianos deben enterrar a los muertos?, pregunta Thomas.

—Se supone, sí… Pero cuando el interés mercantil entra en contradicción con las normas éticas, lo más común es que el dinero pase primero. En el Medioevo un pedazo de hueso "santo" como este podía valer más que una hacienda o un campo. Se pagaban fortunas por un dedo, un pedazo de pierna, unas gotas de sangre atribuidas a Jesús o a algún mártir o un poco de leche materna proveniente del seno de la Virgen María…

—¡De leche materna de la Virgen María!, exclama Thomas.

—Así es, Europa está llena de recipientes con leche materna de María de Nazaret. Al punto que el mismísimo Lutero decía que ni aunque la Virgen hubiese sido una vaca podía haber dado tanta leche.

Aunque no quieren comportarse de manera irrespetuosa por cortesía con el padre Marcel, les es imposible contener las risas.

—Salgamos, propone el historiador.

Fuera del edificio religioso, tras haber agradecido al padre Marcel la privilegiada visita, la conversación retoma su derrotero mientras ellos regresan al café-restaurante.

—Resulta fácil culpar a mercaderes tramposos de la proliferación de ese tipo de reliquias disparatadas, opina Théo, pero la verdadera responsable es la Iglesia. O más bien las religiones, ya que el cristianismo no es el único credo que glorifica dientes, pelos de barba o piedras santificadas…

—Hace poco leí en un artículo que el culto de las reliquias en el mundo cristiano fue en un primer tiempo más bien espontaneo, dice Sarah. La gente conservaba objetos relacionados con personas admiradas o los llamados mártires. ¿qué hay de cierto en ello?

—Todo… Como sucede a menudo lo que aparece como un deseo o un anhelo popular es luego manipulado por los poderes instituidos, ya sean políticos o religiosos, que los amplían hasta la dimensión de fenómenos sociales. La adoración de las reliquias es un perfecto ejemplo de eso.

—El mismo artículo decía que los primeros restos conservados fueron los de Esteban, el cristiano denunciado por Saulo de Tarso y muerto lapidado, amplía Sarah.

—Supongo que recuerdas quien fue Saulo de Tarso, dice Théo.

—Sí, claro. El que hoy se adora como el apóstol San Pablo.

—Así es. Y ese hombre extraño, epiléptico, controvertido, perseguidor acérrimo de los seguidores de Jesús antes de ser "mágicamente redimido", que se auto nominó apóstol de Jesús sin jamás haber visto a Jesús, es para muchos el auténtico, respetable y santo fundador del cristianismo.

Llegan al café-restaurante donde Laura los espera con una botella de vino rosado fresco y la exquisita amenaza de un típico almuerzo provenzal.

—Eso sí, me disculparán por dejarlos solos hablar de reliquias y de María Magdalena, pues yo sé más de cocina que de santas… Por suerte para ustedes.

Tras rozar los labios de Théo con los suyos, servir el exquisito vino y brindar, Laura los deja solos.

—Nos hablaba antes del mercadeo de las reliquias en el Medioevo, profesor. Un fenómeno que según tengo entendido llegó a ser extremadamente importante, relanza Thomas.

—El mercado no es más que la expresión de una aspiración humana. En realidad les hablaba de la responsabilidad de los que dieron a ese absurdo comercio las bases ideológicas. Antes de ser vendidas y compradas las reliquias fueron glorificadas y divinizadas. La Iglesia, una autoridad en teoría responsable y presuntamente conectada con el cielo y lo divino, decía que eran capaces de proteger, de curar, de realizar milagros… Es esa fase doctrinal, esa fase de creación de valor a partir de las ideas la que convierte a un pedazo de hueso o de hierro en algo totalmente diferente. Es ahí donde se encuentra la responsabilidad. Son las ideas las que generan el valor, es lo que la gente piensa del objeto lo que convierte al objeto en un bien anhelado y valioso, pues el objeto en sí no cambia, sigue siendo un pedazo de hueso o de hierro. Un reloj de cien euros y otro de cien mil hacen lo mismo, dan la hora, pero el reloj de cien mil vehicula una imagen que es infinitamente más importante para quien lo compra que el simple hecho de que dé la hora. La verdadera responsabilidad de la Iglesia se sitúa en esa fase en la cual la función real del objeto deja de ser lo más importante y es lo intangible, lo ideológico, lo que aumenta exponencialmente su valía. Las reliquias no tienen más valor que el que la Iglesia les crea. Y ese concentrado de falsedades que la Iglesia Medieval creó, la Iglesia actual nunca lo ha desmentido. Perdonemos al sacerdote inmerso en el oscurantismo del Medioevo que creyó comprar a un cruzado tramposo de regreso de Jerusalén un milagroso dedo de San Juan Bautista, pero el problema es que hoy, si mal no recuerdo, hay sesenta y tres dedos del supuesto Bautista dispersos por el mundo. ¡Y la Iglesia lo sabe! Y calla.

—¡Sesenta y tres dedos!, exclama Thomas con una carcajada.

—Qué pena que Juan Bautista no haya sido pianista, dice Sarah riendo también, hubiese sido un intérprete sensacional.

—¡Y de haber sido un pensador, hubiese sido el mayor genio de la humanidad!, bromea Théo. Imagínense ¡qué cerebro! Unas veintiocho iglesias en el mundo juran estar en posesión de pedazos de su cráneo y otras dieciséis ¡tienen el cráneo entero!

Sarah y Thomas ríen a carcajadas, Théo concluye:

—Sin contar con que los musulmanes afirman que el auténtico cráneo de San Juan Bautista se encuentra en la mezquita de los Omeyas, en Damasco, que tras la cristianización del Imperio Romano y antes de la dominación musulmana fue en una basílica dedicada a San Juan Bautista, justamente.

> *44 Así tu esclavo como tu esclava que tuvieres, serán de las gentes que están en vuestro alrededor; de ellos podréis comprar esclavos y esclavas. 45 También podréis comprar de los hijos de los forasteros que viven entre vosotros, y de las familias de ellos nacidos en vuestra tierra, que están con vosotros, los cuales podréis tener por posesión. 46 Y los podréis dejar en herencia para vuestros hijos después de vosotros, como posesión hereditaria; para siempre os serviréis de ellos…*
>
> **LA BIBLIA. (Levítico 25: 44-46)**

Tú nos dijiste que la muerte no es el final del camino,
que aunque morimos no somos carne de un ciego
destino.

Un coro de hombres salmodia un canto gregoriano, la música preferida del cardenal Schulzer. Diáconos, monjes, sacerdotes, obispos, arzobispos, cardenales… La extensa jerarquía exclusivamente masculina, desfila. Van todos vestidos con sus galas

de oficio, zarabanda de colores que contrasta con los rostros en los que una tristeza, también de oficio, oficia.

Tú nos hiciste, tuyos somos, nuestro destino es vivir
siendo felices contigo, sin padecer ni morir.

Clérigos menores, fieles laicos y monjas han sido puestos a distancia con firme delicadeza pues, aunque lo ignoran, cumplieron ya la función para la cual fueron citados, que era agrandar la asistencia, ser muchos, y ahora, inútiles ya, pasaron a ser demasiados y molestan. El Cementerio Teutónico donde descansarán los restos mortales del cardenal Schulzer, como todo lo exclusivo, es pequeño.

Cuando la pena nos alcanza por un hermano perdido,
cuando el adiós dolorido busca en la fe su esperanza,
en tu palabra confiamos, con la certeza que tú,
ya le has devuelto a la vida, ya le has llevado a la luz.

Algunos buscan razones al extraordinario fasto de las exequias de un cardenal poco conocido por la prensa y los fieles. Los más informados saben que la Santa Sede busca dirigir la atención pública hacia un asunto piadoso en un intento, poco exitoso por cierto, de lavar su imagen dañada por las comprometedoras fotos publicadas por la revista "Risonanza" y los artículos de fondo del semanario "Echi di Roma"

Y cuando, Señor, resucitaste, todos vencimos contigo,
nos regalaste la vida como en Betania al amigo.

En hombros de guardias suizos de coloridos ropajes y sepulcrales rostros, el ligero féretro del frugal cardenal Schulzer recorrió parte de Roma antes de recibir homenajes de famosos y desconocidos en la Plaza San Pedro, donde fue ensalzado por altos dignatarios de la curia, incluida Su Santidad, que lo honró con sentidas palabras. Ahora, mientras el coro de hombres salmodia un canto monocorde cuyas palabras muy pocos creen, el lisonjeado cardenal, no más que

un cuerpo en descomposición ahora, es bajado al hoyo terrestre desde el cual subirá al cielo… Se supone.

Si caminamos a tu lado no va a faltarnos tu amor,
porque muriendo vivimos vida más clara y mejor.

—¿Por qué va tan lento, Pastori?

—Hay demasiado tráfico, Excelencia. Y el entierro del cardenal Schulzer lo ha empeorado todo. Menos mal que fuimos de los primeros en irnos.

El entierro del cardenal Schulzer… El obispo Gaetani sonreiría de no ser porque está obligado a jugar su papel hasta estar seguro de que ningún ojo de vidrio pueda convertir su satisfacción en noticia. La muerte del cardenal no ha empeorado nada para él, al contrario, no estaba entre sus planes, pero le ha venido como caída del cielo. Ya no tendrá que morder con rabia la embocadura puesta por Schulzer, ni depender de la irresoluta "Sagrada Congregación para la Defensa de la Fe" para su toma de decisiones. Ahora será él quien llevará las riendas. Él quien dará las órdenes. Él quien recogerá los laureles. Es muy probable que "La Sagrada" deje de existir o continúe en *stand-by,* como ahora*.* El escándalo provocado por las publicaciones de "Risonanza" y de "Echi di Roma", la hirieron de muerte, el fallecimiento de su líder casi seguro será el tiro de gracia.

Su estrenada libertad de acción no está exenta de problemas, desgraciadamente. Problemas que el obispo califica ya como lastres del pasado. La absurda obligación impuesta por Schulzer, el Santo Padre y la estupidez cardenalicia de "La Sagrada" de utilizar personas extranjeras al servicio vaticano para ejecutar las operaciones de París dejó ya sus primeras estelas de sandeces, piensa: un falso terrorista muerto, cuyo cadáver dará decenas de pistas a la policía, más dos arrogantes rusos, que aunque por el momento callen, acabarán tarde o temprano por abrir los picos. Aunque es imposible que esas pistas conduzcan los investigadores franceses hasta ellos, a Dios gracias, pues ni el falso terrorista ni los estúpidos rusos sabían quiénes eran sus reales comanditarios, lo

cierto es que los dos intentos de asesinatos han sido verdaderas chapuzas.

La necedad de un rebaño de asustados cardenales con ínfulas de estrategas que jamás ha disparado un arma ni ha corrido doscientos metros sin parar desde que Fellini estrenó la "Dolce Vita", incidió tan negativamente en la operación Thomas Roussel que todavía hoy no se sabe cabalmente si fue un éxito o un fracaso. Aunque en las fotos que le mandó el equipo encargado de controlar la acción se ve claramente a Thomas Roussel inmóvil en el piso de la *Cour Napoléon* con la espalda ensangrentada, deducir de esas imágenes que está muerto es azaroso, por no decir imposible. No sería la primera vez que ese protegido del demonio escapase a la muerte. Lo mismo pasa con los rusos, cayeron en manos de la policía francesa, pero nadie sabe si pudieron o no mandar antes al infierno a ese engendro satánico de Armand Roussel. Y ni siquiera la red de sacerdotes que visitan los hospitales y trabajan para ellos ha encontrado por el momento informaciones concluyentes.

El teléfono privado que Gaetani vibra, anunciando la llegada de un mensaje. Lo envía el coronel Jonás. El texto le arranca una maldición: "Sin ayuda de Dios, fracasa el hombre. Al parecer los amigos franceses siguen sin encontrarse con el Creador. " dice.

Un relámpago centellea en los ojos del obispo, un trueno de rabia estalla en su cabeza. Aunque el mensaje no da detalles, pues ese teléfono no permite diálogos comprometedores, el sentido general sí lo deja claro: todo parece haber salido mal una vez más en París. Armand y Thomas Roussel seguirían vivos.

El chofer es el destinatario inmediato de la frustración y la ira de Gaetani.

—Qué demonios le pasa, Pastori. Le ha dado por pasear o va a hacer su trabajo de una puñetera vez. Necesito llegar cuanto antes, ¿no me entiende? ¡Es urgente! ¡Urgente!

Con algo de suerte y mucho de experiencia y pericia el chofer logra escapar a los tranques arriesgando sinuosos trayectos por calles estrechas y laberínticas que solo los romanos de nacimiento y los profesionales osan. Por eso acaba por anunciar:

—Aquí estamos, Excelencia.

Contrariamente al protocolo habitual, el obispo abre él mismo la puerta del auto y camina, casi corre, hasta desaparecer tras el portón del elegante edificio donde vive. Pastori, que intentaba llegar a la puerta trasera con la intención abrirla y pedir instrucciones para el resto del día, queda atónito.

—*Terrone di merda di zoccola*, murmura.

> *14 He aquí, el día de Jehová viene, y en medio de ti serán repartidos tus despojos. 2 Porque yo reuniré a todas las naciones para combatir contra Jerusalén; y la ciudad será tomada, y serán saqueadas las casas, y violadas las mujeres; y la mitad de la ciudad irá en cautiverio…*
>
> **LA BIBLIA. (Zacarías 14: 1-2)**

Pietro Gaetani entra en su casa a zancadas. Arde todavía por dentro. La posibilidad de que Armand y Thomas Roussel sigan vivos lo sacó de sus casillas. De ser cierto sería una estrepitosa derrota. Un desastre del que los cardenales de "La Sagrada" se enterarán y que con todo el veneno que son capaces de destilar contra él, lo anunciarán falsamente contritos al Santo Padre con divino placer. El Papa le cobrará su fracaso, no hay dudas. Lo pondrá de nuevo al final de la lista de los posibles cardenales y le dirá, con estudiado aire condescendiente y papal hipocresía, su consabida frase: "Quien de Dios fracasa en la acción, con dolor ha de ganar su perdón."

—Alba, Giulia… ¿No hay nadie?

La ausencia de su esposa y de su hija a esta hora es algo relativamente común, hoy, sin embargo, lo exaspera. Desde que recibió el mensaje de Jonás en realidad todo lo exaspera.

Se encierra en su escritorio donde está el teléfono seguro, el único con el cual puede llamar a sus hombres al extranjero sin dejar huellas. El único con el que puede dialogar sin temor a ser espiado. Marca el número seguro del coronel Jonás en París. Cae con el

respondedor. Deja un incendiario mensaje y la exigencia de ser llamado cuando antes.

Va hasta la cocina con la intención de hacerse un café. El ruido de la puerta de entrada lo interrumpe.

—Alba…

Una mueca de contrariedad se desliza por su rostro, no es su esposa quien acaba de llegar, sino su hija.

—Ah, Giulia. ¿Sabes algo de tu madre?

—Me dijo que volvería tarde hoy de la tienda. Tiene que ayudar a una empleada nueva a no sé qué. Si quieres saber más, llámala.

Giulia entra en su habitación y cierra la puerta. Gaetani termina de hacerse el café y comienza a beberlo con deleite. Al fin algo que lo desaltera. Una imagen se impone retrospectivamente en su mente y le estropea el placer. Va hasta la habitación de Giulia, abre. La adolescente está sentada en su pequeño escritorio. Se dispone a hacer las tareas.

—A ver, ¿qué es ese colgante nuevo que tienes en el cuello?

La pregunta del padre no solo inquiere, acusa. Así, en todo caso, la recibe Giulia.

—Antes de entrar en una habitación privada se debe tocar, dice.

Gaetani no parece escucharla. Se acerca y constata que una estrella de David cuelga con una cadena en el cuello de Giulia. Otro día puede que no le hubiese dado mayor importancia, hoy todo toma proporciones desmedidas.

—¿Desde cuándo eres judía?

—No soy judía.

—Entonces, ¿por qué usas ese símbolo?

—Porque me parece bonito.

—¿Estás enamorada de algún judío?

—No. Tengo una amiga judía, Raquel. Es una de mis mejores amigas y una de las mejores de la escuela. Me ayudó bastante en ciencias el año pasado. Pero ni ella ni su familia creen mucho en el Dios de los judíos. Ella, directamente, no cree en ningún dios.

—¡Andas con una atea!

—No, Raquel es judía.

—Los judíos son peores que los ateos. Al fin de cuentas los ateos solo osan mostrarse desde hace poco. Los cristianos y los judíos, sin embargo, siempre fueron enemigos.

—No siempre. En la biblioteca de la escuela leí que al principio los cristianos y los judíos tenían la misma Biblia, aunque no se llamaba así. Además iban al mismo templo, porque todavía no existían las iglesias. Al fin de cuentas Jesús y los apóstoles eran todos judíos, ¿no?

—Jesús y los apóstoles habían nacido judíos, pero rechazaban esas creencias falsas. Y los judíos los odiaban. Acaso no te enseñaron en el catecismo que quienes pidieron a Poncio Pilato que crucificara a Jesucristo fueron los miembros del Sanedrín, los judíos.

—Si yo te pido que mates a la vecina y tú lo haces a mí me condenarán a cinco años de cárcel, pero a ti a perpetuidad. La Iglesia prefirió echarles la culpa a los judíos y hacerse la tonta con los romanos porque los romanos eran poderosos y los judíos no. ¿Cómo se llama eso?

Gaetani está cada vez más furioso. Lo último que le faltaba un día como hoy era una discusión con Giulia, se dice.

—Dame esa estrella y no hablemos más que tengo mucho que hacer y estoy perdiendo el tiempo y la paciencia.

—Eso se llama oportunismo, hipocresía…

—Última vez que te lo digo, ruge el padre, interrumpiéndola. Dame esa jodida estrella, Giulia.

—Y cómo llamar a un reverenciado obispo que tiene una esposa con la que no se atreve a casarse y una hija de la que reniega en público sin importarle que desde niña esa hija llore por sentirse humillada, despreciada, por creer que ella no es más que un accidente o peor, un error.

Las palabras de Giulia sacuden a Pietro, pero cierra sus oídos a la pena de la niña, como tantas veces. Cree que es un problema sin solución, un dilema que solo podrán disolver los años.

—Tengo cosas muy complicadas de trabajo hoy, Giulia. Otro día hablamos. Dame esa estrella y dejemos esto. Debo hacer algo importante y no puedo perder tiempo. ¡Basta ya!

—Yo a ese obispo lo llamaría falso, hipócrita y cobarde. ¿Y tú?

Gaetani pierde el control. ¡Fatal! ¡Como él mismo temía! Da una violenta bofetada a la adolescente, arranca de su cuello la cadena con la estrella de David y sale de la habitación dando un portazo.

Giulia aprieta los labios y los dientes para que el llanto no la someta. Las lágrimas brotan de sus ojos aunque ella las ignore. O lo intente.

> *20 El que ofreciere sacrificio a dioses excepto solamente a Jehová, será muerto.*
>
> **LA BIBLIA. (Éxodo 22: 20)**

Están en un hotel, en una cama. Él está bocabajo, torso desnudo.

—¿Te duele?, pregunta ella.

—Un poco, sí.

Sarah intenta ser lo más delicada posible. Tal vez sea porque ella le está curando la herida de la espalda, pero la mente de Thomas revive el momento en que gracias a una mezcla de reflejo y suerte esquivó el arma del falso terrorista y las balas de los que, supone, eran hombres del Vaticano. De no haberse lanzado hacia adelante la herida de la espalda hubiese sido en el cuello y mortal. De haber sucedido un lugar menos concurrido a los dos hombres del Vaticano les hubiese sido fácil acercarse o dispararle hasta estar seguros de haberlo matado, piensa.

—Ya terminé, dice ella. ¿Por dónde anda tu mente?

—Pensando que debes regresar a París.

—¿Por qué?

Ella se levanta y guarda los medicamentos y las bandas con las que curó la herida. Él se sienta.

—¿Quién te va a curar si regreso a París?, dice ella sonriendo.

—Una enfermera.

—Me comparas con una enfermera desconocida. ¡Qué falta de delicadeza, Santo Dios! Si me sigues maltratando así, acabaré por dejarte solo, tenlo por dicho.

Ella sigue bromeando. Thomas no. Se pone de pie, la toma por los hombros, la sienta frente a él en la cama y le dice:

—Amor, en el Louvre tuve mucha suerte, pero ese no será el último intento que harán. Tan pronto sepan que sigo vivo volverán a atacar. Y probablemente lo hagan mejor.

—Y ¿por qué lo van a saber?

—Porque tienen los medios. Ha sido muy linda esta escapada, pero si estás conmigo los tipos del Vaticano no durarán en matarte. Y yo te necesito viva. Y más si estoy muerto. ¿Lo entiendes?

—No muy bien, no.

—Si me matan a mí, tú eres la única que puede publicar el Códex.

Una corriente que parece brotar del piso recorre a Sarah. Es el miedo, la consciencia de que Thomas tiene razón. Tarda unos instantes en reponerse y acabar por decir:

—Mientras estemos lejos de París no creo que corramos peligro.

—Sí. La red de espías de la Entidad es muy amplia.

—¿Qué es la Entidad?

—La Santa Alianza. No se sabe realmente su nombre. Los Servicios Secretos del Vaticano.

El rostro de Sarah denuncia su profunda sorpresa.

—¿Los Servicios Secretos de la Iglesia? ¿Qué disparate es ese, corazón.?

—El Vaticano es un Estado, Sarah y tiene un Servicio Secreto como todos los Estados.

—¿De dónde sacas eso?

—Hay libros…

—¿Y tú le das crédito a lo que dicen los paparazzi?

—Quienes escriben esos libros no son paparazzi, son periodistas de investigación, amor. Además, no creo que el capitán Martel esté desinformado al respecto.

Sarah sigue sin salir de su asombro.

—¿El capitán Martel te dijo que la Iglesia tenía ese tipo de servicio?

Thomas está a punto de darle más información sobre lo sucedido en Londres y en Berlín, pero opta por no asustarla demasiado.

—Sarah, a tu entender ¿quiénes intentaron matarnos a mi padre y a mí en *"Le Train Bleu"*? ¿Quiénes mataron al falso terrorista en el Louvre y dispararon contra mí?

El asombro de Sarah se transforma en perplejidad. Thomas continúa:

—Lo propio de un Servicio Secreto es defender al país al que pertenece, alejar los peligros que lo amenazan, continúa Thomas. El Códex M es un peligro para la Iglesia, esos hombres no hacen más que su trabajo, como cualquier miembro del Mossad, de la SE francesa o de la CIA. La diferencia es que el Vaticano cuenta con iglesias en casi todas las ciudades del vasto mundo católico y en casi todas esas iglesias hay sacerdotes que informan al Vaticano cuando este se lo pide. La mayor parte del tiempo ni siquiera saben claramente lo que hacen ni para quienes trabajan, pero lo hacen, pues lo consideran un deber. Y si la Entidad se propone encontrarnos, en cuestión de horas habrá miles de ojos buscándonos en todas las ciudades e incluso en los pueblitos. Y nos encontrarán.

—Es aterrador.

—La Iglesia es aterradora, *ma chérie*. Siempre lo ha sido. Ninguna institución ha doblegado y perseguido a los seres humanos como ella. Ninguna ha quemado vivos sin piedad a mujeres y hombres de todas las edades.

> *12 Y esta será la plaga con que herirá Jehová a todos los pueblos que pelearon contra Jerusalén: la carne de ellos se corromperá estando ellos sobre sus pies, y se consumirán en las cuencas sus ojos, y la lengua se les deshará en su boca.*
>
> **LA BIBLIA. (Zacarías 14: 12)**

Una mesa y dos sillas por únicos muebles, paredes desnudas, un techo bajo.

—No voy a decirle nada, escupe en ruso Vladimir.

El traductor repite. El capitán Martel no se inmuta.

—Puede cooperar o no, señor Peskov. Es su vida. Solo que pagará el precio.

Furia, frustración, impotencia… un ácido coctel de sentimientos crispa y deforma el rostro del fracasado asesino ruso de Armand Roussel. Lo exasperan las esposas de las manos, lo enfurecen las ataduras en los pies. Lo desespera haber hecho el ridículo.

—No veo qué interés tiene en defender a quienes lo hicieron caer en una trampa como un imbécil. ¿Es usted imbécil, señor Peskov? ¿Es un matador de muñecos?

Vladimir siente que va a estallar, que el odio que hierve en su interior hará explotar su mente, sus ojos, su cuerpo. Pocas veces ha tenido tantas ganas de matar. Podría despedazar a dentelladas al maldito policía que tiene delante, que lo interroga con una punzante mirada de desprecio y no intenta siquiera disimular una imperceptible sonrisa burlona que lo humilla y le destroza la alta opinión que siempre ha tenido de sí mismo.

Soy ruso, soy superior, los occidentales son decadentes y maricas…

Ese mantra ya no le sirve, la realidad se lo destruyó. Y la mirada mordaz del impasible interrogador lo arrastra en el fango.

¿Es usted imbécil, señor Peskov? ¿Es un matador de muñecos?

Daría diez años de vida por poder destrozar con sus manos el cuello de ese imperturbable francés que lo ofende, que lo ridiculiza, que le restriega en la cara su estupidez. Daría otros tantos por meter una bala en cada cabeza de los puñeteros italianos que lo contrataron para esa maldita operación y desaparecieron ahora como anguilas en aguas turbias.

—Su compañero nos ha dicho ya todo lo que queríamos saber, señor Peskov. Solo buscamos corroborarlo. Probablemente él sea menos imbécil. O tal vez al haber sido usted quien hizo uso del arma, él no ha querido cargar con una culpa que no es suya.

Sí es tuya la culpa, Boris Volkof, es íntegramente tuya. Yo te lo había dicho. Algo no estaba claro esta vez con los italianos. Te lo dije mil veces, hijo de perra. Te voy a matar cuando salga de aquí Boris Petróvitch Volkof. Te lo juro.

—Me gustaría que me hablara de las personas que los contrataron para esa operación.

Vladimir persiste en su mutismo, hundido en un doloroso mar de frustración y rabia. El capitán Martel sabe que el ruso habla francés, sin embargo le pide al traductor haga su trabajo. Esfuerzo inútil, Peskov se limita a mirarlo con desprecio.

Martel moldea un silencio que deja extenderse hasta que la incomodidad se hace manifiesta en el ruso. Entonces apoya en un botón y dice:

—Entre, *mademoiselle* Lançon.

La joven Nina Lançon aparece con una computadora que pone frente a Vladimir Peskov. En ella comienzan a desfilar imágenes del ruso caminando lentamente por el pasillo que conduce a la habitación de Armand con la intención evidente de inspeccionar el sitio. Luego es el video grabado el día de la malograda operación, donde se identifica claramente la actuación del fallido asesino.

Sorpresa, perplejidad, desconcierto… Todo se mezcla en Peskov sin que pueda evitarlo, sin que logre ocultarlo. ¡Un choque! Centellea en sus ojos la furia, se quiebra el defensivo mutismo tras el cual se escudó hasta ahora.

—Eso no significa nada, ruge. ¿De qué me acusa? ¿De tirar sobre un muñeco?

—Ya lo hablará usted con el juez cuando llegue el momento. Mientras tanto le daré algunas otras razones para perder el sueño.

El capitán Martel le hace un gesto a la agente Lançon, que le tiende un documento oficial. Luego concluye:

—La justicia francesa lo busca por un incendio intencional en la ciudad de Nice, que costó la vida a un oligarca ruso. También, ahora que está entre nosotros, le pediremos explicaciones sobre la muerte por bala de un industrial francés en la región de Grasse y otro el año pasado en Marsella… Interpol tiene además varios casos en otros países europeos que al parecer guardan relación con usted.

El capitán pone delante de Peskov el documento al que ha hecho referencia y concluye.

—Se trata de una lectura instructiva, ya verá.

Lançon, Martel y el traductor salen.

Ya no priman la prepotencia ni la furia en el rostro del asesino, ahora es el miedo.

Van por un hermoso camino forestal jaspeado de oratorios.

—La inusualmente rápida beatificación del rey Louis IX no se debió en realidad a sus méritos como creyente. O al menos, no se debió solamente a eso. Fue tras las intensas gestiones de su nieto, Philippe IV, llamado el Bello y a algunas alforjas de oro y joyas, además de ciertas propiedades y otras bagatelas depositadas por este en la cesta papal, destinadas a Dios, desde luego, que el Sumo Pontífice Bonifacio VIII, uno de los peores Papas de la historia, acusado solamente de corrupción, impiedad, simonía, adulterio, asesinato, pedofilia…

Sarah deja escapar unas sonoras carcajadas.

—¡Qué maravilla de Papa!, dice.

—Ya ves. Fue ese Ángel del Señor el que canonizó e hizo santo en 1297 al rey Louis IX, el famoso San Luis, fallecido solamente veintisiete años antes, en 1270, lee Thomas en su teléfono.

—Lo que podría llamarse un santo exprés, se burla Sarah.

—El poder y la fortuna no hacen la felicidad, pero por lo visto sí pueden contribuir grandemente a la santidad, ríe Thomas. En todo caso vamos tras sus benditos pasos.

—Una de las razones por las que ese santo rey se hizo famoso fue por lo mucho que odiaba y atacaba a los judíos, señala Sarah. Por eso siempre recuerdo con cierto placer que murió de disentería o sea en la pestilencia de sus excrementos y casi nadando en sus diarreas...

—Una aunténtica muerte de mierda, vaya. Curioso para un cruzado que luchaba para liberar los Santos Lugares. Tal vez Dios no se enteró a tiempo.

—Sí, debe haber sido eso...

Ríen a carcajadas. Thomas añade.

—Bueno, amor, también es cierto que los judíos no eran muy humanos…

Sarah le da un puñetazo.

—Muy cristianos, quiero decir.

—Olvidas que Jesús era judío.

—Era, tú misma lo has dicho, era…

Ríen, se besan… Aunque no piensa hacerlo, Sarah le prometió que volverá a París tras visitar el afamado Santuario hacia el cual se dirigen. La escarpada vía por la que avanzan se conoce como el Camino de los Reyes, pues a través de ella peregrinaron numerosos monarcas franceses y extranjeros, entre los cuales estuvo Saint Louis, desde luego. Era, en otros tiempos, la única senda para llegar al Santuario de la Sainte-Baume. Aún hoy, solo se puede acceder al Santuario andando, lo que para muchas personas es en extremo difícil y para otras sencillamente imposible.

—Théo y Laura tenían razón, el lugar es muy hermoso, opina Sarah.

—Yo lo encuentro más bien sobrecogedor.

—El peso de la historia, corazón, aunque no le quieras dar importancia, andar por el mismo camino que Saint Louis, François I, Louis XIII o Louis XIV, no deja indiferente… Me das agua, por favor.

Se detienen para que Thomas abra su mochila y extraiga una botella de agua. Beben, después continúan hasta que ante ellos aparece la impresionante gruta que da realce a un agreste monasterio. El conjunto es de una sobria belleza, la vista sobre el lujuriante valle, esplendorosa. La pareja se maravilla, no son los únicos, algunas personas admiran también el panorama y el sitio.

No es un lugar muy amplio, unos pocos pasos permiten prácticamente recorrerlo. Es lo que hacen Sarah y Thomas, cogidos de la mano.

—Tienen hasta una tienda de souvenirs, como en Disney Word, susurra Sarah al oído de Thomas.

—Disney y la Iglesia ganan mucho dinero con personajes imaginarios, pero solo Disney reconoce que sus personajes lo son, le

responde Thomas, también en un murmullo.

Ella no puede retener una risa que lo contagia a él y provoca miradas reprobatorias en la mayor parte de las personas que los rodean.

—Vamos a ver la iglesia en el interior de la gruta, propone Thomas.

Pasar desapercibido es más sensato que hacerse señalar, piensa.

La pequeña iglesia que parece brotar de las paredes rocosas es realmente impresionante y les provoca admiración.

—¿Aquí es donde se supone que María Magdalena vivió treinta años desnuda?

—Vestida por sus cabellos, aclara Thomas con humor.

—Ninguna de las esculturas que la representan la muestra sin ropas, se extraña Sarah.

—*Ma chérie*, te has olvidado de que para la Iglesia el cuerpo es malo, por consiguiente no puede mostrarse. La Magdalena desnuda de Gregor Ehart que está en el Louvre es una excepción, no la regla. Y lo peor del cuerpo es el sexo, no importa que sin el sexo se extinga la vida, para la Iglesia es la parte más execrable de la humana carne, sucia y pecadora.

—Hay que reconocer que la relación de la religión católica con el sexo es tal, que si Dios y los Papas hicieran psicoanálisis, Freud, en el paraíso, sería multimillonario.

De nuevo sus risas atraen miradas censoras, pero esta vez ellos no les prestan atención. Al salir de la pequeña iglesia, en una mesa, Sarah recoge un impreso donde aparece una foto de la escultura de María Magdalena rodeada por dos ángeles que se encuentra en el interior y se lo lee a Thomas.

—"Según la tradición siete veces al día los ángeles llevaban a santa María Magdalena hasta lo alto de la montaña para que orara." Es sorprendente que sigan diciendo cosas así a la gente.

—Cuando la Iglesia dice, según la tradición, lo hace para lavarse las manos. Sabe que después de la palabra tradición viene una mentira. Una mentira que en otros tiempos ella impuso como verdad, si no ¿de dónde vendría esa supuesta tradición?, pero que hoy no se atreve a revindicar, de ahí que lo diga… sin decirlo.

—Divina hipocresía…

Exploran un rato el lugar hasta que no les queda mucho más por ver y deciden retomar el Camino de los Reyes en dirección contraria.

—Este sitio es la prueba de que la Iglesia tuvo el poder de convertir en verdad cualquier mentira, dice Thomas a modo de despedida.

—La suerte es que ese poder ya prácticamente lo ha perdido.

Caminan cogidos de las manos.

—Creo que eres demasiado optimista.

—No, todas las estadísticas lo anuncian. Europa en unos años será la primera civilización poscristiana. Las personas creyentes se convertirán en una minoría, como los veganos, los alérgicos al gluten o los fanáticos de la caza. Cada vez menos europeos se definen como religiosos. Aquí en Francia, pero también en España, Dinamarca o Bélgica más del 50 por ciento de los 18-26 años se dicen sin religión. Y en países como Inglaterra, Holanda, Estonia o Chequia, las cifras de jóvenes agnósticos o ateos andan por encima del 70 por ciento.

El teléfono de Thomas vibra indicando la llegada de un mail.

—Es un mensaje del profesor Arouet, exclama.

Sarah comparte su alegría, sabe lo que esto significa.

Mi querido Thomas,

He estado un poco indispuesto en estos días. Nada grave, no te preocupes, solo achaques, pero que han retardado el trabajo. Igualmente, prometido es deuda, así que aquí tienes un segundo fragmento del texto.

María Magdalena no es una santa, pues la santidad es una falsedad, pero indiscutiblemente fue una gran mujer. No te revelaré lo que dice en el próximo fragmento, pues no lo he terminado de traducir, sí te diré que la hija de Magdala te sorprenderá y, sobre todo, dejará atónito al mundo.

Buena lectura.
Hasta pronto.
Con toda mi amistad.
Charles F. Arouet.

La pareja se sienta bajo un árbol. Alrededor vuelan, juguetean y cantan aves que parecen compartir con ellos la emoción y la alegría. Thomas abre la pieza adjunta del mail. La pantalla del teléfono es un espacio de lectura pequeño, por lo que él y Sarah pegan las cabezas. Aunque no lo perciben unen también sus inteligencias. Leen:

"Los hombres solo veneran lo que es invisible a sus ojos, María, dijo me Jesús un día. El pasado, que al no existir ya, pueden colmar de estrellas sin que nadie juzgue sus brillos, el futuro, que al no existir aún pueden hacer centellear de esperanzas sin que alguien pueda desmentirlas. En el presente todo puede verificarse, comprobarse, eso lo despoja de la magia y el misterio que cimentan las ilusiones humanas, sin las cuales, para la mayoría de las personas, la vida es insubstancial. Por eso ni las Escrituras ni los profetas exaltan al presente."

A pesar de que gracias a mi padre poco creía yo en los seres sobrenaturales que solo aparecen en los libros y nunca en la realidad, durante el tiempo que Jesús y su grupo de seguidores estuvieron en Magdala, llegué a pensar que él podía ser un ángel. Lo seguía cautivada. Mi cuerpo recorrido por fiebres sin cambios de temperaturas. Por estremecimientos sin enfermedad. Cuando a mí Jesús se acercaba zumbaban mis oídos, perdían acuidad mis ojos, latía más rápido mi corazón.
De amor a menudo hablábamos, pero del amor carnal solo con los ojos lo hacíamos. Sentía que él vibraba con mi cercanía como yo con la suya, pero ¿cómo creer que tuviese yo semejante poder? Quien ama exalta.

A menudo de las Escrituras hablábamos. Para sorpresa de Jesús, yo bien las conocía. Con ellas en secreto mi padre a leer me

había enseñado. Nunca me jactaba de ello, claro. Ser capaz de leer era una luz de la cual una mujer judía no debía prevalerse, al contrario. Según los que decían hablar en nombre de Dios, grave pecado era que una hija de Eva tuviese acceso al conocimiento.

Algunos discípulos, como Simón Pedro, sentían celos de la relación de Jesús conmigo y apenas lo ocultaban. Todos, hombres judíos al fin, decían cada mañana en el primero de sus rezos:

Gracias te doy Señor Dios nuestro, Rey del Universo,
por no haberme hecho mujer.

Cuando Jesús y sus discípulos abandonaron Magdala y su peregrinaje continuaron, yo me uní a ellos. No era la única mujer. Formaban también parte del grupo María Salomé, María Cleofás, Juana y Susana, que me aceptaron con cariño.
Todas nos empleábamos en tareas supuestamente propias de nuestro sexo: cocinábamos, limpiábamos, cosíamos… hacíamos lo que la mayoría de los hombres judíos espera de cualquier mujer. En realidad ayudábamos sobre todo con nuestro dinero, pues las cinco poseíamos bienes y caudales. Aunque teníamos el pudor de no insistir en ello.

Los discípulos e incluso Jesús, afectaban no ver que éramos nosotras quienes los manteníamos. Se tapaban con el orgullo los ojos y la razón. Superiores a las mujeres se creían, en realidad les temían pues en múltiples criterios inferiores eran. Y lo sabían. Que Jesús predicara la igualdad en el Cielo, no cambiaba la vida de las mujeres en la Tierra.

Las Escrituras decían que Dios había creado a Adán primero y a Eva después. Eso explicaba la superioridad masculina. Ridículo argumento que sin embargo prevalecía en nuestro pueblo tanto como en nuestro grupo.

Jesús confesó me un día no haber conocido amor de mujer.

Grande fue mi asombro. “¿Por qué?”

“Porque el amor de Dios a mi alma ha bastado.”

Pero el cuerpo tiene razones que la razón ignora y ante ciertas fuerzas humanas incluso la fe se arrodilla. Por eso llegó la noche aquella en que las Escrituras y las tradiciones dejaron de someter a nuestros cuerpos y nuestras mentes cesaron de sacralizar nociones como pureza e impureza, supuestamente divinas y tan puramente humanas.

Abrigados por las estrellas Jesús tomó mis manos entre las suyas y mi cuerpo tuvo calor y frío y tembló y de reír y llorar al mismo tiempo deseos sentí.
Yo, del amor del físico poco sabía. Él, en el amor carnal ignorante también era. El cuerpo para ambos amenaza y pecado representaba. Hasta que el deseo venció las prohibiciones. El ardor de nuestras ansias inflamó nuestros cuerpos e intuimos que solo unirlos podía calmar aquel fuego. Una humedad ardiente inundaba mis piernas. La virilidad de Jesús no se ocultaba ya por más que la cubrieran las telas. La palabras suspendidas en aire quedaban.
“María…”
“Sí, Jesús…”
No mucho más lográbamos decir.

Entonces sucedió. ¡Oh, Dios! ¡Si de veras existes cómo puedes permitir que la fusión de los cuerpos sea considerada generadora de impureza! Tienen que haberse equivocado los que copiaron tus Escrituras. ¿Por qué quienes dicen servir lo divino no se prosternan ante la divinidad del amor de los cuerpos?

Durante los siguientes días, tanto Jesús como yo intentamos ocultar lo sucedido. Disimular lo que sentíamos imposible sin embargo era. En nuestros ojos brillaba. En nuestras risas brotaba. Nuestra piel se erizaba, nuestros miembros palpitaban. Jesús parecía más alegre. Una energía nueva transmitía. En sus prédicas un brío desconocido vibraba.

Yo era feliz. Cada noche mi cuerpo se abría al suyo y su cuerpo penetraba el mío. El fuego que en nosotros ardía así alimentábamos.

Los celos de Simón Pedro y algunos discípulos crecían a la par de nuestra felicidad. Era una pena. A Jesús no lo mostraban. Le temían. A mí sí. Yo no lo hablaba con él para no dañar el lazo que lo unía a aquellos hombres. Me preguntaba, sin embargo, por qué se había rodeado de individuos con tan poca altura. Llegué a pensar que había sido para manipularlos con más facilidad. Aún hoy no lo sé.

Sanar enfermos era banal, todos los falsos profetas y los iluminados lo hacían, por eso, para endiosar a Jesús algunos de los doce llegaban a afirmar que él había devuelto la vida a personas muertas. Decían haberlo visto caminar sobre las aguas, multiplicar peces y panes, transformar agua en vino…
Yo no había presenciado aquellos prodigios que supuestamente sucedieron antes de mi llegada al grupo. Tampoco creía que fuesen ciertos, pero no me parecía oportuno expresarlo. Prefería recordar las palabras de Jesús: "Quien mira con atención el presente acaba por develar sus arcanos. Por eso los hombres el pasado magnifican, por eso en él ponen los mayores misterios."

Recordaba que mi padre me decía. "Nunca profeta ni enviado de dios alguno hizo brotar una pierna o un brazo si a alguien le faltaba."
Él había visto profetas y visionarios en decenas de países que atraían a la gente con trucos de mago, que curaban leprosos con falsas pústulas o devolvían la vista a aparentes ciegos.
"Ningún profeta o supuesto enviado del dios que sea puede atraer público sin hacer algo extraordinario, algo que contradiga las leyes de la naturaleza", me explicaba papá. "Por eso todos hacen milagros. Milagros falsos, desde luego."

Jesús atraía seguidores con una afirmación muy osada: "El reino de Dios en la tierra está muy cerca," afirmaba. "Muchos de los

que aquí se encuentran lo verán."
Ningún profeta se había atrevido jamás a hacer tan arriesgada promesa que la realidad y el tiempo podían fácilmente demoler. Por eso muchos de los que asistían a sus prédicas se quedaban boquiabiertos al escuchar a Jesús decir:

"Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras. De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino."

Una noche, sobre ese tema, una conversación tuvimos. Él repitió algo que ya me había dicho: "En el futuro, al no existir aún, los profetas pueden hacer brillar esperanzas. ¿Quién podría desmentirlos? Y si el profeta busca en los hombres la fe incitar y exorcizar sus miedos, basta con decirles lo que ansían oír. Algo muy fácil de saber, porque apenas ha cambiado desde el inicio de los tiempos."
"Pero eso es mentir, Jesús", dije yo.
Su respuesta me dejó perpleja.
"No, María, es ayudar a vivir. "

Acaecía que algunos enfermos a Jesús viniesen en busca de cura. Unos eran por él sanados otros no. Jesús curaba casi siempre a los endemoniados, decía que enfermos de la mente eran y que bastaba con impresionarlos para que sus propias mentes los curaran. Atenuaba también ciertos dolores y fiebres y aconsejaba plantas curativas, más no tenía poder para hacer brotar miembros amputados, como decía mi padre. Lo que tan fácil hacen ciertos animales…

Un día llegó un hombre de la mano de Pedro. Era ciego, decían. Jesús no tuvo mucho que hacer para que recuperara la vista entre gritos y alabanzas.
Un poseído por demonios, traído también por Pedro tiempo antes, había sido curado por Jesús. Aquel hombre y ese ciego eran cuan

gemelos parecidos.

Me acerqué al recién sanado y vi en su pecho una extraña cicatriz. La misma que mucho me había impresionado en el cuerpo del poseso.

Esa noche se lo hablé a Jesús.

"Simón Pedro es un tramposo, ese hombre era un falso ciego", casi le grité.

Él me respondió sin elevar la voz ni perder la pacien-cia.

"Lo sé, querida mía, no era la primera vez que venía a mí. Me di cuenta, claro, pero había gran muchedumbre. Pensé que era mejor que asistieran a un milagro y no a una humillación."

Quedé sin palabras, Jesús me sonrió y concluyó:

"Las personas ordinarias necesitan lo extraordinario, María."

Están todavía impactados por la lectura cuando el teléfono de Sarah suena. Al ver que se trata de una llamada de Marc Pladel, su jefe en el Louvre, ella se aleja. Thomas no le presta mayor atención, abstraído aún en el texto. Al cabo de un momento Sarah cuelga y dice:

—Tenemos que volver a París cuanto antes los dos.

—¿Por qué los dos?

—Porque así lo quiere nuestro señor… Marc Pladel.

—¿Qué pasa?

Sarah sonríe y afirma:

—Nada puedo decirte, fango hecho hombre… Los caminos del señor Pladel son inescrutables.

Oh, Señor, mar de amor y de bondad, haz que no tema a las tormentas y los vientos de este día. Hazme saber que hay flujo y reflujo, pero que el mar sigue siendo el mar…

Desde los primeros rezos de la mañana el padre Barthélémy sintió como punzón en el pecho la extraña certeza de que aquel sería un día aciago.

Señor, hazme digno de presentarme sin reproche ante tu altar, de anunciar el Evangelio de tu Reino, de realizar el ministerio de tu palabra verdadera…

Al terminar la primera misa del día el padre Barthélémy pensó haber sufrido ya lo que su intuición le había anunciado. Nunca habían venido tan pocos de sus ancianos feligreses a escuchar sus palabras. ¿Habrán muerto?, llegó a preguntarse. Dos de sus más asiduas devotas y generosas donantes fueron enterradas en las últimas semanas. Aunque se fuerza a pensar que se han elevado hasta Dios, no logra reponerse de la pena.

Pensó que aquella iglesia virtualmente vacía era lo peor que le reservaba el día.

Estaba errado.

Entró en la sacristía con pasos lentos y se arrodilló como hace cada día desde que empezó la semana. Ora a cada hora para que Dios atraiga hacia su silenciosa iglesia las almas de los que, según él, tanto necesitan la palabra de divina.

¿Será él quien necesita lo que tanto pide?

La pregunta lo atormenta cada vez que golpea su espíritu. La echa sin miramientos, pero vuelve y vuelve como gato hambriento. Su mente, que él llama alma, le dice que el Dios al que ha dedicado su vida, al que ha sacrificado su paternidad, su sexualidad, por el que nunca se ha permitido amar a una mujer y ser amado por ella no lo abandonará.

Sin embargo…

Está convencido de que solo la intervención de Dios puede evitar que su iglesia se hunda, desaparezca, sea vendida como paredes y techo para ser convertida en comercio, en oficinas, en un oscuro y vulgar almacén como le sucedió a la santísima *Notre-Dame* durante la impía revolución de 1789.

Solo la ayuda de Dios puede evitar semejante desastre.

Pero la ayuda de Dios no llega. Lo que llega son unos golpes en la puerta.

—Un momento, dice extrañado.

Se despoja con rapidez de sus vestimentas litúrgicas y abre la puerta. Tres adustos rostros desconocidos le hacen frente. El corazón del padre Barthélémy galopa, presiente que esos tres hombres son lo que su oscuro presentimiento le anunció.

Su voz tiembla.

—¿En qué puedo servirles?

—Soy el capitán Martel, de la policía judicial, me acompañan dos miembros de mi equipo, el *major* Cédric Gaillard y el *brigadier-chef* Laurent Carré. ¿Nos permite entrar?

—¿Para qué?, protesta asustado.

—Queremos mostrarle algo y hacerle algunas preguntas.

El sacerdote arriesga una dilación.

—¿Cómo católicos?

—No, como policías.

Un miedo intenso se manifiesta en el religioso como flacidez muscular. Las piernas le tiemblan y penan para mantenerlo erguido. El capitán no repite su pregunta. Él y sus hombres entran.

—Señor Roch. ¿Es ese su nombre? ¿Bartélémy Roch?

—Generalmente las personas me llaman padre.

—Ni yo ni mis hombres tenemos razones para hacerlo, señor Roch. No somos católicos.

El padre Barthélémy invita a los policías a sentarse. No lo hace por corrección ni porque desee prologar la estancia de esos hombres de los cuales, sospecha, Dios no lo protegerá, lo hace porque él mismo puede difícilmente mantenerse de pie.

—Señor Roch, dice el capitán Martel, deseo evitarle en la medida de lo posible la humillación de ponerlo en prisión preventiva para interrogarlo, pero no dudaré en hacerlo si usted me da razones. Le garantizo que en ese caso pondré al corriente a todos los órganos de prensa para que asistan a su salida de esta iglesia con las manos esposadas.

Ante el rostro aterrado del clérigo el *major* Gaillard y el *brigadier-chef* Carré se esfuerzan para no reír. Saben que su jefe pone piedras

en la balanza con la intención de que el miedo convierta al arrogante cura en un reo cooperativo.

—Soy un simple hombre de Dios que dedica su vida a ayudar a sus semejantes. ¿Qué se me reprocha?

—A veces hace otro tipo de cosas, interviene el *major* Gaillard poniendo frente el párroco una computadora. ¿Sabe a qué tipo de cosas me refiero?

El religioso calla. El mayor hace desfilar el video donde se ve al padre Bartlélémy introducirse en el consultorio del doctor Brun y copiar en la cruz USB el expediente médico de Armand Roussel. En la mente del clérigo las ideas se aceleran, se entrechocan, lo abruman. Ahora sabe lo que quieren esos hombres y el miedo se le convierte en espanto. Ha cometido un delito, ¡un grave delito! Esos hombres tienen la prueba.

¡Ayúdame, señor! Fue por ti que lo hice, Padre Santo.

La voz del capitán Martel pone coto a los aterrados pensamientos del sacerdote.

—¿Sabe de qué lo hace eso cómplice, señor Roch?

El cura no reacciona. No es que haya adoptado ya la estrategia del silencio, eso vendrá más tarde, es que el estupor se lo impide.

El *major* Gaillard cambia de video, ahora se ve a los dos frustrados asesinos rusos avanzar por el pasillo del hospital, se ve a Boris Volkof quedar al cuidado de la puerta de la habitación de Armand Roussel, el falso François Borel, y a Vladimir Peskov entrar en la habitación, esgrimir su pistola con el largo silenciador y apuntar con ella hacia la cama, donde se supone que está el enfermo, aunque al estar cubierto es imposible saberlo con certeza. Se ve al ruso disparar contra el supuesto cuerpo…

El capitán Martel apoya en un botón de la computadora, deteniendo el video. No quiere que el padre Roch vea que en la cama solo hay un muñeco, naturalmente.

—Eso, señor Roch, lo hace cómplice de asesinato, concluye.

Ahora todo está claro para el religioso. Ahora ve en qué lo han metido los hombres del Vaticano. ¡Un asesinato! ¿Cómo es posible? ¡La Iglesia salva, no mata!

De nuevo la voz del capitán hace huir sus pensamientos, los confunde…

—¿Desde cuándo trabaja usted para la Entidad?

—No sé qué es la Entidad.

—Los Servicios Secreto del Vaticano.

—¡De qué habla! La Iglesia no tiene ningún servicio de ese tipo.

—Puede que usted crea en personajes imaginarios invisibles que se pasean por el cielo entre satélites y telescopios, pero los Servicios Secretos del Vaticanos son muy reales.

Nunca lo ha sabido con absoluta certeza, ese asunto es tabú en el clero, pero la mayor parte de los sacerdotes, entre ellos él, ha sospechado siempre que algún servicio de ese tipo protegía a la Iglesia. Ahora no tiene dudas de que los hombres con aspecto marcial que el obispo le pidió recibir y ayudar forman parte de esa secreta Entidad.

La voz del capitán Martel no le da respiro.

—¿Quién le pidió robar esos documentos?

El segundo policía, que hasta ahora ha estado callado, lo atosiga también.

—¿A quién se los entregó?

El tercero a su vez interviene.

—¿Qué le dieron a cambio?

La andanada de preguntas que lo estremece despierta en el religioso un instinto cercano al de supervivencia. Las opciones que esos tres hombres le dejan se reducen a mentir o traicionar.

¡Ayúdame, Señor!

Traicionar a la Iglesia le parece inconcebible. Qué sería de un hombre si traicionase lo más importante que tiene en la vida. Mentir es un callejón sin salida, la mentira, para un sacerdote, al menos para un sacerdote consecuente, está absolutamente proscrita. El padre Bartélémy tiene la sensación de haber caído en un mar profundo con las manos y los pies atados, de asfixiarse en aguas sin fondo.

—Vimos a los hombres del Vaticano entrar a esta Iglesia.

—Sabemos que usted sostuvo varios encuentros con ellos.

—¿Fue aquí donde usted les entregó el expediente robado en el hospital? ¿Para eso utiliza usted su iglesia?

Si piensa por un momento pronunciar la manida frase: Solo hablaré en presencia de mi abogado, pronto lo descarta, le parece que sería reconocer su culpa. Algo que estima tener que evitar a toda costa. Siente un intenso mareo, un lacerante dolor en las sienes.

¡Dime qué debo hacer, Padre Todopoderoso!

Dios no responde a su súplica, pero en el silencio divino aparece al fin lo que Bartélémy Roch busca. Solo hay una forma de no traicionar ni mentir: enmudecer.

De nada sirven desde entonces las preguntas de los policías ni las amenazas. Bartélémy Roch parece no estar ya presente, haber dejado de existir. Mira hacia el frente con la mirada vacía y calla, obstinadamente, tercamente, arropándose en un silencio irracional, absurdo.

La estrategia da resultado, en todo caso así lo piensa Bartélémy Roch que canta victoria cuando los policías, exasperados, salen de la sacristía.

Debo poner al corriente al obispo, piensa, una vez que ha recuperado cierto sosiego. Cierra los ojos, reza, luego con dedos temblorosos marca un número de teléfono y dice:

—Soy el padre Barthélémy, dígale al señor obispo que necesito hablarle. Es algo extremadamente grave y urgente.

Al cabo de unos instantes se escucha la voz de la autoridad eclesiástica.

—Aquí estoy, hijo mío, ¿qué sucede?

A unos pasos de la iglesia, en un furgón, el capitán Martel y los dos miembros de su equipo, satisfechos por haber aterrorizado lo suficiente a Bartélémy Roch para que estableciera tan peligrosa comunicación, graban las comprometedoras palabras compartidas por el obispo y su subordinado. Prueba indiscutible de la complicidad de la Iglesia.

Sarah duerme, relajada y hermosa. Thomas la mira y la admira. Echa un vistazo a su reloj, luego a las nubes que cambian de forma a lo lejos como si intentaran seducir al avión. Cierra los ojos él también con la intención de descansar. Anoche pasaron una buena parte de la madrugada haciendo el amor para festejar, la otra parte desvelados pensando en lo que les espera en París.

—*Chéri*…

La voz suave de Sarah que se despierta devuelve a Thomas al presente.

—Recibí un mensaje de Marc, prefiere que lleguemos al Louvre media hora más tarde.

—¿Por qué?

—No me lo dijo.

Thomas reflexiona unos segundos y acaba por decir.

—Mejor, así estaremos más holgados de tiempo para ir al banco a recoger el Códex y todo lo demás.

—¿Estás ansioso?

—Sí, la intervención del Louvre puede cambiarlo todo. Tú lo has cambiado todo.

Sarah se siente intimidada, lo besa para ocultarlo, luego abre una revista y finge interesarse en un reportaje. Thomas vuelve a dejar vagar su mirada y su atención entre las nubes, después busca en su escueto equipaje, extrae el libro, "Adiós a Dios", lo abre y lee:

CRISTIANISMO Y ANTISEMITISMO.

La fe cristiana le debe prácticamente todo al judaísmo y al pueblo judío. Jehová, el Dios-Padre, es judío. Jesús, el Dios-Hijo, es judío. Los apóstoles, son judíos. El Antiguo Testamento, es judío. El Nuevo Testamento, judío…

¿Por qué entonces el cristianismo ha perseguido a los judíos con tanta fiereza e impiedad?

Acusar a los judíos de haber matado a Jesús es absurdo. La Biblia misma cuenta que fueron los romanos. Y aunque un grupo de judíos pueda considerarse como instigador del crimen, no se

entiende que los romanos hayan sido totalmente absueltos y la totalidad de los judíos condenados.
Acusarlos de no haber aceptado a Jesús como el Mesías es también falaz. Tampoco lo hicieron los romanos, a los que nada se les reprocha… ni los helenos o los egipcios de entonces o los hinduistas y los budistas de hoy, así como otros tantos pueblos o credos que tampoco lo reconocen sin que por ello hayan sido cruelmente perseguidos.
¿Entonces?

El enemigo útil.

Crear un enemigo tiene muchas ventajas para los que detentan el poder. Tantas que algunos teóricos lo consideran una necesidad.
La existencia de un enemigo reduce la complejidad del mundo a una narrativa simple. Buenos y malos. Amigos o enemigos. Conmigo o contra mí. Esto cohesiona al grupo, al país, a los que comparten las mismas ideas, los mismos dioses, etc. Hace, sobre todo, que al ser visto como "protector", el poder gane legitimidad. El "enemigo" se convierte en la causa de todos los males. Los fracasos propios se justifican: son "culpa del enemigo". Las frustraciones se desvían: sin "el enemigo" todo iría bien. Se excusan la discriminación, la exterminación, la violencia. Las exclusiones, segregaciones y expulsiones son vistas como "necesarias", las guerras y agresiones armadas como actos de "legítima defensa".
Nadie conocía mejor a los judíos que los cristianos, nacidos en el seno de esa cultura con la que durante muchos años compartieron destino. Así, cuando el cristianismo se hizo poderoso gracias al designio de Roma y vio interés en dotarse de un enemigo, el pueblo judío apareció como el enemigo "natural".
Lo que antes habían sido discrepancias teológicas sin mayores consecuencias, se agudizaron exponencial y dramáticamente a partir del año 380, cuando por decisión del emperador Teodosio I

el cristianismo fue entronizado como Religión Oficial del Imperio Romano.
El antijudaísmo dejó de ser religioso. Se convirtió en racial.
¡El judío no fue perseguido ya por lo que pensaba o creía, sino por lo que era!
El antisemitismo católico comenzó a exhibirse sin recato en las plazas públicas, donde era bien visto e incluso aplaudido, adquirió derechos, se hizo motivo de orgullo. El judío podía ultrajarse, expoliarse, maltratarse, etcétera, sin que las autoridades civiles o religiosas lo impidieran. Al contrario, quienes así actuaban eran encomiados, encumbrados, bendecidos. Según la "Santa Madre Iglesia", dañar o en ciertas circunstancias, matar judíos, era altamente apreciado por Dios.
Aparecieron leyes que prohibían a los judíos hacer ciertos estudios, ejercer determinados oficios, adquirir ciertos bienes, vivir en ciertas zonas. La obligación de usar distintivos especiales sobre las vestimentas y la de vivir y trabajar en guetos, de los cuales los judíos apenas podían salir, marcaron una escalada en la segregación.
De manera que cuando el nazismo llegó, el catolicismo llevaba siglos allanándole el camino. La mayoría de las leyes antijudías aplicadas por los seguidores de Hitler y de su sacralizado panfleto *Mein Kampf,* habían sido implementadas ya por los seguidores de Dios y de la *Sagrada Biblia*.
Instigado por la Iglesia que dominaba el pensamiento e imponía las normas, desde el siglo IV el Occidente Católico se fue haciendo cada vez más inhóspito, despiadado y cruel para los judíos: los expulsó de sus casas, sus barrios, sus ciudades, de sus países, los privó de sus bienes, los quemó vivos a pedido de la "Santa" Inquisición… Por judíos.
Se rebajó la humanidad de todo un pueblo, pues la deshumanización facilitaba el maltrato y reducía la culpabilidad del maltratador. Así, en los países cristianos los judíos fueron tildados de sucios, deshonestos, indecentes, feos, inmorales, lascivos, ladrones, diabólicos… y un largo etcétera.

La Iglesia Católica y el cristianismo en general acusaron a los judíos de cosas tan absurdas como de ser los creadores de la Peste Negra, de profanar las hostias, de envenenar las aguas de los pozos, de asesinar a niños cristianos en ceremonias rituales…
Promoviendo un aborrecimiento irracional que aún perdura.
Tales acusaciones pueden parecernos ridículas hoy, pero esas y otras incriminaciones de la misma índole o peores provocaron miles de tragedias y muertes en el pueblo judío.
Es azaroso afirmar que sin el cristianismo el antisemitismo no existiría. Pero es innegable que el cristianismo fue fundamental para consolidarlo, expandirlo y hacerlo más sanguinario y despiadado.
Más de seis millones de judíos fueron asesinados en los campos de exterminio nazi durante la Segunda Guerra Mundial. No se les reprochaba delito alguno. No eran asesinados por sus opiniones ni sus intenciones. Se les asesinaba porque eran judíos. Y porque eran judíos se les convertía en cenizas.
El ejemplo, con valor de autorización moral, lo había dado la "Santísima Iglesia." ¿Cuántos miles de judíos fueron quemados vivos en las hogueras de la "Sangrienta Inquisición" simplemente por ser? Imposible de citar una cifra exacta. La Iglesia también los convirtió en cenizas.
Por la herejía de "judaizar" con la obstinación que se le conoce en la Biblia, la "Sanguinaria Inquisición", tras las torturas y falsas confesiones de rigor…
Habría condenado a Jesús. ¡A la hoguera!
Así hizo con incontables judíos y conversos a los que reprochaba que no se convirtiesen *totalmente* cristianismo. Que no abandonasen *absolutamente* el judaísmo. Los condenaba por acciones tan perversas y peligrosas para la Santa Fe como adorar a Jehová, considerado el padre de Jesús. O por ¡no comer cerdo!
Y los mataba por ello.
No fue un movimiento cristiano en el sentido estrictamente teológico el perpetrador del Holocausto. Fue el nazismo, un movimiento político. Pero no puede soslayarse que ese horror

germinó en Europa, una tierra abonada con siglos de odio y antisemitismo cultural de raíz cristiana.

Thomas detiene su lectura. Mira a Sarah, parece querer decirle algo, pero duda. Ella lo percibe, pues detiene a su vez la lectura y le pregunta.

—¿Qué te preocupa?

Thomas luce indeciso, Sarah insiste:

—¿Tiene relación con el Códex y el Louvre?

—No.

—¿Entonces?

—Tiene relación con la religiosidad judía.

—Soy atea, Thomas.

—Ya sé, pero tienes que haber escuchado personas alrededor tuyo hablar del tema, supongo. Más que yo, en todo caso.

—Seguro, sí. Dime de qué se trata.

Él tarda unos segundos en formular su pregunta, tal vez porque hace ya mucho tiempo que quería hacerla, finalmente dice:

—¿Cómo han podido los judíos seguir creyendo en Dios después del Holocausto?

En el rostro se Sarah se dibuja un mohín triste. Ella también tarda en formular su respuesta.

—Es una pregunta que todos los judíos nos hemos hecho. Creyentes como no creyentes. Desde que se supone que los judíos son los elegidos de Dios, ese pequeño pueblo ha sido derrotado y a menudo esclavizado por casi todas las civilizaciones y ejércitos de su entorno: los asirios, los babilonios, los egipcios, los griegos, los romanos, los bizantinos, los califatos islámicos de los omeyas, de los abasís, los mamelucos, los otomanos, los austrohúngaros, los ingleses… E incluso fueron oprimidos brutalmente durante siglos por una civilización que nació en su seno, el cristianismo.

Sarah se queda en silencio.

Una azafata pasa con su carro de licores. Thomas la detiene.

—Me puede dar un whisky, por favor.

—Dos, pide Sarah.

Beben en silencio. Sarah dice:

—Y ahora, en la supuesta Tierra Prometida por la que pagaron con un Holocausto, Dios los ha rodeado de enemigos que juran hacer lo que Hitler no consiguió.

Sarah bebe un largo trago y concluye:

—Eso bastaría para para que el pueblo hebreo se diese cuenta de que hay una contradicción evidente entre la creencia de que ellos son los elegidos de un dios todopoderoso que los resguarda y la realidad. Pero no ha pasado.

—Disculpa por obligarte a hablar de eso.

—No, es un tema que me duele… pero también me apasiona.

Un silencio absorbe las palabras, aunque de cierta manera también las resalta. Para ocuparlo ambos se refugian en el alcohol. Casi en un susurro Sarah evoca, quizás invoca, recuerdos dotados de la curiosa dualidad de ser a la vez alegres y tristes.

—Mis abuelos maternos y la mayor parte de mi familia judía no practicaba la religión. En contadas ocasiones iban a la sinagoga, siempre por compromiso o por consideración con algún amigo o familiar, cuando asistían a una bar-mitzvá o a un casamiento. Mi padre, típico inglés, miraba aquellas ceremonias con asombro y una pizca de sarcasmo. Mi madre también, por cierto, al ser los dos ateos. No lo decían, desde luego… De pequeña me encantaban aquellas fiestas, las encontraba cálidas, alegres, me sentía bien en ellas. Secretamente recriminaba a mi familia por no ir más a menudo a tales celebraciones. En realidad les reprochaba que no fuéramos más judíos. Mis antepasados maternos eran judíos askenazis, curioso nombre, ¿no? Aske-nazis. Como si llevasen en ellos el anuncio de la barbarie que los trataría de exterminar… sin verla.

De nuevo el silencio los envuelve como un ala de pudor. Sarah vuelve a beber para ocultarse, Thomas no, él solo la mira, intento de hacer de la ternura un bálsamo.

—Lo irónico es que askenazi en español o ashkénaze en francés es la palabra hebrea medieval para decir alemán, continúa ella y es así como los judíos en la Alemania de entonces o Ashkenaz, llamaban a los alemanes. Ash-ke-nazi, te das cuenta. *Ash* en inglés,

asche, en alemán… ceniza. ¡Ceniza y nazi en la misma palabra! ¡Cuyo significado además, es alemán!

Sarah bebe. Un silencio áspero envuelve la brutalidad de lo que acaba de señalar. Al fin Thomas dice:

—Askenazi, tengo entendido, era el nombre que se le daba a los judíos de Europa Central y Oriental, de Alemania, Austria, Polonia, Rusia, etc., señala. Mientras que los sefardíes eran, por decirlo de alguna manera, los judíos del sur. Los de Portugal, de Italia y "de Sefarad", que era el nombre hebreo de España, de dónde fueron expulsados por los llamados Reyes Católicos y el dominico Torquemada, uno de los inquisidores más espantosos de la Inquisición, que tan terrible fue.

—Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, todos los judíos conocen sus nombres. Tristemente célebres. Los sefardís y los askenazis no sufrieron de igual forma el nazismo. Por una simple y dramática cuestión de geografía, los askenazis fueron los que más enfrentaron las deportaciones, los asesinatos masivos, los campos de concentración y, sobre todo, la llamada Solución Final… Cuando comencé a crecer y supe lo que había sido la Shoah, mi percepción de aquellos judíos alegres y ocurrentes con los que tanto me gustaba divertirme cambió radicalmente. Me pregunté entonces cómo los judíos podían ser tan vacuos, irresponsables, tan ridículamente fútiles. Cómo podían seguir yendo a la sinagoga, rezando y creyendo en Dios después de la Shoah. Lo mismo que me preguntaste tú.

—La religión la enseñan los padres, los abuelos, las personas generalmente más queridas. Darle la espalda a la religión es emocionalmente darle la espalda a esas personas, dice Thomas. A ti, tal vez te fue más fácil que a esos judíos que tanto te gustaban de niña, porque no habías sido adoctrinada desde tu más tierna infancia, momento en que el cerebro humano está todavía en formación e inscribe todo en lo más profundo, en el mármol cómo dicen ustedes los ingleses, algo que luego resulta muy difícil de borrar.

—Un día, por entonces, leí a un filósofo judío muy apreciado por la comunidad hebrea que hablando de Dios y la Shoah, decía: "La

única alternativa que le queda al creyente que pretende preservar su fe consiste en renunciar a concebir a Dios como un ser omnipotente." O sea que era el creyente el que hacía a Dios omnipotente o impotente. Me pareció un disparate tal que me ayudó a hacerme definitivamente atea.

La azafata pasa de nuevo. Esta vez es Sarah quien la interpela.

—Me puede dar un whisky, por favor.

—Dos, pide Thomas.

Brindan. Beben. Thomas dice:

—¿Le has preguntado algún día a un rabino dónde estaba Dios en Auschwitz?

—La teología judía no tiene respuesta para Auschwitz, *mon chéri*. Ninguna lo tiene.

Beben de nuevo, pero no se puede embriagar al pasado. Thomas dice:

—Vi una vez la imagen de una celda en Auschwitz donde estaba escrito: "Si Dios existe, tendrá que pedirnos perdón."

Sarah vuelva a beber, después añade:

—Tal vez no sea cierto, en realidad eso espero… Leí hace tiempo que muchas de las personas que pasaron por Auschwitz, en lugar de perder la fe, se fortalecieron en ella. Me pareció tan absurdo…

—La religión exige creer sin saber. Es la esencia misma de lo absurdo.

Unos tragos más tarde Thomas sonríe, también Sarah.

—Ni la Revolución Francesa ni la Rusia Soviética ni la Shoah pudieron erradicar la religión, señala ella.

—La fe… Hay que reconocer que es una poderosa fuerza humana.

—¿A eso nos enfrentamos?

—No, Sarah, no nos enfrentamos a la fe. La fe es una abstracción producida por la imaginación para explicar lo inexplicable y aplacar miedos imposibles de vencer, ya que forman parte de la condición humana… Nos enfrentamos a la Iglesia, una institución que usa la fe en su beneficio.

6 Si te incitare tu hermano, hijo de tu madre, o tu hijo, tu hija, tu mujer o tu amigo íntimo, diciendo en secreto: Vamos y sirvamos a dioses ajenos, que ni tú ni tus padres conocisteis, 7 de los dioses de los pueblos que están en vuestros alrededores, cerca de ti o lejos de ti, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo de ella; 8 no consentirás con él, ni le prestarás oído; ni tu ojo le compadecerá, ni le tendrás misericordia, ni lo encubrirás, 9 sino que lo matarás; tu mano se alzará primero sobre él para matarle, y después la mano de todo el pueblo. 10 Le apedrearás hasta que muera, por cuanto procuró apartarte de Jehová tu Dios, que te sacó de tierra de Egipto, de casa de servidumbre; 11 para que todo Israel oiga, y tema, y no vuelva a hacer en medio de ti cosa semejante a esta.

LA BIBLIA. (Deuteronomio 13: 6-11)

—Supongo que quisiste verme para hablar de Alba y de Giulia.

—También para eso. Ellas me llamaron. Estuviste lamentable.

—¡Lo sé!, explota Pietro.

Los dos hermanos callan unos instantes durante los cuales evitan mirarse.

—¿Por qué lo hiciste?

—¡Porque tenía que pasar!

—¡No digas estupideces!

—Sí, créeme. No me di cuenta en el momento. Ni cuando constaté que Giulia se había ido… ni cuando vi que se había ido Alba… lo más duro… De Giulia era común. Se iba para casa de su abuela, donde están ahora, supongo. Con Alba era impensable. Menos cuando estábamos de viaje separadamente siempre dormíamos juntos, a menudo abrazados… La primera noche me sentí fatal. No dormí. La segunda noche me fue igual de mal. Después tuve urgencias en el trabajo, tuve que concentrarme y

olvidé. Llegar a mi enorme apartamento vacío me costó al principio… Poco a poco se convirtió en un placer.

Paolo adora su vida de familia. Apenas puede concebir que su hermano hable de esa manera. Pietro continúa:

—Y ese placer fue creciendo y me fue mostrando que yo estaba hecho para vivir solo.

—El cromañón en su caverna.

Pietro ríe y su risa arrastra a su hermano que acaba por reír de su propia broma.

—Ahora me siento muy bien, afirma el obispo. Me siento rejuvenecer. Tengo tiempo para trabajar más y me sobra todavía tiempo para leer, escribir, estudiar. Todo el tiempo es mío. No tengo que cenar a horas fijas departiendo de tonterías o escuchando a Giulia hablar de las hazañas de su última amiga. Ceno cuando quiero o cuando tengo hambre… Dejé de tener riendas… De tener dueñas.

Un camarero se acerca, les presenta una botella de vino fresco y les sirve. Los dos hermanos brindan. Tras beber, Paolo dice:

—De todas formas, Alba me aseguró que no volvería.

—A mí también.

Un largo silencio termina cuando Pietro cambia de tema:

—Me dijiste que no era solamente para hablar de Alba y Giulia que habías querido verme.

Paolo extrae de su maletín de médico una revista que pone sobre la mesa.

—También quería saber si estabas al corriente de esto.

Pietro mira distraídamente la revista y lee el título en voz alta.

—"Segreti in vista"… Se trata de una revista que cuenta chismes sobre los famosos y ese tipo de estupideces, ¿no? Nunca la he comprado ni leído.

—Yo tampoco, pero en los consultorios médicos la gente deja todo tipo de cosas. Particularmente revistas y periódicos. Esta la vio mi secretaria, que lee ese tipo de tontadas. Como te reconoció, me la mostró.

—¡Me reconoció en una revista de esas!

Paolo hojea las páginas y le muestra a su hermano un artículo titulado: "Voto de castidad no impide a las Excelencias vaticanas

tener familias. ¿Milagros o Mentiras?”

El corazón de Pietro comienza a latir apresuradamente. Su boca eructa maldiciones a medida que lee. No es la única personalidad eclesiástica citada, muchos aparecen, con fotos y detalles, como mínimo incómodos. Obispos, Arzobispos, Monseñores, Cardenales… Un verdadero escándalo. ¡Otro! En lo que a él respecta aparecen varias fotos suyas con Alba y Giulia, además de una entrevista de la adolescente en la que no oculta nada de su relación con el supuesto “tío Pietro Benedetto Gaetani, obispo por la gracia de Dios y mi padre, por desgracia.”

—¡Es una venganza!

—Más bien una vergüenza.

—¿De qué lado estás, Paolo?, explota el hermano.

Paolo no se inmuta. Conoce desde niño las cóleras de Pietro.

—No intentes descargarte conmigo, Pietro Benedetto. Si venganza hay es porque te la buscaste. Y además te reta, ¡lo viste?

—No…

Pietro sigue leyendo ansiosamente y descubre que Giulia lo desafía a negar que es su hija prestándose a un test de paternidad.

—¿Cuándo salió este número?, pregunta, mientras busca la fecha.

—Acaba de salir. Es un mensual. Tal vez nadie le de importancia, los lectores de ese tipo de porquerías no creo que se interesen demasiado en la Iglesia, pero…

—¡Estás bromeando! Esto es pan caliente para cualquier hijo de puta y en esta ciudad desbordan.

Paolo prefiere no dañar más a su hermano diciéndole lo que piensa, pues la palabra boomerang se inscribió en su mente desde que descubrió el artículo. Lo que Pietro hizo con “Risonanza” y “Echi di Roma” se vuelve ahora en su contra. Podría no ser más que justicia. No es nada improbable que el éxito de los artículos y fotos publicados por esas revistas haya dado a “Segreti in vista” la idea de provocar otro escándalo y aumentar sus ventas gracias a los desmanes de la Iglesia. Al fin de cuentas, que los “castos representantes de Dios en la Tierra” tienen mujeres e hijos no es nada nuevo, como no lo es la otra temática tratada por la revista:

que la Iglesia se ha convertido en un refugio para homosexuales al ser el sacerdocio la única profesión en la que pueden llegar a viejos sin que nadie les pregunte por qué no han tenido esposas e hijos.

Pietro termina el artículo y cierra la revista.

—¿Me puedo quedar con ella?

—Claro. La guardé para ti. Aunque está en venta. Si quieres otros ejemplares los encontrarás en cualquier quiosco. ¿Vas a hablar con Giulia?

—Para qué, el daño ya está hecho.

—Por ambas partes, opina Paolo.

—Sí, tienes razón como de costumbre… por ambas partes.

Sigue un silencio cargado de sobrentendidos, que Paolo corta.

—¿Nunca te hizo feliz tener una hija? Giulia es una niña maravillosa, linda, inteligente, educada…

—¡Basta, Paolo!

—Perdón. Ya sé, no es el momento.

El teléfono de Pietro recibe una llamada. Mira de quien se trata, el nombre que se inscribe en la pantalla lo sorprende y lo contraría.

—Lo que me faltaba, exclama, luego se disculpa con su hermano. Tengo que responder. No será muy largo.

Acepta la comunicación. Se levanta de la mesa y se aleja unos pasos. En el teléfono solo escucha una respiración agitada. Se alarma.

—¿Qué pasa?, se inquieta Paolo.

—Nada, nada…

Gaspard Lamy, el hombre que lo llama, es un alto consejero del Ministerio de la Cultura Francés. Se escucha el clásico sonido producido por un asmático que administra aerosol a sus pulmones, luego una voz medio ahogada.

—Lo peor que podía sucedernos está en camino, Excelencia.

—¿Qué sucede, Gaspard? ¡Hable claro!

—El Códex de María Magdalena está en París. El Louvre lo está estudiando.

—No le escucho bien…

—El Códex M. Sí, me escucha, lo que no quiere es oírme y lo comprendo. Está en el Louvre. Lo están estudiando para una posible

exposición.

Gaetani necesita de unos instantes para encajar el golpe. El tono de su voz se hace más grave. En su mente se desata una tempestad. ¡Perdió! Todos sus esfuerzos han sido vanos. Thomas Roussel logró burlar a un servicio secreto reputado estar entre los más eficaces del mundo. Ahora se parapeta en la fortaleza del Louvre, que ya lo fue en los muy católicos años 1200, cuando los reyes obedecían a los Papas…

Gaspard Lamy sigue hablando de los daños irreparables que la publicación del Códex M puede causar, Gaetani está ya pensando en cómo deshacer el nudo Gordiano.

Sacará fuerzas de la potente batería interna que él llama fe, algo que practicó con fervor en otros tiempos, cuando aprendió que fe es justo una enigmática fuerza que la mente posee, una fuerza que todo humano, una vez consciente de su existencia, puede hacer brotar y utilizar aunque no haya dogma que la sustente ni obediencia a un credo, pues la fe está más allá de esas ingenuidades, no es prerrogativa ni privilegio exclusivo de las religiones, es capacidad humana simplemente; las religiones no han hecho más que adueñarse de ella y hacer creer que solo a través de adoraciones se puede llegar a esa poderosa energía, ya que fe es sugestión y la sugestión es práctica común de todas las religiones, amaestramiento, constante insistencia y la constancia ayuda y fortalece la fe, pero no es necesario pedir a alguien o a algo externo ese poder ya que la verdadera fuerza de la fe está dentro de la mente humana, no hay dios alguno que la genere, es creer, estar convencido, creer en conceptos abstractos como Patria, Libertad, Dios o los demonios, creer en el Amor o en cosas concretas como en sí mismo, en su propia fuerza, en su inteligencia, en sus competencias, pues al fin de cuentas la fe es una variante del efecto placebo, capaz de curar una enfermedad solo porque el enfermo cree que el medicamento dado por el doctor puede hacerlo, aunque en realidad lo que contiene la cápsula sea azúcar, pero es la creencia de que ese médico y esa cápsula tienen poder que consiguen que el enfermo pueda, logre y que su cerebro provoque, en un rincón desconocido por la medicina y la humanidad, algo capaz de actuar

sobre el espíritu, el valor, el ingenio, la entereza, los brazos, las piernas, el cuerpo todo e incluso más, como lo que intenta el sacerdote cuando para curar los miedos con que todo ser humano ha de convivir habla a sus feligreses de una medicina que él y ellos llaman Dios y que, aunque sea azúcar, es para ellos un medicamento que sana ciertos miedos de la vida, que atenúa el miedo a la muerte; fe es una dimensión del ser humano que los seres humanos desconocen y no saben esgrimir, pues no la han estudiado ni comprendido, tal vez porque las religiones han convencido a la especie humana de que solo un ser invisible y sordomudo puede hacerlo por ella.

—¿Cómo supo que el Louvre piensa hacer esa exposición?, pregunta Gaetani, que mientras pensaba apenas ha escuchado la asustada perorata de *monsieur* Lamy.

—Alguien lo habló en presencia mía. Alguien de muy alto nivel. No puedo decirle más.

—¿Cuándo se hará esa muestra?

—No lo sé. En realidad el Louvre y el Ministerio tampoco lo saben. Lo están valorando. Dudando. Creo que tienen miedo.

—Y con razón.

—Si esa exposición se realiza la Iglesia la pasará muy mal, Excelencia. Dicen que el Códex M niega la resurrección de Jesús. ¡Se imagina! ¡Dios del cielo! ¿Qué puede hacer usted, Ilustrísima?

—Esté tranquilo, Gaspard, esa exposición no tendrá lugar. Tenga fe.

Gaetani se despide. El francés lo acepta de buen grado pues es un hombre cobarde y tiene miedo, a pesar de su divina protección. Teme que alguien sepa con quien está hablando y de lo que está hablando.

¡Padre Nuestro que estás en los Cielos!

El obispo corta la comunicación y se queda unos segundos inmóvil, anonadado. Por fin murmura en su mente: *Es en las tinieblas que mejor se ven las luces…*

Camina con pasos lentos hacia la mesa donde lo espera su hermano. Paolo comprende al verlo que acaban de anunciarle algo funesto. Pietro hace un signo a una camarera. En unos pocos

minutos la muchacha le entrega un paquete de cigarrillos y una caja de fósforos que él paga generosamente.

—¿Vas a fumar cigarrillos de nuevo?

—Unos días…

—¿Mala noticia?

Pietro enciende su primer cigarro en mucho tiempo, inspira y expira el humo antes de responder.

—Pésima.

—Supongo que no puedes decir de qué se trata.

—No, pero te lo voy a decir. He perdido la batalla de mi vida.

Pietro levanta su copa, Paolo hace lo propio. Tintinean los cristales.

El largo silencio que sigue es roto por Pietro.

—Recuerdas que te hablé de un documento escrito por María Madalena que la Iglesia quería absolutamente destruir.

—No lo recuerdo muy bien, pero me parece fascinante. Si es de María Magdalena por qué la Iglesia quiere destruirlo.

—Por precaución. Nadie sabe exactamente lo que dice ese escrito ya que el último en leerlo fue el Emperador Constantino I, allá por el año 325, época del Concilio de Nicea, cuando los cristianos dieron el primer paso de gigante hacia el poder. El Emperador lo leyó y ese mismo día lo quemó. Por desgracia el original estaba a salvo.

—Sigo sin entender por qué la Iglesia quiere destruirlo.

—Destruirlo o conservarlo, pero tener el control.

—Crees que María Magdalena podría revelar un secreto capaz de dañar a la Iglesia… A más de veinte siglos de distancia.

Gaetani tira en silencio varias fumadas seguidas del cigarrillo, luego dice:

—Siempre se ha dicho que ese texto revela algo que podría destrozar al cristianismo.

—¡Un legajo más viejo que el Vaticano! ¡Se han vuelto locos ustedes!

—El Emperador Constantino no fue el único en leerlo en realidad, continua Pietro. Lo leyó Aulo, su secretario y escriba principal, lo leyó el escriba que lo entró en palacio, un tal Servio, que los

soldados del Emperador mataron, como se merecía. Lo leyeron varios amigos del tal Servio a los cuales él lo mostró a escondidas. Lo conocían ciertos filósofos griegos… Eso ha dado lugar a diferentes versiones y a rumores contradictorios.

—¿Cómo cuáles?

—Se dice que niega la resurrección de Jesús. Peor, que indica dónde está enterrado.

—¿Tu m'aimes?

—Oui.

Ella siente una fuerza brotar de sus entrañas y centellear en su mente, una fuerza que electriza su piel y convierte su sexo en torrente. Los cuerpos vienen y van, unidos en un movimiento cerebral, imperceptible, de inmovilidad aparente e intensidad absoluta. Un movimiento que lentamente se amplía, se acelera, aspira los sexos y pasa a través de ellos a las emociones, a los sentimientos. Un movimiento que avanza con la imaginación y la carne, un ir y venir que se hace más y más rápido, llevándolos más allá de la consciencia hasta invalidar el tiempo y lograr que los cuerpos se fundan al perder la materialidad y hacerse aromas, efluvios y estallar en suspiros, gritos, espasmos, respiraciones agitadas…

Y flotar en un agudo sentimiento de felicidad.

Logran así olvidar por un corto tiempo que fuera de ese sensual paraíso, hombres armados tienen que proteger sus vidas. Aunque pueden salir si lo desean, deben evitarlo. Por disposición del capitán Martel se encuentran bajo protección policial, recluidos en la casa de Sarah, cuyas puertas y ventanas han sido reforzadas.

Desde que Thomas entregó el Códex M al Louvre y la pareja cosechó la larga lista de verbos condicionales con los que la dirección del museo les anunció que podrían dar a conocer el Códex M, la psiquis de Thomas, como la de Sarah, están detenidas en la espera. Expectativa que en él se lastra de dudas y en ella se embriaga de certezas.

—Lo prometieron.

—Lo sugirieron, rectifica Thomas.

—*Chéri*, no me pierdas en detalles. Lo harán porque ningún museo en el mundo puede negarse a semejante descubrimiento.

—¿Has pensado en cuales podrían ser las reacciones del llamado mundo cristiano ante la publicación del Códex M?

—Violentas e impredecibles.

—Es muy probable que en el Louvre estén hablando de eso ahora mismo.

Tiene razón Thomas, en el Louvre hablan de eso. Aunque en dimensión torbellino. La posibilidad de presentar al público el escrito de María Magdalena se ha convertido en un asunto de Estado. Hasta el Ejército está a punto de ser involucrado.

Trascendió rápido de los mandos del Louvre, al Ministerio de la Cultura y de ahí al Consejo de Ministros. Por lo pronto nada se ha filtrado hacia la opinión pública, pero es cuestión de tiempo que suceda, lo cual aterra a las autoridades y preocupa seriamente a la policía que teme tener que andarse a porrazos con olas de católicos enfurecidos que no expandirán paz y amor precisamente por las calles de París.

Ciertos miembros del Gobierno estiman que provocar la furia de los cristianos del mundo es un grave error. Otros consideran que publicar el texto de María Magdalena es un deber y será un orgullo para Francia.

No faltan quienes señalan que desde el punto de vista económico podría ser una muy buena operación…

Sarah y Thomas desesperan. Marc Pladel intenta tenerlos al corriente. Pero eso no acelera el tiempo de la burocracia.

Esta mañana Thomas está decidido a dar un impulso a los acontecimientos. Sarah duerme. Él se hace un café, se viste con ropa de sport, luego enciende la computadora. Selecciona un

artículo de un periódico londinense que habla de la inexplicada masacre en la mansión de los Walker. Escoge otro, berlinés, sobre el también inexplicado asesinato de los Bauer. Finalmente elige un cotidiano parisino que escribe sobre el atentado de su padre frente a *"Le Train Bleu"* y la muerte de Stephan Dunois. Busca en su teléfono el mail de Luise La Fontaine, la directora del Louvre. Los envía. Luego calza sus audífonos, pone la música a fondo y sale a hacer un footing para sudar el estrés.

Sin el apoyo del Louvre será mucho más arduo dar al Códex M la resonancia que necesita, piensa mientras corre por las avenidas arboleadas y vacías del sur del barrio 13.

Corre para convencerse de que no hay imposibles, por más que los tenga delante.

Corre aunque su teléfono suene, pues no le presta atención.

Corre para alimentar la esperanza.

Termina su footing y entra en la ducha. Mientras se seca recuerda que tiene un llamada perdida. La mira.

¡Es de Luise La Fontaine!

Llama. Una voz cálida, pero firme le dice que no puede hablarle ahora.

—¿Podemos vernos?

—Con mucho gusto.

—¿En mi oficina dentro de una hora?

Thomas termina de secarse y vestirse como si lo estuviese persiguiendo una legión de demonios. Para llegar al Louvre y caminar hasta las oficinas no le sobra el tiempo.

Salta en su moto. El cuerpo de Sarah se desliza tras el suyo.

—¿A dónde vas?

—No puedo llevarte, estoy atrasado.

—Te recuerdo que soy la responsable de tu seguridad.

—Bueno, cómo quieras. Ponte un casco y cierra la puerta.

Sarah se baja de la moto. De un acelerón el bólido se aleja dejando detrás solo polvo. Él ríe a carcajadas, ella hierve de furia.

La moto desaparece en la esquina. Ella no lo puede creer.

Pero a los pocos minutos Thomas reaparece.

—Ponte un casco.

Le tiende el que siempre guarda bajo el asiento.

—Había empezado a afilar los cuchillos con los que te mataría esta noche.

—Por eso volví.

—¿A quién vamos a ver?

—A la Directora del Louvre. ¡Agárrate!

Un acelerón sorpresivo de Thomas se prolonga, como siempre, por un grito de terror de Sarah. Un poco teatral, según él. Lo acompañan unas carcajadas suyas.

Espacio magnífico, maderas talladas, techos esculpidos, pinturas, frescos… Ventajas de un salón de reuniones en un antiguo palacio real. Hierática frialdad.

Thomas y Sarah intentan parecer tranquilos. No lo están. Intercambian opiniones sobre sus temores y esperanzas en susurros.

La llegada de Luise La Fontaine, seguida por todo un séquito encabezado por Marc Pladel, somete sus nervios a ruda prueba. Pasadas las cortesías de rigor, Mme. La Fontaine le dice a Thomas.

—Señor Roussel, publicar su Códex M no solo implica al Museo, implica al Ministerio de la Cultura, al de Relaciones Exteriores y al Ejército casi… No crea que es fácil, pero… Lo vamos a hacer.

Thomas empuja una silla de ruedas en la cual Armand ríe, más bien lo intenta pues aún no domina totalmente sus músculos, ni siquiera los faciales.

—¡Lo van a hacer, papa! ¡El Louvre! ¡Lo van a hacer!

Armand trata de hablar, todavía le cuesta.

—Ya… has dicho… veinte veces…

Ríen.

—Te he conseguido el museo más grande del mundo y me tratas así. Mal agradecido.

—Veinte… veces dicho… la *socra*… prometiste… cuenta dale…

—Ah sí, la *socra*, es más bien un cuento, igual prometido es deuda:

Lourdes y Laura, dos hermanitas, leen en el cuarto compartido. De pronto Lourdes, exclama: escucha esto, Laurita, la hija mayor emborracha al padre, se acuesta con él y sale en estado.

¡Qué horror!, protesta Laura.

Pasan unos instantes y Lourdes dice: no te puede imaginar lo que sucede después, mi hermana: la hija menor emborracha también al padre, se acuesta con él y sale igualmente en estado.

Laura se escandaliza. ¡No me leas más ese porno, Lourdes, es asqueroso! Lourdes le responde: No, no, qué va a ser un porno, Dios me libre, se trata de la Biblia. Génesis 19: 30-38. Son las hijas de Lot, un gran amigo de Dios.

Armand ríe a carcajadas o algo que parece serlo, pues en realidad, más allá del sonido, en su rostro lo que aparece es algo semejante a una mueca. Poco importa, a Thomas le da gusto. Logró devolverle la alegría. ¡Su victoria del día!

Van rápido ahora. A pesar de que la recuperación de Armand es solo parcial, Thomas la celebra. Pensó que nunca lo volvería a ver ni siquiera así. Se encuentra al oeste de París, en el Hospital Georges Pompidou, que ocupa parte de lo que fue la fábrica de autos Citroën. Por eso Thomas le preparó todo un viaje en el tiempo. Frena precipitadamente y dice:

—A ver, ¿sabes dónde estamos?

Armand mira a su alrededor. No parece reconocer el lugar, por eso tartamudea:

—Sé que es… un par… parque… el nombre no…

—Citroën, señor Roussel. Estamos en el parque que lleva ese nombre porque aquí estaba la inmensa fábrica Citroën.

Armand se sorprende con el anuncio. Se alegra. Thomas estudió en la Web la antigua disposición de la fábrica para explicársela a su

padre, sabe que él tuvo varios autos de la marca.

—Supe que usted tuvo varios Citroën, señor Roussel, ¿me equivoco?

Armand lo confirma, encantado con el juego.

—El primer Citroën que usted tuvo, señor Roussel, fue cuando era joven y lo fabricaron en esta área. Más o menos por aquí.

—¿La… *deux-chevaux?*

—¡Bingo! En esta zona estaba la cadena de montaje de los famosos *dos caballos*… aquellos carros tan graciosos… los *2chevaux*. Que se orgullecían de ser paraguas con ruedas.

Armand quiere hablar, pero no consigue interrumpir a Thomas, por eso hace gestos con las manos para detener su torrente de palabras y dice:

—Yo… no tuve… una sino dos *2chevaux*… hace mil años cuando… más joven que tú.

Ríen de nuevo. Thomas vuelve a correr empujando la silla de ruedas, hasta que se detiene de nuevo y pregunta:

—¿Y aquí, señor Roussel? ¿Tiene idea de qué carros se fabricaban aquí?

Armand luce complacido e incrédulo.

—¿Las DS?

—Así es estimado señor, nada más y nada menos que las ultra célebres *Déesses* o sea, las Diosas…

De nuevo Armand habla por más que le sea difícil.

—No… puedo creer… qué maravilla… tuve como tres DS… primera… cuando tu mamá y yo nos casamos…. fue… fue… nuestro primer auto.

Un silencio amenaza con hacerse pesar, pues uno piensa en la desaparecida esposa, el otro en la añorada madre. Pero Thomas no permite que la tristeza empañe el soleado día ni este primer paseo con su padre. Rompe el silencio moviendo la silla y dice:

—¿Sabes cuantas personas trabajaban aquí, en la Fábrica Citroën?

Armand mueve la cabeza. No lo sabe.

—Treinta y cinco mil.

Thomas detiene la silla y mira a Armand de frente, poniéndose a la altura de sus ojos.

—¿Y sabes cuantas personas irán al museo más prestigioso del mundo para recibir el mensaje que tú protegiste con tu vida?

La emoción humedece la mirada de Armand.

—Millones, papá, irán millones…

Sentado al pie del *Arc de Triomphe*, uno de sus lugares preferidos en París, frente a los *Champs Élysées,* Pietro Benedetto Gaetani fuma un Partagás Lusitanias con lentitud, como solo, a su entender, debe fumarse esa joya.

Cae la tarde. *Sol Invictus, ¿huyes?* Sonríe divertido por pensamiento tan pagano. Soy romano, al fin de cuentas, se dice. Se deleita un tiempo más con el habano. Pero su sonrisa se apaga cuando la realidad, prosaica y desprovista de poesía, vuelve a su mente.

El escándalo provocado por las revelaciones de "Segreti in vista" creció lentamente, pero acabó por estallar con resonada virulencia y comentarios muy perturbadores en casi todos los medios. Supo por Paolo que quisieron entrevistar a Giulia en la televisión, pero Alba se opuso. Al menos le reconoce esa marca de inteligencia.

Es indignante que la gente se agarre de cualquier cosa para atacar a la Iglesia o a las creencias. ¿En qué les concierne si las personas piensan que existe un Dios o no? Hay pobres diablos que se sienten mejor creyendo que vivirán eternamente, que la muerte no existe. ¿Es estúpido? Todo depende del cristal con que se mire. A ustedes, periodistas ateos, en qué los toca. ¿Qué les puede importar la vida privada de los clérigos, sean simples diáconos o altos miembros de la curia. ¡El celibato de los sacerdotes es un asunto de orden privado! Un asunto interno de la Iglesia. ¡No se trata de una ley! Solo Dios podría meterse en eso y Dios no se mete en nada. Si lo hiciera, ya se sabría.

Por suerte él pudo escapar a las agrias consecuencias de la impúdica publicación viniéndose a París, que aunque sea por razones

de trabajo es siempre un placer. Hablar francés, admirar la ciudad, las francesas…

Fuma con deleite intentando alejar de su mente el lamentable suceso. Entonces es Giulia quien viene a empañar su placer. Llega a su mente de niña, juguetona, astuta, inteligente… No puede negar que lo enternecía. Aunque es cierto que intentó que Alba abortase, también lo es que ser padre lo hizo feliz. Conoció sentimientos que ninguna otra situación de la vida le ofreció, emociones y alegrías que solo aporta la paternidad.

Lamentablemente eso nada más dura un tiempo, el que tarda el hijo o la hija en salir de la niñez. A medida que ese encantador pedacito de ser humano dependiente y sin opiniones crece, aparecen sus demonios y se rompe el encanto. Es durante la adolescencia que florecen los infiernos, que los inocentes diablillos salen de sus crisálidas convertidos en furibundos leviatanes.

Qué le puede importar a Giulia que él la haya reconocido oficialmente o no, sobre todo a sabiendas de los problemas que eso entrenaría en su situación. Qué demonios significa para ella ese pedazo de papel que la mayor parte de la gente guarda en una gaveta y olvida. ¿Acaso no se comportaba él como un padre? ¿Acaso, con su madre, no la mantenían, la alojaban y le pagaban su carísima escuela católica privada para que no tuviese que codearse en un colegio público con inmigrantes medio analfabetos? ¿El reconocimiento de su paternidad ante un amargado funcionario público cuenta más que eso acaso?

Se refugia de nuevo en el humo de su exclusivo habano para dejar de pensar. Sin mucho éxito, desdichadamente. Su agujereada paternidad vuelve a saltarle a la garganta, donde clava de nuevo garras de gata airada.

Los hijos nos pertenecen al nacer, son nuestros seguidores después, nuestros enemigos luego. Se nutren de nuestras fuerzas hasta gastarlas, entonces nos borran de sus vidas. Es la triste historia de las relaciones filiales. Dependencia, pugna, denegación, olvido.

Aunque detesta fumar de pie y más aún caminando, para cambiarse las ideas se levanta y anda con pasos lentos por la

plazoleta del impresionante arco querido por Napoleón I tras la espléndida victoria de Austerlitz, la batalla de los tres Emperadores. Él contra el zar ruso y el emperador austríaco.

"Dios ayuda al que tiene el mejor ejército", decía Napoleón, pero en Austerlitz no se cumplió. Fue más bien, Dios ayuda al que tiene el mayor talento. Los rusos y los austriacos tenían cada uno más armas y soldados que él y sin embargo el vencedor fue Napoleón. Así es Dios, ¡no hay dios que lo entienda!

Sonríe para sus adentros. Se va sintiendo de mejor humor. De niño fue un admirador del gran corso. Para él, un italiano. ¡Acaso Córcega no pertenecía a la república de Génova hasta poco antes del nacimiento de *Napoleone Buonaparte*. Oui*, Buonaparte*, era ese su nombre, no Bonaparte. Y quien podría negar que fue en la bota italiana donde nació su gloria, mientras pateaba a los austríacos, *oui, monsieur*. ¡Setenta batallas ganadas y solo diez perdidas! Hecho de la madera de Cesar, de Trajano, de Marco Aurelio… Y de Constantino, claro, sin quien el invento judío de Pablo y Pedro seguiría siendo una secta.

Se detiene frente a la tumba del Soldado Desconocido. También lo fascinó en su momento. Le parecía tan curioso que se rindiera homenaje a alguien del que no se sabía nada. ¿Un héroe? ¿Un cobarde? ¿Quién podía decirlo? Lee la inscripción al pie de la tumba que leyó por primera vez hace años, cuando él mismo era un soldado francés, vestido con el uniforme de la Legión Extranjera.

Ici repose un soldat français mort pour la patrie. 1914 – 1918.

Desde el 11 de noviembre, día del Armisticio, pero del año 1923, cuando se encendió la llama que arde sobre su tumba, se le rinde cotidianamente homenaje al Soldado Desconocido A nadie se le ocurriría irrespetarlo. Sin embargo a Dios, cada vez son más quienes lo critican, lo atacan, lo chancean…

Ni el uno ni el otro tienen utilidad práctica. ¿Y bueno? No es para cuestiones prácticas que ambos existen. Ni Dios ayuda ni el Soldado Desconocido defiende. Hay que ser idiota para no verlo y esperar de ellos auxilio o protección. ¡Son símbolos! No sirven en el sentido bajo de lo utilitario, son otra cosa, más elevada, representan, figuran,

encarnan ideas, valores, el patriotismo en el caso del Soldado, la esperanza en el caso de Dios. ¿No lo ven, imbéciles?

Cayó la noche. Vuelve al sitio donde estuvo antes sentado. Sigue vacío. Le parece un buen signo. La mítica avenida de los Campos Elíseos se abre ahora ante su ojos profusamente iluminada. ¿Otro signo? Unas gotas de superstición pagana no le hacen daño a nadie.

A lo lejos percibe el Louvre. Su mente comienza a atarearse. Trabajar no es lo más indicado para disfrutar de un Partagás Lusitanias, pero fumar ayuda a pensar.

Se enfrenta al mayor desafío de su carrera.

¡Entrar al Louvre! ¡Parece una locura!

Sin embargo… Él y su equipo estudian todas las probabilidades. Eliminar a Thomas ya no tiene sentido. Su muerte solo conseguiría disparar la atención de la prensa. Matar a la judía Kingsley o a Marc Pladel a lo sumo retardaría la exposición de unos días o, en el mejor caso, de semanas.

Muy pocas opciones ofrecen posibilidades de éxito: la más segura es penetrar en el Louvre y apropiarse de las hojas del Códex M o dañarlas de manera que no puedan ser expuestas ni leídas.

El obispo y su equipo se instalaron en un discreto *Hôtel Particulier* que pertenece a la Nunciatura. Un vasto salón sirve de sala de mando. Gaetani, Jonás y un pequeño grupo de toda confianza forman el núcleo central del equipo acción. Tienen por misión estudiar todas las posibilidades de entrar en el Louvre.

Una frenética, aunque discreta actividad diplomática sigue intentando anular la exposición. El éxito no parece fácil. El Louvre se niega. El Gobierno francés, aunque finge no tomar partido y asegura no tener autoridad sobre el augusto museo, en realidad está de su lado.

¡Entrar al Louvre! ¡Una locura! ¡Una maravillosa locura!, ríe Gaetani.

> *12 Si oyeres que se dice de alguna de tus ciudades que Jehová tu Dios te da para vivir en ellas, 13 que han salido de en medio de ti hombres impíos que han instigado a los*

moradores de su ciudad, diciendo: Vamos y sirvamos a dioses ajenos, que vosotros no conocisteis; 14 tú inquirirás, y buscarás y preguntarás con diligencia; y si pareciere verdad, cosa cierta, que tal abominación se hizo en medio de ti, 15 irremisiblemente herirás a filo de espada a los moradores de aquella ciudad, destruyéndola con todo lo que en ella hubiere, y también matarás sus ganados a filo de espada. 16 Y juntarás todo su botín en medio de la plaza, y consumirás con fuego la ciudad y todo su botín, todo ello, como holocausto a Jehová tu Dios, y llegará a ser un montón de ruinas para siempre; nunca más será edificada.

LA BIBLE. (Deuteronomio 13: 12-16)

—*1 London Bridge Street, please.*

—*With pleasure, sir.*

El *Black Cab* se pone en marcha sin los rugidos habituales de los jugos de dinosaurios y otras creaturas de Dios que explotaban siempre en los motores del siglo XX. Obra del Hada Electricidad. No por gusto en otros tiempos en Francia se le dio ese nombre.

En los venerables locales de The Time se han dado cita representantes de los cinco órganos de prensa que perdieron a uno de sus miembros en la "Masacre de la Casa Walker". BBC Two, Channel Four, The Sun, The Guardian y el propio The Time. Todos lamentan el asesinato de valiosos colaboradores aquella fatídica noche.

Están reunidos a pedido de Thomas. Al que ahora se disponen a escuchar.

Él está nervioso, deja pasar unos segundos, bebe un sorbo de agua… Al fin dice:

—La mayoría de los humanos da más importancia a la conservación de sus opiniones que a la verdad. Para ello la desvalorizan diciendo que la verdad es algo relativo, que no existe

una verdad, sino muchas… Poco importa que ello conlleve torcer el cuello al diccionario. Ustedes, los periodistas, están entre las primeras víctimas de ese escamoteo de la veracidad.

Vuelve a marcar una corta pausa para comprobar si está siendo escuchado con interés. Le parece que sí.

—Los culpables de la "Masacre de la Casa Walker" y del crimen de los Bauer no son tanto los que apretaron los gatillos como los que les dieron la orden. Los asesinos fueron meros ejecutantes. La culpable es la Iglesia, ella es el cerebro de esos crímenes.

Algunos periodistas le dan la razón con cierto entusiasmo, otros parecen más escépticos y lo expresan con muecas y gestos.

—La religión es una típica verdad escurridiza. Para la inmensa mayoría, aunque no tienen consciencia de ello, Dios es una rama de la infancia, algo que enclavaron en sus mentes los adultos, una continuidad de los Reyes Magos, Papá Noël, Santa Claus o del Amigo Imaginario. Tal vez eso explique por qué la gente prefiere no tomarse verdaderamente en serio la religión ni juzgarla ni pensarla. Nunca hemos visto a un creyente decir: "Mamá, qué felicidad, tienes un cáncer en fase terminal, cuánto me alegro, pronto estarás en el paraíso con Dios".

Muchos asistentes ríen. Thomas espera a que se calmen las risas para continuar:

—Jamás hemos visto a alguien mandar mensajes con algún beato moribundo a sus seres queridos que están en el Edén. Ni siquiera los "santos representantes de Dios" en el Vaticano lo hacen cuando muere un Papa, vehículo seguro, en principio, para acceder a ese infinito y super poblado lugar invisible donde se aburren eternamente los bienaventurados. Menos lo hace la gente común: "Abuelito qué contento estoy de que te mueras, quiero que cuando llegues al cielo le digas a mi hermanito Juan, que Dios llamó tan joven, por suerte para él, que siempre lo recuerdo y que ardo en ganas de morirme para reencontrarlo".

De nuevo las risas acogen las ironías del parisino.

—No hemos visto nunca escenas de ese tipo porque ningún creyente cree realmente en lo que dice creer. Muchos ni siquiera han leído la totalidad de la Biblia ni saben cabalmente que se trata de un

libro donde se cree que la tierra es plana, un texto inspirado por Dios en el cual nadie tiene la menor idea de que America y Australia existen, a pesar de que son continentes creados, en principio, por ese mismo Dios; un libro donde las serpientes hablan, pero las mujeres deben callar y cuando dan la vida son consideradas inmundas.

Esta vez buena parte del auditorio lo aplaude.

—Al fin de cuentas, para la mayor parte de la gente, la religión no es algo totalmente adulto. Es sobre todo el cordón umbilical que los une a sus padres y a sus abuelos, al mundo encantado de la infancia donde el mal es siempre derrotado, la muerte no existe y los adultos, omniscientes, omnipresentes y omnipotentes, los cuidan.

Se da cuenta de que su intervención provoca intercambios de opiniones entre los asistentes, que aunque susurrados, son intensos. Continúa:

—Pero la religión no es un juego. Y el Papa no tiene nada que ver con Papá Noel. La religión ha servido de justificación para quemar vivas a las personas, aquí en esta misma ciudad de Londres, lo ha hecho. Y en la ciudad de la que yo vengo igualmente. Y en toda Europa y buena parte del mundo. La religión sirve como justificación a los terroristas que en estos mismos tiempos y en esta misma Londres matan a inocentes para agradar a su Dios. O a lo que ellos suponen que es ese sordomudo invisible.

Una ola de murmuros brota. Acaba dando lugar a intercambios de opiniones acaloradas, que dejan pronto de ser susurros. Alguien llama la atención a los asistentes y exige respeto para el orador. De nuevo todos hacen silencio y Thomas puede continuar:

—La Iglesia es la institución más antigua de la humanidad porque siempre ha puesto sus intereses ante cualquier otra razón, ante cualquier otra consideración. Esta vez está dispuesta a todo para impedir que un documento llamado el Códex M llegue a las manos de ustedes y al conocimiento de todos. Teme que se hagan públicas sus dobleces y sus falacias. Que se cuartee y se desmorone el zócalo sobre el cual se erigió. La religión ha matado mucho, todos en esta sala lo sabemos y mata todavía, aunque, por lo que parece, algunos aquí lo duden.

Varios asistentes protestan. De nuevo una potente voz impone el silencio.

—A mí intentaron asesinarme tres veces. Mi padre pasó momentos terribles en estado de coma a causa de una bala en el cerebro. Nosotros seguimos vivos, por lo pronto al menos, pero en París mataron a Stephan Dunois, un pobre muchacho inocente, solo porque lo confundieron conmigo. Y entre él, los Bauer y los muertos de la casa Walker, contando a la señora Faith Dolson, estamos hablando de once personas. Entre ellas sus compañeros, los miembros de las diferentes redacciones aquí representadas. A esas víctimas, hoy lo sabemos desgraciadamente, debemos sumar a Freda Bauer, hija de los Bauer y a Lucy Walker, hija única de los Walker. ¡Trece personas asesinadas! Sin contar a mi padre.

De nuevo los intercambios de opiniones en la sala cubren la voz de Thomas. Hasta que alguien exige una vez más que la asistencia calle y el orador hable.

—Me indigna que los asesinos de esas personas y los que dejaron a mi padre en un estado grave, del que no se sabe cómo saldrá, no paguen por sus crímenes. Ningún Gobierno va a entrar en conflicto con la Iglesia si puede evitarlo. Y si no tiene pruebas irrefutables. La prensa, sin embargo, puede hacerlo. Porque la prensa puede sugerir, no necesita afirmar para decir. Esa es la razón de mi presencia hoy aquí. Lo que no pueden los Gobiernos, la prensa sí lo puede. Basta con que lo quiera. Muchas gracias.

Un nutrido aplauso da apoyo a sus palabras. Algunos incluso pronuncian el conocido eslogan, usado en múltiples contextos: *Yes we can*.

La noche está fresca. Sarah sale del Louvre envolviéndose en su impermeable. Mira distraídamente la hora.

Unos metros más lejos una pareja la observa.

—Salió la liebre. Estén listos, dice el hombre en un teléfono.

Thomas nunca llega tarde. Se suponía que regresaba temprano de Londres. De nuevo Sarah mira el reloj y sonríe.

Hoy tampoco está atrasado, soy yo que estoy adelantada. Y un poco ansiosa.

Nunca pensó que la vida le ofrecería el privilegio de trabajar con un texto del nivel del Códex M. Tener todos los días en sus manos ese escrito hecho hace tanto tiempo por una mujer de excepción, ser de alguna manera la depositaria de su mensaje… le sigue pareciendo maravilloso.

Con un estruendo la moto de Thomas se detiene a su altura.

—Primero un beso, después el casco.

Le tiende uno. Sarah le entrega sus labios.

—¿Qué tal Londres?

—Ahora te cuento, monta.

Sarah salta en la moto, Thomas acelera vigorosamente, enviando el bólido directamente en el agitado laberinto de la circulación.

La pareja observadora transmite:

—La liebre va hacia ustedes.

El coronel Jonás y uno de sus hombres, equipados de potentes motos ven pasar la moto de Thomas y Sarah y comienzan a seguirlos.

Thomas no los percibe. Su vigilancia, mellada por el uso, se desconecta. Rueda divertido contándole contra el viento a Sarah el resultado de su viaje a Londres, acelerando súbitamente la moto de vez en cuando para divertirse haciéndola gritar. Va tan distraído que no ve al motorista que llega con él hasta la cercanía de la casa de Sarah.

Jonás abre su casco y transmite:

—Dirección ok, Excelencia.

Desde el *Hôtel Particulier* donde trabajan, el obispo Gaetani le responde:

—Gracias, Jonás. Buen trabajo.

La comunicación se corta.

Sarah es la llave que encontró Pietro Gaetani para abrir el Louvre sin hacer sonar las alarmas. El obispo se siente orgulloso de su idea. La mujer tiende a salvar a su hombre. Es viejo como las cavernas. Y es lo que Sarah hará.

Señor has que la fe en ti vuelva a inundar los corazones.
Que el temor a tu poder haga temblar de nuevo a los impíos.
Que tu arrolladora fuerza los impulse a volver a tu casa a escuchar tus santas palabras…

De rodillas en la casa cural, a pocos metros de la iglesia, su iglesia, el padre Barthélémy, los ojos cerrados, se acerca al final de sus rezos. Pide fervorosamente el renuevo de sus feligreses, sobre todo eso. Pero no quiere parecer interesado ni egoísta ante Dios, por eso pide también por la salud de los enfermos, porque sean saciados los hambrientos, porque se acaben las guerras en el mundo…

Amen.

Son todos asuntos que ninguna divinidad decente y digna de ese nombre podría ignorar, pero que él, como muchos creyentes, estima que deben ser recordados constantemente a Dios. Por más que este sea omnisciente, omnipresente y omnipotente, sus fieles lo creen desmemoriado.

Un Dios al que hay que rezarle varias veces al día para recordarle lo que debe hacer: que no se olvide de sanar a los niños con enfermedades incurables, que mantenga a los planetas girando alrededor del sol, las galaxias lejanas orbitando sin chocar las unas con las otras y evite terremotos, sunamis, erupciones volcánicas y otros desastres naturales en la tierra, que dé de comer a los necesitados, consuele a los que sufren, castigue a los malvados y… etcétera, etcétera…

¡Un Dios olvidadizo! ¡Pobre humanidad!

El padre Barthélémy ignora que en pocos minutos nada de eso tendrá importancia para él, pues estará muerto.

Gloria, gloria, aquí en la tierra como en el cielo…

Echa de su mente las ideas que se interponen entre él y lo divino y comienza a decir el tan repetido rezo que se eleva supuestamente hacia Dios miles y millones de veces cada día sin que ningún creyente se pregunte: ¿qué sentido tiene decirle lo mismo tantas y tantas veces a un Dios todo lo sabe?

Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre,
venga a nosotros tu reino.
Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día.
Perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden.
No nos dejes caer en la tentación.
Líbranos del mal…

El padre Barthélémy no tiene tiempo de decir Amen. Un hilo de acero se enreda en su cuello y una fuerza descomunal impide que el oxígeno llegue a sus pulmones. El terror se apodera de su mente.

¿Qué pasa, Señor? ¡Ayúdame, Padre Santo!

El Dios al que ruega mientras sus ojos pierden acuidad y su corazón va dejando de latir, no interviene. Es el capitán Aldo Santoro quien lo hace, apretando un poco más el collar de acero con sus manos enguantadas hasta que la inmovilidad del sacerdote indica que ha emprendido su más largo viaje.

Sabía demasiado.

—Dame un rico beso y monta rápido.

Sarah lo complace. Apenas tiene tiempo para ponerse el casco que un brutal acelerón le arranca un grito.

—Nos llegó el texto del profesor Arouet, le dice Thomas en el primer semáforo.

Sarah da gritos, de júbilo ahora.

Thomas acelera, pasa entre los carros, yendo cada vez más rápido. Esta vez, durante la divertida carrera, tampoco se percata de que son seguidos.

Entran corriendo a la casa. Una tablet los espera sobre el sofá del salón.

—Lo pasé a una pantalla más grande y lo protegí en mi laptop.

—¿Lo leíste?
—No, te estaba esperando.
—Mentiroso.

Un beso los lleva a la cama. De la mano de María Magdalena comienzan un viaje hacia los inicios del tiempo. Ese llamado, después de Jesucristo.

"Entonces llegó la fatídica Pascua y todos nos encamimos hacia Jerusalén. La ciudad del Templo bullía. Era imposible encontrar allí alojamiento para un grupo tan numeroso como el nuestro. Familias venidas de todos los rincones en los que moraba la inmensa diáspora judía buscaban festejar la Pascua y cumplir con la obligación religiosa de presentarse en Jerusalén al menos una vez al año para pagar el diezmo supuestamente debido a Dios.

Apenas llegamos a Betania, donde nos alojaríamos, Jesús dijo a Felipe y a Jacobo:
"Compren un asno joven y tráiganmelo. Lo necesito para mañana."
Como la distancia por recorrer hasta Jerusalén era mínima, algunos intentaron convencerlo de la inutilidad de semejante gasto. Él insistió en que era de vital importancia y explicó: "Así debe ser para que se cumpla lo anunciado por el profeta cuando afirmó: Decid a la hija de Sion, he aquí tu Rey viene a ti manso y sentado sobre un pollino, hijo de animal de carga."

El 10 de Nisán el asno comprado fue cubierto con un manto, Jesús lo montó y emprendimos la marcha. Pronto nos rodeó un pequeño grupo. Gritaban: "Hosanna al descendiente de David. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas."
A los que preguntaban sorprendidos, "¿quién es ese?", respondían: "Es el profeta Jesús de Nazaret, de Galilea. El que conoce el futuro y hace milagros pues por su boca brota la Palabra de Dios."

París. Barrio 13.

Sarah interrumpe la lectura:

—Eso indica que Jesús tenía ya un número considerable de seguidores, dice.

—Normal, no olvides que llevaba más de un año predicando en la región. El golpe maestro es haber aprovechado que muchos estaban reunidos en Jerusalén.

—O haberlos convocado a propósito.

—Estás insinuando que Nuestro Señor era un tramposo, impía.

—Para nada, Santo Padre, solo sugiero que era astuto.

Ríen, se besan y continúan la lectura.

De norte a sur y de este a oeste Jerusalén recorrimos. Algunos transeúntes nos agredían, otros se burlaban, la mayor parte nos miraba pasar indiferente, pero un grupo creciente, nos seguía. Estos hacían preguntas sobre Jesús, intentaban saber dónde podrían verlo predicar y acababan por salmodiar con nosotros algunas de las frases que él iba sembrando a su paso con visible gozo.

Traigo al reino de Jehová mi Padre a la Tierra. Traigo su promesa. El Reino de los Cielos. Quien me escuche y me acepte como su rey, será salvado…

Volvimos a nuestro alojamiento en el cercano poblado de Betania cuando moría el día. Una alegría intensa provocaba risas y bromas en nuestro grupo. Nunca había visto a Jesús tan feliz. Una euforia desconocida, pero maravillosa, nos llenaba de energía y hacía que todo pareciese posible.

París. Barrio 13.

Thomas va hasta el refrigerador y vuelve con una botella de champaña y dos copas.

—La ocasión lo merita. ¿No te parece?

—Totalmente.

El corcho vuela hacia el techo dejando tras de sí la espuma blanca y revoltosa. Él sirve. Las copas se acercan, tintinean…

—A María Magdalena.
—A Miriam de Magdala.

Nisán 11. Los patios del Templo, como de costumbre en las Pascuas, un hervidero humano eran pues, obligados a cumplir sus obligaciones religiosas, los peregrinos allí acudían para pagar el diezmo exigido por Dios. Que se entregaba a los sacerdotes del Templo, desde luego. Nunca oí decir que Dios había venido a cobrarlo ni a agradecerlo. A pesar de estar tan cerca. ¿Acaso no era el Templo su casa?
Mi padre, que pagaba el diezmo no por temor a Yahvé, sino al Sanedrín, se burlaba siempre con una irónica pregunta: ¿Qué utilidad podrán tener para nuestro Dios, que es Todopoderoso, esas banales monedas que acabo de dejar en su Templo?

Entre el populoso gentío que se empujaba y vociferaba para entrar en el Patio de los Gentiles, nuestro grupo se encontró disperso.
Gritos iracundos me alarmaron. Luego la voz de Jesús escuché: "La casa de mi Padre casa de oración es. Ustedes la transforman en cueva de bandidos." Mientras Jesús esto clamaba, de cambistas y comerciantes las mesas volcaba y las jaulas de los que vendían animales para los sacrificios abría.

Una reyerta enfrentó a Jesús y a sus discípulos con negociantes del Templo y peregrinos cuyas obligaciones impedían. Nuestro grupo tuvo que huir, golpeados algunos, incluso Jesús, que a pesar de eso reía como un niño feliz. Con él reían los discípulos, que le palmeaban los hombros camino a Betania o se abrazaban como pandilla de críos orgullosos de una travesura.
Esa noche los hombres festejaron, cantaron, bebieron vino y oraron bajo el clemente cielo rutilante de estrellas. La mujeres comentamos en voz baja nuestros temores. "La casa de mi padre, dijo Jesús hablando del Templo", señaló María Salomé, que no salía de su asombro. "¿Está perdiendo la cabeza o busca que el Sanedrín se la aplaste a pedradas?, insistió Juana. "Me temo que

sea lo segundo", admití yo. "Y lo peor, me parece probable que lo consiga."

Por segundo día consecutivo el orden establecido Jesús había atacado. Primero el orden simbólico, ahora el económico. Todas sabíamos que ni los sacerdotes del Templo ni los miembros de Sanedrín en general permitirían que un advenedizo profeta de la lejana aldea de Nazaret, para ellos insignificante, pusiera en peligro sus prerrogativas. Por mucho menos los supuestos representantes de Dios en la Tierra condenaban a la lapidación a muerte sin el menor remordimiento.

Intenté hablar con Jesús. Mi rostro con ternura acarició, pero no quiso escucharme. "Amada María, por qué te preocupas? Dios está conmigo, no tienes nada que temer."
Aquella noche Jesús me amó con pasión y yo dejé que mis temores se enredasen en el viento para ser suya y hacerlo mío.

París. Barrio 13.

Thomas interrumpe la lectura. Mira a su alrededor escuchando con total atención.

—¿Qué pasa?, pregunta Sarah.

—Escuché un ruido extraño.

Los dos prestan atención sin oír nada. Sarah sonríe burlona.

—Es que todavía no conoces los rumores de mi casa.

Vuelven a la lectura.

El 12 de Nisán una dolencia pretexté para no acompañar al grupo a Jerusalén. Un mensaje había recibido de José de Arimatea, caro amigo de mi padre y mío, pues me conocía desde niña. José se hallaba en Jerusalén para la celebración pascual, ya que formaba parte del Sanedrín. Me había hecho saber que quería verme esa tarde a solas. Me decía que de Jesús tenía que hablarme.
A las primeras horas de la tarde, como anunciado, mi querido amigo llegó acompañado de algunos servidores. Pasados los abrazos y las noticias familiares, José me contó que Jesús corría

un grave peligro ya que el sumo sacerdote Cleofás y otros miembros del Sanedrín habían decidido tenderle una trampa para entregarlo a los romanos.
"No quieren que la influencia de Jesús crezca. Tienen que irse o lo ejecutarán."
Sentí derrumbarse el cielo.
"Pero José, voltear un par de mesas y liberar algunas palomas en el Templo no son actos que puedan poner en peligro el poder de Cleofás, del Sanedrín o de los romanos."
"No es por lo que hizo que le condenarán, María, es por lo que puede hacer. "
"Jesús no ha infringido ley alguna. No puede ser culpado de nada."
"Para ser condenado no es necesario ser culpable, querida mía. Jesús se declaró rey, lo cual grave delito ante el poder romano es. Pilato, el gobernador, puede reírse de eso y estimar que Jesús no representa ningún peligro, pero puede también tomárselo en serio. Como puedes imaginar, Cleofás y el Sanedrín harán todo para que Pilato en serio lo tome. Y si lo consiguen, querida María, la pena que incurre Jesús es la muerte."

Cuando José se marchó esperé temerosa el regreso de Jesús. Agradable sorpresa, la vuelta de mi amado y del resto del grupo me fue anunciada por sus risas. Una vez más volvían alegres de Jerusalén.

No pude hablarle. Jesús buscó la soledad y el silencio para orar.

En la cama pude por fin explicarme:
"José está bien informado, amado mío. Debemos irnos. Bastante has logrado ya. No peques de orgullo."
Una vez más, a cambio de mis aprensiones recibí dulces caricias y palabras de consuelo. "Dios no se equivoca", me aseguró Jesús. "Si Él me ha hecho quien soy y me ha traído hasta aquí es para que haga el bien de su pueblo elegido. Dios nos lleva de la mano, dulce amor, nada temas. Todo lo que hago es porque Él lo susurra en mis oídos."

Ni la fuerza de persuasión de Jesús ni sus caricias ni la noche maravillosamente estrellada consiguieron acallar mis temores.

París. Barrio 13.

Thomas tiene razón. Algo raro pasa.

La casa de Sarah, heredada de su abuela, es una de las típicas y escasas residencias parisinas de dos pisos que solo abundan en el barrio 13. Una cerca bastante elevada la protege de las miradas. En la situación de hoy, la desprotege. En la planta baja se encuentran el salón, la cocina, algunas dependencias y, sobre todo, las dos únicas puertas. Las habitaciones están en lo alto. Solo tienen ventanas.

Desde que el Louvre conserva el Códex M, los superiores del capitán Martel consideraron que la protección policíaca de Sarah y Thomas había dejado de ser necesaria. Los agentes en la capital no sobran, estimaron. Los sitios que necesitan protección, sí.

Grave error.

Varios hombres vestidos de negro, con los rostros cubiertos y severamente armados se mueven en ese mismo momento por el pequeño jardín de la casa como fantasmas.

Ajenos a esta terrible amenaza, Sarah y Thomas continúan la lectura.

Por el 13 de Nisán nuestro grupo se quedó en Betania, lo que me hizo sentir más tranquila. Ilusa era.

Los hombres invitados estaban a una cena esa noche. Las mujeres no. Lo que fue herida para mis compañeras alegría para mí fue. Necesitaba tiempo y soledad para abrir mi mente.

A fuerza de pensar, luz encontré. ¡Las profecías! Por osado e improbable que pareciese Jesús estaba cumpliendo las famosas profecías que anunciaban la llegada del Mesías en las Escrituras. Las cumplía aunque las realizase él mismo, como con el pollino.

Cuando Jesús regresó de la cena con la que había sido agasajado, se lo dije: "¡Buscas que se cumplan las Escrituras para que digan que eres el Mesías, pero es falso, Jesús!

¡Pretendes que se realicen las profecías, solo que no se están realizando, las estás forzando tú!”

Alcé la voz, amenacé. “¿Buscas que te maten para que digan que te has ido al cielo con Dios?”
Él no dejó de hablarme con dulzura, de mirarme con ternura, de sonreír. Nada logró hacer que Jesús perdiera su calma. “Debiste leer Salmos 16, protectora mía,” me dijo risueño y socarrón, antes de citarlo:

A Jehová he puesto siempre delante de mí.
Porque está a mi diestra, no seré conmovido.
Mi carne también reposará confiadamente;
Porque no dejarás mi alma en el Seol.
Ni permitirás que tu santo vea corrupción.

“¿Qué significa ese galimatías?

Él rió y avanzó hacia mí con los brazos abiertos, diciendo:
“Qué nada de lo que puedan hacerme tiene importancia porque aunque me maten, no moriré. Lo dicen las Escrituras.”
Me tomó en sus brazos riendo y transformó mi miedo, mi perplejidad y mi cólera en un sentimiento para el que no tenía nombre. Plenitud, tal vez.

Todavía hoy me cuesta perdonarme el no haber sido capaz de presentir que aquella sería la última vez que mi cuerpo acogería al cuerpo de Jesús y que nuestros alientos se mezclarían con nuestros sueños.

Nisán 14 fue un día ajetreado. Era la víspera de Pesaj, la Pascua, y para plegarse a la tradición y obedecer a la religión se preparaba una cena en la cual debían cumplirse un sinnúmero de reglas y exigencias más o menos absurdas. Debía ingerirse un rábano picante para evocar la amarga vida de los esclavos israelitas siglos antes en Egipto, por ejemplo.

La Pascua rememora el momento en que se supone que Yahvé liberó al pueblo judío de la esclavitud en Egipto y abrió las aguas

del mar Rojo para permitirle escapar.
La festividad comienza el 15 del mes de Nisán. Dura siete días y durante la misma está prohibida la ingestión de alimentos derivados de cereales y de alimentos fermentados. Se suele comer *matzá*, pan sin levadura o pan ácimo en homenaje a los antiguos esclavos liberados por Dios. Según el rito, guiado por Moisés el pueblo judío salió de Egipto con mucha prisa, por lo que no hubo tiempo para dejar leudar el pan para el camino.
Ciertos capítulos del Libro del Éxodo cobran por esos días fuerza de ley:

"Siete días comeréis panes sin levadura; y así el primer día haréis que no haya levadura en vuestras casas, porque cualquiera que comiere algo leudado desde el primer día hasta el séptimo, aquella alma será cortada del pueblo de Israel."

¡Demasiada condena para tan poca falta!, pensé siempre.
Cómo creer que un Dios que tiene a su cargo el Universo se ocupe de semejante tontería.

Mi padre criticaba la Pascua cuando estaba sobrio y se burlaba cuando estaba borracho. A puertas cerradas, naturalmente.

Para quienes no conozcan las tradiciones judías, Pesaj o Pascua, significa "pasa de largo" o "sigue tu camino". La tradición se origina supuestamente en Egipto. Se refiere a la legendaria señal hecha con sangre de cordero en las puertas de las casas de los supuestos esclavos hebreos y destinada al Ángel de la Muerte enviado por Yahvé. Esa señal debía permitir al Ángel Asesino reconocer los hogares judíos. Jehová le había encomendado la poco gloriosa tarea de asesinar bebes y niños. ¡Todos los primogénitos de Egipto! La marca de sangre en las puertas de los judíos permitiría al Ángel saber dónde estaban los protegidos de su Omnipotente Señor…

"Al resto de los niños y bebés, con la venia de Dios, el Misericordioso, el Diabólico Ángel podía quemarlos, aplastarlos,

destriparlos, reducirlos a papilla o lo que se le ocurriese, a condición de asesinarlos, eso sí", se burlaba mi padre cuando el vino había diluido sus frenos. "Necesariamente ese ángel era idiota. Cómo si fuera tan difícil diferenciar la casa de un esclavo extranjero y la de un notable egipcio", razonaba ahogado de risa mientras yo y mis hermanos, riendo también, cerrábamos puertas y ventanas.

Papá decía que era bochornoso que nuestro pueblo celebrase la muerte de todos los primogénitos de la nación egipcia. "¿Acaso los bebés egipcios tenían culpa de algo?" "¿Acaso los niños egipcios tenían menos derecho a la vida que los niños judíos?"
"¿Qué dios es ese que ordena semejante crimen?"
Yo siempre estimé que él tenía razón, aunque nunca lo dije en público, desde luego, pues hubiese sido considerado blasfemia. Y la pena por blasfemia en el Pueblo Elegido por Dios, el Piadoso, es la lapidación a muerte.

Durante la cena de la noche de Pascua las mujeres no estábamos autorizadas a compartir la mesa con los hombres.

Así lo afirmaban los sacerdotes del Templo, todos hombres.
Así lo decían los Libros Sagrados, todos escritos por hombres.
Dios, que ama por igual a sus hijos, no incluye entre ellos a sus hijas.
Se nos otorgaba, sin embargo, el derecho de hacer las compras, de preparar la cena, de cocinar y de servir. ¡Loado seas, Señor! Teníamos también la facultad de recoger la mesa, de fregar las cacerolas, las escudillas, los cuencos, los boles, etcétera. Con su Santa Generosidad, Dios nos autorizaba igualmente a limpiar toda suciedad que los hombres dejasen.

Por esa "Divina Razón" no estuve en el jardín de Getsemaní cuando la jauría del Sanedrín fue en pos de Jesús. Por el despreciable tratamiento que da mi pueblo a sus mujeres no pude abrazarlo en vida por última vez.

Algunos me decían: ¡Logró escapar, María! Otros afirmaban que había sido enviado a Pilato. La mayoría creía que tras ser apresado estaba en el Sanedrín.

Yo no sabía adónde correr.

Los doce discípulos no aparecían por ninguna parte. Ni siquiera uno. Muchos juraban que se ocultaban, otros que habían huido aterrorizados y no estaban en la ciudad. Me costó creerlo. Hasta saber que cierto era.

Cuando el amanecer anunciaba un día de desesperanza, dije: "Jesús está protegido por Dios. Tengan fe. No le pasará nada, ya verán. Aunque lo maten, no morirá, me lo explicó él." No sé si dije aquello como un conjuro o si por un momento perdí la razón. Vi en los ojos de mis compañeras la piedad.

París. Barrio 13.

Tres hombres se agolpan en una de las puertas de la planta baja, tres en la otra. Únicas salidas. No hay escape. En cada una de las puertas un hombre pugna por rendir las cerraduras que la policía hizo cambiar recientemente. Los otros muerden las bridas, deseosos de entrar en acción, de recibir el chute de adrenalina.

En el primer piso, Sarah y Thomas continúan leyendo…

Nisán 15. A la mañana supimos que el Sanedrín se reunía para juzgar a Jesús. Corrimos hacia sus locales, sabíamos que la iniquidad a menudo allí de justicia se disfrazaba.

Mi querido amigo José de Arimatea vino a mí al fin, cuando la reunión hubo cumplido su siniestro cometido.

"Lo han puesto en manos de Pilato, María.", susurró tomándome en sus brazos. "¡Lo quieren matar!" exclamé yo. Sabía lo sádico que era el gobernador romano, furibundo antisemita. "Sí, María querida."

El dolor golpeó mi pecho, cual piedra que intentase quebrarme.

Y a punto de lograrlo estuvo.

“Pobre Jesús mío, ¿por qué dejaste que tu imaginación engañara a tu inteligencia?”
Las lágrimas ahogaron mis facultades durante un tiempo que fui incapaz de medir. Hasta comprender que mi llanto no ayudaría a Jesús ni era la más digna manera de despedirlo. El dolor no construye, dijo una voz en mí. El dolor debilita, destruye. Solo la religión eleva el sufrimiento al rango de virtud.

Sequé mis lágrimas. Debía pensar. En mi mente un torbellino estalló. ¡Algo he de poder hacer por Jesús! Siempre existe algo. Me empecinaba en buscar, a sabiendas de que me sería casi imposible hallar. Pero no podía renunciar ni cesar de pensar. Algo puedo hacer, seguro, algo…
Poco podía una mujer sola contra un ejército como el romano. Nada eran mis puños contra la mezquina resolución y la envidia de hombres como Cleofás o de sumos sacerdotes cuyo dios sumo era el poder y hacerse más y más ricos su devoción. Pero preso tras rejas de imposibles, está a menudo lo posible. Y donde la fuerza vence, no siempre a la razón ni a la imaginación derrota.

La terrible noticia me la trajo María Salomé. “¡Lo crucificaron! ¡Ven, Miriam, ven!”. Corrimos hasta llegar a las afueras de la ciudad donde habitualmente los romanos sacrificaban a sus reos. Un sitio llamado Gólgota.
Jesús estaba desnudo, con los ojos cerrados, los pies y las manos atravesados por clavos que lo fijaban a una rústica cruz de madera. Un estremecedor rictus de dolor tensaba su dulce rostro. Dos otros hombres sufrían a su lado similar martirio.

Lloré, maldije, grité, Jesús abrió los ojos y me vio. Me dedicó una sonrisa o tal vez la imaginé yo. Luego cerró de nuevo los ojos pues unos hombres, de esos que según las Sagradas Escrituras son superiores a las mujeres, comenzaron a divertirse gritándole: “No decías que eras hijo de Dios, llámalo para que te ayude”. “No hacías milagros y revivías muertos, baja entonces de esa cruz”.

Llegué por unos instantes a pensar que algo milagroso sucedería, a creer que Jesús era realmente hijo de Dios, como decía él y por consiguiente sería capaz de realizar el milagro de liberarse de aquellos clavos y de dar a los hombres que lo humillaban, así como a nosotras y a quienes lo amaban, una muestra de su divina filiación, de su propia divinidad, del poder de la bondad.
No sucedió, sabido es, pues Jesús hijo de ningún dios era.
Y los dioses, hoy estoy de ello convencida, de la imaginación son todos hijos.

Fruto de mis reflexiones de las precedentes horas, una idea había tomado forma en mi mente. Pareció alocada al principio, como sucede siempre con las ideas capaces de impactar la realidad e incluso de cambiarla, pero poco a poco, como también siempre sucede, se impuso.
Di unas enrevesadas explicaciones a María Salomé y a mis otras compañeras. Hice señas a Jesús de que volvería cuanto antes. Después corrí hasta perder aliento. Corrí hasta tocar en la puerta de José de Arimatea.
Me miró alarmado, me abrazó con ternura, me escuchó sorprendido y me dio entusiasta apoyo. "Lo haremos, María mía. Te lo prometo. Creo que es lo mejor que podemos darle. Estaría orgulloso de ti. Ahora mismo comienzo a organizarlo todo. Te tendré al corriente."

Cuando volví al Gólgota, María de Nazaret, la madre de Jesús, había llegado. Pobre madre, parecía estar muriendo con su hijo. Me abrazó, acarició mis cabellos, yo sequé sus lágrimas. Los gritones seres superiores se habían callado, por suerte. El río de curiosos sí serpenteaba.
Resguardé a la madre de Jesús en un abrazo, ella fijaba la mirada en su hijo. Lloramos.

Supe que los discípulos estaban ocultos en la ciudad. Como como ratas, pensé. La victoria es espuma, la derrota tamiz.

París. Barrio 13.

Thomas, súbitamente en alerta, cesa la lectura.

—¿Qué pasa ahora?, pregunta Sarah.

—¿Cuántas salidas tiene la casa?

—Dos abajo. En este piso solo hay ventanas… ah, y una claraboya en el techo del cuarto de desahogo.

—Se puede pasar por ella.

—Sí. Basta ya. Lo que estás oyendo es el viento. No interrumpas más.

El Sabbat roía las horas acercando el momento en que los soldados romanos romperían las piernas de los reos para constreñir a la muerte a darse prisa. La enrevesada ley judía había sido entregada a Moisés por Dios en persona. Así se decía. En un pasado muy remoto, eso sí. Un pasado de esos en que, como decía Jesús, los hombres sitúan sus mayores misterios para que no puedan ser verificados.

Esa ley, supuestamente divina, abruma a los hebreos con seiscientos trece artículos. Uno de ellos prohíbe terminantemente que el cadáver de un ajusticiado sea dejado a la intemperie, especialmente en víspera de Sabbat.

Que un inocente sea declarado culpable por las autoridades y asesinado en público, sin embargo, Dios no lo prohibió, por consiguiente, es totalmente lícito.

Nada podíamos hacer nosotras por Jesús, que moría lentamente ante nuestros desolados ojos de la terrible asfixia de los crucificados. Su pobre madre estaba a punto de desfallecer. Con cuidado, para que ella no se percatara, yo había hablado de mi plan con mis compañeras.

Jesús miraba a veces en derredor con la poca fuerza que le quedaba. Nosotras sabíamos que buscaba a sus discípulos. También sabíamos que era en vano. Ninguno había tenido el coraje ni la compasión de venir a acompañarlo en sus más oscuras horas.

Entonces llegó la muerte, callando los jadeos y agobios de los supliciados pulmones. Llegó con un larguísimo estertor, un silbido agudo, un rugido… Luego solo se escucharon nuestros sollozos.

Apareció José acompañado por algunos servidores y un oficial quien dijo a los soldados que el gobernador autorizaba "al augusto miembro del Sanedrín y nativo de Arimatea" a llevarse el cuerpo sin vida de aquel en cuyo *titulus* podía leerse una burla: *"Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum"*, traducible como "Jesús de Nazaret Rey de los Judíos". José puso en las manos monedas que aceleraron los trámites. Los soldados obedecieron de buena gana. *Pecunia rex est*.

Bajaron el cuerpo de Jesús. Había urgencia, el Sabbat estaba a punto de imponer sus absurdas obligaciones. Tan delicadamente como pudimos yo y mis compañeras separamos a María del cuerpo sin vida de su hijo y seguimos la lúgubre comitiva encabezada por José. No mucho anduvimos, pues pronto José se detuvo ante una tumba, de suntuosidad no exenta.
Los cuerpos de los otros dos supliciados, dejados de Dios y los hombres, serían tirados a la fosa común. Allí los mordisquearían los perros y los despedazarían los animales carroñeros para los cuales Sabbat no es palabra ni exigencia divina, sino un simple ruido que los humanos hacen con las bocas. Ninguna de las seiscientas trece leyes dadas por Dios a Moisés había previsto remedio para aquello.

La arena del tiempo se escurría implacable. El inicio del Sabbat se hacía amenaza, pues su profanación a la lapidación condena. Lavamos el cuerpo de Jesús y lo pusimos en la tumba envuelto en un escueto sudario con algunas esencias y ungüentos.
Los servidores cerraron la tumba con la piedra prevista. José y yo ultimamos nuestro plan. Luego todos nos apuramos para llegar al sitio donde nos plegaríamos a la exigencia, divina según los hombres, del Sabbat.

Pasé la mayor parte de aquel Sabbat alejada del mundo, separada de la realidad por las cascadas de dolor que empañaban mis ojos. Por momentos me entregaba a la desesperación y juzgaba que mi plan era un sinsentido. Por momentos reía y le hablaba a Jesús. "Serás el Mesías, amado mío, serás el hijo de Dios, serás todo lo que soñaste." Por momentos pensé que me volvía loca, pues estuve segura de escuchar sus palabras y su risa.

María, que todas llamábamos ya Madre, partió para Nazaret acompañada de su hijo Santiago, hermano querido de Jesús. Me alegraba que así fuese. Lo que me disponía a hacer podía despertar en ella falsas esperanzas.

Llegué a la tumba donde habíamos dejado a Jesús antes del primer sol de aquella semana que cambiaría tantas vidas. Traía algunas plantas aromáticas y esencias. Formaban parte del plan. Se suponía que había venido para ungirlo. Di las gracias a José en mi mente y en mi corazón. Todo estaba como lo habíamos previsto. El cuerpo de Jesús ya no se encontraba allí.

"Ojalá no me reproches lo que estoy haciendo, amor mío."
No sé si dije esa frase en voz alta. Nunca he estado segura. Sí sé que la pensé, pues en mi mente grabada sigue.
María Salomé llegó. Traía igualmente las plantas y ungüentos previstos. La tumba vacía, también a ella clavó en el pecho el filo del dolor. Compartimos una vez más nuestra pena, hasta que hubo que secar las lágrimas.
"Es hora de empezar, María," nos dijimos.
"Voy," afirmé yo.
"Suerte", me deseó ella.

París. Barrio 13.

Son seis hombres. Rostros ocultos. Bien armados. Tres penetran por la puerta delantera, tres por la trasera. Sarah y Thomas no los escuchan. Siguen en la habitación del primer piso. No tienen escape.

Hasta ahora los seis agentes fueron extremadamente discretos. Con el fin de aturdir a sus "objetivos", mientras suben las escaleras se convierten en una rugiente horda.

Thomas trata de proteger a Sarah, una potente patada al vientre se lo impide. Se dobla de dolor mientras dos hombres inmovilizan a la hermosa trigueña, por más que se debata y otros tres le imposibilitan a él todo movimiento.

Recias manos pegan a los rostros de Sarah y Thomas tejidos embebidos de un poderoso narcótico. La pareja lo respira, no puede evitarlo.

> *29 Y aconteció que a la medianoche Jehová hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sentaba sobre su trono hasta el primogénito del cautivo que estaba en la cárcel, y todo primogénito de los animales. 30 Y se levantó aquella noche Faraón, él y todos sus siervos, y todos los egipcios; y hubo un gran clamor en Egipto, porque no había casa donde no hubiese un muerto.*
>
> **LA BIBLIA. (Éxodo 12: 29-30)**

El viento sopla furioso. Gaetani camina por el campo aledaño al pequeño monasterio desafectado que puso a su disposición la oficina del Primado. ¡Para un retiro espiritual! Encantador lugar. Afuera están los autos y el furgón con los que vinieron de París.

—Se acaban de despertar, Excelencia.

—Gracias.

Con el rostro cubierto ahora, como todos los miembros del comando, Gaetani aplica un violento puñetazo a Thomas. Sarah grita, Thomas deja escapar una mezcla de quejido y rugido. Están colgados por los brazos. La posición es dolorosa.

Otro hombre golpea a Thomas, luego otro. Cada puñetazo es punteado por un grito de Sarah y un rugido de Thomas. Sarah exige:

—¡Basta ya!

Pero los golpes no se detienen, aunque evitan pegar en el rostro para no dejar marcas demasiado evidentes.

Sarah repite su grito:

—¡Basta ya, cobardes!

Gaetani mueve una mano. Los golpes cesan.

Ahora Sarah está sentada frente a dos hombres con los rostros cubiertos. Son el obispo Gaetani y el coronel Jonás. Para aterrorizarla, comienzan por las amenazas, lo que podrían hacerles a sus padres… Lo que podrían hacerle a Thomas… Por último, lo que podrían hacerle a ella.

Victoria total. La dejan temblando.

Para terminar de ablandarla, el obispo Gaetani receta otra golpiza a Thomas en presencia de Sarah.

Golpe al riñón, al hígado, al pecho…

Sarah grita:

—¡Basta!

Nadie parece escucharla. Los golpes siguen.

—Les daré lo que quieren. Pero, basta. ¡Basta!

Los quejidos de Thomas y las respiraciones agitadas de los hombres que acababan de golpearlo llenan el silencio. Después se oye la voz de Gaetani. Le habla a Sarah.

—¿Y qué es lo que yo quiero?

—El Códex M.

—Muy bien. Bella y además inteligente…

Ríe irónico y satisfecho. Orgulloso. Embriagado por la soberbia y por lo que considera un éxito. Dirige un gesto a una mujer con el rostro también cubierto que se acerca a Sarah y le pone un curioso collar. Es la sargento Carla Conti, cómplice del intento de asesinato de Armand Roussel y de la muerte de Stephan Dunois en *"Le Train Bleu".*

—¿Estás cómoda así?

Sarah no responde. La mira fijo a los ojos, lo único que el pasamontañas deja ver. La mujer insiste, Sarah se obstina en el silencio. Exasperada la enmascarada termina su instalación y explica:

—A los lados tienes dos cámaras que me transmiten todo lo que tú ves. Si intentas pedir ayuda o quitarte el collar apretaré este botón y explotará. Te destruirá el cuello y el rostro. No quedarás muy bonita.

La visita del obispo Benedetto Gaetani y sus demonios al encantador monasterio termina. Para disturbio de las santas almas que según muchos todavía lo habitan, hubo violencia, sangre y maldad. Pero Dios no dijo nada.

Una hilera de vehículos se dirige hacia París por la autopista. En uno de ellos va Thomas, atado. Ignora dónde se encuentra Sarah. Tiene claras ahora las intenciones de los hombres que los secuestraron. Lo golpearon físicamente a él para dañar psicológicamente a Sarah. Ahora es ella la más débil. Para salvarlo podría hacer cualquier cosa. Todas peligrosas.

En otro vehículo Sarah piensa con todas sus fuerzas. La vida de Thomas está en peligro. La suya también. El encapuchado con acento italiano los matará a los dos cuando esté en posesión del Códex M.

Las puertas de París se acercan. Penetran en la ciudad siguiendo la pancarta *Centre*, que los dirige a la entrada más hermosa de la capital, donde una pequeña *Statue of Liberty* coquetea con la inmensa *Tour Eiffel*. En breve verán el Louvre.

Ahora Sarah camina sola por la acera del Museo. La escolta la ira del viento que sopla con inusitada fuerza. Va hundida en sus adentros, zarandeando sus pensamientos para asegurarse de que no hay mejor opción que aquella por la que su inteligencia ya optó.

Saluda a los guardianes de la puerta de los trabajadores, sin que estos se percaten de su peculiar collar. Pasa los circuitos de seguridad gracias a las diferentes cartas que la identifican. Un elevador la baja al laboratorio. En un estante colmado de instrumentos coje discretamente una poderosa pinza cortante.

Abre un armario metálico por medio de un código. Aparecen las páginas del Códex M. Las muestra a las cámaras. Las recoge y las agrupa en un dosier. A escondidas de los ojos de vidrio de su collar, que por suerte solo ven hacia adelante, oculta entre sus ropas la poderosa pinza.

A partir de ahora su vida y la Thomas dependen de la cultura y la erudición del obispo. Ojalá que como miembro de la Iglesia haya respetado la prohibición divina hecha a Eva y Adán en el paraíso primitivo de probar el fruto del árbol del conocimiento…

La Pirámide y la *Cour de Napoléon* están a oscuras. No hay ningún miembro del servicio de seguridad. Lo más probable es que los italianos los hayan incapacitado, puesto fuera de combate. El viento lanza ráfagas que gimen contra los ángulos del antiguo palacio convertido en museo y alborotan los cabellos de Sarah. Siente un miedo intenso recorrerla. Se juega la vida de Thomas y la suya.

¿Habrá optado por la solución más sensata?

Se obliga a cerrar la mente a las ideas negativas que de nada sirven, ya no hay tiempo para cambiar el plan que tanto le costó concebir. ¡Ten fe en ti, Sarah!, se dice para animarse. Aunque el éxito de tal exhortación no le resulta nada evidente, pues no tiene la menor incidencia sobre sus temblores… Lanza una llamada desde en el teléfono que le dieron sus agresores al único número con que puede comunicar ese móvil. Responde el hombre con acento italiano.

Sarah dice:

—Lo estoy esperando en la Pirámide.

En el aparato resuena una sentida maldición. Luego el mismo hombre, con más dominio de sí, insiste.

—No era lo previsto.

—Ahora lo es.

Corta la comunicación. Espera temblando. El viento se hace más intenso, le parece. Puede que no sea cierto, que sean solamente sus percepciones las que están alteradas. Al cabo de unos arduos minutos, horriblemente largos para ella, ve al fin aparecer al grupo. Vienen por la *Cour Carré*, al este, como previsto por Sarah. Tienen el viento en contra. Dos hombres sujetan a Thomas. Se detienen a cierta distancia.

Ella muestra el dosier al que funge como jefe, Benedetto Gaetani, el obispo que lleva el nombre de un espantoso Papa nacido 1235, que *papotó* bajo el seudónimo de Bonifacio VIII. Eso ella lo ignora, claro, aunque sí sabe que fueron muchos los Papas, a través de la historia, que merecieron ser convertidos en puré de Papa.

—Aquí tiene el Códex M, dice Sarah, gritando casi pues el viento hace difícil la comunicación. Las hojas, como le dije, fueron desatadas para aplicar ciertos protocolos de conservación.

—Démelas.

—Deje venir primero a Thomas. Y diga a su amable colaboradora que me desactive este collar.

—No creo que esté en situación de dar órdenes.

Sarah escogió su posición en previsión de lo que se dispone a hacer ahora. Extrae varias hojas del amplio dosier y las lanza al viento, que sigue soplando en dirección del obispo Gaetani y sus demonios. El Representante de Dios en la tierra grita como un poseso exigiéndole que se detenga.

Mientras el obispo y su equipo recogen las hojas que llegaron hasta ellos y corren tras las otras. Sarah, aprovechando la oscuridad que la envuelve, extrae de sus ropas la potente pinza y corta discretamente la peligrosa gargantilla que amenaza su cuello.

El obispo inspecciona las hojas que tiene ahora en su poder. Están escritas en arameo. Parecen antiguas. Le gustaría verlas con luz, pero… Se siente satisfecho, aunque todavía no sereno.

—¿La exploto?, pregunta la sargento Conti, encargada del collar.

—Todavía no, la sangre podría manchar las hojas que tiene aún en sus manos.

Opta por la amenaza.

—Si vuelves a hacer eso daré orden a mi ayudante de apoyar sobre el botón que convertirá tu linda cara en un horrible pedazo de carne sangriento, Sarah.

Grita, para que su intimidación cobre fuerza y atraviese el viento.

Sarah comienza a arrojar al vendaval nuevas páginas del Códex M. Aterrorizado por los daños que podrían sufrir las hojas del preciado documento, el obispo vuelve a pedirle que se detenga. Gaetani hierve de furia. Está rodeado de profesionales armados y no puede hacer nada contra una mujer sin armas que lo desafía.

Da la orden de liberar al prisionero, al fin de cuentas Thomas ya no le sirve de mucho. El Códex M está a solo unos pasos y es imposible que se le escape, pues puede disparar o hacer explotar el rostro de Sarah cuando se le antoje. Thomas camina hacia Sarah. La pareja se funde en un brevísimo abrazo que Sarah utiliza para arrojar lejos el peligroso collar que los amenaza e instruir a Thomas de lo que ha previsto. Entonces lanza al viento todas las hojas del Codex M que todavía conserva: la mayoría.

Mientras Gaetani y los suyos intentan entre maldiciones impedir que el fuerte viento se lleve las preciadas hojas, la sargento Conti apoya sobre el botón que debe destruir el rostro de Sarah. El resultado es una explosión inútil, un humo que ayuda a escapar a la pareja y un racimo de imprecaciones.

Sarah y Thomas corren tan rápido como pueden, zigzagueando en la oscuridad, cubriéndose con el napoleónico *Arc du Caroussel*, atravesando los jardines… Aunque las haga discretas un silenciador, el silbido de las balas que los hombres de Gaetani tiran contra la pareja es aterrador. Provoca un efecto secundario positivo, sin embargo: les dispara la adrenalina.

La pareja pasa del jardín de Las Tullerías a la calle de Rivoli volando casi. Corre a toda velocidad por la calle con nombre de batalla, dobla en una transversal y entra en uno de los lujosos hoteles de la zona, en cuya puerta le dan la bienvenida dos señores altos y fuertes, vestidos con trajes verdes y dorados que parecen

venidos de otros tiempos. Cerberos estrictos e implacables de la entrada del paraíso de oropel en el que Sarah y Thomas encuentran refugio.

Dejan en la recepción sus documentos y una generosa propina para sortear los trámites que juran hacer mañana y suben casi corriendo a la habitación, donde se lanzan sobre la fastuosa cama, entre divertidos y despavoridos.

Tardan bastante en conseguir respirar con normalidad.

Entonces se besan con fruición.

—Te debo la vida, amor.

—Tú hubieses hecho lo mismo.

Ríen al fin, mientras la adrenalina se va calmando y en su lugar comienzan a aparecer la progesterona, la dopamina, la testosterona, la serotonina…

Él desata su blusa y deja libres sus senos, que besa y humedece, antes de pasar al cuello donde sus labios provocan escalofríos y suspiros. Vuelve a los sensibles senos, en los que el placer de Sarah se multiplica… No llegan a desnudarse, solo retiran precipitadamente lo imprescindible. Ella estira la mano, toma el sexo de Thomas y se penetra con él, gimiendo de placer… Se mueve, subiendo y bajando, cabalgando, contemplando el torso golpeado de su amor entregado al goce, hasta que se acuesta sobre él que le murmura frases al oído mientras ella ondula sobre el duro y exquisito miembro turgente hasta que Thomas le da vuelta y desliza una almohada bajo sus nalgas para levantarla y penetrarla hasta sus más profundas humedades, mientras neurotransmisores, secreciones y hormonas lo ayudan a esquivar el dolor de su dañado cuerpo.

Los movimientos de Sarah se aceleran, sus gemidos se hacen más intensos. Thomas va y viene en ella más de prisa, más hondo, más vertiginosamente… Entonces se diluyen los miedos y parece que la suerte existe, como el paraíso y que para acariciar a la felicidad basta con tender la mano, pues se encienden las primeras luces de la mágica pirotecnia que estallará con el fuego nada artificial de la oxitocina, esa hormona que pone el amor al alcance de los sexos y consigue que los sentidos tomen el poder sobre los sentimientos e incluso sobre la inteligencia y que gracias a unos

instantes de puro placer la pareja deje de ser par y se convierta en una improbable y deliciosa unidad.

Perdidos entre sus olores y el tacto van tomando de nuevo consciencia de que escaparon a la muerte. Thomas piensa cuanto debe al valor de Sarah. Pero no se perdona haber perdido el Códex por el que tantas personas arriesgaron sus vidas, por el que su padre recibió un balazo y estuvo a punto de morir. Se pregunta al fin si valió la pena escapar, salvar su existencia pagando un precio tan elevado y se siente cobarde, afligido, furioso consigo mismo, indignado con Sarah, aunque haya entregado el Códex para salvarle…

Ella percibe la transformación de su rostro, intuye la tormenta de su mente.

—¿Qué te pasa, amor?

Él no desea hacerle reproches, pero no puede callar por mucho tiempo.

—No debías haberlo hecho, dice.

Ella piensa que habla de sexo, de las caricias que acaban de compartir, de placer, no sospecha lo que Thomas piensa.

—¿Hacer qué?

Él sigue aferrado a su lastimoso monólogo interior.

—Poner mi vida por encima de la de tanta gente, Sarah. Mi vida no vale más que la de los Walker, que la de los Bauer, que la de mi padre.

—De qué hablas. No te entiendo…

—Sé que lo hiciste para salvarme, que lo hiciste porque me amas, pero el amor no lo justifica todo…

—¡Podrías ser más claro! ¿Qué me reprochas?

—Nada, no te reprocho nada, es a mí a quién reprocho todo. No debí mezclarte en esto.

El corazón de Sarah late aceleradamente, no para aumentar el placer como lo hizo ahorita, lo hace porque en ella la confusión se está transformando en miedo.

—No debiste entregar el Códex a esos tipos, ni siquiera para salvarme.

Ella respira al fin. Una sonrisa aparece en su rostro, una sonrisa que desestabiliza aún más a Thomas. Peor, una gozosa risa la estremece.

—No tiene nada de gracioso, protesta él, dejando que su furia trascienda en sus palabras.

—El Códex M está en el Louvre, Thomas.

De nuevo un terremoto tiene lugar en la mente del muchacho. Y la expresión de su rostro espolea la risa de Sarah.

—No te entiendo, murmura él, confuso.

—Lo que yo les di a esos tipos fue una copia.

—¿Una copia?

—Sí. Forma parte de un protocolo que tienen algunos museos y tenemos en el Louvre. No se hace con todas la piezas, porque una buena copia cuesta una fortuna, pero sí con las obras que el museo considera especialmente importantes. Y el Códex M, es una. Hoy no es difícil reproducir un papiro antiguo, un lienzo o un pergamino… Se hicieron dos copias de muy buena calidad para que el público pueda tocarlas, pasar las hojas, etc.

Thomas queda sin voz. Se siente de nuevo atroz.

—Perdona, acaba por decir.

Sarah lo toma en sus brazos.

—Soy yo quien te pide perdón por no haberte explicado eso antes.

—Me he comportado como un imbécil.

—No, te has comportado como un hombre valiente y consecuente. Y te admiro por eso.

Ella lo besa en los labios, en la frente, en los ojos… La tensión de Thomas se va diluyendo en la ternura de Sarah. Después ella señala:

—Te imaginas como se pondrán de furiosos cuando se den cuenta.

—Me gustaría verles las caras.

Sarah comienza a reír. Thomas también. Acaban por entregarse a la alegría, riendo como si lo que acaban de hacer fuese una travesura.

—Gracias de nuevo por tu valor y por haberme salvado la vida.

—Tú hubieras hecho lo mismo, no me hagas repetirme.

Thomas le da un largo beso.

—¿Me hubiese encantado terminar de leer el Códex?, dice Sarah.

—Supongo que tiraste el teléfono que te dieron esos tipos.

—Naturalmente.

—Con lo que vamos a pagar por este hotel, imagino que podrán prestarnos un laptop, otro teléfono o un tablet. ¿No crees?

—Apoyo total.

Él llama a la consejería y formula su pedido, unos minutos más tarde un señor, con el uniforme verde y dorado que ya conoce, toca a la puerta, le entrega un tablet y le indica que está conectado a la wifi del hotel, que es totalmente segura. Thomas le da una generosa propina, luego manipula el dispositivo, entra en su buzón de mails y exclama:

—¡Eureka!

De nuevo ríen y se besan.

—¿Recuerdas dónde nos habíamos quedado?, pregunta él.

—Claro, cuando María llega a la tumba de Jesús y constata que el cadáver desapareció.

Rozan sus labios, se acuestan en la suntuosa cama y leen:

"Salí corriendo, agitando las manos y dando gritos. Al llegar al lugar donde sabía que se ocultaban los discípulos, golpeé fuertemente la puerta. Tal sobresalto mi llegada causó que hasta de reír estuve a punto.

"¿Qué haces aquí, mujer?", dijo una voz airada. "¡Para de gritar, posesa! ¡No ves que llamas la atención!"

Oscuro era el refugio. Oscuros los corazones de los refugiados.

"Pedro, Pedro, el cuerpo de Jesús ha desaparecido", grité.

Viniendo del sol me costaba distinguir los rostros.

"¡Qué dices, mujer descabezada!", bramó él con su habitual grosería.

Di confusas explicaciones. Hablé de un ángel tan blanco que casi era transparente, de una revelación, de voces y cánticos que parecían venir del Cielo. Sostuve que bien podía haber sido una enajenación de mis ojos, mis oídos o mi mente, pues gracias a mi

padre siempre supe que lo incomprensible y lo oscuro inflaman la credulidad y la fe, mientras la claridad y la inteligencia, las apagan. Afirmé que una convulsión telúrica movió la pesada piedra de la entrada del sepulcro y que el ángel me mostró entonces el lugar donde yació Jesús, que yo bien recordaba al ser el sitio donde antes de Sabbat yo misma lo había ungido con los aceites de la muerte. Seguía mezclando en mi narración el sí, el no, el tal vez y el quizás… A sabiendas de que, cómo en las Escrituras y los sermones de los sacerdotes, cuanto más enrevesadas y ambiguas fuesen mis explicaciones más fácil podrían creer en ellas los que en ellas creer querían.

Grité aterrorizada… Y conmigo gritaron ellos. La poca claridad me protegía, por suerte. A duras penas retuve la mueca de desprecio que tanta cobardía me provocaba. Conté entonces haber gritado en la tumba, ante el espacio vacío, al constatar que el cuerpo de Jesús ya no estaba…

A medida que avanzaba mi relato crecía el interés de aquellos tipos, cuyos sentimientos oscilaban entre el miedo y la vergüenza por el infame comportamiento del que habían dado prueba ante Jesús.
"Él había dicho que resucitaría", dijo uno, no sé si Andrés o Jacobo.
"Sí, lo había dicho", afirmó otro.
"Llévame hasta la tumba, María," me pidió Pedro, más respetuoso esta vez.
Salí sin otra palabra, segura de que varios me seguirían. Así fue.

Arrodillada, Salomé miraba al cielo en la puerta de la tumba cuando llegamos. Algunos la cuestionaron. Ella no pareció escucharlos. "María, lo vi, Jesús está aquí", dijo me al pasar, como si de un secreto se tratara, pero de manera que todos la oyeran. "¿No lo ves tú?" Yo respondí que no, ella tomó mi diestra mientras decía. "Te falta fe, María de Magdala, ¿cómo es posible que te falte fe a ti?"

Me separé de ella e hice entrar en la tumba a los discípulos que me seguían. Constataron que el cuerpo de Jesús no estaba, pero sí el sudario y las vendas que denotaban que un cadáver había sido allí sepultado. El aroma de las plantas, los aceites y los ungüentos de ungir impregnaban el recinto. Yo miraba discreta los rostros en los que el deseo de creer y el recelo se combatían. Veía que, como casi siempre sucede, el deseo de creer se iba imponiendo, se hacía creencia.

Juana en la puerta apareció. Sofocada estaba, parecía haber corrido. "Te traigo la buena nueva, María querida, Jesús ha resucitado". Un grito de María Salomé estremeció e intrigó a los hombres, yo salí de la tumba. Juana se había arrodillado al lado de Salomé, ambas en transe parecían. Caí de rodillas yo también mirando como ellas hacia el cielo y comencé a decir: "Jesús mío, qué alegría verte vivo. Hosanna, hijo de Dios, Hosanna."

Juan, el más joven de los discípulos, el primero en hincarse de rodillas fue. "Perdón, Señor, perdón, me faltó fe, me faltó el valor para arriesgar mi vida por ti, perdóname, Maestro". Andrés se arrodilló poco después, pidiendo también ser perdonado. Le siguieron Jacobo y Felipe. Por último se prosternó Pedro, presa de un llanto que lo estremecía, mirando hacia el cielo y diciendo: "Tú habías dicho que resucitarías, Señor. Yo no tuve suficiente fe para creer sin ver. Ahora sé que estás aquí y te veo aunque no necesito verte porque creo. Oh, sí, Maestro, creo."

Me aterró lo que acababa de hacer. Haber logrado manipular las ideas y los sentimientos de aquellos hombres, conseguir que actuaran como niños, lloraran y se pusiesen de rodillas, me abrumó. ¿Tan fácil se podía manejar a las personas?
Sí, constaté. No muy diferentes eran las ceremonias del Templo.
No sentí más culpa ni miedo. Me sentí orgullosa.

María Salomé, Juana y los discípulos contaron por la ciudad la milagrosa resurrección. También lo hicieron María Cleofás y Susana, que juraban haber visto a Jesús en diferentes sitios.

Personas de confianza que José hizo venir de Arimatea y algunas por mí pagadas, enviadas a marchas forzadas desde Magdala por mis hermanos, con destreza los rumores ampliaron. Se hablaba del Milagro del Sabbat, del Hijo Poderoso de Dios, del Vencedor de la Muerte.
Muchos querían participar en aquel extraordinario hecho, por lo que en las siguientes horas y días decenas de personas juraban haber visto a Jesús. Los más osados afirmaban incluso haber dialogado con él.

Me reuní con José como previsto. A pesar del duelo nos sorprendieron las risas. El resultado de nuestro plan superaba nuestras esperanzas.
Los hombres que debían transportar el cuerpo de Jesús listos estaban. Nos unimos a ellos.
Secretamente, mientras avanzábamos hacia la lejana tumba donde al fin Jesús descansaría, yo, a sabiendas de que era absurdo, esperaba que el milagro de la resurrección por él prometida se realizara.
La fe se alimenta de esperanza. La esperanza se nutre de ilusión.

La descomposición del cadáver acelerada por el calor acentuó el hedor del cuerpo y denunció la hediondez de la realidad.

Llegamos de noche al pie de una negrura inmensa. Una lobreguez que se elevaba hacia un cielo oscuro, más oscuro que todo. Una montaña. Para José y sus hombres tenía nombre: La Piedra. Se decía que en otros tiempos una gigantesca roca culminaba su cima en precario equilibrio. Ya no estaba. Según la leyenda se había elevado un día, volviendo al cielo de donde había venido. Se decía también que la enorme piedra había simplemente rodado montaña abajo, quebrándose en pedazos. Pero según me contó José, burlón, aunque la piedra rodante era la más lógica, la gente prefería la versión de la piedra voladora.
"Así somos los humanos, María mía, la magia nos maravilla, aunque intuimos que es irreal. Mientras la realidad, que sí es una maravilla, nos parece trivial."

La Piedra me pareció monumental, imponente, extraordinaria. Jamás había yo visto una montaña tan de cerca. Marcaba un fin, truncaba los caminos, los reales como los imaginarios. José me hizo un guiño. "Aquí estará bien," dijo. Entendí que aquella montaña era lo previsto por él para el reposo de Jesús. Se lo agradecí, me sentía extenuada e incapaz de tomar decisiones. Me pareció bien. Una montaña. Más cerca del cielo.

Amaneció un sol alegre, un viento que no había perdido aún el frescor de la noche, una naturaleza espléndida, más digna de un paseo con Jesús cogidos de la mano que de aquel luctuoso adiós.
Varios hombres cargaban el cuerpo. El sol que pasaba entre las ramas lo iluminaba. Ascendí ayudada por mi fiel amigo y caminé sin mirar hacia donde hasta que los portadores del cadáver se detuvieron. Una tumba se disimulaba entre las piedras.
De nuevo ungí el cuerpo de Jesús, lo preparé para la transformación que lo esperaba y lo besé cuanto pude. Hasta que llegó el momento de separarme de él. Entonces le prometí: seré enterrada a tu lado, amado mío. Iremos juntos hacia la eternidad.

Los hombres de José ocultaron con pericia la tumba cavada en la roca para que el viento de los años o el soplo de la curiosidad no abrieran aquella puerta tras la cual se expandía la infinitud.
Yo era incapaz de imaginar entonces que las repercusiones de la resurrección de Jesús por mí orquestada no hacían más que comenzar.

Una sorpresa en Jerusalén nos esperaba. Los miembros del Sanedrín y los jerarcas romanos bullían de rabia. El hombre que habían matado estaba cada vez más vivo. Las conversaciones en la ciudad giraban tenazmente en torno a lo que la voz popular había bautizado como: "El Milagro del Sabbat". Para los asesinos de Jesús, era desesperante.

Los más tontos entre los miembros del Sanedrín que habían obrado por la muerte de Jesús temblaban aterrorizados ante la eventualidad de que el resucitado pudiese aparecérseles y

pedirles cuentas. Los más cínicos sabían que alguien les había tomado el pelo. Los romanos del común, siempre prestos a burlarse de la excesiva religiosidad hebrea, brindaban entre carcajadas por la pronta reaparición del rey de los judíos.

Evidente resultaba el impacto en el místico pueblo israelita. Las palabras de Jesús comentadas eran incluso por aquellos que nunca lo habían visto ni escuchado. No faltaba quien dijese que Jesús sí era el Mesías y que se había dejado crucificar solamente para poner a prueba a su pueblo.
Debo reconocer que las personas que José y yo pagábamos seguían haciendo una encomiable labor.

Los miembros del clero judío, cada vez más criticados e irritados, comenzaron a temer seriamente que una explosión popular desafiara sus poderes. Entonces atacaron.

Por José, que seguía asistiendo a las reuniones del Sanedrín, supe que sus milicias rastreaban a los discípulos de Jesús, que sabían cobardes, con la intención de obligarlos a declarar públicamente que la resurrección había sido una farsa y que ellos eran quienes habían robado el cadáver. Por suerte pude avisarles a tiempo. Consiguieron escapar y esconderse en Galilea.

A nosotras las mujeres no nos buscaban todavía, pero sabíamos que ese momento llegaría. Yo estaba relativamente resguardada al estar en casa de José, aunque temía crearle problemas a él. María Salomé, Juana, Susana y María Cleofás estaban más desprotegidas. Decidimos irnos. Nos separamos para que fuera más difícil encontrarnos. Yo me fui a Magdala.

Grande el regocijo de mis hermanos fue al verme regresar a casa después de tanto tiempo. Largas fueron las conversaciones. Mi fama hasta Magdala había llegado. Quienes a Jerusalén habían ido por la Pascua contaban las historias de Jesús poniendo, como siempre sucede, fuertes dosis de imaginativos condimentos a hechos reales que al inscribirse ya en el pasado inverificables eran. Jesús volaba, provocaba terremotos, sanaba enfermos con

su sombra o con solo mirarlos, hacía que los muertos salieran de sus tumbas…
No fue nada sencillo ocultar mi presencia entre el pueblo. Al suponerse que yo también tenía poderes mágicos, en la puerta de nuestra casa se agolpaban día y noche personas que esperaban de mí un milagro y me amenazaban con despiadadas violencias y hasta con la muerte cuando les decía que no tenía el poder de hacerlo.

Tuve que subir al cielo de la mano de Jesús, acompañada por un coro de ángeles en un carro de oro tirado por dragones de fuego, para que aquella rabia piadosa no pusiera realmente fin a mis días.
Eso contaron mis hermanos para justificar mi desaparición. Y todo el pueblo lo creyó, incluso los que habían querido matarme, que ahora se postraban ante mi nombre.
Nuestra casa, casi en un santuario se convirtió. Lo que fue muy benéfico para los negocios familiares.
Yo comencé este viaje que ha sido gran parte de mi vida y que está a punto de concluir.
No he dejado de amar a Jesús ni de resucitarlo con cada latido de mi corazón. Conmigo vive y vivirá, mientras tenga yo vida.
Constaté con mis propios ojos lo que decía mi padre. Que lo dioses son hijos de los pueblos y no lo contrario.
Corroboré también lo que pensaba Jesús: que el amor es la más sólida y misteriosa argamasa para unir a los humanos.
Si la eternidad existe, amor mío, me tendrás para siempre a tu lado.

A unos pocos kilómetros, en otra habitación finamente decorada, el obispo Gaetani y algunos de sus ayudantes observan con imponentes lupas varias hojas del Códex M que les entregó Sarah. Lo hacen en el mayor silencio hasta que Gaetani lanza una maldición feroz.

Todos comprenden lo que quiere decir: se trata de una copia.

El obispo pasea como fiera enjaulada por la amplia pieza, hasta que se decide a utilizar el teléfono.

—Dios o nos acordó su benevolencia, *Monseigneur* Sinclair.

—¿Qué otra cosa puede hacerse?

—Entrar al Louvre secretamente.

—¿De manera segura?

—Nadie entra secretamente en el Louvre de manera segura, *Monseigneur*.

A la sombra de Napoleón, sentado una vez más en la rotonda del Arco de Triunfo, Pietro Benedetto Gaetani fuma un Montecristo No. 2 y reflexiona. El fracasado intento de presionar a Sarah Kingsley lo obliga a volver a su plan inicial. La maldita judía le infligió una total humillación, pero eso no quiere ni pensarlo porque le dan ganas de matarla y no es el momento. Tiene que idear una forma de entrar en uno de los museos más seguros del mundo. Y de salir. Contando con que el lamentable intento de forzar a Sarah Kingsley aumentó sin dudas la seguridad.

Esperar, eso le han dicho desde Roma. Solo que cada hora que pasa hace más difícil la operación. Y crecen las probabilidades de que alguno de sus hombres caiga en manos de la policía francesa. Por suerte, cuando todo va mal, a falta de intervención de Dios, un Montecristo No. 2, ayuda.

Su teléfono vibra: es *Monseigneur* Sinclair, *Il Consigliere*. No se trata de su móvil básico, sino del protegido. Signo de que no lo llama para preguntarle cómo está el tiempo en París.

Tras el oportuno naufragio de "La Sagrada" para Gaetani y la inoportuna muerte del cardenal Schulzer para la Iglesia, el Consejero de Asuntos Exteriores del Papa se vio obligado a remplazar al anciano prelado alemán. Es el cardenal Henry Oliver Sinclair ahora el encargado de ponerles, a él y a sus hombres, el bozal y la correa.

—Ilustrísima, qué placer escucharlo. *¿Comment allez-vous?*

Tiene la coquetería al hablar con el Consejero de salpicar sus frases con elementos de francés. Sinclair fue durante muchos años la máxima autoridad de la Nunciatura parisina, de ahí le viene el tratamiento de *Monseigneur*, que es casi un mote cariñoso y nostálgico pues desde hace mucho fue elevado al rango de cardenal. Conserva de aquellos tiempos un marcado gusto por la cultura francesa, además de tener desde entonces como pareja al arzobispo Meslier, nacido en el *très chic* barrio 16 de París.

—*Tout va bien, mon cher, tout va bien.*

—Que el Espíritu Santo lo acompañe siempre, *Monseigneur.*

—Admirado obispo Gaetani, ¿exploró alguna otra solución para el problema que nos ocupa?

—Con mi equipo no hago más que explorar opciones, *Monseigneur*, lamentablemente sin hallar soluciones.

—¿Sigue pensando que debe penetrar en el museo?

—Es la única opción satisfactoria, por más que sea arriesgada.

—Y la posibilidad de contratar a un equipo sin relación con nuestra casa que lo secunde, ¿persiste en pensar que no es factible?

—Ya vio lo que pasó con el árabe y con los dos rusos, Excelencia.

Un largo silencio de Sinclair no augura nada bueno para el obispo.

—No cuelgue, ya vuelvo, dice el Consejero.

Gaetani supone que está consultando con alguien, casi seguro el Papa. Los tiempos en que la Iglesia era dirigida por hombres capaces dar puñetazos en las mesas y elevar la voz ante reyes, generales y emperadores, son ya tristemente historia. Los Papas y otros mandatarios fuertes de antaño se han transformado en individuos sinuosos, resbaladizos, hasta sonrientes. Es penoso.

Los hombres como Sinclair y él son demasiado diferentes para trabajar eficazmente juntos. No solo por tratarse, en el caso de Sinclair, de una persona que ha pasado toda su vida en el mundo fantasioso de la Iglesia donde "ámense los unos a los otros" no parece una puerilidad, ni un lema gay, sino un objetivo factible; es sobre todo porque los hombres como él avanzan en línea recta, a la manera de las flechas, las lanzas, las balas y casi todos los instrumentos de matar que Dios ha dado, mientras que los hombres

como *Monseigneur* Sinclair se mueven en zigzag, como las cobras, las mambas, las cascabel y todos los ofidios, que son, a no dudarlo, los ancestros de la Curia Vaticana, del Sacro Colegio Cardenalicio y de los profesionales de la diplomacia.

Sinclair, dicen, es bondadoso y clemente. Podría ser, en la Iglesia los hay. En los rangos eclesiásticos más elevados, sin embargo, son poco comunes. Y con razón, esas dos cualidades, si es cierto que el cardenal las posee, son apreciables en los curillas de base, pero en la posición de Sinclair, serían más bien dos defectos.

La voz del Consejero del Papa vuelve a escucharse.

—Obispo Gaetani, ¿sigue ahí, querido?

—A sus órdenes, Ilustrísima.

—Hemos analizado una vez más su propuesta, esta vez a los más altos niveles… ¿Me comprende?

—Desde luego. Me siento en extremo halagado por ello.

—Después de mucho pensarlo, juzgamos que los riesgos de la operación son demasiado elevados. Usted o alguno de sus hombres podrían caer en manos de la policía francesa y eso pondría a la Santa Sede en una posición extremadamente delicada.

Mucho pensar conduce generalmente a no actuar, se dice Gaetani, furioso. Aunque hace una pausa, *Monseigneur* Sinclair no permite que el obispo intervenga, continúa:

—Creemos lamentable que la acción organizada por usted con tanto talento en Londres, Berlín y Paris se haya malogrado por dos imperdonables errores humanos. De los cuales, esté tranquilo, a usted no se le considera en modo alguno culpable, pero no quisiéramos tener un problema mayor y en París una vez más.

—Sus palabras llegan hondo en mi corazón, Excelencia… Por eso le pediría que reflexionara… Para Dios no hay imposibles…

—De qué habla, querido obispo, lo interrumpe Sinclair

—La seguridad del Louvre es severa, pero no perfecta. Ninguna lo es. Si yo y mis hombres tuviéramos luz verde para trabajar en ello…

La dulce voz de Sinclair se transforma en un sonido extraño, como el que hacen las cobras antes de atacar.

—Escuche lo que se le dice. Haga lo que se le pide. Su insistencia está totalmente fuera de lugar, obispo.

Ni el tono de la voz, ni el de la frase admiten réplica. Gaetani comprende que si los diplomáticos tienen mucho de ofidios al avanzar, también lo tienen al atacar: veloces, violentos, venenosos… y despiadados. Le parece muy improbable que, como dicen, Sinclair sea bondadoso. Clemente, aún menos.

—Comprendo, cardenal, dice el obispo, al intuir que de nada le servirá insistir.

—Puede seguir llamándome *Monseigneur*, lo prefiero.

—Como desee, *Monseigneur*.

Exmilitar y hombre de Iglesia, Gaetani sabe cuándo debe humillarse ante un superior. Suele dolerle el estómago al hacerlo, pero: *"dura lex sed lex"*.

La voz de Sinclair retoma el tono suave y acariciante que la caracteriza. Pietro Benedetto ya aprendió la lección, vio lo que hay detrás, no volverá a confundirse.

—Le pido cariñosamente que recoja todo y a todos y venga cuanto antes, ilustre obispo, nos esperan otras batallas… Combatiremos ese maldito Códex M, con nuevos medios.

Tras las banalidades de rigor, bendiciones y otras hipocresías, los dos hombres ponen fin a la comunicación.

Pietro intenta reunir suficiente pragmatismo para no dejarse contrariar por la noticia y seguir disfrutando su habano. Por más que lo intente el furor no se va con el humo. Le cuesta definir si hacerse con el Códex M se le había convertido en un sueño o en una obsesión, lo que sí sabe es que ser puesto a un lado le sabe a hiel.

Si la Iglesia está tan mal hoy es porque la dirigen hombres de valor, tal vez, pero no hombres de coraje, se dice. ¿Qué arriesgaba un miembro de su equipo si hubiese sido atrapado en el Louvre? Nada. Menos que el célebre Vincenzo Perugia, que ni siquiera cumplió un año de cárcel. Bastaba con que dijese algo inspirado en el "patriota" Perugia, que pasó a la historia como *un italiano vero* por decir que se había robado a la Mona Lisa para devolverla a Italia. ¡Como si Da Vinci no se la hubiese vendido personalmente a

François I y Perugia mismo no hubiese intentado venderla por 500 mil liras!

Fuma de nuevo, aunque el estado de sus nervios le dificulta el deleite.

Cortarme las alas es un grave error, *Consigliere*, ese Códex M, como la M de Maldito, puede ser la flecha que desangrará a la Iglesia.

> *33 Y los egipcios apremiaban al pueblo, dándose prisa a echarlos de la tierra; porque decían: Todos somos muertos. 34 Y llevó el pueblo su masa antes que se leudase, sus masas envueltas en sus sábanas sobre sus hombros. 35 E hicieron los hijos de Israel conforme al mandamiento de Moisés, pidiendo de los egipcios alhajas de plata, y de oro, y vestidos. 36 Y Jehová dio gracia al pueblo delante de los egipcios, y les dieron cuanto pedían; así despojaron a los egipcios.*
>
> **LA BIBLIA. (Éxodo 12: 33-36)**

Sarah fue a cenar con sus padres. Se quedará a dormir con ellos por cuestión de seguridad. Thomas le hizo jurar que no manejaría sola de noche para regresar desde Saint-Cloud. La llama para confirmar que llegó bien, después se prepara un sándwich. Quiere darle una sorpresa a su padre con el libro "Adiós a Dios", por eso debe terminar de leerlo:

TRIBULACIONES DE UN TEXTO CAÍDO DEL CIELO.

La Iglesia afirma que la Biblia es la palabra de Dios, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento. Admite que fue escrita por

hombres, pero sostiene que esos hombres lo hicieron inspirados desde el cielo.
La palabra Evangelio, que se refiere hoy al Nuevo Testamento, fragmento cristiano por excelencia de la Biblia, en un principio quería decir *Buena Nueva*, hoy significa además V*erdad Indiscutible*. Así lo recogen los más reputados diccionarios de las lenguas hispana, inglesa, francesa e italiana, por no citar más que esas. Sin embargo, los verdaderos autores de los "Evangelios Divinos" se desconocen y entre los Evangelios mismos hay importantes contradicciones.
¡Además de numerosos desaciertos históricos!
¿Significa eso que un dios omnisciente se equivoca?
¿Quiere decir que la "Santa" Biblia no es *totalmente de fiar*?

Si analizamos hoy el Nuevo Testamento, cuyos originales según los especialistas y la Iglesia misma fueron escritos en griego koiné o griego común del siglo I, nos encontramos ante un hecho que la Iglesia prefiere disimular: los originales de los Evangelios no existen, desaparecieron hace siglos. Lo que leemos hoy no son las traducciones fieles de aquellos textos míticos "inspirados por Dios". Son un rompecabezas compuesto a partir de los más de 5 800 fragmentos de manuscritos antiguos existentes en griego y aproximadamente 25 000 pedazos de textos escritos sobre disímiles soportes, en múltiples lenguas y en diferentes épocas. Los hay en griego, latín, arameo, hebreo, copto, siríaco, nubio, etcétera, etcétera…
Los especialistas han cotejado esa enorme cantidad de textos escritos a mano por traductores, copistas y autores desconocidos en los que, como es natural, hay importantes diferencias, agrupándolos por puntos comunes o "familias" con el fin de establecer para cada Evangelio un texto lo más parecido posible a lo que pudo haber sido el original.
¡Algo que nadie sabe!
Es el resultado de ese monumental trabajo lo que un cristiano actual lee.

A esa extraordinaria complejidad textual deben añadirse las aproximadamente 400,000 variantes que existen en el Nuevo Testamento mismo.
¡Que es infinitamente más simple que el Antiguo Testamento!
Una variante consiste a menudo en una palabra en entredicho, o sea, sobre la cual los especialistas no están de acuerdo o la variación de una palabra específica de un texto a otro. La variante más conocida y flagrante es la "versión larga" del Evangelio "de Marcos." Se trata de un añadido de 12 versículos que cambia de manera significativa dicho evangelio o supuesta *Indiscutible Verdad*.

Los textos originales de los Evangelios existieron durante unos cien años como escritos anónimos. ¡Anónimos! Aunque prefiere evitar el tema, la propia Iglesia lo reconoce al no poder negarlo, ya que es un hecho ampliamente acreditado por historiadores y expertos. Eso no impide que la Iglesia los llame: *Evangelio de San Marcos, Evangelio de San Mateo, Evangelio de San Lucas y Evangelio de San Juan*, a sabiendas de que esos nombres son falsos.
Los especialistas laicos y la Iglesia misma han logrado establecer la cronología de los Evangelios, así como las fechas aproximadas en que fueron escritos. La fecha del nacimiento de Jesús ni la de su muerte están fehacientemente establecidas, pero los expertos, historiadores y la propia Iglesia, basándose en hechos históricos comprobables, como la muerte del rey Herodes, estiman que Jesús nació en el año seis "antes de Jesucristo" y fue crucificado alrededor del año 33, "después de Jesucristo", lo cual permite poner en perspectiva la creación de los Evangelios y la supuesta muerte de Jesús… que, según se cuenta, solo duró unas treinta y seis horas.

El curioso método del distraído Exigius.

El sistema de datación "antes y después de Cristo", también conocido como la "*Era Anno Domini"* o "Era del Año del Señor", no se creó hasta el siglo VI y no se aceptó de manera general en Europa y el resto del ámbito cristiano hasta el siglo XI. Ese sistema se le debe al monje Dionysius Exigius o Dionisio el Exiguo, así llamado a causa de su pequeña estatura. Algunos dicen que por su humildad. Se trataba de un religioso con conocimientos científicos, sobre todo de física y matemática, lo cual no era común en su tiempo.
En el siglo VI, por orden del Papa Juan I, cuya intención era separar la Era Cristiana de la Era Pagana, Dionisio el Exiguo comenzó a trabajar en ese peliagudo asunto. Pronto estuvo convencido de que la Era Cristiana no podía tener otro inicio que el nacimiento de Jesús, el Cristo… Término griego no exento de misterio para los cristianos que significa simplemente el ungido, el untado o el que recibió unas gotas de cierto aceite en su cuerpo, generalmente en la cabeza o fue untado con él. El signado con "aceite sagrado".
Así, inspirados por este hecho más supuesto que probado de una unción deífica de Jesús de la cual nadie tiene muy claro si fue ni cuándo ni cómo ni dónde fue, durante mucho tiempo, al ser coronados, los reyes, particularmente los europeos, fueron también ungidos con algún tipo de "aceite consagrado," que los "HACÍA…"
¡REYES POR DERECHO DIVINO!
Aceite que, según la Iglesia, era entregado a los seres humanos por el Espíritu Santo, el cual se manifestaba como una paloma blanca que volaba en todas las coronaciones y en todas las catedrales e iglesias en las que tenían lugar dichas ceremonias "sagradas, celestiales y divinas."
Todavía pueden encontrarse en ciertas iglesias y catedrales las huellas de las aberturas o incluso los agujeros mismos por los que se lanzaban aquellas divinas palomas… venidas del Cielo.

Pero en el siglo VI, el Exiguo Dionisio comenzaba su misión enfrentando, sin saberlo, un colosal problema. Aunque el

nacimiento del Dios Hombre, que según el Dogma de la Santísima Trinidad era a la vez Dios Padre y Dios Hijo, fuese para los cristianos un parteaguas, ningún historiador de la época, ni romano ni griego ni judío ni de ninguna otra nacionalidad o lengua, había dejado la más mínima reseña sobre ese *hecho histórico*.
Como si ninguno se hubiese enterado de que a los pastores cerca de Belén se les habían aparecido ángeles anunciando el milagroso nacimiento o de que Tres Reyes, que eran además ¡Magos!, se habían desplazado desde el Lejano Oriente para rendirle homenaje al recién nacido. ¡Tres Magos Reyes guiados nada más y nada menos que por una estrella que, cabe suponer, se movía en el cielo a la velocidad de un camello!
¡Todo el mundo tuvo que haber visto eso!
Es indignante pensar que Tres Reyes en el Lejano Oriente, más los súbditos de sus respectivos reinos, (cuyos nombres y geografías se desconocen), se hayan enterado del extraordinario nacimiento del Hijo de Dios (que era al mismo tiempo su propio Padre-Dios), mientras los historiadores que vivían cerca de Belén ni cuenta se dieron.
¡Vaya enjambre de vagos!
Por suerte para el batallador monjecito Dionysius, lo que no había sido recogido por los perezosos historiadores, Dios lo había transmitido a los Santos Evangelistas. (¡Anónimos!) Y los Evangelios, (Obras Divinas), se arrimaban ya entonces a *Absoluta Verdad*. Así, con toda lógica teológica, para fijar el nacimiento y otras fechas importantes de la vida de Jesús, el Exigius Dionysius se basó en los Evangelios.
¡Mayúsculo desastre, pobre!

Los Evangelios hablan de una supuesta matanza de niños ordenada por Herodes el Grande, conocida en el cristianismo como "la Matanza de los Santos Inocentes". Esa matanza, (muy, muy parecida a otra cometida por un Faraón según cuenta Éxodo 1: 9-22), "se explica" por una profecía anunciadora de que en

Belén nacería el futuro Mesías por el que Herodes sería destronado.
Profecía incumplida y falsa. Como es sabido.
Turbado por aquel vaticinio, Herodes, según la Biblia, llenó de espías la aldea de Belén, que no era más que un puebluchito de escasos habitantes, (unos 300 a criterio de numerosos historiadores) donde, según los especialistas y con tasas de natalidad típicas de las sociedades de entonces (30–50 nacimientos por cada 1.000 habitantes al año), nacerían entre 9 y 15 niños cada 12 meses, de los cuales solo 4 u 8 serían varones…
O sea, nacía en promedio ¡un niño o niña por mes!
¡Que con la ayuda de Dios o más bien sin ella, a menudo no sobrevivía!
Esto zahiere la exagerada "Matanza de los Santos Inocentes" y deja bastante malparados a los "Sagrados Evangelios"… Como dejó al corto Dionysius, aunque adherido a su credulidad divina y un poco bovina, él ni siquiera se enteró. Más bien creyó que:
El ignominioso Herodes consiguió enterarse del nacimiento del peligroso bebé.
…¡Uf!…
Pero no supo con precisión cuándo había nacido ni quién era exactamente.
¡Vade Retro, Satanás!
¡Al parecer los espías de entonces eran tan vagos como los historiadores!

Según los "Divinos Evangelios Inspirados por el Mismísimo Dios", para cortar por lo sano el malvado vejete Herodes ordenó matar a todos los varones nacidos en Belén de 0 a 3 meses. Ciertas versiones hablan de 0 a 24 meses.
Problema: esa matanza solo aparece en la Biblia. Ningún historiador de la época la menciona.
¡Cómo pudieron ignorar tan horrendo crimen, esos holgazanes!

La fecha en que supuestamente fue fundada la "Città Eterna", ya de por sí bastante aproximativa, era tomada entonces como año

1. Y a partir de ahí se contaba. Atando cabos, datos históricos, consultando listas de emperadores, de gobernantes romanos y, sobre todo, basándose en los "Sagrados Evangelios" y en la presunta matanza de la que solo hablaban dichos "Textos Inspirados por Dios", (pero anónimos), ocurrida en principio el año mismo del nacimiento de Jesús, el Exiguo Dionysius fijó el nacimiento de Cristo en el año 753 A.U.C. (*Ad Urbe Condita* en latín o *Dalla Fondazione di Roma)* o sea, el año 753 "Desde la Fundación de Roma."
Establecido así, con más credulidad que discernimiento el nacimiento del Dios-Hombre en el año 753 *Dalla Fondazione di Rom*a, nada más normal que hacer comenzar la Venerable Era Cristiana en el año 754, que pasaría desde entonces a ser retrospectivamente considerado como el año 1 *de Nuestro Señor*, año 1 *Después de Cristo* o año 1 DC.
Pero esto, desdichadamente, no detiene los peros.

El exiguo Dionysius fijó la fecha de la supuesta matanza y elaboró su sistema de datación basándose en la historicidad de los Evangelios
¡Solo que los Evangelios no tienen prácticamente ninguna base histórica!
Según esos "Textos Sagrados Inspirados por Dios en Persona" el villano Herodes, Rey de los Judíos, ordenó la Matanza de los Inocentes de Belén durante el año 753 *Dalla Fondazione di Rom*a, año del nacimiento de Jesús.
¡Como esa matanza permitió establecerlo!
Inconveniente inoportuno: ¡Herodes había muerto cuatro años antes!

Según reza en todos los registros históricos romanos, griegos, judíos, etc., Herodes falleció en el año 749 AUC, tras haber estado postrado unos cuatro o cinco años.
Al parecer, de vez en cuando los historiadores trabajaban…

No contento con haber metido su modesta patita al fijar el año de nacimiento del Dios que era Hijo y Padre de sí mismo, (metedura

de extremidad de la cual nunca tuvo consciencia), el enjundioso Dionysius, un poco engreído, (a pesar de su legendaria modestia), por su supuesto éxito con el asunto de Antes y Después de Cristo y con la pretensión de quien está convencido de que la Fe abarca a la Verdad y la condiciona, pensó también confirmar *científicamente* el día *exacto* del nacimiento del hijo de María, la que, según dicen algunas lenguas y no las mejores a juzgar por ciertas confusiones y omisiones, concibió y parió unos ocho vástagos entre hijos e hijas sin perder su Gloriosa Virginidad y "casi" sin pecar con José, su marido, santo carnero de Dios o *Agnus Dei*.

La Biblia entra en la intimidad de la "Sagrada Familia" al punto de revelar cuando José "conoció" a la Virgen. O sea…
¡Cuando tuvo sexo con ella por primera vez!
Mateo 1: 24-25:
24 Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer. 25 Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre Jesús.

Varios pasajes del "Libro Sagrado" hacen referencia a la amplia familia de Jesús. (Mateo 12,46 - Marcos 6:3, etcétera.)
Pero la Santa Madre Iglesia explica que por razones filológicas, medianamente ilógicas, donde la Biblia dice hermano debe leerse primo…
¡Pues la Virgen es Virgen y punto!
Lo dicen los Evangelios. Escritos por hombres que no habían nacido cuando murió Jesús y se orinaban todavía en la cama cuando falleció su Madre, María la porfiadamente Virgen, es cierto, pero…
¡Eran Evangelistas Celestialmente Inspirados!
Lo dijo además el Concilio de Letrán, que declaró formalmente que María fue virgen antes, durante y después del parto.
Hay que reconocer que ese concilio tuvo lugar unos 600 años después de la muerte de la Siempre Virgen. En el 649, exactamente.

Pero, bueno…

O sea que la hermandad de Jesús podría no ser un asunto sexual, sino lexical.
Naturalmente, como no es la Biblia la que quema vivos a los herejes, sino la Misericordiosa Iglesia… Tras ciertas averiguaciones nuestro perspicaz Dionysius decidió no meterse en esos detalles.
¡Y oficializó la fecha por todos conocida del 25 de diciembre!
¡Hosanna, Hosanna!

¡Porco Jupiter!
Si hubiese consultado correctamente la "Santa Biblia Inspirada por el Mismísimo Dios", se habría dado cuenta de que la fecha del 25 de diciembre era un disparate, pues en Lucas 2: 8-14, por ejemplo, se lee:

8 Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su rebaño. 9 Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor. 10 Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: 11 que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. 12 Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre.

Una mínima encuesta habría permitido al Exiguo saber que en Belén en diciembre es invierno. Que las noches son allí frías y lluviosas. Y que ningún pastor en su sano juicio sacaría sus rebaños a pastar en esas fechas.
¡Y menos de noche!
Así, con el "Libro Sagrado" en una mano y la lógica (no teológica) en la otra, el bravo Dionysius hubiese podido probar ante el Papa que: O la Biblia miente y toda la fanfarria angelical que se les

aparece a los pastores en campo abierto en pleno invierno es un cuento.
O Jesús no nació el 25 de diciembre.

Debe decirse que el pequeñín ignoraba que la fecha del 25 de diciembre, sacralizada como fecha del nacimiento de Jesús por la Iglesia, hacía en realidad referencia al solsticio de invierno festejado por los romanos como *Dies Natalis Solis Invicti*, Aniversario del Sol Invicto o simplemente Sol Invictus, en homenaje al dios solar Mitra, cuyo culto se había implantado en Roma a partir del año 274 AUC.
Dionysius ignoraba también que la Iglesia había fijado el nacimiento de Jesús el 25 de diciembre sin consultar tampoco seriamente las "Sagradísimas Escrituras" y con el objetivo de hacer concurrencia a la arraigada fiesta pagana, desviar en su beneficio la festividad del dios Mitra y sacar algún provecho del gentío que inundaba la "Capital de Dios" a fin de año.
En el siglo VI, en que vivía Dionisio el Exiguo, se había olvidado ya que la "Navidad" o el "Nacimiento de Jesús", habían comenzado a celebrarse solamente a partir del siglo IV.
Nadie recordaba tampoco que la costumbre de compartir regalos, "tan propia de la Navidad cristiana", se "inspiraba" de la pagana fiesta de Sol Invictus del 25 de diciembre… En la cual dicha costumbre, ya era costumbre.

Una vez tan disparatadamente establecida la fecha de nacimiento de Jesús, Dios Hijo-Padre engendrado virginalmente por su Madre-Hija, Sin Pecado, (ni placer), Concebido. Restaba a hacer lo propio con la fecha de su crucifixión con la cual, como era de temer, sucedía lo mismo que con la fecha de su nacimiento: nadie sabía a ciencia cierta cuándo había sido crucificado el *cósmico* hijo de Dios y María, al que se le había puesto el indiscreto nombre de Yeshua, que significa *Salvador,* con el cual, no se sabe cómo, logró disimular su divinidad durante las primeras tres décadas de su banal existencia terrenal.

La Iglesia misma no explica por qué el *astral* niño, nacido como cualquier hijo de vecino tras nueve meses de embarazo, debía vivir algo más de tres décadas de incógnito.
Y lo que la Iglesia no explica, ¡no se explica!
Por tanto, la Historia… a dar vueltas en la noria.

Es difícil de entender tamaña dejadez por parte de los historiadores teniendo en cuenta la importancia de ese personaje *sideral*, hacedor en seis días del Cielo, comprendidas las galaxias que se encuentran a miles de años luz, hacedor de la Tierra y que, según toda lógica… bíblica, creó el sitio mismo donde se encajaría el *staticulum* de su cruz, así como el metal de los clavos que lo fijarían al *patibulum* e incluso el árbol con el cual se había fabricado este.
Golpeados una vez más por una culpable o al menos inexplicable ceguera, los historiadores no dieron testimonio de ese momento tan fundamental y fundacional, a pesar de que los Santos Evangelios dicen claramente que en el momento en que Jesús murió la cortina del Templo de Jerusalén se rasgó sola, hubo un terremoto y, más inusual y llamativo, ¡las tumbas se abrieron y muchos muertos resucitaron y se presentaron a los vivos en Jerusalén!
Francamente, ¡es una vergüenza que alguien pretenda considerarse historiador después de haber pasado por alto semejantes hechos!
Por lo demás, cierto es que Jesús estuvo muerto menos de un día y medio.
Y, en términos de muerte, un día y medio, hay que reconocer que es poco.

En fin, esa falta de profesionalismo de los historiadores de la época de Jesús obligó a los especialistas, científicos, biblistas y hasta a la mismísima Iglesia de hoy a estudiar toda una serie de factores y hechos para llegar a estimar que: como el Dios-Padre, Hijo-Dios y Padre-Hijo fue crucificado una víspera de Pesaj o

Pascua, a mediados de los años 30, se trató muy probablemente del viernes 3 de abril del año 33 DC. (después de Cristo).
Si el bebé que nació en Belén el año 6 *antes de Cristo* es el hombre que fue crucificado el año 33 *después de Cristo*, puede afirmarse que cuando Jesús subió al cielo, ya como retirado, era un saludable cuasi cuarentón de 39 años con toda una vida por delante. Sin contar la eternidad.
Y los que escribieron la historia que el exiguo Dionysius tomó por *Verdad Indiscutible* mamaban el seno de sus madres o eran aún microscópicas partículas por venir de un óvulo y un espermatozoide que todavía no se habían "conocido".

A- **Evangelio llamado de Marcos**: Aunque aparece en segundo lugar en la Biblia, fue el primero que se escribió y es la fuente de información fundamental para todos los otros Evangelistas. Se estima que fue escrito por la segunda generación de cristianos en los días de la destrucción del Templo de Jerusalén, ocurrida en el año 70, durante la primera guerra judeo-romana. Se cree que este evangelio fue escrito entre los años 67 y 73. O sea, 34 o 40 años después de la fecha supuesta de la crucifixión de Jesús.

B- **Evangelio llamado de Mateo:** Escrito entre los años 70 y 100 o sea 37 o 67 años después de la muerte de Jesús. Es prácticamente una copia frase por frase del evangelio llamado de Marcos. Los especialistas estiman que 90% de "Marcos" aparece en "Mateo", que cuenta prácticamente lo mismo.

C- **Evangelio llamado de Lucas:** Una mayoría de estudiosos lo considera escrito entre los años 85 y 100. Lo cual quiere decir, entre 52 y 67 años después del fallecimiento de Jesús.

D- **Evangelio llamado de Juan:** La opinión general es que fue escrito entre los años 90 y 110. Jesús habría muerto 57

o 77 años antes.

Por asombroso que parezca es sobre el frágil zócalo de esa historia tan poco histórica, en la cual prácticamente todo se supone y casi nada se sabe, que se elevó y se mantiene en pie la religión más poderosa, materialmente rica, influyente y extendida de la humanidad. Con presencia en todos los continentes y unos 2.300 millones de seguidores.
Prueba de que todavía, en los seres humanos, la ilusión subyuga ampliamente a la razón.

Abre el kimono lentamente y mete en su boca el sexo de Thomas. Él duerme todavía, ella está ya maquillada, vestida y lista para irse a trabajar.

El chico, como el sexo, se despiertan.

Sarah y Thomas apenas tienen tiempo de verse. La apertura de la exposición se acerca y los relojes parecen girar cada vez más rápido. Sus agendas mediáticas crecen, robándoles tiempo y separándolos, ya que muchos órganos de prensa y medios en general hablan de ellos y les piden entrevistas. Juntos y separados. Sus rostros comienzan a ser populares. Ya no pueden ir ni a la panadería del barrio sin ser reconocidos.

—¿Qué haces?, dice Thomas con voz de entresueño.

—Desearte un buen día.

Lo hace sonreír.

—Cierra los ojos.

Él obedece, su sexo se va poniendo duro, llenándose de sangre. Sarah lo mete casi entero en su boca consiguiendo un gemido. Thomas la imagina a horcajadas encima de él y se excita más. Ella lame la carne túrgida desde la base hasta la cúspide, metiéndola en la boca y sacándola, deslizando por ella sus labios pintados de rojo, dibujando arabescos en la base del glande, allí adonde se concentra la cuasi totalidad de la sensibilidad erótica masculina, pues Dios, en su apurillo y con su machismo totémico le dio al hombre muchísimas

menos zonas eróticas que a la mujer. Algunos dicen que lo hizo para dar a su preferido el poder de dominar a la costilla con tetas a través de los sentidos, pero lo cierto es que fracasó estrepitosamente ya que es el hombre quien pierde la cabeza cuando ve un relámpago de seno, un rayo de muslo o el centelleo de cualquier pedazo de carne de mujer… Mientras que el resultado del celestial machismo es que el pobre hombre, fuera de un pedacito de pene, la mente y un par de rinconcitos más, eróticamente es casi una estatua de mármol.

Thomas gime más intensamente y trata de atraerla para penetrarla, ella se resiste:

—El carro con los policías que me llevan al Louvre está al llegar. No los puedo hacer esperar. Ya estoy vestida y maquillada. Cierra los ojos, recibe mi regalo.

El capitán Martel los ha puesto de nuevo bajo protección en casa de Sarah, donde Thomas se ocupa de la promoción del Códex M, con vistas a la Exposición del Louvre, mantiene intensas correspondencias entre mails y redes sociales, responde a decenas de llamadas telefónicas, hace otras tantas… Sarah está todo el día en el museo, dedicada por entero a la preparación de la exposición.

Thomas cierra los ojos y abre los sentidos. Más relajado ahora al saber que no tiene nada que dar sino todo por recibir.

—Acepte mi don, Dom Thomas, insiste ella.

Las palabras de Sarah lo hacen sonreír, el calor húmedo de su boca lo hace gemir, arquearse, entregarse. Ella entra el sexo duro, firme y lleno de promesas hasta el fondo de su garganta y desliza una vez más sus labios sobre el miembro abultado de placer que ella enrola en una sucesión de idas y venidas inmóviles, pues es la boca la que se mueve, la lengua la que conmueve, sus manos las que acarician. La inmovilidad de Thomas es solo aparente, ya que en su mente y en su piel se agitan las pequeñísimas flechas del diosillo Eros que se oculta entre los labios de Sarah de los que brota para llevarlo hasta el vórtice de un ciclón de placer, terremoto que acaba en blanco sunami e inunda los labios, la boca e incluso la sonrisa feliz con la que Sarah festeja la satisfacción del hombre que ama y admira.

Lo deja entre las sábanas, retorciéndose todavía de gusto, corre hasta el *toilette*, se lava la boca, se retoca el maquillaje y se acoteja la ropa antes de volver al cuarto donde pasa a paso de marcha ante la cama, orgullosa, divertida y pícara, pues sabe que soldó las H y que por unos instantes todavía su Hombre solo tendrá mente para su Hembra, o sea, para ella.

Se inclina sobre el rostro de Thomas, roza sus labios.

—¿Qué haces hoy?

—Mandar mails, hacer llamadas… lo de siempre.

—Ya veo. Ve a la panadería, compra todo lo necesario y prepárales un rico desayuno a los hombres del capitán Martel que nos cuidaron esta noche.

—Sí, claro.

—Je t'aime.

—Yo también.

Sarah abre las cortinas al pasar, haciendo que los rayos del antiquísimo dios, Sol Invictus, devuelvan a su hombre a la estresante realidad.

Pensó que con él no se atreverían. Erró. Están tan aterrados que lo han hecho. Quieren limpiarlo todo, ¡cómo si fuese posible! Necesitarían un Hércules que desviase el Tíber al igual que hizo el semidios con los ríos Alfeo y Peneo para sanear los establos del rey Augías.

¡Demasiados siglos acumulando mierda, *Santidades*!

Todos los que, como Gaetani, fueron denunciados, según él es esa la palabra, por la revista "Segreti in vista", se ganaron una ducha fría o unos latigazos. A los más poderosos solo se les pidió discreción, hipocresía, tener cuidado por un tiempo, lo clásico. A los más débiles se les exigió que decidieran entre la Iglesia y sus familias.

—Nuestra Santa Madre está en peligro, atacada por todas partes, no podemos, con nuestras pecadoras actitudes ayudar a sus enemigos.

Algunos optarán por abandonar sus funciones sacerdotales y podrán ser mostrados en la picota mediática. Roma siempre ha aplaudido que los poderosos lancen a algunos infelices a las fieras. Otros, probablemente los más, abandonarán cobardemente a sus familias, generando dramas humanos, traumatismos y dolor para satisfacer a una abstracción.

Todo con la ayuda de la Biblia, como es natural, pues el *Libro Santo*, en su "proverbial sabiduría", tiene un versículo para cada situación y Esdras 10: 2-3 le viene a esta como argolla al cuello. Por más que el viejo Esdras con el tiempo suene racista y despiadado, al fin de cuenta sigue siendo bíblico.

> *2 Nosotros hemos pecado contra nuestro Dios, pues tomamos mujeres extranjeras de los pueblos de la tierra; mas a pesar de esto, aún hay esperanza para Israel. 3 Ahora, pues, hagamos pacto con nuestro Dios, que despediremos a todas las mujeres y los nacidos de ellas, según el consejo de mi señor y de los que temen el mandamiento de nuestro Dios; y hágase conforme a la ley.*

Eso, rancio Esdras, obliga a los tipos dominados que te siguen a que abandonen a sus mujeres y a sus hijos por no ser del "pueblo elegido por Dios". Condena a madres y criaturas a errar sin tierra ni hogar, o sea, a morir de hambre y miseria. Jehová tu dios estará satisfecho o al menos tú, asqueroso bastardo de la impiedad. Serás aplaudido por los que se te parecen, capaces de despreciar a las mujeres y los hijos que alguna vez amaron para arrodillarse ante una improbable divinidad de cuya existencia no tienen la menor prueba y que nunca han visto ni escuchado, por cobardes.

Gaetani da vueltas como fiera enjaulada en su apartamento, hoy le parece inmenso, bebe whisky a pesar de que es hora de almorzar y él no ha desayunado. Su mente intenta deshacer nudos, develar lo que se oculta tras las contradicciones denotadas por los hechos.

Se sirve un nuevo *Glendronach, single malt* escocés de 19 años, a unos 700 euros la botella. No ha llegado todavía al límite a partir del cual el alcohol deja de ser ayuda y se torna impedimento. Eso

cree. Llama por enésima vez a *Il Consigliere Monseigneur* Sinclair, que por enésima vez no le responde, echando así un nuevo leño a la hoguera de su paranoia.

Me temen, quisieran deshacerse de mí, no saben cómo, no se atreven, sé demasiado. Solo hay una fórmula para callarme: oro. Solo hay un metal para enmudecerme: plomo. ¿Cuál de esas dos opciones escogerán?

Va hasta la terraza, contempla Roma. A esta Roma, piensa, pues hay muchas otras enterradas y superpuestas bajo esta ciudad con incontables trasfondos, físicos como espirituales. No hay manera de saber qué túnel lleva a la autenticidad, cuanto más se sube en la jerarquía social de Roma, más roma se hace la verdad.

Bebe, respira profundo. Whisky y obsesión son una infernal pareja. Tal vez esté siendo demasiado paranoico al pensar que el Vaticano quiera hacerlo desaparecer, se dice, consciente de que el alcohol acentúa en él esa tendencia de su carácter. Pero los hechos son testarudos…

Cuando el Camarlengo, hombre de confianza del Papa si los hay, pidió verlo, su primera reacción fue de extrañeza. Las funciones del cardenal Camarlengo y las suyas están tan alejadas que no veía de que tema podía querer hablarle el augusto anciano. La cercanía del Camarlengo con el Papa le aconsejó tomarse en serio la cita, aunque no pensó en ningún momento que quisiera hablarle del artículo de la revista "Segreti in vista" ni de su vida privada ni que pretendiese obligarlo a justificarse como si se tratase de un seminarista sorprendido masturbándose.

—Sabemos que desde hace poco usted está separado de su compañera y que su hija vive con ella.

—Así es, Excelencia.

—¿Se trata de algo circunstancial?

—Definitivo, Excelencia.

—¿En relación con el lamentable artículo de la revista?

—No. Mi separación con esa persona precedió la publicación de esas falsedades destinadas a dañar a la Iglesia. En realidad desde hace mucho nuestra relación era simplemente una amistad.

—La joven que habla de usted en la revista donde apareció el penoso artículo, jura ser su hija. ¿Es cierto?

—No. Se trata de una ilusión de adolescente. Una necesidad de paternidad de una muchacha un poco perdida. Esa niña fue inscrita por su madre como hija de padre desconocido. Puedo mostrarle los documentos.

Una sonrisa irónica recorre el rostro arrugado del Camarlengo.

—Todas las hijas e hijos de los dignatarios eclesiásticos que están en esa situación son inscriptos de esa manera. ¿Me toma por tonto, querido obispo?

Gaetani no consigue camuflar un respingo.

—Lo respeto demasiado para eso, Santo Padre.

La expresión Santo Padre se usa ante todo para el Papa, aunque en el sentido más estricto puede emplearse para cualquier personalidad respetada de la Iglesia. Claro que Gaetani la usa como flecha mojada en venenosa lisonja, ya que casi todos los Camarlengos sueñan con ser un día Papas, pero su saeta no toca blanco.

Una vez más el arrugado Camarlengo sonríe.

—Más sabe el Diablo por viejo que por Diablo, obispo Gaetani.

—No sé a qué se refiere, Ilustrísima.

—A mi edad… Santo Padre solo hay uno. Usted no lo ignora. Y por cierto si le he dado esta cita es para transmitirle un mensaje suyo. El Santo Padre desearía que se hiciese discreto por un tiempo.

—¿Discreto? Me podría explicar mejor.

—Tal vez lo mejor sería que usted mismo reflexionase, ¿no le parece? Es un hombre de brillante inteligencia. Sabe de qué estamos hablando, estoy seguro de eso.

Salió de ese curioso encuentro perplejo. Intentó acercarse a la oficina del Papa, pero el secretario de Estado le informó que el Santo Padre no podía recibirlo y que pronto se iría de viaje. Corroboró lo que al fin de cuentas ya sabía: el Papa nunca está cuando hay problemas. A fuerza de creerse representante de Dios, se comporta como Dios mismo.

Intentó entonces ver al cardenal Sinclair. Tampoco tuvo éxito. Lo lamenta infinitamente, le dijo el secretario, pero…

—Lo llamará, no se preocupe…

Tiene razones para pensar que una buena parte de la "Sagrada Congregación por la Defensa de la Fe" complota en su contra, aunque desde la muerte de Schulzer y el escándalo de la fiesta gay esté oficialmente en pausa. Los cardenales de la Tour Bissy y Gómez Cruz no le perdonarán jamás que las fotos de "Risonanza" los hayan empujado fuera del armario de manera tan súbita e innegable. Contratacan, era de esperar. Lo hacen en banda, era también previsible.

El *gay power* del Vaticano ha crecido de manera exponencial. Nada más normal. Hoy es más fácil hacer la lista de los heterosexuales en la Santa Città que la de los homosexuales. Es más corta. El *gay power* en la Iglesia es en la actualidad el poder detrás del poder. No hay duda de que el Papa está bajo su influencia. Aunque de la orientación sexual del Santo Padre no se sepa gran cosa, en su jardín vuelan demasiadas mariposas. *Monseigneur* Sinclair, su *Consigliere*, es gay, el arzobispo Meslier es gay, son pareja de toda la vida. Por el secretario de Estado no muchos meterían la mano en el fuego, etcétera, etcétera. Quien primero asciende protege la escalera para que suban sus correligionarios. Así se toman las fortalezas. Aunque la lista más corta, eso sí, es la de quienes respetan los votos de castidad.

Ríe. Pocos fieles en el mundo imaginan a qué punto esas cavilaciones que lo exasperan tanto como lo divierten son la simple y dramática verdad. La sexualidad de los hombres de Iglesia desde que el celibato fue instituido en el Concilio de Letrán I del año 1123 y el Concilio de Letrán II del año 1139 no ha dejado de ser un problema, ni de crear problemas. Y eso a pesar de que no se trata de un dogma de fe, sino de un simple asunto de reglamento interno. Aunque secretamente ha sido el tema más hablado, el asunto más tratado y discutido en el seno de la Iglesia a lo largo de los siglos, nunca se ha resuelto.

Todo el mundo sabe que la castidad es antinatural.

¡Menos Dios que hizo al hombre!

Claro que desde el siglo X que se instauró el celibato la Iglesia se enriquece con ese "punto reglamentario" pues no tiene que

compartir con las esposas ni los hijos de los sacerdotes los bienes que estos hayan podido heredar o ganar durante sus vidas.

Ya se sabe: la Iglesia al oro le ora.

El teléfono suena, es su hermano Paolo, habían quedado en almorzar juntos, Pietro lo había olvidado.

—¿Dónde estás?

—En casa.

—Subo. Después bajamos a almorzar.

—¿Lo leíste?

—Naturalmente.

Desde que entregó a Monseigneur Sinclair la copia del Códex M que trajo de París y la traducción, que muy pocas personas han tenido el privilegio de consultar en el Vaticano, comenzaron las reacciones esquivas de su jerarquía. Ahora lo comprende. Es esa la causa de las curiosas actitudes de los miembros de la curia hacia él y no la venganza de los cardenales de la Tour Bissy, de Gómez Cruz o las zancadillas del *gay power*. ¡Al fin lo ve claro! El cardenal francés y el español no han vuelto a Roma desde que estalló el escándalo. Tienen los brazos largos, desde luego, pero no tan largos.

¡El Códex M! Curioso que no lo haya pensado antes. Los hombres más poderosos de la Iglesia han sido los únicos en leerlo. Tal vez algunos que ni siquiera estuvieron al corriente de la "Operación Magdalena" y que ignoraban sus consecuencias y el número de muertos que conllevó. Ahora todos han tomado consciencia de lo sucedido y del peligro que representa ese documento y lo culpan a él, directa o indirectamente por no haber conseguido neutralizarlo a pesar del lago de sangre. Es totalmente absurdo, por eso no lo había tomado en cuenta hasta ahora, pero lo irracional y lo paradójico son dos de los pilares de la Iglesia.

El timbre de la puerta lo devuelve a la realidad. Es Paolo, naturalmente.

—¿Te has visto la cara?

—No empieces a sermonearme, Paolo, que el obispo soy yo.

Hace reír a su hermano.

—No sé para qué tomas si el alcohol no te hace bien y lo sabes.

—¿Te sirvo un trago?, dice mostrándole la botella.

—Decirle que no a semejante whisky sería un pecado. No me digas cuánto cuesta la botella porque me lo voy a querer tomar gota a gota.

Rien, chocan los vasos, beben.

—¿Qué te pareció?

—Por tu culpa tuve que meter de nuevo las narices en ese libro falócrata, criminal y absurdo que millones de personas consideran santo.

—No empieces a joder, Paolo.

El médico sonríe.

—Eso sí, como siempre encontré varias perlas que bastarían para que la humanidad se orine encima de ese mamotreto por los siglos de los siglos mamen. O se cague, lo cual podría ponerse en opción.

Hace reír a Pietro nuevamente.

—A ver, dime qué encontraste.

Paolo saca de un bolsillo de su americana un pequeño papel y lee:

—2 Reyes 2: 23-24, recuerdas lo que dice allí nuestro señor, loado sea su nombre.

—Reconozco que he olvidado algunos pasajes de la divina palabra. Dime tú.

—Habla de lo que hizo Dios cuando trataron de calvo al profeta Eliseo. Lo cual, al parecer era en aquel entonces una terrible ofensa. No quiero ni pensar lo que haría nuestro Misericordioso Creador en esta época que él ha llenado de calvos.

Pietro ríe de nuevo, ya recuerda los versículos a los que se refiere su hermano. Qué hombre de Iglesia no ha tenido que justificar alguna vez el disparate de 2 Reyes 2: 23-24 al ser interrogado por extrañados fieles. Paolo lee:

Se burlan de Eliseo.
23 Eliseo salió de allí para ir a Betel. Mientras subía la colina para entrar a la ciudad, unos jóvenes que salían de la ciudad comenzaron a burlarse de él, diciendo: «¡Sube, calvo! ¡Sube, calvo!»

24 Eliseo se dio vuelta, los miró y los maldijo en el nombre del Señor. De pronto salieron dos osas del bosque y los atacaron, despedazando a cuarenta y dos de ellos.

—No uno ni dos, ¡qué va! El Misericordioso mandó dos osas ultra dinámicas y electrificadas. ¡Cuarenta y dos chicos despedazados en menos de lo que te lo cuento! Jóvenes y ágiles como eran, los muchachos no pudieron ni siquiera correr. Osas milagrOsas, vaya.

Los dos hermanos ríen ahora, Paolo añade:

—Pero lo mejor es lo que sigue. Un verdadero poema de indiferencia divina.

—No lo recuerdo.

—Se trata del versículo siguiente, el 25, dice así:

25 Eliseo salió de Betel y fue al monte Carmelo. De ahí regresó a Samaria.

—Eso es todo. De los cuarenta y dos muchachos destripados por las milagrOsas osas enviadas por el Compasivo Creador para educarlos y enseñarles que no debían haber tratado de calvo a ese viejo calvo de mierda, no se dice una palabra. Dime la verdad, ¿no es una joya bíblica?

Pietro tiene que aguantarse el estómago pues se dobla de risa. Solo su hermano tiene el don de hacerlo reír así. Paolo intenta mirarlo serio, no lo consigue.

—Reconozco que ahí al Señor se le fue un poco la mano, acaba por decir el obispo entre carcajadas.

—¡Un poco!

Pietro levanta su vaso, Paolo lo imita, brindan, beben…

Lentamente las risas se calman. Pietro sirve de nuevo y pregunta:

—Bueno, dime al fin que te pareció el Códex M.

No es común que Pietro le dé a leer documentos de tal importancia a su hermano, pero esta vez pensó que su opinión le sería útil. Y tuvo razón.

—Una bomba, responde Paolo. Y se convertirá en una bomba atómica si aparece el cuerpo de Jesús en la Piedra esa donde dice

María Magdalena que lo enterró. Entonces sí que al Papa lo sacarán del Vaticano a papazos. Y tú, para ganarte la vida, tendrás que acabar montando una discoteca que se llamará La Monja que Moja o algo por el estilo.

Ríe de su broma, pero el rostro serio de su hermano lo desconcierta.

—¿Tienes la copia de la traducción del Códex contigo?, pregunta Pietro.

—Sí, claro.

Paolo le entrega el dosier con la fotocopia de la traducción del peligroso documento, Pietro pasa ansiosamente las páginas hasta encontrar el texto que busca. Se lo muestra.

—¿Te referías a esto?

El obispo lee:

La Piedra me pareció monumental, imponente, extraordinaria. Jamás había yo visto una montaña tan de cerca. Marcaba un fin, truncaba los caminos, los reales como los imaginarios. José me hizo un guiño. "Aquí estará bien," dijo. Entendí que aquella montaña era lo previsto por él para el reposo de Jesús. Se lo agradecí, me sentía extenuada e incapaz de tomar decisiones. Me pareció bien. Una montaña. Más cerca del cielo.

—Sí, responde Paolo. Hablaba de esa Piedra. Supongo que la montaña existe todavía.

Pietro da un violento puñetazo sobre un mueble.

—¡Cómo es posible que yo no haya visto eso!

El obispo lee en voz alta, aunque tan rápido que apenas se le entiende.

Varios hombres cargaban el cuerpo. El sol que pasaba entre las ramas lo iluminaba. Ascendí ayudada por mi fiel amigo y caminé sin mirar hacia donde hasta que los portadores del cadáver se detuvieron. Una tumba se disimulaba entre las piedras.

De nuevo ungí el cuerpo de Jesús, lo preparé para la transformación que lo esperaba y lo besé cuanto pude. Hasta que

llegó el momento de separarme de él. Entonces le prometí: seré enterrada a tu lado, amado mío. Iremos juntos hacia la eternidad.

Los hombres de José ocultaron con pericia la tumba cavada en la roca para que el viento de los años o el soplo de la curiosidad no abrieran aquella puerta tras la cual se expandía la infinitud.
Yo era incapaz de imaginar entonces que las repercusiones de la resurrección de Jesús por mí orquestada no hacían más que comenzar.

Pietro se pone de pie y se dirige a grandes zancadas hacia su cuarto.

—Paolo, querido. No sabes lo que acabas de hacer por mí. ¡Me salvas, hermano mío! ¡Me salvas incluso la vida, quizás!

Perplejo, Paolo lo sigue con la vista hasta que este desaparece. Acaba por servirse un nuevo whisky. Al cabo de un corto tiempo, Pietro reaparece, vestido con clergyman oscuro, pantalón chaqueta, camisa y el indispensable alzacuello blanco.

—¿Qué te dio?

—Lo siento por el almuerzo, Paolo. Tengo que trabajar. Es urgente. Si Jesús está enterrado en la piedra esa, lo tengo que encontrar yo. Doctor genio, me has curado de todo.

Le da un beso en la frente, luego va como una tromba hacia un armario del cual extrae un estuche con una botella del mismo whisky que han estado bebiendo hasta ahora: *Glendronach, single malt* escocés de 19 años.

—Toma, para que ahogues tu pena en el alcohol por el almuerzo frustrado. Y no me preguntes cuánto la pagué porque no te lo voy a decir. ¿Viniste en auto?

—No, volando como el Arcángel Gabriel, pero dejé las alas en la puerta.

—Llévame hasta el Vaticano, por favor. Por el camino compraremos un par de sándwiches.

El obispo Gaetani irrumpe en su coqueta oficina vaticana con la misma energía con que salió de su casa. Apoya en un botón del intercomunicador y llama a su secretario.

—Padre Rinaldi, necesito verlo de urgencia.

Extrae de una gaveta papel virgen con su nombre y su dignidad eclesiástica en filigrana y comienza a redactar una carta.

Estimado *Monseigneur* Sinclair,

Que el Señor lo bendiga y proteja.

He intentado comunicar con usted en varias ocasiones desde mi regreso, lamentablemente, al estar usted sumergido por sus obligaciones, no ha sido posible. Me permito insistir, pues tengo que ponerlo al corriente de otro peligro que se cierne sobre Nuestra Madre Iglesia.

No puedo hablarle de ese asunto por escrito, ni por teléfono. Es algo extremadamente delicado y, me atrevería a decir, explosivo.

Duda unos instantes. Relee lo escrito. No le satisface.

Tengo que meterle más presión para que reaccione cuanto antes, piensa.

Allá va la bomba, murmura. Y añade.

Se trata del Códex M y de la posible tumba de Jesús.

La puerta se abre, el padre Sixto Rinaldi dice:

—Aquí estoy, Excelencia.

—Gracias, padre. ¿Podría llamar de mi parte al padre Antonelli a Jerusalén y pasarme la comunicación, por favor?

—Imposible, Excelencia, el padre Antonelli está con nuestro Señor.

La muerte de su contacto en Israel es un choque para el obispo.

—¿Desde cuándo?

—Hace unos seis meses que el Señor lo llamó a su Reino por medio de un cáncer… del páncreas, me dijeron. El Señor debía tener prisa, es el cáncer más fulminante.

El obispo tarda unos segundos en encajar el golpe.

—Qué pena. Le tenía aprecio. Pobre hombre.

—Si el Señor lo llamó a su lado no hay razón para lamentarlo, Señoría.

Durante unos instante Pietro fija la mirada en su secretario preguntándose si habla en serio o le toma el pelo. Está a punto de inclinarse por la segunda opción y de decirle que cese de decir estupideces, pero… Opta por disimular sus pensamientos tras la máscara en uso. Sabe por sus informadores que desde hace algunos meses las denunciaciones anónimas son alentadas por las altas instancias vaticanas siempre prestas a resucitar los ardientes tiempos del Santo Oficio. Fiera acorralada ataca y la Iglesia lo está siendo, de eso no hay duda. Más de un sacerdote e incluso varios obispos y otros altos dignatarios han pasado malos ratos solo por expresar opiniones consideradas como iconoclastas, le consta. Por más que él sea quien es, en la ciudad de Dios nadie está totalmente a salvo.

—No, desde luego, acaba por responder. Es que él era mi colaborador más cercano en Tierra Santa y me hubiese gustado tratar con él el asunto que me ocupa.

—Fue reemplazado por el Padre Lacroix, un francés.

—¿Lo conoce?

—Más o menos.

—¿Qué tal es?

—Francés…

—¿De fiar?

—Solo Dios lo sabe.

Cada vez más exasperado por las respuestas de su secretario, el obispo reflexiona unos segundos. Tampoco tiene demasiadas opciones.

—Llámelo y páseme la comunicación.

—Le avanzo algo del asunto que quiere tratar con él.

No, viejo chismoso de mierda, piensa Gaetani. Pero dice:

—Gracias, padre, no es necesario. No se trata de un asunto importante. Quiero solamente saber el nombre actual de una montaña que conoció Nuestro Señor en otros tiempos.

El padre Rinaldi se dispone a salir, Gaetani lo retiene. Termina su corta nota para *Monseigneur* Sinclair, la firma y la pone en un sobre

lacrado.

—Cuando localice al remplazante del padre Antonelli y me lo pase, lleve está nota al cardenal Sinclair, por favor.

—*Monseigneur* Sinclair no está en la Santa Città, creo.

—Déselo a su secretario y dígale que se lo entregue tan pronto regrese. Es urgente.

—A sus órdenes, Ilustrísima.

Tras una pequeña reverencia, el padre Rinaldi sale.

Gaetani sonríe, aunque está enfadado. Es que el padre Rinaldi le parece tan risible… Está cada vez más convencido de que su secretario no trabaja solamente para él, que lo espía más que lo sirve. Si no se decide a remplazarlo es por estar consciente de que cualquiera que ocupe su cargo acabará por hacer lo mismo. Al fin de cuentas más vale malo conocido que bueno por conocer y el padre Rinaldi tiene la ventaja de poseer una inteligencia cercana a la de las amebas.

Sarah gime, se comba de placer, suspira, se contorsiona de gusto, ríe. Thomas se retiene como puede para no dejarse arrastrar por la Pegaso que se encabrita entre sus manos posadas sobre las caderas del magnífico cuerpo de mujer orgásmica que tiembla feliz ante él, arqueando la tersa y grandiosa espalda acariciada por sus ojos, mientras desde el espejo que instaló frente a la cama con la intención de abarcarlo todo, disfruta de los sentimientos casi infinitos que estallan en mohines sutiles o brutales, transformando el rostro irresistiblemente hermoso de Sarah, como olas encrespadas de un mar, intensamente mismo y cada vez otro.

Ella se relaja al fin con ronroneos de gata satisfecha hasta sentir en su interior el sexo de Thomas que sigue erecto, que palpita transmitiendo las pulsaciones del corazón masculino cuyos acelerados latidos mantienen todas las cavidades de su virilidad llenas de la preciosa sangre que siempre en los cuerpos humanos se ocupa de los asuntos más serios.

—¿Qué te pasó, amor mío?

—Nada… reservé apetito para la frambuesa.

Sarah sonríe, pues sabe de qué fruta él habla. Y prometido es deuda.

—Podría servirte un poco de champaña si quieres festejar el estreno de tu futura ex fruta prohibida, añade él.

La hace reír, se besan.

—Proposición aceptada por mayoría.

Sin retirarse de ella Thomas estira la mano hasta el pequeño cubo donde una botella de champaña se deja acariciar por una multitud de pedacitos de hielo y sirve las dos copas.

—A mi nueva vida frambuesa, dice ella mientras brindan.

—A tu divinidad frutal.

Beben entre besos, caricias y lentos movimientos de las caderas de Sarah, guiadas por el diosito Eros, sensual inspirador de los insulsos angelotes, esos gordezuelos hijos de los tabúes cristianos a los que la religiosa mojigatería penó con una existencia sin pene, que se alejan escandalizados, aunque tremendamente excitados, cuando Sarah lame el sexo de Thomas hasta ponerlo resbaloso y se espantan cuando ella apunta al cielo con sus ancas provocadoras.

—Despacito, sí corazón…

—Mejor aún, con amor…

Thomas lame sus nalgas y hunde en ellas la lengua provocando gemidos que anuncian que el cuerpo de Sarah se abre, pide, codicia un nuevo orgasmo. Uno que nunca ha tenido. Se empina más, se abre toda para que Thomas la penetre por su culo espléndido. Él entra lentamente dejándole tiempo de abrirse más, para que él pueda ir más lejos… Hasta que todo su sexo se hunde en Sarah y ella lo acaricia con las paredes tensas de su cuerpo que lo aprietan y lo relajan, lo desean y le temen.

Entonces se mueve transportada por sensaciones desconocidas, al ser la primera vez que hace el amor de esa manera. Se mueve de arriba abajo en el asta sobre el cual flota, cuan bandera al viento, rápido, cada vez más rápido, mientras va descubriendo la sensualidad de una parte de su cuerpo que gracias a Thomas irrumpe en su arcoíris erótico con la plenitud de una pleamar a la que despliega gustosas velas, en la que nada, bucea, flota,

descubriendo insospechadas vías, sublimes derroteros, dulces naufragios que son en realidad espasmos intensos, violentos, exquisitos, con los que atrae a Thomas hasta ciertas cuencas, ahogándolo en amor como las sirenas que en otros tiempos y latitudes cantaban en los oídos de los hombres melodías hechas de suspiros…

Extasiados y agotados Sarah y Thomas se abrazan entre susurros, se estrechan, unidos tanto como pueden, felices, aunque solo se trate de la felicidad efímera del sexo, que tanto tiene de estrella fugaz.

Sigue un tierno silencio. No muy largo esta vez.

—Una página del Codex fue borrada, susurra Sarah.

Sorprende a Thomas, en el que centellean todavía las magas hormonas de la sensualidad.

—Terminamos apenas de hacer el amor y ya empiezas a hablar del Códex.

—Es que acabo de descubrir algo probablemente muy importante.

—¿Qué quiere decir borrada?, pregunta él, víctima ya de la traidora prolactina.

—Los pergaminos se raspaban a veces para ser reutilizados. Era una manera de borrar lo que estaba escrito, aunque a menudo quedaban trazas. Lo que llamamos palimpsestos. A veces se raspaba todo un rollo y se reescribía. Antes de que existieran los códices solo se conocían los rollos, que como sabes, eran diferentes pieles unidas.

—Que podían tener incluso varios metros de largo, ya sé.

—Antes de que el Códex M fuese un códex, fue un simple rollo, bastante largo por cierto o dos tal vez, aunque no me parece.

—Entonces qué tiene de extraordinario que una página del Códex M haya sido raspada.

—Lo que fue borrado no fue una página del Códex M sino una sección del rollo original. Es fácil darse cuenta pues el raspado se extiende unos milímetros más allá de la página actual. Puede notarse en los bordes de la página precedente.

—¿Y eso qué cambia?

—Indica que quien lo borró lo hizo antes de que el rollo fuese transformado en códex, una persona que actuó directamente sobre el rollo.

—¿María Magdalena?

—Posible, aunque pudo ser también la o las personas a las cuales María Magdalena confió su escrito.

—Si tomamos como cierto que fueron tres filósofos quienes llevaron a Constantino una copia del texto, dejando el original en Grecia, eso sucedió en el siglo cuarto. El texto escrito en el siglo primero en forma de rollo pudo hacer pasado por muchas manos antes de llegar a ellos y ser convertido en códex, lo que, según el análisis del carbono 14, sucedió también en el siglo cuarto.

—Pudo también haber estado oculto.

Thomas admite esa posibilidad, aunque opina:

—Admitiendo que haya sido María Magdalena quien borró esa parte del rollo original, ¿por qué lo habría hecho?

—María Magdalena era una mujer muy organizada. En todo su manuscrito prácticamente no hay una mancha. Si ella borró algo tuvo que haber una razón poderosa.

—¿Cómo cuál?

—Que quiso ocultar algo significativo.

—Pero si en el Códex lo dice todo.

—No dice dónde está enterrada. Y ella sabía dónde sería.

Thomas sirve de nuevo champaña mientras opina:

—Y tú sigues pensando que no es en la famosa piedra.

—Estoy convencida.

—¿Por qué?

—Ya lo hemos hablado.

—Y donde esté ella se supone que estará Jesús, como le prometió.

—Exactamente.

Thomas bebe en silencio. Sarah lo observa.

—O sea que para ti en esa hoja raspada podría estar la manera de llegar a…

—La tumba de Jesús, sí.

—Pero si está borrado ¿cómo lo puedes saber?

—Porque soy bruja.

—Me consta que eres muchas cosas, pero bruja sé que no.

—Lo soy, solo que no te lo había mostrado. Mírame.

Thomas la mira sonriente, ella hace gestos con sus manos y le salpica el rostro con finísimas gotas de champaña, mientras dice:

—Existen técnicas que permiten hoy leer los pergaminos raspados. Pero necesito que tú, como depositario y responsable oficial del Códex M, me autorices a utilizarlas.

Lanza una gotas de champaña más sobre el rostro de Thomas y pregunta.

—¿Me autorizas?

—Sí, claro.

Ella se levanta, va hasta su pequeño escritorio y vuelve con una hoja en blanco y una hermosa y antigua estilográfica que tiende a Thomas.

—Tiene que ser por escrito, para que el Louvre lo acepte. Esta pluma la heredé de mi abuela, al mismo tiempo que esta casa. Una pluma llena de historia para un documento histórico.

—¿Cuál?

Ella apoya la hoja virgen sobre el libro "Adiós a Dios" y le entrega todo a Thomas, diciendo:

—El que vas a producir ahora.

—¿Qué debo decir?

—Escribe… Yo, Thomas Roussel, depositario y responsable oficial del Códex M, que me fue confiado por mi padre, Armand Roussel, único sobreviviente de los últimos custodios del Códex de María Magdalena, autorizo a mademoiselle Sarah Kingsley a proceder a una búsqueda de informaciones suplementarias en la hoja borrada de dicho Códex M, raspada con la intención de hacer ilegibles dichas informaciones. Esa hoja se encuentra al final del Códex M. Mademoiselle Kingsley podrá utilizar para ello todas las técnicas y procedimientos existentes, siempre y cuando no pongan en peligro la integridad de dicho documento.

Thomas termina de escribir en silencio.

—Pon la fecha, el lugar y firma, por favor.

Él lo hace, después le tiende la hoja. Sarah ríe.

—Te embrujé, viste.

Él también ríe.

—En lo absoluto. Lo hice por mi propia voluntad.

—No, señor Roussel, usted ha sido víctima del conocidísimo embrujo de la frambuesa.

Thomas ríe a carcajadas ahora.

—¡Me diste a probar tu frambuesa con la intención de hacerme escribir ese documento, bruja intrigante!

—Claro que no, dice ella risueña. Estaba bromeando. Cómo puedes tan desapasionado y calculador para pensar algo así, amado mío.

—¡La tumba de Jesús!

Monseigneur Sinclair se pone de pie y va hasta una ventana de su vasta oficina. Los sólidos muros de la Basílica de San Pedro lo observan. Unas ventanas más allá se encuentra la oficina del Santo Padre. El corazón del mundo cristiano.

¿Un mundo que se agrieta?

Vuelve a su escritorio, relee la nota del obispo Gaetani a la cual no había prestado atención, pues estaba demasiado ocupado con el viaje del Santo Padre. No la había abierto hasta hoy. Ahora lo lamenta. Alertado por el escueto mensaje del obispo releyó las partes del Códex M relacionadas con la crucifixión y el entierro de Jesús y encontró el fragmento que habla de la tumba en la maldita montaña. Decididamente, aunque le moleste a muchos, él incluido, el obispo Pietro Gaetani, en ciertos aspectos singular, es un hombre imprescindible. No por gusto Su Santidad lo defiende de los muchos ataques de quienes intentan derribarlo por la espalda.

> *Llegamos de noche al pie de una negrura inmensa. Una lobreguez que se elevaba hacia un cielo oscuro, más oscuro que todo. Una montaña. Para José y sus hombres tenía nombre: La Piedra.*

La Iglesia pasa por unos de sus peores momentos. La amenaza del Códex M.

¡Y ahora esto!

¡El cuerpo de Jesús!

Primera de Corintios 15: 13 arde en su mente:

> *"Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe."*

Demasiado inquieto para permanecer inmóvil, el cardenal retorna a su ventana favorita desde la cual su mirada acaricia de nuevo las sólidas piedras de la majestuosa Iglesia que para millones de personas en el mundo es un faro.

La ventana del Santo Padre, oscura en este momento por la ausencia del Papa, lo deja solo frente al terrible dilema de ese cuerpo imposible, de esa tumba probable.

¡Dios Nuestro, ayúdanos!

Si el cadáver de Jesús aparece y se suma a los estragos que creará sin dudas el Códex M al ser publicado por el Louvre, por más que la Iglesia lo declare apócrifo y espurio, podría ser el fin. La ruina. Los promotores inmobiliarios se repartirán el Vaticano que será vendido por pedazos al mejor postor. Y los fieles cuyas fes sobrevivan volverán a las iglesias del cristianismo primitivo, reuniéndose en casas y catacumbas como auguró Joseph Ratzinger en su celebre profecía, mucho antes de convertirse en Benedicto XVI.

La mera existencia de una tumba y un cuerpo cualquiera cerca del sitio indicado por la endemoniada María Magdalena dará al Códex M una credibilidad casi imposible de combatir o contrarrestar.

¡Virgen Santa!

Su secretario le anuncia la llegada del obispo Gaetani. Él se recompone el rostro para hacer desaparecer toda huella de pesimismo, intenta una sonrisa y se fuerza a pensar: falta mucho para llegar a semejantes extremidades. La Iglesia ha sobrevivido a más de un infarto.

Vuelve a los oros de su lujoso escritorio.

—Haga pasar al obispo, autoriza.

—Que el Señor lo Bendiga, *Monseigneur*.

—Siéntese, querido obispo, siéntese. Perdone si no lo recibí antes, con el vieje del Santo Padre no he tenido tiempo para nada. Solo hoy leí su mensaje.

Gaetani intenta contener y disimular su furia. ¡Cuánto tiempo perdido! No hace ningún comentario. Para qué…

—¿Desea tomar algo?

—No, gracias.

—¿Cree usted en la resurrección de nuestro Señor, obispo Gaetani?

Sorprendido, Gaetani tarda en responder, finalmente dice:

—Naturalmente, *Monseigneur*.

—Entonces cómo puede hablar en su nota de una posible tumba de Jesucristo.

El obispo calla, confundido e incómodo. La mirada fija y aguda Sinclair lo desestabiliza aún más. Incluso la sonrisa con la que *il Consigliere* del Papa pretende diluir la tensión le resulta incomprensible. Solo las palabras consiguen relajar un poco sus músculos y su mente.

—Estaba bromeando, querido.

Gaetani no aprecia en absoluto la broma. Y se le nota. Está a muy poco de levantarse y dejar a Sinclair con la palabra en la boca. Hay momentos en que es necesario soportar un empujón para conseguir el vuelo, él lo sabe, pero no consigue retenerse del todo.

—Creo que esa broma adolece de cierta falta de… fineza, Ilustrísima. Viniendo de usted, me sorprende.

El cardenal sabe que lo calificado por él de broma era en realidad un intento de desestabilización. No lo admitirá ante el obispo, desde luego. Se siente irritado por la respuesta de Gaetani, por lo que considera la irreverencia de un subordinado, pero su experiencia de diplomático le sugiere centrarse en lo importante de este encuentro, que no es ponerle riendas al altanero pontífice, sino sacarle el mejor partido. Opta por pasar a otro asunto.

—¿Qué piensa de la existencia de esa presunta tumba?, pregunta.

—Qué podría ser muy grave, como ya le dije en mi nota. Si estuviese de verdad en ese sitio, daría credibilidad al Códex M.

—¿Qué sugiere usted?

—Gracias a ciertas investigaciones he podido corroborar la presencia en las cercanías de Jerusalén de una montaña conocida en otros tiempos como Piedra Alta, Piedra Grande e incluso La Piedra. Al parecer es la única con esas características, lo cual, lamentablemente, daría razón al escrito de la supuesta María Magdalena.

—¿Está seguro de eso?

—Solo comprobándolo in situ podré estar seguro, Ilustrísima.

—¿Qué necesitaría?

—Hombres, material, presupuesto y sobre todo el respaldo de la Iglesia para establecer acuerdos con las autoridades israelíes que nos permitan investigar y, de ser necesario, excavar… con la mayor discreción.

—¿Piensa que un asunto de esa índole podría mantenerse secreto?

—Sería lo mejor. Igualmente, si no se logra, diremos que estamos buscando un diente de San Pedro o los restos del burro con el que entró Jesús en Jerusalén…

La ironía del obispo no pasa desapercibida, pero *Monseigneur* Sinclair opta por obviarla.

—Las hipotéticas razones de una eventual excavación tendrían que ser definidas por historiadores expertos en arqueología bíblica o, en cualquier caso, por personas competentes, dice.

—Desde luego, Señoría. Esta vez quien bromeaba era yo.

¡Flecha en diana! De nuevo la altanería del obispo o lo que él califica como tal, contraría al cardenal.

—Aunque se encuentre una tumba y en ella haya un cuerpo, la Iglesia nunca admitirá que se trata del cuerpo de Jesús, afirma.

—La Iglesia no, la gente sí. Et si la tumba está donde dice el Códex M, millones de personas creerán que se trata del cuerpo de

Jesús… que como usted y yo sabemos no existe, ya que resucitó y se fue a los cielos…

Monseigneur Sinclair recibe el nuevo dardo, pero se lo da por merecido. Al fin de cuenta no tiene mejor opción que el obispo para sacar a la Iglesia del atolladero que representa esa probable tumba. Opta por sonreír.

—Tiene usted el rencor tenaz, obispo Gaetani.

El obispo también sonríe.

—Es solo el orgullo. Uno de los muchos defectos de los que adolecemos los romanos, ya sabe. Amamantados con leche de loba…

Monseigneur une su sonrisa a la de Gaetani, como un signo de paz entre dos duelistas que reconocen el valor del contrincante.

—¿Me acompaña a un scotch?, propone.

—Naturalmente. Viniendo de un escocés semejante invitación no se rechaza.

—Mi apellido es en realidad de origen normando, aunque mi familia lleva siglos en Escocia. Los caminos del Señor…

Monseigneur Sinclair sirve dos generosos whiskys y entrega un vaso al obispo.

—Leí alguna vez que el scotch es un don de Dios o de la Iglesia, dice Gaetani, no sin sarcasmo.

El cardenal acerca su vaso. Brindan.

—Al éxito de su nueva misión.

Beben. *Monseigneur* cuenta:

—Realidad o leyenda, así es; se dice que fueron los monjes quienes llevaron el proceso de destilación a Escocia.

—Excelente scotch, dice el obispo.

Ante un escocés llamar whisky al whisky, es una falta de tacto.

—Gracias. La destilería fue fundada por uno de mis ancestros. Mis dos hermanos mayores la dirigen hoy. Un destino que pudo ser el mío.

Los dos hombres brindan y beben, en silencio ahora.

—No podré hacer nada sin el aval del Santo Padre, afirma Sinclair

—Esperar a que Su Santidad regrese sería un error. Hay urgencia.

El cardenal reflexiona bebiendo pequeños sorbos de su scotch familiar. La decisión aparece en sus ojos.

—Tiene razón. Yo me arreglaré con él. Prepare su equipo y establezca un presupuesto. Mientras tanto yo me ocupo de las autoridades de Israel y de las personas que podrán ayudarlo allí. Supongo que tiene usted un plan.

—Sí, Eminencia.

—¿En qué consiste?

—Usar explosivos.

—Muy bien. Ese cuerpo no puede aparecer. El cadáver de Jesús no existe. Jesús resucitó y se fue al cielo.

> *2 Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Yo castigaré lo que hizo Amalec a Israel al oponérsele en el camino cuando subía de Egipto. 3 Ve, pues, y hiere a Amalec, y destruye todo lo que tiene, y no te apiades de él; mata a hombres, mujeres, niños, y aun los de pecho…*
>
> **LA BIBLIA. (1 Samuel 15: 2-3)**

Sarah saluda a los policías que cuidan la casa.

—Hola, ¿necesitan algo?

—No, *merci mademoiselle* Kingsley.

Ella y Thomas siguen bajo protección policial. Está agotada, ha sido una larga jornada en su laboratorio. Encuentra una nota de Thomas diciéndole que salió a correr y a hacer un poco de ejercicios. Se da una ducha, se envuelve en un kimono, se tira en la cama. En la mesa de noche de Thomas está el libro "Adiós a Dios." Lo abre en la hoja marcada y lee:

INCONSISTENCIA DE LA OMNISCIENCIA.

Si la Biblia fue inspirada por Dios a los "hechos con fango" que la escribieron, resulta difícil admitir que una divinidad capaz de crear el Universo en seis días, incluidas las galaxias que se encuentran a miles de años-luz, haya sido incapaz de "inspirar" tres días de la vida de su propio hijo sin cometer errores. Sobre todo si tenemos en cuenta que, según el Dogma de la Santísima Trinidad, ese "hijo" es, de cierta manera, él mismo.

Y no son estos tres días sin importancia. Se trata de tres días en los cuales Jesús Salvó a Toda la Humanidad del Pecado Original. Pecado que Dios mismo, o sea Él, había decretado en tiempos de Adán y Eva como castigo porque esas primeras criaturas por Él creadas a partir de fango y de un pedazo de hueso, tuvieron el desenfado de aspirar al conocimiento.

Tres días en los cuales Jesús, o sea Dios en Su Encarnación Humana, fue torturado, crucificado y murió… durante un día y medio.

Valga que como Dios-Hijo, Hecho de Igual Materia y Esencia que el Dios-Padre, esas torturas al fin de cuentas no le hayan dolido ni la crucifixión haya sido un real tormento, sino un acto puramente aleccionador, incluso así no deja de ser un hecho difícil de olvidar.

Tres días al cabo de los cuales Jesús resucitó con un cuerpo intacto, sin huella alguna de descomposición, ¡ni olor! Lo cual sigue sorprendiendo a los creados con lodo y costilla comunes que cuando mueren bajo intenso calor comienzan a descomponerse en menos de veinticuatro horas y no fallecen por un día y medio sino por siglos y siglos e incluso, según algunos descreídos, para siempre.

¡Que Dios los perdone!

Tres días que al parecer convencieron a Jesús-Cristo-Dios de que no tenía nada más que hacer en la Tierra, aunque nada en la Tierra hubiese cambiado y los esclavos siguiesen siendo esclavos, los poderosos siguiesen abusando de los débiles, los romanos siguiesen dominando al Pueblo Elegido y las mujeres siguiesen sufriendo para dar la vida y muriendo en el intento a pesar de que el Pecado Original que las hacía parir con dolor y todos los

otros habían sido perdonados… Además de una retahíla de etcéteras que a lo largo de la Historia e incluso hoy siguen haciendo penar a la Humanidad.
A pesar de estos hechos tan singulares, Dios, al *inspirar* a los autores de los Evangelios, no pudo recordarlos correctamente y dijo cosas diferentes a cada uno, lo cual derivó en penosas contradicciones entre las cuatro *Verdades Indiscutibles* del Nuevo Testamento al contar esos tres cortos días que van de la Crucifixión a la Resurrección. Algo que, aunque para evitar el tedio solo se tomen en cuenta aquí los dos primeros Evangelios, lleva a los creados con fango y costilla comunes a ciertas incómodas preguntas.

Evangelios de Marcos y Mateo.
¿Verdades Indiscutibles?

El primer Evangelio que aparece en el Nuevo Testamento es el llamado "de Mateo." La cronología correcta no es esa, el primero que se escribió fue el llamado "de Marcos". Como ya se ha dicho, se cree que fue escrito unos 40 años después de la supuesta crucifixión de Jesús.
Crucifixión que, valga la insistencia, a pesar de su "extraordinaria importancia" ningún historiador consignó y no aparece en ningún texto conocido o registro oficial de la época, solo en la Biblia, que no es un documento histórico, sino un libro de propaganda religiosa.
Del Evangelio "de Marcos" hay dos versiones llamadas, con bastante poca originalidad, versión corta y versión larga. La corta es la que aparece en los manuscritos más antiguos autentificados que son el Códice Vaticano y el Códice Sinaítico. Las diferencias entre las versiones corta y larga conciernen el capítulo 16, el último. Se trata de algunas frases que según los expertos, cuyas conclusiones la Iglesia no desmiente, son añadidos de copistas, o sea, de no se sabe quién, pero que siguen estando en la Biblia… ¡Palabra de Dios!

¿Significa que además de haber inspirado al "Santo Evangelista Original" Dios inspiró también a los copistas?
No se sabe.
Los especialistas estiman que la versión más auténtica del Evangelio llamado "de Marcos", es la que aparece en los anteriormente citados Códices, la más antigua o sea, la corta.
El Evangelio "de Mateo", segundo por orden cronológico, escrito décadas después del "de Marcos", (unos 70 años después de la hipotética crucifixión que describe), copia prácticamente la totalidad del texto "de Marcos" de manera literal, como lo hará más tarde el supuesto "Lucas".

Los Evangelios llamados "de Marcos y de Mateo" cuentan así los hechos más destacados de esos tres singulares días:

Muerte de Jesús.

En Marcos 15: 33-39, el evangelista narra la muerte de Jesús de esta manera:

33 Cuando vino la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. 34 Y a la hora novena Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? 35 Y algunos de los que estaban allí decían, al oírlo: Mirad, llama a Elías. 36 Y corrió uno, y empapando una esponja en vinagre, y poniéndola en una caña, le dio a beber, diciendo: Dejad, veamos si viene Elías a bajarle. 37 Mas Jesús, dando una gran voz, expiró. 38 Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. 39 Y el centurión que estaba frente a él, viendo que después de clamar había expirado así, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.

En el Evangelio llamado de Mateo, el evangelista cuenta la misma escena, de manera casi textual, pero introduce elementos

mágicos o "milagros" destinados a destacar la "divinidad" del crucificado.

En Mateo 27: 45-54 el evangelista cuenta así la muerte de Jesús:

45 Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. 46 Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? 47 Algunos de los que estaban allí decían, al oírlo: A Elías llama este. 48 Y al instante, corriendo uno de ellos, tomó una esponja, y la empapó de vinagre, y poniéndola en una caña, le dio a beber. 49 Pero los otros decían: Deja, veamos si viene Elías a librarle. 50 Mas Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, entregó el espíritu.

51 Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron; 52 y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; 53 y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos. 54 El centurión, y los que estaban con él guardando a Jesús, visto el terremoto, y las cosas que habían sido hechas, temieron en gran manera, y dijeron: Verdaderamente este era Hijo de Dios.

La tumba vacía

En Marcos 16: 8 termina la versión considerada como más auténtica: la corta. Esta versión no habla de la resurrección ni del encuentro de Jesús resucitado con los apóstoles, ni de la ascensión.

El autor del Evangelio "de Marcos", en la versión corta, da fe del hallazgo de la tumba vacía con las siguientes palabras:
(Marcos 16:1-8)

1 Cuando pasó el día de reposo, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a ungirle. 2 Y muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, ya salido el sol. 3 Pero decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro? 4 Pero cuando miraron, vieron removida la piedra, que era muy grande. 5 Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca; y se espantaron. 6 Mas él les dijo: No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron. 7 Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo. 8 Y ellas se fueron huyendo del sepulcro, porque les había tomado temblor y espanto; ni decían nada a nadie, porque tenían miedo.

Así termina esta versión de Marcos.

El autor del Evangelio "de Mateo", haciendo gala de su propensión por los temblores de tierra, narra el suceso en estos términos. (Mateo 28: 1-10)

1 Pasado el día de reposo, al amanecer del primer día de la semana, vinieron María Magdalena y la otra María, a ver el sepulcro. 2 Y hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella. 3 Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. 4 Y de miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos. 5 Mas el ángel, respondiendo, dijo a las mujeres: No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. 6 No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor. 7 E id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos, y he aquí va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis. He aquí, os lo he dicho. 8 Entonces ellas, saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos. Y

mientras iban a dar las nuevas a los discípulos, 9 he aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron. 10 Entonces Jesús les dijo: No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán.

Resurrección, encuentro con los apóstoles y ascensión.

La versión corta del Evangelio "de Marcos" no trata esos sucesos, pues termina cuando las tres mujeres salen corriendo de la tumba aterrorizadas.
La versión larga comienza en Marcos 16:9 y va hasta el versículo 20. Todos los especialistas, laicos como religiosos, que la Iglesia no contradice, consideran que se trata de añadidos de uno o varios copistas desconocidos.
¡O sea de versículos falsos!
¡Que siguen estando en la Biblia sin que ninguna nota o advertencia los señale como espurios!

Entre la versión corta y la larga, exactamente entre el versículo 8 y el 9 no hay continuidad. Al contrario, hay un salto de tiempo, lugar y acción, (las llamadas tres unidades clásicas aristotélicas), que nada explica.
En el versículo 8, (versión original) María Magdalena, Salomé y María la madre de Jacobo, salen corriendo del sepulcro y no le dicen a nadie que habían hablado con un ángel ni que la tumba estaba abierta y vacía *porque les había tomado temblor y espanto*.
En el versículo 9, (versión espuria), sin hacer la menor referencia a lo sucedido antes, ni a las amigas que la acompañaron a la tumba, ni al estado anímico de María Magdalena, el autor dice (o sugiere) que está sola y tranquila.
En el versículo 5, (versión original) María Magdalena y sus dos amigas al ver en el sepulcro a *un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca… se espantaron.*

En los versículos 9 y 10, (versión espuria), Magdalena está sola, sin que se sepa lo sucedido con las otras mujeres, cuando Jesús se le aparece. Algo que a ella no le da *miedo ni temblor ni espanto*, al contrario, lo toma como algo natural…

En fin, la versión larga y espuria del Evangelio de Marcos, dice así:

9 Habiendo, pues, resucitado Jesús por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de quien había echado siete demonios. 10 Yendo ella, lo hizo saber a los que habían estado con él, que estaban tristes y llorando. 11 Ellos, cuando oyeron que vivía, y que había sido visto por ella, no lo creyeron.
12 Pero después apareció en otra forma a dos de ellos que iban de camino, yendo al campo. 13 Ellos fueron y lo hicieron saber a los otros; y ni aun a ellos creyeron.

14 Finalmente se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado. 15 Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. 16 El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado. 17 Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; 18 tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.

19 Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios. 20 Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén.

El autor del Evangelio "de Mateo", desconocedor de la versión larga "de Marcos", cuenta por primera vez los hechos con mayor sobriedad que su colega. Al punto que no trata el importante

asunto de la ascensión. Seguramente porque nada había leído al respecto en la versión corta de Marcos 16.

El Evangelio "de Mateo" cuenta así los sucesos. (Mateo 28: 16-20)

16 Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado. 17 Y cuando le vieron, le adoraron; pero algunos dudaban. 18 Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. 19 Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; 20 enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.

Soldados romanos custodian la tumba de Jesús.

Por instigación del Sanedrín, según el Evangelio "de Mateo" y solamente en este, una guardia romana custodia la tumba de Jesús hasta su resurrección.
Resulta totalmente inexplicable que este hecho de vital importancia, no aparezca en lo absoluto en el Evangelio "de Marcos", escrito muchos años antes.

En Mateo 27: 62-66, el evangelista dice:

62 Al día siguiente, que es después de la preparación, se reunieron los principales sacerdotes y los fariseos ante Pilato, 63 diciendo: Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré. 64 Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error peor que el primero. 65 Y Pilato les dijo: Ahí tenéis una guardia; id, aseguradlo como

sabéis. 66 Entonces ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia.

El autor describe una reunión, en principio secreta, de los principales sacerdotes judíos con Poncio Pilato como si él mismo hubiese participado. Lo cual, desde luego, es imposible. En esta supuesta reunión se decide, según él, algo extremadamente importante:

¡Poner una guardia romana para custodiar la tumba de Jesús!
Se trata de una astucia dramatúrgica bastante burda con la que el evangelista intenta garantizar al lector que la desaparición del cuerpo de Jesús no se debe a un robo, como pensaba la mayoría de los habitantes de Jerusalén, sino a una "divina" y "verdadera" resurrección.

Solo los cristianos, una minoría en la época en que se escribieron los Evangelios, daban crédito a la hipótesis de la resurrección de Jesús. La mayor parte de la sociedad judía, para la cual un carpintero de la remota e insignificante aldea de Nazaret convertido en predicador no tenía mayor importancia, consideraba a Jesús como un enésimo falso profeta aspirante a Mesías y pensaba, con toda lógica, que su cadáver había sido simplemente robado y ocultado por sus seguidores para dar credibilidad a la rocambolesca teoría de la resurrección.
Carecía de sentido que un Jesús resucitado se hubiese ido al cielo en lugar de presentarse ante sus contemporáneos y quienes lo habían condenado para probar su divinidad. ¿Por qué alguien aureolado con el poder de vencer a la muerte se habría ocultado en lugar de decuplar sus prédicas a la luz de ese extraordinario milagro?

El Sanedrín, por su parte, no tenía ninguna razón para pensar que Jesús, muerto en la cruz como cualquier delincuente, gimoteando además como un crío apocado y cobarde, a pesar de sus 39 años: "Padre, padre, por qué me has abandonado", tuviese el menor poder para revivir y escapar de una tumba.

Pero había algo que el evangelista sí sabía: a su público no le importaba que sus historias fuesen lógicas o verosímiles. Solo pedían que reforzaran sus creencias.
No buscaban la verdad, la fe nunca la busca, sino la confirmación de sus utopías. No valoraban la realidad, buscaban el consuelo de la ilusión. Anhelaban seguir creyendo en las promesas hechas por Jesús 70 años antes, como lo siguen anhelando muchos hoy, casi XXI siglos después.
Querían que contra toda lógica hubiese un Dios, que la vida fuese eterna, que una justicia divina premiara a los buenos y condenase a los malos, que hubiese un paraíso en el cielo y un reino de Dios en la Tierra…
Eran lo que hoy se conoce como público cautivo.

Evangelios "de Marcos y Mateo".
(Resumen comparativo.)

Muerte de Jesús.

En "Marcos" se dice: cuando vino la hora sexta (mediodía), ***hubo tinieblas sobre toda la tierra*** hasta la hora novena (3 de la tarde).
En "Mateo", su fiel copista, se dice: desde la hora sexta ***hubo tinieblas sobre toda la tierra*** hasta la hora novena.

Sobre toda la tierra, lógicamente significa en todo el mundo. ¡Tinieblas en pleno día en todo el mundo! Algo así tuvo que llamar la atención a una buena parte de los habitantes del planeta. Sin embargo, fuera de los Evangelios, nadie, ni historiador ni cronista ni simple mortal, lo comentó o consignó.

¡Lo cual deja muy mal parada la veracidad de esa afirmación bíblica!

Marcos:
Frente a la cruz un centurión dice una frase que difícilmente algún afín de Jesús pudo haber escuchado y transmitido, décadas más tarde, al autor de ese Evangelio. Se trata de una alabanza absurda e inverosímil. Más aún si se tiene en cuenta que, para realzarla, la Biblia la pone en boca de un soldado romano. Típico y procaz ejemplo de propaganda religiosa que en otros tiempos y en otros públicos funcionaba, pero que hoy no puede ser tomada por veraz, ni siquiera por un creyente fervoroso.

> *Y el centurión que estaba frente a él, viendo que después de clamar había expirado así, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.*

Mateo:
Un centurión y varios soldados romanos que lo acompañan dicen la misma frase. ¡Textualmente! ¿La dicen en coro? No se especifica. Solo que esta vez no sucede frente a la cruz, sino dos días más tarde, en la tumba de Jesús.

> *El centurión, y los que estaban con él guardando a Jesús, visto el terremoto, y las cosas que habían sido hechas, temieron en gran manera, y dijeron: Verdaderamente este era Hijo de Dios.*

Marcos:
Un hecho "mágico" sucede en el momento de la muerte del crucificado.

> *Mas Jesús, dando una gran voz, expiró. 38 Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo.*

Mateo:
Toda una serie de hechos "mágicos" e inverosímiles tienen lugar en el momento en el que el crucificado expira.

> *Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron; 52 y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; 53 y saliendo de los*

sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos.

La tumba vacía.

Marcos:

Tres mujeres vienen a la tumba de Jesús con todo lo necesario para ungirlo.

Cuando pasó el día de reposo, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a ungirle.

Mateo:

Solo dos mujeres vienen, ya no para ungirlo, simplemente para ver la tumba. Salomé desapareció.

Pasado el día de reposo, al amanecer del primer día de la semana, vinieron María Magdalena y la otra María, a ver el sepulcro.

Marcos:

Camino de la tumba de Jesús, las tres mujeres, que al parecer acaban de percatarse del problema que deberán afrontar y no tienen nada previsto para solucionarlo, (¡tontas féminas al fin!), temen no poder remover la piedra que tapa el sepulcro. Un ser superior, masculino desde luego, anticipa la contrariedad y resuelve por ellas el asunto.

Pero decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro? 4 Pero cuando miraron, vieron removida la piedra, que era muy grande. Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho cubierto de una larga ropa blanca; y se espantaron.

Mateo:

Las (ahora solo) dos mujeres no se preocupan en lo absoluto por la cuestión de la pesada piedra. ¡A pesar de ser solo dos en esta

narración! Se diría que como el autor de este Evangelio, leyeron con anterioridad el texto del llamado "Marcos." Parecen estar al corriente de que dos enormes sorpresas las esperan en la tumba.
¡Un ángel! Y… ¡Un gran terremoto!
¡El segundo desastre telúrico en menos de tres días!
Dos terremotos de los que solo habla la Biblia. Ningún historiador ni documento oficial los menciona. ¡Dos temblores de tierra! ¡Calificados por el evangelista de "grandes"!
¡Una verdadera catástrofe, como mínimo, regional!
¿Cómo es posible que nadie más que ese evangelista los haya señalado?¡Y en un texto escrito casi setenta años después de los hechos!Una vez más la veracidad bíblica resulta bien poco veraz.

El asunto de los guardias en la tumba, que este evangelista introdujo en la narración, es tratado en el texto de manera totalmente inverosímil. "Mateo" escribe que varios guardias romanos aguerridos fueron paralizados por el miedo al ver lo que sucedía en la tumba, mientras las dos mujeres que acaban de llegar al sitio ni se inmutan…

> *Y hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella. 3 Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. 4 Y de miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos. 5 Mas el ángel, respondiendo, dijo a las mujeres: No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. 6 No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor.*

Marcos:
Las tres mujeres huyen del sepulcro y no le dicen nada a nadie, ni siquiera a los discípulos, pues están aterrorizadas.
Contrariamente al Evangelio de Mateo, en Marcos no se menciona ninguna aparición de Jesús.

¡Cómo pudo haber obviado el autor de Marcos un hecho tan transcendental!
¿Se le habrá olvidado a Dios?

> *Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo. 8 Y ellas se fueron huyendo del sepulcro, porque les había tomado temblor y espanto; ni decían nada a nadie, porque tenían miedo.*

Mateo:
Las (ahora solo) dos mujeres, nada conmocionadas por haber asistido a *un gran terremoto* ni por estar hablando con *un ángel*, entran en la tumba sin mayores recelos y salen corriendo gozosas a anunciar la buena nueva a los discípulos.
Según las explicaciones del *ángel*, Jesús había tomado la dirección de Galilea desde su resurrección, o sea, hacía un buen rato. No se conoce su medio de transporte. Puede suponerse que fuese milagroso.
Lo extraño, sin embargo, es que súbitamente el resucitado cambia de dirección, regresa… ¡y se le aparece a las dos Marías!
Que, una vez más ¡ni siquiera se sorprenden!

Resulta curioso que Jesús se haya desviado de su ruta y regresado a su ya lejano punto de partida con el simple objetivo de decir a las dos mujeres:

> *Dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán*.

O sea, exactamente lo que ellas estaban haciendo ya…

> *Entonces ellas, saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos. Y mientras iban a dar las nuevas a los discípulos, 9 he aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron. 10 Entonces Jesús les dijo: No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán.*

Extraño resulta igualmente que en la versión corta "de Marcos", como en el Evangelio "de Mateo", estando Jesús y todos los discípulos en Jerusalén, este no se presente a ellos en esa ciudad tras su "milagrosa" resurrección.
¡Solución lógica para tal reencuentro!
Y les dé cita a varios días de marcha de allí.

Solo en la versión larga "de Marcos", Jesús se aparece a los llamados discípulos en Jerusalén. (Marcos 16: 14).

> *14 Finalmente se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado.*

Esto parece indicar que el "copista no inspirado por Dios," fue el único que tuvo la inteligencia de ver que la cita en Galilea, cuando todos estaban en Jerusalén, era un mayúsculo belén.

Valga señalar que Galilea no es una ciudad ni un poblado, sino una región.

¡Y que en la época de Jesús estaba a unos seis días de camino desde Jerusalén!

Considérese también que Jesús no dio a los discípulos ninguna prueba indiscutible de su resurrección. Hecho "milagroso" sucedido solamente una vez en siglos y siglos que, como poco, podía resultarles difícil de creer.

Sorprende además que el *divino* Jesús, tan poco *adivino*, se comporte como un irremediable papanatas al pensar que unos hombres que conocía desde hacía un corto par de años seguían siendo de fiar teniendo en cuenta varias de sus extrañas actitudes. Particularmente las más recientes, en el Jardín de Getsemaní, al dormirse sabiéndolo en peligro y huir cuando él era arrestado.

Cómo explicarse que un dios ¡Omnisciente! siguiese considerando a esos once bellacos como sus "fieles hermanos", cuando Él ni Su

Padre podían ignorar que se habían ocultado como ratas, mientras Él era juzgado y condenado a muerte.
Peor, mientras Él era crucificado y sepultado.

Que los discípulos se hayan declarado Apóstoles y retomado las soflamas una vez "convencidos" de que Jesús "había resucitado" y era, por consiguiente, el *Todopoderoso Hijo de Dios*, no tiene relación alguna con la Fe, el Fervor o la Fidelidad…
Es solo Oportunismo.

El "Times" de Londres, dice:

"Un comando de profesionales armados irrumpió brutalmente en la propiedad de los señores Walker y asesinó fríamente a todos los presentes: el señor y la señora Walker, cinco periodistas a los que ellos habían dado cita y Faith Dolson, una empleada doméstica que se hallaba en su habitación. Entre los periodistas asesinados se encontraba Anthony William Douglas, miembro eminente y querido de nuestra redacción, esposo de Mary Douglas y padre de dos hijos pequeños. Tras el crimen los miembros del comando destrozaron muebles, armarios, colchones e incluso las paredes. ¿Qué buscaban? Scotland Yard lo sabe. Un misterioso documento conocido como Codex M. ¿Quién lo buscaba? La mejor forma de responder a esta interrogación es preguntándose: ¿A quién pone en peligro el Códex M? Imposible no pensar en la Iglesia, dicen muchos.

El "Berliner News" alemán también ataca de manera apenas velada a la Iglesia:

"Los doctores Anke y Franz Bauer, asesinados el día siguiente de los crímenes de Londres y París, guardaban un secreto. Ellos, al igual que los Walker y el francés Armand Roussel pertenecían a una hermandad que desde hace siglos custodia un peculiar documento. Según los especialistas ese documento dataría del siglo I, habría sido escrito por María Magdalena y pondría en peligro al cristianismo. Sabemos que la Iglesia ha sido acusada de pedofilia, de

violencias contra menores y de otros delitos graves sin que la justicia ni la opinión pública reaccionen con el rigor que podría esperarse. ¿Soportará la sociedad que la Iglesia sea acusada de asesinato sin inmutarse?"

El periódico francés "Jour et Nuit" reporta una entrevista con Thomas.

"A lo largo de su historia la Iglesia ha intentado por todos los medios de hacerse con el Códex M y esto desde Concilio de Nicea donde el emperador Constantino I conoció su existencia y la anunció a los obispos allí reunidos por él. Thomas Roussel afirma no tener la menor duda sobre quién está detrás de los crímenes de Londres, Berlín y París. ¿La Iglesia Católica?, le pregunto. Él me sonríe irónicamente antes de responder: Los guardianes de Códex habían decidido publicar el Códex M, lo que explica la presencia de periodistas en la casa de los señores Walker. ¿Quién estaría dispuesto a matar a trece personas para impedir que salga a la luz un escrito de María Magdalena con más de veinte siglos de antigüedad, reputado capaz de poner en peligro los fundamentos de la Iglesia y la fe cristiana? "

La Ciudad Santa está en estado de choque. ¡Es desesperante! Ahora los medios italianos se hacen eco de sus colegas extranjeros. ¡Y toda Roma los lee!

Parafraseando la prensa extranjera el periódico italiano "Oggi", se pregunta:

"Como expresó el hijo de uno de los guardianes del Códex, ¿quién podía estar dispuesto a matar para recuperar un documento escrito hace siglos. Solamente alguien que mucho le teme. Tratándose de un documento capaz de poner en peligro las bases mismas de la religión católica, no es descabellado pensar, ¿la Iglesia?"

El servicio de prensa del Vaticano no se ha quedado con los brazos cruzados, desde luego. Independientemente de rebatir en sus

medios las acusaciones, también ha exhortado a medios afines a refutarlas.

El periódico "Voci di Roma" contrarresta con una hipótesis válida:

"¿Por qué varios medios de prensa acusan sin pruebas a la Iglesia de un crimen bárbaro? Para dañarla, está claro. Un documento del siglo primero escrito por María Magdalena, como se rumorea, tendría un elevadísimo valor monetario. Decenas de personas e instituciones con medios millonarios estarían dispuestas a todo para adueñarse de él. Sin embargo ningún medio de prensa considera esta evidencia. ¿Por qué? Porque todo ese gasto de tinta y papel no está dirigido a esclarecer un misterio ni a elucidar un crimen, sino a atacar a la institución que más trabaja por el bien de la Humanidad."

Sobre el lujoso escritorio del cardenal Sinclair se acumulan los periódicos que protagonizan el enfrentamiento mediático, aparentemente comedido, en realidad feroz, entre la Iglesia y la prensa internacional.

Pietro Gaetani espera. Está solo. El teléfono del cardenal sonó cuando él apenas entraba y Sinclair pasó a su privado para responder. El obispo comprendió que quien lo llamaba era el Papa, que ha vuelto precipitadamente de su viaje, preocupado por la andanada acusatoria de la prensa.

El Vaticano entero anda con diarreas, e*l Príncipe debe estar en el retrete*, *como todos,* piensa burlón el obispo, pues el privado en ciertas oficinas tiene cama, ducha, inodoro y otro tipo de facilidades.

Desde hace algún tiempo, en guasa y solo en intimidad, Gaetani llama a Sinclair "Príncipe", parodiando el rimbombante título de "Príncipes de la Iglesia" que con total altanería se otorgan los cardenales, al ser el segundo círculo del poder vaticano detrás del Papa quien, aunque no se dice, se supone que es el Rey.

Excelsitud, Eminentísimo, Vuestra Merced, Beatísimo, Excelsa Señoría, Ilustrísimo, Vuestra Beatitud, Santidad, Eminencia,

Reverendísimo, Señoría Ilustrísima, Paternidad Beatísima, Excelencia Reverendísima, Santísimo Padre… Los superlativos no se mueren de hambre en el Vaticano, al contrario de la modestia, que languidece sin remedio, pues si de algo no pecan los altos cargos de la Iglesia "de Dios", es de humildad.

Las acusaciones de la prensa han puesto nerviosa a toda la Ciudad Santa, a algunos incluso, los que ignoraban que los crímenes cometidos en las tres capitales europeas estaban relacionados con la Iglesia, los ha puesto histéricos. El equipo que trabajó en la "Operación Magdalena" no ha sido excepción. El obispo, aunque tampoco las tiene todas consigo, tuvo que calmar a su gente asegurándoles que jamás la Iglesia los entregará a la justicia.

—Nuestra Iglesia no está exenta de pecados, pero si algo hace bien es defender a los suyos. Ha cubierto eficazmente a los clérigos pedófilos, ¿no es así? ¿Acaso no cubrió también a los que hicieron negocios con la Mafia, a los limpiaron dinero? Todos hemos constatado como mira obstinadamente hacia otro lado para no ver que los maricas pululan en la Ciudad Santa, ¿no es cierto? ¿Acaso no resuelve el problema de los curas que abusan sexualmente de las monjas sin que el asunto salga de los muros del Vaticano? Podría extenderme con esa lista, pero no creo que sea necesario.

No lo es. Su equipo sabe de qué habla.

—Entonces tranquilos, a nosotros también nos cubrirá.

Serenó a sus hombres, era su deber, eso no quiere decir que él esté sereno. Sabe que la Iglesia no actúa así por fidelidad, sino por miedo. Si un asunto tan espinoso como la "Operación Magdalena" saliese a la luz, la responsabilidad última recaería sobre el Vaticano, algo que la Santa Sede evitará aunque, como Nerón, tenga que incendiar Roma. Sabe también que la traición ha formado parte de las opciones la "Santa Madre" siempre y que no dudará en tirar lastre si teme estrellarse ni vacilará en lanzar por la borda a quien sea para mantenerse a flote.

La "Operación Magdalena" fue planificada y dirigida por él. Si alguien juega el peligroso papel de lastre en ese asunto es él. Es muy pronto para que semejante opción esté a la orden del día, pero tener un plan B es una necesidad, casi una urgencia.

A veces parecería que Dios tiene de verdad un designio y que cuando las cosas coinciden el azar no juega ningún papel. ¡Jerusalén! La tierra de los milagros le abre los brazos en el momento en que la Santa Città podría sentirse tentada a arrojarlo a las fieras.

Cómo no pensar en ese cadáver que lo espera bajo el polvo y las rocas de la Ciudad Eterna, no la eternidad autoproclamada de Roma, la eternidad auténtica de una tierra por cuyas sendas anduvo Jesús, con cuya arcilla se moldeó la ideología más poderosa de los últimos veinte siglos, que ha confundido a emperadores, puesto de rodilla a reyes y remplazado con quimeras la racionalidad de millones de gente ordinaria e incluso de personas extraordinarias a las que de poco les han servido las universidades, los libros ni los profundos saberes en ciertos aspectos de lo biológico, lo vegetal, la psicología humana e incluso de las leyes de la materia.

Lamentablemente, aunque la milagrosa Jerusalén lo atrae con la promesa de un prodigioso cambio de vida, Roma lo ancla con la amenaza de una sombría vicisitud existencial, pues sobre los ausentes caen siempre las culpas y si se es blanco de vigorosas envidias y enconados odios como él, cualquier yerro puede convertirse en hierros, ya que los rezos de quienes piden a Dios verlo en la cárcel podrían ser escuchados por algún ceñudo juez. Elevarse hacia la Tierra de Dios o aferrarse a la ciudad donde se dice que está Su Casa, arrastrado de un lado a otro por esos dos posibles futuros, se desvela su presente.

—Perdone mi ausencia, querido obispo.

El regreso del cardenal Sinclair corta el hilo de la reflexión de Gaetani

—Usted no necesita pedir disculpas, Ilustrísima.

El "Príncipe" se sienta tras su dorado escritorio, que funge de trono. Sus ojeras y su aire agotado denuncian las preocupaciones y angustias que lo desgastan, cuentan sus amargos insomnios.

—¿Qué piensa de esto?, dice refiriéndose a los periódicos que disturban el orden habitual de su lujoso buró.

—La prensa y ciertas estrellas tienen en común el brillo y la fugacidad.

La filosofía del obispo sorprende al cardenal. Desdichadamente, no lo tranquiliza. El miedo se le ha metido demasiado adentro.

—Se trata de un ataque coordinado, opina. Detrás de esto hay alguien. No es normal que vuelva a la luz un asunto que casi había caído en el olvido.

—¿En quién piensa?

—No sé. La Iglesia tiene tantos enemigos… Los primeros ataques y los más intensos vinieron de Inglaterra. Me pregunto si… la Iglesia Anglicana… Canterbury… los presbiterianos… personalidades de esos círculos que buscan sacar partido de la circunstancia…

—¿Qué le hace pensar que podría venir de una corriente cristiana?

—Las corrientes disidentes del cristianismo siempre envidiaron el éxito del catolicismo. Las llamadas guerras de religión lo prueban. Algunos sostienen que fue el catolicismo el que atacó al protestantismo, pero eso es falso, todo el mundo lo sabe. Fue Lutero quien arremetió contra el Papa, no lo contrario.

El obispo piensa que la visión del cardenal es, como mínimo, discutible. La Masacre de la San Bartolomeo en Francia bastaría para probarlo. No lo dirá, naturalmente. No ha venido a polemizar, ¿qué beneficio obtendría con ello? Calla, guardar para sí sus opiniones es la más sagaz estrategia vaticana.

—Reconozco que estoy bastante perdido, expresa el cardenal. Estás acusaciones son muy… importunas.

—Tal vez lo mejor sería esperar, Eminentísimo. Usted lo sabe tan bien como yo, en unos días otros asuntos ocuparán las primeras planas de esos mismos periódicos.

La poca importancia que Gaetani da a lo que a él le quita el sueño incomoda al cardenal. Su tono de voz de hace acerado. Dice:

—Me sorprende que considere usted con tanta ligereza este asunto que para toda la jerarquía eclesiástica, incluido el Santo Padre, es de la mayor importancia. Al punto que Su Beatitud acortó su viaje para tratarlo.

Gaetani capta el cambio de tono del cardenal, percibe el filo aparecido en su mirada y opta por la retirada casi como un reflejo.

—Yo, como usted, considero este lamentable ataque de la mayor importancia, Ilustrísima. Trato solamente de relativizar.

A Sinclair tampoco le es difícil captar la maniobra del obispo. Ha pasado casi toda su vida en la Iglesia, se ocupa de relaciones internacionales, de diplomacia, en cuestión de hipocresía tiene más de un doctorado. Y aunque sabe mantener a raya la cólera cuando es necesario, con subordinados como el obispo, presuntuoso por añadidura, la arroja sin pena. Entre otros efectos, para liberarse de ella.

—Usted es el primero que debería preocuparse, obispo Gaetani, espeta. En esos artículos solo falta que pongan su nombre. Todos nos hacemos sangre de tinta con esas amenazas y usted, tan fresco, confiando en las estrellas fugaces. ¿Quiere que le refresque la memoria? Pietro Benedetto Gaetani, concepción y dirección del desastre conocido como "Operación Magdalena".

El obispo cierra los puños. También la boca. Le torcería con gusto el cuello a ese viejo marica con ínfulas desmedidas, pero sabe que no puede. Tiene que ayudarlo a calmarse, al contrario. Sin su firma el presupuesto de lo ya él ha nombrado "Operación Jerusalén", naufraga.

Le encantaría decirle un par de cosas con las que ahora se atraganta, como que si él cae medio Vaticano cae con él. Se jura que lo hará, oh sí, cuando llegue el momento. Le dirá, por ejemplo: ¿Quiere que le refresque la memoria, Príncipe del Reino de las Nubes? Qué tal si le deleito los oídos con nuestras conversaciones sobre lo que yo y mis hombres hicimos recientemente en París, con su venia. Todo está grabado, Reverendísima… mierda.

El dominio del obispo desespera al estresado Sinclair. Lo conoce lo suficiente para imaginar que está pensando horrores en su contra, lo ve en sus ojos además. Por amor de la verdad Dios así los hizo, periscopios del alma, nunca mienten tan bien como los rostros.

Monseigneur reabre las compuertas de su maldad.

—¿No le preocupa que en los medios de prensa comiencen a aparecer nombres? Podrían hacer mucho daño. Su nombre, el del coronel Jonás, el de los miembros de su equipo, expele el cardenal, cuya intensión, casi placer, es ahora destrozar la calma del obispo,

real o aparente, llevarlo hasta la ira donde, así lo quiso también Dios, los humanos traicionan a la inteligencia.

Un silencio de plomo se desprende de la amenaza. Gaetani acaba por decir:

—Podrían hacernos daño si tuviesen pruebas, Ilustrísima, pero no las tienen. Gracias al profesionalismo de nuestros hombres y, sobre todo, gracias a Dios, que nos acompañó en todo momento durante la operación y lo sigue haciendo porque sabe que nuestra causa es justa y que salvar su Iglesia puede conllevar pérdidas colaterales. Ese desparrame de tinta con el que quieren asustarnos no es más que cacareo. Si existieran pruebas ya Scotland Yard y las policías francesas y alemanas nos lo hubiesen hecho saber con medios mucho más rudos.

Los argumentos de Gaetani, bien pensados, justos, razonables, ejercen sobre cardenal un efecto apaciguador. El obispo lo percibe. No tiene la intención de dejar pasar el momento. Soportó la colérica violencia de Sinclair. Ahora es su turno para golpear. Con pausada voz, dice:

—En cuanto a los nombres que podrían aparecer en la prensa, muy pocas personas los conocen. Si eso sucediese solo se explicaría por una traición. Y las traiciones, como usted bien sabe, se pagan. Ahí está Judas…

Consciente de que es él quien tiene ahora el poder, Gaetani deja flotar un corto silencio antes de añadir.

—¿Tiene usted idea de cuantas personas yo he matado o mandado a matar, Excelencia?

El rostro del cardenal no parece de pronto el mismo. Prueba de que entendió la amenaza.

—Veo que no, continúa el obispo. Si alguien comete un acto tan despreciable contra mí, mis hombres y Nuestra Santa Madre Iglesia, lo mataré lentamente, provocándole tanto dolor como puede sentir un cuerpo humano. Y el infierno le parecerá un oasis, créame.

Nuevo silencio. Bastante largo esta vez. El rostro marcado del cardenal engaña al obispo. Gaetani da un paso en falso.

—¿Compartiría conmigo unas gotas de su maravilloso scotch?, sugiere.

La observación silenciosa del cardenal, fijos sus ojos en el satisfecho Pietro Benedetto, envía un mensaje que el obispo, demasiado seguro de sí, es incapaz de descodificar. La respuesta de *Monseigneur* se acompaña con una falsa sonrisa.

—No.

Un monosílabo basta para que el control de la situación cambie de bando. El sorprendido y contrariado Gaetani lo comprende. Tiró demasiado de la cuerda. La sonrisa irónica del cardenal se hace más amplia.

—Espero que no pretenda asesinarme por tan poco.

Retirada, única opción sensata. Salvar su presupuesto y tal vez incluso su puesto. El obispo peca a menudo de prepotencia, de estupidez, nunca. Las apuestas de todo o nada solo las hace cuando el todo tiene todas las de ganar. No es el caso. Se dejó llevar por la presunción y la confianza, ambas a menudo traidoras, tiene ahora que mover su títere con otros hilos.

No lamenta haber amenazado a Sinclair. Fue útil y lo disfrutó. Vio el miedo en los ojos del viejo zorro. Si consiguió dominarse rápidamente fue porque estaba en terreno conocido, eso el obispo lo percibió con claridad. Fuera de su zona de confort el miedo lo habría paralizado. Sinclair es prepotente, pero cobarde, confirmó Gaetani. Él sabrá de diplomacia, yo sé de hombres, sobre todo de hombres llevados a sus extremos, piensa el obispo, aunque su rostro muestre algo muy alejado.

La sonrisa y la risa son señales que hablan al inconsciente, aunque la inteligencia consciente del oponente las reconozca como maniobras. Pero esto solo es válido con los más capaces. Gaetani deja escapar una carcajada que para alguien menos curtido en falsedades, sonaría sincera. No para *Monseigneur* Sinclair, desde luego. Aunque su inconsciente la clasifique como gesto amable, el cardenal entiende que esa falsa risa es un esfuerzo de Gaetani, una marca de vasallaje que pone de nuevo en orden las jerarquías. Decide que los egos deben inclinarse para que puedan ser resueltos asuntos más acuciantes.

—¿No le parece que sería útil que conociéramos el origen del ataque de esta maldita prensa, querido obispo? Tal vez solo sea el

primero y haya otros, varios otros, en preparación.

—Conocer el punto de partida de todo eso sería útil, naturalmente, acepta el obispo, consciente de que no es el momento de contradecir al cardenal.

—Nadie es más indicado que usted para poner en claro ese asunto, querido, insiste Sinclair. Nadie, además, me atrevo a decir, debería tener mayor interés.

La intención del cardenal de confiarle esa investigación, utilizando para ello incluso la coerción, molesta al obispo, pues lo alejaría de Jerusalén. Al menos en lo inmediato. ¡Y Jerusalem, a sus ojos, es una urgencia! Endurece los músculos de su rostro para que su contrariedad no trascienda. En esa ciudad con tanto pasado está su futuro. Allí sucederá milagro que cambiará su vida, Gaetani está cada vez más seguro. Los periódicos pueden publicar lo que se les antoje, para él, lo único importante es encontrar el cadáver del hombre que, según se dice, no tiene cadáver.

Con la ayuda del humor y la risa una vez más, Gaetani intenta escurrirse.

—Me halaga su reconocimiento, Excelencia, pero develar la fuente de la que ha brotado este veneno no es una misión para Sherlock Holmes. Muchos de nuestros hombres lo sabrían hacer. Podría proponerle algunos agentes. En cuanto a mí, creo que sería más útil en Jerusalén. Me parece más urgente cortar la amenaza de esa tumba de la que habla la endemoniada Magdalena.

Monseigneur Sinclair deja que un intimidante silencio prepare el camino. Fija de nuevo su mirada en el obispo y, él también, lanza su dardo con una risa.

—Veo que está usted muy deseoso de alejarse de Roma, querido. Le preocupa que Roma haga demasiado eco a lo que dicen los periódicos extranjeros o lo intranquiliza lo que publican las revistas romanas. No tendrá usted otra madre de sobrina con sobrina incluida que lamentar en la Ciudad del Muro de las Lamentaciones, ¿no? Supongo que…

Gaetani no acusa el humor burlón del cardenal, pero se deja llevar por sus emociones y comete el error de cortarle la palabra.

—No es que quiera alejarme de Roma, *Monseigneur*, en lo absoluto. Quiero esclarecer el misterio de esa tumba. Para serle honesto eso me trastorna el sueño en estos momentos. Esa tumba confirmaría el Códex M e impediría que la Iglesia pudiese declararlo apócrifo. ¿Comprende por qué me quita el sueño? Más que esas acusaciones de papel que afean su escritorio, la verdadera urgencia es esa: Jerusalén.

Sinclair lo sigue mirando con una sonrisa irónica en los labios. Gaetani comprende que agravió lamentablemente el protocolo.

—Disculpe por haberlo interrumpido, añade.

—No tiene importancia. Para ser honestos a menudo debemos ceder a la pasión. Así nos hizo Dios. Y veo que a pesar de su excelente dominio de los sentimientos tampoco consigue usted doblegarlos siempre. Creo, sin embargo, que encontrar y destruír esa supuesta tumba no es más urgente que colmatar la brecha que representan esas acusaciones de la prensa. Solo nosotros, Thomas Roussel, Sarah Kingsley y los responsables del Louvre tenemos acceso al texto del Códex M, por consiguiente me parece bastante improbable que la supuesta tumba sea descubierta en los próximos días.

—Sarah Kingsley y Thomas Roussel podrían muy bien…

Esta vez es *Monseigneur* Sinclair quien lo interrumpe.

—Están demasiado ocupados preparando la maldita exposición del Louvre. No los veo alejarse de París por el momento.

—Podrían mandar a alguien.

—Estimado obispo, tengo entendido que su equipo para Jerusalén no está todavía completo. Necesita arqueólogos bíblicos y por el momento no los tiene. Deje que el capitán Jonás maneje esos detalles y ocúpese usted de sacar de su madriguera a esos entes perniciosos que nos quieren hacer daño difundiendo informaciones mendaces.

Gaetani ve alejarse su deseado viaje y pierde por unos segundos sus medios. El cardenal lo lee sin dificultad en su expresión corporal. El lenguaje extraverbal es algo que ha estudiado muy a fondo. Seguro de tener prácticamente vencida la fortaleza Gaetani, Sinclair dispara una última andanada de imposibles.

—Con eso me dará tiempo para convencer al Santo Padre de aceptar su presupuesto. Créame que en este momento él tiene asuntos que lo alarman más. Ya imagina cuales. Decirle que usted se está ocupando del problema que lo preocupa, será una excelente manera de llevarlo a hablar de su presupuesto y a conseguir que lo autorice y lo firme.

Monseigneur Sinclair se pone de pie, dando así por concluida la conversación.

—Cuanto antes descubra quien intenta dañarnos con estas infames publicaciones, más pronto podrá ocuparse de esa maldita tumba que atormenta sus noches. Que tenga un excelente día, querido obispo.

> *9 Y los hijos de Israel llevaron cautivas a las mujeres de los madianitas, a sus niños, y todas sus bestias y todos sus ganados; y arrebataron todos sus bienes, 10 e incendiaron todas sus ciudades, aldeas y habitaciones. 11 Y tomaron todo el despojo, y todo el botín, así de hombres como de bestias. 12 Y trajeron a Moisés y al sacerdote Eleazar, y a la congregación de los hijos de Israel, los cautivos y el botín y los despojos al campamento, en los llanos de Moab, que están junto al Jordán frente a Jericó.*
>
> **LA BIBLE. (Números 31. 9-12)**

Es en el corazón de lo que fue el Palacio Real del Louvre en el siglo XVII que será expuesto el Códex M. En los antiguos apartamentos de verano de *Anne d'Autriche* o Ana María Mauricia de Austria y Austria, la madre de Louis XIV. Se trata de una obra maestra del clasicismo francés creada por Louis Le Vau, que fue el primer arquitecto del Palacio de Versailles, decorada por el pintor italiano Francesco Romanelli y el escultor francés Michel Anguier, entre otros.

Allí, en los magníficos techos centellantes de oro, "El Hombre creado por Prometeo y animado por Minerva", sueña tal vez con los cultivos que propiciará "La diosa de la agricultura" y la pacífica vida que vivirá bajo los auspicios de "La Paz quemando las armas", entre otras muchas obras pictóricas y escultóricas que acompañaban los veranos de la española progenitora de quien fuera el más brillante rey de Francia: el Rey Sol.

Un espacio privado e íntimo convertido en público por una revolución que tras la roja estela de sangre que dejan todas, dejó también al mundo, por suerte, el mayor de sus museos y varios sueños: el de la libertad, el de la fraternidad y el de unos derechos que engrandecen a los humanos… cuando se aplican.

Por el momento solo trabajan allí algunos técnicos bajo la dirección Marc Pladel que funge como curador. Se está desmontando todavía la exposición precedente: "Un cuerpo, dos visiones", que a través de obras del arte grecorromano y del arte cristiano, esencialmente escultura y pintura, ponía en evidencia las visiones prácticamente opuestas del cuerpo humano en ambas culturas.

Mientras Sarah va a saludar a algunos técnicos, Thomas recoge del piso un pequeño prospecto que el fin de la exposición está a punto de convertir en basura. La milenaria "Venus de Milo", desnuda hasta la cintura, contrasta con "La Pietà" de Miguel Ángel, cubierta de pies a cabeza. Intrigado, abre el prospecto y lee:

> "El desnudo clásico representaba un ideal de belleza, no necesariamente asociado al erotismo. Considerado bello y bueno por los griegos y los romanos, el cuerpo era moldeado con cuidado por medio del deporte, pues la cultura grecorromana veía en el físico una fuente de perfección en la que se aunaban lo exterior y lo interior, cuerpo y alma. Los griegos se entrenaban sin ropa no por exhibicionismo, sino para homenajear a sus dioses ante los cuales se enorgullecían de mostrarse tal cual eran. Competían desnudos en las Olimpiadas por la misma razón. Lo hacían ante miles de personas sin experimentar ninguna vergüenza porque la desnudez era considerada una ofrenda ritual

y no veían razón alguna para avergonzarse de sus cuerpos. Cubrirse sí habría resultado chocante.
Sus artistas esculpían cuerpos femeninos desnudos o con los senos y los vientres descubiertos y cuerpos masculinos cuyos sexos eran visibles, ya que el sexo en la cultura griega era visto como natural, no más impúdico que un brazo o una pierna.
Numerosas eran las fiestas en las que se exhibían símbolos fálicos y genitales femeninos de dimensiones carnavalescas, pues la fertilidad humana se asociaba con la de la tierra y el acto sexual con el poder creativo de la naturaleza.

La ideología judeocristiana que aplastó a la cultura grecorromana con la complicidad de los Emperadores Romanos, tenía sobre el cuerpo una visión totalmente diferente. El cuerpo pecador y pernicioso del cristianismo, velado y bochornoso, se ocultaba.
La cristiandad lastró la sexualidad con una pesada carga moral que no existía antes en Europa. No era una creación puramente cristiana, sino herencia del pudibundo judaísmo, hijo del Oriente. El cuerpo dejó de ser "bueno". El sexo se convirtió en "malo". La abstinencia y el control del deseo se erigieron como valores morales. Y el placer y el eros se consideraron pecados, flaquezas.
El arte reflejó ese cambio. La desnudez se prohibió. Pero el cristianismo heredó de un mundo lleno de esculturas desnudas, masculinas como femeninas. Senos expuestos, sexos manifiestos… Para evitar que semejantes "indecencias" ofendiesen a Dios, (sin preguntarse cómo podría Dios ofenderse con algo que, en principio, él mismo habría puesto en los cuerpos humanos), los representantes de la ideología judeocristiana destruyeron numerosas obras, emascularon otras, gravaron a golpes de martillo y cincel cruces supuestamente "purificadoras" sobre senos, nalgas, vientres e incluso rostros, haciendo desaparecer o deformando para siempre obras maestras que su peculiar visión del cuerpo y su intolerancia les impedía comprender y apreciar.
Un típico ejemplo de esto es la "Capilla Sixtina". Esta obra cumbre del arte católico, como del Renacimiento, fue deformada por esa

ridícula pudibundez y ese mismo obsesivo horror del sexo. Buena parte de las figuras pintadas por Miguel Ángel en "El Juicio Final" estaban desnudas. Algo que las autoridades eclesiásticas nunca vieron de un buen ojo. Mientras el gran artista vivió no se atrevieron a desnaturalizar su obra, pero un año después de su muerte la Iglesia contrató a un pintor para cubrir los sexos. Daniele da Volterra pasó cuatro años poniendo "bragas" a la obra del maestro. Su nombre como artista no sería recordado de no estar asociado al apodo con el cual se le conoce desde entonces: *Il Braghettone*."

Sarah se acerca:
—¿Qué lees con tanto interés?
—Es una pena que no hayamos venido a ver esta expo.
—A ver…
Leen juntos.

"No hay religión sin deshumanización. Los dioses deben ser superiores para tener sentido. Los mortales defectuosos y errados para necesitarlos. Aún así la visión del cristianismo sobre el cuerpo humano resulta singular.
El cristiano debe enorgullecerse del alma: inaccesible, invisible, sin realidad palpable. Del cuerpo, ha avergonzarse. Cabe preguntarse ¿por qué Dios dio a los humanos semejante impedimento? Gran parte de lo que un humano está obligado a hacer cotidianamente se destina a esa sucia, pecadora y bochornosa parte de su naturaleza que debe ser nutrida, protegida, curada, limpiada, vestida, educada… Quehaceres de cada instante fundamentalmente inútiles, pues según la religión católica, las satisfacciones que un humano puede esperar del cuerpo son muy limitadas, mientras ilimitados son los peligros a los que su pecador cuerpo lo puede conducir.
Sin la sexualidad la humanidad se extinguiría, pero el cristianismo solo la acepta a regañadientes. Considera que la "carne" es débil, corrupta, pútrida. Que el sexo es sucio, pecador, provocador de

desórdenes. El ser cristiano practica el sexo por necesidad procreativa, en un marco estricto: el matrimonio y en lugares apartados, cerrados y oscuros. Si el placer y el erotismo se manifiestan no deben ser alentados, al contrario, deben ser repudiados.

La Iglesia llegó a instar a los hombres a no mover mucho los penes dentro de los sexos de sus esposas y a depositar sus "semillas" con la mayor prontitud…"

Una carcajada de Sarah interrumpe la lectura:

—Con esa técnica erótico-cristiana si una mujer lograba tener un orgasmo, debían tocar un volteo general de campanas en todas las iglesias del barrio. ¡Como mínimo!

—¡La fábrica de los eyaculadores precoces!, añade Thomas.

Las risas de la pareja divierten a los técnicos, que son mayoritariamente chicas. Sarah les lee las líneas que las provocaron. Les carcajadas se hacen generales.

Marc Pladel llega:

—¿De qué se ríen?

—De la Iglesia Católica.

—¡Qué originales! Ven conmigo, Thomas, por favor.

En calidad de últimos sobrevivientes de los custodios del Códex M, Thomas y su padre son los referentes del museo para la exposición, por eso Thomas ha sido invitado hoy para aprobar lo previsto por Pladel y su equipo.

—En el centro de la Rotonda de Marte, pondremos el original del Códex abierto. Todavía no hemos decidido en qué página. Si tienes alguna exigencia al respecto, te escuchamos, Thomas, explica Pladel.

—Tengo total confianza en usted y sus equipos, Marc, afirma él. Además no creo que muchos visitantes sean capaces de leer el arameo, pero lo pensaré y le daré mi opinión.

Pladel sonríe.

—Tampoco hemos previsto obligar a nuestros visitantes a aprender la lengua de María y Jesús. Todo estará traducido.

—Sí, desde luego. Y sabe qué, para responder a su pregunta anterior, creo que la primera página sería la más indicada. Es un resumen de todo lo que contiene el Códex y en ella María Magdalena se presenta, lo que da autenticidad al resto.

Mientras Thomas habla, Sarah busca en su teléfono la página primera del Códex. Su voz sorprende a los dos hombres:

—Soy Miriam. Miriam de Magdala. También me llaman María Magdalena. Muchos me criticaron por lo que hice, otros me juzgarán por lo que haciendo estoy. Que así sea… Quienes milagros inventan para de Jesús un dios hacer tienen solamente la intención de obtener para ellos beneficios. Os alerto… Jesús divino no era, más era, era un excepcional hombre.

Marc y Thomas sonríen.

—¿Quiere decir que tú también escoges esa página, Sarah?, pregunta Pladel.

Sarah lo confirma.

—Entonces, adoptada, chicos. Gracias por quitarme ese problema de encima.

Pladel sigue explicando a Thomas los detalles de la exposición.

—El supuesto original del Códex estará dentro de una estructura de vidrio antibalas. El público será mantenido a distancia por una sólida baranda desde la cual podrá verlo, pero no tocarlo. Un poco como sucede en la Sala de los Estados con Mona Lisa.

En realidad el original no será expuesto, pero eso es un secreto. La dirección del Louvre consideró que era demasiado peligroso. Los que fueron capaces de asesinar a trece personas para apropiarse de él, podrían intentarlo de nuevo si lo saben al alcance de la mano. Y por muy protegido que esté, ninguna protección es cien por ciento segura. Se expondrá una copia casi perfecta, la única que se conserva desde que Sarah tuvo que entregar la otra a los hombres del Vaticano.

Pladel termina de explicar a Thomas todo lo previsto, que de manera general él ya conoce. El Louvre fue extremadamente respetuoso con él y Armand. Nada se ha decidido sin contar con ellos. Cuando Pladel lo deja solo, Sarah le dice:

—Ahora seré yo tu lazarillo. Ven.

—¿A dónde?

—Calla y ven. ¿No deseas ver los primeros resultados del embrujo de la frambuesa?

—¿Aquí en el Louvre, con todo ese público, quieres que nos comamos tu frambuesa? ¡Vamos a ir presos!

Logra hacerla reír, no cambiar de parecer. Ella lo toma de la mano y lo lleva a través de la habitual afluencia hasta un elevador que los baja a una de las enormes reservas del museo, que posee muchas obras no expuestas por falta de espacio. Aunque el Louvre es inmenso no es lo suficiente grande para mostrar al público todas las obras que ha acumulado a lo largo de su historia.

Algunos técnicos saludan a Sarah que les devuelve el saludo sin detenerse. Al fin llegan a una puerta blindada que solo abre un sistema de identificación biométrica de reconocimiento del iris. Sarah muestra sus ojos al puntilloso aparato. Una voz masculina dice: bienvenida Sarah y la puerta se abre.

—Otro que hace cualquier cosa por tus ojos, bromea Thomas.

Entran, algunas personas trabajan en varias de las complejas máquinas que ocupan el espacio de la Unidad 3 del Laboratorio Central del Louvre. Todas saludan a Sarah y se divierten con la cara alucinada de Thomas, que aunque no conocen personalmente, saben quién es. Es la primera vez que él entra en este sitio cuyo acceso es severamente restringido.

—¿Tengo derecho a estar aquí?

—Sí, no te preocupes, pedí un permiso especial para ti. Al fin de cuentas vinimos a ver el Códex M y tú eres su responsable oficial.

Sarah lo presenta a sus compañeros y pone en funcionamiento un microscopio electrónico. Sorprende nuevamente a Thomas que nunca había visto uno de cerca.

—Mira por el ocular y dime qué te parece.

Thomas pega sus ojos al instrumento y pasa varios instantes en el intento.

—¿Qué ves?, insiste ella.

—Para serte sincero, nada.

—De acuerdo, voy a aumentar un poco más.

Sarah manipula el aparato. Thomas vuelve a pegar sus ojos al ocular.

—Creo ver unas líneas…

Ella le enseña en la pantalla de su computadora lo que él no ha podido identificar a través del ocular del microscopio.

—¡Son letras, exclama Thomas! ¡Las mismas del Códex M!

—Son el Códex M. Están en la parte superior de la última página del texto de María Magdalena. La página que fue borrada. Esa página en blanco que aparece al final del Códex M, que nos pareció al principio una página de protección y que la persona que transformó el rollo o los rollos en códex dejó probablemente con esa intención. Para él también se trataba de una página en blanco.

—Cómo puedes estar segura de eso.

—Ya te lo dije, porque el raspado se extiende unos milímetros en la página precedente que sí está escrita. Lo cual quiere decir que no se raspó una página sino un segmento del rollo. Míralo.

Sarah le muestra la hoja en la pantalla. Al ampliar la imagen su afirmación se evidencia. Aún así Thomas sigue haciendo de abogado del diablo.

—¿Qué te hace pensar que lo borrado corresponde a algo importante?

—Si te hablara de una intuición despertaría en ti el machismo que duerme en cada hombre… Intuición femenina, jajaja.

Thomas ríe, reconoce que tiene razón.

—Lo cierto es que no hubiese podido hablar de otra cosa más que de intuición hasta descubrir esas letras.

—¿Cuándo?

—Hace tres días.

—¡Y no me habías dicho nada!

—Quería estar segura. No son letras aisladas, se trata de un escrito con significado.

—Deberíamos hacerlo traducir.

—Lo hice. Por eso te lo muestro hoy. Se trata de una auténtica bomba. Dice: “María mía. Tuyo es.”

La perplejidad de Thomas hace estallar, no una bomba, sino unas sonoras carcajadas de Sarah. Él repite varias veces la escueta

frase que va poco a poco tomando sentido en su mente.

—Le está hablando a otra persona, dice Thomas, que no sale de su asombro.

—Una que también se llama María.

—A la que ella dedica el Códex M…

Un corto silencio revela en la mente de Thomas una evidencia de consecuencias incalculables. Divertida, Sarah sigue la evolución de sus pensamientos que los ojos y todo el rostro reflejan. Por fin Thomas dice:

—¡Su hija!

—Sí, su hija.

—No hay forma de escapar de este infierno, Pastori.

El lujoso auto de Pietro Gaetani lleva casi media hora avanzando a paso de tortuga. Su paciencia llega al límite.

—No, Excelencia. Tendríamos que coger una calle en sentido contrario.

—Hágalo.

—Tampoco es posible. Todas están atestadas.

El diablo parece encargarse de que cada día sea más intrincado el tráfico en Roma. Como si quisiera envolver al Vaticano en un caos. El teléfono del obispo suena. Es Uccello.

—¿Por dónde andas?

—En pleno infierno.

—Para serte sincero nunca pensé que algún día irías al paraíso, Pietro querido.

Uccello ríe con tanto gusto de su propia broma que consigue hacer sonreír a Pietro a pesar de la indignación que lo hace hervir interiormente.

—¿Has oído hablar del invento del Emperador Vespasiano que permite llegar siempre a la hora en Roma?

—No, ¿qué es eso?, se extraña el obispo.

—Las Vespa, Pietro, las Vespa.

De nuevo el periodista ríe de su chiste, que esta vez deja al obispo de mármol.

—Tranquilo, añade Uccello. Te espero. Hoy tengo tiempo.

Cortan la comunicación, el auto solo se ha movido de unos escasos metros, lo que arranca una maldición al pontífice.

Sigue teniendo trabada en la garganta la misión que le encargó el cardenal Sinclair. Aunque reconoce que podría tener razón en que él es el hombre de la situación. El cardenal lo ignora, pero probablemente no haya nadie más en el Vaticano que tenga a un hombre de confianza con las capacidades y el conocimiento del medio periodístico que tiene Uccello, a quien él puede delegar la misión. Tal vez hubiese resuelto ya el asunto de no haber sido porque Uccello estaba fuera de Roma.

Por lo pronto no hay urgencia en Jerusalén, eso tampoco lo sabe Sinclair, desde luego. Pietro envió dos de sus hombres a ponerse en contacto con el padre Lacroix, que finalmente es alguien en quien se puede confiar. El capitán Aldo Santoro y el teniente Fabio Moretti fueron con el padre Lacroix a la única montaña que parece corresponder con la descripción de la endemoniada y no hay ninguna señal de que se estén haciendo o se hayan hecho excavaciones. Una preocupación menos.

Por fin el auto llega a su destino y Pietro Benedetto puede sentir la vida en movimiento de nuevo tras el paréntesis de inmovilidad de los atascos. Uccello lo espera sentado en terraza con una cerveza fría, como de costumbre. Los dos amigos de infancia se abrazan. Pietro pide un whisky doble, Uccello otra cerveza.

—¿Dónde diablos estabas metido?, pregunta el obispo. Te dejé no sé cuántos mensajes. Tengo un trabajo fácil con el que te puedes ganar un buen fajo.

—Pues ya le fajo. Dime más.

—Es urgente, eso sí. El cardenal Sinclair, ¿ves quién es?

—El que se hace llamar *Monseigneur* para dárselas de modesto aunque es un pedantísimo cardenal.

—Ese.

—Consejero del Papa para asuntos internacionales, creo.

—Estás bien informado. Podrás ser periodista cuando dejes de ser delincuente.

Uccello sonríe y pregunta:

—¿Qué pasa con él, hay que retratarlo en pelotas con su marido francés?

—También sabes que es gay.

—Resulta que antes de hacerme delincuente trabajando con gente como tú, era ya reportero. ¿Qué le pasa a ese ángel de Dios?

—Se ha puesto histérico con los artículos que acusan a la Iglesia.

—Hay de qué.

—Cree que hay alguien detrás.

—Tiene lógica. Y quiere saber quién, supongo.

—Exacto.

—Digna hazaña para Hércules.

El camarero trae el doble whisky de Pietro y la cerveza de Uccello. Brindan. El periodista pregunta:

—¿Más allá de la corona de laurel, el Olimpo ha previsto algún otro reconocimiento?

Gaetani sonríe y escribe un muy tentador guarismo sobre una servilleta de papel y se la pasa.

—Waouh, deben estar frenéticos.

—En el Vaticano todos están frenéticos en este momento. Tú, como periodista, ¿qué piensas de esa avalancha de artículos?

—Que Sinclair tiene razón. Si el merengue hubiese subido poco a poco, como aquella historia de Giordano Bruno y las reliquias, ¿te acuerdas?

—¡Cómo no me voy a acordar!

—Si fuese así, un movimiento lento, diría que podría tratarse de una corriente natural, un medio empieza, otro lo copia, un tercero al ver que les va bien se lanza… Lo normal. Pero esto ha sido simultaneo. Y eso es anormal.

—Jaque.

El capitán Martel lanza una maldición. El jaque de Armand lo pone en muy mala postura. Desde que Armand fue trasladado para Hospital Georges Pompidou, el capitán Martel pasa verlo a menudo, pues vive cerca. Y desde que se descubrieron una mutua pasión por el ajedrez, casi no se separan.

El capitán se cubre con su arfil blanco. Armand aprovecha para avanzar un peón. A la gran satisfacción del policía, pues no es una muy buena jugada.

—Creo que la bala que te metieron en la cabeza no se te ido del todo. Eso que acabas de hacer es una porquería, se burla.

Esta vez es Armand quien gruñe un exabrupto, pues Martel tiene razón. Aunque añade:

—Sigo teniendo una pieza de ventaja, fanfarrón.

Martel avanza una torre y amenaza el peón.

—No por mucho tiempo, afirma.

Y los dos ríen. La partida es interrumpida por la llegada de Thomas.

—¿Quién gana?

—Yo, afirman en coro Martel y Armand.

Thomas le da un apretón de mano a Martel y abraza a su padre.

—¿Cómo van las cosas por el Louvre?, pregunta Armand.

—Bien, responde Thomas.

—Creo que el cerebro empezó a funcionarme de nuevo, afirma Armand. Tengo otra *socra*.

Thomas se maravilla de ver a su padre de tan buen humor.

—¡Otra *socra*! ¡Wow! A ver, cómo dice.

—*Si hablas con Dios estas orando, si Dios habla contigo tienes esquizofrenia.*

Los tres hombres ríen. Thomas aplaude y felicita a Armand, luego va hasta la puerta de la habitación, se asegura de que esté bien cerrada, regresa y murmura:

—Secreto absoluto lo que voy a decir.

Martel y Armand lo miran curiosos.

—Sarah descubrió que María Magdalena y Jesús tuvieron una hija.

Los dos amigos reaccionan en coro:

—¡Qué!

—Nada a nadie, ¿de acuerdo? Todavía estamos empezando la investigación.

—Ahora sí la Iglesia va a mandar los tanques. Voy a tener que doblar la protección para ustedes, dice Martel en broma, aunque un poco en serio.

—Magdalena le dedicó el Códex a una persona que se llamaba también María. Todo lleva a pensar que esa María era alguien muy cercano a ella. Y aunque solo sea una hipótesis por el momento, es lógico suponer que se trataba de su hija.

—Eso no quiere decir que fuese la hija de Jesús, opone Martel.

—No, pero cuando se ha leído el Codex M y se ve el amor que tenía Magdalena por Jesús, cuesta creer que hubiese tenido una hija con otro hombre.

El capitán lo admite con una cita:

—El amor no mira con los ojos, sino con el alma, decía Shakespeare. Queda que encontrar el alma... *that is the question.*

—¿Dónde estaba dedicatoria? ¿Por qué nadie la había visto antes?, pregunta Armand.

—Estaba borrada. Recuerdas la hoja en blanco al final del Códex.

—Desde luego. Siempre se supuso que era una protección.

—Lo es, pero se trata de una página que fue raspada o sea, borrada. Así se borraban los pergaminos en la época. Solo que hoy hay técnicas para sacar a la luz lo borrado.

—¿Y qué dice esa página?

—Va a llevar tiempo saberlo. Sarah estima que fue borrada de manera bastante rudimentaria, lo que hace más fácil su trabajo. Aún así, no es coser y cantar. Para empezar se necesita una máquina de imagenología multiespectral…

—¿Imagenolo qué?, lo interrumpe Martel.

—Eso, una máquina super complicada que ni siquiera Sarah sabe muy bien cómo funciona.

—Esa muchacha es la prueba de que Dios no existe o no es justo, opina Martel. No solamente es una belleza, además es una inteligencia superior. Imagen de orgía papal, dijiste.

—Imagenología multiespectral, rectifica Thomas riendo.

—Bueno, bueno, tampoco hay que decir palabrotas.

—¿Qué podría haber estado escrito en esa página?, pregunta Armand.

—Ya veremos, papá. Podría llegar a ser una magnífica sorpresa, según Sarah. Por ahora ella encontró la pista de la segunda María. Que ya es mucho. Un escrito en arameo, como el Códex, con la misma caligrafía. Dice: "María mía. Tuyo es."

Tras un corto silencio, Armand opina:

—Creo que las magníficas sorpresas ya comienzan. Sarah tiene razón. María le habla a una segunda María. Le dedica el Códex. Eso denota una intimidad que bien podría ser de madre a hija. Y si eso se confirma, entonces sí cambiamos el mundo.

Thomas y Armand se miran emocionados y contentos. La voz de Martel, rompe el encanto.

—No quisiera ser pájaro de mal agüero, pero… No canten victoria todavía. Tienen una pista, no una prueba, indica.

Armand y Thomas intercambian una nueva mirada, burlona esta.

—Papá, ¿cómo se ha ocurrido hacerte amigo de un policía?

—Hasta yo me lo pregunto.

Armand agarra una pieza del ajedrez y se la lanza a Martel. Thomas lo imita.

—Estás rompiendo la partida porque sabías que estabas perdido, protesta el capitán.

Esto no detiene el ataque del padre y el hijo. Martel comienza a recoger la piezas que caen al suelo y las lanza contra sus atacantes. Las carcajadas deben resonar en el pasillo, pues una enfermera abre la puerta.

—¡Qué pasa en esta habitación?, lanza, con falsa severidad. ¿Tendré que llamar a las urgencias de psiquiatría?

—Estamos festejando que Jesucristo tuvo una hija, explica el capitán Martel.

La enfermera lo toma como un cumplido, ríe a carcajadas y cierra la puerta.

—Te volviste loco, Louis. Te dije que era un secreto.

—Tú te imaginas que esa encantadora señorita que tiene siempre una cruz entre sus lindos senos se va a creer semejante

blasfemia.

Armand está de acuerdo con Martel, los dos ríen a carcajadas.

Thomas, que se mantiene serio, dice:

—Ustedes también son la prueba de que Dios no existe o no es justo. ¿Por qué no les dio cerebros?

Deja sonar el teléfono de Uccello una, dos, cinco veces. Sin éxito. Entre indignado y divertido acaba por rendirse y cuelga.

Silvio, maniático engendro del demonio. ¿Dónde te has metido?

Es desesperante que Uccello tenga el pernicioso hábito de desaparecer cuando se enfrasca en un trabajo. El obispo exige que sus hombres lo tengan al corriente paso a paso de las operaciones que les confía. Con Uccello, no hay manera. Una vez aceptado un trabajo se borra del mundo y solo reaparece cuando ha obtenido resultados o necesita informaciones suplementarias. Si no fuese porque tiene en él una confianza sin límites, labrada con años de una amistad nacida en la infancia, temería que anduviese perdiendo el tiempo sin hacer nada. Por suerte Silvio tiene genes de perro de presa, una vez que muerde, no suelta. No ha dejado nunca un trabajo inconcluso ni ha fracasado por falta de aplicación. Solo queda esperar.

El padre Rinaldi anuncia al coronel Jonás.

—Hágalo pasar.

Jonás entra, el padre Rinaldi sale y cierra la puerta.

—Buen día, Excelencia.

—Buen día, coronel. Siéntese, por favor.

Mientras Jonás toma asiento el obispo va hasta la puerta la abre, se asegura que el padre Sixto Rinaldi no escucha, luego cierra y vuelve a su escritorio. El coronel no pierde ningún detalle.

—¿Problemas con el padre Rinaldi?, pregunta.

—Tiene tendencia a escuchar detrás de las puertas.

—Le pondré una cámara que podrá controlar desde su computadora. Cuando lo haya sorprendido un par de veces, no lo hará más.

—Excelente idea, coronel. Muchas gracias.

—No hay de qué, Excelencia. Protegerlo forma parte de mi trabajo.

—Desea algo de beber.

—No, gracias.

—Bueno, entonces, a propósito de trabajo…

El militar abre un dosier, entrega un par de hojas al obispo y dice:

—Los arqueólogos bíblicos que me pidió investigar no me parecen de fiar. Lo siento.

El obispo lee el reporte en diagonal.

—Confío en usted, Jonás, desde luego, pero dígame un poco más.

—Cuando me pidió que tomase cartas en ese asunto comencé por informarme, no sabía gran cosa del tema. Busqué en Internet, hojee también un par de libros… Encontré uno muy interesante e incluso bastante chocante que se llama "Biblia y arqueología. Imaginario versus realidad.". Permítame antes de continuar hacerle una pregunta. ¿Por qué optó por contratar arqueólogos bíblicos para las excavaciones que piensa hacer en Tierra Santa?

—Me pareció que al ser personas deseosas de probar la historicidad de la Biblia tendrían más interés. Que serían además más discretos con respecto a lo que encontrásemos, más conscientes de la importancia de… Usted leyó el Códex M, sabe lo que podría aparecer en la maldita montaña de la que habla la endemoniada.

—Creo que cometió un error de apreciación, lamento decírselo.

—Puede hablar con franqueza, Jonás. No tengo la menor duda sobre su integridad. No necesito personas que me adulen, sino personas que me ayuden.

—La arqueología bíblica es una farsa, Ilustrísimo. Teniendo en cuenta los pocos resultados obtenidos por esa rama de la arqueología, me extrañaría si los que se dedican a ella fuesen capaces de callar un hallazgo de la naturaleza e importancia del que usted piensa. En todo caso los hombres que entrevisté tienen

grandes los egos y pequeños los logros. Una asociación que pocas veces rima con discreción.

—Una farsa dice usted. ¿No estará juzgando toda una rama de la arqueología con la regla de unos ególatras frustrados que conoció, coronel?

—No, como ya le dije, me he informado. La arqueología bíblica existe desde hace casi dos siglos y todavía no ha logrado el menor hallazgo de importancia que pruebe la historicidad de la Biblia. Ahora ni siquiera se jactan de querer hacerlo, tamaños han sido sus fracasos. Ya no hablan de historia o de historicidad del Antiguo o del Nuevo Testamento, ahora utilizan un término de esos donde cabe todo, absolutamente impreciso: hablan de cultura. Según ellos sus hallazgos, perfectamente banales en lo que respecta la Biblia, no están destinados a probar la realidad histórica de las Escrituras, sino a documentar la cultura de los tiempos bíblicos. Queda preguntarse entonces para qué sirven los hallazgos de los otros arqueólogos.

—Coronel, me está cambiando mi visión del asunto. ¿Acaso no fueron los arqueólogos bíblicos quienes descubrieron los Manuscritos del Mar Muerto?

—No, Excelencia. Los Manuscritos del Mar Muerto fueron hallados por diferentes equipos, tal vez había entre ellos arqueólogos bíblicos, eso no lo sé. Lo que sí sé es que los primeros rollos los descubrieron unos pastores que buscaban una cabra perdida. Eso le da la medida. Por demás esos manuscritos no prueban en lo absoluto que algo contado en la Biblia haya sucedido en la realidad.

Contrariado, Gaetani se levanta e interrumpe al coronel.

—Perdone, yo sí voy a tomar algo.

Va hasta su discreto bar, saca una de sus excelentes botellas de whisky y se sirve un largo trago al que añade dos hielos.

—Finalmente yo también lo acepto, admite el coronel. Sin hielo, por favor.

El obispo vuelve a su escritorio tras haber servido al coronel. Los dos hombres beben.

—Continúe, ordena Gaetani.

—Algo que me chocó, por ejemplo, fue enterarme de que la arqueología bíblica al intentar probar la historicidad del Éxodo descrito en el libro segundo de la Biblia, lo único que consiguió probar fue que era falso. Leyenda. Propaganda. ¡Vaya defensores de la Iglesia!

El obispo ríe. El coronel también acaba por reír. Dice:

—Yo nunca le había dado mucho crédito a la historia de las Diez Plagas de Egipto porque, francamente… Sin embargo siempre pensé que la liberación de los israelitas sí era real. Mi pobre madre estaba convencida de que era tan histórica como el primer viaje de Cristóbal Colón. De ahí proceden muchas de las bases de nuestra religión, me decía ella: cómo Dios protege a sus fieles, las leyes dadas a Moisés, el Arca de la Alianza, los Diez Mandamientos… ¿Le molesta lo que estoy hablando, Excelencia?

Gaetani se da un trago largo y responde:

—No, ya le dije que puede hablar con franqueza.

—Según la Biblia, seiscientos mil hombres más sus mujeres, sus niños, sus ancianos y sus rebaños, o sea, casi dos millones de personas y otros tantos animales pasaron cuarenta años deambulando por el desierto. En cuarenta años se recorre todo el territorio de Israel gateando cuarenta veces, pero, en fin… Lógicamente debían quedar huellas del paso de tanta gente, durante tanto tiempo, por un desierto del tamaño de una pizza donde nada fue construido ni sembrado desde entonces.

—Y no hay nada, lo sé.

—¡Nada! La arqueología bíblica no ha hallado absolutamente nada. Ni vasijas rotas, ni tumbas, ni ruedas de carromatos despedazadas, ni pedazos de sandalias, ni esqueletos humanos o de animales… ¡Nada! Lo único que han logrado es romperle la ilusión a la gente. Lo mismo pasa con las aguas del Mar Rojo abiertas por Moisés para que el pueblo de Dios pasase y que luego se cerraron sobre el ejército egipcio, haciéndolo perecer. Seiscientos carros de guerra, dice la Biblia, curiosa coincidencia de números. ¡Tampoco hay nada! Por más que los arqueólogos bíblicos modernos hayan fondeado ese mar con todo tipo de instrumentos y aparatos no han

encontrado ni espadas ni lanzas ni cascos ni restos de carros de combate ni esqueletos de soldados… ¡Nada!

El coronel Jonás bebe también un largo trago antes de añadir.

—A causa de las estúpidas búsquedas de los que debían probar la historicidad de la Biblia, ahora se sabe que nada de eso es cierto, aunque esté escrito en el Libro Sagrado. Eso fue lo que probaron. ¿Quiere usted mayor disparate? Peor aún, por culpa del afán de esos idiotas por encontrar justificaciones arqueológicas a la Biblia y sobre todo por sus fracasos, hoy se piensa, por no decir se sabe, que Moisés no existió y que los judíos supuestamente liberados por él no fueron nunca esclavos en Egipto. Por no hablar del "inmenso rey David", cuya "poderosa" capital, Jerusalén, según quedó probado por la arqueología bíblica y la no bíblica, era apenas un pueblito en su época.

Sigue un largo silencio durante el cual el obispo va a buscar la botella de whisky y escancia dos generosos tragos en los vasos. La conversación se está haciendo escabrosa, piensa. En todo caso en su papel de obispo es arriesgado tenerla entre los muros del Vaticano donde nunca se puede estar seguro de no ser escuchado. No por Dios, desde luego, sino por medios más profanos como orejas indiscretas o micrófonos ocultos.

—Me temo que ese tipo de lectura acabará por traerle problemas, coronel, dice. No conmigo, con usted mismo. La Biblia no es un libro de historia ni un relato de cronistas. Intentar descreditarla con razonamientos al margen de Dios, como hacen esos libros que consultó, es una tarea vana. No tome a mal esta pregunta. ¿Tiene usted fe?

—Sí. Vengo de una familia católica, ya le dije. Mi madre era una autentica devota. Nunca he dejado de creer en Dios.

—Entonces, deje de pensar. El razonamiento no puede explicar la fe, solo dañarla. La fe está más allá de la limitada esfera de los sentidos y de lo humano. Lutero, que no siempre estuvo errado, decía: *"La razón es el mayor enemigo que tiene la fe; nunca viene en ayuda de las cosas espirituales, sino que las más de las veces lucha contra la palabra divina, tratando con desdén todo lo que emana de Dios"*.

Jonás es lo bastante inteligente para entender por qué súbitamente el obispo habla como un obispo.

—Tiene usted razón, desde luego, afirma. Solo quise ponerle algunos ejemplos para mostrarle que, desgraciadamente, la arqueología bíblica no es lo que quisiéramos que fuese.

—Una pena, dice el obispo con una sonrisa, satisfecho de constatar que el coronel Jonás sigue siento un hombre de espíritu alerta.

—Volviendo a lo que nos interesa, dice el coronel. Me concedí una atribución un poco osada tal vez, pues usted me dijo que podía manejar el tema de los arqueólogos con total libertad.

—Dígame.

—Le pedí a los hombres que tenemos en Jerusalén que con la ayuda del padre Lacroix buscaran algunos arqueólogos susceptibles de corresponder a lo que necesitamos. Tras ver que los italianos contactados no eran lo que esperábamos pensé que era preferible tratar con personas alejadas de nuestro entorno. No sé qué piensa usted.

—No es mala idea.

—Nuestros hombres no conocen el Códex M, como es natural. Aún así les pedí que no diesen ninguna pista a los eventuales arqueólogos ni de lo que vamos a hacer ni de quienes somos. Me pusieron en contacto con cuatro personas, tres hombres y una mujer. Dos de los hombres tienen la experiencia necesaria. La mujer también, pero me pareció preferible no tener mujeres en el equipo.

—Naturalmente, las mujeres lo complican todo. ¿Habló con ellos?

—Sí, conversamos por Internet.

—Muy buen trabajo, coronel.

—Gracias, Ilustrísimo.

—Ofrézcales un excelente salario, pero exija a cambio la firma de un contrato que los obligue al secreto profesional. Yo me encargaré de redactarlo. Adviértales que en caso de violación de esa cláusula serán deudores de una penalidad exorbitante… Hágales entender además, de manera velada, que podrían exponerse incluso a algo peor.

Un teléfono suena. El rostro del obispo se ilumina con una sonrisa.

—Silvio, hijo de Satanás, ¿qué demonios estabas haciendo?

—Sacándolo de apuro, como de costumbre, Beatitud Reverendísima.

—Llámame por el otro número… ¿Tenemos algo más que tratar, coronel?

—No por el momento, gracias…

—Está haciendo un excelente trabajo, como siempre. Es una suerte y tal vez una bendición poder contar con usted. Que la luz del Señor lo ilumine, querido amigo.

Jonás sale. El teléfono suena, Gaetani responde.

—Dime.

—Los medios de prensa ingleses están muy molestos con la muerte de varios de sus reporteros. Tú no tuviste nada que ver con eso, ¿verdad?

—No hagas preguntas estúpidas.

—Ya veo. Sin embargo quién tuvo la idea de un ataque coordinado de la prensa no fueron los ingleses. Fue un francés.

—¿Tienes un nombre?

—Thomas Roussel.

Gaetani da un furioso puñetazo sobre su escritorio.

—Ese hijo de perra debería estar muerto, lanza furioso.

—No tengo opinión sobre el tema, lo que sí sé es que está vivo. Fue él quien organizó una reunión con los medios que habían perdido a algún periodista en eso que llaman los Crímenes de la Casa Walker o algo por el estilo. También consiguió motivar a periódicos alemanes y franceses, ya sabes por qué, me imagino. Te mandé un link con una de entrevista de Roussel. Mírala, te va a interesar. Podemos almorzar juntos en la semana si no tienes nada mejor que hacer.

—Sí, sí, te llamo… Gracias, Silvio.

Uccello se despide y cuelga. Pietro Benedetto abre su computadora, encuentra el link y lanza la entrevista. En un estudio de televisión, Thomas Roussel es interrogado por una periodista.

—Usted afirma que la Iglesia tiene un servicio secreto que funciona como cualquier otro, con hombres capaces incluso de matar.

—Así es…

—Cuesta mucho creerlo.

—El Vaticano es un país, *mademoiselle*. Todos los países tienen Servicios Secretos. Solo que la Iglesia prefiere ocultarlo porque se supone que es una especie de Disney World celestial, un reino de paz y amor donde todos se quieren y se dedican cuerpo y alma a la bondad. Pero muchos sabemos que eso es falso o al menos que no es toda la verdad.

—Sin embargo la Iglesia tiene numerosas instituciones que se consagran a hacer el bien…

—¿Acaso no es esa su misión? ¿Acaso gobiernos y donantes privados no le dan cada año millones para que haga justamente eso? También hay instituciones laicas que ayudan a los necesitados. La Cruz Roja, Médicos sin Fronteras, el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, el Programa Mundial de Alimentos, la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados… La lista es mucho más larga, como usted sabe. Y tiene una peculiaridad, ninguna de esas instituciones tuvo en su pasado la fea costumbre que quemar vivos a los seres humanos que no estaban de acuerdo con ellas…

La periodista no consigue disimular su incomodidad. Dice:

—Bueno… que la Iglesia utilice los dones de los fieles para su trabajo caritativo es normal, tampoco es un país industrial.

—No, es un país parásito. La Iglesia siempre se enriqueció con el trabajo ajeno. Prácticamente sin investir un centavo llegó a ser la mayor propietaria de tierras cultivables en Europa. Por solo hablar de tierras. No fue un milagro. Fue un robo. Hizo del diezmo una obligación legal que cobró ferozmente durante siglos, doblegó a miles de ciervos para que trabajaran en sus inmensas propiedades. En Europa, pero sobre todo en América, poseyó y explotó a otros miles de seres humanos, esta vez esclavos, y solo los liberó cuando la abolición legal de la esclavitud la obligó…

—Señor Roussel, usted habla constantemente del pasado. ¿Se trata de una manera de eludir el presente?

—El presente es solo la cima de una montaña de pasado, *mademoiselle*. El presente dura un instante, el pasado la eternidad. Pesa siempre, pues nunca pasa.

—Por lo visto para usted la Iglesia Católica dejó de cumplir su misión social.

—No solo la Iglesia Católica, la religión en general. Cuando miramos hacia el Vaticano vemos a unos ancianos con caras afables disfrazados con trajes del Medioevo. Algo que ya habla de lo desfasados que están. Por cierto, ese carnaval de disfraces y obsolescencias no es solo católico, prácticamente todas las religiones emplean vestuarios desusados, arcaicos, que lindan con lo ridículo y dicen a gritos lo poco en fase que están sus portadores con las sociedades en las que viven. Pero como todos sabemos, el hábito no hace al monje. Esos mismos hombres con apariencia de muñecones de carnaval dominan infinidad de mentes, bendicen guerras, violan niñas y niños casi impunemente, santifican el uso de las armas, las guerras, prometen el paraíso a terroristas, consagran tiranos, incitan a asesinar escritores…

—Me llama la atención que usted describa la Iglesia y la religión como cosas diabólicas cuando hay millones de personas que las ven como esperanzas. ¿Qué le hace pensar que usted tiene razón y que esos millones de personas están errados?

Una ligera sonrisa juega en los labios de Thomas antes de que diga:

—Mire, en la Biblia el Diablo no mata a nadie, sin embargo Dios, a causa de un supuesto error cometido por él mismo al crear a sus "amados hijos", extermina a la humanidad entera y destruye toda la fauna terrestre con un diluvio. No contento con esto, en otro momento lanza azufre ardiente y fuego sobre ciertas ciudades porque no le gustan las inclinaciones sexuales de algunos habitantes, quemando vivos a ancianos, mujeres y niños que nada habían hecho para merecer semejante castigo. Siempre según la Biblia, Dios hace matar a todos los primogénitos de Egipto solo

porque está molesto con el Faraón… ¿Diferenció ya diabólico y divino o sigo?

La periodista prefiere cambiar de tema.

—No, gracias, nos queda poco tiempo, disculpe. Hablemos del Códex M. ¿Fue siempre protegido por tres familias de diferentes nacionalidades?

—Sí. Creo que siempre fue así. Cuando el responsable del Códex de una familia moría, la responsabilidad pasaba la generación siguiente. A menos que no quisieran seguir o la familia se hubiese extinguido. Las nacionalidades no siempre fueron las mismas.

—Cierta prensa afirma que para apropiarse del Códex M se cometieron los llamados crímenes de Londres, Berlín y París. Esa misma prensa insinúa, y usted no lo desmiente, que esos crímenes fueron cometidos por hombres de la Iglesia, miembros de los supuestos Servicios Secretos que usted llama la Entidad. Otros medios, sin embargo, piensan que al ser el Códex M un documento tan valioso, muchas personas con grandes fortunas, instituciones seculares o incluso ladrones profesionales podrían haber intentado hacerse con él y no necesariamente la Iglesia.

—El Códex M es un documento demasiado sui géneris para ser negociado en algún tipo de mercado. Eso excluye en gran medida cualquier interés privado. La Iglesia, sin embargo, lo persigue desde el Concilio de Nicea, en el año 325. Mi padre, los Walker y los Bauer decidieron publicarlo. De alguna manera, no sabemos todavía cómo, la Iglesia se enteró. La publicación del Códex M representaba un peligro para ella. Lo propio de un servicio secreto es actuar en secreto para evitar peligros al país que representa. Hasta ahí, todo normal. Pero nada obligaba al Servicio Secreto del Vaticano a matar. Debían impedir la publicación de un documento. Eso podía hacerse sin asesinar a trece personas…

—¿Y por qué lo hicieron a su entender?

—Porque los miembros de las instituciones religiosas se creen inmunes, se saben protegidos y no precisamente por Dios… En el caso de los católicos, violan niños que destruyen psíquicamente y luego, qué hace la Iglesia, protege a los sacerdotes que cometieron esos actos o paga para "cerrar el asunto" cuando el problema llega a

la justicia o para evitar que llegue. Y en la inmensa mayoría de los casos a los violadores no les pasa nada.

—¿Cree que el Códex M sigue siendo una grave amenaza para la Iglesia?

—No la mayor.

—¿Cuál es la mayor?

—La verdad.

Gaetani no soporta ver por más tiempo el rostro de Thomas Roussel. Cierra su laptop. Cuántos problemas se hubiesen evitado si el equipo de París hubiese hecho correctamente su trabajo. Bebe el fondo de whisky que queda en su vaso. No sabe a nada, los hielos se derritieron. Renuncia a servirse de nuevo. Debe tener la mente clara. Está llegando a una encrucijada de su existencia. No puede cometer ningún error. Si logra encontrar esa tumba y destruirla habrá salvado a la Iglesia. Nada podrá oponerse entonces entre él y el purpurado cardenalicio. A menos que opte por la otra opción que le da vueltas en la mente. Más drástica… aunque mucho más peligrosa.

Jerusalén, el cuerpo de Jesús, una nueva vida…

Oye en su mente la risa de Giulia, hacía días que no le pasaba. Duda un tiempo, luego marca un número de teléfono que se sabe de memoria. En medio de un gran ruido oye la voz de Alba que dice:

—Oigo, ¿quién habla? Un momento por favor.

La escucha atender a varios clientes, responder a sus preguntas en inglés, en francés, en alemán. La escucha reír con ellos…

Se domina en el último momento, cuelga.

Extrae de una gaveta un paquete de cigarros, lo abre, enciende uno. Fuma con la mirada fija, perdido en su mente, al parecer. Aplasta el cigarrillo por la mitad y compone un nuevo número.

—*Monseigneur*, ya sabemos quién estuvo detrás del ataque de la prensa.

—Lamentablemente ya no nos servirá de nada.

—¿Por qué?

—¿No vio lo que acaba de anunciar el Louvre?

> *15 Pero acontecerá, si no oyeres la voz de Jehová tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te intimo hoy, que vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te alcanzarán.*
> *56 La tierna y la delicada entre vosotros, que nunca la planta de su pie intentaría sentar sobre la tierra, de pura delicadeza y ternura, mirará con malos ojos al marido de su seno, a su hijo, a su hija, 57 al recién nacido que sale de entre sus pies, y a sus hijos que diere a luz; pues los comerá ocultamente, por la carencia de todo, en el asedio y en el apuro con que tu enemigo te oprimirá en tus ciudades.*
>
> **LA BIBLIA. (Deuteronomio 28: 15 /56-57)**

"Soy María Magdalena."
"El Códex M. Voz del pasado, clamor en presente."

Hay luces por todas partes, elegancia, cámaras, ropas caras, joyas, centelleos de flashes. Hay ministros, embajadores, celebridades, directores de grandes empresas que sostienen financieramente al Louvre… Y como siempre en esas situaciones, hermosas mujeres.

Aunque el anuncio de la fecha exacta de la exposición fue hecho al último momento, por cuestiones de seguridad, un hábil plan mediático había creado ya en el público una intensa expectativa. A pesar de que la apertura de la exposición estaba anunciada a las 18 horas, desde el amanecer la *Cour Napoléon* rebosaba de gente y en la *rue de Rivoli,* alrededor del mediodía, el tráfico tuvo que ser interrumpido. Nunca en la historia del museo semejante multitud había manifestado tal deseo de visitarlo. Por primera vez en mucho

tiempo la bella y enigmática Madona Lisa di Antonio María Gheraldini del Giocondo, no es la principal atracción.

De las numerosas personas que se agolpan en las afueras del museo muy pocas podrán entrar hoy, por más que el Louvre haga "una nocturna" y cierre a las 22 horas, pues la mayor parte de la *soirée* está dedicada a los invitados VIP. Se rumorea incluso que pasará el presidente. Aún así a la gente no parece importarle. Han venido para ver, para estar, para vivir en el ojo del ciclón ese día que para muchos es ya historia. Las entradas, agotadas, se revenden a precios cada vez más exorbitantes.

Hay, como era de esperar, personas que protestan airadamente y exigen el cierre de la exposición. Lo reclaman en nombre de un respeto que según ellos les es debido por adorar a un ser mudo e invisible que suponen en el cielo. Algunos, en hinojos, piden a Dios que intervenga para impedir que sea puesta en duda su existencia, pero el ser sobrenatural del que ellos esperan la vida eterna, como de costumbre, no se manifiesta.

En los apartamentos de verano de la reina Ana de Austria, la calidad de la exposición sorprende incluso a los más exigentes invitados. Varios espacios están dedicados al contexto histórico, ilustrado con hallazgos arqueológicos que relatan la vida en tiempos de María Magdalena. Especial atención fue prestada a los utensilios y soportes de escritura.

En las paredes las hojas del Códex M parecen flotar gracias a unas pantallas táctiles de gran tamaño en las cuales las copias del original son traducidas en múltiples lenguas. Basta con tocarlas para que el original se aparte y, a pedido del visitante, aparezca la traducción deseada. Así, un recorrido por el deslumbrante espacio de los antiguos apartamentos reales permite leer en su totalidad el texto de María Magdalena, que además ha sido impreso y se ofrece a los visitantes.

En el centro de la rotonda de Marte, protegido por una vitrina de seguridad, el original del Códex M, (la copia secreta), trona en compañía de la célebre María Magdalena desnuda atribuida a Gregor Erhart. En una etiqueta a proximidad del documento aparecen la datación al carbono 14 y otros detalles técnicos que confirman la

autenticidad del documento. Se refieren al verdadero original, naturalmente.

Gracias a la riqueza en obras del Louvre, Marc Pladel, con la colaboración de especialistas y conservadores de las colecciones del museo, organizó una especie de exposición bis. Usando pinturas, esculturas y citas de personalidades eclesiásticas, entre ellas de varios Papas. Esta exposición bis muestra, más bien denuncia, las contrastadas personalidades, situaciones sociales y características atribuidas a María Magdalena por la Iglesia y la tradición cristiana: la prostituta, la endemoniada, la fiel seguidora de Jesús, la pecadora arrepentida, la rica filántropa, la patrona de las meretrices, la apóstol de los apóstoles, la Santa…

Pasajes del Códex M aparecen destacados en diferentes puntos de las salas:

Jesús divino no era, más era, era un excepcional hombre.

No faltan entre las *very important persons* que se pavonean por los espacios, otrora reales, invitados que se pretenden católicos fervientes y se dicen en desacuerdo con lo expuesto, contrariados, algunos incluso parecen escandalizados. Posturas para las cámaras, pues todos siguen ahí, conversando con sus amigos, intentando acercarse a las *persons* más *importants*.

Nadie pudo ver a Jesús resucitado. ¡Nadie!
Porque quien resucitó a Jesús, fui yo.

A pesar de haber sido invitados, ningún miembro de la Nunciatura Apostólica, representantes en Francia de la diplomacia vaticana *honra con su presencia* la exposición. La diplomacia de los representas de Dios, por lo visto, no llega a tanto.

Los hombres solo veneran lo que es invisible a sus ojos.

Aunque camina todavía con alguna dificultad, Armand es el centro de muchas atenciones. Todos quieren conocer de primera mano la historia del Códex M.

—Siéntate un poco, papá.

Las personas ordinarias necesitan lo extraordinario.

Elegante para la ocasión, Samuel habla de algunas de las obras expuestas y explica, sin que se lo pregunten, que Sarah es su prima y Thomas su amigo de infancia. Se siente orgulloso de ellos, en realidad, y no ve ninguna razón para ocultarlo.

El profesor Arouet se deleita respondiendo a las preguntas de quienes quieren conocer detalles de su delicada traducción. Sobre todo a las señoras de buen talante.

Thomas se acerca a él y le dice en voz baja, con un guiño.

—Está muy bien rodeado, profesor.

—No malinterpretes. Son seguidoras de Clio, la musa de la historia, le responde él, risueño, con igual tono de voz.

Sarah y Thomas escapan por unos instantes a la presión de la prensa y los VIP.

Ella se ve feliz. Tanto que Thomas tiene que retener los deseos de abrazarla.

—¿Cómo está, mi reina?

—A sus pies, mi caballero.

—Para salir ilesa esta vez creo que la Iglesia necesita un milagro.

—Si alguien sabe de milagros, es ella…

Ríen, rozan los labios con un discreto beso. Él le susurra al oído.

—*Je t'aime.*

Ella le responde:

—*Je t'aime aussi, mon amour, oh oui.*

Un torbellino de ilusiones y aprensiones gira en la mente de Pietro Benedetto mientras el avión comienza su descenso hacia el aeropuerto Ben Gourion de Tel Aviv. Al fin llega, piensa. Resta a saber si llega a tiempo.

La apertura de la exposición del Louvre y sobre todo su estrepitoso éxito, provocaron pánico en el Vaticano. Con la tradicional serenidad de la que hacen gala en general las autoridades de la Iglesia, el Códex M fue declarado apócrifo,

lamentable e incluso absurdo. Se trataba de una serenidad de fachada, naturalmente. La realidad era estupor y pánico.

El bombardeo mediático de acusaciones apenas veladas sobre la "Operación Magdalena" había transformado ya la Ciudad Santa en ciudadela asediada. Muchos temen ahora que la exposición parisina haga derrumbarse las invisibles murallas que desde hace siglos protegen el corazón del catolicismo. Temen, sobre todo, que el Códex Miedo, como lo llaman algunos *sotto voce,* consiga expulsar de las mentes de millones de personas hoy sumisas, dóciles, resignadas a la obediencia, al intangible dios que la Iglesia hizo entrar en ellas con promesas inverosímiles, amenazas improbables y asiduo adoctrinamiento desde la infancia. El mismo dios que desde hace siglos sirve de pretexto, de coartada y que en otros tiempos, cuando la Iglesia, segura de su poder blandía la espada, fue impuesto a los humanos con hierro, furor y fuego.

Qué absurda ironía, piensa el obispo Gaetani, que haya sido la exposición del Louvre, fruto del fracaso de la "Operación Magdalena" lo que motivó al "príncipe" Sinclair, a los otros "divinos" y al Papa a prestarle finalmente atención, a acordarle un presupuesto prácticamente ilimitado y a apresurar su partida. ¡Después de tanto tiempo perdido! Cómo es posible que la alta jerarquía de la Iglesia no se haya dado cuenta antes de lo vital que es esta misión. ¿Será que a fuerza de pregonar ciertos desatinos acabaron por creérselos? Si alguien que no sea él encuentra esa tumba y el cadáver que alberga, de la Iglesia solo quedarán escombros, Excelentísimos Cretinos. ¿Cómo han tardado tanto en verlo? ¿Se creen de verdad protegidos por un dios omnipotente?

La religión funciona como un virus. El obispo lo sabe por experiencia. En las mentes fragilizadas un pequeño contagio puede derivar en una infección de la que será muy difícil sanar. El individuo verá su capacidad de pensar afectada, tomará por propias opiniones ajenas y comenzará a ver la sumisión, la renunciación y la abstinencia como virtudes. Condenará la voluntad, la pujanza y los deseos de progresar como defectos. Pensará que la risa rebaja y que el sufrimiento eleva. Que los placeres son fútiles si no protervos. Que el sexo es malo. Que vencer no es bueno y triunfar es egoísta.

Que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja a que un rico entre en el Reino de los Cielos.

Menos si ese "rico" es la Iglesia, claro.

La persona afectada creerá que lo que no puede conseguir en la vida real le será dado sin más esfuerzo que el sometimiento en una vida imaginaria, supuesta e improbable. Se convencerá de que la fe lo puede todo, que basta con creer que la muerte no existe para que la vida se haga eterna. Adoptará para ello credos de desprecio a la vida real, al progreso individual, al éxito. Sometido como un pajarillo no se atreverá a extender las alas, solo abrirá el pico para que un dios del que simplemente ha oído hablar lo alimente con un quimérico maná. Aferrado a la ilusión de que la utopía y los anhelos son más poderosos que la realidad sacrificará la vida a la probabilidad de una existencia después de la muerte de cuya existencia no tiene pruebas. En la imaginación, donde todo es posible, frotará la lámpara que solo allí hace realidad los deseos. Y aguardando la nada, de la que todo espera, repetirá:

Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.

Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.

Hubo un tiempo en que el obispo fue de esos. Un tiempo en que tras mucho codearse con la muerte y herido su cuerpo, enfermó su mente. Su padre, curiosa mezcla de devoto y tirano doméstico hizo entrar a golpes en su psiquis infantil la religión. Más tarde, cuando se alistó en la Legión Extranjera y se fue a vivir a Francia, Pietro Benedetto rompió con él y con ella, pero la semilla quedó. Mientras se debatía entre la vida y la muerte en un hospital francés, un sacerdote regó aquella simiente. En el jardín las flaquezas la religión florece. Pietro Benedetto salió de aquel hospital con el cuerpo sano, pero con la mente enferma. Lo que años más tarde reconoció como una infección había contaminado su mente y reorientado su vida.

El encontronazo del tren de aterrizaje con la Tierra Santa, lo devuelve a la realidad. El coronel Jonás, los cuatro agentes que lo acompañan y él, una vez pasados los puntillosos trámites aduaneros israelíes y recogidos los equipajes, se dirigen hacia la salida del aeropuerto donde los esperan el capitán Aldo Santoro y el teniente Fabio Moretti, los dos agentes enviados por el obispo semanas antes para preparar el terreno y resolver algunos asuntos delicados.

Gaetani y el coronel Jonás montan con el capitán Santoro en uno de los dos Land Rover Defender alquilados para la operación. El resto de los agentes se acomoda en el segundo, conducido por el teniente Moretti. Un trayecto de unos cincuenta kilómetros los separa de Jerusalén.

—¿Qué tal todo, capitán?, pregunta el obispo.

—Todo listo, Excelencia. Esperando sus órdenes. Alquilamos una casa grande a las afueras de Jerusalén. Lejos de todo. Contactamos con una empresa que puede montarnos un campamento al lado de la excavación, si lo deseamos.

—¿Los explosivos?

—Listos.

—¿Las armas?, interviene Jonás.

—Nuestro contacto consiguió todo lo que le pedimos. Como estamos en el país de los Uzi, compramos varios. Armamos con ellos a todos los hombres, incluido usted, coronel. Para su Excelencia compramos un Sig-P229 Élite, sé que es su preferida.

—Gracias. Ojalá no tengamos que usarlas, dice este.

—¿Los arqueólogos?, pregunta Jonás.

—Como sabe, uno de los dos que usted había contactado se negó a firmar el contrato.

—Pensé que acabaría por ceder.

—Lamentablemente no. Nos queda uno. El señor Hadad, David Hadad.

—Con uno bastará, coronel, interviene el obispo. Veremos sobre la marcha, pero no creo que necesitemos una horda.

—Sí, acepta Jonás. Cuanto menos gente está involucrada en esto mejor.

—Lo verá esta noche, coronel, explica Santoro. Usted y el señor obispo cenarán con él en un restaurante de Jerusalén que ya está reservado.

—¿Le dijo que mañana empezábamos a inspeccionar el sitio?

—Sí.

—Buen trabajo, capitán.

—Gracias, coronel.

Las primeras malas noticias llegan durante la cena con el arqueólogo israelita. David Hadad les gusta, inteligente, calificado, serio y al parecer discreto. No hace muchas preguntas, lo que es siempre un buen signo. Negocia la prima, eso sí, pero a Gaetani y a Jonás ese no es un asunto que les quite el sueño. Dinero les sobra.

Lo peor es que sabe exactamente lo que ellos buscan. Primera trampa del pagano Cronos. Por más que Einstein haya dicho que el tiempo es relativo, haber llegado a Jerusalén a destiempo, ahora que la exposición del Louvre inunda los periódicos, es una maldición absoluta. Pero ya no hay remedio. Como un número incalculable de personas, David Hadad leyó el texto del Códex M. No es difícil, está por todas partes. Esto tiene un pequeño lado positivo, sin embargo, permite que Hadad los alerte de un absurdo peligro que el obispo y el coronel no podían siquiera imaginar.

—Los jaredíes se opondrán a que "molestemos" a cualquier muerto judío. Solo nos dejarán en paz si los convencemos de que se trata de un gentil, explica.

—¿Quiénes son los jaredíes?, pregunta el coronel.

—Judíos ultraortodoxos ferozmente devotos. Jaredí significa: que tiempla ante Dios. Para ellos la Tora es la palabra divina entregada a los hombres en el Monte Sinaí junto a las supuestas Leyes, por Dios en persona.

—Es ridículo, protesta el coronel. La arqueología probó que el Éxodo y todo lo que lo acompaña es una burda leyenda. Usted lo sabe bien.

—Yo sí, ellos no. Y aunque les pongan delante las pruebas no cambiarán de opinión. La religión y la verdad no viven en el mismo mundo, supongo que usted también lo sabe.

El coronel lanza una rápida mirada al obispo. No escapa al agudo análisis del arqueólogo que sigue reuniendo elementos para saber quiénes son ellos. La historia que le contaron de un rico coleccionista apasionado de arqueología no lo convence.

—¿Cómo podemos eludir ese peligro?, interviene Gaetani, más pragmático.

—Actuando rápido. Los jaredíes viven en gran medida al margen de la sociedad. Eso juega en nuestro favor. Cabe esperar que tarden en enterarse de quienes somos y de lo que haremos.

El resto de la cena transcurre agradablemente. David Hadad conoce el mundo judío e Israel tan bien como su especialidad. Señala a los recién llegados las peculiaridades de ese país tan poco común que salió de la nada y ha alcanzado un desarrollo envidiable; donde la democracia prospera rodeada de dictaduras y a pesar de una guerra interminable. País en el cual, con relativa serenidad, se mezclan las costumbres más retrógradas con las ideas más modernas.

Hombre inteligente y observador, al final de la cena Hadad tiene una idea bastante clara de quienes son ellos. No lo revela directamente, solo da indicios, pero tras el último apretón de manos Gaetani y Jonás saben que él sabe.

Al día siguiente Cronos mezcla las cartas para convencer a Pietro Benedetto y a sus agentes de que ellos tienen el mejor juego. David Hadad los lleva con paso seguro hasta la peculiar montaña descrita por María Magdalena, que todavía algunos llaman La Piedra. El sitio está desierto. Para Gaetani es un full de ases. El coronel Jonás instaura un par de reglas con el fin de evitar revelaciones indeseadas: a La Piedra la llamarán P-1. A María Magdalena, 2M.

Hadad entrega al capitán Santoro una lista detallada de los productos y herramientas que necesitarán en los próximos días. El

teniente Moretti y el sargento Furio parten hacia Jerusalén para comprarlos.

Comienzan la exploración del sitio, que es amplio. El arqueólogo no cree que deban limitarse a la montaña descrita en el Códex M. Propone estudiar también la montaña que se encuentra a su derecha. Como nadie conoce su nombre, Hadad la bautiza P-2. Entre las dos elevaciones hay un espacio que podría corresponder al camino descrito por María Magdalena. P-2, por la friabilidad de sus rocas se presta tanto como P-1 para cavar una tumba. Del lado izquierdo no pasa lo mismo, la continuidad de la sierra no deja espacio entre P-1 y la elevación que le sigue.

Mientras inspeccionan las bases de las dos montañas, el arqueólogo recuerda al equipo que los judíos siempre le han dado mucha importancia a la manera de enterrar a sus muertos.

—En el siglo primero o sea en tiempos de Jesús, los habitantes de Jerusalén, aquellos que tenían los medios, claro, enterraban a sus familiares en cuevas. Casi siempre cavadas en la roca, de preferencia roca caliza blanda, muy común en la zona. Las tumbas estaban siempre fuera de las murallas. Canteras en desuso, serranías rocosas, todos los lugares propicios para hacer una cueva eran transformados en tumbas. Al punto que Jerusalén se encontraba prácticamente rodeada de sepulcros. Lo cual llegó a ser un problema.

El obispo, que se hace llamar Benedetto Zanetti, consulta a menudo el texto de 2M para asegurarse de que buscan en el sitio correcto.

—Señor Hadad, interviene. En el Códex M dice: "Varios hombres cargaban el cuerpo. El sol que pasaba entre las ramas lo iluminaba." No veo aquí una vegetación justificando que alguien haya escrito esto.

El arqueólogo sonríe.

—Han pasado veinte siglos, señor Zanetti. El clima cambió, la vegetación también. Solo las piedras son inmutables.

Al cabo de varias horas de minuciosa exploración el arqueólogo delimita un área. Atendiendo a las costumbres funerarias judías del siglo primero, le parece propicia para haber acogido un entierro.

Comienzan a "limpiar" el espacio, o sea, a quitar la primera capa de piedras. Según Hadad la tumba probablemente estará disimulada bajo varias capas de tierra, polvo y rocas. El trabajo de cargar piedras bajo el inclemente sol israelí es agotador, pero contratar personas para que los ayuden significaría propagar informaciones e intenciones que deben mantenerse ocultas.

Con el regreso de Moretti y Furio llegan las herramientas, una ingente cantidad de botellas de agua y el almuerzo. La pausa no es muy larga. El obispo y el arqueólogo tienen prisa. Los agentes saben por qué. Trabajan contra reloj. El coronel les explicó que ciertos grupos de fanáticos religiosos se oponen a que los cuerpos de los muertos judíos sean "importunados". Y por ridículo que parezca, representan una real amenaza. Podrían reunir un pequeño ejército de gritones muy difícil de contrarrestar. Podrían incluso conseguir que las autoridades israelís anulen las autorizaciones que les permiten a ellos trabajar legalmente en las montañas.

Se afanan hasta que comienza a caer la noche, que los encuentra de buen humor. Para un primer día avanzaron bastante. Marcan el espacio delimitado y montan en los vehículos que los devolverán a sus lugares. Para David Hadad, su casa. Para el obispo y sus agentes, la mansión alquilada. Mañana harán instalar un campamento.

Cuando mañana se convierte en hoy, la alegría de la víspera se transforma en ira. Lo ven desde lejos, varias tiendas de campaña manchan el paisaje con sus colores chillones. ¡Y no son suyas! Constatan al llegar que tres equipos remueven piedras en diferentes áreas. Aunque las marcas dejadas por ellos fueron respetadas, otras marcas delimitan ahora nuevos espacios. Un equipo está compuesto por ingleses. Otro por franceses. El tercero lo integran españoles. Son muchachos jóvenes, risueños, políglotas, con más caras de recién graduados de alguna universidad que de aventureros. Gaetani maldice a Sinclair, al Papa y a una larga lista de jerarcas vaticanos. El cuerpo de Jesús tiene demasiado valor. La codicia atraerá cada vez más gente. Intuye que esos tres equipos son solo el principio del desastre.

Los chicos ingleses, franceses y españoles no ocultan sus intenciones. Leyeron el Códex M, por eso están ahí, para entrar en la historia y hacerse ricos. Esperan sacar a la luz el cuerpo del hombre que convirtió el agua en vino. No dudan de cuál será su próximo milagro: transmutar viejos huesos en millones de dólares.

Tampoco hoy Henry Oliver Sinclair tuvo ánimos para ir a su oficina del Vaticano. Ha presenciado cosas que nunca pensó ver en la ciudad de Dios. Blasfemias en cartelones, agresividad, groserías, violencia. Su propio auto fue apedreado. Nada grave, solo unas abolladuras, pero mucho miedo, mucha contrariedad, inmenso estupor. Moralmente lo dejó exhausto. Está sentado con la mirada perdida en el jardín del *Petit Palais,* la hermosa residencia, propiedad de la Iglesia, que él que comparte con Jacques Étienne, para los otros, el arzobispo Meslier. A su lado, sobre una delicada mesa, se enfría un té que apenas ha bebido.

Ya supo por el obispo Gaetani a qué punto todo va mal en Jerusalén. Decenas de gente busca ahora la maldita tumba anunciada por la endemoniada Magdalena en su lamentable Códex M. Según el obispo son ya una multitud. Va desde chicos imberbes que apenas pueden decir quién era Jesús hasta equipos de arqueólogos profesionales con todo lo necesario, material como intelectual, para destrozar a la Biblia y con ella a la Iglesia.

Aunque no se lo dijo directamente, quedó claro que el obispo lo culpa a él de ese desastre. Y lo peor es que tiene razón. El obispo Gaetani fue el único que supo vislumbrar el peligro. ¿Por qué no lo escucharon? Una forma de desidia, quizás de soberbia, un exceso de confianza… Un poco de todo eso, sin dudas. A lo que ha de añadirse el velado desprecio que toda la curia, incluido él, ha sentido siempre por ese prelado peculiar, tan diferente de "nosotros"; cortés, pero peligroso, clérigo, pero asesino, hombre de Dios, pero también del Diablo. Menospreciarlo fue un craso error del que deben culparse él, el Santo Padre y todos los que contribuyeron a frenarlo. Así lo

recogerá probablemente la historia. Un error que va a cambiar tal vez la faz del mundo al reducir a cenizas la Iglesia.

La voz de Jacques Étienne, lo saca de sus atormentadas reflexiones.

—Te traje un café. Vi que al té no le hiciste caso.

—Gracias, dice el cardenal, aunque solo bebe un sorbo.

—También te traje esto. Te haría bien leerlo.

Henri Olivier toma en sus manos las hojas que le tiende su pareja y lee al azar:

"De la crisis actual surgirá una Iglesia que habrá perdido mucho. Será más pequeña y tendrá que volver a empezar más o menos desde el inicio. Ya no será capaz de habitar los edificios que construyó en tiempos de prosperidad. Con la disminución de sus fieles, también perderá gran parte de los privilegios sociales. Será una Iglesia más espiritual, que no suscribirá un mandato político coqueteando ya con la Izquierda, ya con la Derecha. Será pobre…"

No va más lejos.

—¡Qué horror! Es el texto de Ratzinger.

—Sí, parte, la profecía que escribió en 1968 y que al parecer está por cumplirse.

—La leí hace mucho. Me la diste tú mismo. Un texto demasiado depresivo.

—Te equivocas, Henry Oliver, es un escrito de esperanza.

—No tengo ánimos para leerlo ahora, dice mientras le devuelve los folios.

—Como quieras.

Jacques Étienne se dispone a irse, Sinclair lo retiene.

—¿Cómo está… aquello?

—Ahí va…

—Dime.

Jacques Étienne se sienta.

—Cada vez hay más gente en la Plaza San Pedro. Algunos nos defienden y repiten lo que dijo el Santo Padre.

—Que el Códex M ese es falso.

—Sí. Otros gritan lo contrario. Los dos grupos se enfrentan. Se dan golpes. En plena Plaza San Pedro. Inimaginable. Tuvo que venir la policía. Pero no logran contenerlos. Algunos intentaron derribar varias columnas de Bernini.

—¡Las columnas de Bernini!

—No lo lograron. Pero dañaron algunas.

—Un sacrilegio.

—Sí.

—¡Qué pasará cuando se enteren de la tumba de Jerusalén!

—Prefiero no imaginarlo.

—Es el fin, Jacques Étienne. Es el fin.

—Tal vez sea un nuevo comienzo.

El cardenal Sinclair no parece escucharlo, aspirado por su siniestro monólogo interior.

—Y de ese fin yo tendré buena parte de la culpa por no haber escuchado al obispo.

—Deja de pensar que tú hubieses podido cambiar la voluntad de Dios. Pecas de orgullo.

Las lágrimas comienzan a brotar de los ojos del cardenal. El arzobispo lo toma en sus brazos, conmovido, con la intensión de consolarlo. La pena de Sinclair es más fuerte. Vence en unos instantes la resistencia de Meslier, que tampoco consigue contener sus lágrimas. Los dos hombres que se han amado y amado a la Iglesia casi todas sus vidas, lloran juntos por lo que tal vez nunca volverá.

> *3 No tendrás dioses ajenos delante de mí. 4 No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. 5 No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen…*

LA BIBLIA. **(Éxodo 20: 3-5)**

Un corcho de champaña salta, la abundante espuma moja los cabellos, el rostro y los senos de Sarah. Thomas la hace beber con sus dedos, luego bebe él sobre sus senos llenos de burbujas. Sarah se entrega a la caricia de sus labios que recorren con precisión y delicadeza sus zonas eróticas, haciendo que sus pezones broten como flores. Entonces él baja de sus senos a su sexo, inundado de champaña, donde bebe lamiendo con cuidado los pozos de vino y placer.

Sarah se arquea, gime, música de suspiros que lo erotizan a él y amplían su erección. Ella acaricia el sexo enhiesto, lo rodea con sus manos, después se posiciona para llevárselo a la boca. Thomas bebe en su clítoris, en los rosados labios de su sexo, Sarah introduce hasta el fondo de su boca el sexo vigoroso que no logra abarcar, pero que acaricia con los labios, la lengua, las humedades. Él, agotado el champaña, bebe los fluidos femeninos.

—No puedo más, mi amor.

Hunde su sexo en ella, mirándola a los ojos. Y se mueven a un mismo ritmo, lento, pausado, sintiendo al otro cuerpo, al otro sexo, hasta que los movimientos se van haciendo más intensos y él se hunde más y más en ella y ella lo acoge abierta, más y más abierta. La cadencia de los movimientos se intensifica, aumentan los gemidos, galopa el ritmo de las respiraciones, más y más, cada vez diferente y siempre igual, acto ancestral y constantemente renovado, viento a viento contra las perpetuas velas, paso a paso hasta la eterna cúspide. Hasta que los sorprende y los encanta la violenta y maravillosa tempestad de las hormonas.

Llevan apenas unos minutos disfrutando de la tierna paz que es a menudo colofón del amor, cuando suena el teléfono de Sarah.

—No respondas, murmura él.

—Tengo que hacerlo es mi prima Betsabé. Está buscando información para nosotros en Israel.

Sarah se cubre y se aleja con el teléfono. Conversa animadamente con su prima en hebreo y regresa a la cama, donde Thomas sigue desnudo.

—¿Qué pasa?

Ella trae una computadora en la que hace aparecer la imagen de la primera página de un periódico.

—Me lo mandó mi prima. Este es un periódico local de Jerusalén. Pronto estará en todos.

—No entiendo hebreo.

—La foto no es muy difícil de entender, ¿no?

—Se ve un grupo de personas equipadas con picos, palas y no sé qué más. Van a excavar, supongo. Se dirigen hacia una montaña. Y bueno… Qué tiene eso de extraordinario.

—La Piedra.

El rostro de Thomas se transforma. Se sienta en la cama del sobresalto.

—¡La Piedra! Es esa la montaña que se ve en la foto.

—Esa. La que aparece en el Códex.

—Entonces todas esas personas están buscando…

—La tumba de Jesús, sí.

—¡Waouh!

—Según mi prima Betsabé ya son muchos. Y cada día llegan más.

—Sigues pensando lo mismo sobre esa tumba.

—Cada vez estoy más convencida. Igual me gustaría ir a ver eso.

—¿Irnos y dejar la exposición?

—La exposición ya no nos necesita, *mon chéri*. Lo único que hacemos es dar esas ridículas entrevistas donde decimos siempre lo mismo. Además nos vamos solamente por unos días…

Thomas duda, ella insiste.

—Di sí, por favor, no me gustaría ir sola.

Él tarda en responder.

—Creo que para convencerme vas a tener que usar, como mínimo… el embrujo de la frambuesa.

Sarah ríe feliz. Lleva la computadora a su escritorio, se desviste y regresa a la cama lentamente, convertida ya… en bruja.

Cuando comenzó a llegar más y más gente el obispo tuvo la saludable idea de copar tantos espacios como pudo, dispersando a sus hombres. Aconsejado por Hadad, que lo ayudó a escoger, bloqueó ocho áreas que al arqueólogo le parecieron propicias. Para trabajar en ellas contrató ocho equipos de varias personas. El secreto, al fin de cuentas, ya no cuenta. El mundo sabe lo que nunca debió saber.

A pesar de ese astuto movimiento Benedetto sigue temiendo que algún otro equipo dé con la maldita tumba antes que él. Si eso sucede, Jonás tiene todo listo para hacer explotar el cuerpo del desastre, desde luego. Si quienes lo encuentran son ellos, el obispo lo tiene todo previsto para llevárselo. Ya sabe cómo podría esquivar a las autoridades israelís. Lo cual no es nada fácil. Pero la condición *sine qua non* es que Dios, el Diablo o la suerte se pongan de su lado y sean ellos quienes encuentren a Jesús. Entonces podrá hacer lo que planean todos los que sudan bajo el sol removiendo piedras a su alrededor, publicitar el cuerpo, establecer claramente que apareció en esa tumba, hacerle algún tipo de marca o análisis ADN que lo autentifique, luego escamotearlo y llevárselo a Europa o a los Estados Unidos para que Jesús haga su último o tal vez único milagro, ese del que tanto se habla allí: transmutar viejos huesos en millones de dólares.

La Iglesia pondrá el grito en el cielo, pero eso a Gaetani dejó de importarle. Jonás apoya su plan y le brinda ayuda "técnica". Hacerse millonario le pareció más atractivo que hacerse santo. A los agentes decidieron no hablarles del asunto por el momento, pero el coronel tanteó el terreno. Entre fajos de billetes y medallitas de la Virgen Milagrosa, ninguno parece dudar.

Guiados por Betsabé que los condujo en su coche, Sarah y Thomas llegan al sitio ya famoso de La Piedra. Los recibe un caos. Bajo un sol brutal un enjambre de personas se afana moviendo piedras de un lado para otro en lo que parece un gigantesco desorden. Una nube de polvo provocada por el trasiego de rocas

flota entre los aprendices arqueólogos que tosen y maldicen sin conseguir otra cosa que mayores ahogos. Gritos, palabras soeces, execraciones y vituperios vuelan entre la polvareda. Estallan peleas cuando las piedras de unos invaden los espacios de otros o por cualquier razón. Peleas en las cuales ha habido ya heridos, les cuenta Betsabé. La impaciencia afecta a algunos. Alcohol y drogas calman o excitan los ánimos. Pero a pesar de la vorágine siguen llegando personas espoleando el sueño de hacerse ricos con un par de golpes de pico o de pala.

Un nutrido grupo de jaredíes, con sus típicos trajes y sombreros, suda copiosamente bajo el sol del Señor, rezando probablemente para que Dios no haga hoy lo que según la Biblia ya hizo en otros tiempos, como se lee en Josué 10:13:

Y el sol se paró en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse casi un día entero.

¡Y el sol se paró en el medio del cielo!

Totalmente capaces de creer semejante disparate, los sudados religiosos ultraortodoxos vestidos de negro de pies a cabeza, suman al ya estruendoso ambiente sus divinas condenas a puro grito contra aquellos que se disponen a desobedecer a las santas leyes "molestando" a un muerto.

Las autoridades israelís, tomadas por sorpresa, intentan todavía organizarse. Por lo pronto montaron un puesto de primeros auxilios y varias cabañas donde reparten agua y alimentos. La policía, por su parte, pretende mantener un cierto orden, impidiendo que los jaredíes agredan a los excavadores y viceversa y que los excavadores se agredan entre ellos. Lo cual es un arduo empeño.

Los logos y los vehículos de varios canales internacionales de televisión salpican el espacio. Reporteros y camarógrafos hurgan en aquella locura en busca de lo que a todas luces será el *scoop* del año y ocupan el tiempo motivando a arqueólogos y curiosos a opinar sobre todo: Jesús, la codicia, la resurrección, el posible precio del cadáver del Mesías…

Sarah y Thomas observan perplejos lo que mucho les parece una manifestación de demencia colectiva, conscientes de que es también la espuma de una ola por ellos creada. Betsabé fija con su cámara el

momento. La adolescente, que sueña con ser fotógrafa, tiene allí materia para hartar al objetivo de su máquina.

Entonces escuchan una avalancha de gritos y se percatan de que una extraña agitación, más bien conmoción, estremece a las montañas, un temblor no terrestre, un seísmo humano: ¡Apareció! ¡Lo encontraron! ¡Ahí está!

En cuestión de segundos los reporteros dejan a medias sus entrevistas y corren frenéticos, como todo periodista que ve al *scoop* de su vida al final de un *sprint*. Las personas alrededor de Sarah, Thomas y Betsabé se disculpan por interrumpir las conversaciones y se lanzan a la carrera en la misma dirección. Ellos tres, casi sin darse cuenta, son arrastrados por el torbellino y corren como todos ¡hacia allá! ¡hacia allá!

En P-1, donde tuvo lugar el hallazgo, a Gaetani a Jonás y a los agentes les hierve la sangre. No fueron ellos quienes sacaron de las brumas del tiempo la enorme piedra redonda tras la cual se esfuman sus millones. Se trata de un equipo australiano. ¡Una tierra que en los tiempos bíblicos ni siquiera Dios conocía! ¡De la cual la Biblia no dice una palabra! ¿Acaso hubo canguros en el Arca de Noé?

Los australianos no han movido todavía la piedra redonda tras la cual esperan encontrar la celebridad y la fortuna. Festejan, beben cuanto alcohol les cae en las manos, ríen y se abrazan, dando tiempo a que las cámaras de televisión se posicionen confortablemente para grabarlos entrando en la historia.

Un pequeño paso para el Hombre, un gran paso para la Humanidad…

Unos los felicitan, otros los odian, la mayoría los envidia. Los más peligrosos no dejan aflorar sus sentimientos, sonríen, parecen inofensivos. Pura estrategia. Son los hombres de la Ciudad Santa, enviados por los representantes de Dios para actuar como Diablos.

Pietro Benedetto, el coronel y los agentes están posicionados y listos. Solo esperan el momento propicio. La exigencia primera del plan es evitar que el cadáver sea fotografiado, filmado o grabado. Las opciones varían. Preferirían hacerlo explotar cuando no haya nadie dentro de la tumba, pero eso es solo el plan ideal. Si algún reportero de televisión de los que pululan como abejas hambrientas

penetra en la tumba, el plan será otro. Si los australianos no dejan la tumba sola en ningún momento, explotarán con ella. Jonás y sus hombres dosificaron los explosivos para que no causen demasiados estragos fuera del sepulcro, pero si la explosión hiere o mata a algunos curiosos, que Dios los tenga en su gloria…

Thomas y Sarah son reconocidos por varios de los improvisados arqueólogos, eso les permite acercarse a la piedra redonda que capta todas las miradas. Betsabé no se queda con ellos, quiere hacer fotos desde diferentes ángulos, debe moverse. Sarah y Thomas no podrían reconocer a los hombres que están a unos pasos de ellos por sus fisionomías, sí por sus voces. La sangre de Sarah se hiela en sus venas cuando escucha hablar a Pietro Benedetto Gaetani.

—*Mon chéri*, ¿reconoces la voz de ese hombre?, susurra al oído de Thomas, señalando discretamente a Gaetani.

Él presta atención a la voz, el obispo no cesa de hablar a sus hombres en italiano.

—No, ¿debería?

Thomas no tiene la memoria auditiva tan fina como su novia. Tampoco oyó al obispo hablar tanto como Sarah.

—Me parece que es el tipo que nos raptó en París. El que te golpeó para que yo entrara al Louvre y sacara el Códex.

A ambos lados de la tumba se han posicionados los curiosos y los arqueólogos de domingo a los que la suerte hizo miércoles los sueños. En el centro está el equipo australiano, festejando todavía. Sarah y Thomas se encuentran del lado derecho, también Gaetani, con varios de sus hombres. Jonás y el resto de los agentes, a la izquierda, se preparan para lo peor.

Desde la izquierda, justamente, Betsabé toma varias fotos de Sarah y Thomas, que incluyen, sin que ella se lo proponga, a Gaetani y su compañía. Después grita:

—Sarah, Thomas… aquí, estoy aquí, sonrían.

Los nombres restallan en los oídos de Gaetani como dos latigazos. Se da vuelta y reconoce inmediatamente a la pareja. En su mente se cuecen rápidos planes. ¿Eliminarlos? El lugar es propicio. El momento no, sin embargo. Lo más importante ahora es la tumba. Pero después, en el desorden creado por la explosión sí sería

posible… Tiene encima su Sig-P229 Élite, es la ocasión perfecta. Deja de mirar a la pareja, se da vuelta de nuevo. Ya es tarde.

La idea y la manera de asesinar a Sarah y a Thomas se forjaron en la mente del obispo con rapidez. No la suficiente. Fijó la mirada en la pareja demasiado tiempo. Hizo sonar en ellos la alarma.

—Es él, afirma Thomas.

—Sí, es él. Vámonos.

—Ese hombre dio orden de matar a mi padre. No lo dejaré irse de aquí como si tal cosa. Dio orden de asesinar a los Walker y a la hija de estos, a los Bauer a…

Sarah lo interrumpe.

—Ese hombre está seguramente armado, tú no. Si te fijas bien verás que hay varios tipos que lo acompañan. Seguramente armados también.

Thomas mira a Gaetani, que sigue hablando con sus hombres. Por más que escupa una colérica maldición, admite que Sarah tiene razón.

—Ese tipo y sus esbirros podrían raptarnos de nuevo, continúa ella. Y esta vez nos matarían, pues no tienen nada que esperar de nosotros. Nos asesinarían aunque solo sea para vengarse de que nos burlamos de ellos en el Louvre y logramos que el mundo entero conozca el Códex.

Thomas sabe que en Sarah se expresa la inteligencia y en él la cólera. Aún así le cuesta renunciar.

—Por favor, Thomas. Si tú intentas algo yo lo haré contigo… Pero lo más probable es que los dos perdamos la vida.

—Vámonos, dice él al fin.

—Hagámoslo sin llamar la atención, por favor.

Le hacen señas a Betsabé mientras se alejan rápidamente.

—¿Qué pasa, no vamos a quedarnos hasta que abran la tumba?, pregunta la adolescente.

—No podemos. Corremos un grave peligro y tú también al estar con nosotros. Después te explico.

La muchacha no comprende.

—Van a encontrar el cuerpo de Jesús, Sarah. Yo quiero tomar esa foto.

Caminan de prisa, Sarah marca la pauta. Thomas se asegura de que no son seguidos.

—Esa foto no la podrás tomar, Bet.

Llegan por fin al auto.

—¿Por qué?

—Arranca rápido. Tenemos que irnos de aquí ya.

Betsabé arranca y acelera a fondo. Ella también está empezando a tener miedo.

—Por privarte de este espectáculo, mañana te regalaré una cámara mejor que la tuya. ¿Te gustaría tener una Leica?

—¡Waouh!, exclama Bet. Genial, pero habré dejado de hacer la foto del siglo.

—¿La del cuerpo de Jesús de Nazaret?

—Claro.

—Esa no hubieras podido hacerla hoy de todas formas.

—¿Por qué?

—Porque esa tumba está vacía.

Las protestas en la Plaza San Pedro disminuyeron. La gente tiene que trabajar. Lo mandó Dios. En Génesis 3:19: *Te ganarás el pan con el sudor de tu frente.* Solo retirados, vagos y mujeres mantenidas siguen vituperando cada día. El sábado y el domingo germinó de nuevo el populacho enardecido, pero la policía lo tuvo a raya. Lamentablemente, desde que la prensa anunció la búsqueda de una tumba atribuida a Jesús, la plebe retomó fuerza.

Monseigneur Sinclair está en su oficina. Tuvo que venir, demasiado trabajo se acumulaba. Le horroriza pasar entre los chillones que ofenden a la Iglesia, aunque sea en su auto. No basta con que su chofer haga lo imposible para eludirlos, no es posible. Parecen tener el poder de la omnipresencia. Conocen todas las entradas y salidas de la Ciudad Santa. Hoy le pegaron en su carro unas horribles pegatinas. Su pobre chofer pasó más de una hora para quitarlas. Deformaban un fragmento de San Pablo:

Si Cristo no resucitó, vana es vuestra predicación, vana es nuestra fe.

El timbre del teléfono lo sorprende. Se trata del teléfono seguro. ¡El obispo! Una corriente recorre su espina dorsal. Un terror desconocido lo atenaza. El teléfono sigue sonando. ¡Tengo que responder!, se dice. ¡Tengo que responder!

—Hola…

Espera lo peor. La afirmación del obispo lo deja perplejo.

—¡La tumba está vacía!

¿Qué significa eso? ¿Una resurrección de la cual no habla la Biblia? No tiene sentido. Jesús resucitó en la tumba de José de Arimatea, cerca del Gólgota, no en una montaña.

—Es una excelente noticia, atina a decir.

No lo es tanto, piensa de inmediato. La existencia de una tumba confirma lo dicho por la Magdalena y por consiguiente valida al Códex M. ¿Es preferible una tumba vacía a una con cuerpo? No, cualquier cosa es mala. Sí, es preferible, absolutamente preferible. Me estoy volviendo loco, se dice. Claro que se trata de una noticia excelente. En el estado en que están las cosas es incluso maravillosa. De haberse hallado un cuerpo hubiese sido…

¡No quiere ni pensarlo!

La consulta del obispo que sigue lo deja sin voz. La pregunta es muy sensata. La reflexión igualmente. Hacer explotar la tumba no será muy difícil, según el obispo, pero podría complicar las cosas. Dejarla intacta y vacía permitiría invalidar en cierta medida el maldito Códex M, al menos en lo que respecta al cuerpo de Jesús.

—¿Qué debo hacer, *Monseigneur*?

La pregunta lo pone entre la espada y la pared. La decisión podría tener una gran incidencia en el futuro de la Iglesia. No se atreve a asumirla.

—Deme unos minutos, querido obispo. Comunico con usted en breve. ¿Puede ser?

—Sí. Pero no tenemos mucho tiempo.

—En breve, en breve… Gracias por consultarme. Está haciendo usted un trabajo formidable.

Monseigneur Sinclair cuelga. Le tiembla todo el cuerpo. Cierra los ojos para aislarse del mundo. No lo logra. Toma el teléfono interno, cambia inmediatamente de idea. Se cubre con el solideo, se arregla la ropa. Tiene que hablar de eso con el Santo Padre directamente. ¡Personalmente!

El Papa está releyendo su próximo sermón. No está solo. A su lado se encuentra el cardenal Brian O'Connor con su joven protegido, el padre Sean O'Connor, la coincidencia en los apellidos no es un azar, desde luego, aunque de eso no se habla. El joven padre está destinado a remplazar al cardenal, quien ha sido durante mucho tiempo el redactor de los sermones papales.

Sinclair irrumpe en la pieza, no encontró al secretario del Papa en su oficina. El Santo Padre y los dos O'Connor, lo miran sorprendidos. Casi como si se tratara de un meteorito. Nadie entra así en ese sanctasanctórum. El Papa conoce bien a su amigo de años, ve su desasosiego. No le cuesta entender que algo grave lo mueve. Pero las reglas son las reglas.

—Necesito hacerle un consulta de extremada urgencia, Santidad, dice Sinclair.

El Papa le dirige una mirada teatralmente severa y le pide que vuelva en veinte minutos.

Sinclair sale agobiado. En veinte minutos puede destruirse la Iglesia, piensa. Exagera. Es el estrés. Penetra en su oficina, redacta una rápida nota y vuelve a los predios papales. La suerte le sonríe, el secretario de su Santidad está de regreso. Le entrega la nota.

—El Santo Padre tiene que leerla inmediatamente, precisa.

El secretario entra en la oficina papal. Sinclair espera, ansioso y angustiado. Al cabo de un momento el secretario sale y le devuelve su nota.

—Escribió algo para usted detrás, le señala.

Sinclair lee las escuetas palabras del Papa y sonríe al fin: *"Vacía e intacta es más útil."*

Vuelve a su oficina. Llama al obispo.

—Vacía e intacta es más útil, dice.

34 No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. 35 Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; 36 y los enemigos del hombre serán los de su casa.

LA BIBLIA. (Mateo 10, 34-35)

Sarah duerme, cansada por viaje y agotada por las emociones. Llegaron hoy de Jerusalén, bastante tarde. A su lado Thomas pasa una mala noche, dormida solo a retazos. No consigue perdonarse que el asesino del Vaticano haya estado a unos pasos de él impunemente. En el techo de la habitación el reloj proyecta la hora: 05:12. Thomas se levanta con cuidado para no despertar a Sarah, se envuelve en un kimono, cierra la puerta de la habitación y baja al salón.

Siguen estando allí las maletas que ni siquiera han abierto. Saca de la suya su laptop y una memoria USB donde puede leerse: "Bet with love". La introduce en su máquina y descarga el contenido. Aparecen en la pantalla las fotos que Betsabé tomó de Sarah y de él, en las cuales se ve también al personaje que, por no conocer su nombre, Thomas llama el asesino del Vaticano. Se trata del obispo Gaetani. Lanza búsquedas invertidas en Google y en otros navegadores con la esperanza de que la Web le permita saber quién es ese hombre. Busca fotos de los jerarcas vaticanos, información sobre los Servicios Secretos de la Iglesia y sobre todo lo que pueda poner luz en sus recodos. Sabe probable que algunos secretos de los opacos residentes del Vaticano hayan caído en la tela de la mágica araña de Internet. Espera que todo eso lo pueda conducir a la identificación de la máscara sin nombre que lo amenaza a él y a los suyos.

Los primeros rayos del sol acarician el rostro de Sarah. Olvidaron cerrar las cortinas. A menudo les pasa. No ver a Thomas a su lado a una hora tan temprana la sorprende. Se levanta, se envuelve

también en un kimono, se asea y baja las escaleras, todavía entre sueños. Se extraña de ver a Thomas frente a la computadora.

—¿Qué haces?

Él le sonríe, la besa y le tiende un par de hojas impresas que Sarah lee en diagonal.

—¡Es un obispo!, dice sorprendida.

—Yo diría una avispa.

—Pietro Benedetto Gaetani, vaya nombre, me suena…

Thomas comenta uno de los resultados de Google.

—Normal, se trata del nombre de uno de los peores Papas de la historia: Benedetto Gaetani, alias Bonifacio VIII. *Empapotado* en el año 1295.

—Dura competencia, porque malos Papas los ha habido muy buenos.

Sonríe al juego de palabras de su novia. Y responde:

—Ese no es el mejor malo del concurso, solo "uno de los tantos", porque el título de peor Papa no ha podido otorgarse. Como tú dices, ha habido malos Papas de muy buena calidad; pero Bonifacio VIII juega en primera división por derecho. Tuvo el honor de que el mismísimo Dante en la "Divina Comedia", sugiriera que era esperado por los demonios cuando el Venerable todavía estaba vivo. Canto XIX del Infierno, dice la IA. Se le acusó de herejía, impiedad, simonía, adulterio, asesinato, bisexualidad y pedofilia… Nada, que Diablo al lado de ese representante de Dios, se sonrojaba.

Ríen. Sarah enciende la cafetera.

—¿Café?

—Sí, por favor.

—¿Qué piensas hacer con esa información?

—Todavía no sé muy bien. Por lo pronto, transmitírsela al capitán Martel.

—Me gustaría que vinieras al laboratorio conmigo hoy. He descubierto varias cosas de las que no te había hablado, porque quería entenderlas antes. Además estaría bien que pasáramos por la exposición.

—¡Has descubierto cosas que me has ocultado!

—No dije eso, dije cosas de las que no te he hablado.

—¿Acaso no es lo mismo, bruja?

—Sí, pero no es igual.

Thomas acaba por sonreír.

—Iré con mucho gusto a su aquelarre, *mademoiselle*, pero antes quiero ver a Martel.

Sarah sirve los cafés. Pregunta:

—¿Vas a desayunar?

—No, comeré un cruasán por la calle. Voy a tomarme un ducha.

Sonríe maliciosa:

—¿Conmigo?

Lo hace sonreír.

—Bueno… tampoco es obligatorio empezar el día por los problemas.

Terminan los cafés, suben al primer piso, se desvisten, entran en la ducha, se besan bajo el agua… Todo indica que no será una ducha muy corta.

Desde que regresó de Jerusalén la cólera no deja descansar a Pietro Benedetto. Si el cuerpo de Jesús hubiese estado en la tumba y su equipo lo hubiese encontrado, sería ahora millonario. Si lo hubiese encontrado otro equipo y él y sus hombres lo hubiesen destruido con la explosión prevista, sería ahora cardenal y estaría en camino de ser Papa.

Se siente molesto con él, con los otros, con el Vaticano, con la suerte y con el mundo. Pero sobre todo con Sarah Kingsley y Thomas Roussel. Los culpa de todo lo malo que le sucede, por eso los maldice. Los tuvo al alcance de la mano, pudo haberlos atrapado, interrogado e incluso sacado para siempre de su vida. Y no lo logró. Por eso se denigra. El viaje a Jerusalén que tanto prometía acabó siendo un desastre. Para mayor inri, Kingsley y Roussel, que aparecieron allí como enviados por el cielo, desaparecieron como si se los hubiese tragado la tierra.

No tiene la menor duda de que fueron ellos quienes sacaron el cuerpo de la tumba, si no, ¡qué hacían en Jerusalén! Tan seguro está

de tener razón en eso que podría someterse a una ordalía. Él y todos los que sudaban como burros cargando piedras en esas malditas montañas fueron manipulados. ¡Les tomaron el pelo! ¡Los utilizaron como pasquines publicitarios! Centenas de medios hablaron del cuerpo de Jesús. Las redes sociales se llenaron de comentarios. Una increíble publicidad gratuita financiada indirectamente por tontos como él.

Lo cierto es que no podría probar que las cosas sucedieron como él las supone, pero la frustración lo induce a buscar una explicación y la ira lo lleva a hacerlo con la rapidez del ímpetu, no con la lentitud de la razón. Lo cual no da casi nunca buenos resultados. No admite que su quimera haya sido una nube desleída como celaje tras aguacero, que se haya vuelto polvo, fango. El cuerpo de Jesús estuvo casi en sus manos, está convencido. Alguien se lo escamoteó. Alguien que él está seguro de haber identificado y a quien cobrará el agravio, ¡lo jura!

No logra deshacerse de esa obsesión Es lamentable, ese sesgo desorienta a su aguda inteligencia.

El timbre de la puerta lo devuelve al presente. Abre.

—Paolo, ¿qué haces aquí?

El hermano entra y le entrega una cajita con el nombre de una famosa dulcería.

—Pensé que no habías desayunado y como soy tu médico, te traje algunas medicinas.

Hace sonreír a Pietro.

—Me enteré de que habías vuelto de Israel por Alba. Es bochornoso.

No es un reproche, más bien una broma. Pietro lo sabe.

—Perdona, pensaba llamarte hoy, es que… ya vez lo mal que está todo.

—Mentir es un pecado, señor obispo.

Van hacia la mesa donde Pietro pone la caja de dulces.

—¿Hago café?

—¡Qué pregunta! Voy a lavarme las manos.

Al regreso de Paolo el desayuno está casi listo. Sobre una bandeja se encuentran ahora los insoslayables *cornetti*, *biscotti* e

incluso varios *cannoli*. Se sientan a la mesa.

—Y eso que te ha dado por llamar a Alba, pregunta Paolo.

Pietro deja pasar el tiempo, quisiera escapar a la cuestión. Al fin dice:

—Estupideces.

—¿E ir a la escuela de Giulia?

—Idiotez. De todas formas ninguna de las dos quiere hablar conmigo.

—Lo menos que puede decirse es que te lo buscaste.

Pietro no tiene paciencia para más. Estalla:

—Basta, Paolo. No quiero hablar más de ese tema. ¡Está claro!

El hermano lo observa apenado. Pietro enciende un cigarro.

—Siempre que fumas esas porquerías y no tus habanos, es que no andas bien.

—¿Cómo lo estaría, doctor Freud? ¿Acaso no ve lo que pasa?

—Sí, cómo no, fui por la Plaza San Pedro este fin de semana. La gente está indignada. Creyentes, agnósticos y ateos por primera vez gritan juntos. Y la diana es la Iglesia. Increíble. Y no es para menos. La Iglesia acusada de haber asesinado a no sé cuántas personas, el Códex M diciendo que la resurrección de Jesús es un cuento, una tumba confirmando la veracidad de ese códex, aunque haya estado vacía… Es mucho.

Pietro sirve los cafés. Nunca ha reconocido delante de su hermano que la Iglesia y él mismo están detrás de los crímenes de los que habla la prensa. Paolo concluye.

—Y menos mal que no encontraron un cuerpo en la tumba de Jerusalén, porque entonces sí la gente le ponía la cúpula de San Pedro como solideo en la cabeza al Papa.

— Sucederá. Ese cuerpo existe.

Paolo está a punto de atragantarse.

—¡Existe! ¡El cuerpo del supuesto resucitado apareció!

—Todavía no, pero tarde o temprano lo hará.

—¿Dónde está? ¿Lo tienen los israelís? ¿Lo encontraste tú?

—No, lo tienen los franceses. Bien escondido por el momento.

Paolo sopesa las implicaciones. Acaba por decir:

—Entonces, cuando aparezca, la resurrección…

—*Game over*.

—Para el creyente ordinario se desmoronarán siglos.

—Así es. El gran problema con la verdad es que solo hay una y es irreparable.

—¿Qué va a pasar?

—Muchos cerrarán los ojos a la realidad para poder seguir creyendo en lo que les han dicho, que tienen un papá bueno que los cuida, que la muerte no existe, *blablablá*… La religión se aloja en el inconsciente de los humanos y los humanos no saben cómo entrar en el inconsciente para pasar la escoba. Además, la mayoría no quiere.

—Otros perderán la fe al saber que ciertas cosas en las que han creído son falsas, opina Paolo.

—Sí, sin dudas. Y será una pena para ellos. La fe ayuda a vivir. Lo sé por experiencia.

Beben sus cafés en silencio. Hasta que Pietro dice:

—La Iglesia no morirá de este infarto. Quedará debilitada, pero seguirá adelante. Inventará algo. Cuando aparezca el cuerpo la Iglesia dirá que el cuerpo es falso y cuando no pueda negarlo más dirá que Jesús resucitó en alma no en carne. O cualquier otra cosa que sin ser verdad, lo parezca.

—Como hacen ahora con la Biblia, lo que está escrito no debe leerse como está escrito, debe considerarse simbólico, interpretarse…

—Así es. Y si verdad hay solo una, mentiras que se le parecen hay miles. Sacarán una de algún solideo y dirán que la realidad no siempre es real porque la Física Quántica, las orejas de las tortugas, Dios y todo eso, etcétera… Poco importa que no tenga sentido, una buena parte de los creyentes, como se espera de ellos, lo creerá.

—Lo peor es que tienes razón.

—Llevo suficiente tiempo en la Iglesia para haberlo aprendido. A los cristianos no les importa la verdad, Paolo. ¿Qué mejor ejemplo que la Biblia? Está llena de contradicciones, pero los cristianos no las ven. No porque sean tontos, porque no quieren verlas. El Génesis no se lo cree hoy ni un crío: Dios saliendo de la nada para crear el universo en seis días, incluida la Vía Láctea, los agujeros negros, las

galaxias que están a millones de años luz, ¿y qué pasa? Nada, la gente… como si nada. El hombre hecho con fango en cinco minutos, la mujer con un pedazo de hueso en tres, pero Jesús necesitó nueve meses y un vientre de mujer… Y la gente, ¿qué? Nada… Diciendo que sí, que es posible, que no es lo mismo un humano que un dios, que pudo haber sucedido. La arqueología probó que gran parte de las historias de la Biblia son falsas, pero los creyentes siguen diciendo que es un libro sagrado. Entonces…

Pietro enciende otro cigarro, se sirve de nuevo café y añade:

—Cambiar de opinión es un proceso muy difícil para un humano. El inconsciente es a veces una quinta columna, un verdadero enemigo interior. Yo mismo nunca he llegado a sentirme totalmente ateo a pesar de que no creer en Dios desde hace años. El consciente propone, el inconsciente dispone. Así estamos hechos. La inteligencia solo se las agencia.

Paolo también se sirve otro café. Pietro concluye.

—El inconsciente nos domina, Paolo y nosotros no sabemos casi nada de él. Nadie conoce la verdadera arquitectura del cerebro. Es un hecho. Vivimos en una época muy primitiva. No sabemos cómo funciona el órgano más importante de nuestro cuerpo, el que guía nuestras acciones y reflexiones, pero creemos saber cómo se hizo el universo hace millones de años. ¿No es absurdo?

—Lo seguro es que cada vez será más difícil hacer creer a jóvenes con estudios que hubo un diluvio universal, que la tierra fue creada hace seis mil años por un dios que no sabía que era redonda y que América existía…

—A los que les hayan metido la religión en la cabeza desde niños, seguirán creyendo sus disparates.

—Esos puede que sí, pero esos son ahora minoría, Pietro. Durante siglos los católicos engendraron católicos y los adoctrinaron desde la cuna. Ahora los ateos son los más numerosos, en Europa al menos. Y engendran ateos.

El asombro se lee en la mirada de Pietro, nunca había considerado el futuro de la fe desde ese ángulo.

—La Iglesia está herida de muerte, dice.

La primera palabra la encontró debajo de la dedicatoria o de lo que ella considera tal: *María mía. Tuyo es*. Estaba a unos tres centímetros. Del lado izquierdo de la hoja. Muy, muy raspada. Llevaba bastante tiempo trabajando en ella. Logró descifrarla antes de irse a Jerusalén. Al mismo tiempo que sacó a la luz las enigmáticas líneas inclinadas que forman una especie de triángulo inconcluso. No tenía ni idea de lo que significaba la palabra, desde luego, pero le mandó una foto al profesor Arouet y este supo de qué se trataba. Tuvo que sacarla de las capas más profundas de la vitela. Quien intentó borrarla se aplicó con especial vigor. Más que con la dedicatoria y las extrañas líneas inclinadas. ¿Por qué?

Desechó la idea de hablarle a Thomas hasta haber logrado develar la segunda palabra. Hoy lo logró.

Esta palabra, también muy raspada, está del lado derecho, más o menos a la mitad de la hoja. Allí donde empiezan las líneas inclinadas del triángulo inacabado o V invertida. Con ella también la persona que intentó borrar el contenido de la vitela se obstinó. Esto indica que las dos palabras tenían para esa persona especial importancia. ¿Qué pretendió ocultar?

Busca el teléfono del profesor. Se ríe de sí misma. Está tan excitada que le tiemblan las manos.

—Profesor soy yo de nuevo. Logré limpiar la segunda palabra. ¿Se la puedo enviar?

—Naturalmente, Sarah.

—Gracias, perdone la molestia. Hacemos como la vez pasada. Le mando una foto.

Thomas la encuentra un rato más tarde en el laboratorio, tecleando en la computadora febrilmente.

—Te fue mal con Martel, dice ella al verle la cara.

—Bof.

—Me lo imaginé. No te quise decir nada porque…

—Yo también lo pensé. Una foto y un nombre no son una prueba, pero lo menos que podía hacer era ir a verlo. El resultado fue muy diferente de lo que había esperado. Pensé sorprenderlo y el sorprendido fui yo.

—O sea.

—Él sabía quién era ese tipo.

—¿El obispo?

—Sí. No sé cómo. Cierto es que hay tres servicios de policía europeos trabajando en el caso. Lo sabía, eso es lo importante. Por lo visto algo avanzan.

—¿Por qué no nos dijo nada?

—Temía que nos diera por hacer justicia por nuestros medios. Sobre todo papá.

—¿Lo crees capaz?

—Sí. No te olvides que las personas que murieron eran muy importantes para él. Además tira muy bien. Ha practicado tiro toda su vida. Ahora entiendo por qué. Y me hizo practicar a mí, que tampoco tiro mal.

—Por favor, *mon chéri*, no estarás pensando…

—Martel me hizo jurar que no le diría nada a papá.

—Respóndeme. No estarás pensando hacerlo tú, ¿verdad? Porque acabarías en la cárcel en el mejor de los casos… Y no te quiero perder. Menos ahora tengo muy, muy buenas noticias.

—No te preocupes. Me encantaría matar a ese hijo de perra, con perdón de las perras, pero sé que sería…

—Destruir tu vida.

—Sí… Eso… lo sensato es confiar en Martel, al menos por un tiempo más, como me pidió él. Me di cuenta de que no ha colgado los guantes.

Sarah lo besa eufórica, pues ese es el sentimiento que la llena desde que habló con el profesor Arouet y amplió sus informaciones en Internet.

—Pasé por la exposición, dice Thomas. ¿Pasaste tú?

Sarah lo toma de la mano y lo lleva hasta su computadora.

—Sí, claro. Viste qué maravilla. La gente sigue muy interesada. El museo no da abasto. Hablan de hacer una entrada especial, solo para la exposición. Mona Lisa está dando gritos, super celosa.

Se sientan frente a la computadora.

—Ir a la tierra donde se inventó Dios, me dio un aurea divina. Encontré respuestas.

—¿A qué?

—A las interrogantes del Códex M.

Sarah le explica que consultó al profesor Arouet y le enseña en la pantalla la copia de la parte superior de la vitela borrada donde aparece la primera palabra. Que él no entiende desde luego.

—Y eso qué es…

Sarah escribe: *Alashiya*.

—Lo cual significa…

—Era el antiguo nombre de Chipre.

—¡De Chipre! ¿Qué viene a hacer Chipre en esta historia?

—Se trata del territorio más cercano de Israel, poniendo mar por medio. Todo apunta a que cuando los cristianos tuvieron que huir de Judea, María Magdalena escogió la isla para estar lejos del Sanedrín y cerca de sus hermanos.

—Tiene lógica.

Thomas teclea una búsqueda en su teléfono mientras Sarah continúa su explicación.

—En Chipre había una importante comunidad judía. La isla era próspera, por no decir rica. Tenía varios puertos pujantes. Chipre era el mayor exportador de cobre del mundo. Su alfarería y su cerámica se vendían en Europa, en el Oriente y hasta en Asia. Recuerda que entonces todo se almacenaba en vasijas de cerámica o de barro cocido. Eran muy necesarias, un bien muy preciado. Chipre exportaba además especias, que en aquella época valían tanto o más que el oro.

—Ya veo, dice él haciendo referencia a su teléfono.

—Por eso yo estaba tan segura de que la tumba de Jerusalén estaba vacía. La referencia a Chipre la había encontrado antes del viaje. María dice dos veces en el Códex M que tras su muerte sería enterrada al lado de Jesús. No me parecía posible que fuese a morir a Jerusalén. Sin embargo, en las tradiciones funerarias judías era muy común que una vez las partes blandas de los difuntos desaparecidas, los huesos se pusiesen en un osario.

—Y un osario se transporta.

—Exacto.

—Entonces María y Jesús están en Chipre.

—En Alashiya, me gusta más ese nombre. A María Magdalena también le gustaba más, al parecer.

—No será un pajar fácil para encontrar esa aguja. Según Google, la isla no es muy grande pero está controlada por tres países distintos. República de Chipre al sur, de cultura griega, miembro de la Unión Europea. República Turca de Chipre del Norte, el nombre lo dice todo y dos enormes bases navales británicas consideradas territorio de Su Majestad.

Sarah cambia la disposición de la página en la pantalla de su computadora. Aparece la segunda palabra. En arameo, desde luego, pero ella escribe: *Pafos*.

—¡Pafos!, exclama Thomas,

—¿Lo conoces?, se extraña ella.

—Todo el mundo conoce Pafos. Allí nació la mujer más hermosa del mundo.

—¿Quién?

—Tu prima. La que se te parece tanto.

—¡Betsabé!

—No, Afrodita.

Sarah sonríe, le hace una mueca burlona, no logra sin embargo ocultar que la comparación la halaga.

—Yo pensaba que Afrodita había nacido en Citera, en el Peloponeso, dice.

—Sí, yo sé, pero también nació en Chipre… Por lo visto la religión griega no era mucho más coherente que la católica.

Rien. Sarah manipula de nuevo la hoja en la pantalla de la computadora. Aparece algo que tiene el aspecto de una V invertida.

—Ves, María Magdalena escribió el nombre Pafos en la base del plano.

—¿Qué plano?

—Ese, dos líneas que convergen en un punto.

Thomas parece bastante perplejo. Sarah insiste:

—Por qué pones esa cara de tortuga gay. Está super claro. Dos líneas salen de Pafos y llegan a la tumba.

—¿Tuviste una iluminación como Pablo de Tarso cuando se cayó del caballo?

—Solo hay una forma de saber si tengo o no razón.

—Te veo venir.

—Venir no, *mon chéri*, ir.

La Iglesia pensó que la ausencia de cuerpo en la tumba de Jerusalén le permitiría reafirmar lo que había dicho desde el primer momento: que el Códex M era espurio. El cálculo no se reveló justo. Sucedió más bien lo contrario. En la Plaza San Pedro, en los medios, las redes sociales y en una buena parte del mundo se le acusa de haber ocultado el cuerpo.

La prensa del Vaticano y los medios afines han entrevistado a personas que estuvieron en Jerusalén y participaron en la búsqueda de la tumba. Todas afirmaron de buena fe que el sepulcro se encontró vacío, pero no ha bastado. Por desgracia para la Ciudad Santa la opinión pública sigue convencida de que hay algo oculto y la imputa de hecho, al ser la más interesada en que ese cuerpo no aparezca.

Quien siembra vientos, cosecha tempestades.

La opacidad de la Iglesia no data de ayer.

Personas aparentemente sin vínculos con la Santa Sede, pero que insistían más de lo necesario en que eran imparciales, intentaron propagar teorías conspirativas, al fin de cuentas a cierto tipo de gente les encanta creer esas cosas. Se culpó a los Iluminati, a los Masones, al Mossad, a la CIA, a la izquierda, a la derecha…

Esos supuestos tampoco fructificaron.

Científicos de cierta reputación explicaron en los medios que existen procesos químicos capaces de envejecer artificialmente los pergaminos. Otros aseguraron que ninguna técnica de datación actual, carbono 14, radioisótopos, luminiscencia, radiocarbono, etc., es totalmente infalible. Asertos discutibles caídos en pozos de recelo que acabaron por convertirse en bumerangs.

Cada tentativa de la Iglesia por clamar su inocencia la hunde más en el descrédito. Parecería que su Dios le da espalda. El

Vaticano no tiene nada que ver con la desaparición del cuerpo. Es la verdad, pero nadie le cree.

Tanto va el cántaro a la fuente…

En la Santa Sede la alarma es general. Los teléfonos no cesan de sonar, de fieles entristecidos o indignados, pero al fin de cuentas buscando respuestas.

Miembros de la curia, aterrados, se reúnen tres y cuatro veces al día. La exposición del Louvre, las acusaciones de crímenes, la tumba de Jerusalén, el maldito cuerpo ese… El ritmo de sus bienaventurados corazones se acelera cada vez más, al punto que muchos temen que el cielo les decrete un infarto.

Periodistas mordaces, como perros de presa, intentan alimentar el escándalo, dispuestos a todo por un artículo que venda cantidades ingentes de papel y tinta, un reportaje televisual que aumente el ranking de su cadena, el precio de los espacios publicitarios y sus sueldos, una imagen que pueda negociarse a precio de oro… Los más groseros vociferan en las puertas de la Ciudad Santa, acosando al desvalido bajo clero que tiene que atravesarlas a pie.

—Padre, entonces Jesús qué ¿está en el cielo o escondido en el Vaticano?

De no ser por el férreo cordón policíaco los clérigos y funcionarios que salen y entran en la Santa Città, no podrían hacerlo.

No hay conversación en la Ciudad Santa que no gire alrededor del Códex M, de la tumba, del cuerpo, de los asesinatos… Lo mismo pasa en miles de iglesias a través del mundo, en cientos de seminarios y monasterios. La duda, insidiosa y pérfida, la diabólica e implacable duda, clava sus temidas garras, trastorna las doctrinas, las mentes… la fe.

—¡No hay resurrección!

—¡Si no hay resurrección, no hay vida eterna!

—Si no hay resurrección ni vida eterna vana es nuestra fe, ya lo dijo la Biblia.

Se discute furiosamente en las iglesias, se cuecen irremediables enfados, se pelea. Se ha visto a personas romper imágenes santas, provocar incendios con velas votivas. El mundo estable, centrado en personajes divinos protectores y moderado por hombres dedicados a servir de puente entre lo celestial y lo terreno, se derrumba. La vida después de la muerte, en la cual los creyentes debían ser para siempre felices y reencontrar a los suyos, se desvanece, como Dios.

La eternidad resulta ser efímera.

Hay desconsuelo, incredulidad, fortalezas que se derrumban y pena, sobre todo mucha pena. Miles de mujeres y hombres se sienten perdidos, lloran, riñen, se lamentan, execran el presente, añoran el pasado. Tristes brújulas sin norte. Maldicen a los culpables, a quienes los han llevado a tan terrible transe, pero no saben muy bien a quien culpar. ¿A la credulidad de la que ellos mismos pecaron? ¿Al cómodo descuido con el que avalaron las absurdas afirmaciones de un libro donde los animales hablan, las estrellas se posan en la tierra y un Dios capaz de crear el Universo en seis días no tiene ninguna ocupación más interesante que amenazar con terribles represalias a quienes comen carne en lugar de pescado ciertos días o a los que disfrutan del sexo, sobre todo si es fuera del matrimonio?

El número de suicidios se multiplica.

En la Plaza San Pedro, como en los atrios de cientos de catedrales y templos del amplio mundo cristiano, las multitudes no creyentes se regocijan, convencidas de que solo falta asestar el golpe final al mastodonte herido. Se gritan consignas, se enarbolan pancartas, se hacen judiciosos e ineptos vaticinios ante las cámaras.

Los más lúcidos afirman que la religión solo desaparecerá cuando la especie humana deje de explicar con la imaginación lo que no comprende con la razón.

¡Juran defender a los pobres pero viven en el lujo!, reza en una pancarta.

Otra cita a Nietzsche:

En lugar de motivar a los individuos a superar sus limitaciones, el cristianismo las valida, haciendo de la debilidad y el sufrimiento imperativos morales.

Un cartel retoma palabras de Freud.

Los dioses son proyecciones de nuestra necesidades emocionales, figuras paternas idealizadas a las que recurrimos en busca de protección y consuelo.

Los ancianos observan con miradas incrédulas o jubilosas, desconcertados algunos, afligidos otros, sorprendidos todos.

La culpa, el pecado y el castigo divino son formas de represión.

Los más jóvenes celebran el inicio de una nueva era para la humanidad. Un mundo sin dioses, claman. ¡Europa, primera sociedad poscristiana!

Monseigneur Sinclair no pudo dormir anoche. Tampoco consigue trabajar hoy, aunque está en su oficina. Va a su rincón preferido, la ventana desde la cual ve la cúpula de la Basílica y las ventanas del Santo Padre. Para él, dos poderosos símbolos. Necesita pensar.

Ayer en la Plaza San Pedro se suicidó un hombre. Dejó un papel. "La Iglesia me robó la vida." No logra olvidarlo.

¿Por qué hay personas que intentan destruir a la religión? ¿No ven cuánto daño hacen a su alrededor, cuándo desconcierto provocan en los inocentes a los que destrozan la fe? Creer que existe un ser sobrenatural que cuida a los humanos no tiene nada de reprochable, más allá de un cierto sesgo infantil.

A nadie le importa que la fe ayude a vivir, que la Iglesia se ocupe de cientos de orfanatos, que alimente a incontables personas, que dé cuidados médicos, que maneje miles de escuelas y cientos de universidades…

Muchos quieren arrojar sobre ella todas las culpas. Otros tantos devastarla. ¿Sabrán para qué?

> *64 Y Jehová te esparcirá por todos los pueblos, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo; y allí servirás a dioses ajenos que no conociste tú ni tus padres, al leño y a la piedra. 65 Y ni aun entre estas naciones descansarás, ni la planta de tu pie tendrá reposo; pues allí te dará Jehová*

corazón temeroso, y desfallecimiento de ojos, y tristeza de alma; 66 y tendrás tu vida como algo que pende delante de ti, y estarás temeroso de noche y de día, y no tendrás seguridad de tu vida.
68 Y Jehová te hará volver a Egipto en naves, por el camino del cual te ha dicho: Nunca más volverás; y allí seréis vendidos a vuestros enemigos por esclavos y por esclavas, y no habrá quien os compre.

LA BIBLIA. (Deuteronomio 28: 64-66 / 68)

Aunque esconde varias cartas en su manga, el obispo Gaetani intenta transmitir al cardenal Sinclair su obsesión.

—Ellos fueron los primeros que tuvieron esa información, *Monseigneur*. Durante mucho tiempo fueron además los únicos. Solo ellos conocían el Códex M, hasta que yo logré hacerme con la copia que todos hemos leído. Les sobró el tiempo para sacar el cuerpo de allí.

La conversación es en extremo incómoda para el cardenal Sinclair. ¡Se trata del cuerpo de Jesús, Dios del Cielo! La tumba vacía de Jerusalén le permitió dejarse arrullar por una sanadora ilusión, creer de nuevo en la resurrección, en el orden imperecedero del mundo de Dios, pensar que las blasfemias del Codex M eran falsas o al menos dudosas. Que quienes estaban errados eran los que gritaban frente a los atrios de las iglesias y en la plaza San Pedro. Sin embargo… ese fantasma vuelve a agobiarlo. Cuánto le gustaría poder evitar al obispo, a sus malditas convicciones y al realismo de sus visiones. Cuánto daría por que el Santo Padre no le hubiese confiado la misión de lidiar con esos asuntos tan lamentables. Pero su responsabilidad frente a la Iglesia no le permite dar la espalda.

—Si ese cuerpo existe, quiera Dios que no, los guardianes del Códex pudieron haberlo sacado de allí hace años, siglos incluso, opone Sinclair.

—Le pido me perdone por estar en desacuerdo con usted, Ilustrísima, pero los que guardaban el Códex M no tenían ninguna razón para hacerlo. El cuerpo estaba en su tumba, tranquilo. Moverlo era un riesgo, al contrario. Fue cuando tomaron la decisión de publicar el documento que se hizo necesario para ellos sacar el cuerpo de esa tumba, ya que el Códex daba su ubicación.

El razonamiento del obispo es justo, reconoce el cardenal para sí. Qué oponer a tan descarnado realismo.

—Admitamos que usted está en lo cierto, querido obispo. Si la señorita Kingsley y Thomas Roussel se encuentran en posesión de ese cuerpo, ¿por qué lo ocultan? Si lo que buscan es hacernos daño, lo cual probaron ampliamente con la publicación del Códex M, ¿por qué no actúan?

—Porque están esperando el momento propicio, Excelencia. Están esperando que los problemas que la Iglesia afronta en estos instantes nos hayan fragilizado lo suficiente para darnos la estocada final.

—Jamás podrán probar que ese cuerpo es el de Jesús.

—Es evidente… Jesús resucitó. Ni usted ni yo dudamos de eso. Pero si Sarah Kingsley y Thomas Roussel muestran un cuerpo cuya datación corresponde al siglo primero y prueban que lo encontraron en la tumba de Jerusalén, muchas personas les creerán. Y el daño para la Iglesia será irreparable.

Aunque le cueste admitirlo, Sinclair se ve forzado a conceder que el peligro es real. Que la visión del obispo es la más aguda. En las condiciones actuales, miles, por no decir millones de personas, darán razón a los dos franceses contra la Santa Iglesia.

¿Por qué nos abandonas, Señor?

—¿Qué propone usted, amado obispo?

—Propongo que los pongamos bajo estricta vigilancia. Si nos llevan a donde está el cuerpo, nos apropiamos de él o lo destruimos. Si se disponen a mostrarlo, los neutralizamos.

El cardenal se pone de pie. Furioso.

—Le prohíbo terminantemente que asesine a esas dos personas. ¡Basta! Bastante problemas tenemos ya. Y usted no es ajeno a ellos.

Gaetani logra a duras penas ocultar el desprecio que le provoca semejante actitud. Para él, de cobardía. Quieren resolver los problemas sin buscarse problemas. Qué estúpidos. Pescar sin mojarse, es imposible, viejo imbécil. Quien nada arriesga nada gana, cuánta razón tienen los franceses con ese lema. Si la Iglesia tuviese el nervio de otros tiempos, no le iría tan mal, concluye para sí.

—Para neutralizar a dos personas no necesariamente hay que ser tan drásticos, Ilustrísima, dice.

Despertaron con los primeros rayos del sol. Están ansiosos. En el parqueo del hotel los espera el jeep que alquilaron ayer. Según la agencia de alquiler de autos, el único vehículo capaz de soportar el recorrido que ellos piensan hacer. Cargan agua y comida suficiente, desean estar todo el día en las montañas. Thomas conduce para empezar. Antigua colonia británica, en Chipre se maneja a la inglesa. Y manejar por la izquierda con el volante a la derecha trastorna bastante los reflejos de europeo continental que es Thomas.

Bajo los consejos burlones de Sarah, que conoce el asunto pues aunque nació en París, su padre y una parte de su familia son ingleses, el cerebro de Thomas se adapta relativamente rápido a esa particularidad británica. Salen de Pafos con las ilusiones cantando y el entusiasmo haciendo redobles en el drum de sus corazones.

—Escucha esto, dice Sarah leyendo en su teléfono. Alrededor del año 45 después de Cristo, Saulo de Tarso, el auto nominado apóstol conocido hoy como San Pablo, introdujo el cristianismo en la isla de Chipre… ¿Qué te parece?

—Que el ansia de protagonismo de ese mal bicho no tenía límites.

—Se piensa que era epiléptico. ¿Lo sabías?

—Sí. Lo había leído en "Adiós a Dios" y en otras fuentes. En ciertas regiones de Europa durante la Edad Media a la epilepsia se le conocía como la enfermedad sagrada o enfermedad de San Pablo.

—Según este artículo hoy se sabe que en los momentos de crisis los epilépticos viven experiencias religiosas y místicas de gran

intensidad. Se ignora la razón.

—Puede que vivan también experiencias sexuales de gran intensidad. En todo caso algunos. Del "santo" Pablo, que nunca se casó, se dice que se acostaba con prostitutas y después las culpaba de haberlo seducido y las mataba. No hay pruebas, como es de suponer, pero cuando el río suena…

—No me extraña que María Magdalena lo despreciara.

Se dirigen hacia el Bosque de Pafos, región montañosa de densa vegetación que forma parte de los Montes de Troodos, la cordillera más importante de la isla, ubicada en el centro oeste, donde se encuentra el Monte Kionistra, también llamado Monte Olimpo, en homenaje tal vez a su hermano mayor, el Monte Olimpo griego.

—Puede que los dioses griegos tuviesen este segundo Olimpo como residencia secundaria, se burla Thomas.

El Kionistra es la montaña más elevada de la cordillera y de la isla: culmina a 1,952 metros. Según leyeron en los guías de viajes consultados, escasos pueblitos pintorescos y monasterios son las únicas presencias humanas en los Montes Troodos.

—O que viniesen a ver a Afrodita, supone Sarah. Las malas lenguas afirman que en cuestión de amantes era ella más bien ecléctica…

—Putona, vaya

—Macho machista.

Ríen. Un sol generoso inyecta savia en la vegetación y exalta las quimeras de la pareja. Tienen la agradable sensación de vivir una aventura singular, de adentrarse en una historia donde destella lo extraordinario. Ruedan con el aire acondicionado apagado y las ventanillas abiertas, sorprendiéndose con la belleza del entorno, disfrutando intensamente la sinfonía de olores y colores que les regala la naturaleza.

—Antes de venir pensaba que María había podido dedicarse al cultivo y negocio de las especias. Viendo la región, me inclino ahora por la cerámica y la alfarería, dice Sarah.

—No parece una zona agrícola, tienes razón. La arcilla, sin embargo, debía ser abundante. María tenía los medios de poner dinero y crear un taller importante. Un buen horno para la cerámica

era algo muy caro. Sigue siéndolo, por cierto. Pafos era un puerto con mucho movimiento, que le permitía exportar…

—Ella escribió sobre vitelas, son las pieles de mayor calidad, pero también de mayor precio. Eso nos habla de los medios financieros con los que contaba. A menudo los escribas dejaban caer gotas de tinta que debían ser borradas por raspado. En el original del Códex M eso no se observa.

—Quieres decir que María era una mujer cuidadosa.

—Sobre todo que era hábil con sus manos. Eso me inclina a pensar que hacía un trabajo manual.

Thomas maneja en silencio un buen tramo, Sarah también queda pensativa.

—Por el momento no es mucho lo que avanzamos con eso, acaba por decir él, sonriendo.

Sarah se alza de hombros. Siguen adentrándose el Bosque de Pafos, rodando lentamente ahora, observando… Escogen al fin un sitio para detenerse, un mirador natural donde pueden parquear el jeep. Ante sus ojos se extiende una formidable continuidad montañosa cubierta de árboles donde se pierde la vista.

—No hay principio ni fin, expresa Sarah, desconcertada.

Thomas no hace ningún comentario. La inmensidad mineral y vegetal lo abruma como a ella. Prefiere callarlo para no desalentarla.

—Es lo que tú decías, buscar una aguja en un pajar, continúa Sarah.

Él sigue elaborando en silencio sus ideas, enfrentarse a semejante naturaleza en busca de algo, en principio oculto, le parece lindar con lo imposible.

—¿Qué piensas? ¡Di algo!, lo insta ella, molesta por su silencio y probablemente también por la impotencia.

Él la mira con una sonrisa, no muy verdadera.

—A sus órdenes, mi generala.

—¡Di lo que piensas!

—Que no valía la pena venir si era para rendirnos ante la primera dificultad.

Ahora es ella la que calla. Él continúa.

—Dijiste que veníamos para darnos una idea, ¿no? ¿Qué hemos hecho para llegar a esa idea, alquilar un jeep y manejar hasta un mirador? ¡Waouh, espectacular! Montañas de Pafos, les presento a Sarah Kingsley y a Thomas Roussel, los buscadores de tumbas más vagos de la historia. Señorita Kingsley, aunque por su actitud casi no la reconozco, podría hacer una reverencia a este elevado público.

La hace sonreír. Él continúa.

—Estamos empezando. Ya verás como en unos días esta inmensidad se irá haciendo pequeña.

Sigue un silencio, durante el cual la tensión de Sarah se va yendo con la brisa. Se acerca a él y lo sorprende con un apasionado beso. Luego da un paso hacia el jeep y dice:

—Gracias, amor. ¿Seguimos?

—Naturalmente.

Gaetani termina de un trago su whisky. Está furioso. A Sarah Kingsley y a Thomas Roussel se los ha tragado de nuevo la tierra. ¡Malditos sean!

No fue al Vaticano hoy, por eso puede beber como se le antoja. En realidad ha ido muy poco en los últimos días. Es mucho más eficaz trabajando desde su apartamento. El ambiente de la Città en estos momentos destruye los ánimos. No hay optimismo que aguante la depresión imperante, el dramatismo, las caras de terror, los aires de fin del mundo. Además del griterío del vulgo en cada puerta, los golpes contra su coche, los insultos, las pegatinas anticlericales pegadas en las ventanillas…

Despachó hombres a París y a Burdeos. Dos agentes bajo el mando de Jonás enviaron en su nombre mensajes a decenas de iglesias con fotos de Sarah Kingsley y Thomas Roussel pidiendo localizarlos de urgencia. Por el momento la caza es magra: nada en el Louvre, nada en casa de *la judía*, nada en el apartamento de Roussel. ¿Dónde demonios se habrán metido? Ayer envió dos hombres a Jerusalén. No es improbable que el cuerpo que él ansía se encuentre en la ciudad donde estuvo tanto tiempo oculto. Los dos

tórtolos pueden muy bien haber ido a buscarlo y aparecer súbitamente en París con la bomba. La extraña desaparición de la pareja que tantos problemas le ha causado le está haciendo perder la paciencia y tal vez incluso la lucidez. ¡Malditos sean mil veces!

Con la red de los curas no ha tenido mejor suerte. Fueron reactivos, enviaron decenas de fotos de parejas parecidas y hasta bien diferentes. Curas miopes no faltan, imbéciles y vagos, menos. Le han llegado fotos fuera de foco, movidas, fotos en las que apenas se distinguen los rostros, hechas por curas que se deshacen de lo que se les pide haciendo como que lo hacen. ¡El bajo clero, bien lleva su nombre!

El timbre de la puerta lo atrae. Abre.

—Hola, Paolo. Gracias por haber venido. ¿Tomas algo?

—Como tú.

Pietro sirve dos whiskys. Brindan.

—Puedo saber por qué me pediste que viniera.

—Espera un segundo.

Pietro desaparece en dirección de su oficina privada. Regresa con un sobre que tiende a su hermano.

—Voy a salir de viaje muy pronto. En cuanto reciba cierta noticia.

—Una de tus misiones ultrasecretas, dice Paolo, medio burlón.

—Más o menos. Te tendré al corriente, no te preocupes. Cuando ese momento llegue quiero que le entregues personalmente este sobre a Alba. ¿Podrás hacerlo?

—Desde luego. ¿Puedo saber de qué se trata?

—No está cerrado. Lee lo que contiene si quieres.

Paolo abre el sobre y despliega dos hojas con sellos oficiales de la Alcaldía de Roma. Su rostro refleja la sorpresa que le causa la lectura.

—¡Reconoces a Giulia como tu hija!

—¿Te parece que ella lo aceptará?

—No lo sé. Supongo que sí.

—Ayúdala en eso. Yo sé que ella te quiere mucho.

La actitud de su hermano inquieta súbitamente a Paolo.

—¿Te pasa algo grave, Benedetto?, pregunta.

Pietro cambia totalmente de actitud. Ríe.

—No, no, tranquilo, doctor, cuando tenga la enfermedad mortal, usted será el primero en enterarse.

—Hay enfermedades mortales que tienen menos de dos centímetros. Se llaman balas. Y ya tú las padeciste.

Pietro repite su risa medio falsa.

—Tranquilo por esa parte también. Mi misión no es peligrosa. Además yo mando, los que reciben las balas, si balas hay, son otros. Pero termina ese maldito whisky, bebes como una vieja retirada.

Hace sonreír a Paolo, que termina su trago. Pietro sirve de nuevo. Chocan los vasos una vez más.

—Hay actitudes en las que uno se empecina durante años y de pronto dejan de tener sentido.

—Te refieres a lo de Giulia.

—Sí.

—Y la Iglesia, ¿cómo lo tomará?

—La Iglesia, no veo por qué se enteraría. Además tiene asuntos más urgentes por resolver.

El teléfono suena. Pietro se disculpa y responde. Paolo se aleja con discreción.

—¿Diga, Jonás?

—Al fin cayeron, Excelencia.

—¿Seguro esta vez?

—Le mandé la foto a este mismo teléfono. Consúltela. Yo sigo en línea.

Gaetani encuentra la imagen y sonríe satisfecho.

—Tiene razón, son ellos. ¿De dónde nos llegó?

—De Chipre.

—¡De Chipre! ¿Qué hacen esos dos allá?

—Eso es lo que tenemos que averiguar, Señoría.

A través de los amplios cristales que dan a la pista, los aviones que aterrizan y despegan en el aeropuerto de Pafos parecen cautivar a Sarah. En realidad no los ve. Su atención la aspiran sus pensamientos. Los días compartidos con Thomas en *Alashiya* fueron

románticos, divertidos, intensos. De haberse tratado de unas simples vacaciones ambos los hubiesen considerado un éxito. Pero fue la búsqueda de una tumba perdida desde hace siglos abrigando los restos mortales de un hombre y una mujer que todavía hoy tienen el poder de transformar el mundo. La Eva y el Adán de una nueva génesis. Y en ese sentido fue un fracaso.

Recorrieron valles y montañas a pie y en jeep prestando atención al menor indicio, examinando cualquier elemento mineral o vegetal prometedor a sus ojos. Día tras día sudaron bajo el implacable sol, moviendo piedras, cavando, arañados por las espinas y el desaliento. Noche tras noche cayeron en la cama agotados física y emocionalmente.

El supuesto plano de la vitela raspada del Códex M, que han bautizado hoja-R, no fue de ninguna utilidad. Demasiado abstracto. Aunque parece tener un punto de llegada, los puntos de partida son desesperadamente imprecisos.

Esos embates de los imposibles han dañado el entusiasmo y herido las certezas de la pareja. No la voluntad. Todavía no. Durante todos estos días el resbalón moral de uno encontró siempre la mano del otro para evitar la caída. Siguen de pie, aunque estén al borde del abismo de la renunciación. Para defenderse inventaron una broma con la que irrigan la esperanza cada vez que sienten las garras del abatimiento clavarse en sus mentes. Uno comienza la frase:

—Howard Carter…

El otro se suma y la terminan en coro.

—…tardó siete años en encontrar la tumba de Tutankamón.

También la citan en desorden:

—La tumba de Tutankamón…

—Howard Carter tardó siete años en encontrarla.

Gracias al arqueólogo inglés y al faraón egipcio encuentran casi siempre la risa, de cuya mano vienen el júbilo y la confianza, esa expresión laica de la fe.

Sarah sigue pensando que la hoja-R no fue borrada sin una poderosa razón. Lo que ella llamó el plano puede no ser un mapa ni un itinerario, lo admite, pero rechaza toda idea que tienda a restar

importancia a esa particular vitela. La dedicatoria borrada, las palabras Alashiya y Pafos, la extraña V invertida… Se resiste a admitir que nada de esto tenga sentido. Por eso la pareja, más bien triste, está hoy allí, en ese aeropuerto por el que hace poco llegaron a la isla restallando alegría. Sarah regresa a París convencida de que un análisis más profundo de la hoja-R, hecho por especialistas con material más sofisticado, arrojará nuevas luces. Podría ser una esperanza ilusoria, una quimera, pero es, por el momento, lo único que encontraron para no ceder.

—Aquí tiene su té, mi faraona, dice Thomas de regreso de la cafetería.

—Gracias, *chéri*.

Sarah acompaña sus palabras con una apagada sonrisa. Thomas se sienta.

—Te voy a extrañar.

—Yo también.

—¿Seguro que no quieres tomar un vuelo mañana para estar conmigo en París?

—En París yo no tengo nada que hacer, tú sí. Sin embargo aquí puedo ser útil.

—Ya sé. Estoy haciendo mi mujercita.

Thomas besa fugaz sus labios. No tardan mucho en anunciar el vuelo de Sarah. Segundos después notifican la llegada de otro, procedente de Roma. La pareja no le presta atención. ¿Cómo podrían imaginar el peligro que la llegada de ese avión representa para sus vidas?

Un abrazo, dos forzadas sonrisas, un último intercambio de miradas y Sarah desaparece camino al Airbus A350 que la devolverá a París. Thomas se dirige a pasos lentos hacia la salida. Tres peligrosas personas van en la misma dirección un poco más lejos. Se trata de Pietro Gaetani, el coronel Jonás y la sargento Carla Conti. En un vuelo anterior llegó una parte del equipo, otra vendrá más adelante. Prefirieron viajar separados para no llamar la atención. Vienen con la intención de no salir de la isla sin el cuerpo de Jesús. Están convencidos de que Thomas y Sarah les dirán dónde encontrarlo. A condición de hacerlos hablar, claro, pero ellos están

decididos a hacerlo, aunque el Vaticano chille o a San Pedro le dé un infarto.

No pueden imaginar que Sarah esté tan lejos y que a Thomas lo tengan tan cerca.

Por suerte para Thomas.

El calor es intenso. La naturaleza indómita. No hay caminos. Las montañas son hermosas, sin embargo, y el canto de las aves una encantadora música. Thomas debe apartar altas hierbas y ramas bajas para acercarse al pie de las elevaciones, pero no le molesta. Camina por el valle que precede el macizo montañoso del Bosque de Pafos con la intención, casi sueño, de develar los secretos de esa enigmática naturaleza. Intenta interrogar a la vegetación, a los minerales, busca explicaciones a ciertas deformaciones del terreno. De vez en cuando toma una foto o hace un corto video.

Dos hipótesis se ofrecieron a Sarah y a él desde el inicio. María Magdalena pudo hacer que la tumba fuese inaccesible situándola en el corazón del macizo montañoso donde la perpetuidad mineral es destello de eternidad. O situarla lo más cerca posible de la ciudad de Pafos, en la cual ella vivía, para honrar a Jesús viniendo a menudo a su tumba.

La pareja comenzó el trabajo por la parte más difícil, el seno de la cordillera y del bosque. Constataron que para una búsqueda exhaustiva en esa zona se necesitaría un ejército. No encontraron ningún indicio, solo se hicieron una idea de las dificultades. Acordaron al fin que era poco probable que María hubiese optado por esa opción. El último día de Sarah en la isla comenzaron la exploración de lo que, desde el inicio, les pareció más lógico: las elevaciones menos distantes de Pafos.

Según las costumbres funerarias judías, si María trasladó el cuerpo de Jesús en un osario desde Jerusalén hasta Chipre, debió abrigarlo rápidamente en otra tumba. Una de las tantas supuestas leyes de Dios que subyugan al pueblo hebreo dicta que un cadáver no puede cohabitar con los seres vivos por más amado que sea. Y

aunque no lo haya hecho por ella, María pudo haber respetado ese imperativo por Jesús, para quién las leyes mosaicas sí eran importantes.

Según Sarah, la actitud previsible de una mujer judía de la época de María debió ser de adquirir o hacer cavar una tumba provisoria antes de ir a buscar el cuerpo a Jerusalén. Luego, a medida que su situación en la isla se estabilizaba, hacer construir la tumba definitiva, más amplia y probablemente no exenta de suntuosidad, donde reposarían ella y Jesús. Desde la partida de Sarah, es basado en esta hipótesis que Thomas orienta su búsqueda.

Llega por fin al pie de la elevación a la que lleva un buen rato intentando acercarse. La búsqueda es empírica, por no decir azarosa. Qué otra cosa puede hacer. Cuenta con que de la experiencia emerja una estrategia. No hay peor gestión que la que no se hace, acostumbra a decir Armand, su padre. Pasa lo que queda de la mañana y el inicio de la tarde entre los pies y las laderas de varias montañas. Mueve piedras, escarba, escaba, escala, observa, hace fotos… Cuando cree haber terminado el estudio preliminar vuelve al suelo y se decide a almorzar. Devora un sándwich a la sombra de un árbol bebiendo abundante agua y vuelve al campo de su batalla.

Otras montañas, otras piedras movidas, otras tierras escarbadas, otras fotos similares, casi idénticas a las ya hechas, consumen las últimas gotas de tarde en la clepsidra donde se desliza sin retorno el agua del tiempo. Para terminar el día Thomas se acerca a la montaña por la que comenzará mañana con la intención de imaginar cómo será su próxima jornada. No tiene mucho tiempo. Un buen rato de marcha lo separa del camino donde dejó el jeep. Necesita la luz del día para recorrerlo sin percance. La zona es un coto de caza, la noche un peligro.

Entonces la ve.

Utu para los sumerios, Helios para los griegos, Apolo para los romanos, Suria para los hindúes, Ra para los egipcios, Odín para los escandinavos, Inti para los incas… Con sus últimos rayos el astro que tantos dioses ha inspirado, le ofrece un regalo.

Un brillo sale del polvo. Thomas escarba al pie de la montaña hasta desenterrar una extraña piedra. Tiene el color de la luna. Como ella, brilla con el sol. Excava precipitadamente el área alrededor de su hallazgo en busca de otras piedras plateadas. Sin éxito. Sol Invictus se rinde, exigiéndole que él también acepte el final del día.

Conduce de regreso a Pafos cuando lo llama Sarah. Está en la ciudad de Lyon.

—¿Qué haces allí?

—Aquí se encuentra el mejor laboratorio europeo para la lectura de documentos antiguos. Logran recuperar textos dañados, borrados, hasta quemados, son unos verdaderos magos. Claro, tienen un material ultra sofisticado. Me envió el Louvre, bueno, en realidad, Marc.

—¿Qué dicen de la hoja-R?

—Ya verás. Te reservo la sorpresa.

—¿Qué tal la exposición?

—Mona Lisa sigue furiosa. Cada vez hay más público, más gente que protesta, más gente que nos apoya. Cada dos o tres días aparece algo en los medios. Las redes hablan constantemente. Éxito rotundo. Y la Iglesia calla.

—¿Cuándo regresas?

—Cuando termine aquí, paso a ver a mi familia y vuelvo. Te aviso cuando sepa exactamente. Se oye muy mal.

—Estoy manejando por las montañas.

—*Je t'aime.*

—*Je t'aime aussi.*

Sentado en el salón del *Petit Palais*, la lujosa residencia que comparte con su pareja, el arzobispo Jacques Étienne Meslier, *Il Consigliere* Sinclair fija horrorizado su mirada en el televisor, único mueble que rompe con el estilo *Versailles Grand Siècle* de la estancia. Si no puede despegar los ojos del aparato que su

compañero de vida califica de horrendo, es justamente por el horrendo reportaje que difunde.

Se trata de una cadena inglesa. El programa resume lo sucedido en la Iglesia en los últimos meses, insistiendo particularmente en los crímenes de los que es acusada. El periodista precisa que se trata de sospechas y que nada por el momento ha sido probado, pero resulta claro que la emisión no es imparcial. Preguntas capciosas y supuestos de doble filo ponen a la Iglesia en la picota. No se la acusa abiertamente, no es necesario, el resultado es el mismo. Los rostros de los Walker, de los periodistas asesinados y de Faith Dolson, la criada cuyo papel en la tragedia él bien conoce, lo incomodan. Los cadáveres, la sangre y la mansión destrozada lo desestabilizan.

—Deja de mirar esos espantosos programas, Henry Olivier. Nunca has sido masoquista, por Dios, ¿qué te pasa?, la voz del arzobispo Meslier rompe el turbio hilo que une al cardenal a la televisión y al hecho criminal en el que sabe envuelta a "su" Iglesia.

Sinclair apaga el aparato. Jacques Étienne dice:

—¿Cuándo me vas a complacer y sacar del salón ese trasto horrible? ¿No te das cuenta de que rompe con todo, que echa a perder la decoración?

El cardenal responde con una pregunta, para evitar el tema.

—¿Terminaste?

—Sí. Acompáñame al jardín, ¿quieres? El tiempo está agradable.

Es probablemente una astucia para alejarlo de la televisión y de la temática de los crímenes de la Iglesia, piensa Henry Olivier. Lo acepta, sin embargo, aunque así fuese, Jacques Étienne tendría razón. La crisis de la Iglesia está afectando su salud, es un hecho.

Salen y se acomodan en el hermoso jardín.

—¿Qué pasaba?, pregunta Henry Oliver.

—La hermana Luz se enfermó y necesitó ser hospitalizada. Como es la directora de uno de nuestros orfelinatos tuve que nombrar a otra persona. En Bangladesh también había un problema en un asilo de ancianos que tuve que resolver… Lo normal, el trabajo.

El arzobispo Meslier tiene a su cargo una parte de las obras humanitarias de la Iglesia a través del mundo.

Un silencio los envuelve.

—¿Quieres que le diga a Francesca que te traiga algo de beber?, propone Jacques Étienne.

—No, gracias.

De nuevo el silencio ahuyenta a las palabras.

—Tengo miedo de que vuelvas a caer en depresión, Henry Olivier.

—Espero que no… Yo también lo temo, si supieras. Lo que está pasando en la Iglesia me tiene muy mal, querido mío.

—Lo que está pasando en la Iglesia, es culpa de la Iglesia.

—Eres demasiado duro.

—Con los poderosos solamente. Eso aprendimos de Jesús, ¿no te parece? Misericordiosos con los débiles y los necesitados, inflexibles con los que ejercen el poder, implacables con los que abusan de su potestad.

—De Jesús… Dios mío. ¿Qué haremos si aparece ese cadáver atribuido a Jesús?

Un doloroso silencio sumerge a los dos eclesiásticos.

—Será un golpe muy fuerte, no hay duda, reconoce el arzobispo.

—Un golpe devastador. No estoy seguro de que la Iglesia logre resurgir de las ruinas.

—Asumiremos que Jesús era un hombre especial, un generoso soñador, un visionario idealista, un gran hombre o un poco de todo eso.

—A la gente nada de eso le importa, Jacques Étienne. El único Jesús que le interesa a la gente es el dios.

—Si ese cadáver aparece a la gente no le quedará otra opción más que mirar de frente a la realidad.

—¿Y qué pasará con la Iglesia?

—Renacerá como lo que nunca debió dejar de ser, el reino humano de la bondad, el amor y la misericordia.

—Qué inocente e idealista eres, querido mío.

—Si desde el inicio la Iglesia no hubiese perseguido al judaísmo mientras copiaba sus preceptos y su Biblia, si no le hubiese dicho a la gente que había un dios en el cielo sentado en un trono de oro que los telescopios de hoy no pueden ver, si no hubiese afirmado que Jesús había muerto como hombre y resucitado como dios sin

poderlo probar, si no hubiese prometido limbos, infiernos, purgatorios y paraísos que Juan Pablo II y Benedicto XVI tuvieron que relativizar porque el cielo actual está lleno de aviones, satélites, naves espaciales y aparatos capaces de verlo todo y de eso no ven nada, hoy no tendría nada que temer.

—Si el cristianismo no hubiese prometido eso a la gente, no existiría hoy.

—Sí, existiría, lo que no tendría basílicas atestadas de oro, como San Pedro, ni Capillas Sixtinas pintadas por grandes maestros que de nada sirven a su misión. Tampoco se codearía con presidentes, reyes, millonarios y tiranos…

—Basta, Jacques Étienne. Hablas como un idealista sin sentido de realidad.

El arzobispo sonríe y dice:

—Hablo como Jesús, quieres decir.

—A él lo crucificaron por eso mismo.

La sonrisa de Jacques Étienne se transforma en carcajadas. Francesca, la criada, anuncia la llegada de la persona que esperaba el cardenal.

—Lo recibiré en mi oficina, Francesca. Llévelo, atiéndalo y dígale que ya llego.

La criada se va.

—¿Quieres que te acompañe?, pregunta Jacques Étienne.

—No, se supone que es estrictamente confidencial. Quiero que me des fuerza.

—¿Cómo?

—Abrazándome.

El arzobispo lo toma en sus brazos con infinita ternura.

El lujo de la oficina privada del *Consigliere* Sinclair impresiona al coronel Santino, uno de los más experimentados agentes de los Servicios Secretos Vaticanos. En realidad lo cohíbe. Solo pidió agua. Francesca tuvo la amabilidad de servirle también algunos de sus exquisitos *petits fours* salados y dulces, pero el coronel no los toca.

El hombre que entra sonriente tiene muy poco que ver con el que sucumbía a la angustia hace unos minutos en el jardín. La vida es un teatro, suele decir. Y él es un buen actor. El cardenal viste ahora el traje púrpura de su rango, símbolo de la disposición al martirio. Quien lo lleva, se supone, está dispuesto a responder de la fe *usque ad effusionem sanguinis*: hasta derramar su sangre.

Puro simbolismo y palabrería, desde luego.

El visitante se pone de pie y besa el anillo cardenalicio con sincero fervor. El coronel Santino es un católico ferviente. El cardenal se sienta tras su exquisito escritorio privado, el coronel vuelve a su sitio.

—Perdone que lo haya hecho venir hasta aquí, coronel. Las horas son difíciles en este momento en la Santa Città. Además debo hablarle de algo estrictamente confidencial y secreto.

—Puede contar conmigo para lo que sea necesario. Usted lo sabe.

—Gracias, querido amigo. Usted es una de las contadas personas en las tengo total confianza. ¿Sabe dónde está en este momento el obispo Pietro Benedetto Gaetani y los agentes que lo acompañan?

El coronel lo sabe, pues tiene puesto un micrófono en la oficina del obispo. No lo admite, desde luego.

—No, Ilustrísima.

—¿Tiene idea de lo que están haciendo?

—No, miente de nuevo Santino, irrespetando una vez más el octavo mandamiento. Católico sí, *ma non troppo.*

—Seguramente leyó en la prensa que muchas personas hablan de la supuesta existencia de un falso cadáver atribuido a Jesucristo.

—Sí.

—A pesar de la falsedad de ese cuerpo, si viese la luz, numerosos enemigos de la Iglesia lo utilizarían para dañarla.

El coronel calla. Está perfectamente al corriente de todo eso. No solo en la oficina de Gaetani tiene micrófonos ocultos.

—La misión del obispo Pietro Benedetto y los agentes es de destruir ese cuerpo en caso de que aparezca.

Santino sigue en silencio. Hizo suyo hace tiempo el proverbio, especialmente útil en el Vaticano, que dice: el pez por su boca

muere. Sinclair continúa.

—El problema es que tengo razones para pensar que si ese cadáver aparece el obispo no lo destruirá, al contrario, lo utilizará en su propio beneficio, lo negociará, lo venderá, cualquier cosa…

El coronel hace una mueca como único comentario. El cardenal avanza sus piezas en el imaginario tablero de la partida que lo opone al obispo.

—Necesito una persona de confianza, un verdadero católico que garantice a la Iglesia que eso no sucederá… A cualquier precio.

—Puede contar conmigo, naturalmente.

—El obispo sospechará de usted cuando se sume a su equipo enviado por mí.

—El obispo y sus opiniones no tienen la menor incidencia en mis decisiones.

—Puede ser peligroso.

—El riesgo forma parte de mi trabajo.

—Tengo entendido que usted y el obispo tuvieron un conflicto hace algún tiempo.

—Afirmativo. No es una persona por la que tenga especial aprecio.

—¿Entonces?

—Ya se lo dije, Excelencia. Puede contar conmigo en toda circunstancia.

El cardenal se pone de pie, se acerca al coronel, que también se levanta, le tiende el anillo que el militar besa una vez más, luego, con un movimiento que sorprende a Santino, lo abraza.

—Yo y la Iglesia se lo agradecemos infinitamente, coronel.

—Su bendición es suficiente, Benemérito. El resto es mi trabajo.

El cardenal lo bendice, luego añade.

—Prepare un plan y un equipo sin tardar.

—Gracias por su confianza, cardenal. ¿Puedo retirarme?

—Que Dios lo acompañe, querido amigo. A partir de ahora lleva sobre sus hombros el futuro de la Iglesia.

—Intentaré ser digno de ese honor.

Tras un movimiento de cabeza, reverencia militar, el coronel sale con el paso marcial que lo caracteriza. Sinclair vuelve a su escritorio,

se sienta pensativo, preocupado. Al cabo de unos minutos el arzobispo Jacques Étienne Meslier aparece.

—¿Te fue bien?

—Sí, el coronel Santino es una persona extraña, pero es un hombre de fe y un agente muy capaz. Se caracteriza además por algo que yo y la Iglesia necesitamos más que todo en este momento: la fidelidad.

> *26 Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. 27 Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.*
>
> **LA BIBLIA. (Lucas 14: 26-27)**

Thomas desayuna ligero y rápido. Quiere comenzar a trabajar temprano esta mañana pues parte de la tarde la tiene ocupada por una cita. Una maldición se le escapa al llegar al parqueo del hotel. El jeep tiene los dos neumáticos traseros casi desinflados. Da para llegar a algún sitio donde los reparen, no para más. Goma de repuesto solo tiene una. Irse así a las montañas es imposible.

—Esos pinchazos no son naturales, le dice el dueño del garaje al que se dirige.

Gracias o a causa del turismo, como muchos en la zona, el chipriota chapurrea bastante bien el inglés.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Alguien pinchó esas gomas a propósito, afirma categóricamente el profesional.

—Estaba en el parqueo del hotel al que solo se puede acceder con una tarjeta, se extraña Thomas.

—Llego hasta donde puedo, señor Roussel. Detective no soy, pero de gomas sí sé. Tampoco es grave, venga en unos cuarenta minutos y el problema estará resuelto.

Thomas sale del garaje. No consigue liberar su mente de la afirmación del mecánico, aunque no le ve sentido. ¿Por qué en Pafos, donde nadie lo conoce, querría alguien dañar su medio de transporte? Intenta no ceder a lo que le parece una forma de paranoia hasta que la cita de esta tarde viene a su mente, evacuando la inquietante problemática.

Recibió una llamada del Profesor Arouet, a quien Sarah dijo que él se encontraba en Pafos. El Profesor lo puso en contacto con una de sus antiguas alumnas de La Sorbonne, la actual conservadora jefa del Museo Antropológico de Pafos, la señora Aris Aresti.

Thomas ya sabe que la singular piedra que bautizó Piedra-Luna no es una roca, sino un pedazo de cerámica. No cree que sea muy importante, supone que lo más probable es que alguien la haya dejado caer accidentalmente al pie de la montaña, pero al parecer, según lo que vio en la Web, se trata de una cerámica muy antigua. Por sí o por no, piensa enseñársela a la señora Aresti esta tarde.

Busca sin éxito un café donde pasar el tiempo en los alrededores del garaje. El único edificio público que se le ofrece es una iglesia. Una pintoresca iglesia que le provoca una sonrisa, pues lo hace pensar en un gigantesco merengue, paredes blancas, techo azul, puertas y ventanas rojas. Cede a la atracción del colorido, tan poco común en los templos cristianos continentales y camina hacia el peculiar edificio mientras piensa… Teniendo en cuenta solamente las obras que siguen hoy en actividad y las religiones con más fieles, entre sinagogas, iglesias, mezquitas, templos y santuarios budistas, taoístas o hinduistas, la humanidad ha gastado más tiempo y dinero en construir edificios para adorar a dioses que nunca ha visto y de cuya existencia no tiene pruebas que para edificar hospitales, centros de investigación o universidades…

Admira el exterior del pequeño santuario. Entra. El interior también restalla de colores: verdes, marrones y, como siempre, dorado, mucho dorado… Un Cristo con sus "vergüenzas" cubiertas se contorsiona sobre una cruz, sin la cual nadie lo reconocería. Una mujer carga a un niño, típico elemento de identificación de la Virgen María. Otros sócalos de menor jerarquía sostienen a varios santos, identificables también por los atributos con los que se inscribieron en

las tradiciones pastorales o las legendas bíblicas: una Santa Lucía lleva sus ojos en una bandeja. Un San Lorenzo carga la parrilla en la que fue martirizado. Una Santa Apolonia de Alejandría enseña las tenazas con las que le arrancaron los dientes. Una Santa Águeda de Catania muestra con cierto morbo sus amputados senos…

Thomas nunca ha podido explicarse por qué tantas personas se prosternan ante esas estatuas producidas en masa a partir de moldes o esas pinturas de copistas con dudoso talento. Y sin embargo, por más que le choque y lo deje perplejo, debe admitir que millones de mujeres y hombres, no menos inteligentes que él, adoran todavía hoy esos fetiches, creen que pueden ayudarlos a vivir mejor y confían en las improbables promesas del cristianismo o de alguna otra religión. Promesas todas sospechosamente parecidas: vida eterna, sanaciones, fin de todos los males, felicidad perpetua, paraísos… Después de la muerte, eso sí, antes jamás.

Si la Iglesia financió ciertas formas de arte y contribuyó a su desarrollo, lo hizo porque le era útil, porque necesitaba al arte para su propaganda. Dio con ello lugar a obras magníficas, cuando las pintó un Rafael o las esculpió un Miguel Ángel, pero llenó de lamentables bodrios las iglesias pobres, al igual que los hogares de los fieles sobre los que ni el cristiano Dios ni la pagana Fortuna vertieron sus mieles.

Al saber y a la ciencia la Iglesia siempre les temió, por consiguiente los trató como enemigos. El deseo de acceder al conocimiento ¿no es acaso lo que causa la pérdida de los primeros humanos en el jardín del Edén? La Iglesia Católica impidió tanto como pudo el desarrollo de la astronomía, la geología, la anatomía, la biología… Se opuso con obstinación a la medicina, castigó sin piedad la libertad de pensamiento, prohibió terminantemente ciertas lecturas, creó Listas de Libros Prohibidos, quemó bibliotecas enteras, hizo que se perdiera gran parte del conocimiento conservado por la humanidad con infinitos costes y no satisfecha con hacer arder los libros, códices, papiros, pergaminos y vitelas donde el saber se transmitía de generación en generación hizo arder a los seres humanos que según ella tenían en sus mentes elementos de

aquellos conocimientos que la feroz dictadura del dios único tanto odiaba y temía.

Herejía. Cortas sílabas. Espantosa acusación. Conllevaba extensas consecuencias y un muy muy largo castigo. Comenzaba por quemar vivos a los denominados herejes en las plazas públicas para que el terror anegara las mentes de quienes asistían a aquellos siniestros espectáculos llamados autos de fe…

¡De fe!

…continuaba, según se creía, más allá de la muerte, pues la Iglesia había inventado un sitio en el cual los herejes ardían… ¡A perpetuidad!

No ha habido régimen político, por más despótico, tiránico o funesto que se le considere, que haya sido capaz de igualar a la "Misericordiosa Iglesia de Clemencia y Piedad" en los acápites de castigo con barbarie y ferocidad, expiación con crueldad, punición con maldad, etc. Las condenas de los gobernantes y los poderosos, por horribles que fuesen tenían un límite: la vida del condenado. Una vez muerto el reo, el castigo se detenía, dejaba de tener sentido.

Las condenas de la "Representante de Dios y su Ternura" eran tan despiadadas como cualquier condena civil laica desde el punto de vista físico. Los condenados por la "Infinita Bondad de la Iglesia" eran flagelados, se les cortaban las manos, se les arrancaba las lenguas, se marcaban con hierros candentes… Lo habitual.

Pero la "Compasiva y Piadosa" tenía una especialidad: quemar vivos a los reos. Hogueras, llamas, humo y alaridos de los que morían consumidos por el "Purificador Fuego Santo" caracterizaban las expiaciones de la "Bondadosa y Clemente." Que a esto añadía un especial refinamiento, la dimensión psíquica: sus condenas iban más allá de la vida. Mas allá de la muerte. ¡Eran Ilimitadas! ¡Eternas!

Gracias a la esplendente invención del Infierno la "Madre Iglesia del Infinito Amor" destruía al mismo tiempo el cuerpo de quien había sido por ella condenado y también su psiquis, aterrado como estaba el reo al pensar que la muerte misma no le permitiría escapar a sus sufrimientos. En las mentes de quienes le sobrevivían, tras haber

asistido a un pavoroso auto de fe, el espanto clavaba definitivamente sus garras. Y los torturaría hasta la muerte.

Al penitente que gritaba desesperado mientras ardía en la hoguera, las autoridades eclesiásticas, con singular maldad, "garantizaban" que después de muerto su sufrimiento sería multiplicado por diez o por mil, en el sitio donde "El Dios Que Es Todo Amor" enviaba a sus hijos desobedientes para que aprendieran a no transgredir sus reglas… Aprendizaje que no le servía de mucho ya al transgresor, pues pasaría el resto de su vida "eterna", ardiendo.

Hoy parece ridículo y muy pocas personas, incluso creyentes, pueden tomarse en serio el Infierno con sus llamas y sus demonios escarlatas dotados de cuernos y colas, pero en los tiempos en que la Iglesia dominaba las mentes de la cristiandad, para millones de seres humanos el Infierno era una verdad tan real como la miseria, la enfermedad y el hambre.

Lejos estaba ese 28 de julio de 1999 en que el "infalible" Papa Juan Pablo II, en el Vaticano, ante unas diez mil personas, diría:

"El Infierno, más que un lugar, indica la situación en que llega a encontrarse quien libre y definitivamente se aleja de Dios."

Con otras palabras, el Infierno siempre fue un embuste.

Muy difícil debe ser para los actuales creyentes cerrar los ojos ante esas mentiras y crueldades con el fin de obligarse a pensar que la Iglesia de hoy no tiene nada que ver con la de ayer y adorar a su dios, que es el mismo de entonces, cobijando bajo nuevas ficciones e ilusiones sus perpetuos miedos.

Un amable rostro que avanza sonriente hacia Thomas interrumpe su reflexión.

—Hola, hijo.

Se trata de un sacerdote.

—Hola.

—Soy el padre Vasilios, dice el clérigo en un perfecto inglés. Un gusto verlo en nuestra Iglesia. ¿De dónde es?

—Francés. Me llamo Thomas. Por lo visto adivinó que no hablo griego.

—Identificar a quienes no son insulares para quienes lo somos no es muy difícil. Digamos que en ese sentido, tenemos un sexto

sentido.

La sonrisa del clérigo vuelve a relajar sus labios.

—Si lo prefiere podemos hablar en francés. Hice parte de mis estudios en Aviñón.

—Con mucho gusto.

—Por la manera que miraba a su alrededor me pareció que hacía bastante que no entraba en una iglesia. ¿Me equivoco?

Thomas sonríe, pero no responde. El sacerdote insiste.

—¿Es católico?

—De bautismo.

—Ah, ¿católico no practicante?

—Más o menos, responde cortésmente, para no chocar al religioso.

—Ya veo…

Thomas señala las esculturas que los rodean y dice:

—Me parece irracional reverenciar efigies de yeso o de madera. Si mal no recuerdo la Biblia misma dice: no te harás ídolos ni adorarás imágenes.

El padre Vasilios vuelve a sonreír.

—Claro, claro… Para serle sincero, no es el único para quien esas efigies representan un inconveniente. Pero la fe no pasa necesariamente por ese tipo de veneración. La fe es mucho más amplia y enriquecedora, ya que es un acto de libertad.

—¡De libertad!

—Sí, hijo. Abrir su alma a Dios es una decisión personal, íntima. Pueden obligarlo a decir que tiene fe, pero no pueden obligarlo a tenerla. Sin una profunda y absoluta libertad el ser humano no consigue elevarse hasta lo divino.

—¿Qué debe entenderse por divino?

—Lo divino es definido de muchas maneras, ya que está presente en todas las confesiones, pero todas las definiciones coinciden en que se trata de un poder transcendental que supera las capacidades humanas.

—No quiero ofenderlo, pero nadie ha probado la existencia de ese poder.

—Tampoco su inexistencia.

—Pretender probar la inexistencia de algo es un sinsentido. Solo de lo que existe se puede dar prueba. ¿Acaso puede probarse la inexistencia de los extraterrestres?

—Tampoco su existencia.

El padre Vasilios sonríe. Thomas también.

—Entonces Dios es una hipótesis, dice.

—No, Thomas, es mucho más. Creer en Dios proporciona fortaleza para vencer y consuelo cuando se es vencido. Para los creyentes la fe actúa como un faro, una luz ante las incertidumbres, un amparo en las adversidades e incluso un motor para superar los desafíos. Creer en algo más grande que uno mismo hace que las personas admitan que los resultados de sus actos no dependen meramente de ellas. Ese consuelo fortalece la resiliencia emocional y ayuda a enfrentar las pérdidas, los fracasos… eso que llamamos los golpes de la vida.

Thomas calla. Las palabras del sacerdote despiertan su curiosidad pues tocan una de sus más profundas interrogantes: el porqué. Esa extraña razón que a él le cuesta tanto entender y lleva a tantas personas a admitir la existencia de un ser invisible e inaudible que reemplaza en cierta medida al padre que alguna vez tuvieron, ese padre que les parecía tan grande cuando ellos eran pequeños y que para verlo tenían que mirar hacia arriba, donde hoy buscan a Dios.

El sacerdote percibe la incipiente conmoción de Thomas y se entusiasma.

—Las personas con una fe sólida, continúa diciendo, enfrentan mejor las enfermedades, los golpes del destino e incluso la muerte. Morir creyendo que nos espera otra vida en la cual reencontraremos a nuestros seres queridos y viviremos eternamente felices es una perspectiva infinitamente más atractiva que la de pensar que la muerte es el fin de toda existencia.

—Aunque sea falso.

—¿Quién puede probarlo?

Thomas no recoge el guante. Calla. Sabe que es inútil oponer argumentos a ese icónico misterio. El padre Vasilios continúa:

—Y aunque fuese falso. ¿Qué más da? Desde el momento en que esa idea nos ayuda a aliviar el tormento de nuestra aterradora finitud, por qué rechazarla. Para quienes creen que solo tenemos esta vida, qué importancia tiene lo que suceda después de la muerte.

Thomas sonríe.

—Reconozco que posee usted un pragmatismo poco común entre los suyos.

El sacerdote acepta con placer el cumplido. Al menos eso expresa su rostro, luego dice:

—El más puro sentido de la religión es ayudar a vivir. ¿Qué muchas veces ha sido desviado? Sí, lamentablemente. Muchas, pero no todas. Las personas que creen firmemente en Dios, por ejemplo, son menos propensas a sufrir enfermedades psíquicas como las depresiones y cuando las enfrentan consiguen vencerlas más fácilmente que los no creyentes. No lo digo yo, lo dicen las estadísticas médicas. Y no es un milagro, Thomas, es ese poder que supera las capacidades humanas y que los creyentes llamamos fe. Al proporcionar compañía, protección, valores y designios que trascienden lo temporal, ese poder nos hace más fuertes. Y lo más extraordinario es que está a la disposición de todo el mundo. Es como el oxígeno, solo con quererlo se obtiene. ¿No es formidable?

—O sea, basta con creer en un dios cuya existencia nadie ha podido probar para convertirse en un humano con poderes casi divinos.

El sacerdote lo invita a sentarse. Thomas lo rechaza con delicadeza. Mira el reloj a modo de justificación y pretexta:

—Tengo poco tiempo. No estoy exactamente de vacaciones.

—Ah…

—Pero lo escucho.

—Muchas personas atribuyen la existencia del universo a un accidente cósmico, el famoso Big-Bang…

—Cuyo verdadero nombre es Teoría del Átomo Primigenio, hipótesis que estableció un sacerdote, por cierto…

—Sí, el belga ese, Georges Lemaître. Más científico que hombre de Iglesia.

Thomas sonríe de nuevo. El padre Vasilios continúa.

—Otras personas afirman que la vida, tal como la conocemos, es el producto de un proceso improbable que llaman la evolución.

Con una pisca de sorna, Thomas interviene de nuevo.

—Teoría de Charles Darwin. Que no era sacerdote, pero decía a los cuatro vientos ser un ferviente católico.

—¡No se lo creía ni él! Lo decía para que la Iglesia no le metiera los dedos en las narices.

O se los quemara, piensa Thomas, pero no lo dice. Acaba por sonreír, haciendo sonreír al clérigo, que continua:

—Nosotros los católicos creemos que todo eso se lo debemos a una inteligencia superior, a un Dios Creador.

—La diferencia es que del origen del universo como de la evolución de las especies hay pruebas. De la existencia de ese dios creador, no.

—¿Qué pruebas?

—La expansión del universo fue constatada, probando así que la teoría del Big-Bang es válida. En cuanto a la evolución, el ADN y el código genético reflejan la ascendencia compartida de muchas especies. Los fósiles, además, documentan la existencia de especies extintas hoy, pero emparentadas con las que vemos en la actualidad…

—Creo que lo que usted llama pruebas, Thomas, son simplemente teorías, suposiciones. Ningún ser humano presenció la formación del universo y nadie ha visto a una especie evolucionar hasta convertirse en otra. En realidad ambas hipótesis se apoyan en la fe. Creer en Dios exige fe. Creer en el Big-Bang y la evolución también. Ahora, seamos pragmáticos, como proponía su coterráneo Pascal. Que ambas opciones sean falsas o verdaderas, ¿cuál de las dos es más útil? Creer en un accidente cósmico no ayuda en nada al ser humano. Creer en un Dios amante y creador, sin embargo, nos brinda todas las ventajas antes expuestas.

Thomas ríe de nuevo.

—Debo reconocer que en el arte de la retórica usted no hubiese desmerecido en la antigua Atenas.

El sacerdote también se abandona a la risa, mientras pregunta.

—¿Se trata de un cumplido?

—Bueno, si obviar los argumentos ajenos para hacer triunfar los suyos le parece digno de admiración… sí.

Una religiosa bastante estresada aparece al fondo de la iglesia y dice al clérigo:

—Padre, los chicos del coro se impacientan.

El padre Vasilios se golpea la frente, habla en griego a la monja, luego murmura algo para sí mismo. Por el gesto, Thomas supone que se trata de un taco. Acto seguido el religioso se persigna y dice en francés.

—Santo Dios, me había olvidado de los chicos.

Risueño, Thomas tiende la mano al sacerdote y añade:

—Fue un placer conversar con usted.

Se dan un cálido apretón de manos.

—Para mí también fue un gusto. No son muchas las oportunidades que tengo de hablar francés. Vuelva otro día, sugiere el clérigo. Estoy seguro de que podría devolverlo a la fe. Jesucristo está muy cerca de usted.

La sonrisa de Thomas se hace más amplia, pues piensa en la tumba de Jesús y María cuando dice:

—Ojalá tenga usted razón.

Apurado, el cura se aleja unos pasos, pero regresa, santigua a Thomas e indica:

—Piense en esto. Estoy convencido de que usted, francés y pragmático como su coterráneo, el gran Blaise Pascal, lo apreciará. La religión no es verdadera ni falsa, Thomas. Es útil. Es esa su fuerza, ese su gran valor: es útil, así de simple.

—Quiere decir que las catedrales, la Biblia y todos los ritos católicos son solamente muletas psicológicas destinadas a propiciar un efecto placebo.

—Llámelo como quiera, pero ese efecto existe. Y la fe lo proporciona.

El sacerdote, visiblemente emocionado, le da dos besos en las mejillas, a la manera francesa, luego hace un signo de cruz y se aleja a toda prisa hacia la sacristía, donde desaparece tras un saludo. La sonrisa juguetea aún en los labios de Thomas cuando

sale de la iglesia. Puede que al fin haya acabado de entender por qué tantas personas viven atadas a la religión, piensa… Es útil.

> *8 No te harás ídolos, no adorarás imágenes; sean de hombre o mujer, de aves, de animales o de peces. 9 No te inclinarás delante de imagen alguna para adorarla de ninguna forma, porque yo, el Señor tu Dios; soy un Dios celoso. Yo castigo la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen…*
>
> **LA BIBLIA. (Deuteronomio 5:8-10)**

Finalmente el jeep reparado le permite dedicar algunas horas a lo que desde su llegada a Chipre él considera su trabajo. Basándose en la forma o en alguna particularidad, puso nombre a cada una de las elevaciones estudiadas en la zona. Osa, Liebre, Aguja… Una manera de diferenciarlas. A la montaña donde encontró el pedazo de cerámica la bautizó Piedra-Luna.

Retoma el trabajo interrumpido escarbando tierra y moviendo rocas al pie de Piedra-Luna. En esta, al igual en todas las elevaciones estudiadas en el área, la acumulación de piedras en la parte más baja le parece excesiva, como si fuesen producto de un alud. Algo que lo intriga, pues no se lo explica. Cuando estima haber inspeccionado el pie de Piedra-Luna, se dispone a examinar un poco la ladera que mira hacia Pafos…

A cierta distancia dos hombres siguen los pasos de Thomas a través de potentes prismáticos. Son el capitán Santoro y el sargento Moretti. El capitán llama al obispo Gaetani.

—Sigue escarbando y moviendo piedras, Excelencia. De vez en cuando hace una foto. Busca algo, está claro, pero no parece saber muy bien dónde está.

—¿Hay alguien más con él, algún chipriota?, pregunta el obispo.

—Está solo. La trigueña buenona no aparece por ninguna parte. Tal vez se separaron.

—No, está en Francia.

—Ah… Bueno, eso quiere decir que estamos solos con él. No parece haber nadie cerca, al menos en varios kilómetros. Es el momento perfecto para halarle las orejas y preguntarle qué hace aquí y qué busca. Por más que grite, nadie lo oirá.

—No. Eviten cualquier contacto. En ningún caso él debe sospechar que lo estamos siguiendo. Si lo asustamos podríamos ahuyentarlo. Si se vuelve a París, perdimos. No parece que él mismo sepa dónde está lo que busca, estoy de acuerdo. Por eso debemos esperar. No se alteren, no suden, disfruten la naturaleza y observen tranquilos. Ese bosque está repleto de aves. Imaginen que ustedes son dos ornitólogos especializados en pájaros desplumados con dos patas y dos manos.

El obispo y los dos agentes ríen. Gaetani se despide.

Los agentes retoman los anteojos.

Las cerámicas plateadas no cesan de coquetear con Thomas. A unos cinco metros de altura, en la ladera, un nuevo brillo lo atrae. Escarba cuidadosamente: otro pedazo de cerámica muy parecido al que ya encontró emerge del suelo. Le resulta curioso, aunque se resiste a darle un significado. Ninguna tumba hebrea se hacía con ese material. Continúa su trabajo metódico de análisis de la montaña.

Su hipótesis de la pérdida accidental por alguien del primer segmento de cerámica encontrado al pie de Piedra-Luna salta definitivamente en pedazos cuando en la ladera, a unos doce metros de altura, otro brillo brota del polvo y la tierra se deja apartar para obsequiarlo con una tercera pieza de antigua cerámica plateada y una buena dosis de perplejidad.

¿Qué significan esas cerámicas?

Le encantaría seguir escalando, está casi seguro de que seguiría encontrando pedazos de esa peculiar porcelana. Está igualmente

convencido ahora de que esos fragmentos de cerámica brillante no están allí por obra del azar. Tienen un sentido, le parece claro, aunque no puede relacionarlos con una tumba judía.

Mira su reloj. Hoy no es Sol Invicto quien pone límite a su trabajo, sino Cronos, o al menos esa abstracta representación suya que Thomas, como tantos humanos, lleva en la muñeca izquierda.

—Es un placer conocerlo. Le digo la verdad, es un honor.

Thomas no esperaba semejante cumplido. No sabe muy bien cómo corresponder. Se sonroja, lo cual la hace reír a la señora Aresti, que le habla en francés, lengua en la que se expresa perfectamente.

—Me gustaría mucho conocer a Sarah también, continúa. He leído cosas muy elogiosas sobre ustedes.

—Sarah viajó a Francia, pero vuelve pronto. Estoy seguro de que estará encantada de conocerla, señora Aresti

—Preferiría que me llamaras Aris. Con cada señora Aresti me parece que me salen diez nuevas arrugas.

Ríen. La señora Aris Aresti es una esbelta y elegante mujer de unos cuarenta y cinco años, piel bronceada, ojos oscuros y abundante cabellera rizada y azabache. Para Thomas, la mediterránea tipo. Debió causar sensación en sus años de estudiante de la Sorbonne, piensa.

—Viajo a menudo a París, dice Aris. ¿Sabe la razón por la que fui la última vez?

Thomas no tiene la menor idea, naturalmente.

—Fui para visitar la exposición "Soy María Magdalena". Estuve solo dos días. Ni siquiera vi al Profesor Arouet, con el que siempre almuerzo cuando voy a su ciudad. Me daría mucho gusto conocer también al señor Armand Roussel. Creo que ustedes hicieron algo maravilloso. Algo que pasará a la historia. Es horrible que tantas personas lo hayan pagado con sus vidas.

Sigue un silencio, tal vez un mudo homenaje a los Walker, los Bauer y al resto de las personas asesinadas. Finalmente la señora

Aresti dice:

—Bueno, Thomas, dime cómo puedo ayudarte.

Con el fin de ocultar sus verdaderos objetivos y de justificar sus búsquedas, él y Sarah inventaron una historia. Se supone que se interesan en una Biblia antigua de gran valor que se encontraría en la tumba del señor y la señora Aharoni, una pareja de acaudalados judíos del siglo V, convertidos al cristianismo. El Profesor Arouet, sin embargo, le dijo a Thomas que no tendría sentido contar una historia así a la señora Aresti. "Para que Aris pueda ayudarte eficazmente, lo mejor es que seas sincero con ella. De todas formas ella conoce el Codex M, sabe quiénes son ustedes y es una mujer brillante. No le costaría mucho deducir la verdad. Y sobre todo, es una persona en la que confío sin reservas. Nunca me traicionará, por consiguiente tampoco a ti." Thomas no conoce todavía a la señora Aresti, pero en el Profesor Arouet, él también confía sin reservas. Por eso dice:

—Con Sarah tenemos la convicción de que María Magdalena está enterrada aquí.

—¿En Chipre?

—En Pafos.

Una mezcla de sorpresa e interés fulgura en los ojos de Aris.

—Existe una leyenda, al menos siempre se ha creído que se trata de una leyenda, de que María Magdalena vivió en esta región, es cierto. Sin embargo no hay ninguna prueba. Ningún escrito…

—Sí, el Códex M.

—Lo leí varias veces, Thomas. Guardo incluso como una reliquia el texto completo que me dieron en la exposición. En el Códex M, María no dice nada sobre Chipre.

—En una página que fue borrada sí. Sarah consiguió recuperar una parte. Está ahora en Francia para recuperar el resto. Aparecen las palabras Alashiya y Pafos.

Esta vez el rostro de Aris se ilumina.

—Es maravilloso lo que dices. Para Chipre sería extraordinario.

—Si encontramos la tumba…

—La leyenda dice que María Magdalena huyó de Judea cuando el Sanedrín intentó matar en el huevo al cristianismo naciente. A ella

se le acusaba de haber hecho desaparecer el cadáver y de ser la creadora del mito de la resurrección. Ahora, por el Códex, sabemos que es cierto. Si la leyenda tiene algo de verdad, ella vivió oculta aquí, bajo uno o varios nombres. Ciertas tradiciones la llaman Rachel, otras Deborah, otras le dan un nombre griego: Aletheia, que por cierto significa "verdad". Es también un concepto filosófico que se refiere a "lo auténtico", a "la realidad".

—Puede que no haya escogido ese nombre al azar.

Ari sonríe y dice:

—Es lo más seguro.

—¿Se sabe a qué se dedicaba?

—Me apena decirte que todo eso son tradiciones orales, Thomas, leyendas. Como la que dice que María Magdalena llegó a Francia en un barco sin velas ni timón y era llevada por dos ángeles a la cima de una montaña siete veces al día para rezar.

—Desnuda, además…

—Sí, olvidé ese detalle, ríe Aris.

—¿Entonces no se sabe de qué vivía?

—En realidad no. Se habla de alfarería…

Thomas pone sobre el escritorio de Aris los tres pedazos de cerámica.

—¿Haría cosas como estas?

De nuevo sorprendida, la señora Aresti mira con atención las Piedras-Luna. Thomas, mientras tanto, le explica dónde y cómo las encontró.

—¿Son antiguas?, pregunta.

—Sí, podrían ser anteriores al siglo IV. Si me las confías haré hacer una datación. ¿Estás de acuerdo?

—Desde luego.

Aris se pone de pie.

—Ven conmigo, dice.

Thomas la sigue hacia las salas de exposición del museo.

—Los ricos habitantes de Pafos, en otros tiempos, se daban el lujo de caminar cotidianamente sobre obras de arte, explica ella. Pafos atesora maravillosos mosaicos que pueden admirarse en el Parque Arqueológico, tienes que visitarlo.

—Lo hicimos con Sarah cuando llegamos. Supimos que está situado en la zona donde se encontraban las villas más lujosas cuyos suelos son verdaderas obras de arte, tiene usted razón.

—Qué trabajo les cuesta a ustedes los franceses deshacerse del usted, ríe ella.

—Perdona, ríe también Thomas. Creo que todos esos extraordinarios mosaicos son obras de artistas hoy desconocidos.

—Lamentablemente. Este que te quiero mostrar está bastante dañado, por eso no se expone al aire libre. Le faltan muchos fragmentos, es una pena. Pero te va a interesar.

Thomas se extraña con la afirmación. No tiene tiempo de saber más, llegan. Suben a una tarima de madera. Debajo, en el piso, se ve un mosaico del que solo quedan pedazos aislados.

—Ves lo que hay a la izquierda, señala Aris.

—¿Una pequeña pirámide?

—Plateada, ¿no es cierto? Le llamaban el Faro porque gracias al material con que estaba hecho, reflejaba el sol.

Thomas comienza a entender por qué Aris lo llevó hasta allí. Ella continúa.

—Nunca se había podido saber en qué montaña estaba. La única referencia es este mosaico y no se ven las elevaciones alrededor, solo la cúspide de la que tiene el monumento. Tampoco se buscó demasiado, es cierto, el Faro no existe desde hace mucho. Fue destruido en el siglo IV por un violento terremoto. Puede que tú hayas encontrado esa montaña, Thomas.

Atónito, él dice:

—Los pedazos de cerámica que le… que te mostré ¡vendrían de allí!

—Es muy probable. Cuando se haya hecho la datación, te lo confirmaré. Ahora lo que más te va a sorprender es el nombre: le llamaban el Faro de Aletheia.

Él tarda en entender, ella sonríe y dice:

—Aletheia, recuerdas, "Verdad," uno de los nombre que se atribuyen a María Magdalena.

El cuerpo de Jesús unido al de María Magdalena serían el sarcófago de la cristiandad, piensa el cardenal Sinclair.

¡Esos cadáveres tienen que ser destruidos!

Nunca supuso que su defensa de la Iglesia lo llevaría a dar la orden de matar a Jesús mismo. Sin embargo, destruir sus restos mortales, si existen, es la única manera de salvar su divinidad. Tal vez Jacques Étienne tenga razón, el pecado mortal de la Iglesia ha sido la mentira. Pero ayudar a los hombres a vivir fue y es mentir, decirles que la muerte no existe, que la maldad nunca queda impune, que desde el cielo alguien los cuida… La Iglesia no es más que un fruto humano. Los hombres así la quisieron, los hombres así la hicieron.

¡Tienen lo que se merecen!

Al fin suenas, se dice *Monseigneur* Sinclair al oír el timbre del teléfono.

—Coronel Jonás, gusto escucharlo. ¿Cómo va todo?

—Seguimos observando, Excelencia. Kingsley no está, solo Roussel. Hasta ahora no parece saber dónde se encuentra lo que busca.

—El obispo Gaetani estaba seguro de que la pareja había escondido el cuerpo.

—Todo parece indicar que se equivocó, Ilustrísima.

—¿Qué puede decirme de él?

—Sigue ansioso, muy tenso. Pelea por cualquier cosa.

—No lo pierda de vista.

—Esté tranquilo al respecto.

—La Iglesia y yo estaremos en deuda con usted, coronel.

—Servir a la Iglesia es mi misión, padre.

—Gracias, hijo, bendito seas.

Il Consigliere da por terminada la conversación y vuelve a su ventana predilecta. La luz está encendida en la oficina del Santo Padre. Da placer ver que la Iglesia sigue bajo la dirección de un hombre como él. Ojalá que en la mente del guía de la cristiandad no se oculten las dudas que atormentan la suya, pues él ya no puede recitar el credo sin mentir, como no puede leer la Biblia sin que un

saber del que hubiese preferido prescindir se interponga entre él y El Libro durante tanto tiempo considerado sagrado.

Lo apena saber que de las profundidades del tiempo y de la tierra la arqueología hizo emerger una arrolladora verdad: la Biblia no tiene más valor histórico que la Ilíada o la Epopeya de Gilgamesh y es solo eso, literatura, por más admirable que pueda ser en ese sentido.

Con los años, como les pasa a casi todos, la fe del cardenal Sinclair sufrió los impactos de la realidad, de la historia, de la ciencia… El Dios en el cual creyó fervorosamente durante su juventud se fue desgastando al contacto de tales abrasivos. Esta vez el ataque es todavía más violento. Solo le queda la fe en un Creador, que a falta de otro nombre prefiere seguir llamando Dios. Un Dios que situó los entes en el Universo, aglutinó la materia en planetas, dio luz a las estrellas e insufló la vida, ya que sin él ¿cómo explicar la creación?

La ciencia puede admitir que no sabe. La religión, no.

Sinclair sigue creyendo en un Dios abstracto, inabarcable por la imaginación humana, indefinible, pero un Dios que lo une todavía a la Iglesia. Aunque a veces se deslice entre las grietas de su fe la horrible idea de que solo lo unen a la Santa Madre los largos años de vida que le ha dedicado. Más brutalmente dicho: la rutina.

Vuelve a su escritorio y marca un número en su teléfono. Suena largo rato antes de escuchar la voz del obispo Benedetto Gaetani.

—Mis saludos, obispo Gaetani. Le costó responder. ¿Estaba rezando?

Una risa femenina rápidamente disimulada indica que más que a una piadosa jaculatoria el obispo se entregaba a una actividad eyaculatoria.

—Estaba en otra pieza, Ilustrísima. Es un placer escucharle.

—¿Qué tiene de nuevo?

—No mucho.

—O sea.

—Roussel parece seguir buscando algo cuya localización desconoce. Teniendo en cuenta de que estamos casi seguros de que ellos tienen el cuerpo de Jesús… quiero decir, el cuerpo que estaba

en la tumba de Jerusalén… sigo pensando que podría tratarse del cuerpo de María Magdalena. Chipre está muy cerca de lo que fue Judea.

—Se dice que María Magdalena murió en Francia.

—Sí, Ilustrísima, se dice… Pero usted sabe perfectamente que supuestas tumbas de María Magdalena hay a todo lo ancho del Mediterráneo.

—¿Cuáles son sus planes?

—Me gustaría halarle las orejas a Roussel para que me diga qué está buscando, pero temo que eso pueda asustarlo y que se vuelva a Francia. Además, como usted se opone…

—No solo yo, estimado obispo, el Santo Padre también está contra el uso de la violencia, sobre todo cuando la observación nos puede llevar al mismo resultado. Es cuestión de dominar la ansiedad y darle tiempo al tiempo. Téngame al corriente. Le deseo un excelente día. Que el Señor lo ayude y bendiga su misión.

El cardenal termina la comunicación y vuelve a su preciada soledad, en la que no está tan solo, lamentablemente, pues su mente se inunda de cuestionamientos, de rostros agriados, de semblantes acongojados, de llantos y gritos… Las turbulencias siguen estremeciendo al Vaticano, sacudido como un barco en la tormenta. La Plaza San Pedro no se calma. La gente sigue expresando sentimientos que van desde la furia hasta la pena. Hoy se suicidó otro hombre, esta vez en París, en el interior de *Notre Dame*. ¡En el interior de la Catedral! ¡Dios mío!

La prensa alimenta el bracero con preguntas como: ¿Dónde está Dios? ¿Quién está detrás de los crímenes de Londres, Berlín y París? ¿Si la resurrección de Jesús no es una leyenda, por qué no reaparece ahora que la Iglesia y los fieles lo necesitan tanto? Las autoridades de la Iglesia no responden, se ocultan tras un muro de obstinación. El Códex M solo puede ser falso, por consiguiente no hay por qué responder a las interrogaciones de la prensa y los fieles.

Una actitud que deja perpleja a la cristiandad.

Roma no es la única ciudad donde el dolor de ciertos creyentes y la furia de otros se expresan. Sucede en casi todo el mundo. Algunos

se han atrevido a decir que la humanidad se libera de un cuerpo graso, de un peso inútil, prescindible, de una parte dañina.

Que Dios los perdone.

En muchas iglesias han quedado en suspenso bautismos, bodas, comuniones, confesiones… La agresividad de ciertos fieles obligó a cerrar las puertas. El bajo clero, hasta hace nada cómodamente instalado entre pequeños privilegios y pecadillos, tiembla de miedo y rabia. El tranquilo futuro que vislumbraba desde sus altares se ha convertido en una ruta de escollos e incógnitas. Por eso mira ahora con envidia y despecho a la curia vaticana, protegida de las flechas envenenadas de descrédito tras los muros de la Santa Città, ganando tiempo para encontrar respuestas coherentes que dar a las incoherencias bíblicas reveladas por el Códex M, más las de siempre, que resurgen ahora, pues fueron desde hace mucho reveladas por la arqueología, la ciencia y la historia, que tanto daño le han hecho a la fe, al probar que la Biblia es una compilación de leyendas escritas por un pueblo derrotado, humillado, un pueblo que ansiaba valorizar su aciaga historia, débil con las armas pero de imaginación poderosa, que alcanzó en el campo de las letras lo que no pudo lograr en el campo de batalla y encumbró su infausta historia disfrazándola de mito divino, de verdad universal, ocultando así durante siglos una realidad en la cual David y Salomón, descritos por la Biblia como poderosos y admirados soberanos, no fueron más que menesterosos reyezuelos de famélicos dominios; la incómoda verdad en la cual no hubo heroica gesta por una tierra prometida, ni las trompetas del supuesto pueblo elegido por Dios hicieron derrumbarse las murallas de Jericó, pues Jericó no tenía murallas, que no hubo esclavitud del pueblo judío en Egipto ni diez plagas de Dios contra el Faraón ni éxodo ni diluvio ni errancia por el desierto ni maná ni leyes entregadas por Dios a los hombres ni apertura del Mar Rojo ni Moisés…

Todo eso les es reprochado ahora con agresiva vehemencia a los que no viven tras las murallas del Vaticano, sino en el mundo real, entre las feligresías. Ellos, sacerdotes, curas, monjes, que están expuestos, que deben explicar a los fieles lo inexplicable. Ellos que

están tan desprotegidos frente a las interrogaciones inducidas por el Códex M como los fieles mismos.

Un verdadero terremoto estremece a los estatus modestos de la institución religiosa más poderosa concebida por los seres humanos. Parecería que se resquebrajan sus cimientos. Es demasiado pronto para juzgar los daños, pero son cuantiosos. Parroquias enteras se han vaciado, tendrán que ser vendidas por falta de feligreses y de ingresos. La situación de los monasterios no es mejor.

El cardenal Sinclair pensó siempre terminar su vida cubierto de bendiciones y gracia. Teme ahora terminarla cubierto de oprobio.

> *16 Maldito serás tú en la ciudad, y maldito en el campo. 18 Maldito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra… 41 Hijos e hijas engendrarás, y no serán para ti, porque irán en cautiverio.*
> *45 Y vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te perseguirán, y te alcanzarán hasta que perezcas; por cuanto no habrás atendido a la voz de Jehová tu Dios, para guardar sus mandamientos y sus estatutos, que él te mandó; 46 y serán en ti por señal y por maravilla, y en tu descendencia para siempre.*
>
> **LA BIBLIA.(Deuteronomio 28:16/18/41/45-46)**

En medio del aeropuerto atestado, Sarah y Thomas corren el uno hacia el otro sonrientes, felices. Ella regresa de su corto viaje a Francia, ellos se besan como si no se hubiesen visto en meses.

—¿Qué tal todo?

—De maravilla…

Se equivocan, dos pares de ojos los observan con las peores intenciones.

Mientras esperan la maleta de Sarah, Thomas la interroga sobre el presupuesto que el Louvre prometió asignarles para las excavaciones en Chipre.

—El museo, en estos momentos, no puede negarnos nada, responde Sarah, sonriente. No nos asignaron una fortuna, pero al menos no seremos nosotros los que pagaremos los gastos.

En el parqueo, el auto en el que Thomas vino a recogerla sorprende a Sarah, se trata de un pick-up de doble cabina, de uso… y de bastante uso.

—¿Qué hiciste con el jeep que habíamos alquilado?

—Lo entregué a la agencia y compré este.

—¡Compraste!

—Por casi nada, tranquila. Todo indica que nos vamos a quedar más tiempo de lo previsto aquí, ¿nos es cierto?

—Podría ser, sí.

—El alquiler de un carro nos salía demasiado caro. En este, además, podemos transportar material. Algo que vamos a necesitar.

Thomas le cuenta la curiosa aventura que lo llevó a comprar el pick-up.

—Ventajas y desventajas de la celebridad. Dos veces encontré el jeep con los neumáticos traseros pinchados en el parqueo del hotel. Cuando estaba a punto de pasarme por tercera vez, sorprendí al causante. Resultó ser un empleado muy católico que me había reconocido. Le prometí que no me quejaría a la dirección del hotel si el cesaba de atacarme. Así ha sido hasta ahora.

Sarah ríe, Thomas continúa:

—A fuerza de llevar el jeep a reparar me hice amigo del dueño del garaje, nada menos que Leónidas…

—¡El héroe la batalla de las Termópilas!, bromea ella.

—No creo. No es espartano y está vivo: se llama Leónidas Kiriakides. Él también me reconoció, pero como es ateo y había leído varios artículos sobre nuestras peripecias, me dijo que no gastara más dinero en alquiler de carro, que él me prestaba este. Le respondí que solo lo aceptaba si me lo vendía. Se negó con fuerza, como si yo fuese un persa y tuviese la intención de atacar el famoso desfiladero de las Termópilas. Acabó por bajar el escudo. Me pidió una suma ridícula, le propuse un poco más, pero no aceptó. Se lo devolveré cuando nos vayamos.

—Tienes que presentarme a ese personaje histórico.

—Desde luego, él también quiere conocerte, figúrate.

Llegan al hotel, a la habitación.

—Tengo que encender la computadora para enseñarte lo que encontraron los técnicos del laboratorio de Lyon. Te va a sorprender.

—Con mucho gusto lo miraré. Pero en su momento.

Comienza a desatarle la blusa, de la que emergen los senos, pues Sarah, adepta del *no bra*, casi nunca usa ajustadores. La boca de Thomas se lanza ávida hacia las puntas erguidas que humedece con sus labios.

—Te extrañé todas las noches.

—Y yo a ti.

Los dedos de Sarah desatan el pantalón de él para liberar el sexo erecto. Lo acaricia lentamente con sus manos, después con sus labios, con su calor, su saliva.

—¿Qué es lo que más añorabas?, pregunta ella.

—Penetrarte mientras te miraba a los ojos. Y asistir a ese momento fugaz en que la entrada de mi sexo en el tuyo provoca tu sorpresa y tu placer.

Thomas deshoja a Sarah de su corta falda, ella lo libera de su pantalón. El sexo vibrante de él atrae la boca de ella que lo rodea de nuevo con sus labios, lo acaricia con su lengua, lo introduce profundamente en su boca. Thomas libera a Sarah del pequeño slip que cubre su sexo e introduce en él dos dedos. La humedad lo encanta y lo excita. Cierra los ojos para disfrutar del exquisito placer que le provoca la boca de Sarah, luego lleva su boca al sexo de ella, provocando gemidos y un concierto de placeres compartidos, de olores, de roces, que se acentúa cuando él introduce con infinita lentitud su sexo en las ardientes humedades de ella.

Sarah gime cada vez con más vehemencia y los músculos de Thomas se tensan pues la abraza con fuerza, como si quisiera fundir los cuerpos. El placer de ambos va llegando a la cúspide, al clímax, entre gritos ahogados y prologados gemidos.

El clímax, ese extremo goce que fija el límite del placer para los humanos.

Sarah se estremece, se muerde los labios, para no gritar, pero igual grita. También Thomas, que siente una savia caliente brotar en

su interior. Incontenible. Incontrolable. Solo puede seguir la huella con sus sentidos, mientras se intensifica el movimiento de su sexo yendo y viniendo en el sexo de Sarah. Sin que él lo dirija el volcán de su esperma erupciona, bulle fuera de su sexo hacia el lago profundo de ella que lo aspira. Gimen, gritan, tiemblan, se estrechan más y más hasta quedar exhaustos y satisfechos y yacer abrazados y unidos, dejando que se mezclen los fluidos y el tiempo se enrede en la húmeda clepsidra que ignora las prisas.

Al fin Sarah murmura:

—Quien raspó la hoja-R no fue María. Fue su hija.

—Estoy de acuerdo. También lo he pensado. Me pregunté si los herederos de Jesús y María andaban por la tierra sin saberlo. ¿Qué piensas tú?

—No sé. Es posible. También lo es que la hija muriese sin decendencia. O guardase el secreto.

—Cuéntame lo que tienes en mente.

—María se da cuenta de que está en estado cuando se escapa de Israel y se instala aquí.

—Digamos que estamos a finales del año 33.

—Ajá. A medida que las noticias sobre la expansión del cristianismo le llegan, a María se le presenta un problema de conciencia.

—En el año 45 o 46 el funesto Pablo de Tarso viene a Chipre. La pequeña María tiene ya 12 o 13 años, añade Thomas.

—Lo que para Magdalena es un problema, para la pequeña María es regocijo y honra. Reencuentra a su padre agrandado por la leyenda. Se siente orgullosa de ser quien es. Su autoestima le estalla entre las sienes. Magdalena, sin embargo, sabe que esa religión naciente es falsa, ya que ella fue la creadora de su mito fundador. No puede permitir que algo así exista.

—Entonces comienza la escritura del Códex para probar la falsedad del cristianismo.

—No, me parece muy pronto. Tiene antes que elaborarlo. En todo caso comienza a pensar en algo que le permitirá combatir esa naciente religión, todavía sin nombre. Esto agudiza los problemas entre la madre y la hija. Y la pequeña María, que ya ha crecido, se

separa de Magdalena. Regresa a Jerusalén, va a Grecia, frecuenta los medios cristianos de la diáspora. Intenta presentarse como la hija de Jesús, pero nadie la admite como tal. Cargar al Dios-Jesús con una descendencia terrenal rebaja su divinidad.

—Además de que el cristianismo es puritano desde sus inicios, pues en eso, como en muchas cosas, es hijo del judaísmo que tiene un enorme problema con la sexualidad, opina Thomas. Jesús no tiene esposa conocida, por consiguiente no puede engendrar. Y aunque la joven María diga que es hija de Magdalena y del Dios-Mesías-Jesús-Cristo, los apóstoles la reniegan igual, pues esto supone que Jesús fornicó… Lo cual, para un Mesías judío, es impensable.

—Creo que es estando sola que Magdalena comienza la escritura del Codex M.

—Sí, me parece que tienes razón. Es un momento más adecuado.

—Despechada, con la ufanía bastante maltratada, al cabo de un tiempo María regresa a Chipre, que ella y su madre siempre llamaron Alashiya, para que nadie supiese dónde se ocultaban, supone Sarah.

—Tal vez María se casó y olvidó esa obsesión de adolescencia.

—Podría ser… Magdalena continúa el Códex M sin decirle nada a su hija. No habla de ella en su texto a propósito, para protegerla. Lo termina poco antes de morir, le cuenta todo a María y le entrega su escrito. Lamentablemente esta, en lugar de darlo a conocer como le había pedido su madre, toma una vez más partido por la ficción que hace de su padre un dios y lo oculta. Magdalena había dejado como última y definitiva prueba su cuerpo junto al cuerpo de Jesús, marcado por los clavos de la crucifixión.

—Pero María borró el plano que le dejó su madre…

Un largo silencio, no exento de perplejidad, los abraza. Luego lo dos ríen. Sarah salta de la cama envuelta en una sábana, extrae su laptop de la maleta, lo abre y dice:

—Lo borró, pero no definitivamente.

Thomas la observa con admiración de enamorado mientras ella busca la copia de la famosa hoja-R.

—En el laboratorio de Lyon encontraron también la palabra bosque… en arameo desde luego, dice.

—Bosque más Pafos, Bosque de Pafos, quiere decir que no estábamos tan mal.

Sarah encuentra la copie de la hoja-R en la computadora. Lo que le arranca a él una exclamación. La V invertida reposa ahora sobre un línea curva, que para Thomas solo puede ser la cima de una montaña. De cada lado de la V invertida salen tres cortas líneas…

—¿Sabes qué son esas líneas a cada lado del triángulo?, la cuestiona Thomas.

—La verdad es que no.

—Rayos. Rayos de sol.

Sarah lo mira extrañada.

—¿De dónde sacas eso?

Él comienza a ponerse la ropa mientras dice.

—Vístete y vamos si quieres saberlo.

Felicidad, gozo, perplejidad… los sentimientos se espolean unos a otros en el rostro de Sarah ante el insólito mosaico al cual la enfrenta Thomas y en el que ella reconoce la figura estilizada dibujada por María Magdalena, borrada probablemente por su hija y devuelta a la vida por ella y la tecnología.

—El Faro de Aletheia, dice Thomas.

Ya le transmitió durante el viaje del hotel al museo los conocimientos que le entregó Aris Aresti, lo sabido, lo supuesto y lo mistificado.

—¿No dices nada? insiste Thomas.

—Es que me he quedado sin palabras. Primero pensé que el dibujo del Códex M era un plano. Después comprendí que era un monumento y ahora tú lo has encontrado y lo tengo delante, es extraordinario.

—Delante tampoco. El verdadero Faro de Aletheia fue destruido por un terremoto en el siglo IV.

Sarah se queda en silencio bajo la mirada divertida de Thomas. Al fin dice:

—Lo que me extraña es que… Ningún judío del siglo primero habría hecho un sepulcro tan llamativo y menos María Magdalena, una mujer de gusto.

La voz de la señora Aresti, a la que Thomas anunció su presencia en el museo, se escucha.

—Estoy de acuerdo, Sarah.

La pareja se da vuelta para recibir a la conservadora jefa. Thomas hace las presentaciones.

—Gracias por avisarme de que estaban aquí, Thomas. Tenía muchos deseos de conocerla, *mademoiselle* Kingsley.

—Yo también, *madame* Aresti. Thomas me dijo maravillas de usted.

—Le dije a Thomas que estoy admirativa del trabajo que han hecho. Me alegra poder decírselo a usted personalmente.

—Él me contó que usted había ido a París solo para ver "Soy María Magdalena".

—No le mintió.

—Pensaba que usted prefería el tuteo, bromea Thomas.

Aris sonríe, lo "regaña" con un gesto y dice.

—Sí, pero no antes de que la persona me dé su consentimiento.

—El mío lo tiene, acota Sarah.

—Gracias, Sarah. Estaremos mejor en mi oficina. Vengan conmigo.

Sarah y Thomas siguen a la señora Aresti. Los agentes Brizio y Furio, que siguen a la pareja desde el aeropuerto, no se atreven a ir tras ellos. Optan por esperar afuera.

—¿Qué quieren beber?, propone Aris una vez en su oficina.

Thomas y Sarah declinan la oferta. La conservadora extrae de una gaveta un sobre con los tres pedazos de cerámica encontrados por Thomas. Sarah los observa con atención.

—Es un material reflectante, remarca.

—El monumento en sí era pequeño. Brillar con el sol lo hacía más visible, aclara la señora Aresti.

—Me sigue chocando que se tratase de una construcción tan llamativa, dice Sarah. No es propio de una tumba judía.

—Tal vez no sea la tumba, amor, sino algo que servía de guía. Por eso le llamaban el Faro de Aletheia y no la tumba de Aletheia.

Sarah lo mira en silencio, haciendo repetidamente un gesto afirmativo con la cabeza. Aris interviene.

—Lo que llamamos hoy el Bosque de Pafos, en aquel entonces estaba muy lejos de la ciudad, Sarah. Los medios de transporte eran rudimentarios, recuerda. Muy pocos veían ese monumento. Tal vez por eso debía llamar la atención.

—Desde el punto de vista de María Magdalena, para los judíos cristianos que se cuestionaban y tenían dudas sobre la divinidad de Jesús y la nueva religión en general, leer el Códex M, ver el dibujo y constatar la existencia del Faro era ya una prueba de la veracidad del Códex y por consiguiente de la falsedad de la resurrección y de todo lo demás, opina Thomas.

—Es probable, sí.

—Y de ser necesario estaba el cadáver con las marcas de la crucifixión… Pruebas de ADN, no había.

—Solo los convertidos más recalcitrantes hubiesen exigido ver los restos de Jesús. En primer lugar porque para un judío, lo que en el fondo seguían siendo los que mucho más tarde se harían llamar cristianos, los muertos no deben ser "molestados" y además la proximidad de un cadáver daña gravemente la pureza.

Mientras Sarah habla, busca algo en su teléfono. Al fin lee:

—Escuchen esto. "La Parashat Jukat establece las leyes de la impureza de los muertos. Un hombre se impurifica en su totalidad con haber apenas tocado un objeto impuro, especialmente un muerto. Es decir, no causa diferencia cuál fue la relación con la impureza, la más mínima ya genera una impureza total."

—Con semejantes truenos está claro que nadie se habría acercado a la tumba y menos a los cadáveres, supone Thomas. De todas formas, no olvidemos que los planes de María Magdalena no se cumplieron. La hija ocultó el Codex y borró el dibujo.

—¿Por qué hizo eso?, pregunta la señora Aresti.

—Para que su padre siguiese siendo un dios.

El asombro de Aris crece.

—Ahora entiendo por qué ese Faro no tuvo toda la repercusión que debió haber tenido, dice.

—A causa de un banal complejo de Edipo, comenta Thomas, medio en serio, medio en broma.

—Pobres mujeres. Tanto la madre como la hija. Dos víctimas del amor y de la religión, al fin de cuentas, estima Sarah.

Durante un largo silencio cada cual a su manera piensa en cómo la intimidad de una persona puede a veces provocar que una avalancha de la historia trastorne la vida de miles o millones de seres humanos.

—Puede que el Faro de Aletheia no sea la tumba, acaba por opinar Thomas. En realidad es casi seguro, pero la tumba no debe estar lejos. Pienso que debemos comenzar a buscarla a partir del Faro. ¿Qué piensas tú, Sarah?

Ella sonríe y responde:

—Que tienes razón, un faro tan lejos del mar es algo poco banal.

Aresti pone sobre la mesa otro sobre. No está cerrado.

—Estarán totalmente convencidos cuando lean esto, afirma. A ti el honor, Thomas.

Mientras él extrae del sobre un documento, Sarah pregunta:

—¿Qué es?

—La datación de los tres pedazos de cerámica, responde Aris.

Una exclamación de Thomas sobresalta a Sarah y hace sonreír a la conservadora.

—¡Del siglo I! ¡Significa que las Piedras-Luna estuvieron en las manos de María Magdalena! Tenlas en tus manos, Sarah.

Pone en las manos de su novia los pedazos de cerámica que han adquirido súbitamente un aura mágica. Atónita Sarah los toca, los acaricia…

—Estuvieron en las manos de María Magdalena, qué maravilla, murmura.

Aris Aresti concluye:

—En todo caso esos pedazos de cerámica formaban parte del Faro de Aletheia, de eso no cabe duda. Y no es poco lo que han encontrado ya, chicos.

La paciencia no lo caracteriza, es un hecho. Logró dominarse y esperar hasta ahora. Cada vez se le está haciendo más difícil. Tener el cuerpo de María Magdalena estaría muy bien, pero el cuerpo que más cuenta es el de Jesús. Y Jesús, el obispo está cada vez más convencido, no está en Chipre. La idea del inicio que lo hizo seguir los pasos de Roussel y Kingsley le parece ahora improbable. Piensa hoy que la pareja vino a Chipre en busca del cuerpo de María Magdalena, no del de Jesús. Hipótesis que lo obliga a suponer que el cuerpo de Jesús está en otra parte y le complica singularmente sus planes, pues esa otra parte, a sus ojos, solo puede ser el Louvre.

¡Malditos sean!

El Louvre ofrece la seguridad necesaria para tener a salvo un cuerpo de semejante valor. Tiene también la tecnología que se impone para conservar unos huesos agobiados por los siglos. Sarah Kingsley no fue a Francia para ocuparse de publicidad, sino de tecnología. No se dedicó a preparar una eventual presentación del cuerpo de Jesús, como supuso él en un primer momento. Fue a preparar la llegada del cuerpo de la endemoniada. ¿Qué otra cosa pudo haber ido a hacer? Tras haber forrajeado por todo el Bosque de Pafos ahora Thomas Roussel limita su búsqueda a una sola montaña. Esto coincide con el momento en que la *judía* Kingsley se fue a Francia a establecer contactos. Las casualidades no existen.

Entrar en el Louvre es difícil, imposible nada lo es. Arriesgado sí. En este caso, en extremo. Sobre las cabezas suya y de sus hombres pesa un alud de piedras y barrotes de acero. Un milagro de profesionalismo y suerte lo mantiene en suspensión. Un traspiés lo desencadenaría. Bastaría que un error los pusiese en manos de las policías francesa, inglesa o alemana para que el milagro cesase. Todas deben haber cebado expedientes sobre la "Operación Magdalena". Y la policía, como Aracne, es experta en seguir hilos. Entrar en el Louvre puede llegar a ser una necesidad. Antes tiene que estar seguro de que lo es.

Resuenan unos golpes en la puerta. El obispo responde con un "entre". El coronel Jonás aparece.

—Disculpe que haya tardado, estaba hablando con el cardenal Sinclair.

—¿Qué quería ahora?

—Saber cómo van las cosas. Qué hace usted. Lo de siempre.

—¿Qué le dijo?

—Lo que quería oír.

Los dos hombres sonríen. El obispo lanza.

—Quiero que interroguemos a Roussel y a la judía.

El rostro del coronel expresa su desacuerdo. El obispo le explica su reflexión sobre el cuerpo de Jesús, del que todos esperan la fortuna. La idea de Gaetani es dejar en la isla un pequeño equipo que se apoderaría del cuerpo de María Magdalena si apareciese, ellos dos y los mejores elementos se trasladarían a París para buscar la manera de entrar en el Louvre… y sobre todo de salir con el cuerpo de Jesús.

Jonás guarda un prolongado silencio mientras el obispo expone sus ideas. Después expone las suyas.

—Perdone que esté en desacuerdo, Excelencia. Pienso que no deberíamos interferir en lo que harán ella y Roussel durante un tiempo más. Usted mismo lo pensaba hasta hace poco. Darle una patada al avispero no servirá nuestro interés. Al fin del cuentas tener los cuerpos de María Magdalena y del Nazareno, sería lo mejor. Sacar el del Nazareno del Louvre, si está allí, puede ser complicado, pero sobre todo puede hacerse en cualquier momento. El de María Magdalena está aquí, fácil.

—Estoy harto de seguir observando sin hacer nada, coronel.

—Para saber si el cuerpo de Jesús está en el Louvre no necesitamos entrar en el museo. Al menos a esta altura del partido. Bastaría con pagar a alguien. Si mal no recuerdo usted tenía a un alto consejero del Ministerio de la Cultura Francés en su bolsillo.

—Gaspard Lamy, sí. Pero se retiró, el muy imbécil.

—Algún contacto ha de seguir teniendo. Cuando la gente se retira por lo general se da cuenta de que el retiro no le alcanza para seguir viviendo como antes. Ese *monsieur* Lamy no debe ser una excepción. Si le ponemos el anzuelo de la tentación delante de las narices, lo más probable es que se lo trague.

—De eso no hay dudas. Pero si el cuerpo de Jesús está en el Louvre debe ser un secreto muy bien guardado. No sé si Lamy

podría abrir ese tipo de puertas.

—Con probar no perdemos nada. En un segundo tiempo, pero solo si ese Lamy no sirviese de nada, hay otra persona en Francia que debe saber lo que pasa y podría ser interrogada sin provocar demasiado oleaje…

—Armand Roussel, lo interrumpe el obispo.

—Exacto.

Los dos hombres sonríen de nuevo. El obispo concluye.

—Tiene razón, como siempre, coronel. Lancemos primero el trapo rojo a *monsieur* Lamy… Después veremos. Hay tiempo.

> *33 El fruto de tu tierra y de todo tu trabajo comerá pueblo que no conociste; y no serás sino oprimido y quebrantado todos los días. 34 Y enloquecerás a causa de lo que verás con tus ojos. 35 Te herirá Jehová con maligna pústula en las rodillas y en las piernas, desde la planta de tu pie hasta tu coronilla, sin que puedas ser curado.*
>
> **LA BIBLIA. (Deuteronomio 28: 33-35)**

No es que hayan perdido el entusiasmo, pero la realidad, siempre insoslayable, los golpea. Vista desde el pie, la cúspide de Piedra-Luna parece pequeña. Una vez en lo alto resulta evidente que el espacio donde pudo estar el Faro de Aletheia es demasiado grande para cuatro simples brazos. No es el único problema que enfrentan Sarah y Thomas. La base del Faro, lo único que podría existir todavía, si algo existe del monumento, está sin dudas enterrada bajo capas de polvo, tierra, rocas y siglos. Demasiados vientos soplaron sobre esa cumbre década tras década depositando en ella materias de índoles diversas, muchas lluvias cayeron, algunas nieves, varios temblores de tierra, como aquel que destrozó el Faro, sacudieron además la montaña desde el pie hasta la cúspide, zarandeando incluso las rocas de su corazón impertérrito.

Hasta el momento encontraron algunos nuevos pedazos de cerámica, nada más. Gigante altanera cuyo tiempo no se mide con medida humana, Piedra-Luna les hizo entender que para arrancarle sus secretos necesitan más que sus fuerzas. Varios días de solitarios arrojos, lo han hecho evidente. Querían restringir al máximo el círculo de los que conocerían sus búsquedas. La realidad hace estallar la perfecta geometría en la que alguna vez se dieron la mano religiones y filosofías. Roto el círculo se ahuecan los misterios. La señora Aresti lo había previsto.

—Finalmente tiene usted razón, Aris. Necesitamos contratar a algunos asistentes, admiten ellos.

—¿Cuántos?

—Tres o cuatro…

—Déjenme un par días.

Sarah y Thomas van regreso al hotel cuando reciben la llamada de Aris Aresti. Han pasado dos días. ¡No podía caer en un mejor momento! Hoy, cuando terminaron de trabajar en la cúspide de la montaña, Sarah resbaló mientras bajaba. Nada grave, pero terminó con un par de moretones y varios rasguños. Intentando impedir su caída, Thomas también rodó montaña abajo. Gracias a un arbusto que lo detuvo no le fue peor, pero cosechó asimismo moretones y arañazos.

—Como les prometí, encontré varios asistentes posibles, chicos en los que confío, les anuncia la señora Aresti. Ustedes verán. Mañana estarán en el hotel a las 7 de la mañana. Dos chicas y dos chicos. Listos para comenzar a trabajar.

—Maravilloso Aris, no sabemos cómo agradecérselo, dice Thomas.

—Encontrando la tumba que hará venir millones de personas a Chipre, ríe ella.

Aris se despide y corta la comunicación.

—Cuando lleguemos a Pafos, tenemos que ir a comprar material para equipar a nuestros asistentes, colega, bromea Thomas.

—Primero hay que ir a una farmacia.

Sarah señala sus magulladuras y concluye:

—Quiero quitarme de arriba cuanto antes a estos representantes de la Iglesia de Sefarad.

Thomas rie a carcajadas, él también lo sabe: moretón, en la lengua de Cervantes, es sinónimo de cardenal.

Athina y Temis, las dos chicas, llegan antes de la hora. Nikos, a la hora en punto. Egan, el otro muchacho, llega en una moto pasadas las siete. No son parejas, como pensaron Sarah y Thomas en un primer momento. Se conocen, pues en Pafos, según dicen, todo el mundo se conoce. En algún momento todos trabajaron en el Museo Arqueológico con Aris Aresti. Nada importante, trabajos de verano, son estudiantes universitarios. Hablan inglés. Las dos chicas se las arreglan bastante bien en francés, incluso.

Sarah y Thomas prefieren no dar muchas precisiones por el momento. A medida que la confianza vaya naciendo, les irán develando la verdad, piensan. Una vez negociado el sueldo, les cuentan la historia que tenían prevista para estas circunstancias: una rica pareja judía cristiana del siglo V, el señor y la señora Aharoni, enterrados con una versión de la Biblia que hoy se considera perdida… En esencia, buscan una tumba judía que estaría cerca o bajo el antiguo Faro de Aletheia.

Aunque todos han oído hablar del Faro de Aletheia, lo consideran más una leyenda que una realidad. Mientras ruedan hacia Piedra-Luna, en el pick-up a doble cabina, Thomas y Sarah les cuentan la historia del Faro. Aris tuvo la amabilidad de no decir a los chicos quienes son ellos. Ninguno los ha reconocido. Por lo visto la exposición del Louvre y sus repercusiones no estuvieron entre sus últimos centros de interés. Forman parte de esa nueva generación de europeos para los cuales la religión es un asunto sin mayor importancia.

Subir hasta la cima de Piedra-Luna con muchas herramientas y poco entrenamiento les resulta bastante difícil a los aprendices arqueólogos. Sarah y Thomas les aseguran que con el tiempo les será más fácil. Además no tendrán que escalar la montaña cargados,

las herramientas se dejarán en la cima. Llegados a la cúspide al fin, tras apreciar el paisaje y tomar un descanso, el trabajo comienza. Las instrucciones son simples. Encontrar la base del Faro de Aletheia.

—Es poco probable que el terremoto que destruyó el Faro haya desplazado su base, aunque sí puede haberla roto, explica Thomas.

—Sin embargo es casi seguro que el terremoto, más los siglos que han pasado, hayan cubierto esa base bajo capas de tierra y piedras, continúa Sarah.

—O sea, lo que buscamos podría estar a una cierta profundidad.

Sarah les muestra varios pedazos de cerámica plateada de la que, se supone, estaba hecho el Faro. Thomas les sugiere que los tengan en sus manos y los miren de cerca. Luego explica:

—Donde encuentren pedazos de esta cerámica vale la pena cavar. Es la primera pista.

—Muy bien, chicas y chicos, bienvenidos, suerte y a trabajar.

A cierta distancia, como de costumbre, dos miembros del Servicio Secreto Vaticano observan a través de los habituales prismáticos.

Domingo. Sarah y Thomas decidieron visitar al fin la famosa Roca de Afrodita que está a unos quince quilómetros de Pafos. Se encuentra en una hermosa playa a la que acuden numerosos turistas y locales, pues la diosa griega del amor resuena aún con intensidad en los imaginarios.

Si el cristianismo dominante no fuese tan mojigato, la bella griega que los romanos llamaron Venus debería ser considerada la diosa del sexo, pues el amor que representa Afrodita no es el amor romántico que cantan los poetas, sino el amor físico, carnal, pasional, el que obedece al deseo, vuela en las feromonas y da la vida. El amor gracias al cual todos los seres humanos y una inmensa parte de los animales son concebidos y que las tres religiones llamadas "del libro" reniegan, desprecian y temen.

Thomas consulta Wikipedia y comenta:

—Afrodita nació ya adulta, de la espuma del mar. No tuvo madre, pues fue procreada por el semen del dios Urano. Nació en Chipre, pero también en Grecia, es hija de Urano, pero también de Zeus, no tiene madre, pero también es hija de la diosa Dione… Normal, el mundo de la religión, siempre tan coherente.

Divertidos, se sientan en la arena para admirar el legendario Mediterráneo.

—Nacida sin madre del esperma de un macho. El sueño de la humanidad masculina, dice Sarah.

Thomas rie.

—Está claro que si los hombres hubiesen podido procrear sin necesidad de la mujer, a ustedes les hubiese ido bastante mal.

—¿Peor, quieres decir?

—Puede que se les hubiese utilizado exclusivamente para dar placer a los preferidos de Dios.

Sarah también ríe.

—Ni eso. Los griegos se las arreglaban muy bien entre machitos para darse placer.

—Qué tragedia, Sófocles. Menos mal que San Dios las hizo a ustedes, inferiores cierto, pero encantadoras y siempre aquí, a la diestra del señor.

—Quieres que te entre a patadas.

—Atención, yo de patadas sé un montón. He practicado mucho más deportes de combate que tú, de lejos.

—Bueno, me podría dedicar a una actividad femenina toda la tarde.

—¿Por ejemplo?

—Quejarme por cualquier cosa, protestar por un sí y por un no, pedirte que me compres esto o aquello, ponerme rompe bombones, vaya.

—No, por piedad.

De nuevo ríen, luego admiran el mar en silencio hasta que Sarah dice.

—El vientre fecundo de la mujer ha sido siempre su fuerza y la causa de su desgracia. Qué curioso, ¿verdad? Festejada y adulada mientras se trataba de una abstracción, como Afrodita, la mujer real

tenía que pasar por el matafuegos del hombre a causa de la fuerza abrumadora de sus entrañas. Debía ser controlada, atesorada, dominada, pues solo su vientre creaba los brazos necesarios para trabajar la tierra, solo de su vientre salían los soldados que permitían a los hombres hacerse poderosos y solo sus vientres proporcionaban a los hombres herederos que diesen sentido a sus sangrientas conquistas. Sin vientre de mujer no había ejército ni futuro para el ego varonil. Eso sí, era imprescindible vigilar furiosamente esos vientres. Solo con ese despiadado celo podían los machos asegurarse de que la tribu o las dinastías no fuesen pervertidas por un bastardo, fruto de un amor efímero que en ellos era permitido y común, pero en las mujeres acarreaba la deshonra, la condena y la muerte.

Thomas no bromea esta vez. Algo en el tono de su novia le dice que estaría fuera de lugar, que ese pasado, no totalmente pasado, es doloroso aún para toda mujer.

Sarah concluye.

—Los reyes tenían harenes, las reinas no.

Miran de nuevo la inmensidad azul del mar alrededor del cual la especie humana labró sus primeras grandes civilizaciones e imperios.

—¿Qué hace aquella gente?, pregunta Thomas, un poco por real interés, otro para cambiar de tema.

Se refiere a varios chicos y chicas que nadan alrededor de la Roca de Afrodita. Sarah conoce la respuesta. ¡*Merci*, Google!

—Se entregan a la superstición… Si nadas tres veces alrededor de la roca, Afrodita te concede diversos milagros. Opción uno, serás eternamente bella o bello, opción dos, rejuveneces, opción tres encontrarás el amor de tu vida… etcétera.

—¿Y los que encontraron ya el amor de su vida como yo?

—Se ahogan.

Ríen a carcajadas, llamando la atención de quienes los rodean, algo que dos franceses de quintaesencia, en un país mediterráneo, solo logran hacer si interviene alguna diosa, pues para ellos la discreción es casi una. En ese caso se trata de un afrodisíaco venéreo del que Afrodita y Venus han colmado el aire, sin dudas.

—Al menos esos supersticiosos son más divertidos que los nuevos helenistas, afirma Thomas.

—¿Quiénes son esos?

—¿Los nuevos helenistas? Son los que profesan hoy el Helenismo, la religión de la Grecia Antigua que resurgió recientemente, al inicio de este milenio, aunque ellos dicen que nunca desapareció, que solamente se ocultó para escapar a las persecuciones del cristianismo. Creen en Zeus, Hera, Atenea, Poseidón, Afrodita, Apolo y el resto de la banda, los doce dioses del Olimpo, además de las ninfas, me parece, que consideran fuerzas de la naturaleza…

—¿Me estás tomando el pelo?

—En lo absoluto.

Thomas busca en Internet y encuentra varios artículos al respecto. Lee:

—El Helenismo es una religión oficial en Grecia desde 2017. En 2006, a pedido de los helenos, que eran ya un porcentaje no desdeñable de la población, los tribunales griegos abrogaron la prohibición del politeísmo impuesta durante siglos por el cristianismo. Lo que hizo aullar al catolicismo ortodoxo que perdió su monopolio… aquí lo tienes, léelo tu misma.

Todavía incrédula Sarah toma el teléfono y lee en voz alta:

—El Helenismo es un movimiento religioso y cultural que resurgió en la era posmoderna, activo en Grecia y en otras zonas del mundo, particularmente en países mediterráneos de Europa como España, Italia, Francia… También hay grupos helénicos activos en Estados Unidos, México, Brasil, Argentina…

Thomas la mira sonriendo, pues el rostro de Sarah refleja la más profunda perplejidad. Le devuelve el teléfono. Él lee.

—Escucha esta perla: el presidente de la Comunidad de Sacerdotes Griegos de la Iglesia Cristiana Ortodoxa declaró que los helenistas: *"son un montón de miserables resucitadores de una degenerada religión muerta que desean regresar a las alucinaciones del oscuro pasado".*

Logra hacer reír a Sarah, que opina:

—O sea, hablamos de un tipo que anda vestido como un muñecón de carnaval y dice que un dios surgido de la nada hizo todo el universo en seis días y que, sin hacerle desde entonces la menor reparación, a pesar de lo mucho que las necesita, se sentó en el cielo a mirar quién se tocaba qué o tocaba a quién…

Thomas la interrumpe y añade:

—Así es, un muñecón de carnaval que cada semana lee a unos pocas-mentes, casi dementes, un libro que él y ellos creen sagrado y obra divina, donde la Tierra es plana, las serpientes hablan y nuestro modesto planeta es el centro del universo…

Ríen con gusto, mientras Sarah dice:

—¡Dios nos ampare! Y ese muñecón, que se gana la vida con embustes, acusa a otros descerebrados de que *desean regresar a las alucinaciones del oscuro pasado…*

—Así va el mundo *ma chérie*… Hecho en seis días. Bastante bien salió.

Otra vez sus carcajadas atraen las miradas y ellos, parisinos al fin, se sienten incómodos por llamar la atención… Y miran de nuevo al mar, intentando controlar sus carcajadas.

—No hemos hablado mucho del equipo que nos formó la señora Aresti. ¿Qué te parece?, pregunta ella, calmadas las risas.

—Bien.

—No me estás diciendo lo que realmente piensas.

—Es muy pronto para juzgarlos.

Sarah lo conoce lo suficiente para saber que no le dirá lo que tiene en la mente hasta que lo haya decidido. Vuelven a fijar sus miradas en el mar, que surcan algunas velas. Al cabo de un tiempo, Thomas pregunta:

—¿Qué te hizo atea?

Ella reflexiona unos instantes antes de decir:

—La inteligencia. Siendo todavía una niña, leía mucho. Supe lo que había pasado antes de que yo naciera… Y era horrible. Guerras interminables, asesinatos de masa, actos de fe en los que quemaban vivas a las personas, pogromos, traiciones, odio… Terremotos que mataban a miles, volcanes que dejaban a un pueblo entero petrificado como en Pompeya… Y luego la Shoah. Creo que la Shoah

fue el último aldabonazo. A partir de ahí llegué a la conclusión lógica: sería totalmente absurdo que desde hace tantos siglos haya un dios bueno asistiendo todo eso y no intervenga…

Vuelven a mirar el mar en silencio hasta que ella pregunta:

—¿Y tú?

—Las emociones. Mi madre mi padre y yo éramos una familia feliz. Hasta el día que un rastrero borracho se quedó dormido en una autopista. La rastra se volcó, dio varias volteretas y explotó. Estábamos lejos pero no lo suficiente. Mientras mi padre frenaba los pedazos del camión volaban… Uno se clavó en el pecho de mi madre… mi padre y yo salimos solamente con rasguños… Ese día me dije que el dios bueno del que me hablaban en la escuela privada a la que asistía, no era bueno. ¿Cómo, si no, podía permitir que una madre joven muriese dejando a un niño huérfano y a un marido aterido?

El dolor de Thomas vibra en su voz como si volviese desde lo profundo de su mente. Tras un silencio, continúa:

—Lo cierto es que en realidad, a pesar de lo que me enseñaban en la escuela, nunca creí mucho en Dios. Mis padres eran ateos, como puedes imaginar. Aunque no lo mostraban. Ahora sé que la responsabilidad de conservar el Códex M los llevaba a ser ambiguos, a no llamar la atención respecto a la religión, a evitar el tema. El medio del vino es bastante conservador, además. Me mandaban a una escuela privada católica por la calidad de la enseñanza, pero en casa no se hablaba de religión.

—¿Crees que tu mamá estaba al corriente del Códex?

—Sí, claro. Lo poco que recuerdo de mis padres juntos era que tenían una relación muy hermosa. Por otra parte y por razones de seguridad, los protectores del Códex siempre funcionaban por parejas.

—¿Cómo nosotros?, bromea Sarah.

Por respuesta, Thomas la besa. Algo que llama menos la atención que las carcajadas. Después abre su mochila y extrae el libro "Adiós a Dios."

—Mi padre siempre me hablaba de esto. Por eso, entre otras cosas, estoy seguro de que fue él quien escribió este libro. ¿Puedo

leerte algo?

—Sí, claro. ¿Sigues con tu plan respecto a Armand y a ese libro?

—Sí, pero tengo que entrarlo todo en la computadora y cómo vez no me sobra el tiempo.

—¿Por qué no me dejas que te ayude?

—Porque es algo que debo hacer yo.

—Eres un pedante engreído.

—Ya sé, la perfección no es de este mundo.

Ríen, él busca una página en el libro y lee:

Hubo un tiempo en que, para Egipto, Amón era la divinidad suprema y reinaba sobre el rico Valle del Nilo. La extraordinaria civilización egipcia lo veneraba como a ningún otro dios. La vida de millones de hombres y mujeres giraba a su alrededor. Una parte importante de las riquezas nacionales se gastaba en construir para él pasmosos templos.

¿Qué queda de ese dios todopoderoso? ¿Quién cree hoy en su poder?

Júpiter fue también un dios arrollador. El Rey de los dioses del Rey de los Imperios: el romano.

¿Cómo pudo ser vencido sin hacer uso de sus aterradores poderes?

¡Es inexplicable!

¿Se arrodilla aún alguien en alguno de sus templos, hoy en ruinas?

Al dios azteca Huitzilopochtli se le sacrificaban miles de jóvenes capturados con ese fin. En un solo año se llegaban a inmolar en su honor cincuenta mil vírgenes y jóvenes guerreros.

—¡Cincuenta mil!, se escandaliza Sarah.

—Así es, cincuenta mil vidas jóvenes destruidas para satisfacer a un dios imaginario, confirma Thomas antes de continuar la lectura.

¿Quién recuerda hoy a ese monstruo que según los sacerdotes y los poderes políticos estaba tan sediento de sangre?

Su hermano, Tezcatlipoca, casi tan "poderoso" como él, se nutría cada año con la sangre de veinticinco mil vírgenes. ¿Qué fue de él? ¿De qué se alimenta hoy? ¿Quién le teme o lo venera en nuestros días?
Dioses que aterraban a los humanos. Enemigos de la Humanidad.
E inexistentes.

¿Qué piensan hoy los persas de Ahura Mazda, deidad única y trascendente del zoroastrismo? ¿Dónde está Odín, el todopoderoso dios germano-nórdico? ¿Recuerda alguien a Dagda, dios de los celtas? ¿Dónde se encuentra Ra, la divinidad solar que creó el universo según los egipcios? ¿Qué ha sido de Baal, el dios que tanto celaba, temía y odiaba Yahvé en el Antiguo Testamento?
Se trataba de dioses poderosos. A sus pies se postraron millones de seres humanos. Un sinnúmero de personas trabajó durante generaciones para erigir sus gigantescos templos. El negocio de interpretar sus deseos o caprichos ocupaba a decenas de miles de sacerdotes que se consideraban por ello superiores y se enriquecían gracias a la obediencia y la creencia de los que confiaban en ellos. Feroces ejércitos atacaban sin piedad a los infieles para defender a esas todopoderosas deidades inmortales, a pesar de que, según toda lógica, estas no necesitaban ser defendidas por frágiles y mortales humanos.
Huestes inmisericordes masacraban a mujeres, ancianos, niños, quemaban hogares, aldeas, ciudades…
En defensa de divinidades menos consistentes que el humo.
¿Dónde viven hoy Astarté, Isis, Osiris, Ashera, Moloch, Vesta, Marduk, Ishtar… y la larga lista de divinidades creadas por los hombres y veneradas por ellos durante milenios?
Todos eran dioses supremos, de primer plano, capaces de detener el Sol en el cielo, de rendir a la Luna, de iluminar la Noche y ensombrecer el Día. Podían con un soplo malograr cosechas o hacerlas extraordinarias. Tenían poder sobre las tempestades, los mares, los volcanes, los seísmos. Curaban

enfermos, resucitaban muertos, multiplicaban panes y peces, caminaban sobre las aguas…
Todos eran inmortales.
Y todos están muertos.

Hermoso día, aunque aquí no es excepcional, se disfruta. La sargento Clara Conti toma sol en el jardín del pequeño monasterio desafectado donde se aloja el equipo italiano. Los monasterios no son tan cómodos como los hoteles, pero son infinitamente más discretos y adaptados al tipo de estancias y, sobre todo, a las actividades que hacen ella y sus colegas.

Se disimula tras un macizo de flores para no tener que soportar las bromas libidinosas de sus compañeros, pues toma sol en mono bikini. Le molesta tener sus hermosos senos de un color y el cuerpo de otro. Pero todavía hay hombres que no pueden ver unos senos sin que sus cerebros se conviertan en papilla y se pongan a pensar como párvulos. Si solo se tratase de pensamientos, bueno, pero es que los pensamientos se convierten en apoyadas miradas, en palabras, en bromas de mal gusto, en fin… Desagrados inútiles que ella prefiere evitar.

La mujer no siempre ha tenido el mejor papel en la sociedad, es un hecho. En muchos sitios sigue siendo esclava del hombre o poco menos. Pero ella tiene la suerte de haber nacido en una de las mejores épocas para su sexo y en uno de los mejores lugares: Europa. Es totalmente consciente del poder de la feminidad, ha visto hasta el hartazgo como un pedazo de muslo o un simple escote mostrando el nacimiento de los senos pueden idiotizar a ciertos hombres, dominarlos. Sabe que la esperanza de penetrarla, hábilmente alimentada por ella, hace que los hombres se inclinen ante sus deseos.

Clara no es una chica pudibunda. Como en la escultura griega y romana clásica, el cuerpo desnudo le parece bello. Y al pudor católico lo considera ridículo e hipócrita. De joven fue modelo en escuelas de artes y talleres de artistas. Estar desnuda frente a gente

vestida no la incómoda. Pero lo que parece natural a los artistas, provoca lubricidad entre militares.

Termina de untarse el bronceador cuyo olor despierta en su inconsciente recuerdos y reflejos de vacaciones. Se echa sobre la amplia toalla de playa con una sonrisa. Lo cierto es que hasta ahora esta operación se parece a unas vacaciones. Observar desde lejos a unos arqueólogos improvisados sudar bajo el sol buscando algo que ella y su equipo les quitarán tan pronto aparezca, es divertido. La perspectiva del enorme beneficio que ella y sus colegas obtendrán de los ancestrales huesos de dos mitos cristianos le parece simplemente maravillosa. Debe admitir que el obispo no es solo un hombre atractivo, es también brillante. Queda esperar que sea honesto y que el polvo de estrellas que ha lanzado a los ojos de todo el equipo no sea de estrellas fugaces.

—Entonces en el Louvre no hay nada.

Se trata de la voz del coronel Jonás. Llega a ella claramente, signo de que está del otro lado del macizo que la disimula. Probablemente bajo la sombrilla que da sombra a la mesa que allí se encuentra.

—No, Lamy metió la nariz por todas partes. Está totalmente convencido. Es un católico ferviente, el cuerpo de Jesús significa mucho para él.

Reconoce sin dificultad la voz del obispo Gaetani. Su habla entrecortada indica que está encendiendo uno de sus habanos. Espléndidos para él, apestosos para ella. Por lo visto respeta la demanda del padre Demetriades. Un buen punto a ojos de la sargento. El sacerdote chipriota a cargo de la iglesia que se encuentra a varias decenas de metros fue quien los recibió en el monasterio a la demanda del Vaticano. Les puso a disposición ropa de cama y de baño, así como personal de limpieza y de cocina. Solo les rogó que no fumasen dentro del recinto santo. El obispo respeta su ruego. No lo habría creído.

—Entonces tenemos dos opciones, dice el coronel. O nos armamos de paciencia o le halamos las orejas a Armand Roussel.

—Ni siquiera sabemos dónde está, gruñe el obispo.

—Eso se averigua.

Sigue un largo silencio. La sargento Conti entrevé una oportunidad. Su mente la estudia rápido. La voz de Gaetani vuelve a escucharse.

—La verdad es que preferiría interrogar a Roussel hijo y a la judía. Los tenemos tan cerca…

—Entonces habrá que esperar, Excelencia. Lo dijo usted mismo. Hasta ahora no tienen idea de que los estamos controlando. Pero si los asustamos podrían parar lo que están haciendo e incluso regresar a Francia. Lo que nos dejaría muy mal parados.

Sigue un nuevo silencio. Culmina con una sarta de sentidas maldiciones del obispo.

—*¡Puttana e figlio di puttana!* Ya lo sé, Jonás. Dios sabe si lo sé. Pero es que estoy harto de esperar. ¡Les tengo unas ganas a esos dos! Thomas Roussel, *mi hai rotto i coglioni, ma la pagherai, te lo giuro.*

Carla se pone de pie riendo a carcajadas y emerge del macizo floral sin percatarse de que omitió ponerse el ajustador de su bikini.

—Perdonen, estaba tomando sol y los escuché sin querer.

Sorprendidos el coronel y el obispo están a dos dedos de ponerse manos arriba ante los dos cañones que les apuntan. Carla dice:

—Si me lo permiten, creo que hay otra opción. ¿Puedo dar mi opinión?

Los dos hombres se esfuerzan por no mirar los senos y hablar con naturalidad. Pena perdida.

—Desde luego, dice el obispo, el rabo del ojo traicionando al resto de los ojos.

No es la primera vez que ella sugiere una idea al coronel Jonás, pero al obispo nunca se había atrevido. Las miradas de los dos hombres acaban por hacerle tomar consciencia de que tiene los senos al aire. Por unos instantes piensa cubrirlos. Un segundo después juzga que sería un error no seguir apuntando a los dos hombres con sus pistolas hembras.

—Podríamos tener un espía en el grupo, señala.

—¿Y cómo se consigue semejante milagro, sargento Conti?, pregunta el coronel, cuya nerviosidad transpira en la voz y lo hace

un poco agresivo.

—Con palo y zanahoria.

Jonás calla. El obispo se interesa.

—Dígame más.

—Entre los cuatro asistentes contratados recientemente escogemos al que nos parezca más fácil de tratar, lo traemos para acá una noche y le damos el tratamiento. Así de simple.

El coronel Jonás sigue desestabilizado. El obispo cada vez más encantado.

—Así de simple, repite el clérigo sonriendo.

Clara siente que el pez más gordo mordió el anzuelo.

—Así de simple, repite ella, sonriendo también. Más palo que zanahoria, más zanahoria que palo, según lo que necesite el paciente.

El obispo mira sonriente al coronel, que le devuelve similar mirada. Los dos hombres están cada vez más agradablemente sorprendidos con el talento, más bien con los talentos, de la sargento.

—¿Dirigiría usted misma la operación?, pregunta Gaetani

—Con gusto.

—¿Qué piensa de eso, coronel?

—Que la sargento tiene… todo lo que se necesita.

—Será la jefa de esa misión, *signorina* Conti. Escoja los hombres que precise y opere. Eso sí, hágalo cuanto antes. Hay urgencia.

—A sus órdenes, Ilustrísima.

—Ah… para que el enemigo no sepa cómo está armada sería mejor que usara otro tipo de uniforme.

Carla finge percatarse de su desnudez, deja escapar un falso grito y se cubre mientras exclama.

—¡Oh, perdón, no me había dado cuenta!

Santa Madonna, las mujeres… tantos encantos y tan pocas cabezas.

Los dos machos intercambian miradas de satisfecha complicidad masculina. Cualquier mujer hubiese sentido a qué punto era falso el gritito de Carla. Pero pocos seres con testículos mantienen la lucidez ante un par de tetas.

16… Gritad, porque Jehová os ha entregado la ciudad. 17 Y será la ciudad anatema a Jehová, con todas las cosas que están en ella; solamente Rahab la ramera vivirá, con todos los que estén en casa con ella, por cuanto escondió a los mensajeros que enviamos. 19 Mas toda la plata y el oro, y los utensilios de bronce y de hierro, sean consagrados a Jehová, y entren en el tesoro de Jehová. 20… El pueblo subió luego a la ciudad, cada uno derecho hacia adelante, y la tomaron. 21 Y destruyeron a filo de espada todo lo que en la ciudad había; hombres y mujeres, jóvenes y viejos, hasta los bueyes, las ovejas, y los asnos.

LA BIBLIA. (Josué 6: 16-17 / 19-21)

Monseigneur Sinclair se prepara una tisana y va hasta su ventana predilecta. A unos metros observa la del Santo Padre, como siempre. Del otro lado, la imponente cúpula de la Basílica San Pedro, que tan sólida parece…

Muchos en el clero se empeñan en negar las implicaciones del Códex M en la teología cristiana y afirman que no es necesario cambiar ni adaptar nada. Los fieles que hoy los abandonan volverán cuando constaten no haber hallado nada mejor, dicen. Algunos recorren los pasillos del Vaticano con rostros sombríos y ansiosos, pero la mayoría se empalaga con frases como: La Iglesia es eterna. Sin Dios no hay vida. La Biblia es palaba divina… Parecen incapaces de ver la realidad. Ni siquiera una que les está arañando las narices: ¡la incidencia de todo esto en el presupuesto! ¿Qué pasará si los fieles siguen alejándose y con ellos sus donaciones? ¿Cómo cerrarán las cuentas "de Dios" si las contribuciones de los Gobiernos amigos cesan de afluir? ¿Se verá la Iglesia obligada a vender su inmenso patrimonio?

El teléfono suena. Se trata del obispo Benedetto Gaetani, otro problema. Si el Códex M puso la credibilidad de la Iglesia en la

cuerda floja, los cuerpos de Jesús y María Magdalena la harán caer definitivamente al abismo.

—Estimado obispo, placer escucharle.

—Placer compartido, Ilustrísima.

—¿Cómo van nuestros asuntos?

—Avanzan. Creo que nuestros arqueólogos de domingo se acercan al objetivo. Contrataron a cuatro jóvenes, como ya le dije. Es buen signo. Vamos a intentar obtener informaciones más precisas.

—¿Cómo?

—Cuando lo hayamos logrado le explicaré, Eminencia.

—¿No estará pensando utilizar la fuerza?

—Oh, no. Dios me libre. Estoy pensando utilizar el dinero.

Un corto silencio culmina con la tácita aprobación del cardenal.

—Vale la pena intentarlo, reconoce.

—La venalidad, ya sabe usted, si Dios la puso en sus criaturas, por algo fue.

Si alguien fue penado por Nuestro Señor con la venalidad, sin duda alguna fue usted, Pietro Benedetto Gaetani, piensa *Monseigneur* Sinclair. No lo dice, claro.

Cada vez desconfía más del obispo. Tampoco en el coronel Jonás puede ya confiar, lo sabe. Gracias a una astuta trampa de informaciones dichas a uno y omitidas al otro, corroboró que Jonás lo traiciona informando al obispo. Puede usarlo, eso sí, el coronel traiciona al obispo informándolo a él. Estar con Dios y con el Diablo, nunca mejor dicho.

—Y usted, querido obispo, ¿está preparado?

—Totalmente.

—¿Para tentar a la fortuna?, lanza el cardenal.

La ambigüedad de la pregunta desestabiliza a Pietro Benedetto. Tarda en reaccionar, balbucea…

—Para… lo que usted sabe, Eminencia.

El cardenal Sinclair no tiene dificultad en entender lo que la confusión del obispo significa.

—Desde luego. Los dos lo sabemos. Gracias por esas informaciones. Suerte, querido obispo. Que Dios lo acompañe.

El cardenal se despide. El obispo siente que el punzón de la duda se clava en su mente. ¿Qué quiso decir, Sinclair? ¿Qué sabe? En el Vaticano no es en las palabras donde la verdad se expresa, es el tono de la voz, en las inflexiones; lenguaje infinitamente más sutil y ambiguo, más sujeto a interpretaciones y complejo. ¿Alguien lo traiciona? Se pregunta Gaetani. ¿Quién? Su sosiego y su confianza acaban de recibir una puñalada. ¿Jonás? ¡No puede ser tan estúpido! ¡Maldito sea!

En el hogar de su paranoia comienza a arder un oscuro leño.

Monseigneur Sinclair termina la infusión y vuelve a su escritorio. Por lo pronto tiene que garantizar que los cuerpos, sean o no los de Jesús y María Magdalena, no aparezcan. O no caigan en las manos del obispo Gaetani, que sería tal vez peor.

Su secretario abre la puerta y anuncia:

—Llegó el coronel Santino, Eminencia.

—Hágalo pasar, por favor.

El dignatario se pone de pie, recibe al militar con un cálido saludo y lo invita a sentarse.

—Le pido algo de beber.

—No, gracias, Excelencia.

Monseigneur Sinclair se sienta frente al coronel.

—¿Está listo?

—Listo. ¿Puedo utilizar la valija diplomática como de costumbre para enviar material… sensible?

—Desde luego.

—Que Dios lo bendiga, Ilustrísima.

—Sigue pensando llevarse al capitán Mateo y al sargento Luca después de lo que hicieron en París.

—Sí. Es hora de reintegrarlos al servicio. Son buenos profesionales. Además, tienen cuentas pendientes con el obispo Gaetani y están ansiosos por cobrarlas. En principio eso los hace fiables. Creo también que toda persona merece una segunda oportunidad.

El clérigo sonríe complacido.

—Veo que sigue siendo un buen cristiano.

—Lo intento, Eminencia.

—¿Sus agentes tienen claro el objetivo?
—Claro.
—¿Saben lo que podría intentar el obispo Gaetani?
—Lo saben.
—Es un placer volver a trabajar con usted, coronel Santino.
—Un honor para mí, *Monseigneur*.
De nuevo el clérigo se pone de pie. El militar también.
—Que Dios lo proteja y lo bendiga, hijo.
El coronel saluda y se retira. *Monseigneur* vuelve a su escritorio. Saca unas hojas de la gaveta central y escribe:

> La Iglesia tal como la conocemos está probablemente llegando a su fin, pero con las piedras de ese derrumbe podremos construir una Iglesia nueva, humana. Una Iglesia de los Hombres en la cual la duda y la ambigüedad hayan sido descartadas.
> Solo el amor será divinizado. La Iglesia será una Hermandad. Tendrá por objetivo el amor entre las personas. La comunidad eclesiástica hará lo que sabe hacer mejor: la misericordia. Ayudar al prójimo, cuidar a los enfermos y los desvalidos, enseñar sin adoctrinar…

Relee varias veces el escrito. Finalmente estruja la hoja y la tira a la papelera.

Sábado noche. Manejar una moto en el estado en que está es un peligro para él y para los otros. Egan lo considera una aventura, cuando no una proeza.
Sale de "Sexy Vestal", la disco hot del momento. Música, alcohol, luces, baile, promesas de sexo, un poco de droga… ¡La fiesta de verdad! Sus amigos Hermes y Alexander se fueron en el coche de Aegea. Tuvieron suerte porque están tan borrachos como él. Da un par de traspiés en dirección de su moto. Se cae. Menos mal que nadie lo vio, piensa. Intenta ponerse de pie sin mucho éxito cuando cuatro brazos lo levantan.
—Eh, eh, ¿quiénes son ustedes?

Otras manos le meten un trapo en la boca, una especie de saco le cubre la cabeza y un par de empellones lo hacen caer en el piso de un furgón que arranca. Como arranca el terror en su mente.

—Yo no hice nada. ¿Qué quieren? Es un error, un error…

Grita eso y más. Nada sale de su boca. Todo se queda en el trapo que lo atora, que asfixia sus palabras, que lo ahoga.

El espanto barre en cuestión de segundos la ebriedad y lo sienta de golpe en un mundo absurdo, aterrador. Intenta organizar las ideas. Nada. No organiza nada. Imposible imponerse a la idea que se impone a todas las otras. Se trata de un error, cómo dudarlo, pero si sus captores cometieron un error al raptarlo lo más probable es que lo maten para disimular el desacierto. ¡Que lo maten y lo entierren en un hueco cualquiera! ¡Dios, ayúdame! La horrible e inexistente perspectiva que su imaginación aguijoneada por el miedo creó, le provoca un desesperado llanto, lo convierte en un súbito beato, hace que… oh, no, no, Dios mío, qué humillación…

Sí, eso, lo hace orinarse encima.

El furgón se detiene al fin. Cuatro brazos lo ponen de pie de nuevo, lo llevan casi a rastras.

—Es un error. Yo no sé nada. Lo juro.

Grita esas y otras frases. Que nadie escucha. Que acaban ahogadas en el trapo, por el trapo. Los brazos que lo dominan lo atan contra una fina columna o un palo vertical. Dios, mío, Dios mío… Una voz metálica, terrible, que lo hace pensar en Dark Vador, le susurra al oído.

—Bienvenido, Egan. Qué pases una buena noche en tu nueva casa.

Una puerta se cierra dando un golpazo. La poca luz que filtraba a través del saco que cubre su cabeza desaparece.

Clara guarda el juguete con el que transformó su voz en la del siniestro personaje de “Stars War”. Ella y los tres hombres que la acompañan, ríen. Llegan al pequeño salón donde el equipo suele reunirse. Abren cervezas. Los agentes que no participaron en la operación, más el coronel y el obispo los aplauden.

—¿Qué tal el paciente?, pregunta Gaetani.

—Comenzando el tratamiento. Ya tuvo su primera fuga urinaria. Signo que el plan le asienta.

Todos ríen a carcajadas.

En el sótano donde está encerrado, Egan ya no tiene la esperanza de que lo hayan raptado por error. Pero ¿qué ha podido hacer él? Su mente entra en pánico, inventa improbables horrores, tal vez alguien puso un dispositivo secreto en su casa, en su moto, ¡en su cuerpo! Pero, ¿qué ha hecho él de malo? ¡Nada, nada, es un error!

¡Dios mío. Ayúdame, por favor!

Más aterrado por su imaginación que en real peligro, Egan llora sin consuelo, convencido de algo tremendamente triste: morirá joven.

Y por segunda vez, se orina encima.

No es necesario aplicar un tratamiento suplementario al día siguiente. A juzgar por los olores a orine y excrementos el paciente está listo. Solo por placer la sargento Conti le da una patada en el estómago. Y cuando Egan comienza a recuperar la da otra en los testículos. Siempre ha pensado que golpear a un macho venga a millones de mujeres.

Acaban por quitarle a Egan el cilindro de tela con que lo han cegado hasta ahora, lo cual no le quita el miedo, al contrario. Enfrenta a tres hombres armados con los rostros cubiertos con pasamontañas negros y a una mujer, también sin rostro, que le apunta con una pistola. Si le quedase agua en el cuerpo, volvería a orinarse.

Le sacan el trapo de la boca. Egan piensa que al fin podrá explicarse. Error. La mujer le introduce en la boca el cañón de la pistola. Egan tiembla, llora y pierde una vez más el control de su esfínter anal. De nuevo el trapo regresa a su boca.

La mujer y los tres hombres lo dejan solo. Salieron para confabularse y decidir cómo lo van a matar, piensa el aterrado Egan. Nada más lejos de la realidad, los cuatro agentes salieron a causa del olor y, sobre todo, porque no podían contener la risa.

Al cabo de un rato regresan.

—En la mano derecha tengo una pistola, ¿la vez?

Egan sigue sin poder hablar. Hace un gesto afirmativo con la cabeza. La sargento Conti continúa.

—En la izquierda tengo un sobre. ¿Tienes idea de lo que contiene?

Gesto negativo de Egan con la cabeza. Clara abre el sobre. Contiene un fajo de euros.

—Podría meterte una bala en la cabeza o este sobre de euros en el bolsillo. ¿Qué prefieres?

La perplejidad del muchacho es tan enorme que no atina a responder. La sargento le explica que ella se interesa en las excavaciones arqueológicas en las que él participa y que quiere saberlo todo al respecto. Lo libera del trapo que lo enmudeció hasta ahora. Egan lanza ráfagas de palabras. Le dijeron que buscaban una tumba judía del siglo V. Él piensa que no es la verdad. Investigó en Internet. Las caras de Thomas y Sarah le parecían conocidas. Supo que fueron los organizadores de una exposición en el Museo del Louvre que provocó un escándalo. Se dice que quieren destruir la religión católica.

—¿Eres católico?

Egan no sabe qué decir. Más bien no sabe qué debe decir. Él es de los que se acuerdan de la virgen cuando truena y de Dios cuando le ponen un saco en la cabeza y piensa que lo van a matar. Sin embargo la pregunta sugiere que lo mejor sería…

—Sí, sí, soy católico, católico.

La sonrisa de la mujer…

—Giovanna, me llamo Giovanna.

…calma poco a poco al chico.

Un hombre lo desata, lo lleva hasta una ducha y le ordena asearse, limpiar su ropa y vestirse con ella aunque esté mojada. Egan no protesta, está demasiado confundido. Luego la mujer, sin dejar de tener en su mano derecha la pistola, le explica:

—Vas a hacer lo siguiente. Me escribirás un mail cada día cuando termines de trabajar. Me contarás en detalle lo que pasó en la excavación ese día. ¡Todo en detalle! Tienes que saber más sobre las

intenciones de Roussel y Kingsley. Sin levantar sospechas, pero tienes que indagar. ¡Tienes!

—Sí, sí…

—Si sucede algo importante durante el día me llamas o me escribes. En el sobre del dinero encontrarás el mail y el número de teléfono. ¿Entiendes?

—Sí, sí…

—Cada vez que me des una información importante ¡y cierta!, te daré más dinero del que ganarás allí en un mes. Si aparece la tumba y me avisas inmediatamente, ¡dije inmediatamente!, te daré mucho más de lo que contiene este sobre. ¿Lo entendiste todo?

—Sí, sí…

—Mis hombres te seguirán a partir de ahora. Si hablas de esto con alguien te matarán. A ti y a toda tu familia.

—No, no… haré todo lo que me pida.

—Si haces un buen trabajo ganarás más dinero del que nunca has soñado. Si me traicionas te pudrirás en un hueco. Tu suerte está en tus manos.

Diciendo esto Clara Conti pone en las manos de Egan el sobre repleto de dinero. El muchacho no puede creerlo.

—Te vamos a dejar cerca de tu moto. Espero tu mail.

Clara le hace un gesto a dos de los agentes que vuelven a poner el cilindro de tela sobre la cabeza de Egan y se lo llevan.

Una vez que el muchacho quita la pieza, ella y el agente Furio, ríen de nuevo a carcajadas.

Esperaron por Egan en el hotel, como de costumbre. Decidieron irse al cabo de media hora. A Nikos y a las dos chicas no les parece normal. Es curioso que no haya llamado, al menos. Sarah y Thomas no lo conocen, por lo que no saben qué pensar. Tampoco lo consideran grave, Egan tiene un medio de transporte, tal vez tuvo un contratiempo y llegará más tarde.

Comienzan el día de trabajo. Temis encuentra varios fragmentos de cerámica, lo cual despierta una cierta esperanza. Athina y Nikos

se suman a ella para cavar una superficie lo más amplia posible. Más de tres solo conseguirían molestarse. Thomas y Sarah siguen removiendo la tierra cada cual por su lado.

La pausa del almuerzo marca el fin de las expectativas. El hallazgo de Temis no se reveló tan prometedor como esperaban. No es la primera vez ni será la última, probablemente, pero los ánimos se resienten. Gracias al truco conocido ya por todo el equipo, en el que Sarah y Thomas involucraron al famoso arqueólogo inglés que, entre otras maravillas, descubrió la tumba de Hatchepsut, la mujer que ostentó el título de faraón, el entusiasmo renace.

Para volver al trabajo, Thomas lanza el grito tribal:

—Howard Carter…

Y el resto del equipo dice:

—…tardó siete años en encontrar la tumba de Tutankamón.

Durante la tarde, cada vez que alguien siente que el entusiasmo decae, lanza el pie a su manera. La segunda en tentar al grupo es Athina:

—La tumba de Tutankamón…

El resto del equipo, en completo desorden, grita:

—Howard Carter… siete años… tardó… en encontrarla.

Lo divertido es como a partir del pie el grupo reconstruye la frase. Que termina siempre en carcajadas.

Así, jugando e interrogando a la tierra, llegan al fin de la jornada de trabajo. No encontraron mucho más que ilusiones y risas. Desde el punto de vista arqueológico es poco. Visto del lado humano, les parece suficiente.

Egan no vino ni llamó. Curioso, piensan todos.

Huraño, Egan reaparece al fin. No da muchas explicaciones sobre su ausencia. Un amigo, un accidente, tuvo que ayudar. Por cierto, podría tener que ausentarse si su amigo lo llama, por lo que no irá más con ellos en el pick-up, sino en su moto. Thomas y Sarah no ven ningún inconveniente. Su actitud, sin embargo, despierta extrañeza, por no decir recelo, en los tres chipriotas, aunque prefieren no hacer comentarios delante de la pareja francesa. Al fin

de cuentas son los jefes y hablar mal de un compañero de trabajo delante de los jefes, tiene siempre algo de traición.

Egan sigue al pick-up, necesitaría estar un poco más concentrado pero no lo logra, en su mente giran sin parar los sucesos de las últimas horas. Ayer no se atrevió a venir a trabajar, estaba poco menos que paralizado. Metió el pie en un asunto muy peligroso, está claro. También en algo muy rentable. ¿Qué están buscando los dos franceses para que un grupo de italianos le ofrezca a él tanto dinero por espiarlos? Le toca encontrar la respuesta. ¿Se la está jugando? Sí, lamentablemente, sí.

Ayer osciló todo el día entre el miedo y la codicia, durante la noche, finalmente, la codicia se impuso. Tampoco tiene muchas opciones. A menos de irse de Chipre solo le queda hacer lo que le piden. Espiar a la pareja francesa es claramente menos peligroso que desobedecer a la supuesta Giovanna y a los tipos que lo raptaron, que a juzgar por el acento con que hablan inglés, son también italianos. La supuesta búsqueda de una biblia antigua de la que habló la pareja parisina esconde algo mucho más explosivo, no hay duda. Había demasiado dinero en el sobre que le dio la italiana.

El trabajo transcurre sin que encuentren nada remarcable. Sarah y Thomas comienzan a desesperar. A la hora del almuerzo Egan lanza la primera flecha del ataque que preparó durante toda la mañana. Para asombro de todos, felicita a Thomas y a Sarah. Cuenta que leyó por casualidad sur le Net un artículo sobre la exposición "Soy María Magdalena", organizada por ellos en el Louvre, lo cual crea la sorpresa, desde luego. Habla también del Códex M, explica que es un documento explosivo contra la Iglesia y afirma que Thomas y Sarah son dos personalidades mundialmente célebres. Los otros chipriotas no ven maldad en su anuncio, aplauden a la pareja que acaba por reconocer que el chico está en lo cierto. Entonces Egan lanza la flecha envenenada.

—Dígannos la verdad, lo que estamos buscando no es una biblia antigua, tiene que ver con el códex ese, con la exposición del Louvre y con Jesús y María Magdalena, ¿no es cierto?

Sarah y Thomas intercambian una rápida mirada, confirmando lo ya acordado: no develar el secreto hasta que sea imposible

guardarlo.

Los rostros atónitos de Temis, Athina y Nikos hechos pregunta, se suman a la interrogación de Egan. Thomas se refugia en la doblez.

—Bravo Egan, estuviste muy cerca.

Ríe, pues la risa tiene a menudo el poder de invisibilizar los asuntos serios. Después afirma:

—Tienes razón, tenemos previsto una excavación en relación con la exposición del Louvre, pero es un trabajo más amplio y necesita un presupuesto mayor.

Para dar más credibilidad a Thomas, Sarah interviene.

—La biblia que buscamos ahora, en principio, nos permitirá financiar esa excavación.

—Al menos en parte, añade Thomas.

Athina, Nikos y Temis toman la explicación por buena. Egan denuncia su contrariedad con un mueca, imperceptible casi, pero no a ojos de Thomas, que añade:

—Si algunos de ustedes desean participar en esa segunda excavación, llegado el momento lo hablaremos, concluye.

—¿Dónde será, aquí en Chipre?, insiste Egan.

—No, en Israel, afirma Sarah.

El trabajo de la tarde se efectúa entre preguntas, cuchicheos por parte de los chicos y consultas a escondidas de la Web. En la cúspide de Piedra-Luna la señal, sin ser opulenta, lo permite. La curiosidad, como el humo, una vez que brota tiende a elevarse. ¿Qué es el Códex M? ¿Por qué lo escribió María Magdalena? Nikos encuentra un artículo que habla de los asesinatos en Londres, Berlín y París. Lo lee en voz alta, no puede contenerse. Hace palidecer a Egan, desde luego, una vez más aterrorizado. Tras la lectura de Nikos, el trabajo prácticamente se detiene. Temis lee un artículo que habla de Armand Roussel, de cómo estuvieron a punto de matarlos a él y a Thomas. Athina señala que antes de la inauguración de la exposición en el Louvre, Sarah y Thomas tuvieron que ser protegidos día y noche por la policía…

Temis, Athina, Nikos e incluso Egan, los miran ahora de manera diferente. En todos los ojos se agolpan las interrogantes y la

admiración. Sarah y Thomas dan por terminada la jornada de trabajo. Guardarán todavía el secreto del verdadero objeto de la excavación, pero… Dedicarán el resto del tiempo a responder a las preguntas que ellos quieran hacerle, anuncian. Hay momentos en que la curiosidad es tan intensa que llega a ser ineludible.

Como hizo ya con los otros enviados del Vaticano, el padre Demetriades va a buscar al coronel Santino y a sus dos acompañantes al aeropuerto. Tras regalarle a cada uno una biblia, pues supone que no viajaron con el libro santo, los instala en el monasterio desafectado en el cual vive desde hace algún tiempo el resto del equipo. Aunque ahora no hay nadie. El padre explica que su Excelencia el obispo Pietro Benedetto Gaetani y sus acompañantes van todos los días a correr y a hacer ejercicios. La señora de la limpieza confirma antes de irse que el equipo salió hace pocos minutos.

Mientras el capitán Mateo y el sargento Luca se dirigen hacia habitaciones que el padre Demetriades acaba de adjudicarles, el sacerdote aprovecha para entregar al coronel Santino, discretamente como le fue indicado, el abultado paquete que le trajo un miembro de la Nunciatura.

—Llegó por valija diplomática, explica el padre en voz baja, con aires de conspirador.

El coronel Santino le agradece la entrega, le pide que no lo comente con nadie, deposita el paquete en su habitación y pretexta un fuerte dolor de cabeza, a causa del viaje, para despedir al amable sacerdote lo más pronto posible.

El capitán Mateo y el sargento Luca se disponen a dar un paseo para conocer Pafos. Lo invitan. Santino afirma que le parece una excelente idea, pero no los acompañará, prefiere reposar un rato hasta que se le pase el malestar.

En realidad el coronel no tiene ninguna intención de descansar. Una vez solo en el silencioso monasterio, abre el paquete que él mismo preparó en Roma, verifica que todo el material "sensible"

llegó intacto y extrae lo que necesita para esta parte de su misión. Tras asegurarse una vez más de que nadie lo molestará, "sonoriza" las habitaciones de Gaetani, Jonás y el resto del equipo, entre ellas las que el padre Demetriades acaba de adjudicar a sus dos acompañantes, que el coronel prefiere tener bajo vigilancia. Sus competencias y su amplio historial profesional le enseñaron a no confiar en nadie.

Mientras procede, algo de lo que no tenía consciencia se le revela. Menos el capitán Mateo y el sargento Luca que vinieron con él, los agentes que el obispo trajo a este particular viaje son exactamente los que participaron en la "Operación Magdalena". ¡No es casualidad! Nuevo elemento que confirma las sospechas del cardenal Sinclair, que son ahora suyas. Otra señal de que el obispo no tiene previsto destruir los supuestos cuerpos de Jesús y María Magdalena, sino apropiarse de ellos. Podría tratarse de una especie de premio. El valor de esos huesos es incalculable. Darle algunas migajas a esos soldados super entrenados le permitirá crear un equipo de protección de alto nivel, total confianza y relativa dependencia, al tratarse de agentes unidos por un secreto criminal.

¡Bien visto, Gaetani! ¡Lamentablemente para ti, entre esa traición y tú, ahora estoy yo!

Terminada la "sonorización" de las habitaciones, piensa tener tiempo aún para "tratar" los tres Land-Rover que están parqueados afuera. Aunque tendrá que trabajar un poco contra reloj, lo prefiere, así todo quedará listo.

Mientras instala el delicado material, piensa que la fallida "Operación Magdalena" no ha acabado de darle dolores de cabeza a la Iglesia. No quiso hablar de eso con el atribulado cardenal Sinclair, pero está convencido de que tarde o temprano la policía inglesa, alemana o francesa acabará por encontrar la punta del hilo que conduce a la araña. El arrogante Gaetani y su altanero equipo se creen al abrigo porque no dejaron huellas, ni pistas de las que hoy solo un idiota riega a su paso. No hay error más craso que menospreciar al adversario. Sesgo típico de los soberbios.

Ya la prensa dijo de manera apenas velada quienes eran los culpables de los asesinatos. Solo le faltó citar nombres, apellidos y

decir abiertamente para quien trabajaban. Muy estúpido se ha de ser para no entender que la Iglesia, más que nadie, tenía interés en que ese endemoniado escrito no fuese publicado. Que el Vaticano cuenta con un poderoso servicio secreto es un secreto solamente para los imbéciles. Aunque a la masa ovejuna de los fieles, que poco peca de brillantez intelectual, le cueste creerlo. Tampoco es necesario disponer de un coeficiente de inteligencia superior para darse cuenta de que había muchas formas de impedir la publicación de ese documento sin encharcar de sangre las primeras planas de los periódicos, las redes y los telediarios.

Intimidación, soborno, amenazas a las personas que tenían el códex, a los hijos, a los familiares más queridos, no había más límite que la imaginación para impedir que el peligroso escrito viese la luz; mil maneras eficaces y secretas. Pero el antiguo Legionario prefirió la guerra. Si hubiese buscado dañar a la Iglesia no habría actuado de otra manera. ¡Imbécil! Acaso, descerebrado mercenario, ignoras que si la sangre puede derrocharse en las conflagraciones es porque su exceso mismo diluye su valor. La sangre que embebe la tierra en medio de la indiferencia general durante las guerras cobra una significación muy diferente en la paz, donde conmueve las opiniones, indigna, exige justicia. La sangre que desvalorizan las beligerancias, aunque siga siendo la misma, no cuesta lo mismo en la paz. La sangre en tiempos de paz se paga a precio de oro.

Terminado el trabajo con los Land-Rover, el coronel deshace calmadamente la maleta en su habitación. Escucha al fin risas y ruidos. Gaetani y sus hombres llegan. Santino sale de su cuarto. Quiere se visto y parecer despreocupado.

Independientemente de los beneficios físicos, un buen footing calma el estrés, aumenta la autoestima y acrecienta la confianza en sí mismo. Liberar endorfinas hace que el individuo se sienta más animado y de mejor humor… Así regresan el obispo Gaetani y su equipo tras haber perdido buena parte del agua de sus cuerpos.

Inútil esfuerzo. Esos beneficios desaparecen tan pronto se encuentran cara a cara con el coronel Santino. La sorpresa es tan chocante para el obispo que pierde el control de sus instintos y hasta

de su don para la hipocresía. Cede a la rabia, con lo que se denuncia.

—¿Qué haces aquí, Santino?

El coronel no sufre la sorpresa. Se había preparado. Tranquilo, al menos en apariencia, se prepara un café.

—Gaetani, quien eres tú para tutearme.

—Soy un obispo.

—¿Una avispa?

Los hombres que asisten mudos y aturdidos al intercambio, no contienen la risa, lo que eleva la furia del obispo a la potencia diez.

—No te hagas el gracioso, Santino.

—No te hagas el superior, Gaetani. Sabes bien que para mí no lo eres. Militarmente nunca fuiste más que teniente.

De los agentes presentes, solo uno puede tratar de igual a igual al respetado coronel. Otro coronel. Jonás interviene.

—Cálmense, señores. Las peleas inútiles solo acarrean inútiles daños.

El coronel Jonás tiende la mano, respetuosamente Santino la estrecha.

—*Benvenuto*, *coronel*.

—*Grazie, coronel*.

El resto de los agentes procede al mismo gesto de respeto. Uno a uno desfilan frente al recién llegado para estrecharle la mano. El coronel Cesare Santino, más allá de su grado, es el mayor, por edad, de los presentes. Es, sobre todo, uno de los miembros de la Entidad con mayor reputación, ya que ostenta una de las más brillantes hojas de servicio.

Esa muestra de deferencia hacia el hombre que lo acaba de desafiar y humillar públicamente encaja una nueva espina en el ego del obispo.

—A qué debemos el placer de su visita, coronel Santino, pregunta Jonás, tomando el control del diálogo, pues parece evidente que la situación no puede ser manejada por el obispo.

—No es una visita, coronel. Vengo con dos hombres más, como refuerzo. Me envía el cardenal Sinclair.

Jonás deduce sin mal cuál es la misión del recién llegado. Sobre todo porque el cardenal Sinclair, con quien habló recientemente, no le anunció que lo enviaba. Comprende también sin dificultad que el cardenal, ¡viejo zorro!, dejó de confiar en él. La presencia de Santino, cuya fidelidad a la jerarquía eclesiástica y al cardenal Sinclair en particular es proverbial, solo puede significar que si los cuerpos de Jesús y María Magdalena emergen de la tierra y las brumas del tiempo, su misión será destruirlos. ¡Grave problema! Para poder recuperar los cuerpos en los que el obispo, él y el resto de los agentes basan sus futuros, tendrán que sacar a Santino del juego. Y no será fácil. Si el cardenal Sinclair es un viejo zorro, el coronel Cesare Santino es un curtido tigre. A pesar de que esas nefastas ideas enturbian su razonamiento, Jonás consigue fingir una sonrisa.

—Nadie nos ataca, querido amigo. No veo por qué el cardenal juzgó que necesitábamos refuerzos.

Santino finge también una sonrisa.

—Soy un soldado como usted, amigo querido. Antes de pensar, obedezco. Generalmente cuando los soldados empiezan a pensar y dejan de obedecer, es que los desastres comienzan.

La alusión es clara para Jonás, para el obispo, para todos. La llegada del capitán Mateo y el sargento Luca empeora el ambiente. A ojos de los presentes, el fracaso de la "Operación Magdalena" recae sobre ellos. El capitán Mateo fue incapaz de matar a Roussel padre, el sargento Luca dejó con vida al hombre que no ha cesado de amargarles las vidas: Roussel hijo.

El buenos días de los recién llegados no encuentra eco. Solo la sargento Conti les tiende la mano, gesto solidario de quién compartió con ellos el desastre, aunque a ella nada le sea reprochado. De nuevo el obispo cede a la furia.

—Y estos, ¿qué hacen aquí?, escupe.

El coronel Santino, responde.

—Los traje yo, son mis hombres.

De nuevo el coronel Jonás tiene la presencia de espíritu de reducir la tensión. Les desea la bienvenida y les estrecha las manos. El resto de los hombres esta vez no lo imita.

El obispo abre la marcha, se retira sin despedirse. El resto de los agentes se dispersa. Santino y sus dos subordinados quedan solos.

—¿Quieren un café?, invita el coronel.

Los aturdidos agentes lo aceptan. Santino prepara tres Nespresso. El trío sale al jardín para disfrutarlos. En realidad Santino busca asegurarse de que no serán escuchados.

—¿Se esperaban esto?

—No, responden los dos agentes, casi al unísono.

—El momento de devolverles la cortesía llegará.

—Qué quiere decir, coronel, pregunta el capitán Mateo.

—La razón por la cual el cardenal Sinclair nos envió, se confirma.

—¿No piensan destruir los cuerpos?

—No, sueñan enriquecerse con ellos y escupir la mano que durante años les dio de comer. De todas las flaquezas humanas pocas son tan repugnantes como la traición.

El coronel termina su café y se pone de pie.

—Por eso para mí será un placer transformar ese sueño en pesadilla y proteger a la Iglesia que me ha permitido darle lo mejor a mi familia e hizo de mí lo que soy. Espero que a ustedes les suceda lo mismo.

> *22 Esclavos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios. 23 Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; 24 sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís.*
>
> **LA BIBLIA. (Colosenses 3: 22-24)**

Miércoles. El sol comienza a declinar cuando la pala de Thomas extrae un lote inhabitual de pedazos de cerámica brillante.

—¡Sarah!

El entusiasmo que transpira en la llamada atrae la atención de todos, aunque se retienen por discreción y solo Sarah acude. Otro puñado de tierra acarrea más brillo.

—¡Vengan chicos, vengan!, llama ella.

Las seis palas agrandan cuidadosamente el área. La tierra y las rocas siguen surgiendo acompañadas de la obra humana que la furia de la naturaleza destruyó en otro tiempo. Lamentablemente la luz decae y los obliga a poner fin al día de trabajo antes de que hayan podido profundizar. La luna comparte ya con ellos la ilusión cuando llegan al pick-up. Una hermosa y redonda luna de las que hacen aullar a los lobos, según las leyendas y bañan de plata los misterios al decir de los poetas y los soñadores, que a menudo son los mismos.

Sarah y Thomas pasan buena parte de la noche festejando con espuma y amor, con champaña y sexo, con promesas, planes y sueños despiertos. Encontrar la base del desaparecido Faro de Aletheia no es el fin, pero sí su inicio, de eso, esta noche al menos, están convencidos.

A varios kilómetros de allí, en la única pieza de un apartamento en penumbras donde solo fulgura la pantalla de una computadora, Egan lee con avidez la historia de las dos personas que delata por miedo y traiciona por dinero. Hoy, como cada día, envió el mail con el cual se empobrece como ser humano, aunque él piensa que se enriquece. Recibió a cambio una sorpresa. "Abre tu puerta," decía el SMS. Allí había un nuevo sobre preñado del papel que a menudo envilece: el papel moneda. La suma era bastante menor que la primera vez, suficiente sin embargo para alimentar la llama de su codicia que, aunque él no se ha dado cuenta, ya lo quema.

Por eso no descansa esta noche, aunque le ardan los ojos. Qué más da un ardor oftálmico cuando la integridad está echa cenizas y la moral no lo ha advertido. Lee el texto del famoso Códex M, lee la leyenda del Faro de Aletheia, lee las decenas de artículos que acusan de asesinato a la Iglesia, los que dicen que la Entidad no es una corporación ni una compañía ni una institución, sino un temido servicio secreto, tan secreto que él no hubiese siquiera imaginado su

existencia. Se estruja la mente para sacar conclusiones de las que espera sacar dinero, más y más dinero.

Sarah y Thomas buscan algo que puede destruir a la Iglesia, la prensa, las redes y el Códex M lo dicen claro. Jesús no es Dios, ni nació de un dios ni de una virgen casada con un carpintero cornudo y aguantón. Jesús no resucitó, ni caminó sobre las aguas, era un pobre diablo, víctima de sus quimeras como tantos otros. Y lo que buscan Thomas y Sarah es su cuerpo. Eso buscan. Y la italiana que parece multiplicar los euros como los panes y los peces forma parte de esa Entidad de curánganos por más que esté demasiado buena para ser de verdad religiosa y si ella es monja él es Santi Claus, al igual que los tipos que la acompañan, demasiado musculosos para ser monjes. Quién ha visto a un cura haciendo planchas. Ni en los milagros los curan hacen footing.

Y él, Egan Achilleos tiene toda esa información en la mano en un mundo en el que la información es poder. Lo cual significa, al fin de cuentas, que él, Egan Achilleos tiene todo ese poder.

¡Dios, Virgen Santa o Santa Suerte! ¡Grazie!

Athina conoce bien a Egan por las innombrables veces que intentó seducirla y las no menos que ella lo rechazó. No por su físico, Egan es un chico atractivo, pero hay algo en él que a fuerza de no poder definirlo, ella llama oscuro. Y Athina ha tenido siempre la intuición de que ese lado oscuro de su personalidad acabará un día por dominarlo. Desde que empezaron a trabajar juntos en la excavación ella supo que tarde o temprano él volvería a intentar seducirla. Hoy lo hizo y de una manera sorprendente: ¡la invitó a Roma!

Todos sus amigos, y Egan lo es de alguna manera, saben que su sueño es visitar esa ciudad. Estuvo de niña con sus padres y su hermana, pero era demasiado pequeña para disfrutarla. Desde entonces siempre quiso volver, como adulta independiente. Dice incluso a menudo que su primer sueldo, cuando termine los estudios, lo dedicará a Roma.

Hoy Egan no solo le propuso ese soñado viaje, cuando ella le dijo, como una manera de negarse sin lastimarlo, que hasta que no terminase los estudios no podría darse ese lujo, él le mostró un sobre lleno de dinero. ¡Lleno! Es eso lo que no deja dormir a Athina, la preocupación, la pena. ¿Qué está haciendo Egan? Pobre chico. Tiene más ambición que inteligencia y no lo sabe. Podría serle fatal.

Jueves. El entusiasmo con el que se despidieron ayer no solo sigue vivo, creció. La perspectiva de encontrar la huella del Faro de Aletheia, que los chipriotas creían una simple leyenda, los galvaniza. Sobre todo a Sarah y a Thomas, que saben lo que realmente significa. Quisieran avanzar rápido, descorrer de un tirón el velo de las incógnitas, pero no pueden. Lo que hasta ayer fue una excavación aleatoria, a paletadas, desde hoy es una auténtica excavación arqueológica. Y la arqueología exige cuidados, sutileza, estrategia y una atención de todos los instantes. Los daños en arqueología son casi siempre irreversibles. Por eso la prisa no forma parte de su vocabulario.

Egan está ausente. Para Thomas y Sarah no tiene importancia, ellos más Athina, Temis y Nikos son suficientes para la delicada tarea que toca hoy. Los chipriotas, sin embargo, no ven esa ausencia solamente desde el punto de vista de la eficacia del trabajo. A Temis la contraría la poca seriedad de Egan. Se juró que cuando lo vuelva a ver le dirá un par de sentidas palabras, puede incluso que le haga saber que su altanería, su soberbia, su egocentrismo y su poca consideración hacia los otros siempre le provocó desprecio. Lo que sí no hará, desde luego, es hablar mal de él a Sarah y a Thomas, ni dejarles ver lo que piensa.

Nikos está furioso, a él sí le cuesta disimularlo. La actitud desenvuelta de Egan los descredita a todos, incluso a la señora Aresti que los recomendó y es una buena amiga de su madre. Para el chico es imperdonable. Lo cierto es que le rompería con gusto la cara.

Curiosamente, la única que no acusa a Egan en sus pensamientos es Athina, la que más lo ha sufrido. El abultado sobre de dinero del que alardeó ayer el muchacho no se ha ido de su mente. ¿Cómo puede un chico joven, estudiante, tener tanto dinero de la noche a la mañana? ¿Vendiendo drogas? Su preocupación la llevó a llamar a Alexander, uno de los amigos de Egan, que es su primo. Alexander se quedó atónito cuando Athina le contó lo sucedido. Le dijo:

—Hace menos de un mes le propusieron una Harley-Davidson un poco vieja, pero en buen estado mecánico. Las Harley, todo el mundo lo sabe, son el sueño de Egan. El vendedor había tenido un grave accidente y quería deshacerse de la moto. Egan podía obtenerla por muy buen precio. Pero no pudo comprarla.

—¿Crees que de verdad no tenía el dinero?

—Estoy convencido. Estuvo echando pestes por eso durante días.

—Probablemente ahora sí pueda hacerse con ella.

—No, ya fue vendida.

—¿Ustedes están traficando drogas?

—Estás loca.

—¿Y él?

—No, yo lo sabría.

—Gracias. No le hables de esta conversación, por favor.

—Tranquila, prima.

Eufrósina, diosa del júbilo, se impuso a Cronos, cosas que pasan en el Olimpo heleno. En todo caso Thomas tiene que insistir para que el equipo haga la pausa del almuerzo. ¡Encontraron la base del Faro! Están casi seguros. Y eufóricos, desde luego. ¡Eureka! Mientras devoran el frugal almuerzo y se hacen fotos en todas las posiciones que se les ocurre, solo hablan de eso.

—¡A la historia!, exclama Athina. ¡Pasamos a la Historia con H mayúscula! Hazme una así, Niko.

—Y a mí, una con el sándwich en una mano y un pedazo de Piedra-Luna en la otra, reclama Temis.

—Eso, que se vea que trabajamos para ganarnos la comida. Sarah, puedes hacernos una a los tres, pide Niko.

Egan no llamó en toda la mañana. Lo cierto es que no fue muy extrañado. Se aparece ahora, en el momento en que los chicos retoman el trabajo. Su llegada detiene las risas. Da la misma excusa de la vez pasada: el amigo accidentado. Ni Sarah ni Thomas ni las chicas hacen el menor comentario, aunque se les nota la molestia.

Nikos no se retiene. Aunque lo hace discretamente, le dice lo que piensa.

—Si no te conviene este trabajo, te vas. Si no, te echaré yo. Nos estás haciendo quedar mal a todos y no lo voy a admitir más.

Egan suele hacerse el gallito.

—¿Y cómo me vas a echar?

—A patadas, ¿quieres que comience ya?

El gallito opta por callar y acercarse al grupo a modo de protección. Sabe que contra Niko se quedaría sin plumas. Niko es campeón universitario de MMA. Una razón más fuerte incluso le aconseja el bajo perfil. Si pierde ese trabajo lo pierde todo. Mucho dinero, desde luego, pero probablemente, también la vida. Sabe demasiado. ¿Qué harían los italianos si él dejara de serles útil? No quiere ni imaginarlo. Vuelven a su mente las aterradoras palabras de la supuesta Giovanna que siguen teniendo el poder de hacerlo temblar.

Si me traicionas te pudrirás en un hueco.

Clara Conti, en amazona, se arquea sobre el sexo del obispo Pietro Benedetto, arrancándose a sí misma y a él roncos gritos e intensos gemidos. Los músculos de su vagina succionan cada vez más altivos el tubo de carne que se clava en ella y que sin embargo ella domina. Aunque el obispo estime que es él quien subyuga. Clara cierra el puño y golpea el pecho musculoso del antiguo legionario, cuya corpulencia ella ya sospechaba cuando se disimulaba bajo las sotanas. Boudica, la legendaria reina guerrera britana con la que Clara se identifica, cabalga contra los romanos en ese pulcro cuarto de gruesas paredes que en otros tiempos bloqueaban los ruidos para proteger los rezos, ese cuarto, un poco austero, que hoy los aísla

como si hubiese sido hecho también para dos amantes que hacen el amor jugando a la guerra.

Poco importa que la batalladora reina britana no haya asistido siquiera al nacimiento del cristianismo, desde cuando las fantasías sexuales deben respetar la historia. El obispo la abofetea con violencia, ella le golpea de nuevo el pecho, esta vez con los dos puños, mientras su cabalgada pasa del paso al trote y el placer domina al obispo y la domina a ella, que pierde por unos deliciosos instantes la rabia guerrera. Pero el obispo la despierta de nuevo, con dos inmisericordes bofetadas. Y Clara grita, un grito rabioso ahora, como lo fueron tal vez los de la reina que masacró a tantos legionarios romanos, pues ella va a matar a ese legionario amamantado por la mítica loba fundadora de Roma. Va a matar a ese macho alfa sobre el que está a horcajadas al beberse sus fuerzas y aspirar su energía. La muerte del sexo masculino, aunque sea de amor y el placer sea el arma, aunque sea simbólica, dure unos instantes y la resurrección sea inmediata, es igual una muerte. Clara se inclina sobre la boca del obispo para un dulce beso mientras se lo clava hasta lo más hondo de sus poderosos músculos vaginales por el canal resbaladizo de sus fluidos.

—Me gustaría amarte, murmura.

—Yo ya te amo, susurra él.

—Mentiroso, aúlla la loba.

Y dos fuertes bofetadas castigan las mejillas de Pietro Benedetto, poco antes besadas. El obispo grita de dolor y sorpresa y abofetea con similar fiereza los senos de Clara, cuyos ojos llena de lágrimas el suplicio. Él la trae hasta sus labios, besa sus ojos con ternura y detienen el tiempo en un abrazo inmóvil, sofocados, compartiendo sudores y alientos.

Pero ella vuelve a la vertical altanera de hembra reina y retoma el paso sobre la montura que la posee y la pasea. Posa sus manos, abiertas ahora, sobre el pecho velludo y poderoso. Los dos saben, sin habérselo dicho, su relación es demasiado reciente para haberse diluido ya en palabras, que no les disgustaría si del amor brotase la sangre, saben que un día llegarán a ese extremo. La sangre para los que han matado, como ellos, es sutil e infinitamente excitante.

Un grito de venganza feroz de Clara provoca un aullido de dolor de Pietro, pues las largas y afiladas uñas femeninas abren un surco en su pecho y la sangre aparece mientras ella ríe y para desarmar a Benedetto convierte su paso en trote y su trote en galope hasta dejarlo sin defensa y tornarse vampiresa para lamer su sangre al tiempo que se amplían los espasmos y los temblores y se intensifica el galope, hasta que el esperma de él la inunda mientras ella lo succiona, lo aspira, pues pierde las riendas de su propia purasangre, yegua de entrañas que relincha se cabra y la eleva hacia una descarga ininterrumpida de placer.

Sofocados y satisfechos se envuelven en el dulce silencio que prolonga habitualmente los retozos de Eros.

—Cada vez me gusta más hacer el amor con una futura millonaria, acaba por susurrar él, disfrazando de broma la verdad.

Ella ríe, tomando al parecer solo la parte chistosa de la frase y su intención. Sus palabras sin embargo fingen desmentir la risa.

—Eres el hombre que tanto he esperado.

Lo dice en serio, es un poco broma.

—¿Por la manera en que hacemos el amor?

—No, porque eres un futuro multimillonario.

Cómplices en la sensualidad, lo son también en el humor. Los dos ríen a carcajadas. Lamentablemente la obsesión que martillea la mente de Gaetani, encuentra una brecha.

—A condición de que ese malnacido de Santino y sus dos ineptos no echen a perder nuestros planes, dice.

Un pesado silencio arruina el encanto.

—¿Puedo darte una opinión al respecto?

—Dime.

—Santino es un beato obtuso e incorruptible. Mateo y Luca, no.

—Sigue.

—Los conozco bien. París no fue mi primera misión con ellos. El dinero les afloja las piernas.

—¿Piensas que podríamos sobornarlos?

—Sí.

—¿Y si no funciona?

—Habrá que matarlos.

El obispo parece contrariado.

—Preferiría evitarlo. Los muertos acaban siempre por resucitar de una manera u otra. Ya tenemos bastantes fantasmas a retortero.

—No habrá que llegar a ese extremo. Confía en mí. Déjame hablar con ellos primero, hacerlos salivar, ablandarlos. Después tu cierras el trato.

El obispo comienza a ver una luz al fondo del túnel. Vale la pena probar, piensa.

—A Santino sí habrá que matarlo, dice.

—A Santino sí.

> *9 Y la hija del sacerdote, si comenzare a fornicar, a su padre deshonra; quemada será al fuego.*
>
> **LA BIBLIA. (Levítico 21: 9)**

Viernes. Egan es el primero en llegar. Cuando el resto del equipo accede sofocado a la cúspide de Piedra-Luna, los sorprende sonriente. Piensan que vino más temprano para hacerse perdonar la ausencia parcial de la víspera. Están errados. Thomas les pidió ayer que no divulgaran por el momento el hallazgo. La temprana presencia de Egan responde a eso. Quiso tomar fotos de la excavación sin que nadie lo viera.

Retoman el trabajo con los mismos cuidados del día anterior, pero con mucha más emoción. Para Temis, Athina, Nikos e incluso para Egan, encontrar el legendario Faro de Aletheia es realmente inscribirse en la historia de su ciudad, de su país. Para Sarah y Thomas es acercarse a la tumba con la que piensan, en alguna medida, transformar el mundo.

La humanidad en su conjunto no parece estar lista para prescindir de las muletas mentales ofrecidas por las religiones, medita Thomas mientras trabaja, pero muchos seres humanos sí lo están. Basta con probar para comprobar que se puede andar perfectamente sin el supuesto sostén de los credos, los dogmas, los

mitos y de aquellos que en aras sus propios intereses los alimentan, ya que de los credos y de quienes creen en ellos, obtienen aquellos el sustento. Vientre e ideología bailan casi siempre panza contra panza.

—¡Cuidado! ¡No usen más instrumentos metálicos! ¡Con las manos, pónganse guantes, liberémoslo con las manos!

A media mañana, con extremada delicadeza, extraen el mayor pedazo de Faro encontrado desde que comenzó la excavación: alrededor de treinta centímetros cuadrados de lo que parece ser uno de los laterales. El estado de conservación de ese material les permite percibir y admirar la inteligencia y el ingenio de quienes concibieron el monumento. ¿María Magdalena? Entre pedazos de cerámica sólidos aparecen otros con pequeñísimos espacios vacíos, destinados a dejar pasar el viento sin debilitar la estructura…

—Sigamos. La base tiene que estar cerca.

Vuelven a la tarea con renovado entusiasmo. Vuelve Thomas a su reflexión:

A la humanidad le faltan tal vez muchos años para llegar a la edad adulta, pero llegará, como llegan los niños, piensa. No hay más opción que la evolución. Un día todo párvulo deja de serlo. La especie humana también acabará por crecer. Con la adultez surgirá la lucidez. Se mirará la realidad de frente y se admitirá que mentirse no la cambiará. Con su adultez la especie humana podrá aceptar al fin que la muerte es inevitable, reunir el coraje para afrontarla y comprender que la vida es demasiado preciosa e irrepetible para desvalorizarla creyendo que no es única. Con la adultez, en lugar de usar piadosas mentiras para convencerse de que la vida es eterna, la humanidad dará probablemente a la ciencia los medios de prolongarla. Invertirá más en laboratorios que en templos, graduará más científicos e investigadores que sacerdotes, imanes, rabinos y otros autoproclamados proveedores de inmortalidad. De esa improbable inmortalidad que, curiosamente, según ellos, solo se vive tras la muerte.

Con la adultez se acepta que las historias de hadas madrinas y reyes magos de la niñez, por más lindas que hayan sido, fueron solo dulces cuentos. Con la edad adulta de la especie la humanidad, es

de esperar, comprenderá que las divinidades solo son los reyes magos de las personas mayores. Se admitirá al fin que los aparentemente todopoderosos dioses han caído y desaparecido siempre sin más furor ni ruido que las hojas muertas en otoño, ya que han sido constantemente reemplazados a través de la historia por otros supuestos todopoderosos dioses.

Cabe suponer que con la edad adulta los seres humanos entrarán en una fase superior de la evolución al comprender que nada pueden esperar de entidades imaginarias y solo podrán obtener lo que ellos mismos sean capaces de proporcionarse. Mucho se pierde al perder la niñez, es cierto, pero cuánto se gana.

—¡Aquí está!

Al final de la tarde, en medio de gritos de júbilo, la base del Faro de Aletheia aparece al fin y ellos corroboran lo que ya suponían: que el Faro era una pirámide con una de las aristas orientada hacia Pafos. Forma y situación que lo hacía discreto bajo los cielos cubiertos y resplandeciente los días de sol. Como si estuviese allí ciertos días y desapareciese otros. Lo que debió darle un aurea de misterio a ojos de sus contemporáneos. Otra prueba de la perspicacia de quienes lo pensaron.

Sarah llama a la señora Aresti y le anuncia la buena nueva. A pesar de que tienen previsto reencontrarse el lunes con el fin de comenzar la búsqueda de la tumba, una temprana nostalgia golpea al equipo. Se hacen nuevas fotos como si fuesen las últimas, recogen otros pedazos de cerámica brillante que guardarán probablemente todas sus vidas, pues esa tarde adquieren un nuevo sentido. Reúnen sus herramientas para bajarlas, reorganizan lo mejor que pueden la naturaleza que perturbaron y dicen adiós a la cima de esa montaña a la que volverán probablemente en breve, pero desde la cual, hoy acaban de saltar a la historia.

Thomas y Sarah llegan al hotel.

—Un señor los está esperando en la terraza, les anuncian en la recepción.

—¡Marc!, grita Sarah tan pronto lo ve, corriendo a abrazar a Pladel, su jefe y amigo. ¿Qué haces aquí?

Antes de responder, Marc saluda a Thomas y pide al camarero tres copas de champaña.

—Tenemos que brindar, dice.

Sarah repite su pregunta.

—¿Qué haces aquí?

—Te responderé cuando nos sirvan el champaña.

Se sientan. Sarah le cuenta que llegó un día especial, pues hoy, justamente, encontraron el Faro de Aletheia.

—Ahora falta lo más difícil, hallar la tumba. Aunque por lo menos comprobamos nuestra primera intuición y la fiabilidad del esquema de María Magdalena.

Marc los felicita. Thomas pide noticias de la exposición.

—En el Louvre todo sigue como el primer día, explica Pladel. El entusiasmo del público no decae. En los alrededores del museo los enfrentamientos, que llegan a veces a batallas campales entre creyentes y ateos, no cesan. Los más curioso es que a los católicos se suman miembros de otras religiones con las que durante siglos se han masacrado.

Ríen.

—Saben que si se desploma una se derrumbarán todas, señala Thomas.

—Desde luego, pero da gracia ver a cristianos, musulmanes y judíos, que tanto se han destripados entre ellos, hacer frente común contra el Códex M, el Louvre y el ateísmo.

Las risas no decaen. Esa "unión sagrada" de enemigos acérrimos que "comparten" el mismo Dios contra la gran enemiga común, que es la verdad, tiene algo risible, pero sobre todo, es para ellos una victoria.

El camarero sirve las tres copas de champaña. Marc los invita a brindar y dice:

—Sé que ustedes son ricos interiormente, pero… puede ser que se hagan ricos también exteriormente. Me da pena, porque para entrar en el paraíso tendrán que esperar a que un camello pase por el ojo de una aguja…

—¿De qué demonios hablas?, pregunta Sarah.

—Desde que inauguramos "Soy María Magdalena", explica Marc, recibimos peticiones de museos e instituciones que deseaban exponerla. Contra remuneración, desde luego. No habíamos tomado ninguna decisión, queríamos hablarlo antes contigo y con tu padre, Thomas. Y con Sarah, naturalmente. Pero ahora tenemos una avalancha de peticiones. Hay que tomar una decisión. Armand nos dio luz verde.

—Nosotros también, afirma Thomas.

—Yo no tengo nada que ver con eso, protesta Sarah.

Thomas busca en su teléfono y lee.

—*Mujeres callen, porque no les es permitido hablar, sino que estén sujetas, como la ley lo dice. Y si quieren aprender algo, pregunten en casa a sus maridos; porque es indecoroso que una mujer hable en la congregación.* Primera de Corintios 14, 24… Ya oíste. Lo dice la Biblia.

Marc y Thomas ríen, Sarah les hace muecas. Pladel levanta de nuevo su copa y brindan, después abre la tapa de su laptop que se pone en marcha.

—Y ahora… ¡La noticia! Que es también la razón por la que estoy aquí. Sarah, mandé al laboratorio de Lyon la hoja-R, porque me habías dicho que probablemente quedaban cosas por sacar a la luz y que con más tiempo ellos podrían hacerlo.

Sarah casi salta en su silla. Pladel gira hacia ellos su computadora.

—Y tenías razón, añade.

En la pantalla está el diagrama que ya conocen, un triángulo sobre una curva con tres pequeñas líneas a ambos lados del triángulo que, según ellos, representan la reflexión de los rayos del sol. En la nueva versión, desde el centro de la línea curva, que para ellos simboliza la cima de la montaña, una larga línea vertical parte hacia abajo y termina abruptamente con dos pequeñas líneas verticales, una a la derecha otra a la izquierda de la larga recta.

—¡La tumba!, exclama Sarah. Las dos pequeñas líneas representan los dos cuerpos.

—En todo caso la larga línea y las dos pequeñas fueron raspadas con mayor ahínco que el resto. Eso podría indicar que son las más importantes, indica Pladel.

Por unos instantes ninguno de los tres consigue arrancarse al estupor.

—Marc, dice Thomas, podrías enviarme el esquema por mail, por favor. Quiero mirarlo tranquilamente en mi computadora. Voy a buscarla.

Sarah y Pladel siguen comentando el nuevo diagrama cuando Thomas regresa. Ella se aferra a la idea de que las dos pequeñas líneas representan los cuerpos de Jesús y María Magdalena. Pladel no está tan seguro.

—Voy a llevar a Marc a conocer Pafos, dice Sarah. ¿Vienes con nosotros?

—No, quiero estudiar el nuevo plano, responde Thomas. Además, supongo que ustedes querrán chismear tranquilamente sobre el Louvre. Dicen que van a poner a la Gioconda y a todos los Da Vinci juntos en una sala subterránea que construirán en la *Cour Carrée*. ¿Es cierto, Marc?

—Así es.

—Regresamos para la cena, *chéri*.

Sarah y Pladel se van. Thomas fija la mirada en la pantalla de su laptop, en el esquema que cuestiona su intuición. Esas dos líneas no representan dos cuerpos, piensa. Demasiado fácil. María Magdalena tenía un pensamiento frondoso. Tiene que haber codificado de forma más compleja esa tumba que para ella tenía tanta importancia.

Queda probarlo.

A Sarah, Thomas y los tres chipriotas, se añadió Marc Pladel. El pick-up va cargado de pasajeros y de entusiasmo. Afuera el viento parece querer sumarse a la fiesta, pues sopla con inusitada violencia. Llegados a la zona donde habitualmente se parquean encuentran a Egan con su moto. Thomas y Marc se adelantan, Sarah, las chicas y los chicos se ocupan de descargar el pick-up y de

llevar el agua, el almuerzo y las herramientas hasta el pie de la montaña.

Con la ayuda de un hipsómetro comprado en Pafos, Thomas toma diferentes medidas que comenta a Marc. Su hipótesis convenció a Pladel. Sarah la aceptó a regañadientes. Thomas piensa que las dos cortas líneas al final de la larga recta son números. Una opción es 111, si se toma la larga línea en cuenta, otra 11, si se excluye. Aris Aresti les confirmó que las medidas utilizadas en Chipre bajo la dominación romana eran las del imperio, como era de esperar. O sea, para la longitud, el pie, el paso simple o doble, el estadio, la milla y la legua. A Thomas no le fue difícil procurarse las equivalencias en Internet. Piedra-Luna es una montaña catalogada como pequeña. Según las medidas oficiales que da la página Web del Monte de Pafos, mide 251 metros.

—Un estadio romano o *stadium*, equivale a 185 de nuestros metros, comenta Thomas a Pladel. O sea que para María Magdalena esta montaña medía un estadio y un tercio, que serían 246 metros. Olvidamos los 5 metros de diferencia entre 246 y los 251 actuales para no complicarnos la vida. Si aceptamos el número 111, viniendo de la cúspide y suponemos que la unidad de medida es el paso simple o *gradus* que equivale a 0.74 metros, la tumba estaría a 82 metros de la cima y a 164 metros del pie.

—Demasiado elevado, opina Marc.

—Tienes razón, prácticamente inaccesible. Con el doble paso o *passus*, que equivalente a 1.48 metros, la tumba estaría a 164 metros de la cúspide y a 82 del pie.

—Sigue siendo muy alto.

—El numero 11 al final de la larga línea que viene de la cima significa que desde el pie hasta ese punto es esa la distancia. ¿Sigues estando de acuerdo?

—Sí, parece más razonable. Estaré totalmente de acuerdo cuando hayamos encontrado la tumba.

—Qué fácil te la pones…

Ríen. El resto del equipo tuvo que hacer dos viajes para descargar el pick-up. Ahora llegan. Thomas concluye su razonamiento con una última multiplicación:

—Si expresamos la distancia en *gradus*, 11 que multiplica 0.74 igual a… entre 8 y 9 metros. Si tomamos como referencia los *passus*, llegamos a un poco más de 16 metros. 8 me parece muy poco, 16 correcto.

Sarah se acerca con una botella de agua, el sol comienza a golpear.

—¿Por dónde empezamos?, pregunta.

—A 16 metros de altura en perpendicular a la base del Faro. Yo marco la línea, tú sube, te diré hasta donde. Es muy agotador excavar en desequilibrio en la ladera y más con este viento. Somos seis, sin contar a Marc, hagamos tres equipos de dos, en rotaciones de diez minutos. Tú cuidarás que no nos apartemos de la línea, Marc.

—*¡Allons-y!*

A inicios de la tarde las palas abren al fin el túnel del tiempo. Una pesada piedra redonda, típica "puerta" de entrada de la mayoría de las tumbas judías del siglo primero emerge de la tierra, los guijarros y los disímiles elementos que la ocultaron durante siglos. Característico también de los sepulcros hebreos del período, la piedra está sellada con mortero. Júbilo e incredulidad se mezclan en las miradas. ¡Lo lograron! ¡La tumba de Jesús y María Magdalena! Piensan Sarah y Thomas. ¿Cómo retenerse ante semejante hito de la historia? La pareja quiere romper el mortero para penetrar cuanto antes en el sepulcro y comprobar que los dos cuerpos están realmente allí. Por suerte, Pladel, ya por los años, ya por las muchas excavaciones a las que ha participado, sabe que la ansiedad y la precipitación son enemigas de la arqueología.

—No toquen nada, grita. Necesitamos testigos.

Detiene casi literalmente en el aire los brazos y las herramientas que se disponían a romper el sello de mortero.

—Es una tumba demasiado importante y polémica. Necesitamos periodistas, personajes oficiales, cámaras de televisión, público, mucho público. Cuanto más gente presencie la abertura de la tumba menos podrá ser cuestionada su autenticidad, añade.

Las palabras de Marc provocan un compungido silencio, que Sarah rompe.

—¿Y si nos equivocamos y esta tumba no es… la que esperamos, qué le diremos a toda esa gente?

—Enfrentaremos nuestro error. Pedir perdón será infinitamente menos grave que socavar la credibilidad de este hallazgo.

De nuevo la experiencia de Pladel deja sin palabras al joven equipo.

Sarah y Thomas muerden el freno. A los cuatro chipriotas, aunque ni siquiera saben con certeza cuáles son los cuerpos que podrían encontrarse tras la enorme piedra, también les cuesta aquietarse. Marc insiste.

—Nos incumbe probar que no hay engaño. Aunque más tarde los análisis de carbono 14, ADN o los que sean, den fe de que se trata de una tumba del siglo I y de dos cuerpos de la misma época, la primera impresión siempre es muy difícil de cambiar.

Cuando la emoción hace sitio a la reflexión, Sarah y Thomas acaban por entender que estuvieron a punto de cometer un terrible error y se pliegan a las razones de Pladel. Pagan al equipo, añaden una generosa prima y dan por terminada la jornada aunque la tarde apenas comienza.

—Les avisaremos cuando vayamos a romper el sello. Este hallazgo es también de ustedes, afirma Thomas. Ahora ayúdennos a ocultar la entrada de la tumba, por favor

—Haber encontrado el sitio del Faro de Aletheia nos hizo entrar en la historia de Pafos, puede que de Chipre. Haber encontrado esa tumba nos propulsará a la leyenda, dice Egan.

—¿Por qué?, pregunta Temis.

—Porque se trata de la tumba de Jesús y María Magdalena. ¿No es así, Thomas?

—Cuando la abramos sabrás si estás en lo cierto, Egan.

Acaban de ocultar la piedra-puerta cubriéndola con la materia que la disimuló hasta ahora. El resultado parece a todos satisfactorio.

Egan se despide y se aleja de prisa hacia el sitio donde está su moto. Deja a todo el resto del equipo perplejo. Sarah y Thomas intercambian una rápida mirada, se disponen a decir la verdad. Pladel lo percibe y se los impide con fineza.

—Soy el mayor del grupo. También el que ha participado en más excavaciones. Créanme, lo más excitante en arqueología, como en casi todo en la vida, no es encontrar lo que buscamos, sino saber que estamos a punto de encontrarlo. Disfruten esa sensación maravillosa hecha de inquietud e ilusión, de expectación y esperanza. Cuando abramos la tumba, tendrán otras sensaciones, extraordinarias también, pero esa, la habrán perdido.

Los italianos buscan los cadáveres de Jesús y María Magdalena. ¡Ahora sí estoy seguro!

Aunque la violencia del viento hace peligrar la estabilidad de su moto, Egan rueda rápido. Demasiado. Va feliz. Le prometieron una importante suma si encontraba la tumba. Y él ignora que rueda hacia la suya.

Ni los franceses ni los italianos se habrían molestado en venir a Chipre por una estúpida Biblia, por más antigua que fuese, enterrada con una pareja de hebreos conversos del montón, absolutamente desconocidos. La supuesta Giovanna y sus secuaces no lo habrían raptado, golpeado y sobre todo, pagado sin reparos si el asunto no fuese de primera importancia.

Entra en la ciudad. Debería reducir la velocidad, no lo hace.

No va a llamar a la italiana ni enviarle un mail. Va a ir a verla. ¡Menuda sorpresa se va a llevar! Piensa que él nunca ha visto su cara, que ignora dónde se aloja, lo toma por un tonto, pero él es más inteligente de lo que ella imagina: rastreó su teléfono. Tampoco son muchos los lugares discretos en Pafos donde puede torturarse a una persona sin que nadie se entere. Pasó varias veces por el antiguo monasterio para confirmarlo. ¡La vio! Única mujer entre un equipo de hombres. Será un gusto ver el estupor en la cara de la supuesta Giovanna. ¡*Bitch*!

Tiene que aplacar su furia, se dice, poner a un lado la humillación a la que fue sometido y su deseo de venganza hasta cobrar el dinero que le prometió la perra. Le lleva la noticia que ella tanto espera y por la cual dijo que le pagaría más de lo que él nunca ha soñado. Se imagina ya en la flamante Harley Davidson que

estrenará pronto. Está demasiado anhelante para hacer caso a los semáforos y sus luces. Solo la presencia de un policía lo obliga detenerse en una luz roja. Un frenazo que está a punto de hacerlo perder el equilibrio. Por suerte el policía lo mira severo, pero no lo detiene.

Si los italianos forman parte de la Iglesia, algo que para él es ahora una evidencia, lo más probable es que quieran hacer desaparecer el cuerpo de Jesús. Lo más seguro. El cristianismo se basa en la resurrección de Jesús. Algo absurdo, pues Jesús resucitado debía haber continuado sus prédicas en la tierra y no irse al cielo donde no hay un puto telescopio que lo haya visto. Si ahora resulta que Jesús no resucitó, sino que se convirtió en un puñado de huesos como cualquier carpintero, el hilo que supuestamente cuelga del cielo y lleva veinte siglos aguantando a la Iglesia, sus oros y sus millones, se romperá.

Ve a lo lejos el monasterio y la iglesia del padre Demetriades, a la que sus padres lo enviaban a él y a sus hermanas de pequeños. Guarda un grato recuerdo de aquellos tiempos y del padre Demetriades, un párroco de carta postal, generoso, misericordioso, tolerante… Pobre hombre. Qué golpe horrible será para él enterarse de que dedicó su vida a una tontería.

Igual que le pasó a abuelo con el comunismo…

En la puerta del monasterio desafectado un hombre de pelo corto, mirada hosca y cuerpo musculoso lo detiene.

—Vengo a ver a la señora Giovanna, soy Egan Achilleos, trabajo para ella. Le traigo una información urgente.

El militar, Egan no tiene la menor duda de que se trata de uno, lo mira con recelo.

—Es una información que ella espera. Algo muy urgente, insiste Egan.

Sin dejar de mirar al recién llegado el hombre habla en italiano por un talkie-walkie. Unos minutos más tarde la sargento Clara Conti aparece. Para sorpresa de Egan, a ella no la sorprende su presencia. Da las gracias al militar en italiano, luego se dirige a Egan en inglés.

—Sígame, le dice.

Un poco asustado, Egan obedece. La sargento lo hace sentarse en una pieza austera, que nada adorna, donde solo hay una mesa y varias sillas. Egan no ve a nadie, pero escucha risas y voces de hombres hablando en italiano, que lo confortan en la idea de que se trata de una célula de la llamada Entidad. La cara oscura de la bondad del padre Demetriades, piensa, atenazado cada vez más por el miedo. Bien podrían matarlo cuando hayan obtenido de él lo que quieren.

—Dígame.

El tono de voz cortante de la sargento lo intimida aún más. Dice todo lo que sabe, la piedra redonda, la presencia de un enviado del Louvre, la tumba sellada, la intención de abrirla en presencia de testigos y de la prensa…

El rostro de la sargento no expresa el menor sentimiento. Sale sin decirle una palabra, dejándolo solo.

Egan se aferra a la idea de que no pueden matarlo, de que lo necesitan para encontrar la tumba. Idea que no dura demasiado como escudo en su aterrada mente. La lógica la destroza en breve. Los italianos, sin ninguna duda, saben dónde se hacen las excavaciones, pueden perfectamente llegar allí sin su ayuda… No, no, solo él conoce el punto exacto… ¿Y qué? El punto exacto no es difícil de encontrar… Ocultaron la tumba, se olvidó decirlo. Tiene que insistir en eso. ¡Ocultaron la tumba! Solo él sabe dónde está, solo él…

La sargento regresa en compañía de un hombre cuyo aire severo y dominante agranda el terror del muchacho. Se trata del obispo Gaetani.

—Lo escucho.

Egan repite lo que ya dijo, insistiendo esta vez en que la tumba fue ocultada, pero él será capaz de encontrarla. El obispo le hace algunas preguntas para las que Egan no tiene respuestas. ¿Cuándo abrirán la tumba?

—No lo sé.

—¿Piensan hacer venir a la prensa extranjera?

—Supongo, sí… en fin. No lo sé. La prensa… El hombre del Louvre no dijo cual.

Cada no lo sé lo acerca a su propia tumba, piensa el sobrecogido muchacho. Pero el obispo no le hace ninguna otra pregunta. Dice algo en italiano a la sargento, que Egan no comprende, luego le ordena a él:

—Vendrá con nosotros.

—Sí, claro. Ando en moto, iré delante o los seguiré, como les parezca.

—Su moto se quedará aquí. Quien vendrá con nosotros es usted.

El obispo sale, un hombre entra, la sargento dice algo y se va. El hombre observa un buen rato a Egan, luego cierra la puerta, dejándolo solo. La molesta convicción de que desató fuerzas muy superiores a las suyas le hace de nuevo un nudo en el estómago. Piensa en el dinero prometido. No se atreve a pedirlo. Tal vez se lo den cuando les muestre la tumba. ¿Y si no? En medio del Bosque de Pafos lo podrían matar, ¿por qué le pagarían? Hacer desaparecer su cadáver en medio de esas montañas, es…

¡Dios mío, por favor, ayúdame!

> *49 Jehová traerá contra ti una nación de lejos, del extremo de la tierra, que vuele como águila, nación cuya lengua no entiendas; 50 gente fiera de rostro, que no tendrá respeto al anciano, ni perdonará al niño; 51 y comerá el fruto de tu bestia y el fruto de tu tierra, hasta que perezcas…*
>
> **LA BIBLIA. (Deuteronomio 28: 49-51)**

En su habitación del antiguo monasterio el coronel Santino limpia sus armas, mientras recuerda la reciente conversación con *Monseigneur* Sinclair. Sorprendente, no puede calificarla de otra manera.

—Gaetani y Jonás están convencidos ahora de que la tumba de Jesucristo está aquí, Eminencia.

—No, coronel, eso es imposible. Puede haber una tumba y un cadáver, pero en ningún caso el de Jesucristo.

—No lo entiendo, *Monseigneur*.

—No permita que la duda entre en su mente, hijo. La verdad pertenece a la Iglesia. A nadie más. La Biblia dice claramente que Jesús fue enterrado en Jerusalén, resucitó al tercer día y ascendió al cielo. Y la Biblia es la palabra de Dios. No hay otra verdad.

Aunque encontró demasiado perentorias las afirmaciones del cardenal, el coronel dijo:

—Gracias por sus luces, Excelencia.

—Desde luego, si un cadáver apareciese, todo el mundo dirá que se trata del de Jesús. Y más si el obispo Gaetani se apodera de él. Usted tiene suficientes explosivos para garantizar que ese cadáver desaparezca. No se cuestione ni piense que el cadáver que va a destruir es el de nuestro Señor. No ponga en duda su fe. Hágalo.

—A sus órdenes, Ilustrísimo.

El coronel comienza a montar sus armas sin dejar de pensar en la curiosa conversación. Jesús está en el cielo, pero la Iglesia busca desesperadamente destruir el cadáver de un hombre que podría estar enterrado en Chipre desde el siglo I. Si es imposible que sea Jesucristo, ¿qué sentido tiene? Sonríe, es lo mejor que puede hacer, piensa, no tomarse ciertas cosas demasiado en serio. Su rol es obedecer y proceder. Eso hará. Es un hombre de acción, no de reflexión.

A título personal, sin embargo, no puede inhibir su opinión ni su embarazo. Siempre ha sido católico y lo sigue siendo, desde luego. Siempre ha tenido fe en la palabra de la Iglesia, pero en los últimos tiempos le cuesta, no puede evitarlo. Cierto que el Códex M, el Louvre y todo lo demás, le han lanzado mucha lejía a la teología, pero los jerarcas del Vaticano deberían controlar el estrés, decir menos disparates y pensar más, que para eso les pagan. Si él es un profesional, ellos también lo son.

Un ruido de hombres y armas lo interpela. Varios golpes en su puerta lo alarman.

—Salga desarmado y con las manos en alto, coronel Santino, grita una voz que reconoce como la del capitán Santoro.

Llegó el momento, piensa. Intenta montar rápidamente su pistola, aunque tiene consciencia de que no le servirá de mucho. No tiene tiempo. Una explosión hace saltar los goznes de la puerta de su habitación. Santoro y dos hombres irrumpen fuertemente armados.

—Deje esa pistola donde está, coronel. No tiene la menor posibilidad.

Santino levanta las manos. El teniente Moretti verifica que no oculta ningún arma.

—Salga, ordena el capitán.

En el refectorio los agentes terminan de equiparse. Entre ellos están el capitán Mateo y teniente Luca. El coronel no se sorprende, escuchó sus conversaciones, lo esperaba. En tono burlón, sin dejar de acusar con la mirada a Mateo y a Luca, Santino dice:

—Y mientras lo apuñaleaban, Cesar exclamó, ¡tú también me traicionas, Brutus!

Los dos traidores no se atreven a enfrentar sus ojos. Jonás aparece.

—Le toca a usted decidir su futuro, coronel Santino, señala.

Santino lo mira con desprecio, sin decir una palabra. Jonás añade:

—Encontramos la tumba. Usted sabe lo que eso significa, coronel. Todos tenemos consciencia de lo que está en juego.

—La traición a la Iglesia que juramos servir, lanza el coronel Santino.

—No, la fortuna.

El obispo entra en el refectorio para jugar una última carta con el intransigente y peligroso coronel Santino. Por eso, contrariamente a su costumbre, lo trata con respeto.

—Coronel, a pesar de nuestras diferencias pasadas quisiera que enterráramos el hacha de guerra. Todos estos agentes, que lo respetan, piensan lo mismo. No tiene sentido que un hombre como usted siga atado a una Iglesia que miente más que una anunciadora de buenaventura. Diga solo una palabra y las armas que le apuntan dejarán de hacerlo.

El obispo hace una pausa para dar tiempo a la duda y permitir que se abra camino en la férrea mente del coronel. Santino lo mira impertérrito. Gaetani lanza una segunda andanada.

—Nadie conoce a la Iglesia desde adentro como nosotros que matamos para ocultar sus escándalos. Esa Iglesia que ha desvirtuado la historia. A unos pasos de aquí tenemos la prueba de su falsedad y nuestra fortuna. No se deje engañar por una noción del deber tan ilusoria como la resurrección de Jesús o la vida eterna. El paraíso en el cielo es un cuento para crédulos y estúpidos, coronel, usted lo sabe perfectamente. El paraíso en la tierra sí puede ser real. Lo tenemos aquí cerca, en la ladera de una montaña donde nos esperan la verdad y unos huesos que nos harán ricos y célebres.

El coronel Santino tiene ahora una sonrisa irónica en los labios y un brillo extraño en los ojos. Gaetani, Jonás y el resto del equipo esperan en silencio el veredicto de ese hombre que sonríe a pesar del peligro. Finalmente Santino dice:

—Soldados, pocas bajezas humanas son tan despreciables como la traición. No cedan a lo peor de ustedes. La traición se paga con la vida.

Un amenazador silencio es roto por una orden del obispo.

—Átenlo a esa columna. A la vuelta resolveremos su problema.

El capitán Santoro y el teniente Moretti, atan sólidamente al coronel. Luego Jonás da la orden de partir. El refectorio queda vacío.

Los tres Land-Rover usados por el comando están parqueados frente a la puerta del monasterio. Los hombres van montando. Egan, cada vez más aterrorizado, obedece a una orden de Carla y sube a uno de ellos. La sargento da instrucciones a dos agentes que se posicionan a la derecha y a la izquierda del chico.

Carla y Jonás montan en el primer todoterreno. Solo falta el obispo. Aparece al fin en la puerta del claustro y camina hacia los vehículos sin disimular la satisfacción que lo embriaga.

En el refectorio el coronel Santino se debate hasta alcanzar el dispositivo que oculta en su cinto.

Entonces una terrible explosión estremece los tres vehículos, arrancando alaridos, brazos, piernas, vidas… Destruyendo irremediablemente la cuidada belleza de Carla y la tierna juventud

de Egan. El obispo Gaetani no tiene tiempo de llegar hasta los autos, la onda expansiva de la deflagración lo golpea como un puño ardiente e inflama su cuerpo. Grita desgarradoramente, maldice el fuego que devora sus carnes. De nada sirve. Corre con la esperanza de encontrar un medio de apagar las llamas que lo consumen, que arden en sus manos, en su rostro, en sus ojos… Solo logra avivarlas con la fuerza del viento.

El padre Demetriades acude despavorido, pues escuchó la deflagración, pero le es imposible brindar ayuda. No puede acercarse a los autos deformados por la explosión a causa de la llamas, de los constantes estallidos de combustible y artefactos de muerte transportados en los vehículos, de las balas que surgen enloquecidas por el calor y el fuego. Escucha aullidos de dolor, alaridos, ruegos, asiste desesperado a la trágica visión de ojos que arden, de cuerpos que se retuercen, de miembros que se carbonizan, de pieles que se desprenden de los rostros, de los cuerpos; escalofriante miniatura del infierno, tan complacientemente descrito en su libro santo

El sacerdote percibe la antorcha humana en que se ha convertido el obispo y corre tras él. Las llamas con las que parece divertirse la ventisca crecen alimentadas por la carne de aquel cuerpo abandonado de Dios. Logra procurarse varias mantas y va tras el hombre que aúlla mientras gime el viento que atiza su dolor. Envuelve al obispo con las mantas hasta que cree haber ahogado el fuego. Llama a las urgencias médicas. Da la terrible alarma. La piel de Pietro Benedetto Gaetani, fusionada con sus ropas y las mantas, se convierte en una indefinida superficie sangrienta, pegajosa y nauseabunda.

En los autos en llamas explotan todavía las municiones, vuelan con furia asesina los proyectiles. Solo los alaridos dejaron de escucharse. Los cuerpos destrozados, carbonizados, irreconocibles, fueron enmudecidos por la muerte.

Marc Pladel vuela hacia París. La apertura de la tumba debe hacerse cuanto antes. El objetivo de su viaje es reunir rápidamente

periodistas y personalidades europeas dispuestas a asistir.

Sarah y Thomas volvieron a Piedra-Luna para instalar un circuito de cámaras con visión nocturna y un módulo de transmisión capaz de enviar las imágenes simultáneamente a través de Internet y de una comunicación satelital hacia sus computadoras. No es una gran protección, pero permite mantener un control sobre el área y dar la alerta si es necesario.

Ahora se encuentran en la oficina de Aris Aresti, a la que comunicaron las últimas noticias. Es su mejor baza para proteger la tumba y movilizar una fuerza armada en caso de alerta. Superada la sorpresa, la conservadora pasó a la acción. Aunque no entienden gran cosa de la conversación telefónica que ella sostiene, pues habla en griego, Thomas y Sarah se sienten en confianza.

Visiblemente satisfecha, Aresti se despide de su interlocutor, cuelga y envuelve a la pareja con una encantadora sonrisa.

—Era mi hermano. El senador Ares Aresti. No se podía creer que los cuerpos de Jesús y María Magdalena pudiesen estar en nuestro país. Lo dejé soñando. Les manda un saludo, me dijo que tiene previsto un viaje a París para ver "Soy María Magdalena". Quedó encantado al saber que ustedes estaban aquí.

—¿Qué dijo sobre la protección de la tumba?

—Tiempo, Sarah, tiempo.

Ríen. Hasta Sarah.

—Perdona Aris, es que la tumba está en peligro.

—Ya lo sé, corazón. Paso a paso. Ares me dio su palabra de que vendrá a la apertura, pero sobre todo se comprometió a traer con él a buena parte del Gobierno. Sobre la protección, me prometió hablarlo con el Presidente y me garantizó que obtendrá del Jefe del Ejército, que es su amigo, el establecimiento de un perímetro de seguridad alrededor de la tumba.

—¿Cuándo?

—No me lo pudo decir con exactitud. Supone que será en dos o tres días a más tardar.

—Dentro de dos o tres días, si los hombres del Vaticano nos siguen, como estamos casi seguros, podrían haber destruido la tumba y los cuerpos.

—Ya lo sé, Sarah, ya lo sé. Para esos dos o tres días tengo otra solución.

—¿Cuál?

—Tragarme mi orgullo.

Sin otra explicación, Aresti vuelve a hablar en griego por teléfono. Esta vez la conversación sigue una curiosa línea. No es necesario entender la lengua para comprender que su interlocutor le anuncia algo grave. Las sonrisas de los intercambios iniciales desaparecen del rostro de la conservadora que acaba por expresar horror cuando se despide.

—Era Georgios, mi ex marido. Es el segundo jefe de la policía de Pafos. Entendió la importancia de la tumba y la necesidad de protegerla de inmediato. Está dispuesto a hacerlo hasta que el Ejercito pueda desplegarse. Pero no sabe cuándo podrá comenzar. Mañana, pasado mañana, no puede preverlo con certeza. Ha pasado algo muy grave. Necesita a todos sus hombres.

Aris Aresti queda en silencio. Parece víctima de un profundo desconcierto.

—Nunca había sucedido algo tan horrendo en nuestra ciudad, acaba por decir.

La perplejidad de la conservadora se traduce en sorpresa para la pareja.

—Tres coches llenos de pasajeros explotaron al mismo tiempo en el monasterio desafectado que está del otro lado de la ciudad, continúa Aris. No se trata de un accidente, sino de un asesinato premeditado. Hay al menos diez personas muertas, entre ellas una mujer. Ardieron en el enorme incendio provocado por las explosiones. ¡Qué muerte horrible! Casi todos tienen además heridas de bala. Según Giorgio, las balas provienen de sus propias armas. Solo un hombre sobrevivió, aunque no vivirá mucho tiempo, probablemente. Sufre terribles quemaduras…

Un nuevo el silencio es interrumpido por el timbre del teléfono. Aresti responde. Escucha más que habla. La conversación es breve. Se despide.

—Egan Achilleos, el muchacho que yo les recomendé está entre las víctimas. ¡Madre mía! Es el hijo de una persona que conozco. Al

parecer es la única víctima local. Los demás son extranjeros. ¿Qué relación puede tener Egan con todo eso?

—Lo más probable es que Egan les haya estado dando información sobre nuestro trabajo a esos extranjeros, opina Thomas.

Aris se hunde durante unos instantes en un acongojado silencio.

—Pobre muchacho, dice al fin. Qué terrible golpe para esa familia.

—¿De qué nacionalidad son las otras víctimas?, pregunta Thomas.

—Italianos.

—Son ellos, dicen casi al mismo tiempo Sarah y Thomas.

—¿Quiénes?, pregunta Aresti.

—Los miembros de la Entidad. El servicio secreto de la Iglesia, responde Thomas.

—¡El servicio secreto de la Iglesia!, se sorprende la conservadora.

—Ya sé, cuesta creerlo, pero son más reales que la resurrección de Jesús.

Aresti reflexiona unos segundos, luego añade.

—El capellán que dio la alerta dijo que las víctimas habían sido enviadas por el Vaticano, sí.

—Vinieron con la misión de destruir la tumba y los cuerpos, dice Sarah.

—Ya no podrán destruir gran cosa, supone Aresti.

—Los muertos no, quienes los mataron sí.

Thomas tiene los ojos cerrados. El agua corre sobre su rostro y su cuerpo sin conseguir llevarse con ella la tensión que lo atenaza. Las cámaras que dejaron en Piedra-Luna no le parecen ahora una protección suficiente para la tumba. Debería dormir allá. No es una opción que le encante, pero no ve otra.

Envuelta en una toalla Sarah se seca el pelo mientras verifica por enésima vez en su laptop el funcionamiento de las cámaras. Thomas sale del baño envuelto también en una toalla. Sonríe al ver a Sarah enfrascada con la computadora.

—Has verificado las cámaras ochenta veces, dice.

—Y seguiré haciéndolo. No he llegado hasta aquí para que una banda de asesinos fanáticos destruya mi trabajo.

—Voy a dormir allá esta noche.

—¿Te volviste loco?

—Estando allí podría al menos apedrear a los que viniesen a dañar la tumba. Eso te daría tiempo para prevenir la policía y, sobre todo, le daría tiempo a la policía para llegar.

—Los tipos del Vaticano está armados, Thomas. Son militares entrenados. Te matarán.

—Hay decenas de escondites en la montaña que yo conozco y ellos no. Si los apedreo desde la cima perderán un tiempo precioso intentando atraparme. Si suben por una ladera yo puedo escaparme por otra. Teniendo en cuenta los muertos, no deben quedar muchos.

—Bueno… Yo vengo contigo.

—No. Es demasiado peligroso. Tú tienes que avisar a la policía.

—Lo puedo hacer desde Piedra-Luna.

—Te dije que no.

—Quién eres tú para decirme lo que debo hacer.

—No creo que sea momento para discutir.

—No me importa lo que creas. Si tú vas, yo voy. Punto.

—Te dije que no. Cada cual hace lo que debe hacer. No se habla más.

—¡Acaso te escuchas, macho talibán!

El teléfono de Sarah suena.

—Es Aris Aresti, dice mientras responde.

Thomas comienza a vestirse sin dejar de prestar atención al intercambio entre Sarah y Aresti, que adivina a través de las expresiones y las cortas frases de su novia. Ella se despide y dice.

—Uno de los enviados del Vaticano quedó con vida. Según la policía es el asesino. El sacerdote que dio la alarma lo encontró atado en el monasterio y lo liberó. Nadie sabe dónde está ahora. Aris nos aconseja que cambiemos de hotel y nos ocultemos hasta que la policía lo encuentre.

Unos golpes en la puerta los sobresaltan. Una voz masculina hablando inglés con un fuerte acento despierta sus recelos.

—Buenas noches, somos el equipo técnico del hotel. Tenemos un problema de infiltración de agua. No sabemos de donde proviene por lo que estamos inspeccionando las habitaciones para hallar el origen del disfuncionamiento y solucionarlo. ¿Podríamos entrar un momento, por favor?

—Tiene acento italiano, susurra Thomas.

Sarah está de acuerdo.

—Vístete rápido. Yo recojo la mochila y las computadoras.

—Si no respondemos pensará que no hay nadie, propone ella, murmurando también.

—No nos servirá de nada. Acabará por abrir la puerta y entrar con la intención de registrar nuestras cosas.

La aprensión se va convirtiendo en terror en la mente de Sarah, mientras se viste a toda prisa.

—¿Entonces, qué hacemos?

Thomas eleva la voz y dice:

—Perdone, señor, mi esposa está tomando una ducha. Voy a decirle que se apure. Pueden ir a otra habitación y volver en unos minutos.

El hombre tarda en responder. La estrategia de Thomas lo contraría, pero opta por aceptar la propuesta.

—De acuerdo, vuelvo en unos minutos.

—Primero habló en plural, ahora en singular.

—Es el sobreviviente del Vaticano, el asesino al que se refirió Aris, murmura de nuevo Sarah.

Thomas le da razón con un movimiento de cabeza, mientras dice en voz alta.

—Muchas gracias, señor. Estaremos listos.

Terminan de prepararse, recogen las computadoras, los papeles y algunas otras pertenencias que meten en la mochila de Thomas. Él va hasta la ventana y la abre. Se trata de una ventana guillotina.

—¿Qué haces?

—Desde que me tuve que esconder en hoteles en París aprendí a preparar siempre una vía de escape. Aquí también lo hice. Hay un borde, una especie de saliente en el cual se apoyan los reflectores que iluminan el nombre del hotel desde abajo. Nos permitirá

caminar por él. Nos podemos sujetar de las letras y llegar a la habitación contigua.

—¿Lo verificaste?

—Sí.

Thomas miente. Todo cuanto hizo fue apoyar un pie sobre el saliente desde la ventana hace unos días. Le pareció sólido, pero llamar a eso verificación es ponerle cloroformo al diccionario. Sarah mira por la ventana.

—¡Caminar por ese borde a siete pisos de altura!

—Por la puerta no podemos salir. El tipo nos estará esperando.

Ella vuelve a mirar el saliente. La altura… Thomas propone:

—La otra posibilidad sería que tú abras la puerta y yo golpee al supuesto plomero por detrás cuando entre.

—Nada nos dice que esté solo.

Thomas vuelve a la opción del saliente.

—El nombre del hotel está iluminado desde arriba y desde abajo, las letras no están electrificadas. El modelo de ventana nos permite cerrarla desde afuera. Ganaremos algún tiempo.

Un pequeño silencio. Thomas insiste:

—No hay otra opción, amor…

—Los proyectores nos pueden deslumbrar.

Aunque todavía no ha caído la tarde, el nombre del hotel está ya profusamente iluminado.

—Si no los miramos, no, opina Thomas.

Sarah observa por última vez el saliente, la calle, la disposición de los proyectores… Susurra:

—Vamos.

Se dan un corto beso. Thomas señala:

—Paso primero para sujetarte.

Él sale por la ventana, se apoya en el saliente. Verifica la solidez. Le parece bien. Tiende la mano a Sarah que lo sigue y cierra la ventana tras ella.

—No mires hacia abajo.

—¡Ni loca!

Desde esa altura toda caída sería fatal. Como previsto, los potentes reflectores les dificultan la visibilidad. El viento sopla por

rachas, lo cual añade inestabilidad. Avanzan con pequeños pasos. Sarah está aterrorizada, Thomas no lo muestra, pero tiene un severo nudo en el estómago. No pueden volver atrás ni detenerse, solo avanzar.

Al paso de Thomas, fragilizado por su peso, un pedazo del saliente se agrieta sin que ellos lo perciban. La ligera albañilería cede y cae unos segundos después bajo los pies de Sarah que deja escapar un grito al quedar colgando de una letra, la delta Δ. Durante unos instantes, Sarah y Thomas se miran horrorizados. Los corazones latiendo a romperse. Entre ellos hay ahora un vacío.

La letra Δ no parece capaz de soportar por mucho tiempo el peso de un cuerpo. Está sujeta por tres puntos, no muy sólidos. La letra siguiente Σ, sigma, no ofrece un fácil agarre. Sarah intenta balancearse para alcanzarla. Thomas ve uno de los sostenes de Δ a punto de separarse de la pared. Grita:

—¡Así no, Sarah!

Ella se detiene, aterrada.

—¿Qué pasa?

—El agarre de la izquierda se está soltando.

Enmudece. Thomas propone otra solución.

—Estira tu pie derecho hasta tocar el borde del saliente de mi lado.

Ella intenta. No lo logra.

—No lo veo. El proyector me deslumbra.

Thomas está del otro lado del proyector.

—De acuerdo. A mí no me molesta. Yo te guío con mi pierna izquierda.

Lo intentan sin éxito una primera vez. Thomas constata que el agarre superior de Δ comienza también a ceder.

—Probemos de nuevo, insiste.

Sarah sigue la dirección de la mirada de Thomas y comprende lo que está sucediendo en lo alto de Δ.

—¡La delta se suelta!, dice.

—¡Ahora, Sarah, tiene que ser ahora!

Él estira su pierna, ella también. Centímetro a centímetro… La letra griega cede milímetro a milímetro… ¡Lo logran! El pie de Sarah

se apoya al fin en el borde del saliente. Parece sólido. Thomas se aleja para no forzar demasiado el frágil reborde. Un rápido movimiento le permite a Sarah llegar con su mano derecha hasta Σ.

¡La letra Δ se desprende y cae!

La pareja sigue el fatal recorrido de Δ que se estrella en la calle.

—Tenemos que seguir, Thomas.

—Sí, el tipo del Vaticano no va a tardar.

Siguen avanzando con mucho cuidado hasta alcanzar la habitación adyacente. Está débilmente iluminada. La ventana, no totalmente cerrada, indica que está ocupada. Sería mejor entrar en una habitación vacía, pero el tiempo se agota. Un metro más allá el saliente se acaba. No hay más opciones.

Temiendo que los gritos de los huéspedes los delaten, Thomas levanta lentamente la ventana. No hay reacción. Hace entrar a Sarah, luego entra él y cierra. No hay nadie. Se abrazan. Los ocupantes de la habitación salieron a cenar probablemente. Tienen suerte. Los golpes en la puerta del cuarto que ellos acaban de dejar vuelven a escucharse, como la voz algo gutural del falso técnico. Tras mucho insistir, el silencio remplaza los golpes y la voz.

—Debe estar abriendo la puerta con una llave maestra o una ganzúa, opina Thomas.

Sarah se pega a la pared que separa las dos habitaciones con la intención de escuchar lo que sucede del otro lado. Con igual designio Thomas abre unos milímetros la puerta de entrada. Ella le hace un gesto para indicarle que el agente del Vaticano entró en la habitación contigua.

Salen al pasillo. Caminan tan rápido como pueden, por suerte la alfombra apaga los ruidos. Evitan el elevador, se lanzan por las escaleras. No tardan en escuchar unos pesados pasos que corren en pos de ellos.

Llegan al parqueo subterráneo, se ocultan tras un auto. Una carrera frustrada, una respiración agitada y unas botas que chirrean irrumpen, acompañadas de un rosario de maldiciones sazonadas con algunas palabrotas en la lengua adoptada por los Papas cuando el cristianismo se hizo romano.

El coronel Santino sube al lobby del hotel a toda velocidad y sale, convencido de que Thomas y Sarah se escaparon por la calle. Varios curiosos rodean la letra delta hecha añicos. Santino araña con ojos asesinos los cuatro puntos cardinales sin éxito. Arde en cólera. Le daría con gusto una paliza a cualquiera de los que observan la Δ rota. Se retiene, no por consideración con ellos, sino porque sabe que la policía lo busca y debe ser discreto.

Convencidos de que el asesino regresará al parqueo, Sarah y Thomas montan en el pick-up y arrancan. Ella pone el seguro de su portezuela, el de Thomas no funciona, él prefiere no decírselo. Franquean a toda velocidad la puerta del parqueo, evitando de justeza un auto que pasa. Cambian varias veces de dirección hasta estar seguros de que nadie los sigue y se detienen en una plaza que les ofrece protección y visibilidad.

Verifican las imágenes de las cámaras. Todo está en calma en Piedra-Luna.

—Que ese tipo haya venido a nuestro hotel en lugar de ir directamente a la tumba significa que no sabe dónde se encuentra. Nos necesitaba como guías, opina Thomas.

—No tiene sentido. Esos hombres tienen que haber estado espiándonos desde hace mucho.

—La comunicación entre los muertos y el asesino probablemente no era muy fluida. Lo menos que indican esas explosiones es que muy amigos no eran.

—Hay que llamar a los chicos. Ellos también podrían estar en peligro.

Llaman a Temis, Athina y a Nikos y los ponen en conferencia. Les dicen la verdad sobre la tumba, les hablan de los enviados del Vaticano y de sus intenciones. Como todo el mundo en Pafos, los tres chipriotas están al corriente de lo sucedido en el antiguo monasterio, pero ignoran la relación entre la terrible explosión, la tumba y ellos. Sarah y Thomas les explican.

—El hombre que provocó esa explosión es alguien extremadamente peligroso. Su intención es destruir la tumba. Al parecer no sabe dónde se encuentra. Necesitará a alguien que le

sirva de guía, por eso pensamos que ustedes podrían estar en peligro.

De un común acuerdo, optan por no anunciarles la muerte de Egan.

—Por precaución váyanse de sus apartamentos hasta que la policía atrape a ese monstruo. Si lo necesitan alójense en un hotel. Nosotros se lo reembolsaremos.

Se despiden, más tranquilos ahora.

—Busquemos un hotel alejado del centro y un sitio donde comer algo, propone Thomas.

—Necesito una farmacia, dice Sarah.

—¿Te pasa algo?

—Lo que le pasa una vez al mes a todas las mujeres por la desgracia de Dios.

La inquietud de Thomas se disuelve en una sonrisa. Arranca el pick-up y toma la dirección de la periferia.

—Como fuimos creadas con la costilla de un tipo que había sido, él mismo, hecho con fango, es normal. Estamos mal hechas.

Ríen ahora, tal vez exorcizan las tensiones.

—El dolor mensual, al parecer, también es obra de nuestro Divino Creador. Como los dolores del parto. Él siempre tan bueno con las mujeres.

—¿No será que Dios quiso ser a tu imagen y semejanza y no pudo? Porque si una cosa se ve clara es que a él le gustan más los hombres que las mujeres.

Una carcajada los une.

—La hipótesis merece ser considerada, como hija de Eva lo reconozco.

—Y ahora en serio, afirma Thomas, sabías que la Iglesia se opuso al parto sin dolor cuando la medicina lo hizo posible a mediados del siglo XIX.

—Lo sé, sí. Exigían que se respetase la maldición del Génesis. Los muy hijos de… Dios. Preferían hacer sufrir a las mujeres y poner en peligro sus vidas y las de los bebés para respetar un ridículo libro lleno de contradicciones escrito por hombres cuyas estrechas mentes creían que las estrellas podían guiar a los caminantes y posarse en la

tierra. Claro, si algo sabían ellos, aunque no tenían la menor idea del por qué, era que nunca conocerían esos terribles dolores, ya que eran incapaces de concebir y dar la vida.

Ruedan en silencio buscando la cruz verde que en buena parte del mundo es sinónimo de farmacia. Sarah lee en la pantalla de su teléfono:

—Génesis 3:16. *A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos y tu deseo será para tu marido y él se enseñoreará de ti.*

—Lee lo que sigue, le pide Thomas.

Sarah lee:

—*Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida*. *Espinos y cardos te producirá y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás…* Qué disparate. Está pésimamente escrito, además. ¿Cómo es posible que la Humanidad haya creído semejantes sandeces.

—Haya creído no, amor, que crea.

—¡Para, para!

—¿Una farmacia?

—En la calle que acabamos de pasar hay una.

—Doy la vuelta.

—No hace falta. Espérame aquí, está cerca.

Sarah coge la mochila donde tienen sus cosas, entre ellas el dinero, se baja y desaparece en la esquina. Thomas deja encendido el motor. Una moto se acerca. Él no le presta atención, de haberlo hecho habría reconocido la moto de Egan. Pero está distraído consultando los mensajes en su teléfono. La puerta derecha del pick-up da entrada a un hombre armado con una pistola alargada por un silenciador: el coronel Santino.

—Avance, ordena.

Habla en inglés con marcado acento italiano. Thomas piensa abrir la puerta y huir, pero teme que Sarah llegue y el italiano la

tome a ella de rehén o les dispare. Si lo conoce a él, debe saber también quién es ella. Obedece para alejarse cuanto antes. Al cabo de unos minutos el coronel ordena:

—Deténgase.

Thomas frena. Sin dejar de apuntarle el hombre lo cachea y se asegura de que no está armado.

—Continúe, dice.

—¿A dónde vamos?

La respuesta del asesino es aterradoramente ambigua.

—A su tumba.

Sarah sale de la farmacia. Camina hacia el sitio donde dejó a Thomas contenta de haber encontrado lo que necesitaba. No ver el pick-up lui provoca una descarga de adrenalina que intenta manejar dominando sus peores intuiciones. Probablemente al estar mal parqueado la policía lo obligó a moverse y está dando la vuelta o enredado en calles de sentido opuesto, se fuerza a pensar. Espera, falsamente tranquila. No por mucho tiempo. Lo llama.

En el pick-up el teléfono de Thomas suena. Lo tiene en uno de sus bolsillos. Se dispone a extraerlo. El frio cilindro del silenciador se hunde en sus costillas.

—Ni se le ocurra responder.

Un gesto de la mano del asesino exige le entregue el teléfono. Thomas no puede negarse. El coronel Santino lanza el aparato por la ventanilla.

No obtener respuesta a pesar de llamar una y otra vez vuelve a disparar la adrenalina de Sarah. Mira la hora. Pasó suficiente tiempo, aunque la policía lo hubiese obligado a mover el pick-up, Thomas debería estar de vuelta. Aterrada, piensa en el asesino del Vaticano. Un temblor brota de su miedo y de la consciencia de que Thomas podría estar en manos de un desquiciado criminal. Piensa en llamar a la policía, pero ¿cómo hablar con ellos sin lengua en común?

¡Aris!

Busca el número de Aris Aresti, llama, da timbre una, tres, cinco veces, hasta que la voz grabada la invita a dejar un mensaje. Cuelga. El miedo se multiplica en su mente. Repite la llamada. De nuevo escucha sonar el timbre hasta que el respondedor repite la frase que acaba de escuchar. Le tiembla la voz mientras graba su mensaje.

—Aris, creo que Thomas cayó en manos del asesino del Vaticano. Es casi seguro que estén camino a la tumba. Ese tipo quiere robarse los cuerpos de María y Jesús o destruirlos. Si lo consigue, lo más probable es que después mate a Thomas. Llama a tu ex esposo o a la policía, por favor.

Un taxi pasa, Sarah lo para. Con el poco de inglés que habla el taxista y la cosmopolita lengua de los gestos, ella le explica su destino. El hombre rechaza la carrera. Sarah remplaza las palabras por los números. Muestra un billete que representa varias veces el precio del recorrido. El rostro del hombre cambia de expresión. Ella se sienta en el asiento trasero del auto y abre su laptop.

—Conduzca lo más rápido que pueda si quiere ganar una buena propina.

> *"Me parece seguro que a la Iglesia le aguardan tiempos muy difíciles. Su verdadera crisis apenas ha comenzado. Hay que contar con fuertes sacudidas. Pero yo estoy también totalmente seguro de lo que permanecerá al final: no la Iglesia del culto político, que fracasó ya en Gobel, sino la Iglesia de la fe. Ciertamente ya no será nunca más la fuerza dominante en la sociedad en la medida en que lo era hasta hace poco tiempo. Pero florecerá de nuevo y se hará visible a los seres humanos como la patria que les da vida y esperanza más allá de la muerte."*

Monseigneur Sinclair está sentado tras su lujoso escritorio en el cual la madera preciosa y el oro se alían para transmitir una armoniosa imagen de estabilidad y poder. Lo rodean obras de

maestros renacentistas y prerrenacentistas, Giotto, Fra. Angélico, Cimabue… Célebres nombres del mundo del arte cuyos precios de mercado se cifran en decenas de millones de euros. Flagrante contradicción entre lo dicho y lo hecho de una Iglesia que predica:

"…porque la raíz de todos los males es el amor al dinero…" (1 Timoteo 6:10)

Lee por enésima vez el texto de Ratzinger, tan caro a su querido Jacques Étienne, y que tanto lo entristece a él. Texto premonitorio al cual, durante mucho tiempo hizo rechazo, pues lo aterrorizaba y que hoy parece a punto de convertirse en una desgarradora realidad.

Conocida por pocos, escamoteada, la llamada Profecía fue escrita por Joseph Ratzinger en 1968, cuando todavía no podía imaginar que un día, bajo el nombre de Benedicto XVI, dirigiría la fastuosa institución a la que hacía referencia su escrito. Institución cuya depravación lo llevaría a ser uno de los poquísimos Papas a renunciar al Papado y al Poder… aunque no a todos sus privilegios.

Vuelve a sumergirse en las palabras del admirado teólogo alemán, que como las de su coterráneo Martín Lutero podrían revolucionar la Iglesia:

> *"Pronto tendremos sacerdotes reducidos al papel de trabajadores sociales y el mensaje de fe reducido a una visión política. Todo parecerá perdido, pero en el momento oportuno, precisamente en la fase más dramática de la crisis, la Iglesia renacerá. Será más pequeña, más pobre, casi catacumba, pero también más santa. Porque ya no será la Iglesia de los que buscan agradar al mundo, sino la Iglesia de los fieles a Dios y su ley eterna."*

El teléfono de *Monseigneur* Sinclair suena. Con presteza cercana al atropello, el clérigo responde. Esperaba esa llamada con tanta ansiedad como temor. Se trata del padre Demetriades, el párroco que a su pedido acogió al obispo Gaetani y a sus hombres en el deshabilitado monasterio que en tiempos mejores resonaba de rezos y divinas promesas, tristemente incumplidas y que esta vez, para bochorno y repentir de la Iglesia, dio amparo a un grupo de asesinos.

Los caminos de Dios son inescrutables, recuerda Romanos 11.

—Que el Señor Todopoderoso lo acompañe siempre, estimado padre.

—Igual gracia le deseo, Excelencia. En lo que a mí respecta temo que el señor me haya abandonado.

El corazón de Sinclair aumenta violentamente el ritmo de sus latidos, como si el músculo que tantas civilizaciones creyeron centro de la inteligencia y las emociones tuviese además la capacidad de adivinar cuan pésimas son las noticias que ha de anunciar el padre Demetriades.

—El Señor nunca nos abandona, padre.

—Ya lo sé, *Monseigneur*, pero hay veces que… da la impresión de que mira hacia otro lado.

—¿Ha sucedido algo grave?

—Trece personas fueron asesinadas. Diez de los hombres enviados por usted más la mujer, el coronel Jonás y un chico de aquí. Las mató el último de los suyos que llegó a la isla. Hizo explotar tres autos. Ardieron vivos, Excelencia, ardieron vivos como infieles en una hoguera medieval.

La severa conmoción provocada por la noticia hace perder su hábil elocución al consejero del Santo Padre. Daña incluso su comprehensión. Una momentánea confusión lo azota, un desconcierto que no se explica, que cree provocado por la terrible información recibida.

Le sucede algo infinitamente más grave. Él todavía lo ignora.

—¡Trece personas… asesinadas!

—Inmoladas por el fuego como herejes de los tiempos oscuros de nuestra Santa Madre Iglesia, Excelencia.

—¿Y dice que… asesino fue… coronel Santino?

—Sí, me lo confesó él mismo con orgullo. Él mismo… A menos que se haya tratado del demonio que entró en posesión de su alma, confirma el padre Demetriades.

Los dos religiosos callan horrorizados. Ambos saben que el diablo no jugó ningún rol en la tragedia, que fue la intrínseca crueldad humana, que alcanza cúspides con el fanatismo religioso, la ilimitada barbarie de aquellos que creen matar por mandato divino y piensan

que sus crímenes agradarán a algún dios que los recompensará. Ese peculiar estado mental tiene sin embargo un lado positivo en este caso, para *Monseigneur*, al menos. El coronel Santino es brutal, puede cometer atrocidades, parecer diabólico, pero su fidelidad a la Iglesia es absoluta. Eso hace de él un inestimable agente. Por más que esta vez su salvajismo sorprenda incluso a Sinclair.

—El obispo Gaetani…

Tiene de nuevo la elocución intricada. No cree que pueda ser la emoción, sin embargo, ¿qué puede ser? Debe repetir la pregunta:

—Obispo Gaetani… es… obispo ¿entre muertos?

—El Señor no ha decidido todavía su destino. Se encuentra entre la vida y la muerte. Hice lo que pude por salvarlo, pero no logré impedir que las llamas lo devoraran. Los médicos creen que la muerte sería mejor para él. Ni siquiera la morfina puede atenuar su dolor. Sufre quemaduras extremas que involucran la dermis, los músculos y en algunas zonas incluso los huesos.

Un nuevo silencio abruma al cardenal. Ahora entiende por qué no había tenido noticias. ¡Qué horror! El sacerdote chipriota concluye:

—Le soy honesto, ese Santino despertó en mí sentimientos muy extraños. Me sentí culpable. Lloré y recé por todos aquellos que nuestra Santa Iglesia sometió a semejantes torturas en otros tiempos. Los propios médicos dicen que es la peor de las muertes.

Un púdico silencio cubre los pensamientos de los dos religiosos. ¿Piensa acaso *Monseigneur* Sinclair en las miles de personas que perecieron en la hoguera por la desgracia de Dios y el furor de la Iglesia?

No, no, eso fue antes…

Sinclair siente una piedad formal por el obispo Gaetani. El sentimiento más intenso que experimenta, sin embargo, es la satisfacción. Si Gaetani no puede concretizar sus planes, no todo está perdido.

—Y… coronel Santino, ¿dónde se encuentra?

—Lo ignoro, *Monseigneur*. Sabiendo que se trataba del único hombre de ese grupo de bandidos en quien usted tenía confianza

para salvar el futuro de nuestra Madre Iglesia, lo liberé. Los otros lo habían atado.

—Hizo bien, padre.

—No lo sé, *Monseigneur*, no lo sé. Me desgarra pensar que he liberado a ese ser tan inhumano, a ese monstruo. Oh, Dios mío, perdóname. Qué triste es para mí, para usted también, supongo, y para toda la comunidad cristiana que el futuro de nuestra Santa Iglesia dependa de semejante demonio.

—Libérese de las ideas negras, padre Demetriades. Usted no es culpable. Usted es ciervo del Señor y como tal ha obedecido. Piense en lo que Dios pidió a Abrahán. A veces Nuestro Creador nos pone a prueba. ¿Cuándo espera a ver al coronel Santino?

—Jamás, Excelencia. A menos que él venga a verme, lo cual es improbable. La policía lo busca, el monasterio y la iglesia están vigilados.

—Sería importante que le transmitiese un mensaje.

—Me pide más de lo que puedo hacer, *Monseigneur*. He visto al diablo una vez, no creo que pueda enfrentarlo de nuevo.

Un llanto convulsivo estremece al padre Demetriades. Cuelga sin despedirse siquiera.

La estupefacción tensa el rostro de *Monseigneur* Sinclair. La confusión brota y se regodea en su espíritu. Intenta levantarse, las piernas no le responden. Se siente extraño, anormal, no sabe qué hacer. Tantos muertos acabarán por poner de nuevo a la Iglesia bajo sospecha, si no bajo acusación. ¡Dios Santo! Vuelve a la lectura de Ratzinger en busca de contención.

> *"Una Iglesia despreciada por el mundo, con menos seguidores, obligada incluso a abandonar buena parte de los lugares de culto que ha construido a lo largo de los siglos. Una Iglesia católica de minoría, poco influyente en las decisiones políticas, socialmente irrelevante, humillada y obligada a volver a empezar desde los orígenes. Pero también una Iglesia que, a través de esta enorme sacudida, se reencontrará a sí misma y renacerá simplificada y más espiritual."*

Intenta de nuevo ponerse de pie, le gustaría ir a su ventana predilecta. No lo logra. ¡Cómo es posible! ¿Qué es ese mareo?

Vuelve al texto de Ratzinger que tiene antes los ojos.

"De la crisis de hoy surgirá mañana una Iglesia que habrá perdido mucho. Se hará pequeña, tendrá que empezar todo desde el principio. Ya no podrá llenar muchos de los edificios construidos en una coyuntura más favorable. Perderá adeptos, y con ellos muchos de sus privilegios en la sociedad…"

No puede continuar, las letras se mueven caprichosamente, como animadas de vida, el texto se le hace borroso. Un terrible y súbito dolor de cabeza lo asusta ahora. Comprende al fin que algo insólito le pasa. Llama a su asistente por el intercomunicador.

El padre Bautista conversa en el pasillo con el padre Zacarías sobre el tema que los ocupa a todos, especialmente al bajo clero: el Códex M, la posibilidad de que el cuerpo de Jesús exista y una copiosa lista de etcéteras relacionada con la vida de María Magdalena y los primeros años del cristianismo de la que está prohibido hablar, aunque todo el mundo habla. Son asuntos de los que solo se atreven a departir con personas de confianza, lejos de las oficinas, que como todos saben, tienen oídos.

Lo prohibido tiende a engendrar pasiones, tal vez por eso el padre Bautista no escucha el llamado de *Monseigneur* Sinclair que suena en el vacío de su oficina, mientras afuera él dice:

—Si el cuerpo de Jesús existiese, te imaginas lo que significaría para la Iglesia. ¡Y para nosotros!

—No quiero ni pensarlo. Nos quedaremos sin trabajo, habremos perdido años de vida… ¡Protégenos, Santa Virgen! Por suerte la famosa tumba de Jerusalén estaba vacía.

El padre Bautista baja la voz y dice.

—Ahora lo buscan en Chipre. Al parecer María Magdalena y él estarían enterrados juntos allí.

—¿Cómo lo sabes?

—No hagas preguntas tontas, Zacarías, dice lanzando una apoyada mirada hacia la puerta de *Monseigneur* Sinclair.

—¡Padre Santo! Entonces sí se hundirá todo.

El insistente sonido del intercomunicador los alerta al fin. El padre Bautista corre y responde a la obstinada llamada.

—Diga, *Monseigneur*… Aquí estoy, Excelencia, lo escucho.

La falta de respuesta del consejero del Santo Padre le resulta inquietante. Sobre todo porque el sonido del intercomunicador no se detiene. Da unos golpes en la puerta que permite pasar de su modesta oficina al magnífico despacho de su superior. Nadie responde.

—Soy yo, Excelencia, el padre Bautista. Voy a entrar.

Repite varias veces la advertencia, pues *Monseigneur* Sinclair tiene absolutamente prohibido que alguien penetre en su escritorio sin que él lo autorice personalmente. Prohibición que incluye al padre Bautista, a pesar de su función. Es a causa de la relación del cardenal, secreta en otros tiempos, apenas discreta ahora, con el arzobispo Meslier, su pareja de toda la vida, que viene a menudo a verlo.

La ansiedad del padre Bautista crece de manera exponencial, aunque sus temores están lejos de la realidad. Cree que el hombre bajo cuyas órdenes sirve, que goza de la confianza de Su Santidad, acaba de retirarle la suya por no haber respondido a tiempo a su llamado. Subordinado al fin, teme haber perdido su empleo al servicio de un poderoso miembro de la curia y las prerrogativas aferentes.

¡Padre Santo, Rey del Cielo, protégeme!

Repite por enésima vez su advertencia, abriendo esta vez la puerta.

—Voy a entrar, Santísimo.

La imagen que se ofrece a sus ojos le arranca un grito. Desvanecido sobre su hermoso escritorio *Monseigneur* Sinclair apoya la cabeza en el intercomunicador, lo que explica la insistencia de su llamada.

—¡Santísimo, Santísimo!

Levantar el cuerpo desfallecido le permite constatar la flacidez del rostro, los ojos apagados, la boca babeante…

Corre hacia el pasillo, grita:

—¡Un médico! ¡Necesito un médico! *Monseigneur* Sinclair está muy mal. ¡Avisen rápido al servicio médico, por favor! ¡*Monseigneur* se muere!

Varias puertas se abren sobre rostros asustados y ojos saturados de preguntas a los que el padre Bautista dice:

—¡*Monseigneur* se va! ¡Llamen a los médicos!

El sacerdote vuelve a enfrentar el cuerpo flácido del cardenal que ha resbalado de su asiento y está ahora en el piso. Aprovecha la posición para escuchar el corazón del enfermo. *¡No late, Padre Nuestro, no late!* Aplica sus manos en el callado pecho que trata de estimular con un improvisado masaje cardíaco.

—Uno, dos, tres… De nuevo… Uno, dos…

Le toma el pulso. *¡Nada!* Pone un cristal ante su boca*. ¡Nada!*

¡Ayúdame, Padre Celestial, ayúdalo!

Varios médicos entran. ¿Enviados por el Celestial Padre? ¿Quién sabe? Los caminos del Señor son… tan incoherentes.

El padre Bautista explica lo visto, que es poco, mientras los médicos intentan devolver a la vida el cuerpo agotado del anciano. Varias tentativas más tarde los doctores se rinden. No hay nada más que hacer. Ganó la muerte.

Por Voluntad del Creador tal vez, a causa de un Accidente Cerebrovascular, sin dudas, el cuerpo del poderoso *Monseigneur* Sinclair, uno de los pocos hombres de confianza del Santo Padre, que muchos veían como futuro Papa, ya no es más que alimento de gusanos.

> *12 Entonces prometieron solemnemente que buscarían a Jehová el Dios de sus padres, de todo su corazón y de toda su alma; 13 y que cualquiera que no buscase a Jehová el Dios de Israel, muriese, grande o pequeño, hombre o mujer.*

LA BIBLIA. (2 Crónicas 15: 12-13)

El sol se rinde como cada día, lanzando rojizos destellos. El coronel Santino y Thomas van en dirección de la montaña. Thomas maneja tan despacio como puede. Confía en la noche. Ninguno de los dos habla. Cada uno piensa en lo que va a hacer para lograr su objetivo. El coronel constató que tiene en el pick-un todo lo necesario para hacer desaparecer el cadáver de Thomas. Su problema ahora es no ser engañado por su improvisado guía, pues él solo pudo venir a observar el terreno una vez y tiene una idea demasiado vaga de su geografía.

Solo conocía el rostro de Thomas por fotos, como el de Sarah. No lo juzga peligroso. Además, está desarmado. Por esa parte se siente seguro. Más espinoso le parece resolver cómo irse de la isla. La policía lo busca, por consiguiente el aeropuerto y los vuelos comerciales comunes están excluidos. De todas las opciones que ha barajado, la mejor le parece la huida por mar. Si todo termina satisfactoriamente esta noche deberá cambiar un poco de apariencia y dirigirse al puerto comercial de Limasol. Siendo el mayor de la isla es el más adecuado para pasar desapercibido y acceder a algún navío. Sin duda esa es la mejor opción. Por lo pronto debe mantener su concentración. Cada cosa en su momento, se dice. Dios proveerá.

No llevar al asesino a Piedra-Luna, sino a otra montaña, fue la primera opción de Thomas. Ya no la considera. Las cámaras de Piedra-Luna le parecen finalmente su mejor seguro de vida. Sarah debe estarlas controlando. Thomas no tiene la menor duda de que ella dio ya la alarma. Y será a Piedra-Luna que se dirigirán quienes vengan a ayudarlo… si vienen a tiempo, claro. El asesino del Vaticano es un hombre fornido. Aunque parece rondar los cincuenta años, debe estar bien entrenado. En un cuerpo a cuerpo no será un contrincante fácil. Su juventud y su agilidad son dos ventajas para él, Thomas está convencido. La más importante, sin dudas, será el efecto sorpresa. Él tiene claro que el hombre cuya pistola le apunta es un buen peleador, el asesino ignora que él también lo es.

—¿Entonces fue usted quien hizo explotar a los otros?

Thomas intenta hacerlo hablar para explorarlo. El asesino no responde. Ruedan un rato más en silencio. Thomas insiste, cambia de ángulo.

—Creo que había una chica entre las víctimas. Si es la que yo conocí en París, es una pena, no estaba nada mal.

¡Bingo! El hombre reacciona como si lo hubiese pinchado con una aguja. Una mueca de asco le cruza el rostro.

—Era una puta.

—Ya… por eso usted la mandó al infierno.

—No, fue Dios, yo solo fui su instrumento.

—¿Y por qué Dios lo hizo?

—Porque no soporta la traición. Y ahora cállese.

Ruedan de nuevo en silencio. Ya es casi de noche.

—Vamos a necesitar una linterna, dice Thomas.

—Cállese, le dije.

De nuevo el silencio los envuelve. El asesino no cesa de apuntarle con su arma. Hay algo de locura en su mirada. Thomas no duda de que lo matará tan pronto deje de serle útil.

—Pare.

La orden indica que el hombre tiene una idea bastante clara del camino.

—Un poco más adelante será mejor, dice Thomas.

El coronel acepta con un gesto. Avanzan hasta el punto donde la carretera se acerca más a las montañas. Thomas aparca en el sitio acostumbrado con la intención de que Sarah pueda seguirle la pista. Santino baja y extrae de su mochila una potente linterna. No la enciende, todavía hay suficiente luz.

—Coja las herramientas necesarias.

Thomas coje una pala.

—Lleve también un pico, ordena el hombre.

Thomas obedece.

—Diríjase hacia la montaña.

—¿Cuál?

—No se haga el estúpido o lo lamentará. La montaña donde está la tumba.

Thomas comienza a caminar lentamente. Si acorta la distancia podrá utilizar las herramientas para golpear por sorpresa al asesino, piensa. Pero el coronel Santino no es hombre que se deje sorprender tan fácilmente.

—Camine como mínimo a tres metros de mí.

La claridad comienza a disminuir. Pronto será de noche.

—Le advierto que yo no participé en la excavación. Soy el jefe del equipo. No conozco bien el lugar. De noche me será difícil encontrar la tumba.

—Camine y cállese.

Thomas intenta definir en qué momento el hombre del Vaticano tiene previsto matarlo. Lo más seguro es que lo haga cuando él le haya mostrado la tumba. Cosa que no hará, desde luego. Las cámaras abarcan un amplio perímetro, subiendo a varios metros de la perpendicular del Faro podrá ser visto por alguna de ellas y estará bastante lejos de la tumba. La luz de la linterna, además, llamará la atención a Sarah.

Llegan a Piedra-Luna cuando la visibilidad es ya mínima. Según lo previsto, Thomas se aparta lo suficiente para que la tumba no esté en su camino.

—Deje las herramientas en el piso.

—Debería llevar al menos la pala. Podría tener que excavar.

El coronel levanta la voz.

—Herramientas al piso dije.

La posible utilización de una herramienta como arma se esfuma. Una siniestra verdad aparece. Si el asesino le hizo traer las herramientas no fue para excavar sino para cavar su tumba una vez que lo haya matado. Thomas no logra reprimir el temblor que lo recorre.

—¿Dónde están los cuerpos?

—No lo sé. La tumba no fue abierta. En realidad no sabemos si contiene cuerpos o no.

—¿Por qué no la abrieron?

—Queríamos hacerlo ante testigos.

La respuesta parece coherente al coronel.

—¿Dónde está la tumba?

—A treinta metros. Por aquí hacia arriba.

—No se mueva de ahí.

Santino se aleja unos pasos sin dejar de mirar a Thomas, alumbrando con la linterna al pie de la montaña. Tras encontrar lo que busca, regresa y apunta a la cabeza de Thomas. Dos siniestros silbidos denuncian el paso de las balas. De haberse movido le habrían destrozado el cerebro. De nuevo un intenso temblor lo estremece. En su mente resurgen sus peores pesadillas: su padre con un proyectil en el cerebro, Stephan Dunois ahogado en un lago de sangre en las escaleras de "*Le Tren Bleu"*, él mismo tirado el piso mientras las balas lo buscaban en el Louvre…

Deja que se exprese la cólera para disimular el terror.

—No trates de asustarme porque tienes una pistola, asesino de mierda. Mientras yo no te enseñe la tumba tú no tendrás cojones para tirarme una bala en la cabeza porque sin mí tardarás semanas en encontrarla y la policía te encontrará antes. Ya sé que me vas a matar, así que dale. Tira en el centro esta vez.

Sigue un tenso silencio. El cambio de actitud del coronel es sutil, pero perceptible. Parece de pronto menos arrogante. Desvía su arma.

—Usted intentó engañarme. La tierra no está removida en esta zona. Lo está allá. Quiere decir que el equipo de excavadores no subió por aquí, sino por allá.

La observación del coronel Santino hiela la sangre de Thomas. Su estratagema se desmorona. Ascender por la perpendicular del Faro lo llevará directo a la tumba. Por más que la hayan disimulado es poco probable que escape a la perspicacidad del asesino del Vaticano.

Caminan hasta la zona donde la tierra removida denuncia el trabajo de los últimos días.

—Suba, ordena el coronel.

El tiempo se acaba, unos metros arriba podría terminar su vida, Thomas lo sabe. Encontrar el sepulcro de Jesús y María Magdalena abrirá el abismo de su propia tumba. La noche sin luna se presenta como su mejor aliada. La distancia que lo separa del asesino se

acorta por la necesidad de iluminar la ascensión. Será el último favor del destino.

—Alumbre delante, no veo nada.

Consigue que la distancia entre el individuo, el arma y él disminuyan un poco más, gracias a la impotencia de la luz. Aunque el hombre del Vaticano sigue estando a su espalda, lo que dificulta un ataque de defensa, su posición le sirve por lo pronto para detectar una piedra que responda a sus necesidades sin ser visto. Está más alto que el asesino, eso le da una corta ventaja. La mano derecha del hombre lleva el arma, la izquierda la linterna. El plan de Thomas se define en su mente, sus músculos se tensan. La respiración del asesino le permite calcular la distancia que los separa, un rápido vistazo la precisa. Lanza entonces un aterrador y sorprendente *kiai,* al tiempo que gira sobre sí mismo tomando impulso con el gesto en una patada circular con la que golpea violentamente la mano derecha del asesino, a la que se le escapa el arma. Una segunda patada, esta vez a los genitales, aumenta la sorpresa del individuo que se dobla víctima del dolor. Thomas recoge la piedra que escogió con la vista, una suficientemente grande y pesada, pero que puede sujetar sin dificultad con una mano. Golpea con ella la cabeza del coronel Santino con furia varias veces hasta que la sangre brota y el militar queda inconsciente.

Lanza un segundo *kiai*, esta vez por puro placer. Hacía años que no surgía de sus entrañas ese peculiar grito tan típico de las artes marciales que sirve a los combatientes para concentrar sus energías y perturbar la concentración del adversario. Su *kiai* resuena a través de las montañas repetido por el eco. No es ya grito de guerra, sino de victoria.

Vuelca rápidamente la mochila del coronel, seguro de que encontrará lo que busca. Los hombres de ese tipo nunca se deshacen de esos dos elementos. Allí están: una cuerda y un puñal. Le llama la atención la cantidad de explosivos. La cabeza del coronel Santino sangra abundantemente. Thomas teme haberlo matado. Le toma el pulso. Está vivo. Será juzgado. Dirá quién es y de dónde viene. Es lo más importante. Amarra sólidamente al asesino hasta

asegurarse de que no es más que un cuerpo sin capacidad de ejercer su voluntad.

Lanza un tercer *kiai*. Otro grito de victoria que resuena de nuevo en el eco.

Entonces un grito diferente repica con las voces de las montañas. Cree escuchar un espejismo:

—¡Thomas!

—¡Sarah!

Corren el uno hacia el otro, se abrazan, se acarician nerviosamente, se besan. Todavía asustados, felices ya.

Una inmensa agitación estremece las calles de Pafos. Periodistas, famosos y vips de diferentes ámbitos ocupan la mayor parte de los hoteles, muchos de los cuales tuvieron que ser requisados por las autoridades, pues del mundo entero acuden personas deseosas de asistir al histórico evento. Los vehículos de transmisión de múltiples canales de televisión se posicionan en las inmediaciones de Piedra-Luna. Al pie y en la ladera de la montaña un ejército de trabajadores ultima los preparativos. Alrededor de la tumba una sólida tarima se alista para acoger a las personalidades más relevantes. El resto de los asistentes presenciará los hechos a través de imponentes pantallas. El contenido de la polémica sepultura no será una incógnita por mucho más tiempo. La apertura está programada para este sábado.

Sarah y Thomas han perdido el sueño a causa de la responsabilidad que toda esa efervescencia representa. Aunque hay ahora decenas de personas implicadas son ellos, en última instancia, los máximos y últimos responsables. Pesadillas recurrentes los atormentan, en una la tumba está vacía, en otra, la peor tal vez, los cuerpos que se encuentran en ella no corresponden en lo absoluto a una mujer y un crucificado.

En la habitación de la pareja Sarah duerme, pues alcanzó el sueño bien entrada la madrugada. Thomas durmió unas horas, pero se despertó temprano. Hastiado de debatirse con el insomnio se

duchó y se puso a comprobar la correcta impresión del libro "Adiós a Dios", que editó en Amazon como sorpresa para su padre, no a nombre del misterioso Mand Selar, sino de Armand Roussel. Aunque pasa las hojas leyéndolas en diagonal, solo para verificar que no hay errores, de vez en cuando algún pasaje lo cautiva, como ahora:

> Uno de los negocios más despreciables de la Iglesia fue la venta de indulgencias. Con él se financió gran parte de la Basílica San Pedro de Roma y se enriquecieron muchos autodesignados representantes de Dios en la tierra.
> Las indulgencias y su comercialización, más o menos velada, eran una antigua práctica. Se "ofrecían" a cambio de servicios prestados "a Dios". Urbano II, por ejemplo, prodigaba indulgencias a manera de motivación a los que fueran a la Primera Cruzada…
> Pero fue el Papa León X (de la poderosa familia Medici), el que más alto puso la bandera de la bajeza con respecto a las indulgencias. A León X y a varias "Santidades" que lo rodeaban les fue revelada una forma divina de multiplicar "los bienes del Señor": vender un pedazo de papel mediante el cual la Iglesia "garantizaba" que Dios perdonaba al comprador un número suficiente de pecados para que su estancia en el Purgatorio se redujese significativamente. Perdón celestial proporcional al monto pagado por la supuesta "indulgencia", desde luego.
> Este Venerable Comercio era ya divinamente rentable cuando un Bendecido encontró un medio de hacerlo prosperar aún más, atendiendo a que oro y orar son palabras de la misma familia. Resultó que ese hombre de Dios, cuyo nombre la historia prefirió olvidar, recibió una iluminación indicándole como aumentar los beneficios de ese don celestial: vender algo todavía más esotérico. ¡Indulgencias que "aceleraban" el paso por el Purgatorio de los seres queridos ya fallecidos!
> Con esa inspirada luz hizo su reaparición la Culpa, que tan bien opera la Santa Madre Iglesia.
> Los vendedores de aquellos peculiares "contratos con el Altísimo", Beneméritos Hermanos y Padres, Representantes todos de Dios

en la Tierra, culpabilizaban con maestría a sus auditorios usando prédicas como la que dejó escrita el repugnante dominico John Tetzel:

"No oyen las voces de clamor de sus padres y familiares muertos que dicen, ten misericordia de mí, ten misericordia de mí, porque estamos en gran dolor y sufrimiento. De esto podrías redimirnos con una pequeña limosna, y sin embargo no quieres hacerlo. ¿Por qué eres tan cruel y duro que no deseas salvarnos a pesar de que solo es un poco de dinero?"

A los que dudaban o tardaban en decidirse, el destacado miembro de la "sagrada" Orden de Predicadores, fundada por el "santo" Domingo de Guzmán, notorio instigador de las hogueras donde arderían vivos miles de "herejes", prometía:

"Tan pronto la moneda caiga en la cajuela, el alma del difunto al cielo vuela."

El círculo de esa iniquidad se cerró el miércoles 12 de enero de 2011, en la sala Pablo VI del Vaticano cuando, ante varios miles de personas, durante una catequesis o charla sobre temas religiosos, el Papa Benedicto XVI, "infalible" como todos los Papas desde que en 1870 uno de ellos lo decretó, dijo:

"El Purgatorio no es un elemento de las entrañas de la Tierra, no es un fuego exterior, sino interno. Es el fuego que purifica las almas en el camino de la plena unión con Dios. Esto es el Purgatorio, un fuego interior."

Dicho con otras palabras, el Purgatorio es un cuento.
La Iglesia que vendía por un elevado precio un papel "garantizando" que el fiel y su familia pasarían menos tiempo en el Purgatorio, dice hoy que…
¡El Purgatorio no existe!
Se trata de la misma Iglesia. No ha cambiado siquiera de dirección.

En ese sentido, varios años antes, el mes de julio de 1999, había sido ya increíblemente milagroso pues, por la fuerza de un infalible verbo, dos otros importantes "lugares" del dogma cristiano, habían dejado de ser "sitios" para convertirse en "sentimientos".
Prodigiosa desmaterialización que solo la religión y la imaginación son capaces de realizar.
El primero de estos prodigios tuvo lugar el miércoles 21 de julio de 1999, en el Vaticano, ante miles de personas, como de costumbre, en una de las habituales catequesis de los miércoles, cuando el venerado e "infalible" Juan Pablo II, hoy convertido en santo, explicó que:

"La Biblia describe la residencia de Dios en forma metafórica, pues el Paraíso no se encuentra físicamente entre las nubes del cielo, sino que es un estado de glorificación. El Paraíso existe, pero no es una abstracción ni un lugar, sino una relación viva y personal con Dios".

Así, a la vista de todos y como por arte de magia, el Papa hizo desaparecer el Paraíso conocido y se sacó del solideo uno totalmente distinto.
Los que escuchaban sus palabras… aplaudieron.
Ya lo dice la Biblia:
"Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos." (Mateo 5: 3)

Varios días más tarde, el 28 de julio de 1999, en el mismo sitio, también un miércoles, el mismo "infalible" Papa Juan Pablo II, durante otra de las habituales catequesis, convirtió en humo el aterrorizador Infierno y extrajo otro de su mágico solideo al explicar que:

"Las imágenes con las que la sagrada Escritura nos presenta el Infierno deben interpretarse correctamente. Expresan la completa frustración y vaciedad de una vida sin Dios. El infierno, más que

un lugar, indica la situación en que llega a encontrarse quien libre y definitivamente se aleja de Dios."

Temerosos tal vez de la tecnología, de los satélites, telescopios, naves espaciales y otros instrumentos de exploración que escudriñan hoy el otrora lejano y misterioso cielo, dos Papas "dotados" de la Infalibilidad Pontificia decretada por Pío IX en 1870, extrajeron del cielo y de las profundidades terrestres al Infierno, al Purgatorio y al Paraíso, los tres "lugares" más importantes de la religión cristiana, para protegerlos ubicándolos en un sitio tan misterioso e inalcanzable hoy, como fueron en otros tiempos el cielo y las entrañas de la tierra. Un "sitio" al que la Humanidad no sabe todavía llegar ni entrar: la mente humana.

Sarah abre los ojos.

—¿Qué haces?

Thomas le muestra la carátula de "Adiós a Dios."

—Estaba revisándolo.

—¿Se lo mandaste a Armand?

—Sí, le mandé varios ejemplares directamente desde Amazon, tiene que haberlos recibido antes de venir.

—¿Le dijiste que lo habías publicado tú?

—No, claro. Es una sorpresa.

El teléfono de Thomas acusa recibo de un mensaje. Él lo lee y sonríe.

—Es papá. Nos espera en la terraza. ¿Vienes?

—En un rato. Primero voy a darme un baño.

Thomas le da un beso, deja el libro sobre el pequeño escritorio de la habitación y sale.

En la terraza, Armand Roussel desayuna.

—Hola, papá.

Se dan un beso. Thomas pide un café con leche y un cruasán.

—¿Qué tal tu segunda noche en Chipre?

—Muy bien. Aunque tengo un problema que me está quitando el sueño.

—¿Y eso?

Armand le muestra el libro que había ocultado en la silla a su derecha: "Adiós a Dios", en la versión publicada por Thomas en Amazon.

—¿Conoces este libro?, pregunta.

—Conozco el título. Y aparentemente al autor. ¿Se trata de ti o de un homónimo?

—Se trata de mí, sin que sea yo. Lo que me ha metido en un buen lío. Antes de venir recibí una llamada del señor Mand Selar, desde Bulgaria. Está muy enfadado, me quiere atacar en justicia.

El rostro de Thomas se tensa.

—No sé quién me habrá hecho esa broma, pero me va a costar cara.

Un pesado silencio sigue. Thomas parece cada vez más confundido.

—Huy, papá, perdona. No pensé que Mand Selar existiese.

Una tercera voz se suma: la del capitán Martel.

—Y tienes razón, Thomas, tu mal padre te está tomando el pelo.

Armand y Martel ríen. Thomas respira aliviado. Temió que su broma se hubiese convertido en un problemático error. Armand se pone de pie, lo abraza y le dice.

—Me has hecho un lindo regalo, gracias. Sin ti el libro hubiese seguido teniendo un solo ejemplar.

Se sientan, Martel pide un café doble, una botella de agua y opina.

—Ahora tienes que escribir el libro sobre el Códex M y su historia, haragán.

—Sí, papá, nadie mejor que tú puede hacerlo. Y debe ser hecho. Es importante que la gente conozca lo que fue proteger el Códex M.

—No ves, Armand, Thomas está de acuerdo conmigo. Es importante. Y te voy a dar un mazazo sentimental, se lo debes a los Walker, a los Bauer y a todos los que murieron antes para salvar el Códex o simplemente arriesgaron sus vidas, como tú mismo.

Sigue un silencio.

—Ya lo empecé, reconoce Armand. Yo también pensé que se lo debía a mis amigos muertos y a todos los que expusieron sus vidas

durante siglos o las perdieron para que la religión y la Iglesia fuesen echadas de las mentes humanas.

Un nuevo silencio es quebrado por una carcajada de Martel, que dice:

—Este va a acabar por ganar más dinero vendiendo libros que fabricando vino.

—No me extrañaría, con lo famoso que se está haciendo, la gente se va a arrancar sus mamotretos, añade Thomas.

Él y Armand se unen a las risas del policía.

El capitán Martel está en la isla desde hace varios días. No vino por la apertura de la tumba, aunque piensa asistir, claro. En compañía de sus colegas ingleses y alemanes fue citado por el Jefe de Policía Adjunto de Pafos, Giorgios Christos, el ex esposo de Aris Aresti, para articular informaciones y fuerzas en el caso de los crímenes de Londres, Berlín y París, que parecen haber tenido su colofón en el antiguo monasterio de Pafos.

—¿Qué tal avanza tu investigación aquí?, pregunta Thomas.

Desde que el capitán llegó solo se vieron una vez, Martel ha pasado todo el tiempo con sus colegas. Antes de responder, el policía abre la pequeña maleta que lo acompaña y extrae de ella un voluminoso dosier.

—Este viaje ha sido extremadamente fructífero. Entre los ingleses, los alemanes, nosotros y los chipriotas, se ataron casi todos los cabos. Por ejemplo, el iluminado que los persiguió a ti y a Sarah, y que te hubiera matado de no haber actuado tú con mucho valor, como hiciste, ahora tiene nombre, apellido y hasta grado, se trata de un coronel. El coronel Cesare Santino.

—Perdona que te interrumpa, Louis. Quería decirte papá que esa noche en Piedra-Luna, fuiste tú quien me salvó la vida.

—No te entiendo, yo estaba en Burdeos.

—Tú me enseñaste a pelear e insististe siempre para que practicase todos los deportes de combate que me ayudaron a sentirme seguro frente a ese tipo y a vencerlo.

Una fuerte emoción sacude a Armand. Casi tartamudea al decir:

—Solo buscaba prepararte para si un día debías proteger el Códex M.

—Lo lograste. Si estoy vivo es por eso. ¿Te puedo abrazar?

Thomas se levanta. Intimidado, Armand lo imita, presa todavía de la emoción. Se funden en un nuevo abrazo del que el padre sale sintiéndose agradablemente orgulloso. Se sientan envueltos en un emotivo silencio con el cual ambos tratan de disimular la intensidad de sus sentimientos. Martel interviene para ayudarlos, el humor suele a diluir las emociones.

—Lindo gesto, Thomas. Mira como has dejado a tu padre, un poco más y el heroico guardián del Códex M se pone a llorar como una Magdalena.

¡Bien visto! El padre y el hijo ríen y Armand cambia de tema dirigiéndose a su amigo.

—El tal Santino debe tener mucho que decir, ¿no Louis? Es el único sobreviviente del equipo de "santos" enviados por el Vaticano,

—Por lo pronto nadie ha logrado sacarle una palabra.

—Acabará por hablar, opina Thomas.

El capitán no parece muy convencido.

—No sé, opina. Con esos iluminados nunca se sabe. Según los chipriotas, que lo observan día y noche, dialoga con Dios. Debe creer que Dios le ha pedido que calle.

—A mí me dijo que quién mató a sus compañeros fue Dios y que él solo fue el instrumento, cuenta Thomas.

—Ya ves.

—Ciertas personas perciben su propio proceso de pensamiento como un diálogo entre el yo y otro personaje, interviene Armand. Hoy sabemos que esas dos "voces" están en nuestras mentes, pero antes, cuando la religión pretendía tener respuestas para todo, se creía que esa "otra voz" era la de Dios. Posiblemente los fanáticos lo sigan viendo así.

—Lamentablemente puede que tengas razón, estima el capitán.

Los tres hombres se hunden en el silencio.

—Hablemos de cosas positivas, dice Martel, con una sonrisa. Por ejemplo, de los amables miembros de los Servicios "discretos" Vaticanos que expiaron sus pecados con la medicina de la Sangrienta Inquisición. Ya sé que ustedes no creen en los milagros

divinos, yo tampoco para ser sincero, pero lo que les voy a contar es uno. Llamémosle un milagro laico.

—¡Pudieron identificar los cuerpos!, lanza Thomas.

—Sí, lo cual es un logro técnico extraordinario, pero el verdadero milagro es que cuatro países europeos se han unido para llevar a la Iglesia ante la justicia: nosotros, los británicos, los alemanes y los chipriotas.

—¿Con qué pruebas?, pregunta Armand.

Martel pone su mano sobre el dosier.

—Estas, dice. El hombre que te alojó una bala en el cerebro, está aquí, Armand. El que mató al pobre Stephan Dunois creyendo matarte a ti, está aquí, Thomas.

—¿Podrán ser juzgados?, cuestiona Armand.

—La justicia ya les cobró la deuda, amigo mío. Una cierta justicia en todo caso. Y de manera más severa de lo que ningún tribunal europeo hubiese podido.

—Sé más claro, Louis

Martel deja brillar una ligera sonrisa.

—Los técnicos de la policía alemana encontraron rastros de ADN en la casa de los Bauer que no correspondían a la pareja ni a las personas que comúnmente visitaban esa casa. Podían ser de los asesinos o no. Ahora tenemos la prueba de que lo eran. La escena del crimen londinense era más compleja ya que estaban los esposos Walker, más los periodistas, pero Scotland Yard hizo un magnífico trabajo y también identificó lo que todos suponíamos que eran los ADN de los asesinos. Ahora lo sabemos a ciencia cierta. En cuanto a nosotros, nunca te lo había dicho, Thomas, ni a ti, Armand, pero dimos con un avión privado que voló el mismo día de tu agresión, a una hora coincidente, desde el aeropuerto *du Bourget* hasta Roma con tres italianos, dos hombres y una mujer. A todas luces el comando que actuó en "*Le Train Bleu".* De ese avión nuestros técnicos pudieron extraer huellas y muestras de ADN que coincidían con lo que sabíamos de los pasajeros. El interior del avión había sido limpiado esa misma tarde. Los tres italianos eran los primeros pasajeros después de la limpieza. Demasiadas coincidencias para que se tratara de una casualidad, pero demasiado poco para

utilizarlo como pruebas. Después de lo sucedido en Chipre, para nosotros como para los otros servicios de policía involucrados, todo quedó claro. Más que claro: probado.

—Tú me dijiste hace tiempo en París que el obispo Gaetani era el organizador de eso que ellos habían llamado la "Operación Magdalena," Louis. Y el obispo…

Thomas deja en suspenso su frase, Armand la termina.

—Sobrevivió, según tengo entendido.

—Sobrevivió es mucho decir. Tenía quemaduras en el cuerpo, en la cara, en los ojos… Finalmente acaba de morir en medio de horribles sufrimientos. Tal vez los que merecía. La policía chipriota piensa que alguien lo ayudó a irse al infierno. Lo cual es muy probable, a la Iglesia no le hacía ninguna gracia que siguiera vivo y hablando hasta por los codos. En el fondo poco importa. No habría sobrevivido mucho tiempo. Y todo lo que dijo quedó grabado.

El silencio se impone, como si la muerte se insinuara y el diabólico obispo hubiese dado entre ellos su último aleteo. Martel continúa:

—El nombre de Faith Dolson, ¿les dice algo?

Tras pensar unos segundos Armand hace un gesto negativo con la cabeza. Thomas no tarda mucho en responder:

—Sí, claro, es el nombre de la empleada de los Walker que fue asesinada también.

—Pobre mujer, comenta Armand.

—De pobre nada. Fue ella quien desencadenó toda esta tragedia.

Ante las miradas sorprendidas de Armand y Thomas, Martel explica el rol de Faith Dolson, que la investigación trajo a la luz.

—El círculo de cierra con el padre Bell, su confesor, concluye el capitán. Fue el sacerdote que alertó a los Servicios Secretos Vaticanos y actuó como puente entre Faith Dolson y ellos. Poco tiempo después del drama de los Walker murió atropellado por un vehículo cuyo conductor se dio la fuga. ¿Casualidad? ¿Quién sabe? Los caminos del Señor son inescrutables…

Sarah entra en la terraza, busca con la vista a Thomas. Él, Armand y Martel inmersos en su animada conversación no la ven.

—Señorita Kingsley.

Sarah se da vuelta y descubre a una mujer mayor, de rostro amable y afable sonrisa.

—Perdone que la aborde de esta manera. Tendría la amabilidad de venir a nuestra mesa y escuchar durante unos instantes lo que mi madre quiere decirle. Podría ser capital para usted.

La mujer señala una mesa que está del lado opuesto a la de Thomas, desde la cual una elegante anciana la saluda. Sarah no piensa que esas distinguidas señoras puedan decirle nada fundamental, pero le parece descortés no responder a sus ansias.

—Con mucho gusto, dice.

Y sigue a la hija en pos de la madre.

En la mesa de Thomas, Armand y Martel, la conversación continúa.

—Los cuerpos de los agentes vaticanos en Chipre estaban calcinados, Louis. ¿Pueden sacarse huellas de ADN de cuerpos en semejante estado?, cuestiona Thomas.

—Ningún cuerpo estaba totalmente calcinado. A todos les quedaban partes técnicamente explotables. Por cierto, no deberíamos hablar en pasado, todos los cuerpos siguen estando en la morgue de Pafos. La Iglesia no se ha atrevido a reclamarlos ni a venir a buscarlos.

—No había pensado en eso. Tienes razón, para la Iglesia esos cuerpos son un quebradero de cabeza, opina Thomas.

—¿Y cómo supieron quiénes eran?, pregunta Armand. Supongo que no viajaban con sus verdaderas identidades.

—Olvidas los equipajes, responde Martel. En unos astuciosos compartimientos cada uno ocultaba sus verdaderos documentos. Y como entre sus pertenencias no fue muy difícil encontrar los ADN. ¡Aleluya!

—Entonces han sido víctimas de… la justicia divina, dice Thomas con ironía.

—Así lo quiso Dios parece, sonríe el capitán. Lo cierto es que quienes cometieron los crímenes de Londres, de Berlín y de París, están muertos. Las pruebas de que participaron en ellos, no.

Una vez más el capitán pone su mano sobre el expediente.

—Las pruebas están aquí. Con ellas haremos condenar a quien realmente concibió, ordenó y financió esos crímenes.

—Acabas de decir que el obispo Gaetani está muerto, se sorprende Thomas.

Martel sonríe y afirma:

—Hablaba de la Iglesia.

Sarah se acerca, besa a Armand y al capitán y dice.

—Con permiso, Thomas puedes venir conmigo un segundo.

Los tres hombres adivinan que algo grave estremece a Sarah. Su rostro no puede ocultarlo. Thomas se disculpa con Martel y su padre, se pone de pie y le pregunta.

—¿Qué te pasa?

—Sígueme, por favor.

La pareja se aleja, Martel y Armand se miran extrañados y los siguen con la vista. Sarah brinda una silla a su novio en la mesa de la madre y la hija antes de sentarse ella misma. Thomas las saluda cortés e inquieto.

—Te presento a la doctora Rachel Weiss y a su hija, la doctora Deborah Katz, dice Sarah… Él es Thomas Roussel.

—Encantado.

La anciana toma la palabra.

—El placer es nuestro, Thomas. He seguido a través de la prensa las peripecias del Códex M, que leí tras la exposición del Louvre. Estoy al corriente de lo sucedido a vuestro padre, a usted mismo y a la encantadora Sarah. La noticia de la tumba atribuida a Jesús y a María Magdalena me decidió a venir a verlos, a usted y a Sarah, antes de que, teniendo en cuenta mi edad, fuese demasiado tarde.

Un movimiento involuntario de la señora Weiss, hace que Thomas perciba el número grabado en su antebrazo izquierdo. Inequívoco signo del paso de Rachel Weiss por el siniestro campo de Auschwitz.

—¿Qué la motivó a venir a vernos, señora Weiss?, pregunta Thomas.

—Ser casi seguramente la última descendiente viva de María de Magdala y Jesús de Nazaret.

La súbita muerte de *Monseigneur* Sinclair fue un duro golpe para la Santa Città. Una tristeza por momentos sincera se vislumbraba en los rostros de muchos miembros de la curia durante las honras fúnebres. Incluso entre los integrantes del Sacro Colegio Cardenalicio. Que es mucho decir.

Integrado por todos los cardenales, el Sacro Colegio Cardenalicio tiene como función principal la elección del nuevo Papa en caso de fallecimiento o renuncia del Pontífice en función. Todos los cardenales menores de 80 años pueden votar. Pero solo uno es elegido. Razón por la cual, paradoja curial no siempre apreciable por profanos, cuando muere un cardenal, mientras más amado y admirado era, más se alegran y felicitan ciertos sobrevivientes. No lo muestran, desde luego.

Así, mientras el cuerpo lujosamente ataviado de quien fuera un eminente miembro de las más altas instancias de la Iglesia era llevado en hombros a paso de liturgia hasta la tumba donde se pudriría, entre una buena parte de los que aspiraban al papado la satisfacción transparentaba bajo las máscaras de dolor. El cardenal Henry Oliver Sinclair, también conocido como *Monseigneur* Sinclair o *Il Consigliere,* era un serio competidor. Que hubiese sido llamado por El Señor, para quienes anhelaban el blanco solideo del poder absoluto, era una bendición.

Algunos pensaron que el arzobispo Meslier, cuya pena resultaba conmovedora, estaba llamado a remplazar a *Monseigneur* Sinclair, ya que sabía como nadie las causas y las razones que lo movían, pero el Papa descartó esa opción, por una razón que prefirió callar. El arzobispo es un ser demasiado íntegro para un puesto en el cual la hipocresía, una moral flexible y un cierto grado de crueldad son imprescindibles, pensó. La responsabilidad recayó sobre el cardenal d'Amore, un prelado dotado con las cualidades necesarias.

La primera misión del recién nombrado fue honorada con la eficacia y discreción que se esperaban. Su enviado a Chipre logró cumplir con la piadosa encomienda de poner fin a los sufrimientos del obispo Gaetani. A fuerza de develar a gritos secretos de la Iglesia ante la policía, el pobre obispo estaba poniendo en riesgo su alma inmortal, además de provocar desasosiego en la Casa de Dios.

Una pena que sea imposible hacer lo mismo con el coronel Santino.

Repatriar los cuerpos calcinados de los agentes que se encuentran en la morgue de Chipre es mucho más delicado, pues no puede hacerse secretamente. Y hacerlo sin cuidados equivaldría a reconocer que la Iglesia mintió al decir que el Vaticano no tenía relación con la presencia de esos agentes en la lejana isla mediterránea.

¡Y la Iglesia no miente!

Podría explicarse que la Santa Città repatría esos cadáveres por piedad y consideración con las familias, pero solo los más tontos lo creerán. Y los policías ingleses, franceses, alemanes y chipriotas no tienen nada de tontos.

Si se tratase de clérigos la situación se resolvería con más facilidad. Entre los miembros del clero y sus familias el tiempo y el acicate de la Iglesia crean una distancia que casi siempre acaba por hacerse infranqueable. Adoptar como familia a hermanos de alma en la estirpe de Dios eleva al ser a más altos linajes que las familias creadas por debajo de la cintura. Al fin de cuentas, dígase lo que se diga, es a través de la fornicación, con o sin aprobación eclesiástica y civil, que se crean esos lazos que pudorosamente llamamos de sangre.

Lo penoso es que esa fornicación acaba por dotar de derechos a los individuos, derechos que se escriben en los códigos civiles, penales y a veces hasta en las constituciones. Derechos que pueden luego ser requeridos, exigidos. Un hijo que nunca vio a su padre, que lo detestó siempre o incluso que atentó contra su vida, puede reclamar herencia pecuniaria por poco que pruebe su herencia fornicatoria, que por pura decencia calificamos de biológica.

No es que a título personal el Excelentísimo cardenal D'Amore sea insensible al dolor de las esposas, madres, hijos o incluso de las amantes de los miembros de los Servicios Secretos Vaticanos asesinados por el coronel Santino. Es la manera en que lo viven y reivindican que lo incomoda. El dolor eleva, purifica el alma, acerca a los humanos a Dios. Si las familias de los agentes atesoraran el dolor como una especial relación a Dios podrían considerarlo una suerte,

pero no, balantes bípedos comunes al fin, solo ven el sufrimiento desde la distorsión fornicatorio-sentimental.

¿Acaso, como a cualquier soldado, no se les pagaba a esos agentes en alguna medida para que muriesen?

Una pena que contar lo que pensaban hacer los muy renegados con el supuesto cuerpo del Redentor sea más un problema para la Iglesia que una solución.

Pero las familias no aceptan ninguna nueva negociación. ¡Ahora amenazan!

—Pondremos carteles en Roma.

—Haremos manifestaciones en la Plaza San Pedro.

—Contaremos lo que sabemos a la prensa, escribiremos libros…

Para evitar semejantes trastornos el Santo Padre reconoció los derechos fornicarios de las familias de la mesnada asesinada en Chipre y le exige a él contentar a los bulliciosos parientes repatriando los carbonizados cuerpos antes de que las familias ejecuten sus amenazas y sus acciones añadan graves complicaciones a los actuales pesares. La cuadratura del círculo es que semejante operación tiene que ser ejecutada con la mayor discreción, algo imposible con una prensa tan carroñera y deseosa de hacer daño, volando a toda hora sobre el Vaticano.

Ay Señor, por qué hiciste a los humanos tan imperfectos…

Cuando Dios se niega a responder a sus rezos es ante el infinito de la tela, en la concepción de un mundo que en cierta medida lo iguala al Creador, donde Él suele venir a él. Al igual que Fray Angélico, Fray Bartolomeo, Fray Lippi y otros tantos clérigos a través de la historia, el cardenal d'Amore es un apasionado pintor, aunque sin el talento de sus antecesores. Algo que es preferible no decir en su presencia.

Va hasta el caballete donde está por resucitar Jesucristo. Las resurrecciones son uno de los temas pictóricos preferidos del cardenal. Vierte colores en la paleta, prepara los pinceles, pero no llega a aplicar la primera pincelada. La visión de la tumba redentora lo estremece. Comienza a dar vueltas por su lujosa oficina. Como un poseso, pensaría cualquiera que lo viese. Como un iluminado por la gracia, cree él. Al fin recibió la luz que tanto ha esperado. Acaba

sentado tras su escritorio con el teléfono en la mano y una sonrisa beata en sus labios.

—Padre Lastre, usted y su equipo ¿tienen todo listo para la repatriación de los cuerpos?

—Según sus órdenes, Benemérito.

—¿Tomó contacto con las autoridades de la isla?

—Discretamente. Según sus órdenes, Benemérito.

—Lo felicito. Esté preparado para actuar de inmediato, pero no haga nada hasta que yo le avise. El momento idóneo se acerca. Espere mis órdenes.

El cardenal corta la comunicación tras los habituales, lo tendré en mis rezos, que Dios lo bendiga y otros blablás de uso. De nuevo un aire de beatitud baña el rostro del cardenal artista. Une las manos, se inclina sobre ellas y murmura.

—Gracias por tu luz, Padre mío.

Entonces una sonrisa aparece en sus labios. Cuando la tumba de Chipre haya sido abierta y los cuerpos esperados u otros que seguramente serán asimilados a los de Jesús y María Magdalena aparezcan, el escándalo será tal que la repatriación de los cadáveres calcinados pasará desapercibida.

¡Loado sea Dios!

El riesgo es importante, Thomas y Sarah están conscientes. Si Rachel Weiss no es quien afirma ser, ellos se confrontarán al descrédito, tal vez al ridículo. La reputación de seriedad y exigencia de sus trabajos sufrirá un serio revés. Si la doctora Weiss es realmente una descendiente de Jesús y María Magdalena, sin embargo, la comparación de su ADN con el de los cuerpos que la pareja espera encontrar en la tumba probará definitivamente la veracidad del Códex M, la falsedad de la resurrección de Jesús y sobre todo, cabe esperar, cambiará la percepción de la humanidad sobre las religiones. Lo cual podría marcar el nacimiento de un nuevo mundo.

Decenas de laboratorios se brindaron para analizar los ADN, cinco fueron escogidos, uno por región geográfica, según la convención clásica de un mundo dividido en cinco continentes. Todos enviaron representantes a Pafos donde han tomado muestras del ADN de la señora Weiss y se disponen a hacerlo de los cuerpos que esperan encontrar en la tumba.

La posibilidad abierta por Rachel Weiss aterroriza a la Iglesia y es noticia de primer orden en casi todos los medios noticiosos del mundo. De la noche a la mañana la anciana se ha convertido en un ícono que centenas de periodistas buscan entrevistar.

¿Señora Weiss, qué le hace creer que usted tiene esa relación tan especial con Jesús y María Magdalena?
Desde niña mi madre y mi abuela me dijeron que nosotras éramos sus descendientes. Para serle sincera, a menudo pensé que se trataba de un mito, como existen en tantas familias. Con el tiempo fui conociendo más detalles de ese secreto tan celosamente guardado durante siglos y pensé que ellas no tenían ninguna razón para inventar tan peligrosa filiación. Me enseñaron que debía saberlo, porque era mi derecho, pero nunca decirlo, pues mi vida correría peligro. Desde entonces tuve consciencia de que la Iglesia no admitiría jamás mi existencia. No olvide que, como Jesús y María Magdalena, soy judía. Por primera vez en siglos la ciencia podrá probar si se trata de un mito familiar o de una verdad. Por eso decidí someter a prueba mi ADN.

En la habitación del hotel Sarah y Thomas terminan de prepararse. La tensión alcanza cimas en Pafos, Chipre y una buena parte del mundo. Ellos oscilan entre aprensión y satisfacción. Las gotas de sus destinos caen en la imperturbable clepsidra del tiempo. Lo que tanto han esperado está ahí, a minutos. Sarah parece inquieta. Thomas lo percibe. No le hace preguntas, le parece normal dado las circunstancias. Es ella quien responde a la interrogación que ve en sus ojos:

—Sé que no me vas a tomar en serio, pero me siento incómoda con lo que nos disponemos a hacer. Tengo la impresión de que vamos a traicionar a María Magdalena, violando su intimidad con Jesús.

Thomas la mira con una sonrisa tierna y un poco burlona jugueteando en sus labios.

—Qué curioso que hasta tú puedas tener pensamientos religiosos.

Sarah reacciona con viveza. La reflexión de su novio la molesta, casi la hiere.

—¿Yo? ¿Religiosa yo? ¿Qué otra *santez* tiene, Santo Thomas?

Él no pierde la calma ni su ambigua sonrisa de Mona Lisa.

—Eso se llama el pensamiento mágico, amor, dice al fin. Es algo que todos los seres humanos podemos padecer ya que nos viene de nuestros más remotos ancestros. El pensamiento mágico es nuestra tendencia a otorgar una forma de voluntad o intención a lo inanimado y a lo inexistente, como las divinidades. Es sencillamente uno de los cimientos de la religiosidad humana. Nunca has dicho: por qué este carro no quiere arrancar o dónde se han metido mis zapatos… como si el carro o los zapatos tuviesen voluntades propias.

—Sí, claro.

—Son rezagos de ese pasado, del animismo que fue la forma primigenia de la religiosidad. Quienes rezan creen que a través de Dios sus pensamientos incidirán en la realidad. Algo que no sucede, desde luego, pues no es más que otro pensamiento mágico. María Magdalena y Jesús no existen, murieron hace más de veinte siglos. Lo que hay en la tumba, si algo hay, son sus restos. Si fueras creyente pensarías que sus almas viven y se relacionan de alguna manera contigo. Al no serlo, presupones que la muerte es el fin, que el alma es una invención humana sin existencia real constatada y que solo en tu imaginación María Magdalena y Jesús pueden relacionarse contigo o ser "molestados" por ti, como diría un judío ultraortodoxo. Es nuestra tendencia a dar intencionalidad a lo inanimado y a lo inexistente lo que hace que creas percibir intenciones en unos huesos que ni siquiera has visto y te sientas

culpable por no corresponder a lo que imaginas que esos huesos esperan de ti.

Él la sigue mirando con ternura. Ahora sin la pica de burla. Ella evita su mirada, hace una mueca y acaba por sonreír.

—A veces da gusto tener un novio inteligente.

Ríen. El teléfono de la habitación suena, Thomas lo toma, es Armand.

—Los autos de la policía acaban de llegar. Nos esperan, no tarden, dice.

—Ya vamos, papá. Gracias.

Cuelga el teléfono, mira a Sarah y pregunta:

—Llegó el momento. ¿Cómo te sientes?

—Muerta de miedo y llena de valor. ¿Y tú?

—Con un deseo infinito de darte un abrazo para agradecerte que me hayas acompañado en toda esta aventura.

Él sonríe. Ella también. Se abrazan, se besan. Luego salen de la habitación, listos para enfrentar este día, el más importante de sus vidas, tal vez.

¿Cómo fue su vida en Auschwitz-Birkenau, doctora Weiss?

En Auschwitz-Birkenau no había vida, solo subsistencia. Mis padres fueron denunciados por los Lavallière, una muy católica familia que logró así adueñarse de nuestro hermoso apartamento en el barrio 7 de París. Mis padres y mis hermanos murieron en Auschwitz. Yo logré escapar porque no estaba en casa cuando los soldados vinieron a buscarlos. Me escondí durante mucho tiempo hasta que los alemanes me encontraron y terminé también en ese siniestro campo. Tuve más suerte que mis pobres padres y hermanos. Sobreviví, salí de Auschwitz-Birkenau destrozada, pero viva. Cuando llegué al campo fui destinada al prostíbulo de los altos oficiales. Como salí en estado me arrancaron a mi criatura de las entrañas y me extirparon los ovarios para que los señores oficiales no tuviesen otros inconvenientes. Nunca más pude tener hijos con mi vientre. Con el corazón tengo cuatro.

Un confortable minibús escoltado por dos carros de policía y cuatro motoristas rueda hacia Piedra-Luna. Dentro van Sarah, Armand y Thomas, además de Marc Pladel y del profesor Arouet, que acaban de llegar de París. También van la señora Weiss y su hija Deborah. Desde el incidente con el coronel Santino las autoridades chipriotas pusieron bajo protección policíaca a Thomas y a Sarah. Protección extendida ahora a Armand, a la doctora Weiss y a su hija.

La zona de la montaña desborda de emociones, de personas venidas de todo el mundo y de impaciencia. Las personalidades invitadas para dar testimonio de la apertura del sepulcro están también presentes. Ansiosas, como todos. Por razones de seguridad Sarah y Thomas llegarán al último momento.

Doctora Weiss, al salir de Auschwitz usted consiguió recrear "Weiss Médical Industrie", el laboratorio farmacéutico fundado por su padre y lo convirtió en una de las referencias de esa industria. ¿Cómo lo logró?

Al salir del Auschwitz regresé a París, mi ciudad natal. Los Lavallière, la pareja que denunció a mis padres, había colaborado con el ejército de ocupación nazi y fue condenada por la justicia francesa. Gracias a eso pude recuperar el apartamento de nuestra familia sin mucha dificultad. Naturalmente me era imposible vivir en él. Lo vendí inmediatamente. "Weiss Médical Industrie" había sido cerrado por los nazis, pero los locales y el aparato productivo se conservaban más o menos en buen estado. Con el dinero del apartamento contraté a varios de los antiguos empleados y lanzamos la fabricación. Ningún trabajador judío había sobrevivido. Antes de ser enviada a Auschwitz había estudiado Química y Biología. Mientras el laboratorio iba poco a poco resurgiendo, estudié Medicina. Tuve la suerte de contratar a personas capaces y logramos crear algunos tratamientos eficaces… El resto fue más fácil. Encontré a mis hijos, que también habían sido dañados por la vida y aprendimos juntos a ser felices.

¿No se casó nunca?

No, ese tipo de amor me lo extirpó Auschwitz-Birkenau.

Un férreo servicio de seguridad cuida el sitio.

La llegada a Piedra-Luna del grupo es muy emotiva. Centenas de personas gritan sus nombres y les dan la bienvenida con clamorosos aplausos.

En la plataforma que permite el acceso a la tumba Sarah y Thomas abrazan a Temis, Athina y Nikos. La pareja es de nuevo calurosamente ovacionada. La saludan también el capitán Martel y los otros ocupantes de la plataforma, las personalidades chipriotas e internacionales invitadas para dar testimonio del contenido de la tumba y de este día.

Aris Aresti se dirige al micrófono que se erige frente al público. Saluda a los asistentes y dice:

—Según muchos de los más lúcidos pensadores de nuestra sorprendente y maravillosa especie, el inicio de la Era Adulta de la Humanidad advendrá el día que los humanos dejen de prosternase ante divinidades imaginarias y de creer en la existencia de falsos padres invisibles que los protegen y castigan como si fueran niños. Tal vez cuando ese momento llegue, este día será considerado como uno de los primeros hitos de esos tiempos nuevos y nosotros seamos todos recordados como una de las simientes de esa nueva cultura.

Una ovación saluda sus palabras. Al fin ella continúa, aunque su discurso sigue siendo interrumpido por exclamaciones y aplausos:

—Si estamos aquí hoy poniendo esta primera piedra moral, zócalo de conocimiento y verdad sobre el que se erigirá un futuro libre, sin dañinas divinidades inexistentes ni perniciosas supersticiones que durante tanto tiempo han manipulado el pensamiento humano, se lo debemos a los hombres y mujeres que durante siglos arriesgaron e incluso sacrificaron sus vidas para conservar el documento que podemos considerar como la dovela central, la piedra clave de este día: el Códex M. No conocemos a todos los que protegieron ese extraordinario documento, sí a las últimas víctimas cuyos rostros aparecen ahora ante ustedes.

En las pantallas que se encuentran en la plataforma, al pie de la montaña y diseminadas entre la asistencia aparecen imágenes de los Walker y los Bauer. Aris los nombra uno por uno:

—Margaret y Roger Walker, Anke y Franz Bauer. Las hijas de ambas parejas, también asesinadas, aunque no sabían nada del Códex M. Se llamaban Lucy Walker y Freda Bauer.

Un nuevo aplauso estalla. Cuando se calma, Aris continúa.

—Una de esas personas, tan heroicas como discretas, sobrevivió, por suerte. Alguien que, en secreto, sin esperar recibir el menor homenaje, estuvo a punto de morir para que el trascendental documento legado por María Magdalena, mujer especialmente maltratada por la religión y los dogmas, llegase a nosotros y fuese descubierta esta tumba que por su mera existencia hace que tiemblen muchos implacables mitos. Es el último y el digno representantes de ese linaje, no de sangre, sino de abnegación y coraje. Tengo la inmensa satisfacción de presentar a Armand Roussel.

De nuevo el público expresa su reconocimiento aplaudiendo a romperse las manos. Sentado entre el capitán Martel y el abogado Henri Val, su amigo bordelés Armand se levanta y avanza hasta Aris, intimidado. Triste por el recuerdo de sus compañeros muertos, orgulloso de pensar que no murieron en vano. Le es muy difícil retener las lágrimas ante ese homenaje que lo sumerge como un tsunami de emoción y cariño.

Aris continúa:

—Por último, si estamos aquí hoy se lo debemos también a una joven y hermosa pareja que estuvo a punto de ser asesinada varias veces y que gracias a su tenacidad, inteligencia y valor supo sortear todos los obstáculos para ofrecernos este gran día. Hablo de Sarah Kingsley y Thomas Roussel.

La asistencia aplaude con particular entusiasmo y corea sus nombres. Ellos saludan emocionados.

Entonces comienza lo verdaderamente importante. Sarah y Thomas son equipados con dos minicámaras, audio y una pequeña iluminación. Serán los únicos en penetrar en la tumba en un primer tiempo. Las imágenes de sus minicámaras aparecerán en las

pantallas, en las que, por lo pronto, se ven las de los camarógrafos que dan fe de todo lo que sucede, mientras Aris Aresti lo describe.

Ayudados por Athina, Temis y Nikos, Sarah y Thomas rompen el mortero que inmoviliza y sella la piedra redonda tras la cual está la tumba. No sin dificultad, la ruedan. Un oscuro túnel aparece. Se abrazan, entran. Al fin del túnel una cavidad circular de gran tamaño los deja sin voz. Un clamor llega desde afuera. Sus cámaras acaban de transmitir las imágenes de dos esqueletos que se dan la mano. Todo parece indicar que se trata de un hombre y una mujer. Los especialistas que estudiarán los cuerpos y tomarán muestras de ambos, lo determinarán con exactitud

—Fueron sepultados con la cara mirando al oeste, dice Sarah eufórica. Eso confirma que se trata de judíos. Así enterraban los judíos a sus muertos en el siglo I. La época de Jesús y María Magdalena.

Nuevas exclamaciones llegan desde el exterior, donde las palabras de Sarah se escuchan amplificadas.

Entonces se oye la voz de Thomas.

—¡Tienes que ver esto, amor!

Señala dos manchas de color azafranado rojizo que aparecen en la base del peroné derecho e izquierdo en ambas piernas del esqueleto de mayor tamaño. Su cámara capta la imagen y la transmite.

—Ahí hubo hierros, afirma emocionado.

Iluminan los huesos de las manos del mismo esqueleto. Aparecen idénticas manchas.

—¡Son las marcas de los clavos, Sarah! ¡De los clavos de la cruz!, grita casi él.

—¡Se trata de un crucificado!, exclama ella.

Casi en coro los dos dicen:

—¡Son ellos! ¡Son Jesús y María Magdalena!

Desde afuera llega un clamor indescriptible, mezcla de gritos, de júbilo, de llantos, de risas y de voces que repiten como un eco vivo:

—¡Son ellos! ¡Son ellos! ¡Son Jesús y María Magdalena!

Roma. Ciudad del Vaticano.

La emoción por lo sucedido recorre el planeta. Comienzan a circular imágenes y videos tomados por los habitantes que muestran más de cerca los hechos y amplían las informaciones con las que hasta ahora se contaba. Entrevistas de personas que fueron testigos presenciales aparecen en las redes sociales y las televisiones.

—El obelisco que se encontraba en centro de la plaza se movía más y más, hasta que la cruz de su cima cayó al suelo y se partió en pedazos, explica un vecino de la zona.

—Yo paseaba a mi perro y lo vi todo, refiere una señora de cierta edad, todavía en estado de choque. Al principio no lo podía creer, llegué a pensar que se trataba de la segunda venida de Jesús. ¡La cúpula temblaba! Quise hacer un signo de cruz, pero no me dio tiempo. La cúpula de la Basílica se hundió en medio de un gigantesco estruendo y solo quedó una nube de polvo.

Un guardia suizo cuenta a una cadena de televisión:

—Iba por el jardín en dirección de la Sixtina para tomar mi turno de guardia. El Santo Padre había reunido allí al Colegio Cardenalicio y a todos los miembros importantes de la curia. Oficialmente no se decía por qué, pero todos sabíamos que era a causa de lo sucedido en Chipre. Entonces vi que las paredes comenzaban a agrietarse. Pensé que eran mis ojos, que se trataba de una especie de ilusión óptica, pero no, de súbito todo se desplomó.

Muchos países han enviado equipos de rescate para ayudar en el terrible trance. Un rescatista español explica:

—Los miembros de la alta jerarquía vaticana que se encontraban en la Capilla Sixtina no eran los únicos afectados por el seísmo. En toda la ciudad había personas que atender. Si los rescatistas italianos no pudieron salvar a los dignatarios de la Iglesia que se hallaban en la célebre capilla fue, además, porque no tenían en ese momento los medios para mover los enormes bloques de piedra.

Un rescatista francés declara:

—Nuestros colegas italianos nos habían explicado las dificultades que enfrentaban para liberar la cantidad de cuerpos que se hallaba bajo los restos de la famosa Capilla Sixtina. Por eso vinimos con nuestro propio material. Cuando llegamos el olor era ya muy fuerte…

Una romana llora aún mientras manifiesta:

—Vi caerse las columnas de Bernini. ¡Dios mío! Deshechas, en pedazos, se derrumbaban lanzando al aire todo lo que sostenían. Las esculturas chocaban contra el piso y se partían, las cabezas iban hacia un lado, los cuerpos hacia otro, perdían brazos, piernas, algunas casi se hacían polvo. ¿Cómo fue posible? ¡Eran estatuas de santos!

Un turista cuenta:

—Acababa de llegar a Roma. Vine enseguida porque quería rezar. Vi la fachada de la Basílica donde estaban las esculturas más sagradas de la cristiandad desmoronarse ante mis ojos. ¡No entiendo que Dios no haya intervenido! ¡Hay centenas de muertos y heridos en la Basílica misma!

Un rescatista británico narra:

—Trabajamos mano a mano con los italianos, los franceses, los alemanes y los españoles en la Capilla Sixtina. Los franceses habían traído material técnico, los italianos, para entonces, habían recibido también su propio material. El olor era ya muy fuerte. Con el sol, parece, los cuerpos se descompusieron muy rápido. Por lo que sé, el Santo Padre había convocado a todas las personalidades importantes de la Iglesia. Incluso había hecho venir a los que estaban en el extranjero. Dicen que quería anunciar algo de gran importancia. No se sabe qué era ni si lo llegó a anunciar. Nadie sobrevivió.

Un médico italiano expresa su asombro:

—Aunque eran personas mayores con poca resistencia física, pensé que algunos habrían sobrevivido y que podríamos salvarlos, pero cuando logramos llegar a ellos, en la Sixtina, constatamos que los cuerpos estaban ya en un estado avanzado de descomposición. Nadie sabe por qué, en tan corto tiempo… Se dice que fue a causa del calor, pero el calor no lo explica todo. Tal vez las pinturas de Michelangelo contenían elementos químicos que aceleraron el proceso… no sé…

Un comentarista de la televisión explica:

En la ciudad de Roma los daños fueron mucho más leves que en el Vaticano. El centro histórico de la capital prácticamente no sufrió deterioros al encontrarse a buena distancia de la ciudad papal

donde, según los expertos, se situó el epicentro del seísmo. En el resto de Roma ocurrieron algunos derrumbes, mayormente de edificios en mal estado. Se deploran cuantiosos heridos, pero pocos fallecidos. Los especialistas estiman que la capital tuvo mucha suerte.

En otra cadena de televisión una presentadora muestra un video en el que pueden verse diferentes edificios del Vaticano. Comenta:

—En el conjunto de edificaciones que conocemos como Palacio Apostólico se señalan demoledores derrumbes, especialmente en los Apartamentos Papales, en los llamados Apartamentos Borgia, en las oficinas del Gobierno de la Iglesia, etcétera. Según los expertos, todos los edificios del Palacio Apostólico tendrán que ser demolidos, pues ya no ofrecen suficiente seguridad.

En una cadena católica un comentarista informa:

—La Biblioteca y los Museos Vaticanos son probablemente los únicos edificios que, sin salir ilesos, sufrieron pocos daños. ¡Demos gracias a Dios! Los libros, los archivos y las obras expuestas, en su mayoría podrán recuperarse. ¡Loado sea el Señor!

Cuando pudo entrarse a la Basílica de San Pedro sin temor a que se derrumbasen las pocas paredes y fragmentos de techo que quedaban en pie, se encontró una gran cantidad de víctimas humanas. Se supo también que de las múltiples estatuas de los santos fundadores ninguna se salvó del derrumbe. Tampoco sobrevivieron los monumentos de los diferentes Papas, ni siquiera el del Papa Pio VIII, a pesar de estar flanqueado por San Pedro y San Pablo y tener sobre él una imponente estatua de Cristo entronizado.

El célebre *Baldacchino* de Bernini no escapó al desastre, el peso de las piedras que lo sepultaron al desplomarse la cúpula lo convirtió en un lamentable amasijo de metal. Solo la Piedad de Miguel Ángel salió intacta de la catástrofe.

De la Capilla Sixtina no queda prácticamente nada. Del punto de vista patrimonial es la mayor pérdida. Los expertos aseguran que las pinturas de Miguel Ángel podrían ser reproducidas si el edificio se reconstruyese, ya que existen innumerables fotos y testimonios gráficos, pero nadie se atreve por el momento a imaginar su futuro. El costo de la reconstrucción sería faraónico.

El suelo de la famosa Capilla está cubierto de pedazos de lo que fueron las paredes y el techo. En casi todos la sangre y los restos humanos se confunden con las pinturas de Miguel Ángel. Se cree que por eso el intenso mal olor no ha desaparecido. La icónica imagen de los dedos del supuesto Primer Hombre y de Dios a punto de tocarse ya no existe. Los célebres dedos o lo que queda de ellos, destrozados y ensangrentados, no apuntan ya el uno hacia el otro, sino en sentido contrario.

Cientos de personas se dirigen hacia "Montaña Libre", nombre que la vox populi dio a la elevación que Thomas y Sarah llamaron Piedra-Luna. Allí se erige ahora el primer complejo arquitectónico dedicado al estudio de la dominación intelectual y moral de las religiones sobre la humanidad, que lleva por nombre: "Mundo sin dios".

Aunque Sarah y Thomas tienen planes y fondos para seguirlo desarrollando, pues decenas de países y cientos de contribuidores privados los sostienen, "MSD" cuenta ya con el "Centro de Investigación sobre Creencias Místicas y Religiosidad", una biblioteca, una sala de conferencias y la "Facultad de Estudios Ateístas", cuyas clases comienzan este otoño.

Lo más famoso, desde luego, es el "Museo de la Irreligión", que engloba al ahora mundialmente conocido sepulcro de María Magdalena y Jesús.

El análisis y la datación de los cuerpos probaron que se trataba de un hombre y una mujer del siglo I de la Era Actual. La comparación del ADN de los huesos con el de la doctora Rachel Weiss, estableció que eran sus ancestros.

Ya nadie duda que quienes yacen allí son Jesús de Nazaret y María de Magdala.

Sarah está en estado, Thomas inmensamente feliz.

"Mundo sin dios" abre hoy sus puertas.

FIN

ACLARACIONES.

Esta novela es una obra ficción. Los personajes, sitios y situaciones son producto de la imaginación del autor. Todo parecido con personas, lugares, instituciones o hechos reales, es pura coincidencia.

Ciertas mayúsculas y signos de puntuación son usados en este libro más por su función dramática que puramente ortográfica.

LECTORAS, LECTORES

Gracias por el tiempo que han dedicado a leer

«EL ABISMO DEL CIELO».

Si les gustó les agradecería mucho que dejaran sus opiniones en Amazon.
Es una útil referencia para los futuros lectores y lectoras.
Sobre todo los que no conocen mi trabajo.

Si han encontrado errores, por pequeños que sean,
Señálenmelos, por favor.

CONTACTOS

Para todo señalamiento y consulta:

jlcabismodelcielo@gmail.com

AGRADECIMIENTOS

A mi querido sobrino, Javier Domínguez, por ser siempre mi primer lector y agudo crítico. A mi amigo, Federic Pascual, por su

implacable lectura de la primera versión de este libro.

A Voltaire, Richard Dawkins, Michel de Montaigne, Christopher Hithens, Elizabeth Anderson, Antonio Piñero, Jean Meslier, Thomas Hobbes, Baruch Spinoza, David Hume, Anatole France, Diágoras de Milos, Mark Twain, Emma Goldman, Carl van Doren, Henry Louis Mencken, Sigmund Freud, Albert Einstein, Friedrich Nietzsche, Bertrand Russell, Carl Sagan, Ian McEwan, Thomas Szaz, Salman Rusdie, Ibn Warraq, Sam Harris, Arthur Schopenhauer…

Y otros muchos que de una forma u otra me ayudaron a avanzar por el camino, de este libro.